3 1761 09545825 3

538

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/rostrosblancosyc00orte

LS
0773r

ROSTROS BLANCOS

Y

CONCIENCIAS NEGRAS

(APUNTES PARA LA COMEDIA SOCIAL).

NOVELA DE COSTUMBRES

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

257177
24.7.31

MADRID.
BIBLIOTECA ILUSTRADA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS.
1865.

Es propiedad de los Editores, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprima sin su permiso.

ROSTROS BLANCOS
CONCIENCIAS NEGRAS
C. Mugica, dib.º y lit.º
Lit. de J. Donon Madrid.

CAPITULO PRIMERO.

Donde empezaremos al revés, viendo de algunos personajes, antes que la cara, el alma.

No temais que mi pluma deje escapar ni una gota de la hiel que los desengaños vierten en el alma, porque en la mia se ha convertido esa hiel, ya en desprecio, ya en compasion; no temais que el despecho, engendro miserable de la envidia, se trasluzca siquiera en esas acusaciones que se lanzan con forma y en son de amargas quejas, no. El consuelo á mis dolores lo he buscado en Dios y en mi conciencia, y si he necesitado de lo que á otros sobraba, antes que atormentarme deseándolo, se han vuelto mis ojos á los que carecian de lo que á mí me sobraba, estorbando así que se abriesen las puertas de mi alma á la envidia, ingrato huésped que paga la hospitalidad con incesante y cruel roedero.

Tomo la pluma con ánimo de ser imparcial narrador, y creo que podré cumplir mi propósito con tanta más facilidad, cuanto que los interesantes dramas que voy á dar á conocer son verdaderas historias.

Poco será mi trabajo: ordenar, enlazar y revestir con las galanas formas que exige un libro como este: hé ahí cuanto habré de hacer. De muchos sucesos que os sorprenderán y os conmoverán profunda-

mente, he sido testigo; otros los conozco por el relato de personas fidedignas. Si arranco una lágrima á vuestros ojos, sabed que antes ha brotado de los mios. Mi trabajo ha sido, pues, de observacion, reflexion y paciencia: no hay que reconocerme el mérito de la originalidad más que en parte; debe negárseme en el todo el mérito de la invencion. ¿Y para qué inventar? ¿No vemos todos los dias dramas tan interesantes como no podrá jamás combinarlos el ingenio del hombre? Si observais, no leereis ninguna novela, porque encontrareis tantas en la vida real, que apenas tendreis tiempo para seguirlas todas hasta su desenlace.

Los sucesos que parecen más insignificantes son casi siempre el principal de una historia interesantísima por lo tierna, por lo horrible ó por lo singular, y que escrita se tendria por una novela inverosímil.

¿Por qué no hemos de apreciar á los hombres por lo que son, en vez de juzgarlos por lo que parecen ser?

Ese es, pues, nuestro intento.

Siempre se ha dicho que el mundo es una comedia, y esto no es menos cierto por ser vulgar. ¿Hay quien no se presente con el disfraz que conviene á su papel?

Todos somos, á la vez, actores y espectadores, y la gran comedia social que principió no sabemos cuándo, lleva trazas de no concluir y sigue representándose á las mil maravillas.

¿Por qué no hemos de meternos entre bastidores? ¿Por qué no penetrar donde los comediantes se pintan y disfrazan?

Estamos cansados de ver los antifaces de la hipocresía, y queremos conocer los rostros verdaderos de los hipócritas.

Queremos conocer á los comediantes, verlos cómo son, y no como se presentan en el gran escenario del mundo; contemplarlos sin el arrebol y el blanquete que embellecen la fealdad, sin el oropel que deslumbra.

Ya sabemos que nos espera mucho horrible, y que hemos de perder muchas ilusiones; pero en cambio conoceremos muchas verdades; y aunque cueste un dolor, siempre puede cambiarse la más risueña de las ilusiones por la verdad más triste.

He vacilado antes de escribir este libro; hace algunos años que lo

empecé, y solo despues de muchas reflexiones me he decidido á concluirlo.

Si alguien se creyese aludido, recuerde una de las más bellas fábulas de Iriarte y encontrará la respuesta, que yo no quiero ni puedo dar inoportunas explicaciones; solamente, y por si se sospechare lo que no existe, advierto que este libro es profundamente moral y pueden los padres dejarlo en manos de sus hijos.

Comienzo pues, lector, con tu licencia.

El mes de Noviembre tocaba á su fin.

Eran las siete de la noche y una espesa lluvia regaba las calles de la coronada villa.

A pesar del agua y del viento, que de vez en cuando soplaba con bastante fuerza, sin más resguardo que la capa, subia por la calle de Isabel la Católica un hombre, que debia ir muy preocupado, pues caminaba flojamente, con la cabeza inclinada sobre el pecho y casi oculta la cara con el embozo.

Repentinamente se detuvo, murmuró algunas palabras, levantó la cabeza, y como si entonces se apercibiese de la lluvia, que espesaba más cada momento, miró á su derecha y se metió en un portal estrecho y oscuro.

En los pocos instantes que tuvo el rostro descubierto no pudo verse más sino que aparentaba unos treinta años y que sus ojos, negros, grandes y rasgados, brillaban con el fuego de un corazon ardiente, de un espíritu enérgico.

Rara fué la idea de guarecerse allí despues de haberse mojado; pero es posible que lo hiciese para meditar con más sosiego y descuido, pues se colocó en un rincon y se apoyó de espaldas en la pared, quedando inmóvil.

Si tal fué su objeto, no lo consiguió, porque apenas habia trascurrido un minuto, una fuerte ráfaga de viento obligó á cerrar el paraguas á otro transeunte, que se refugió tambien en el portal.

El segundo, que se quedó cerca de la puerta, no se apercibió del primero, y creyéndose solo, dijo con tono de impaciencia:

—Habrá de ser otro dia... La lluvia me favorece; pero este diluvio... ¡Oh!... Es demasiado...

Tambien llevaba capa, bajo cuyo embozo recataba el semblante, sin dejar ver más que los ojos, que de vez en cuando relumbraban como dos luciérnagas en medio de la oscuridad.

Pocos segundos despues entró en el portal, tambien para guarecerse de la lluvia, un tercer personaje; pero este en nada se parecia á los anteriores. Era un jóven mozo de cuerda, segun la que al hombro llevaba lo decia.

El segundo embozado lo miró atentamente por espacio de algunos momentos, y al fin, como quien se decide despues de vacilar, le dijo:

—¿Tambien le temes tú á la lluvia?

—No, señor,—respondió sonriendo el interpelado;—pero como no llevo prisa....

—Puedes aprovechar el tiempo y ganar la cena.

—Falta hace, señorito, porque he pasado el dia con los brazos cruzados....

—Entonces escucha lo que voy á decirte.

—Mande usted, señorito.

—Supon que yo necesito ver esta noche á una mujer.

—Entiendo.

—Y que ella aguarda un recado, que nada tiene de particular, pero que es una contraseña.

—Ya,—replicó el jóven, sonriendo maliciosamente;—quiere usted que yo lleve el recado....

—Que te valdrá un duro.

—¡Oh!....

—¿Te parece poco?

—No es mala propina.

—Pues sígueme, te enseñaré la casa y te diré lo demas.

El caballero, seguido del mozo, dejó el portal, y ambos se dirigieron hácia la plazuela de Santo Domingo, sin haberse apercibido del otro embozado.

—¡Oh!—murmuró este.—La mirada de ese hombre, su acento, que revela una violenta agitacion, me hacen sospechar que no se trata de una intriga amorosa... Voy á seguirlo: así olvidaré por algunos minutos lo que me atormenta.

Y saliendo de su escondite se fué tras los otros.

El viento no soplaba ya con tanta fuerza ni era tan espesa la lluvia.

Atravesaron la plazuela mientras el misterioso caballero, siempre ocultándose la cara, hablaba al mozo: entraron en la calle de Silva, el primero señaló con la mano hácia una casa, y el segundo se adelantó hasta entrar en ella.

El que por entretenimiento espiaba, oculto tras de una esquina, seguia observando, y el otro, retrocediendo, volvió á la plazuela y se confundió con los transeuntes, aunque sin perder de vista la calle.

Así trascurrió cerca de un cuarto de hora.

Nuestros dos personajes seguian en sus puestos, observando con el mayor disimulo.

El mozo de cuerda, que debia haber recibido anticipadamente el precio de su trabajo, no volvió por allí.

Apenas llovia.

De repente, los ojos del héroe de la intriga, brillaron como cuando estaba en el portal y se adelantó hácia la calle de Silva, encontrándose con una mujer que caminaba apresuradamente y con muestras de grande agitacion.

—Me equivoqué,—dijo para sí al verla el que espiaba y que podia de cerca contemplarla, favorecido por la luz que salia de las tiendas.—No puede ser más que asunto amoroso: una mujer tan hechicera ha de tener muchos que la adoren. Ahora me explico la agitacion de él, que era producida por la impaciencia, por el temor de que no se cumpliera esta noche su deseo.

Efectivamente, á pesar de que ella llevaba envuelta la cabeza en un abrigo de tela blanca que le tapaba la boca y parte de la frente, podian admirarse unos ojos azules como el cielo, de mirada expresiva, lánguida y fascinadora, que parecia llegar al corazon para conmover sus más delicadas fibras, una nariz perfectamente delineada y un cútis finísimo de rara blancura mate, donde resaltaban, como dos espigas de oro sobre la nieve, las cejas rubias, arqueadas y relucientes. Su estatura era regular y las formas que se adivinaban bajo el ancho gaban de paño negro que llevaba, debian ser rivales de las más perfectas del arte pagano.

—¡Ah!—exclamó al ver al embozado y descubriendo una boca más tentadora que Satanás, de frescos y rojos labios, descuidados guardianes de blanquísimas perlas.—¡Dios te envia!

—¿Pues qué sucede? ¿Adónde vas?—preguntó el caballero con extrañeza.

—Mi madre se ha puesto mala, muy mala, y me he atrevido á salir sin esperarte, porque temo una desgracia...

—Bien, has hecho muy bien. La buena señora está siempre amenazada de un ataque mortal... Vamos, te acompañaré... Por casualidad tenemos ahí un coche,—dijo el embozado, señalando á una berlina de alquiler:—no hay más que ese... Vamos.

No se trataba, pues, de una intriga amorosa: el misterioso personaje habia hecho salir de su casa á su propia mujer, dándole un aviso falso: las pocas palabras cruzadas entre ambos esposos, junto al que los espiaba, no daban lugar á duda. ¿Qué se proponia el marido? ¿Para qué llevarse á la mujer sin que nadie supiese que él la acompañaba?

Una sospecha horrible cruzó por la mente del que observaba aquella inexplicable intriga, y su primer impulso fué detener á la que consideró en un instante como desgraciada víctima, y advertirle el peligro que parecia correr; pero se detuvo al primer paso, no por temor al marido, sino porque engañado por las apariencias le echase en cara su importuna ayuda la misma á quien intentaba salvar, dejándolo en la más ridícula situacion.

Los esposos entraron en el coche, y este partió con rapidez hácia la calle de Preciados.

Era imposible seguirlos á pié: no habia otro carruaje, y aun habiéndolo, de nada habria servido al que espiaba, porque sus bolsillos estaban enteramente vacíos. Así, pues, contentóse con volver á la calle de Silva, mirar el número de la casa donde aquella mujer vivia, y seguir adelante muy preocupado y nada tranquilo.

El cochero, que habia oido las palabras propina, carrera y aprisa, atravesó velozmente la calle de Preciados, Puerta del Sol y Carrera de San Gerónimo, entrando en la calle del Baño, y aunque se le habia mandado ir á la del Leon, como se le ordenase pa-

La desgraciada víctima no daba señales de vida

rar desde el interior del carruaje, refrenó y se detuvo.

El caballero, siempre procurando ocultar el rostro, salió de la berlina, cerró la portezuela, dió medio duro al automedonte y le dijo con voz agitada y breve acento:

—Vuelve á la calle de Silva, número... y deja á esta señora.

Y se alejó apresuradamente.

—Entendido,—murmuró el cochero;—media peseta de propina... Adelante.

Y volviendo, tomó el camino que habia llevado, aunque no con tanta prisa.

La mujer no habia hecho ninguna observacion y se dejó conducir.

Cuando el coche llegó á su destino, se detuvo; pero la portezuela no se abrió. Entonces la portera de la casa, que movida por la curiosidad habia acudido para ver mejor á la persona que llegaba en carruaje, abrió sin que tampoco nadie saliese.

—¿Quién viene aquí,—dijo,—que no se mueve?

—Una señora,—respondió el cochero.

El femenino cancerbero miró al interior del vehículo, y reconoció á la persona que lo ocupaba.

—Es la señora del segundo... Y no se mueve... parece que duerma ó que esté desmayada...

—Bien puede ser,—repuso el cochero;—acompañóla un señor, habrán hablado mucho... Os ayudaré á sacarla.

Y bajó del pescante mientras la portera llamaba á su marido, que acudió perezosamente.

Efectivamente, la desgraciada víctima del más infame lazo, no daba señales de vida.

El abrigo con que antes se cubria la cabeza, lo llevaba liado al cuello; su blonda cabellera estaba en completo desórden; su rostro no presentaba la palidez del que desfallece, estaba rojo, casi amoratado, y advertíase alguna hinchazon en sus párpados.

Pero no hubo quien hiciese tales observaciones: á una voz dijeron que estaba desmayada, y la entraron en la portería para hacerle aspirar vinagre y rociarle con agua fria la cara.

El cochero empezó á sospechar la verdad, y aunque inocente, tuvo

miedo á la justicia: así que, aprovechando la ocasion, volvió al pescante y se alejó calle arriba.

Los porteros prestaron á la infeliz señora los socorros que podian; pero en vano.

—Esto es ya demasiado... parece que está muerta...

—Avisaremos á su criada...

—Mira... pon aquí la mano... no le palpita el corazon...

—Está muerta...

—¡Dios bendito!...

—Corre, mujer, avisa en su casa mientras yo voy por un médico...

—Sí, en la botica habrá alguno...

Y mientras el portero salia presurosamente, su mujer subia la escalera, gritando y poseida de terror.

Pocos minutos despues los vecinos rodeaban á la infeliz víctima y un médico la examinaba.

—Vive,—dijo el Galeno á los que esperaban ansiosamente su fallo;—pero no espero salvarla. Es preciso avisar inmediatamente á la autoridad: se ha querido cometer un crímen...

—¡Un crímen!...

—Sí, á esta señora han intentado estrangularla, y con un esfuerzo más lo hubieran conseguido. Recetaré para ganar tiempo; pero que se avise á la autoridad.

—¿Y hemos de dejarla aquí?

—No: mientras se le da el medicamento que voy á recetar, puede subírsela á su cuarto.

Cien veces y con todos sus detalles refirió la portera cuanto habia sucedido desde que llegó el coche, y á pesar de lo triste de la situacion, cruzáronse algunas miradas maliciosas cuando oyeron los vecinos lo de que un caballero habia ido en el carruaje con la señora.

¡Infeliz mujer!

En los momentos horribles de su agonía, caia sobre su limpia honra una mancha.

Unos por cariño y otros por no perder el hilo del suceso, todos se apresuraron á prestar ayuda, y bien pronto la paciente se encontró en su lecho.

Por el mueblaje y los adornos de las habitaciones se comprendia que los que allí moraban, eran, si no ricos, al menos bastante bien acomodados, advirtiéndose, más que lujo, un gusto el más refinado y un órden admirable.

Sentada en un cómodo sillon, derramando silenciosas lágrimas, probablemente tan falsas como el beso de Judas, habia una robusta nodriza, que tenia en sus brazos un niño de pocos meses, pálido, demacrado y con todas las señales de una muerte próxima.

El médico y una criada estaban junto al lecho, y los seis ó siete curiosos, hombres y mujeres, que habian acudido, ocupaban el resto de la alcoba.

El inspector del distrito con dos dependientes no tardó en llegar, y poco despues lo hicieron el juez y un escribano.

La enferma continuaba sin dar señales de vida, y mientras llegaba el momento en que pudiese hablar, procedió el juez á tomar declaraciones á los porteros.

Estos comprendieron entonces su torpeza en no haber detenido al cochero, única persona que al menos habria podido dar señas del asesino, así como era posible que en el coche hubiese quedado alguna prenda que sirviese de indicio.

No debia, pues, perderse un instante, y el inspector y sus dependientes se pusieron en movimiento con el fin de buscar el coche donde se habia cometido el crímen.

Los vecinos no pudieron decir más que lo que habian oido, y las dos sirvientes, al ser preguntadas por el juez sobre los antecedentes de sus señores, juraron que la desgraciada víctima era un modelo de virtud y que poseia tales prendas de dulce carácter y noble corazon, que parecia imposible tuviese enemigos.

Convencido el juez de que nada se adelantaria sin las revelaciones de la moribunda, sentóse junto al lecho y aguardó para recoger la primera palabra de la infeliz cuando recobrase el conocimiento.

No más que el médico, el juez y el escribano quedaron en la alcoba: la importancia de la declaracion que se esperaba exigia la mayor reserva.

Entonces presentó el aposento el cuadro más triste.

Aquellos tres hombres, graves, sombríos, inmóviles, tenian la mirada fija en la paciente, que no daba señales de vida.

Los rayos de la luz de una bujía reflejaban en los finísimos y blondos cabellos de aquella desdichada mujer, é iluminaban su rostro, que á pesar de la violenta contraccion que lo disfiguraba, era prodigiosamente bello, pero no con esa belleza fria que hace admirar sin conmover, pensar sin sentir, sino con la belleza que arrebata.

Nada más noble que aquella frente espaciosa y pálida, nada más encantador que el óvalo de aquel rostro de frescas mejillas, nada más mórbido y dulcemente modelado que aquella garganta, donde se veian las señales horribles de la mano infame del parricida esposo.

Trascurrió un cuarto de hora en medio de aquel silencio.

La frente del médico se contrajo.

—¡Oh!—murmuró, moviendo la cabeza y haciendo un gesto de disgusto.—Empiezo á temer que muera sin haber podido hablar... Hagamos el último esfuerzo.

Y tomando la pluma, extendió una nueva receta y ordenó á la criada que fuese corriendo á la botica.

Mientras se apela al remedio heróico, al último esfuerzo, como decia el doctor, volveremos á la calle, donde encontraremos al criminal esposo, que con lentos pasos regresaba á su casa.

Nada debia temer, porque segun creia, la única persona que podia acusarlo no existia, y sin embargo, sus ojos se volvian á uno y otro lado recelosamente.

Al llegar á la puerta vaciló, no sabemos si espantado por su conciencia al pensar que iba á ver á su víctima, ó si temeroso de no representar bien el papel que á su salvacion convenia; pero al cabo de un momento entró en el portal y lo atravesó, subiendo el embozo de la capa, como si en el rostro llevara escrito el crímen.

—¡Señorito!—le dijo la portera con alterada voz y saliéndole al paso.—No se asuste usted...

—¡Que no me asuste!—murmuró el caballero con extrañeza tan bien fingida que hubiera hecho honor al cómico más consumado.—¿De qué he de asustarme?

—No ha muerto... ¡ah!... no ha muerto,—repuso con precipitacion la portera.

—Pero ¿de quién habla usted? ¿Qué ha sucedido?...

—Es verdad que nada sabe usted... La señorita...

—¡Mi esposa!...

—Sí, señor... salió... volvió en coche... ¡Y ese bribon de cochero se nos ha escapado!... ¿Quién habia de pensar entonces en él?... Estábamos ocupados con la pobre señorita... ¡ay, Jesus!... parecia muerta; pero Dios ha querido que no sea así, aunque el médico dice que todavia no puede responder de lo que sucederá...

—¡Muerta mi esposa!

—No; que está en peligro... Han querido asesinarla, ahogarla dentro del coche...

—¡Dios mio!—exclamó el marido con un aturdimiento que entonces no era fingido.

Y dió un paso hácia la escalera; pero se detuvo como si no acertase á moverse.

Su víctima vivia y era posible que hubiese declarado.

No atormentado por la conciencia, sino dominado por el miedo, se sintió trastornado.

¿Qué hacer en tan crítica situacion?

Huir era declararse reo, aunque su esposa no lo hubiese acusado.

Presentarse era demasiado arriesgar, perderse si habia sido delatado.

Afluyó á su cabeza toda su sangre y se oprimió las sienes, que sentia latir como si fueran á romperse las arterias.

—Tranquilícese usted, señorito,—dijo la portera,—Dios querrá que se salve y que se descubra al pícaro asesino...

—¿Pero qué dice ella? ¿Cómo explica?...

—Estaba sin sentido, y aun no habia vuelto en sí cuando salimos de la alcoba por órden del juez...

—¿De qué juez?—replicó vivamente el criminal.

Y sintió un escalofrio que recorrió todo su cuerpo, haciéndole temblar.

—¡Toma!... El juez, y el escribano, y el inspector, y los guardias...

Arriba estan... El médico dijo que nada hacia sin que se diese parte...

—¡Ah!—exclamó el asesino.

Y se lanzó hácia la escalera, empezando á subir rápidamente.

Habia comprendido su situacion: era preciso jugar el todo por el todo.

Pasado el primer momento del aturdimiento producido por la sorpresa y el terror, habia formado su plan.

—¡Oh!—murmuraba mientras subia de dos en dos los escalones. —No debo perder un instante, porque puede recobrar el conocimiento y hablar.

—¡Pobre señor!—decia entre tanto la portera.—¡Es tan bueno y la quiere tanto!... ¿Y quién habia de pensarlo de ella?... No se puede fiar en nadie: parecia una santa y... ¡Pobre señor!

Y comentándolo á su gusto, referia con todos sus detalles el suceso á cuantos se acercaban á la portería.

El asesino llegó al piso segundo, puso la mano en el llamador, estremecióse, detúvose un segundo y escuchó sin percibir el más leve ruido, y murmurando,

—Adelante,

Hizo sonar la campanilla.

La puerta se abrió, apareciendo un hombre de rostro sombrío.

—¿Qué quiere usted?—preguntó.

—¿Ha vuelto en sí?—dijo afanosamente el criminal.—Soy el dueño de la casa...

—No sé...

—Mi esposa, repuso el parricida.

Y corrió hasta la alcoba, exclamando al entrar:

—¡Isabel, Isabel!

Impusiéronle silencio el médico y el juez, recomendándole la calma, y él, aparentando hacer un esfuerzo para dominarse, repuso:

—¡Calma me pedís cuando veo moribunda á la mujer á quien tanto amo, á la madre de mi hijo, mientras su honra, que es la mia, se pone en duda sin recato!... ¡Ah!... decidme, señores, qué significa esto: no sé más que lo que al llegar me ha dicho la portera; pero no me lo explico. ¿Por qué ha salido de casa mi esposa? ¿Quién

ha podido atentar contra su vida, cuando era imposible que tuviese enemigos? ¿Cómo ha dado un paso que parece manchar su honor la que es modelo de esposas?... ¡Dios mio!...

El médico y el juez volvieron á imponer silencio al esposo, rogándole dominase su justo dolor, siquiera porque así convenia para la salvacion de la paciente.

Cualquier marido hubiese ahogado los impulsos de su dolorosa desesperacion para no agravar el peligroso estado de la mujer amada, y así lo hizo nuestro hombre, no sin muestras de grande esfuerzo.

Reinó un profundo silencio.

El criminal esposo fijó en su víctima una mirada afanosa, de ansiedad mortal, que revelaba una angustia horrible.

Sus ojos no mentian; sin embargo, el mundo se engañaba, leyendo en ellos la verdad.

El engaño consistia en que el miedo no era el de perder á su esposa, sino el de verse perdido.

En el órden moral sucede lo que en el físico, y por eso casi todas las manifestaciones del sentimiento tienen dos distintas causas ó dos distintas explicaciones.

La habilidad de los buenos cómicos del gran teatro del mundo no consiste precisamente en ocultar lo que sienten, sino en extraviar el juicio del espectador para que se explique lo que ve en diverso sentido del verdadero.

Lo mismo hace palidecer el miedo que la ira; las lágrimas arrancadas por el despecho no se diferencian á la vista de las que hace verter el dolor.

El hombre que nos ocupa era un actor admirable, y merecia un lugar preferente en el largo catálogo de los que representan la comedia social.

Ya hemos empezado á conocer el alma de uno de nuestros héroes; veamos su rostro.

Figuraos un hombre de cuarenta años, de regular estatura, de maneras distinguidas, como quien ha recibido una educacion esmerada, y de trato tan afable, tan dulce, que muchas veces rayaba en afeminado: una cara donde, si no habia belleza, tampoco fealdad, de

facciones cuyo conjunto tenia mucho de agradable; unos ojos pardos, redondos, brillantes y expresivos, que tenian para todo el mundo miradas agradables, y figuraos en fin una frente coronada de cabellos de color castaño muy oscuro, frente despejada, casi noble, y tendreis el retrato de nuestro esposo.

¿No es la cara espejo del alma?

No seré yo quien lo niegue; pero sin negarlo, puedo á mi vez decir: la cara es el antifaz del alma.

Judit era hermosísima. ¿No se sirvió de su cara como de un antifaz?

¿No era un antifaz el rostro de Judas?

¿No lo fueron el de Luis XI, Catalina de Médicis, Lucrecia Borgia y Felipe II?

¿No sirve el rostro para ocultar con una sonrisa un dolor?

Con el antifaz de la cara nos engaña la mujer y nos inspira confianza el cobarde asesino.

El personaje que nos ocupa gozaba de la mejor reputacion: ni su esposa habia podido penetrar en aquel alma depravada, y creia, como todos, que era el mejor hombre del mundo.

Nadie, bajo aquella apariencia dulce, casi fria, habia adivinado las violentas pasiones, las borrascas que agitaban el espíritu de aquel hombre.

Habia vivido modesta y decorosamente del producto de su trabajo en una casa de banca, y despues de casado, en fuerza de repetidos ruegos de su esposa, que heredó una regular fortuna á la muerte de su padre, dejó su empleo, cuidándose únicamente de su familia, y sin que la nueva posicion y mayores recursos alterasen su carácter dulce ni sus costumbres modestas, porque, segun él decia, aquella nueva fortuna era un sagrado depósito que debia entregar á sus hijos, aumentado si fuere posible.

En los dos años que llevaba de matrimonio habia sido un marido modelo. Nunca habia mostrado un amor vehemente por su esposa, una verdadera pasion; pero como parecia no caber en su carácter ni en su temperamento, nadie pensó en acusarlo de falto de cariño: amaba cuanto podia, y hubiera sido injusta y loca exigencia pedirle más.

Con tales antecedentes, para amigos y conocidos, el nombre de don Juan Hurtado, porque este llevaba nuestro personaje, era un nombre respetable y querido.

Conocido el esposo, justo es que nos ocupemos de la esposa, de quien no conocemos más que el nombre y la prodigiosa belleza.

Difícilmente se hubiera encontrado una mujer dotada de alma más noble y sensible, de corazon más ardiente y puro. Una educacion severísima y el aislamiento en que sus padres la habian hecho vivir, dieron pór resultado la más cándida inocencia.

Toda su inteligencia clarísima, privilegiada, no fué bastante, en su absoluta ignorancia de mundo, para que comprendiese lo que es uno de los sentimientos que más influencia ejercen en la suerte de la mujer, que tal vez deciden de ella; así que, cuando Isabel, perla escondida en su concha, tuvo diez y ocho años, se casó con el hombre designado por sus padres, y se casó creyendo que amaba, porque le dijeron: «Ese hombre es bueno y te hará feliz».

Isabel preguntó á su corazon y llegó á creer que amaba á aquel hombre.

Su corazon no la engañaba, solamente que habia dejado de decirle que aquel cariño era puramente fraternal.

¿Cómo habia de hacer esta distincion la cándida niña?

Isabel fué feliz, porque no deseaba otro amor.

No habia tenido hermanos ni amigos, y su alma encontraba satisfecha una necesidad.

Pasó un año...

¡Tarde ó temprano el corazon despierta!

El corazon de Isabel era como el de todas las mujeres, es decir, que no se parecia á ninguno.

Por eso es menester estudiar el femenil corazon en cada una de las mujeres, y cuando se conoce una, que es mucho conocer, no se conoce más que á aquella.

¿Pensais que el corazon de Isabel despertó ante la presencia de un hombre?

No.

Isabel debia ser madre, y al comprenderlo así, sus ojos destellan-

tes con el fuego de una pasion que hasta entonces no habia sentido, buscaron al hombre á quien desde aquel dia la ligaba un doble lazo.

Empero no encontró más que al padre de su hijo, y en vano quiso convencerse á sí misma de que aquel era tambien el amante.

¡El amor maternal le hizo comprender otro amor que nunca habia comprendido ni sentido, que ni siquiera habia sospechado!

Decidme ahora si conoceis el corazon de la mujer.

Isabel amó desde entonces con toda la intensidad de su alma de fuego.

Pero ¿á quién?

A nadie.

Amaba, ó más bien sentia la necesidad de amar y ser amada.

Sin embargo, Isabel comprendió entonces más que nunca sus deberes, se sintió fuerte para la lucha, si es que la empeñaban con su virtud las pasiones, y nada debia temerse.

Su corazon habia despertado; pero su conciencia no se habia dormido.

Lo que faltaba de amor para su esposo, sobraba de virtud.

Si en aquella alma ardia una pasion sin objeto, que son las más desgarradoras pasiones, porque anhelan sin cesar y sin descanso vagan en el ilimitado mundo de las ideas, no faltaban fuerzas para luchar y sufrir, fuerzas para resignarse.

Y decimos fuerzas para la resignacion, porque esta no es de almas débiles, sino de almas heróicas; porque jamás aceptaremos la nueva teoría de algunos escritores que dicen: «La resignacion es la fuerza de la debilidad». Bonita frase, no lo negamos, pero que no es en último caso más que un ingenioso juego de palabras.

La resignacion es una de las virtudes que más difícilmente se practican.

¡Débil el que sufre, calla y sonrie con la tranquilidad de su grandeza, el que lo acepta todo sin quejarse, sin guardar odios en su corazon y sin desesperarse por el bien perdido y que no ha de volver, es decir, sin entregarse á la más estúpida de las desesperaciones!

Débil es quien no tiene valor para aceptar la desgracia y para combatirla, encuentra buenos todos los medios, respondiendo si le acu-

san: «No me resigno, porque no es de espíritus débiles, y lucho hasta vencer ó morir».

¡Como si la resignacion prohibiera la lucha!

Es preciso que hagamos comprender al lector que Isabel no era un alma débil ni vulgar porque aceptaba su desgracia voluntariamente, sin emponzoñar su alma con el rencor, que es cuanto á la resignacion puede pedirse.

Hemos dicho que la conciencia de aquella mujer sublime no se habia dormido; pero como pobre ser humano, como mujer, tenia sus momentos de debilidad.

Y en esos momentos, su pasion extraña, su pasion sin objeto, encendida en su corazon de tan singular manera, se apoderaba de su cerebro, le hacia olvidarse de todo, producíale una especie de letargo, casi un sueño dulce como el de la congestion, ó una embriaguez tranquila, risueña y fantástica como la del opio, y vagaban sus ideas, y haciendo de su mente espejo, buscaba en ella una imágen...

¡Nunca la encontraba!

Empero aquellos momentos de olvido, aquellos ensueños, no eran muchos ni muy largos.

Interrumpíalos la conciencia, que es un juez sin corazon, un testigo todo ojos y memoria, un acusador todo lengua.

¡La conciencia!... ¿Qué es la conciencia?

Si lo supiéramos podriamos suprimirla á nuestro placer; pero no podemos luchar con un enemigo, cuya existencia solo conocemos por sus golpes.

Isabel despertaba, reprochábase por su debilidad y creia que habia cometido una falta de que debia arrepentirse y avergonzarse.

Tal era su conciencia de exigente.

Así pasó mucho tiempo.

¿Habia creado en su imaginacion un ser á quien amar?

¿Se habia formado un tipo que respondiese á su pasion y á sus gustos?

Lo ignoramos.

Ya lo hemos dicho: ¿quién sabe lo que es la mujer?

Por eso se le acusa de inconsecuente consigo misma, porque no

se la conoce, porque ninguna se parece á la otra, y estudiando un poco en cada una encontramos la contradiccion.

El señor Catalina ha escrito un libro sobre la mujer. No lo he leido; pero me ocurre preguntarle: ¿con el estudio de cuántas mujeres se ha contentado?

Aun estudiadas cuantas existen, de nada serviria su estudio para otra generacion.

Basta, pues, de observaciones, y perdona, lector amado, teniendo en cuenta que la pluma del escritor sabe dónde empieza, pero no dónde ha de acabar.

¿Hemos dado á conocer á Isabel?

Creemos que sí.

En cuanto á lo que pudo mover al esposo á cometer su crímen, ya lo sabremos.

Dijimos que la infeliz estaba inmóvil y sin sentido en su lecho, rodeada de su marido, el médico, el juez y el escribano...

Empero como prometimos al empezar este primer capítulo, hemos dado á conocer á algunos personajes, principiando por el alma y acabando por el rostro, y cumplida la promesa, estamos en nuestro derecho de terminarlo aquí, dando comienzo al segundo.

CAPITULO II.

La declaracion.

El silencio era profundo en toda la casa, y mucho más en la alcoba, donde solo se oia la agitada respiracion de don Juan.

El cuadro era imponente, tristísimo, conmovedor, y pudiéramos decir sombrío, pues la luz de la bujía que estaba cerca de la cama parecia esparcirse trabajosamente, como si tuviese miedo, como si quisiese envolver en las tinieblas al parricida, ocultando á todos los ojos el horror de tanta infamia, de tanta hipocresía.

Por fin la enferma exhaló un débil suspiro y se estremeció.

—Esto es otra cosa,—dijo el médico, apoderándose del pulso de Isabel.—Pronto hablará.

Al escuchar estas palabras púsose don Juan en pié, como movido por un resorte, y fijó en su esposa una mirada penetrante, medrosa y anhelante á la vez, una mirada indescriptible y que solo puede comprenderse conociendo el estado en que se encontraba el espíritu de aquel hombre. Sus ojos, abiertos desmesuradamente como si fueran á saltar de sus órbitas, estaban fijos, y sus pupilas, dilatadas y relumbrantes como dos luces fosfóricas, parecian enviar dos corrientes de fuego á su víctima. Toda su voluntad, toda su alma estaba en los ojos del asesino en aquellos momentos terribles, porque solamen-

te con los ojos podia evitar que una sola palabra le arrancase la careta, dándolo á conocer y sentenciándolo á morir.

La idea de la muerte espantaba siempre á don Juan; pero entonces le horrorizaba más, porque una hora antes creia que habia empezado á vivir más feliz que nunca, que estaban cumplidas con la muerte de Isabel todas sus esperanzas, y no tardaria en convertir en realidades todas sus ilusiones.

Y era efectivamente muy horrible ver todo esto, tan risueño, tan grato, trocado en un instante por la deshonra, el desprecio y el verdugo que espera impasible para dar un espectáculo al buen pueblo.

—Ahora,—dijo el médico á don Juan,—es preciso que tenga usted más calma y más prudencia que antes, porque despues que recobre el conocimiento, es más peligrosa que nunca cualquiera conmocion, por leve que sea; por consiguiente, si ha de faltarle á usted el valor, la serenidad, debe apartarse de aquí.

—Descuide usted, caballero.

—Si la ciencia,—repuso el médico,—estuviese sobre la ley, haria salir de aquí al señor juez...

—Imposible,—dijo este:—no sabe usted lo que puede valer la primera palabra que pronuncie esta señora: esa palabra puede ser tal vez la única que me abra el camino para dar á la sociedad la justa satisfaccion que reclama y librarla de una de sus llagas gangrenosas.

—No es el criminal,—replicó el médico sonriéndose y poniendo una mano sobre el corazon de la enferma,—no es el criminal la simple gangrena en un mienbro, es el cáncer, que se reproduce tantas veces como lo hayais extirpado, y al fin mata; y mientras los hombres de la ley no hagais más que nosotros, es decir, mientras, como á nosotros por desgracia nos sucede, no sepais atacar la causa, la sociedad estará enferma, y enferma tan gravemente, que al fin morirá despues de mutilada en todos sus miembros, en fuerza de vanas extirpaciones.

Iba el juez á contestar, y quién sabe si poseidos al defender sus doctrinas, hubiesen olvidado la situacion; pero interrumpióles un nuevo y más prolongado suspiro de la enferma y callaron mientras el escribano probaba sobre la uña del pulgar de su mano izquierda la

elasticidad de los puntos de la pluma, y los ojos de don Juan brillaban más intensamente.

Apurada era la situacion para el asesino; pero no iba á ser menos terrible para Isabel.

¿Qué diria esta al recobrar el conocimiento y ver á su esposo?

¿Podria dominarse y no acusarlo? El horror que debia sentir ¿no arrancaria de sus labios, aun contra su voluntad, la palabra asesino?

Y aun comprendiendo que pudiera dominarse en los primeros momentos y que estuviese decidida á ocultar el crímen de su esposo, cuando el juez le preguntase quién era el hombre que habia entrado con ella en el carruaje, ¿qué responderia?

Era por lo menos muy dudoso que la infeliz quisiese llevar su generosidad y abnegacion hasta el punto de aceptar la deshonra por salvar la honra y la vida de su asesino.

Ella, ofendida, virtuosa y pura, que podia acusar, verse acusada sin poder defenderse, soportar el desprecio del mundo para que su marido alcanzase mayor consideracion de todos, confesarse criminal para que su asesino apareciese víctima noble y generosa que perdonaba.

Si solo con callar hubiera podido salvarse el criminal esposo, nada habria este temido; pero pedir á la desdichada Isabel, que no solamente perdonase, sino que dijese, «he manchado mi honra, he faltado á mis sagrados deberes de esposa,» pedir esto, repetimos, era demasiado y casi imposible que lo concediese nadie, por grande y noble que su alma fuese.

Hé ahí por qué don Juan, con sobra de fundamento, dudaba y temia.

Más de una vez pensó salir de la alcoba con cualquier pretexto, para en caso de necesidad poder huir; pero ¿quién habia de darle aviso de lo que sucediese?

Era, pues, preciso correr el peligro por completo, jugar el todo por el todo.

Isabel recobró al fin el conocimiento.

Su mirada, vaga al principio, se fijó con extrañeza en las tres personas á quienes no conocia, y luego se encontró con la de su esposo.

Instantáneamente se puso lívido el rostro de la infeliz, y un grito ahogado se escapó de su boca.

Aquella lividez, aquel grito arrancado por el horror, fué traducido de bien distinto modo por el médico y el juez: uno y otro creyeron que en vez de indignacion y horror era miedo y vergüenza por su falta lo que la desdichada sentia.

Ya hemos dicho, á riesgo de que se califique de paradoja, que en el órden moral distintas causas suelen producir el mismo efecto.

El rostro de Isabel engañó por esto á los que lo examinaban.

Era preciso la indignacion ó la vergüenza para hacerlo palidecer en aquellos momentos, y al suceder así, con sorpresa del médico, tomóse por manifestacion de lo segundo lo que era lo primero.

Hé ahí el espejo del alma, engañando al mundo.

¿No habia engañado el rostro del marido?

¿Quién hubiera adivinado la negra conciencia de don Juan al ver su rostro que, para el mundo, expresaba el más angustioso dolor?

¿Quién hubiera creido en la pura conciencia de Isabel al ver su rostro descompuesto, como el del criminal ante su juez y la prueba de su crímen?

Ved, pues, lo que estas dos personas parecian y lo que verdaderamente eran, y empezareis á comprender toda la importancia de la comedia social, os convencereis de que los actores que la representamos somos muchas veces todo lo contrario de lo que parecemos en el gran escenario del mundo.

Ambos estaban juzgados; ¿pero cómo?

Ella era la mujer liviana que habia encontrado el castigo al faltar á sus deberes, y él la víctima inocênte; pero víctima tan resignada, tan generosa, que se entregaba al más angustioso dolor al ver en peligro la vida de la esposa que acababa de hacerle la más grave ofensa.

—Isabel,—dijo don Juan despues de algunos instantes y mientras se inclinaba sobre el lecho,—nada temas, estoy á tu lado, y estos señores han venido, el uno para volverte la vida, y los otros para cumplir los protectores deberes de la justicia.

Y al decir esto, su mirada, siempre centellante y afanosa, se clavaba en la infeliz, que volviendo á otro lado el rostro, exclamó:

—¡Mi hijo!... ¡Ah!... ¿Y mi hijo?

—Duerme tranquilamente, nada le ha sucedido...

—Lo sé; pero... tengo necesidad de verlo...

—Antes,—interrumpió el juez con cuanta dulzura pudo,—es preciso que me conteste usted á algunas preguntas, porque si la emocion que ha de hacerle experimentar á usted la vista de su hijo le produjese un nuevo desmayo, perderiamos un tiempo precioso, quizás la única ocasion en que la justicia pudiera apoderarse del criminal.

—Señor juez,—dijo el médico,—debo advertir que la enferma no puede hablar mucho...

—Así lo tendré presente, y la molestaré lo menos posible. Si me contesta franca y terminantemente, como espero, concluiremos en pocos minutos.

—¿Y por qué no?—replicó don Juan, acercándose hasta poner el rostro junto al de su esposa y tomándole cariñosamente una mano.—Explica el suceso, que mi fé en tí es ciega.

Luego, bajando la voz de manera que no pudieran entenderse sus palabras más que por Isabel, y como si fuese á decirle algunas de esas frases tiernas que los amantes quieren guardar de ajenos oidos, porque son de íntima confianza, añadió rápidamente:

—Si me condenan, tu hijo será el hijo del ajusticiado.

Isabel reprimió trabajosamente un grito de horror y se cubrió la cara con las manos.

—Tengan ustedes la bondad de salir,—dijo el juez al médico y á don Juan.

—¿Yo tambien?—preguntó este.

—Tambien, caballero.

—Soy su esposo...

—No importa.

—Y mis derechos...

—Nadie más que el depositario de la fé pública y yo puede oir lo que diga esta señora.

No contaba don Juan con esto, que aumentaba los peligros que corria.

¿Cómo ponerse en salvo si Isabel decia la verdad?

Empero por más que contrariase sus planes y agravase su situa-

cion, hubo de obedecer, porque el representante de la ley desoyó protesta y ruegos y cerró la puerta de la alcoba, despues de mandar á un alguacil que se situase en la sala para que nadie se acercase á escuchar.

Volvió el juez á su asiento, contempló algunos instantes el bellísimo rostro de Isabel, admiró aquella frente despejada y noble y deploró en su interior que tales perfecciones, tales encantos, ocultasen un alma impura, donde el engaño y la hipocresía encontraban abrigo.

¡Pobre Isabel!

Despues de las preguntas de fórmula sobre el nombre, edad y demas circunstancias de la persona, preguntas y respuestas de que hacemos gracia al lector, entró en la cuestion el juez, diciendo:

—¿Por qué salió usted de su casa esta noche?

—Salí,—respondió Isabel con voz débil, pero más segura de lo que hubiera podido esperarse en su estado,—salí, porque recibí un falso aviso de mi madre, diciéndome que estaba gravemente enferma.

—¿En qué se funda usted para creer que el aviso era falso?

—Me lo reservo.

—Señora...

—Caballero,—interrumpió Isabel,—para evitarnos molestias, advertiré á usted que lo que calle á la primera vez que se me pregunte, no lo diré jamás.

El juez empezó á temer que la causa le diese mucho trabajo sin resultado.

—Bien,—dijo con frialdad.—¿Y se dirigió usted á casa de su madre?

—Sí.

—¿Cómo?

—En la plazuela de Santo Domingo entré en el único coche que habia.

—¿Iba usted sola?

Isabel pareció dudar un instante, pero luego dijo con firmeza:

—Sí.

—Señora,—repuso el juez,—debo advertirle que el cochero ha dicho que entró usted en el carruaje acompañada de un hombre.

—Valga lo que dijo el cochero ó lo que yo digo, me es igual.

—Es preciso convenir en algo...

—Me es indiferente.

—Usted afirmará ó negará, yo no puedo elegir...

—Pues bien, me acompañaba un hombre,—replicó Isabel como si el pronunciar estas palabras le costase un supremo esfuerzo.

Y luego dirigió al cielo una mirada, cuyo significado y valor ella sola podia comprender.

—¿Quién era aquel hombre?—preguntó el juez, que empezó á tener esperanza de aclarar el misterio.

—¡Oh!—murmuró Isabel, haciendo un gesto doloroso.—Ya es bastante... ¿Para qué agotar inútilmente las pocas fuerzas que tengo? Estoy resuelta á callar y callaré. ¿No estoy en mi derecho?

—No, señora: callar es ocultar al criminal, y quien tal hace ha de responder ante la ley de su silencio, como responderia de su falsedad si mintiese.

—Bien, caballero, pues consignad en la causa, bajo mi responsabilidad, que yo declaro haber entrado en un coche, haberme desmayado allí y encontrarme en mi cama al recobrar el sentido.

—Pero...

—¿Dice el médico que han intentado estrangularme? ¿Se infiere que el asesino debió creer que habia cumplido su deseo? ¿Declara el cochero que entró conmigo un hombre en el carruaje? Pues bien, consignad todo eso y obrad; pero que no se me pregunte, porque nada sé, nada quiero decir.

—Señora...

—Apenas puedo hablar, caballero, y las pocas fuerzas que me restan, tal vez las pocas horas de vida, quiero aprovecharlas para lo que me importa declarar, por más que se dude ó no se crea.

—Escucho.

—He pedido á mi hijo para abrazarlo; que me lo traigan y todos oireis jurar por su vida, ¿lo entendeis? por su vida juraré, yo que soy su madre, por su felicidad, por la salvacion de su alma, que mi conciencia de nada me acusa, que está pura mi honra, puro el nombre que me dió mi esposo, que no he faltado á mis deberes ni he

intentado faltar, y que mienten las apariencias que puedan acusarme.

Pronunció Isabel estas palabras con tal acento de verdad, era en aquellos momentos tan noble la expresion de sus ojos, tan altiva y serena su mirada, que el juez se sintió turbado.

La infeliz se quedó luego abatida, como si para dar expresion á sus palabras y á su semblante hubiese empleado cuantas fuerzas le quedaban.

—Señora,—dijo el representante de la ley,— desgraciadamente el mundo cree más en hechos que en juramentos, y para desmentir las apariencias, nada tendrá más valor que aclarar el misterio de esta desgracia.

—Si el mundo me condena,—replicó Isabel con débil acento,— me resignaré... ¡Los que no alcanzan la justicia de los hombres, tienen segura la de Dios!

—El crímen que se ha cometido...

—¡Oh!... Basta... por favor... basta... Mi hijo, que me traigan á mi hijo.

Inútiles fueron consejos y observaciones: nada reveló la infeliz, á todas las preguntas respondia con el silencio, y si hablaba era para pedir á su hijo.

Convencido el juez de que nada adelantaria, hizo extender cuidadosamente la declaracion, y despues de firmada, salió de la alcoba, encomendó nuevamente el cuidado de la enferma al médico, y se dispuso á recibir las explicaciones de don Juan.

Tan repetidos fueron los ruegos de Isabel, que hubieron de llevarle á su hijo, que seguia durmiendo: lo abrazó, besólo repetidas veces, y al exclamar con acento desgarrador:

—¡Hijo mio!

Volvió á perder el conocimiento.

—¡Hum!—murmuró el médico, moviendo la cabeza y haciendo un gesto de disgusto.—Volvemos atrás... La ley ha reclamado sus privilegios y ha detenido á la ciencia... Cúmplase la ley; pero es posible que la justicia haya conseguido lo que no consiguió el criminal oprimiendo la garganta de su víctima.

Don Juan prestó su declaracion sin otras muestras de turbacion

que las naturales en el estado de angustiosa afliccion en que fingia encontrarse por el suceso; pero ocurrióle al juez la idea de que en el coche podia haber quedado alguna prenda de Isabel, la cual serviria quizás como indicio, y esta observacion lógica y sencilla produjo en el criminal tan grande efecto, que hubo de esforzarse y recurrir á toda su habilidad para que no se conociese su trastorno.

¿Y por qué?

Porque entonces pensó que él habia olvidado recoger su paraguas al salir del coche.

¿Lo habrian recogido los porteros?

Un nuevo temor, bastante fundado, hizo temblar á don Juan.

La criada, revisando y recordando, echó de menos el paraguas de su señorita.

Nadie lo habia visto y no podia dudarse de que habia quedado en el coche.

—¡Oh!—exclamó el juez con alegría.—Empieza á mostrarse la mano de Dios... Tenemos ya el cabo suelto de que siempre se olvida el criminal.

—¿De qué puede servirnos eso?—preguntó don Juan, de cuya pálida frente brotó un sudor copioso y frio.—Si el paraguas se encontrase despues de haber pasado dos ó tres manos...

—Es posible que esas manos llegásemos á conocerlas, concluyendo en el cochero, lo cual es de suma importancia, porque tambien es posible que, así como quedó en el coche el paraguas, haya quedado alguna otra prenda del criminal, siendo esto tanto más presumible, cuanto es fácil que en la lucha que ha debido sostener la víctima con el asesino se haya caido de los bolsillos de este un papel, cartera ó pañuelo marcado que nos lo revelasen todo.

Don Juan hizo involuntariamente un movimiento para registrar sus bolsillos; pero se contuvo.

Su rostro palideció más y se contrajo hasta desfigurarse.

Las piernas le temblaban, y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla para poder sostenerse.

Nadie se apercibió de aquella turbacion, y si fué por alguien advertida, achacóla al dolor profundo que sufria el amante esposo, do-

lor que á los pocos minutos le sirvió de pretexto para dejarse caer en un sillon, en tanto que el juez, con incansable celo, proseguia tomando declaraciones.

Apenas tuvo don Juan una ocasion, registró sus bolsillos, quedando sin aliento, con la mirada fija, la manos crispadas y poseido de terror.

¡Habia echado de menos su cartera!

Despues de algunos instantes, sin conciencia de lo que hacia, exhaló un grito ronco y ahogado.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó el médico, acudiendo.

—Nada,—respondió el criminal, ocultándose el rostro entre las manos.—¡Ah!... Este golpe acabará conmigo.

—¡Cuánto debe sufrir!—pensó el Hipócrates.

Y recetó una antiespasmódica bien cargada de éter, reservándose ordenar una sangria si calmada la excitacion nerviosa, no se presentaba más franco el pulso de don Juan.

A las doce de la noche la casa estaba silenciosa.

Isabel presentaba síntomas de mejoría.

Don Juan estaba cada vez más abatido.

—Nada más fácil,—pensaba,—que encontrar el coche. La cartera no tenia más que tarjetas y papeles sin valor para nadie, y el cochero no la ocultará, así como tampoco los paraguas, porque no son prendas que pueden excitar su codicia. ¿Qué debo hacer?... ¿Huir?... Me declaro reo. ¿Quedarme? Hay muchas probabilidades de que se descubra todo, á pesar de la estúpida generosidad de mi mujer... ¡Oh!... Se conjura el infierno contra mí.

CAPITULO III.

Donde conoceremos otro de los extraños pliegues del corazon de la mujer.

Dejaremos á don Juan Hurtado con el sufrimiento de su terror y entregado á las dudas que le atormentaban sobre la eleccion del plan de conducta que convenia á su apurada situacion.

Dejaremos á la bellísima y desgraciada Isabel con los sufrimientos consiguientes al estado en que se encontraba, devorando en silencio toda clase de dolores, de temores y amarguras, sin que le consolase ni la esperanza de un porvernir más risueño, pues el horizonte de su vida era negro, sombrío y horrible.

Y por último, dejaremos al buen pueblo de Madrid hablar en todas partes y á todas horas del suceso, comentándolo y dándole mayores ó menores proporciones, tal ó cual colorido, segun la imaginacion del que lo referia; pero tratando todos sin compasion á la víctima, y opinando muchos que bien merecia ser ahogada la que con un marido tan honrado y cariñoso, con un hijo á quien criar, faltaba á sus deberes, olvidándose de que era esposa y madre.

Así juzgaba la pública opinion, porque así suele juzgar en tales casos, añadiendo no pocos de los comentadores que el amante asesino podria tal vez disculparse con el arrebato de los celos, pues quizás,

como el pobre marido, él tambien habia sido engañado por un segundo amante.

A nadie le ocurrió averiguar si el compadecido esposo era lo que parecia, si el papel de honrado que representaba no era más que una ficcion. ¿Para qué ese trabajo? ¿A qué profundizar? No necesita tanto el mundo, porque ¡es el mundo tan sabio y tan sagaz!

Por otra parte, no merecia la pena buscar un nuevo criminal; ya se tenia uno, falso ó verdadero, imaginario ó real, y esto era bastante.

¿Se ignoraba el nombre?

Podia ponérsele cualquiera.

¿No estaba en un calabozo?

Tampoco importaba gran cosa.

Se suponia criminal á la víctima, por su liviandad, como al asesino por su cobarde alevosía, y la indignacion, el ódio del mundo se dividia entre ambos, de lo cual resultaba que no era vehemente el deseo del castigo.

La vindicta pública se daba casi por satisfecha.

Si un hombre habia querido matar á una mujer, en último exámen no habia más que el castigo que ella merecia, sucediendo que en el pecado habia encontrado la penitencia.

Dejaremos pues todo esto, repetimos, porque hemos de cumplir la promesa de enseñar al lector uno de los extraños pliegues del corazon de la mujer, pliegue que si no es desconocido, aumenta el número de las pruebas con respecto á la opinion que tenemos de que no hay dos mujeres iguales.

Lector, sígueme, te llevaré á un gabinete amueblado con lujo, donde á primera vista se comprende que el dinero ha sobrado; pero que ha faltado completamente ese gusto exquisito que es peculiar á las personas de elevada clase, porque se adquiere con las primeras impresiones que se reciben en la niñez y no puede comprarse con todos los tesoros de Creso. Es un gabinete donde hay ricos muebles de todas clases, primorosos adornos, y en abundancia y como artículo de primera necesidad, cuanto ha inventado el ingenio de las feas, la vanidad de las presumidas, la necesidad de las viejas verdes y la charlatanería francesa para trasformar el rostro, convirtiendo el cútis mo-

reno en blanco, el pelo negro en rubio y el blanco en negro, los ojos chicos en grandes, los labios blanquecinos en rojos, y en fin, todos los milagros que hacen los afeites en nuestro siglo.

En un blando divan, de forma tan ingeniosa que puede acomodarse lo mismo para asiento que para cama, encontraremos recostada á una mujer que no aparentaba más de veintitres años, hermosa, sí, muy hermosa, ¿por qué no hemos de reconocerlo?

Sus ojos eran grandes y rasgados, magníficos ojos de largas pestañas, que sombreaban, haciendo mas lánguida é interesante, la mirada ardiente, provocativa, fascinadora, que lanzaban sus negras pupilas.

Tales ojos, en un rostro de rara blancura, quizás más blanco de lo que puede hacerlo naturaleza, pero que verdad ó ficcion era admirable, tales ojos, decimos, por el contraste de los colores, parecian más negros, más brillantes y más ardientes.

No era sin embargo aquella cara un conjunto de perfecciones, porque la boca, sin ser muy grande, no era pequeña, y los labios, á pesar de ser por sus movimientos incitantes, eran algo gruesos.

Tampoco la nariz era de un perfil completamente puro, sino de corte aguileño; pero esto precisamente daba á la fisonomía cierta expresion de atrevimiento que la hacia más interesante.

Figuraos además un talle esbelto, de magníficas formas, y tendreis á la mujer que os presentamos.

No era un modelo.

Como dibujo, convertida en estátua, habria dejado mucho que desear al artista; pero como mujer le sobraban encantos, gracia y fuego en sus ojos para ser muy deseada.

Una mujer modelo no es siempre una mujer que enamore, que arrebate, ni siquiera que guste; para esto se necesita otra cosa más que la belleza, más que correccion en el dibujo, otra cosa que no tiene nada de materia, por más que muchas veces tenga mucho de arte.

¿Necesitais más para conocer á la mujer que nos ocupa?

Si opinais, como muchos, que la cara es el espejo del alma, nada más necesitais.

Bajo aquel rostro encantador debia haber un alma bellísima.

Con aquel rostro de admirable blancura no era posible una conciencia negra.

Si aquellos ojos prometian goces y pasion, que era cuanto en ellos se veia, nada malo podreis deducir, porque eran las pasiones hijas de la naturaleza y que no significaban más que un corazon ardiente, extremadamente sensible, y por consiguiente bueno.

Y sin embargo, en aquel cuerpo se abrigaba un alma ruin, dormia una conciencia negra, ardian las pasiones más deleznables.

Si era culpa suya, no lo sabemos; pero era así.

No habia conocido á sus padres, apenas sabia decir cómo se habia criado, pudiendo solamente asegurar que habia crecido y formado sus inclinaciones en medio del vicio y del crímen, y que habia hecho de su belleza una mercancía que pudo vender á muy subido precio.

Esto dicho, excusado es añadir que aquel rico mueblaje y el lujo con que ella ataviaba su persona, significaban la fortuna perdida de algun loco ó aspirante á calavera, la necedad de algun capitalista ó el pan de alguna familia honrada.

Se llamaba Rosa; pero uno de los desocupados elegantes que pasan la mitad del dia en la Carrera de San Gerónimo ó á la puerta del café Suizo, tuvo la humorada de llamarle Rosina, y desde entonces no se le llamó de otra manera, y así la llamaremos nosotros.

Era sobradamente conocida en Madrid; pero nadie sabia su pasada historia: se habian ocupado demasiado de su presente belleza, y por otra parte nada importaba aquel pasado si se tenia un presente tan seductor.

Nosotros tampoco entraremos ahora en detalles sobre tal historia, porque ha de conocerla el lector á medida que conozca los sucesos que hemos de referir.

Y empezamos.

Aquella mañana, porque serian las diez del dia siguiente al en que tuvo lugar el crímen que hemos relatado, aquella mañana, Rosina tenia ligeramente plegado el entrecejo, cosa rara en ella, que pocas veces dejaba de sonreir, y parecia pensativa, lo cual era tambien extraño.

Despues de algunos momentos, miró como temerosamente á una de las puertas y dijo á media voz:

—No tardará... vendrá de un humor endiablado y á las primeras palabras estallará... Mejor.

Y su fisonomía tomó una expresion más alegre, y acercándose á la chimenea, que hemos olvidado decir habia en el aposento, puso cerca de los morillos su bien modelados y ricamente calzados pies.

Pasaron cinco minutos.

Rosina continuaba inmóvil, con los ojos medio cerrados, como si meditase ó le diese sueño el dulce calor de la chimenea.

Oyóse el ruido de una puerta y luego el de pasos en la inmediata habitacion.

Luego entró en el gabinete un hombre.

Merece que hagamos de él una pintura detenida, porque ha de figurar en primera línea entre los personajes de esta historia.

Tendria treinta años, era de regular estatura y envidiable desarrollo en todas sus formas, como quien ha ejercitado mucho sus fuerzas, presentando por consiguiente ese tipo de los hombres del pueblo, y con doble motivo por su traje, que consistia en zamarra corta de pieles negras, pantalon de color con franja estrecha y muy ceñido, excepto en la parte inferior, que caia sobre el pie á guisa de campana, chaleco de terciopelo, de vivos colores, camisa fina y bordada, con botones de plata en el cuello, y sombrero de fieltro ceniciento, hongo, con ala estrecha. Brillaba sobre su chaleco una gruesa y larga cadena de oro, y su calzado, aunque algo manchado de lodo, era de charol, nuevo y costoso como toda su ropa.

Aunque hubiese llevado otro traje, habríase conocido al hombre grosero: lo decian sus anchas manos, su continente, sus ademanes, sus gestos y sus palabras.

Su moreno rostro, medio oculto por dos grandes patillas negras, que casi tocaban en las extremidades de la boca, nada presentaba de particular.

Eran sus facciones bastante regulares, sus ojos pardos, grandes y expresivos; pero de mirada bastante dura.

Sin embargo de que nada tenia de feo, ni mucho menos de repugnante, era repulsiva aquella fisonomía.

¿Quién era aquel hombre de tal clase, que así entraba en el gabi-

nete perfumado de Rosina, sin haber tirado antes el cigarro puro que fumaba, despidiendo espesas columnas de humo, y sin quitarse el sombrero ni saludar?

Era uno de tantos de su mismo aspecto que vemos en Madrid, comiendo bien, vistiendo mejor, gastando bastante en cafés y tabernas, y que sin embargo no tienen oficio, ni empleo, ni renta; uno de esos reconocidos por la policía como criminales, sospechosos para todo el mundo, y que no pueden á pesar de esto ir á la cárcel, porque tienen un nombre, una cédula de vecindad y no puede probárseles ningun crímen, ó la policía, por más que se pague cara, no sirve para probárselo.

Es cuanto podemos decir: más no sabemos, y para conocerlo bien habremos de ver la parte que toma en los sucesos que referimos.

Cuando estuvo cerca de Rosina, se paró, la miró con un si es no es de enojo y burla, metió la mano derecha entre el chaleco y la camisa, apoyó la izquierda en la cadera, y meneando la cabeza con ese aire peculiar de los perdona-vidas, dijo:

—Bien... Se ha lucido el mozo... Ya lo sabrás...

—Sí... ¿Y qué?—replicó Rosina con un acento ordinario, soez, que nadie hubiera esperado al verla en aquel sitio y con su traje de gran señora, que á decir verdad, llevaba con elegancia.

—¿Y qué?—repuso el maton.—Nada.

—Pues es claro que nada,—dijo ella, que en un momento parecia haberse trasformado, asimilándose á aquel hombre con todos sus ademanes, gestos y palabras groseras.—¿No te se ha echado á tí á perder nunca ningun negocio?

—¿Vas á sacar la cara por él?

—¿Yo?

—Por lo que dices...

—Así se muriera de repente...

—Amen.

—Segun te explicas, no parece sino que yo tengo la culpa.

—La tienes en haber creido que ese hombre servia para algo.

—¿No lo has creido tú tambien?

—Por tí.

—¡Ay, Paco!

—¡Ay, Rosa, cómo te la estás ganando; y buena!

—¿Vienes mal templado?

—Vengo como quiero...

—Siéntate, Paco, siéntate...

—Sí, más vale callar,—dijo el mozo, dejándose caer en un sillon.

—¿Pero qué te pasa? Ven aquí, que parece que vas huyendo...

—Déjame.

—¡Ay!—exclamó Rosina, exhalando un suspiro y fijando en Paco una mirada ardiente.—¡Si nunca te hubiera conocido!

—Es claro, estaria mejor...

—No sufriera lo que sufro.

—¿Te pesa?

—No...

—Dílo, y tal dia hizo un año. A tí no te faltarán tontos que te larguen cuartos, ni á mí otra culebra que se me enrosque al pescuezo, porque todas sois lo mismo.

—Paco...

—Calla, que más cuenta te tiene.

Los ojos de Rosina se humedecieron y dejaron escapar dos lágrimas.

—No me vengas con llantos, Rosa: mira que no está la Magdalena para tafetanes.

—¡Ah!—exclamó ella, intentando coger una mano de su amante.

Pero él la rechazó brutalmente, diciendo:

—No estamos para fiestas: puede ser que antes de dos dias nos echen el guante y nos pongan á la sombra.

—¿Pero qué sucede?... ¡Ah!... Explícate...

—¿Qué sucede?... Vengo de ver á nuestro hombre y me he convencido de que todavía es un mal aprendiz.

—Decian que la mujer no habia querido declarar...

—Por la mujer no hay cuidado.

—¿Entonces?...

—La torpeza es de él.

—Por Dios, Paco,—dijo Rosina afanosamente,—acaba de explicarte.

—Se dejó el paraguas en el coche.

—¡Ah!

—Y la cartera se le cayó tambien allí...

—¡Dios mio!...

—Y allí tambien se quedó el paraguas de la rubia.

—¿Y han dado con el coche?

—No; eso nos salva. Ahora lo buscaré yo, que valgo más que la policía, y lo encontraré.

—Bien; pero suponiendo que la justicia encontrara la cartera y que por ella acusase á don Juan, ¿qué debemos temer?

—Que en la cartera habia una carta tuya algo sospechosa...

—Algo misteriosa nada más.

—Es bastante para la justicia. Ya sabes que entiendo estos negocios,—dijo Paco, que habia templado la dureza de su acento, como si hubiese calmado su enojo la mirada ardiente, apasionada y tierna de Rosa.

—Es verdad,—respondió esta, acercándose á su amante.

—¿Quieres saber lo que el juez diria al ver tu carta? Pues escucha como si lo estuvieras oyendo.

—Explícate.

—Este hombre puede haber querido matar á su mujer para amar libremente á otra. Aquí tenemos una carta de esa otra, que debe ser su cómplice, segun se vé por estas palabras misteriosas que escribe; pues á la cárcel con ella, que por poco que cante, entre lo que digan los dos y estas pruebas sobra para cortar el pescuezo á un hombre.

—Me tranquilizo.

—¡Que te tranquilizas!—dijo el maton, acompañando sus palabras de una blasfemia.

—Sí, Paco, sí,—repuso Rosina, dejando ver en sus ojos toda su alma ardiente, toda la pasion que sentia por aquel hombre brutal.—Me tranquilizo, porque no veo peligro más que para mí: iré á la galera; pero de allí saldré pronto, porque tú me sacarás, y juntos nos iremos al último rincon de la tierra y seré feliz. ¡Ah! Mientras tú me quieras, ¿qué me importa lo demás?

—Poquito á poco...

—¿No querrias huir conmigo?

—Es que no podria.

—¿Por qué?

—Porque tú estarias en la galera en Alcalá, y yo en Ceuta.

—¡Paco!

—No sabes lo que es la justicia.

—Pero tú...

—Bien pronto sabrian que nos queremos de antiguo, lo cual es fácil de averiguar.

—Eso no es un crímen.

—Es bastante para que el juez, hombre á quien conozco de antiguo y que no tiene un pelo de tonto, sospechara que yo era tambien cómplice, con lo que sobra para que me encierren.

—Por una sospecha no se vá á presidio.

—Entonces, Rosa, saldrian á relucir otros pecados, y todo junto...

—¡Ah!...

—Además, tengo una cuenta pendiente con el escribano, y la última vez que salí de la cárcel, como se quedó descontento, me juró que para otra no habia de valerme la bula; y tú no sabes lo que es un escribano: si no hubiera ninguno, aunque hubiera más jueces que piedras, nos podiamos reir.

Rosina habia palidecido: la aterraba el peligro que su amante corria.

Habia escuchado con serenidad cuanto se referia á ella; el temor de una causa criminal, de una sentencia de presidio, no la habia inquietado, no habia hecho que cambiase la expresion de su fisonomía; pero la simple sospecha de que su amante pudiera ser siquiera molestado, le hacia temblar y palidecer.

Esto nada tiene de extraño: una persona que ama, por nada tiembla más que por lo que puede hacer daño al objeto de su amor.

Lo inexplicable, si bien no es raro, porque lo hemos visto muchas veces, era el amor de Rosina, aquel amor tiernísimo, intenso, devorador, que era dueño absoluto de su alma.

Un amor de esos que lo absorben todo, que todo lo reasumen en sí, afecciones, sentimientos, instintos.

Una verdadera pasion; pero de esas pasiones supremas que no dan lugar á ninguna otra, fuese del género que fuese.

Hemos dicho que Rosina tenia un alma innoble...

Quizás nos hemos equivocado.

Un alma que amaba como la suya, debia ser grande, rica en gérmenes de sentimiento.

Solamente que aquella alma, despues de abrigar aquel primero y único amor, no podia sentir otra cosa, porque toda entera se habia convertido en ternura, en fuego para aquel hombre.

Esto tampoco tiene nada de extraño.

Pasiones que todo lo absorban, que lleguen á ser la vida del individuo, hasta el punto de que si falta la pasion la vida no sea posible, esto lo vemos y podemos explicarlo.

Se comprende el ser, posible solamente con la pasion que lo alienta.

Lo que no comprendemos, lo que es uno de esos pliegues extraños del corazon de la mujer, es el amor de Rosina por un hombre vulgar en la figura, innoble en sus sentimientos, ruin y brutal en su proceder.

Paco no era siquiera uno de esos hombres del pueblo que tienen al menos el valor temerario de su ignorancia, el ímpetu indomable de su misma rudeza, la serenidad y el arrojo que le dan sus ventajosas condiciones físicas.

Era cobarde, aunque provocativo y fanfarron.

Tenia todos los vicios.

Habia cometido todos los crímenes.

Le faltaba hasta la dignidad de su sexo, puesto que no se consideraba ofendido porque la mujer que lo amaba y á quien él decia que amaba tambien, traficase con su belleza.

Muy lejos de ofenderse, aquel miserable obligaba á Rosina á que explotase sus gracias, para tener él con que vivir holgadamente.

Rosina, que amaba con todo su corazon, hacia un inmenso sacrificio en fingir amor á otro hombre que Paco.

Rosina debia, pues, sufrir mucho, no podia ser feliz.

Y sin embargo, feliz se consideraba con solo la satisfaccion de que sus sacrificios hacian la dicha de su amante.

¿Pensais que este pagaba siquiera con fingida ternura el amor y los sacrificios de la mujer que se le habia esclavizado voluntariamente?

No.

La trataba con toda la dureza de su educacion, con toda la brutalidad de sus instintos.

Con mucha frecuencia las manos de aquel hombre golpeaban sin motivo ni compasion el cuerpo de Rosina.

Y ella respondia con lágrimas, no de ira sino de pena; con humillaciones, y como el perro que lame la mano que lo castiga, se arrastraba á los pies de su amante y le pedia perdon de faltas que no habia cometido, y le prometia más amor y más ternura, si posible fuese, más y mayores sacrificios, y...

¡Corazon de la mujer!

Rosina era más feliz despues de uno de estos actos de brutalidad.

No tenia más que esto ó la indiferencia, y preferia los golpes.

Decidme que esta no es la mujer, que es el ser degradado.

Explicadme esto por la carencia de dignidad y consecuencia de la educacion, y añadid que la mujer no es la que se ha criado entre el vicio y se ha manchado con él.

Pero ¿no hemos de estudiar á la mujer en todas las clases de la sociedad?

¿No estudiamos así al hombre para conocerlo y decir, «este es?»

¡Oh!....

La mujer es un capricho incomprensible de la naturaleza; pero un capricho sublime, admirable, encantador.

—No pierdas tiempo,—dijo Rosina despues de algunos momentos y con voz agitada.—Busca al cochero y compra á cualquier precio los paraguas y la cartera.

—Es nuestra salvacion.

—¿Necesitas dinero?

—Segun...

—Toma,—dijo Rosina.

Y levantándose, abrió uno de los cajones de un pequeño armario de ébano con incrustaciones de nácar, y sacó un puñado de monedas de oro y algunos billetes de banco.

—Es cuanto tengo ahora,—añadió.

—No será menester quizás tanto,—respondió Paco, mirando con la indiferencia de un hombre rico aquella cantidad que podia ser la fortuna de una familia honrada, y que tal vez era el último resto de la fortuna de otra, disipada por algun padre de alma depravada.

—Gasta cuanto sea menester, cuanto quieras.

—Justo será, puesto que tuya es la carta que puede comprometernos.

Rosina podia haber dado oportuna y cumplida contestacion á las groseras é injustas palabras de reconvencion de su amante; pero como si no las hubiese comprendido, repuso con todo el entusiasmo de su amor intenso:

—Nada te faltará: cuando se acabe el dinero, mis alhajas, que empeñadas ó vendidas producirán algunos miles.

—Todavia...

—Y despues de mis alhajas, mis vestidos, los muebles y... ¡mi vida tambien!

—Todo eso,—replicó friamente Paco mientras llenaba de dinero los bolsillos,—todo es música celestial.

—¡Oh!...

—Antes que tu vida, corre peligro la mia.

—¿Por qué?

—Si el cochero es mozo que lo entiende...

—Será un hombre que se venda, más ó menos caro.

—O un hombre que se enfade, que tenga corazon...

—Paco...

—Si toma el negocio por donde quema... ya ves...

—Eso es imposible.

—¿Qué sabes tú de cosas del mundo?

—Sálvate, Paco, sálvate á toda costa.

—Eso quiero; pero si me pican, ya sabes que se me sube la sangre á la cabeza...

—Acuérdate de mí, piensa que una desgracia tuya me mataria...

—¿Crees que haré más pensando en tí que en mí? ¿Pues qué no estimo mi pellejo?

Rosina exhaló un suspiro y quedó silenciosa.

Púsose de pié el perdona-vidas, tiró garbosamente el cigarro, encendió otro, embozóse y dijo:

—Vaya, paloma, hasta despues...

—¿Así te vas?—preguntó Rosina con voz ahogada y mirando á su amante con todo el fuego de su pasion.

—¿Qué quieres?—dijo él con aspereza.

—¡Ah!—exclamó la desdichada.

Y tendió los brazos á su amante, en tanto que de sus ojos se escapaba un raudal de lágrimas abrasadoras.

—Pues eres para alegrar á cualquiera...

—¡Paco!...

—Déjame,—dijo este, levantando la cortina de la puerta.

—Adios... Vuelve pronto...

—¿Para que me llores?... No me divierte eso,—replicó el maton, soltando una ruidosa carcajada y desapareciendo.

Rosina se dejó caer con abatimiento en el divan.

—¡No me ama!—murmuró tristemente.—¡Su indiferencia me arranca el alma!

¿Echaba de menos alguna de las demostraciones brutales del perdona-vidas?

Tal vez.

Al presentarla á nuestros lectores la hemos visto halagada por la idea de que aquel dia su amante se dejaria llevar de la cólera por el más leve motivo, y el no haber sucedido así, era una esperanza perdida.

CAPITULO IV.

Dos amigos de la niñez.

Serian las doce de aquel mismo dia, y de una casa de modesta apariencia de la calle de la Palma Baja, salió un hombre, que podia tener veintiocho ó treinta años.

Aunque su aire era distinguido, como persona que se ha educado bien y ha frecuentado el trato de una buena sociedad, su ropa revelaba una medianía muy cercana á la pobreza. Cuanto llevaba era bastante usado, si bien decente aun, y la falta de recursos se habria disimulado más, á no ser nuestro personaje algo descuidado en el atavío de su persona, como se echaba de ver en que no habia advertido que iba á medio anudar su corbata, mal doblado el cuello de su gaban y medio descompuesto su negro cabello.

Empero si nada tenia de notable aquel hombre por su ropa, debia llamar la atencion por su talle esbelto, por la expresion franca y agradable de su fisonomía, por la mirada expresiva, profundamente melancólica de sus grandes ojos negros, por la sonrisa leve y dulce que alguna vez dilataba su boca, de labios algo gruesos, sonrisa que contrastaba singularmente con la prematura arruga que surcaba su frente ancha, noble y que revelaba una inteligencia nada comun.

Su nariz aguileña, su cútis moreno, pero finísimo, y su bigote es-

peso, negro y reluciente, retorcido á los lados con descuido y solo porque no estorbase á la boca, completaban aquel rostro, que podemos llamar bello, pero con una belleza varonil.

Habia en sus movimientos cierta languidez, que revelaba al hijo de una de nuestras provincias meridionales; pero esto parecia hacerlo más interesante, aumentar la elegancia y distincion naturales de su continente.

Con la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho, absorto en sus propias ideas, como casi siempre estaba, en sus ensueños, podriamos decir, sin cuidarse de los que pasaban á su lado, ni de si el sol lucia ó las nubes amenazaban regar las calles como la noche anterior, salió á la calle de San Bernardo, entró en la de la Palma Alta y siguió tranquilamente, con las manos en los bolsillos de su gaban y la mirada al parecer en el suelo, pero en realidad en ninguna parte; y así hubiera continuado, á no sacarle de su distraccion otro hombre de poca mas edad, pero de condicion muy distinta, que levantándose de un banquillo donde estaba sentado á la entrada de una cochera sucia y oscura, se puso delante del que caminaba, abrió los brazos y exclamó con alegría:

—¡Raimundo!

El interpelado levantó la cabeza, contempló un instante al otro, y desplegando su dulce sonrisa y abriendo tambien los brazos, dijo:

—¡Antonio!

Y se abrazaron como dos antiguos amigos que se quieren mucho y no se han visto en una larga temporada, sin que el gaban y la camisa limpia del uno fuese inconveniente para la chaqueta remendada y la camisa sucia del otro.

—¡Voto al chápiro!—dijo despues de algunos momentos el llamado Antonio.—Dudé si eras tú... Estás más delgado y... has variado mucho en los cuatro años que hace no nos vemos.

—Y tú has engordado,—replicó Raimundo,—estás más blanco y hasta pareces más jóven.

—Pues no es porque han faltado penas y trabajos.

—¿Qué ha sido de tu vida?

—Raimundo, mi vida es larga de contar, y casi no quiero acor-

darme de ella; pero tú debes saberlo todo, porque eres hijo de quien fué poco menos que mi padre, y porque hemos crecido juntos y queriéndonos como hermanos, á pesar de ser tú el hijo del amo y yo del criado.

—Y aun te quiero lo mismo, Antonio, y acepto gustoso ese derecho que me concedes á saber de tu pasada vida.

—Derecho que yo tambien pido...

—Es muy justo.

—Pues es preciso que nos veamos despacio, que hablemos...

—Cuando quieras.

—¿Tienes tú muchas ocupaciones?

—Desgraciadamente, pocas.

—Lo siento.

—¿Y tú?

—Yo estoy ocupado á todas horas del dia y de la noche.

—Entonces...

—Pero hoy nada tengo que hacer más que aburrirme.

—¿Y por qué hoy no?

—Soy cochero, pero no de ningun personaje, sino criado de uno que especula teniendo un coche de alquiler.

—Mal oficio, Antonio.

—De todo tiene.

—¿Y cómo no estás en el pescante?

—Porque ayer fué dia aciago, martes al fin, por más que digan que esto nada tiene que ver con la desgracia.

—¿Sigues siendo supersticioso?

—Sí, supersticioso nada más; pero no borracho.

—Me alegro.

—Pues como te decia, ayer llovió á mares, no me dieron una sola propina, me sucedió una aventura bastante desagradable, y para completar la fiesta, el caballo se puso malo anoche, que es lo que no me deja salir, y me alegro.

Raimundo pareció meditar un instante y luego preguntó con interés:

—¿En qué sitio te pones con el coche?

—En la plazuela de Santo Domingo.

—Sí; pero calla, Raimundo... ¿Quieres entrar y hablaremos ahora?

—Vamos, vamos.

Y entraron en una reducida habitacion, que al cochero servia de dormitorio, y sentándose uno en el banquillo y otro en una maia silla, encendieron dos cigarros puros de los que el Estado tiene á bien elaborar en uso de su exclusivo derecho, porque el Estado tiene parte en todo en este dichoso pais.

—Antes de empezar,—dijo Antonio, haciendo supremos esfuerzos para conseguir que su cigarro ardiese,—antes de empezar dime cuánto tiempo hace que salistes de Carmona.

—Dos años.

—¿Y puedes participarme alguna novedad de interés?

—Ninguna.

—Bien, pues empiezo.

—Sí.

—Ya sabes que hace cuatro años, despues de la muerte de mi padre, que en gloria esté, se me calentó la cabeza y me vine á Madrid á probar fortuna.

—Es verdad, te vinistes, escribistes dos cartas el primer mes, y nadie volvió á saber de tí.

—Primer pecado, lo confieso.

—Lo que me llama la atencion es que en dos años que llevo de estar en la córte, no te he encontrado en ninguna parte.

—Era imposible.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razon de que tú andabas entre personas decentes y yo pasaba los dias en garitos y tabernas, menos dos meses que estuve en la cárcel.

—¡Antonio!

—Tranquilízate: no he llegado á ser ladron ni asesino, aunque estaba entre ellos; pero me ha faltado poco. He sido jugador y borracho.

—¡El vino!...

—Siempre me ha gustado, lo sabes, y aunque ahora lo bebo rara vez, le estoy agradecido.

—No te comprendo.

—Me vine á Madrid con esperanzas locas, por no ser siempre un pobre criado; y como solo encontraba para vivir aquello de que habia huido, resultó que empecé á desesperarme, y con poco que me aconsejaron algunos amigos, diciéndome que era un tonto el que se mataba trabajando para acabar por morirse miserablemente y despreciado por todos, empecé á perder los sentimientos de honradez que siempre tuve, me acostumbré á la holganza, jugué y bebí, y como te he dicho, estuve muy cerca de ser ladron. Pero como siempre, y aquí entra mi agradecimiento al vino, me sucedia que en bebiendo un poco más de lo regular charlaba hasta por los codos, diciendo lo que debia decir y lo que no, porque ya sabes que no puedo guardar un secreto más tiempo que el que tardo en achisparme; y una noche, estando un poco mareado, hablaba yo con otro amigo, y como de costumbre, con poco que me preguntó, le dije cosas nada santas que yo sabia de otros: unos de la ronda secreta oyeron la conversacion, y á las dos horas me encontraba en el Saladero, durmiendo la mona.

—¿Pero tú?...

—Estaba inocente; pero mis declaraciones podian servir de mucho á la justicia, y además se sospechó que yo fuese cómplice en el crímen.

—¡Pobre Antonio!

—Bien puedes tenerme lástima: en la cárcel sufrí lo que no es decible, y ¡pásmate, Raimundo! cuando me declararon inocente, debí haber salido de mi encierro hecho un verdadero criminal. Yo creí que la cárcel era otra cosa, un encierro y nada más; pero me equivocaba, aquello es una escuela, un colegio donde se aprende con toda perfeccion el oficio de ladron y asesino.

—Tienes razon, Antonio: allí se aprende todo lo malo y se olvida todo lo bueno, y por eso la cárcel espanta á los hombres honrados; pero no á los criminales.

—Dios quiso protegerme, y en lugar de caer en la tentacion que tan cerca tenia, sentí una repugnancia inexplicable al vicio, resultando que salí horrorizado de la cárcel y juré apartarme de las malas compañías y trabajar como hombre honrado.

—¡Bien, Antonio, bien!—exclamó Raimundo, apretando la diestra de su amigo.—¿Y has cumplido tu juramento?

—Sí: á pesar de que entonces encontré más dificultades que antes para ponerme á servir, he cumplido mi propósito; solamente que alguna vez, aunque muy rara, me veo obligado á beber una copa con alguno de mis antiguos amigos de holganza, porque seria peligroso no hacerlo así: me quieren mal algunos y desconfian otros desde que declaré en aquella ocasion, y no me perdonarán los que fueron por mí á presidio.

—Ahora comprendo tu gratitud al vino, que te llevó á la cárcel, lo cual te ha salvado.

—Eso es.

—Me has referido tu vida en los últimos cuatro años: solamente falta que me cuentes tus aventuras de ayer.

—Antes es justo que tú me digas lo que ha sido de tí.

—Ya sabes cuál era mi vida en nuestro pueblo: mis paseos solitarios y mis libros. Así continué hasta que murió mi buen padre, y como no me quedaban parientes y los pocos amigos lo eran solo en el nombre, acabé por aburrirme de aquella vida y me vine á Madrid, donde voy pasando trabajosamente con la escasísima renta que me ha quedado. Espero ser algo, es decir, ganar; pero mis inclinaciones y mis aspiraciones me llevan por un camino muy largo y espinoso.

—¿Y qué camino es ese?

—El de las letras.

—Las letras...

—Sí, tengo pretensiones de literato, de poeta, de escritor, como tú quieras llamarle.

—¡Ah!... Entonces llegarás á ser rico, ó por lo menos, te harán embajador, ó diputado, ó gobernador... A todos los que tienen mucho talento y escriben comedias, y novelas, y periódicos les sucede eso...

—Con raras excepciones, amigo Antonio, los hombres de verdadero mérito se mueren de hambre. Hacen fortuna los ignorantes, que con el atrevimiento consiguiente á su ignorancia, se hacen ellos mismos su reputacion, y aunque de ellos se rian los hombres de enten-

dimiento y juicio, el vulgo cae en la red, ellos se levantan, aseguran su porvenir, y cuando aquella reputacion, por ser falsa, cae, nada les importa, tienen una elevada posicion ó dinero y saben que han de ser por esto respetados y hasta adulados. El que no tiene esa audacia, vive desconocido en el rincon de su pobre hogar, tiene que sufrir toda clase de humillaciones para alimentar á sus hijos, muere en la miseria, y cincuenta ó cien años despues, piensa otra generacion que aquel hombre valió mucho, porque tarde ó temprano, el verdadero mérito triunfa; escriben su nombre en mármoles, le levantan estátuas, buscan sus huesos para guardarlos cuidadosamente, no comprenden cómo se dejó morir de hambre á quien tanto valia, y acusan á sus abuelos, sin pensar que mientras esto hacen dejan ellos morir de hambre tambien á otros que valen lo mismo.

—¡Diablo!—dijo Antonio, encendiendo por cuarta vez su cigarro.—La recompensa de guardar muy bien los huesos, no me parece la mejor: prefiero que me den en vida con qué pasarlo bien, aunque jamás se acuerden de mi esqueleto. Dedícate, Raimundo, á ser de los primeros. ¿Qué te importa que dentro de cien años hagan un Raimundo de piedra ó de bronce y lo pongan en la Puerta del Sol, si ahora pasas por allí y te atropella el coche de un rico, porque vas á pié y débil y aturdido por el hambre?

—Dejemos eso,—replicó Raimundo, desplegando una amarga sonrisa.—Espero el relato de tus aventuras de anoche.

—Y que Dios te envia para que me aconsejes, porque no quisiera verme otra vez en la cárcel.

—¿Pues qué te sucedió?

—Ya sabes que llovió mucho...

—Sí.

—Pues bien, me quedé solo en la plazuela, y cuando menos lo esperaba, porque empezó á dejar de llover, entraron en mi berlina una señora y un caballero muy embozado, y me mandaron ir á la calle del Leon. Arreé con ganas, porque se trataba de una carrera y me prometieron propina; pero al llegar á la calle del Baño, me mandó parar el caballero, salió, dejando en el coche á la señora, y me dijo que volviese á la calle de Silva, dándome medio duro y alejándose.

Obedecí, llegué y... ¡No quisiera acordarme!... La portezuela no se abrió, acudió la portera y encontraron desmayada, segun creian, á la señora. A mí, no sé por qué, me pareció algo más que desmayo, y como nada me debian, por lo que pudiera suceder, me vine, habiendo querido Dios que al llegar advirtiese que el caballo estaba malo, con lo cual podia excusarme con mi amo por no haber vuelto al punto.

—Hasta ahora no veo nada peligroso,—dijo Raimundo, que escuchaba con marcado interés aquel relato, del que parecia no querer que se le perdiese una palabra.

—Ya verás.

—Continúa.

—Cuando desenganché, como de costumbre, registré dentro del coche...

—¿Y encontrastes alguna prenda?

—Dos paraguas.

—¡Ah!—exclamó Raimundo.

—Uno de los paraguas muy mojado, y el otro seco.

—¿Y sabrias distinguirlos ahora?

—Sí.

—Prosigue, Antonio...

—Tambien encontré una cartera...

—¡Una cartera!... ¿Tenia tarjetas ó papeles?—preguntó con afan Raimundo.

—Sí, papeles y tarjetas.

—Bien, bien; pero todo eso...

—Ten paciencia, que aun no he dicho lo mejor. ¿Crees que mis apuros y dudas son por si debo devolver á su dueño esas prendas?

—No; pero...

—Aguarda un poco...

—Te escucho.

—¿Sabes lo que oí contar á las diez de la noche en el café de Lozoya? Que habian querido matar ahogándola á una señora, en un coche de alquiler, donde entró con un caballero en la plazuela de Santo Domingo; que ella vivia en la calle de Silva. Echaban la culpa

á su amante, la ponian á ella como te puedes figurar, pues aunque le tenian lástima, la acusaban por engañar á un marido que es la honradez andando.

—¡Oh!—murmuró Raimundo, cuya frente se contrajo.

—Ya ves que estoy cerca de la cárcel, sin más razon ni delito que la otra vez, solamente porque pueden ser últiles mis declaraciones.

—Enséñame la cartera...

—Tengo que decirte más.

—Acaba, Antonio, acaba.

—Quise saber quién era el marido, y preguntando á unos y á otros me dijeron que era persona acomodada y que se llamaba don Juan Hurtado...

—¿Y las tarjetas?...

—Tienen ese mismo nombre...

—¡No me equivoqué!... ¡El asesino es el marido!...

—Sí.

—No me equivoqué anoche, no me equivoqué,—repetia Raimundo, que se habia levantado y recorria en todas direcciones el estrecho aposento.—Era su marido... tenia premeditado el crímen... ¡Oh!...

Y el jóven, sin reparar en la sorpresa de su amigo, apretaba los puños, en tanto que su frente se contraia más y más y sus ojos brillaban extraordinariamente.

—Pero ¿qué te pasa?—le preguntó Antonio.—¿Qué estás diciendo?

—Nada...

—Hablas de anoche..

—Si, desde anoche sé lo que me has contado, y siempre sospeché que el asesino era el marido.

—¿Y por qué lo sospechabas?

—Porque lo ví con su mujer entrar en el coche... ¡Y yo ignoraba que tú eras el cochero!...

—Cada vez lo entiendo menos...

—Antonio, cuidado,— dijo Raimundo, volviendo á sentarse:—ten presente que este es un secreto peligroso.

—¡Diablo!... ¿Pues qué te decia yo?

—Tú tienes las pruebas del crímen de ese hombre; yo soy testigo de que él y no otro entró en el coche con su mujer y de que le envió un recado para hacerla salir de casa, siendo lo más fácil encontrar á la persona de quien se valió para esto.

—De manera que entre tú y yo podemos ahorcar á ese tunante...

—No, porque su desdichada esposa nada ha revelado, y cuando ella calla, aun á costa de que se dude de su honor, tendrá razones muy poderosas, que de seguro le harán guardar siempre el mismo silencio y hasta defender á su marido.

—Me dejas con la boca abierta.

—Sucede lo que te digo.

—Raimundo, ya sabes que no soy tonto.

—Lo sé.

—Pues bien, comprendo el asunto. Nos conviene callar...

—Eso es.

—Guardar la cartera y los paraguas...

—Pero no en tu poder.

—Dios me libre. Puedo emborracharme cualquier dia y...

—Antonio, bebe vino, emborráchate; pero antes córtate la lengua.

—¡Maldito vino!—exclamó Antonio, apretando los puños con ira.—Lo conozco y te lo confieso: á pesar de estar prevenido y del miedo que le tengo á la cárcel, si bebiera un poco más de lo regular y me hablasen de esto...

—¿No callarias?

—No, Raimundo: ¿para qué he de mentir?

—¿Es posible, Antonio?

—Por desgracia.

—Te comprometerias, me comprometerias á mí tambien...

—Me olvido de todo, Raimundo; me olvido absolutamente de todo lo que debiera acordarme, y no pienso, cuando me encuentro así, más que en hablar, hablar mucho y responder á todo lo que me preguntan. Pero ¿acaso lo ignoras?

—Lo sé, pierdes el juicio.

—El único remedio es...

—Que no bebas.

—Es lo mejor.

—Dame los paraguas y la cartera.

Antonio sacó estas prendas de entre los colchones, diciendo:

—Toma: este más grande es el que estaba mojado...

—El del marido,—dijo Raimundo.

Y abrió la cartera, encontrando algunos apuntes que nada significaban, y una carta, dirigida al asesino, y que por la letra y la ortografía con que estaba escrita, se conocia que era de una mujer, si así tambien no lo hubiese dicho la firma.

Raimundo leyó con avidez lo siguiente:

«Si te falta el valor, déjalo: yo nada te pido. Ya sabes que si me avengo á ceder es despues de muchos ruegos tuyos; pero á lo que no me avendré jamás, será á querer á un hombre cobarde. No corres ningun peligro: es solo cuestion de valor, y si el corazon te falta, no cuentes con el mio. Debes comprender que no voy á poner la felicidad de toda mi vida, á disposicion de un hombre débil. Mi sacrificio quiere otro.

A nada te obligo; pero olvídame y déjame en paz. Aun puedes ser feliz con ella. Yo tambien seré feliz si puedo olvidar.

ROSA.»

No tenia fecha la carta; pero como estaba cerrada con el mismo papel y para hacerla llegar á su destino se habian valido del correo interior, el sello expresaba el dia, que era el mismo en que se habia intentado el crímen.

—Se va aclarando el misterio,—dijo Raimundo, guardando cuidadosamente la carta y la cartera.—Hay otra mujer de por medio...

—Y estorba la mujer propia.

—Es verdad, aunque parece imposible que estorbe aquella mujer, cuya virtud nadie ha puesto en duda hasta que las apariencias han venido á condenarla; una mujer de alma tan grande, tan generosa, que acepta el sacrificio de su reputacion, acepta el crímen para que su asesino aparezca inocente; una mujer que es á la vez que tan noble, tan bella como solo en sueños puede verse... ¡Oh!... Es increible... y sin embargo... es verdad...

—Pero tú hablas de ellos como si los conocieras mucho.

—No, porque solo una vez los he visto; pero he averiguado mucho desde anoche y he salido hoy con ánimo de averiguar más.

—Y lo has conseguido cuando menos lo esperabas.

—Ahora,—dijo Raimundo despues de algunos momentos de reflexion,—es preciso saber quién es esta Rosa.

—No la busques entre las mujeres decentes.

—Será una de esas desdichadas que con su belleza fatal explotan la necedad de los ricos: una mujer que, como esta, pide á su amante el sacrificio de que sea criminal, el corazon que se necesita para cometer el más cobarde de los asesinatos, una mujer así, debe haberse criado entre el crímen, estar entre el más inmundo cieno del vicio. La encontraré, Antonio, la encontraré.

—¿Necesitas mi ayuda?

—Ahora no te pido más que una cosa.

—Entiendo.

—Silencio, una reserva absoluta de cuanto sabes, porque el secreto podria costarnos muy caro.

—No probaré el vino, Raimundo, te lo prometo y creo que lo cumpliré.

—Te lo suplico...

—Descuida: si no puedo resistir la tentacion, beberé solo, aquí encerrado, y como así nadie me preguntará, no hay peligro de que se me vaya la lengua como de costumbre.

—Creo,—dijo Raimundo, ocultando los paraguas bajo el gaban y disponiéndose á salir,—creo que me quieres bastante para hacer por mí un sacrificio que por tí no hicieras.

—No te equivocas.

—Pues bien, acuérdate que tu indiscrecion me comprometeria gravemente, y cumple tu promesa.

—La cumpliré.

—Adios, Antonio.

—Supongo que nos veremos...

—Sí, vendré y sabrás lo que yo sepa.

—Ya sé que me quieres á pesar de la diferencia...

—Soy tu amigo,—interrumpió Raimundo, estrechando la mano de

Antonio.—Cuando quieras ó necesites verme, puedes ir á mi casa: vivo cerca de aquí, en la calle de la Palma Baja, número... cuarto tercero. Como nada valgo, nada te ofrezco; tengo apenas para vivir; pero sabes que es de los dos el pan que me dé la Providencia, así como yo sé que es mio cuanto tú tienes.

Despidiéronse aquellos dos hombres con el mismo cariño y franqueza que pudieran hacerlo dos iguales.

Nadie hubiese dicho que el uno era el hijo de un criado de la casa del otro.

Y sin embargo, ambos habian dicho la verdad, se querian como verdaderos amigos, puede decirse que como hermanos: se habian criado juntos, se habian tratado siempre con la misma cordialidad y franqueza, nunca habia salido de los labios del uno para el otro una sola palabra que fuese una mentira, que disimulase siquiera lo que pasaba en su interior.

Y como siempre, Raimundo, yendo tal vez más allá de lo que aconsejaba la prudencia, habia dicho á su amigo la verdad de lo que sabia en cuanto al grave suceso de que hablaban.

No habia pensado Raimundo que era peligroso depositar su secreto en un hombre que con toda su lealtad, con todo su cariño, podia venderlo en uno de los momentos fatales en que la embriaguez le trastornaba el juicio. Habia dicho lo que sentia: habia hablado á su amigo como siempre, segun la antigua costumbre que tenia, porque su cariño era el mismo; cuatro años de ausencia no habian entibiado aquella amistad nacida en la niñez, sostenida en la infancia y acrecentada constantemente, á pesar de la desigualdad de condiciones, de educacion, de instintos, de gustos, de inteligencia.

Esto podia considerarse un fenómeno; pero más ó menos raro, es posible, se ve y se comprende mejor conociendo el carácter y las ideas de Raimundo y la educacion que le habia dado su honrado padre.

Antonio, por su parte, habia hecho lo mismo.

Tampoco habia intentado, ni se le habia ocurrido ocultar nada, desfigurar ningun hecho ni disimular lo que sentia.

Confesó ingénuamente, y sin dar importancia á su confesion, que

no habia podido corregirse del vicio de la embriaguez, que lo más que habia conseguido era contenerse, y que la embriaguez de la bebida seguia produciendo en él los mismos efectos que siempre, la locuacidad irresistible, la ausencia completa de toda prudencia en momentos tales, el olvido de toda conveniencia.

Se consideraba irresponsable de sus actos cuando el vino trastornaba su razon; pero no por eso dejaba de reconocer que no habia secreto posible cuando se encontraba en semejante estado y que podia causar grandes males con su falta de prudencia.

Tampoco se le ocurrió ocultar que de vez en cuando, si bien él no buscaba la ocasion, solia encontrarse con algunos de los amigos que en su mala época lo arrastraron hácia el abismo de su perdicion, y que no podia dejar estas relaciones tan repentinamente como deseaba, porque el hacerlo así le ofrecia graves peligros.

Nada, pues, ocultó Antonio por miedo de que su amigo se mostrase reservado.

¿Cómo habia de temer esto?

Aquella amistad era verdadera, profunda y con toda la ciega confianza consiguiente á su sinceridad.

Con semejante cariño, con tanta lealtad por una y otra parte y dueños del secreto, podian hacer mucho y prestarse mútua y grande ayuda en caso necesario; pero era tambien fácil que aquel mismo cariño y leal franqueza los comprometiese por la circunstancia fatal del vicio de Antonio.

Este, á quien apenas hemos dado á conocer, tenia una inteligencia clara, si bien no habia sido cultivada por la educacion; una de esas inteligencias que si no rara y muy superior, podrian dar buenos frutos; pero que se pierden como un diamante sin pulimentar en manos de quien no lo conoce.

Sin embargo, la falta de instruccion suplíase en parte por la imaginacion, bastante fecunda, de Antonio, imaginacion nada rara en los que nacen y crecen bajo el sol de nuestras provincias del Mediodia, por un ingenio bastante agudo y por una perspicacia que solia rayar en astucia.

Ese era Antonio, y perdónesenos el capricho de haberlo dado á

conocer despues de hacerle hablar, y haber pintado su alma antes que su rostro, lo cual haremos ahora de dos pinceladas para terminar este capítulo.

Antonio era de estatura que pudiéramos llamar escasa; pero bien desarrollado, de anchas espaldas y formas musculosas.

Tenia lo que vulgarmente se llama buenos puños, es decir, una fuerza nada comun, y era valiente y sereno ante el peligro.

Sus facciones eran regulares, aunque pronunciadas: ancha la nariz, grande la boca, negros los ojos, de mirada alegre, un si es no es picaresca, y de pupila brillante, aunque no tanto como en otro tiempo, sin duda por los fatales efectos de la bebida.

Las cejas eran pobladas y negras como el cabello, y la frente regularmente espaciosa.

Era decidor y gracioso, si bien no abusaba de su ingenio para prodigar chistes.

¿Qué mas podemos decir? Si con esto no basta para conocerlo, tendremos que aguardar á que él mismo se haga conocer.

Y como tenemos que seguir relatando importantes sucesos, hacemos punto sobre este.

CAPITULO V.

Un rostro negro y una conciencia blanca.

La zona comprendida entre la calle de Lavapiés y el Pretil de los Consejos y Cuesta de la Vega, es una parte de Madrid que no se parece á ninguna.

Los barrios que la componen estan formados de antiguas casas, en su mayor parte, feas, ruinosas y de aspecto sombrío. Las calles son, especialmente desde la plaza de la Cebada á las Vistillas y calle de Segovia, estrechas, tortuosas, pendientes hasta el punto de ser peligroso el tránsito por algunas, mal empedradas, sucias hasta lo increible, y aun podriamos decir medrosas, respirándose allí una atmósfera pesada, húmeda y nauseabunda en muchos sitios.

Habitan aquellos barrios, los más poblados de Madrid, muchas familias honradas y pobres y algunas bien acomodadas, que por costumbre desde sus abuelos ó por necesidad continúan allí; pero en su mayoría, la poblacion es de calificacion dudosa, pudiendo decirse que en aquella parte es donde hay que buscar en la coronada villa el foco del vicio en todas sus faces, del crímen en todos sus grados, de la miseria con todo su colorido, con todo su lastimoso abandono. Hay calles por donde no puede pasarse de dia sin que se oprima el corazon y se levanten al cielo los ojos con mirada dolorida; pero de no-

che no puede tampoco transitarse sin que el corazon se estremezca de miedo y los ojos se vuelvan sin cesar á todos lados con mirada recelosa.

La especulacion empieza á remediar algo de esto; cada dia se ven caer algunos de aquellos sombríos y misteriosos nidos, para levantarse casas de apariencia decente y que no permiten cierta clase de vecindad por las condiciones de sus aposentos.

Sin embargo, es poco esto, y puede suceder que con el tiempo no se haya conseguido más que poner camisa limpia al cuerpo sucio. La poblacion se extiende por la parte opuesta. La aristocracia del dinero se ha posesionado de la llanura de Recoletos y Fuente Castellana; la clase media, consecuente en sus instintos, revela sus aspiraciones de subir y se ha encaramado en las alturas de las afueras de San Bernardino y Santa Bárbara, como si quisiese decir á los ricos: «Tendreis más dinero que nosotros; pero os dominamos por nuestro ingenio, que ha sabido escoger el lugar más saludable y más seguro, porque si Madrid se inunda os ahogareis vosotros antes que nosotros»: la aristocracia de sangre no ha decidido aun dónde colocará sus pergaminos y escudos; mira los palacios de Recoletos, y aunque les encuentra la falta de coronas sobre sus pórticos, no parece que les disgustan, y como enamorado tímido ó disimulado, da vueltas y vueltas, sin detenerse y en son de paseo, en la espaciosa calle formada ya por aquellos suntuosos edificios. ¿Se decidirá al fin por confundirse con la *alta banca*? No lo sabemos; vemos, como hemos dicho, que vacila, se contenta hoy por hoy con reparar sus antiguos palacios y... no sabe adónde irá á parar.

En cuanto á la clase pobre, á la que se llama pueblo, no sabemos por qué, ya es otra cosa, tampoco se sabe adónde irá á parar... ¿quién es capaz de adivinarlo? no vacila, porque como no puede levantar casas, no tiene para qué elegir el lugar; aguarda á que las hagan los ricos, y entre tanto se ve desalojada de sus boardillas, busca habitacion y no la encuentra... Pero ya se ha encontrado el remedio; el nuevo sistema de edificacion dará pronto su resultado. Se hacen barrios de magníficas casas, donde no hay una sola habitacion para un pobre, y barrios de casas humildes, donde no hay una habi-

tacion para un rico. Así cada cual podrá escoger segun su fortuna, cada clase estará en su atmósfera, no interrumpirá el festin del opulento el llanto del mendigo que vive en la boardilla que está sobre sus salones, ni los zapatos llenos de lodo ensuciarán la escalera de mármol.

Con esto se conseguirá divorciar enteramente las clases; pero ¿qué importa?

El ornato público habrá ganado mucho: entre dos palacios no se verá una miserable casa, como si aquellos dijesen á esta: «Que te ahogamos». Entre dos pobres viviendas no se levantará un palacio, como si aquellas dijesen á este: «No te escaparás». Sobre un salon donde se come no habrá una boardilla donde se tiene hambre, como si la miseria amenazase al lujo: debajo de una boardilla donde se llora no habrá un salon donde se rie, como si la felicidad insultase á la desgracia.

Podrá venir un dia en que los pobres y los ricos, los pequeños y los grandes, se miren como dos pueblos distintos, como dos razas diversas de encontrados intereses; pero ¿qué importa? A cada cual se habrá dado lo suyo.

Todo esto ha conseguido inventar el ingenio humano.

Nuestros nietos verán grandes cosas.

Hoy puede decirse que Madrid no es España; pero ¿qué será Madrid cuando pase nuestra generacion?

¿Es esto una torpeza de los hombres ó el cumplimiento de un decreto de la Providencia?

Y volvemos á lo que se llama *barrios bajos,* á la calle de Toledo, y entramos en la de Cabestreros, hasta llegar á sus últimas casas.

Una existe allí de tres pisos y no nos es fácil contar los vecinos que encierra, pues además de los cuartos que tienen balcones á la calle, hay otros muchos con entrada por los corredores que rodean el patio principal.

Entraremos en una sala pequeña con balcon.

Las paredes estaban cubiertas de un papel ordinario, que siempre habria sido de pésimo gusto, pero que entonces parecia peor, porque además de estar roto y manchado en muchas partes, tenia ya

ese color amarillento, indefinible, que da el tiempo y que hace tan tristes las habitaciones.

En la descripcion de los muebles y adornos no tendremos que emplear mucho trabajo, pues solamente se veian dos sillas medio rotas y un cofre pequeño, que nada de valor debia contener, pues la llave estaba puesta en la cerradura, como si el quitarla hubiera sido precaucion inútil. Ni cuadros que adornasen, ni cortinas que resguardasen de la luz ó el frio, ni estera que cubriese los ladrillos, grietados en su mayor parte, nada, absolutamente nada más que el cofre y las sillas.

Una de ellas, cerca del balcon, estaba ocupada por una jóven que no tendria más de diez y nueve años, bella, interesante, á pesar de la palidez mate de sus mejillas y de su demacracion.

Sus grandes ojos negros miraban triste y afanosamente el pedazo de lienzo donde cosia con una prisa que queria decir:

—Aquí está el pan y tengo hambre.

Su vestido, aunque limpio, estaba en armonía con la pobreza del aposento.

De vez en cuando se agitaban sus miembros con un estremecimiento nervioso.

Eran las ocho de la mañana y el frio se dejaba sentir bastante, mucho más allí, donde no habia fuego, ni muebles, ni entraba el sol.

La frente de la jóven revelaba inteligencia clara; su rostro dolor, callados y largos sufrimientos; pero á la vez tenia una expresion de valor no comun en su sexo y que nada quitaba á la dulzura que le daban la delicadeza de sus facciones y la languidez de su mirada.

Paseando de un extremo á otro del aposento, con paso igual y firme, erguido como un cadete que acaba de estrenar el primer uniforme, habia un hombre, que formaba raro contraste con la jóven pálida.

Tendria cincuenta años; su estatura era elevada, sus hombros anchos, levantado el pecho, y todas sus formas tan bien desarrolladas, que hubieran podido servir de modelo al más exigente artista. La tension de sus músculos y el vigor de sus enérgicos movimientos, denotaban que aquella naturaleza robusta, privilegiada, no habia perdido nada absolutamente desde la época de su completa virilidad.

El rostro era ovalado y bastante moreno, no sabemos si por naturaleza ó por haber sufrido largas temporadas la accion del aire y de los rayos del sol. Todas sus facciones guardaban una perfecta regularidad, y sin embargo, no se encontraba allí un conjunto bello, sino á lo más una hermosura varonil, que solo podia apreciarse mirada detenidamente. Era un rostro vulgar, que no podia parecer bello con aquel cútis tostado, con una cicatriz que tenia en la mejilla izquierda cerca de la ceja, y sin expresar más que mucha vida, mucha fuerza como el resto de su cuerpo, así como sus ojos no decian con sus pupilas brillantes más que valor, mucho valor, un arrojo verdaderamente temerario, frio, incontrarestable.

El bigote que cubria su labio superior era blanco, así como sus cabellos, espesos y ásperos, y que por estar cortados casi á raiz se asemejaban á un cepillo de blanca cerda. Aquella cabeza enteramente redonda, tampoco decia nada; hubiera sido para un frenólogo caso de apuro apreciar el desarrollo de los órganos.

Llevaba una levita muy corta de paño azul oscuro muy raido, muy descolorido y lleno de esas manchas que saca la vejez del corazon de la tela. Parecia no haberse hecho para su cuerpo aquella prenda, segun estaba de ceñida por todos lados, siendo hasta los faldones escasos de vuelo como lo eran de largos, y notándose más la estrechez, porque la llevaba abotonada hasta el cuello, á guisa de uniforme.

El pantalon debia tener, segun la falta de pelo, la misma antigüedad que la levita: era tambien de color azul; pero muy claro, anchísimo hasta la pantorrilla, y estrechándose gradualmente hasta el pié.

Semejante forma y color no dejaban duda de que se habia hecho para un militar, ocurriéndose en seguida la idea de que la levita tenia la misma procedencia y era reformada.

Las botas, aunque bastante deterioradas, estaban limpias y relucientes.

No podemos decir lo mismo de la camisa, porque no la dejaba ver una tira de tela de lana de colores oscuros que llevaba liada al cuello, y que lo mismo podia ser corbata grande que tapabocas menguado.

Tal como lo hemos pintado era cuando lo presentamos al lector; pero como habia momentos en que parecia otro hombre, debemos

añadir, que aquel rostro de facciones duras y sin expresion, se hacia interesante en muchas ocasiones, y aquellos ojos de mirada casi fiera tenian tambien miradas tan tiernas como las de una mujer y derramaban lágrimas con la facilidad de los de un niño.

Antes de proseguir recordaremos que dijimos en el primer capítulo que íbamos á referir muchas historias verdaderas, á presentar algunos personajes que viven, y si el que nos ocupa llega á parecer inverosímil, es culpa de la naturaleza que así lo crió, pues existe tal como le pinto, he estrechado su mano muchas veces y no hago más que cambiar su nombre y algunas de las circunstancias poco importantes de su vida. No pinto como quiero; copio como puedo, eso sí, pero copio ahora y nada más.

Ya lo dijimos, no hay novela más interesante que la historia verdadera de muchas familias. ¡Cuántos sucesos de nuestra vida parecerian inverosímiles y aun absurdos contados en un capítulo de novela! Y sin embargo, son por desgracia demasiado ciertos.

No encontrando otra frase para hacerlo comprender, diremos que el personaje que nos ocupa era un hombre duplicado, un corazon mitad sensible y tierno hasta el último grado de la ternura y la sensibilidad, y la otra mitad insensible y con todas las condiciones de valor y de rudeza que pueden encontrarse en un africano inculto, que nace entre el estruendo de la guerra y se cria entre la sangre, que se bate por costumbre y con entusiasmo, que ante ningun peligro tiembla y es tan grande su temeridad para acometer como su indiferencia para morir.

¡Raro contraste!

Sin embargo, por más que esto parezca inverosímil, por más que sea de difícil comprension, era así, ó mejor dicho, así es, pues repetimos que este personaje es real y no creacion caprichosa de nuestra imaginacion de novelista.

Hecho el retrato de su persona y el de la jóven que lo acompañaba, réstanos decir quiénes eran ambos.

Edgardo Schunoop, que tal era era el nombre de nuestro personaje, habia nacido muy lejos de España, como lo indica su nombre, en un pais situado al norte de Europa, desgraciado pais, oprimido

por la mano de hierro de uno de esos déspotas autócratas que todavia ve con asombro el mundo civilizado, y que son un anacronismo incomprensible y fatal de nuestro siglo.

Desde la niñez, Schunoop, hijo de padres bien acomodados, pero que no pertenecian á la alta nobleza, acarició en su mente las ideas de independencia y libertad que habian hecho tantos mártires de tantos compatriotas suyos y que eran el sueño de oro del pueblo encadenado.

Como el pájaro encerrado en una jaula, aunque sea de oro, no cesa de intentar romper los alambres, así los hombres que gimen bajo el yugo de la esclavitud, tenga esta el nombre que quiera, no cesan tampoco de hacer esfuerzos para romper la argolla que sujeta sus manos, que oprime su cuello y que lo ahoga, y por esto con frecuencia, en la patria de Schunoop, la conspiracion constante, incansable del pueblo esclavo producia rebeliones más ó menos graves, de mayor ó menor trascendencia, que costaban á sus autores, la vida á unos, el encierro perpétuo á otros, y á los demás la pérdida de sus bienes y la expatriacion con que lograban salvar la vida despues de la derrota.

En una de estas revueltas, desgraciada como todas para sus autores, Schunoop, adolescente aun, tuvo que abandonar su patria y la herencia de sus padres; encaminóse al mediodia de Europa, donde sus ideas podian encontrar apoyo, y acabó por adoptar como nueva patria la nuestra, donde se habia dado el primer paso en la conquista de los derechos del pueblo, donde ya habia corrido sangre de mártires como Riego, se habian levantado gigantes como Mendizabal, se habian formado corazones como el de Argüelles y nacian héroes como el de Luchana.

Schunoop creyó que la patria del Gran Capitan y de Daoiz y Velarde era una tierra de grandes corazones, y como él era todo corazon y comprendia la necesidad que teniamos de hombres que ayudasen á la conquista de la libertad y la civilizacion, quedóse en España, se acomodó á nuestras costumbres, aprendió nuestro idioma hasta donde le permitió su inteligencia, y al ver que estalló la última guerra civil, que dos bandos se disputaban dos tronos, el uno rodeado con la esplendorosa luz de la libertad, con la antorcha de la

civilizacion, cimentado en la voluntad y en el cariño de un pueblo, y ocupado por una niña inocente y huérfana y defendido por una madre que en nombre de su amor maternal y de los derechos de su hija tendia los brazos á todo un pueblo noble, grande y generoso, y otro, trono imaginario, rodeado de las tinieblas del despotismo, cimentado en la arbitrariedad, defendido por la ambicion y ocupado por un príncipe que llamaba en su auxilio al fanatismo; al ver esto, repetimos, Schunoop, poseido de entusiasmo, se unió á los héroes de nuestro valiente ejército y corrió alegremente á derramar su sangre por la causa que se defendia.

Schunoop sirvió, pues, durante los siete años de exterminio y sangre, se encontró siempre donde la lucha fué más encarnizada y dió pruebas de un valor, de una serenidad casi inconcebibles. Ningun esfuerzo tenia que hacer para ello, era una cosa natural en él, y lo que á todos admiraba lo hacia él sin darle importancia alguna, como quien hace lo que nada tiene de particular.

Por eso, terminada la pelea, cuando aun no se habia disipado por completo el humo de la pólvora, se ponia á comer tranquilamente, á reir con sus camaradas ó á dormir sobre las piedras tan profunda y descuidadamente como si hubiese estado en una cama de plumas.

Era frugal y sóbrio en los dias de escasez, y el mejor compañero para beber y comer cuando la fortuna les deparaba la ocasion.

Habia nacido para soldado.

Estaba alegre en el campamento y se aburria en las poblaciones.

Parecia que el descanso le fatigaba.

Y á pesar de todo esto, semejante hombre, fuera del combate, no podia ver el dolor ni las lágrimas sin sentir oprimido el corazon y llorar, no tenia valor para resistir á la ternura, y era tan cándido y tan inocente como si nunca se hubiese apartado de su madre, como si no hubiese dejado de ser niño.

Cuando terminó la guerra se encontró Schunoop con el cuerpo lleno de cicatrices y el empleo de teniente.

Era pobre como antes.

Pero si no tenia mucho dinero que contar, podia contar muchas hazañas.

No pensó en esto, no se le ocurrió la idea de que habia sido mal recompensado, ni tampoco le ocurrió compararse con muchos de sus compañeros que habian hecho mucho menos que él y eran coroneles ó generales, ni les tuvo envidia, ni les pidió proteccion.

Tampoco se acordó nadie de él.

Al fin, y con sorpresa suya, llegó á ser capitan, y cuando llevaba treinta años de servir á la patria, cuando aun podia servirla mucho más y lo deseaba así, le dieron el retiro con un mezquino sueldo.

No se quejó; pero sufrió mucho, porque la nueva vida debia ser para él, con sus inclinaciones y sus costumbres, un contínuo aburrimiento.

Se habia casado, porque en tiempo de paz y con un corazon lleno de ternura, debia necesariamente concluir por enamorarse.

La suerte le dió una mujer hermosa, virtuosísima y amante.

Tenian una hija.

Schunoop no habia nacido para el bullicio de la sociedad, sino para el estruendo de la guerra.

Y como esto no podia tenerlo y aquello no lo queria, y como su esposa habia nacido para esposa y madre nada más, prefirieron la soledad tranquila y dulce del campo y se establecieron en un pueblecito.

Allí pasaron felices dias.

Schunoop llegó casi á olvidar sus instintos belicosos, ó más bien la ternura de su esposa y el cariño de su hija, fiel retrato física y moralmente de su madre, no le dieron lugar á pensar en ellos.

Eran pobres; pero se consideraban dichosos.

¡Ah!... Llegó un dia de dolor profundo, un dia horrible.

Schunoop perdió á la esposa á quien amaba con tanta ternura.

El alma pura de aquella mujer voló al cielo, dejando en la tierra lágrimas que no debian secarse jamás.

Aquel dia volvió Schunoop á poner á prueba el temple de su alma.

¡Pobre alma, transida de dolor!

De aquellos ojos salieron silenciosas lágrimas.

Schunoop, con el cariño de una madre, con la ternura de un amante y con un respeto religioso, cerró los ojos de su esposa, lavó aquel cuerpo tan querido, lo vistió con sus mejores ropas, besó aquella frente helada, aquellos labios cárdenos y rígidos, regándolos con lágrimas abrasadoras, y... ¡Nadie vió temblar aquellas manos!

Desde aquel dia, al salir el sol estaba el desolado esposo en el cementerio, acompañado de su tierna hija, y allí comia, no volviendo á su casa hasta la noche.

¿Qué hacia?

¿Rezaba y lloraba?

No.

Schunoop levantaba un sepulcro sobre la fosa donde yacia el cuerpo de su compañera, edificaba como una capillita y la rodeaba de cipreses y flores.

No habia sido albañil ni carpintero; pero lo hizo ambas cosas su amor.

Terminada su obra sin ayuda de nadie, porque no queria que otras manos que las suyas tocasen allí, pareció quedar más tranquilo y suspendió sus visitas matinales al cementerio.

El sepulcro, como hemos indicado, era un pequeño aposento, poco mayor que el tamaño de la fosa, de modo que esta quedaba dentro de aquel.

Cerrábalo por uno de sus lados una puertecita, y sobre su techo, que remataba en punta, levantábase una cruz de madera, pintada de negro.

Las paredes estaban pintadas de amarillo oscuro, y como eran bastante elevadas y reducido el espacio que ocupaba el edificio, no dejaba este de tener cierta esbeltez agradable.

Rodeábanlo algunos cipreses y plantas de siemprevivas, resguardado todo por una verja de cañas cruzadas y sujetas con delgados mimbres.

Todo esto no hubiera podido hacerlo Schunoop en Madrid, porque habria necesitado una respetable suma para adquirir el terreno, una licencia de no sabemos cuántas autoridades, despues de un expediente interminable y costoso, y un arquitecto que dirigiese la obra.

En la córte es tan caro el morirse como el vivir.

La piedad y el amor no pueden tener aquí cierta clase de satisfacciones, ciertos consuelos: la presion de los reglamentos se siente cada dia más en todo, y á esto lo llamamos adelantos.

Schunoop guardó como una reliquia la llave del sepulcro.

Se mostró más que nunca solícito y tierno con su hija.

En los dias serenos la llevaba á pasear por el campo y le hablaba de la perdida y virtuosa madre ó de sus aventuras de soldado.

Cuando llovia, sentados junto al hogar, tenian la misma conversacion.

Empero á todos extrañaba que el amante esposo hubiera levantado con tanto afan el sepulcro, y despues de concluido este no fuera una sola vez al cementerio.

Sin embargo, llegó un dia en que la casualidad hizo un descubrimiento, y la extrañeza se convirtió en admiracion, á pesar de que nadie supo más que una parte de lo que Schunoop hacia, porque á saberlo, hubiesen dicho los más:

—¡Pobre Schunoop, está loco!

Y los menos habrian exclamado:

—¡Gran corazon! ¡Pobre corazon!

A las once de la noche, cuando ni un solo habitante del pueblo estaba fuera de su casa, el antiguo soldado entraba de puntillas en el dormitorio de su hija, la contemplaba algunos instantes, la besaba cariñosa y cuidadosamente en los cabellos, y no en el rostro, para evitar que el roce del áspero bigote la despertase, luego se limpiaba una lágrima, tomaba su sombrero y su baston, encendia un cigarro y salia de la casa sin hacer ruido.

En medio de las tinieblas y del silencio, interrumpido alguna vez por el ladrido de un perro vigilante ó el canto lúgubre de la lechuza que anidaba en el chapitel del campanario, Schunoop, con su paso igual y firme, se encaminaba al cementerio, dejando atrás en pocos minutos las humildes casas de la poblacion, donde no brillaba una luz.

No sabemos las ideas que en aquellos momentos ocupaban la imaginacion del capitan, y es difícil adivinarlo, tratándose de un hombre como él.

Pensaba en su esposa: esto es lo que puede asegurarse.

Y como el dolor tiene tambien sus goces, es posible que no nos equivocásemos al decir que Schunoop gozaba en aquellos momentos tristes, de acerbo dolor.

El ruido de sus pasos se apagaba en la mullida tierra.

Solo se percibia el de su respiracion vigorosa.

Cuando la luna, ese nocturno espía que tantas historias negras debe saber, no enviaba sus reflejos, solo se veia el fuego del cigarro de nuestro capitan.

Un supersticioso, al ver caminar aquella chispa, hubiera creido que era algun alma en pena, que se dirigia al cementerio despues de haber visitado á algun pariente, ó un ojo de Satanás que buscaba á algun alma perdida.

Schunoop no tenia miedo ni pensaba que podia infundirlo á nadie.

Cuando llegaba á la mansion de los muertos, salvaba de un brinco la ruinosa tapia que la rodeaba, miraba con indiferencia algun fuego fátuo que solia escaparse de las mal cubiertas fosas, y con mano segura abria la puertecita del sepulcro.

Era curioso ver el interior de este.

Una cruz en la pared, frente á la puerta, y en el suelo un candelero de cobre con una vela de cera.

Schunoop encendia la vela con un fósforo, cerraba la puerta, besaba el suelo, sentándose luego en él, y...

No rezaba.

No lloraba.

No contemplaba silenciosa y tristemente el sitio donde yacia el cuerpo de la compañera á quien tanto amó.

¡Hablaba á su mujer!

¡Le hablaba con las más cariñosas expresiones, y como si la tuviese á su lado y lo oyese, le recordaba los dias felices que habian pasado juntos!

Schunoop lloraba algunas veces; pero otras sonreia con toda la satisfaccion de un hombre feliz.

Y allí acababa de fumar su cigarro ó encendia otro á la luz de la vela.

Y nunca se le ocurrió pensar si lo que estaba haciendo era una profanacion.

Verdad es que no hubiera sabido resolver la duda.

Creia que aquellas manifestaciones de su amor no podian considerarse como un pecado.

Su amor era profundo y agradable á Dios.

Cuanto su amor le dictaba era para él bueno.

Ninguna idea de repugnante sensualismo surgia en su mente: no habia más que ternura, sentimientos puros en su alma.

Se dirigia muchas veces á Dios; pero se expresaba á su manera.

Rogaba como mejor podia; pero no rezaba.

Y sin embargo, bueno es advertirlo, Schunoop era católico, no solamente por sentimiento y por conviccion, sino hasta por espíritu de partido, pues en las revueltas políticas de su pais la religion entra por mucho; la defensa del catolicismo, casi perseguido allí, es uno de los móviles de las rebeliones populares.

Así pasaba una, dos y aun tres horas; volvia á besar el suelo, apagaba la luz y dejaba aquella mansion, con los ojos húmedos por el llanto.

Su dolor se aliviaba despues de aquella visita.

Gozaba allí con su dolor.

Cuando volvia á su casa, estampaba otro beso en la negra cabellera de su hija, acostábase y dormia tranquila y profundamente.

Dígasenos ahora si puede encontrarse nada más digno de estudio que nuestro capitan, nada más raro, más excepcional, más incomprensible.

Por eso hemos dicho que era un ser mitad niño inocente y mitad hombre.

Tenia, pues, todas las debilidades é inconsecuencias de los niños, todo el valor, la firmeza y el orgullo de los hombres; la candidez de un colegial y la astucia de un soldado viejo; la ignorancia y las ilusiones de la juventud y la experiencia con sus desengaños de la edad madura; el entusiasmo de un adolescente y la indiferencia de un viejo.

Conocido él, dada la idea de lo que era su esposa, y habiendo dicho que la hija era física y moralmente un retrato de la madre, poco

tendremos que detenernos para que el lector comprenda el alma de la jóven, que cosia con todo el afan de una necesidad imperiosa, que trabajaba con una resignacion incomprensible para las mujeres que no han aprendido á emplear sus dias de ocio más que delante del espejo.

Nuestra interesante jóven, llamada Consuelo, habia recibido de su madre la verdadera educacion de una mujer; sabia trabajar y sufrir sin quejarse de la desgracia, y gozar de la fortuna con moderacion. Para ella la familia era antes que todo, y era, pues, como su madre, el ángel, la parte sublime de la familia; cumplia su mision de mujer, mision santa y que va siendo desconocida, porque hoy se educa á la mujer completamente al contrario de lo que debiera educarse.

Hoy educamos mujeres para que brillen en la sociedad y cautiven con su cultivado entendimiento; pero no hacemos esposas ni madres, y dentro de algunos años no se encontrará una madre ni una esposa.

Y cuando no haya madres en el sentido en que las queremos, ¿habrá hombres como debemos desearlos?

Dios nos ha dado á la mujer para nuestra felicidad: nosotros la separamos de su camino: ¿nos quejaremos cuando en la sociedad no se encuentre un sentimiento noble, porque no ha habido madres que los inspiren, no se encuentre un corazon, porque no ha habido madre que lo forme?

No se crea que Consuelo era una mujer ignorante, inútil para la sociedad.

Al contrario, habia aprendido todo cuanto, con razon ó sin ella, se envanece de saber la mejor educada á la usanza del siglo; habia aprendido más que muchas que se precian de *ilustradas*, sin ser más que ridículas Marisabidillas.

Pero estaba la diferencia en que lo que constituye en otras la educacion, no era en Consuelo sino un adorno de la suya.

Así que, cuando llegó el dia de las grandes pruebas, Consuelo tuvo sobrado valor para luchar, sobrada virtud para cumplir con sus deberes, sobrado amor y ternura para ser el verdadero ángel de la familia, para justificar su nombre de bautismo, para probar todo lo que vale y puede una mujer.

El mezquino sueldo de su padre, que antes apenas les alcanzaba para vivir, llegó á ser insuficiente, empezó por empeñarse y acabó por ser casi nulo.

Entonces Consuelo apeló á su trabajo.

Hubiera podido establecer un colegio, porque le sobraban conocimientos para ello; pero como en nuestro pais no puede enseñar el que sabe y quiere, hubo de contentarse con bordar y coser para ganar una peseta al dia.

Sin embargo, se resignó y aun se mostraba contenta, parecia feliz cuando encontraba quien la encargase labores delicadas, que eran más productivas y le permitian cubrir todas las atenciones de la casa.

El padre prohibia á la hija que trabajase tanto.

La hija respondia con palabras cariñosas á su padre y le aseguraba que se aburria sin trabajar.

¿Por qué habia dejado la tranquila vida del campo cuando ninguno de ellos echaba de menos el bullicio de la sociedad?

Schunoop era soldado ante todo, y apenas el estampido de nuestros cañones resonó en las costas de África, no pudo contenerse, sintió hervir en sus venas la sangre, palpitar el corazon con la misma violencia, á impulsos del mismo entusiasmo que en su juventud, y despidiéndose de la tumba de su esposa se vino á Madrid con su hija.

No pensó que poquísimo ó nada tenia que esperar del nuevo sacrificio, ni que podia dejarla huérfana y sin amparo, ni se acordó de la ingratitud de la patria.

El deber no lo llamaba; pero como él acudia por entusiasmo, no se detuvo y ofreció su espada, que era mucho ofrecer.

A nadie pidió proteccion en cambio de su sacrificio, porque no hacia ninguno.

Solamente acudió á una persona de posicion elevadísima y cuyos sentimientos caritativos reconocen todos, y le pidió amparo para su hija si él llegaba á morir en África.

La protectora concedió más de lo que se le pedia, y cuando Schunoop partió de la córte, Consuelo entró en una distinguida casa de educacion, recibiendo allí el complemento de la suya, es decir, la segunda parte, que ella consideraba puro adorno ó lujo de saber.

Nuestro capitan hizo en África lo que habia hecho en la guerra civil, fué uno de los primeros soldados de nuestro ejército, por más que hubiera de hacer mucho para mostrar más valor que cualquiera de los demás.

Fué gravemente herido en Wuad-Ras, le dieron el grado de comandante, pudo mejorar algo su retiro y volvió á España con una cicatriz más; pero contento, porque se habia batido.

No abusó de la proteccion que se dispensaba á su hija; la agradeció como era capaz de agradecer su alma generosa y noble, y Consuelo volvió á la pobreza con alegria.

Como en España un expediente es una cosa interminable, Schunoop tuvo que permanecer algunos meses en la córte para arreglar el suyo de retiro, y cuando quiso volver al pueblo le fué imposible, porque estaba cargado de deudas que habia contraido para subsistir.

Sin embargo, un dia emprendió el viaje á pié y solo para visitar, quizás por última vez, el sepulcro de su esposa.

Llegó al pueblo cuando el sol tocaba á su ocaso, y sin detenerse encaminóse al cementerio.

Los últimos rayos del astro del dia iluminaban aquel triste recinto, reflejando en alguna amarillenta calavera y haciendo proyectar sombras prolongadas á las modestas cruces que estaban colocadas sobre las fosas.

Schunoop sintió oprimido el pecho y húmedos los ojos.

Empero estos relumbraron como dos centellas apenas los hubo vuelto hácia el sepulcro.

Un grito de la más reconcentrada ira se escapó de su boca.

Tras el grito una imprecacion horrible en la lengua de su patria, y una amenaza terrible.

Apretó los puños con rabia, tembló convulsivamente y quedó luego inmóvil y mudo.

¿Qué habia visto?

Los árboles que habia plantado estaban cortados; la cerca de cañas habia desaparecido; las flores no existian, y las paredes del sepulcro estaban llenas de lemas profanos y groseros, escritos con carbon.

E. Zarza, dib.º y lit.º

Lit. J. Donon Madrid

„Basta, Consuelo, no quiero que trabajes mas.

¡Le habian despedazado el corazon!

Largo rato estuvo sin poder moverse, sin poder articular una sílaba.

Al fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano, exclamó:

—¡Ah!... ¡No han respetado la muerte, no han respetado mi amor y mi ternura, ni siquiera lo sagrado del lugar!... ¡Caribes!... ¡Y dirán que son cristianos, que son hombres!

De seguro aquello se habia hecho sin intencion alguna, por mero pasatiempo, como una gracia brutal; y esto lo comprende el que conoce el lastimoso estado, no ya de civilizacion, sino de simple educacion, en que se encuentran los pueblos de corto vecindario.

Por fortuna, el llanto salió en abundancia de los ojos de Schunoop.

Entró en el sepulcro, besó repetidas veces el suelo, que regó con sus lágrimas, y no supo hablar más que de lo que en aquellos momentos sufria.

A poder averiguar quiénes eran los caribes, como nuestro capitan los llamaba, que habian tocado la obra de su dolor y su ternura, hubiera dado buena cuenta de ellos.

Al dia siguiente abrazaba el capitan á su hija y lloraban juntos.

¡Pobres corazones!

Desde entonces continuaron su modesta, su pobrísima vida.

El dia en que estamos era uno de los dias de prueba, y el anterior lo habia sido poco menos.

Desde las siete de la mañana trabajaba Consuelo, y desde la misma hora no habia dejado su padre de pasearse en la habitacion.

No habian tomado aun ningun alimento, ni habian cenado la noche anterior.

Faltaban algunos dias para la conclusion del mes y habian pasado muchos sin encontrar trabajo.

Schunoop interrumpió al fin su paseo, miró á su hija y le dijo con la aspereza del acento de su pais y la sequedad de su aburrimiento:

—Basta, Consuelo, no quiero que trabajes más.

—¿Y por qué?—replicó la jóven con dulzura y sonriendo como si fuese completamente feliz.

—Porque no.

—¡Bah!... Falta muy poco para concluir...

—No importa.

—Antes de una hora podremos entregar el trabajo y cobrar...

—Pues bien,—repuso con impaciencia el soldado,—no quiero que trabajes esa hora.

—Me ha dejado usted trabajar ayer todo el dia.

—Sí, y casi toda la noche, y hoy... Pero tengo ya la sangre en la cabeza, y si te veo trabajar más no sé lo que haré.

—¿Y con qué comeremos?

—No comeremos, Consuelo, porque vale más morirse de hambre que morirse de comer poco y mal, desesperados y trabajando mucho.

—Falta muy poco, muy poco,—volvió á decir la jóven, cosiendo con más prisa y alguna inquietud, porque conocia el carácter de su padre y temia que no le permitiese concluir el trabajo, á pesar de la necesidad que los acosaba.

—Deja eso,—dijo Schunoop con el tono imperioso y duro del jefe que manda al soldado.

—¡Padre mio!—murmuró Consuelo con acento de tierna súplica.

—Déjalo ó lo tiraré...

—Pero...

—Basta,—interrumpió el soldado mientras relumbraban sus ojos.

Y sin detenerse un instante quitó bruscamente á su hija el lienzo en que esta cosia, abrió el balcon y lo tiró á la calle.

—¡Dios mio!—exclamó la jóven, cubriéndose el rostro con las manos y dejando que corriesen sus lágrimas.

Schunoop volvió á emprender su paseo; pero más deprisa, más agitado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, lo cual era muy raro en él, y la mirada sombría.

—¿Qué será de nosotros?—añadió Consuelo.

—Ya te lo he dicho,—replicó su padre con voz ronca por la ira.

—No me importa morir de hambre... ¿Ha podido usted creer que tengo miedo á la muerte cuando no lo he tenido á la miseria?... ¡Ah!... No; pero ¿cómo responderemos á los que nos han confiado ese trabajo?

Schunoop no respondió; pero se detuvo y contempló á su hija, que seguia llorando.

—¡Oh!—exclamó despues de algunos instantes y como si el coraje se hubiese convertido repentinamente en dolor y ternura.—Siempre lo mismo, he de sucumbir á tus deseos, has de mandarme despóticamente con tus lágrimas.

Y se apresuró á salir al balcon.

Por fortuna no habia pasado por la calle nadie que recogiese y se llevase la prenda arrojada, y una mujer la levantaba del suelo cuando se asomó el capitan.

—Eso es mio,—gritó este,—se ha caido de aquí...

—Bien,—respondió la mujer,—baje usted por ello.

Consuelo, que se habia asomado con afan tras de su padre, se dispuso á bajar.

—No,—dijo el soldado deteniéndola,—yo iré.

Y con su agilidad de veinte años salió del aposento, bajó de dos en dos los escalones y volvió á los pocos segundos con la prenda.

—Toma,—dijo á su hija,—cose, cose cuanto quieras... ¡Oh!... Lo he tirado porque no tenia aquí, para arrojarlo por el balcon, á ninguno de los que me han pagado mal... Cose cuanto quieras; pero es inútil.

—No, padre mio, porque podremos comer tres ó cuatro dias.

—¿Y qué adelantaremos? Debemos tres meses de alquiler de la casa, y si al fin de este no pagamos, nos pondrán en la calle; debemos al tahonero, al tendero, al carbonero y no hay muebles que vender, ni ropa que empeñar, ni un miserable colchon en que dormir.

—Lo sé.

—La paga viene á mis manos mermada en la tercera parte, que se lleva el prestamista.

—Pero con el resto y mi trabajo nos sobra para vivir.

—¿Y lo que se debe?

—Veremos.

—No te hagas ilusiones, Consuelo; con tu trabajo viviremos unos dias más, hasta concluir el mes; pero esto no es más que prolongar la agonía, no es curar la enfermedad; y si al fin ha de morir el en-

fermo, cuanto antes mejor, sufre menos. Por eso me ha gustado ser soldado: al fin hay que morir, y la muerte mejor es en el campo de batalla, entre el humo de la pólvora y el estruendo del cañon, sin que en los momentos de agonía pueda uno pensar en nada que le atormente, y si se le ocurre pensar, un caballo le aplasta á uno el cráneo y se acabó todo. ¡Y me han respetado las balas, y las epidemias, y el hambre, y en vez de morir en el campo, bajo el cielo, moriré en esta jaula!

—¿Y qué seria de mí sin mi padre?

—Estarias mejor: cuentas con la proteccion de una persona poderosa, que con doble razon haria contigo lo que hizo mientras estuve en África.

—¿Y el dolor de mi orfandad?

—Has de sufrirlo tarde ó temprano...

—¡Ah!... ¡Padre mio!...

—Dejemos esto y hablemos de lo que importa,—dijo Schunoop, ocupando la otra silla, que crujió, amenazando no resistir muchos minutos el peso que le echaban.

—¿Piensa usted aun contraer una nueva obligacion sobre la paga?

—¿Y qué he de hacer?

Consuelo no respondió, porque ninguna observacion tenia que hacer, ningun otro consejo que dar.

—¿Encuentras otro medio?—añadió el capitan.

—No pagar al casero ó empeñarse.

—Pues bien, como lo primero es imposible, tendré que hacer lo segundo.

—Es verdad.

—Yo dejaria que nos echasen del cuarto; pero tendriamos que alquilar otro, y para esto se necesita tambien dinero; por consiguiente, para gastar en otra parte es mejor pagar aquí, lo cual tiene la ventaja de cumplir con la obligacion. El prestamista que cobra la tercera parte de mi paga, se niega á darme más dinero por ahora; dice que me vaya arreglando hasta que pasen dos ó tres meses, como si el comer tuviese más arreglo que comprar pan.

—¿Y lo ve á usted en este apuro?...

—¿Qué le importa? Dice que está acosado por hambrientos, que lo tienen aburrido, que va á dejar el negocio, porque no encuentra hombres honrados y pierde el dinero...

—¡Pierde y le pagan un sesenta por ciento, y por cada deuda tiene una garantía segura!...

—En fin, buscaré otro, le cederé otra tercera parte del sueldo, y con lo restante, puesto que te empeñas en trabajar...

—Sí, viviremos.

—¡Y yo no sirvo más que para batirme, no puedo trabajar, porque no sé!...

—Ni yo quiero.

—¡Oh!...

—Son las nueve...

—Es verdad: á esta hora encontraré en su casa al agente que anoche me prometió dinero de otro judio.

Schunoop se puso de pié, entró en otra habitacion, donde habia en el suelo un jergon relleno de paja, tomó su raido y grasiento sombrero y su grueso baston con macizo puño de bronce, despidióse de su hija, prometiéndole volver en cuanto supiese el resultado de su negocio, y salió de la casa sin más abrigo que la levita, tomando calle arriba tan erguido como de costumbre y con paso tan firme como si hubiese almorzado opíparamente.

Consuelo levantó al cielo los ojos llenos de lágrimas, y exclamó:

—¡Dios mio, felicidad para mi padre, fuerzas para mí!

Y en la pobre estancia reinó el más profundo silencio, interrumpido solamente por ese ligero ruido metálico que produce la aguja al separarse del dedal cuando se cose deprisa.

CAPITULO VI.

Un personaje importante para Schunoop.

El capítulo anterior ha sido más largo de lo que este será, más de lo que yo hubiese querido; pero era así indispensable, porque un tipo como el del capitan Schunoop no puede darse á conocer con algunas pinceladas. Tratábase de un hombre en quien á la vez se encuentra todo lo más opuesto que existe en la condicion humana, y todo en el mayor grado, el valor y la debilidad, la indiferencia y el amor, la dureza y la ternura, lo sublime y lo vulgar; teniamos que hacer comprender lo inverosímil, dar colorido de verdad á lo increible, y esto no podia hacerse sino dando á conocer algunos sucesos de la vida de Schunoop, algunos de sus rasgos característicos, tan extraños como importantes.

Supongo que el lector conoce ya á nuestro héroe, y por consiguiente, no le sorprenderá nada de lo que en él vea, así como comprenderá cuánto debia sufrir en momentos dados, en ciertas situaciones.

Cuando nuestro capitan llegó á la plazuela de la Cebada, entró en la calle de la Ruda, salió al Rastro, y así, calle tras calle, con su paso firme y aire marcial, aunque nada fanfarron, llegó á la de la Comadre y entró en el portal estrecho, húmedo, sucio y oscuro de una casa humilde.

La escalera, que tenia las mismas condiciones del portal, la subió Schunoop economizando la mitad de los escalones, es decir, de dos en dos; y cuando llegó al tercer piso, cogió la cadenilla de alambre de hierro que servia de llamador é hizo sonar la campanilla.

—¿Quién es?—preguntó una voz áspera del otro lado del ventanillo.—¿Qué se ofrece?

—Ver al señor Salcedo,—respondió Schunoop.

Abrióse la puerta, entró el capitan, y guiado por una mujer penetró en una pequeña sala, donde los muebles eran pocos, malos y sucios.

Allí se le mandó esperar, y se sentó sin cuidarse de quitarse el sombrero.

Pasaron cinco minutos, que fueron para Schunoop, nada paciente, cinco horas.

Ya empezaba á desesperarse y murmurar, cuando se abrió una puerta y salió un hombre de pequeña estatura, extremadamente obeso y cuyo aire de importancia estaba en armonía con su lujosa ropa, y sobre todo con el distintivo de una cinta blanca y azul que llevaba en uno de los ojales de su gaban.

Sin saludar y con mesurado paso atravesó la sala y desapareció, oyéndose luego una voz destemplada, oscura, desagradable, que dijo:

—Adelante.

Schunoop entró en la habitacion inmediata, donde una estropeada mesa de escritorio, algunas sillas con suelo de paja y un pequeño armario de pino completaban la muestra de la pobreza que empezaba á adivinarse desde el portal.

Junto á la mesa habia sentado un hombre, más bien hombrecillo, pues era pequeño, flaco, de rostro enjuto en extremo, como si careciese de muelas, y de formas que demostraban la debilidad.

Tendria cincuenta años.

Su cara, de facciones irregulares, parecia más fea y hasta repugnante por los ojos.

Eran estos de color muy claro, no sabemos cuál, y de una mirada tan rara, que al primer golpe de vista se le creia bizco, aunque no lo era. Añádase á esto que eran muy abultados, como si amenazasen salirse de sus órbitas, que los párpados, sin una sola pestaña,

eran en sus bordes rojos y que no se abrian con igualdad, y se comprenderá que, como hemos dicho, aquella cara debia parecer feísima y repugnante.

Sus cabellos, cenicientos, mal cortados y peor peinados, medio ocultaban la calvicie de la parte superior de la cabeza.

A su fealdad y al aspecto de la habitacion, correspondia su ropaje, que era viejo y mugriento.

Ó en aquel cuerpo ruin habia mucha avaricia, ó Schunoop se equivocaba al ir allí en busca de dinero.

Ni lo uno ni lo otro.

El capitan iba acertado.

Allí no habia avaricia, sino pobreza, miseria.

Nuestro hombrecillo, ó sea el señor Salcedo, se llamaba agente, si bien no hacia más que lo que en breve hemos de ver, aunque á decir verdad estaba dispuesto á ocuparse de todo, por innoble que fuese, con tal que no peligrase su vida y le produjese dinero.

Por el saludo y las primeras palabras que cruzaron, podria comprenderse que no era la vez primera que se hablaban.

—Conque, mi capitan,—dijo Salcedo, frotándose las manos,—¿qué trae usted por aquí?

—¿No lo adivina usted?—preguntó Schunoop, correspondiendo con una sonrisa al benévolo recibimiento del agente.

—Lo presumo; pero...

—Anoche dije á usted...

—Entendido,—interrumpió Salcedo.

Y haciendo una mueca horrible, que hundió sus mejillas casi hasta juntarlas en el interior de la boca, añadió:

—Estamos mal de dinero.

—No quiero mucho,—respondió Schunoop con toda la humildad á que le obligaban sus apuros.

—¡Si fuese usted solo, amigo mio!... ¡Oh!... Pero son tantos los que piden...

—Lo sé.

—Me conoce usted y sabe que no puedo engañarlo,—repuso el agente sin dejar de moverse en la silla, segun acostumbraba, como

si sus nervios estuviesen en contínua excitacion.

—Sí, sí,—dijo Schunoop,—ya sé que usted hará por mí cualquier esfuerzo.

—Soy así, la franqueza ante todo, la verdad, por más que esto me perjudique; pero es mi genio, no puedo entretener á nadie con esperanzas vanas: otros lo hacen, ganan más que yo, y... sin embargo, no les envidio. Bien me lo decia mi último jefe: «esa franqueza lo perderá á usted; para vivir es preciso más reserva, más estudio».

—¿Pues qué,—preguntó Schunoop, queriendo agradar al agente siguiéndole la conversacion,—usted ha sido empleado ó militar?

—Empleado de Hacienda: ¿lo ignoraba usted?

—Completamente.

—Sí, mi último destino fué de oficial en una administracion de Puertas, y como me habia dicho mi jefe, mi franqueza me perdió. Dijeron que si esto y lo otro... nada... envidia, chismes... y nos dejaron cesantes al administrador, al interventor y á mí; pero el administrador era protegido de un general, el interventor de un banquero y diputado, y antes de un mes volvieron á colocarlos con ascenso, mientras que yo, sin más recomendaciones que mis buenos servicios, nada pude conseguir, y aburrido, herido en mi dignidad, no quise más destinos, desprecié á cuantos pudieran dármelos y vivo independiente.

—Bien hecho.

—¡Oh!... La patria paga mal á sus servidores... En fin, dejemos esto y volvamos á nuestro negocio...

—Necesito dinero,—dijo el capitan.

Salcedo volvió á hacer la mueca que hundia sus mejillas, hasta el punto de hacerlas parecer dos jícaras unidas por su base.

—Estamos mal, amigo Schunoop, muy mal.

—Pero...

—Y usted peor.

—¿Por qué?

—Tiene usted retencion en la paga.

—No lo niego.

—Eso es ya un inconveniente.

—Pero puedo ceder otra tercera parte al nuevo acreedor...

—Hum... No es muy conveniente ese negocio.

—Como cualquiera.

—Sé que es usted honrado, y si el dinero fuese mio se lo daria á usted con los ojos cerrados; pero no es fácil inspirar esa misma confianza á los demás.

—¿Qué pueden temer?

—Que el mejor dia se resista usted á que le descuenten esa segunda tercera parte...

—Señor Salcedo...

—No se ofenda usted,—interrumpió este, poniendo una de sus huesosas y sucias manos sobre uno de los anchos hombros del capitan,—yo no dudo, Dios me libre; pero no soy yo, es quien á usted no le conoce...

—Pero si usted asegura...

—¿Sabe usted lo que me dirian?—No le negamos la honradez; pero tambien conocemos su necesidad, y como no hay honradez á prueba de hambre...

—¡Oh!—interrumpió Schunoop, apretando los puños.

—No lo digo yo, no soy yo,—se apresuró á decir Salcedo, estremeciéndose.

—¡Que no hay honradez á prueba de hambre!... ¡Oh!... Lo que no hay es honradez ni corazon á prueba de avaricia.

—Le sobra á usted la razon para enojarse; pero ¿qué quiere usted? Ellos tienen el dinero y...

—En fin, ¿puede hacerse algo? Muchos compañeros mios tienen embargadas dos terceras partes de su paga.

—Pues bien, mi amigo Schunoop, yo haré cuanto pueda para que usted consiga lo mismo; pero como estamos en los últimos dias del mes y además el dinero escasea, no respondo.

—Mi situacion es muy apurada y aceptaré el dinero con cualquiera condicion.

—Eso mismo hacen todos los que necesitan, y por eso, así como los que dan dicen que no hay honradez á prueba de hambre, yo digo

que á prueba de hambre no hay condiciones duras. ¿Y cuánto necesitaba usted?

—Mil reales.

—Es decir, que el capital se pagaria en ocho meses, contando el presente, en que ya se haria descuento.

—¡Cómo!—replicó Schunoop.—¿Me cargarán intereses de un mes por seis dias que faltan de este?

—Ya sabe usted que es la costumbre; no se cuenta por dias, sino por meses.

—Y para el octavo mes apenas queda capital que reintegrar, solo un pico de...

—Es lo mismo. ¿Qué quiere usted? Lo conozco, es un abuso, pero...

—Bien, bien.

—Son, pues, seiscientos cuarenta reales los intereses, á razon del cuatro por ciento mensual, y por consiguiente la escritura habrá de hacerse por mil seiscientos cuarenta reales...

—¿Y yo tomaré?...

—Los mil, menos sesenta de la escritura y ciento de mi agencia...

—Es decir, cuarenta y dos duros.

—Exactamente.

—Bien,—dijo Schunoop, que por experiencia sabia que eran inútiles las observaciones en tales casos.—¿Cuándo tomaré el dinero?

—Si la señora que ha de darlo acepta el negocio, mañana se firma la escritura y se pasará el oficio al juzgado para hacer la retencion, y pasado mañana, cuando lo contesten, tomará usted el dinero...

—Y tres dias despues pagaré el primer plazo, con intereses de un mes...

—No comprendo, mi amigo Schunoop, cómo extraña usted esto, cuando ya lo sabe de antiguo.

—Es verdad,—repuso el soldado, haciendo un gesto de resignacion y poniéndose de pié.

—¿Se vá usted?

—Sí.

—Pues esta noche nos veremos y diré á usted el resultado.

—Señor Salcedo,—dijo el capitan con tono suplicante,—le ruego á usted....

—No es necesario, usted sabe que lo quiero... Ahora mismo iré á casa de esa señora, y espero salir bien. Le aseguro que si no fuera por servirlo á usted, ni á ella ni á su apoderado los veria, porque son un par de pájaros...

—¿Dónde lo encontraré á usted esta noche?

—Ya sabe usted, en el café...

—Sí, en Levante.

—De siete á ocho, y más tarde de once á doce, y si no en el Iris de ocho á nueve, ó en el Oriental de nueve á diez, y antes de las siete en el de las Columnas.

Estrechó Schunoop la mano del agente, aunque mejor lo hubiera hecho con la garganta, y salió.

Cuando estùvo en la calle miró á todos lados, luego se contempló á sí mismo, como una mujer que revisa su traje y sus adornos, y dijo:

—¿Soy yo? ¿Soy yo, Edgardo Schunoop, el que todo esto lo sufre, el que hace esto? ¿Soy yo quien tolero que me humillen, que duden de mi buena fé sin aplastar á un reptil como ese miserable?... ¡Oh!...

Sus ojos relumbraron y su mano apretó con extraordinaria fuerza el puño del baston.

—Adelante,—murmuró.—Consuelo no debe saber de todo esto más que el resultado: si conociese los detalles... ¡Pobre hija mia!... Sin comprenderlos en toda su extension, paga sobradamente mis sacrificios de padre.

Procurando dominar su coraje, tomó el antiguo soldado calle arriba, con intencion de volver á su casa y dar á su hija la noticia de que tendrian cuarenta y dos duros á costa de ochenta y dos, que era lo mismo que decirle que en vez de mejorar su situacion la habian agravado.

CAPITULO VII.

Un rostro blanco y una conciencia negra.

A la misma hora en que Schunoop y Saleedo trataban su negocio, en un magnífico gabinete de una casa de la calle de Atocha hablaban dos personas de distinto sexo y que en nada se parecian á las que nos han ocupado en el capítulo anterior.

Con solo haber calificado de magnífica la habitacion, se comprenderá que nada faltaba allí de cuanto requiere el lujo y la comodidad. Todo era costoso y del mejor gusto: mullida alfombra, blandos sillones forrados de terciopelo, preciosos cuadros, grandes espejos, caprichosos armarios, espléndidas colgaduras, y primorosos adornos sobre las mesas y la chimenea de mármol de Carrara.

Percibíase allí ese perfume delicado, suavísimo, incalificable, que embalsama los aposentos de las mujeres del gran mundo y que con ningun otro olor puede confundirse, porque á ninguno se parece.

Junto á la chimenea estaban las dos personas de que hemos hablado.

La una era una mujer, que si bien al primer golpe de vista no aparentaba más de cuarenta años, mirada detenidamente habia que aumentarle cuatro ó cinco.

Era el conjunto de su persona bastante agradable; en sus faccio-

nes habia mucha regularidad y conservaba rasgos de una belleza nada comun, y que á los veinte años debió hacer palpitar más de un corazon y trastornar más de una cabeza.

Sus maneras eran distinguidas, su trato afable y su carácter dulce en extremo, inalterable, de tal manera, que cualquiera la hubiese tenido por una de esas mujeres de cándida sencillez, que no saben ni pueden hacer valer su belleza en la juventud, porque la modestia, la templanza ó frialdad de su condicion se admira sin arrebato, tranquilamente.

Era modesta en su trato, y parecia que el lujo que la rodeaba no lo sostenia por vanidad, sino por costumbre.

Para su persona todo era sencillez: vestia con lujo, porque la ropa era de mucho valor: gastaba riquísimas joyas; pero evitaba constantemente el uso de ninguno de los adornos que suele inventar la moda y que por cualquier estilo llaman la atencion.

¿Quién era?

Una mujer que vivia modestamente en medio del lujo que le permitia sostener la fortuna heredada de su padre.

Esto es cuanto el mundo sabia, lo cual no era para el mundo saber poco, y con esto se contentaba, puesto que con menos se contenta otras veces.

Las mujeres no veian en ella una rival, porque no hacia ostentacion de sus riquezas ni aspiraba á ser galanteada.

Los hombres la estimaban, porque encontraban en ella una amiga sincera.

No se habia casado, y cuando le preguntaban con extrañeza por qué no habia querido la vida del matrimonio, respondia sencillamente que no habia tenido la fortuna de que ningun hombre solicitase su mano.

Habia, pues, tenido talento para evitar la ridiculez en que caen muchas solteras de cierta edad, hablando de sus pasados amores, envaneciéndose de haberse visto asediadas por un sinnúmero de adoradores y de haber despreciado diez ó doce casamientos ventajosísimos.

Con tales condiciones se comprenderá que una mujer debe ser muy apreciada.

La que presentamos tenia sin embargo pocas relaciones y ningun amigo íntimo.

¿Nada más habia en su vida?

¿Era lo que parecia?

No; pero las personas que la trataban ni veian ni sabian más; y las que otra cosa sabian, no la trataban ni la conocian ni por su posicion podian relacionarse con las otras.

Pero el lector conocerá en breve y sabrá de ella más que todos, lo que ni unos ni otros sabian.

Un hombre de la misma edad que ella ocupaba otro sillon, y debia ser un pariente muy cercano, ó por excepcion un amigo íntimo, pues estaba recostado con indolencia, cruzaba una pierna sobre otra, y sin respeto á la señora de la casa ni consideracion á la atmósfera perfumada del aposento, fumaba un largo cigarro, entreteniéndose en ver cómo se elevaba y disipaba el humo que á grandes bocanadas despedia.

Nada habia de notable en la persona de aquel hombre: su rostro era en todos sentidos lo más vulgar que puede imaginarse; nada expresaba, no porque hubiese estudiado disimulo, sino porque nada bueno ni malo tenia que expresar.

Evitaremos explicaciones innecesarias: quién era y el papel que representaba allí, lo sabremos: baste decir que no seria de ninguna importancia este personaje si no estuviese relacionado con la mujer que enfrente tenia.

Ó no habian empezado á hablar ó habian interrumpido la conversacion.

Ella, con la cabeza inclinada sobre el pecho, meditaba para seguir tratando de algun asunto sin duda interesante.

En cuanto á él, ya hemos dicho lo que hacia, y no pensaba en otra cosa: era un hombre que habia nacido para ser feliz, y lo era del todo.

Aun pasaron algunos minutos sin que el silencio se rompiese por ninguno de ellos.

No se percibia más ruido que el igual y acompasado del tic tac del magnífico reloj de bronce y mármol que habia sobre la chimenea.

El humo del cigarro seguia elevándose en azuladas espirales.

Ni el fuego chisporroteaba ni en los aposentos inmediatos sonaba el más leve rumor.

Al fin, como reanudando la interrumpida conversacion, con voz suave y pausado tono dijo ella:

—Es, pues, preciso hacer algo más, ya es tiempo.

—No hemos hecho poco,—respondió él, variando de postura y sacudiendo la ceniza del cigarro:—al menos por mi parte creo haber hecho mucho, muchísimo.

—¿Con algun resultado?—preguntó irónicamente ella.

—Sí, Luisa,—dijo con tranquilidad él,—con un resultado increible. Dí á cualquiera que hace cinco años poseias quince mil duros y que hoy tienes cincuenta mil, además de haber vivido ese tiempo con un lujo como el que te rodea, y no lo creerá; y añade que para esto nada has tenido que hacer más que alargar una mano para recibir dinero, y otra para gastarlo á tu antojo, y lo creerán más imposible.

—¡Dinero!—murmuró Luisa con amargura.

—¿No lo quieres?

—Hay momentos en que lo dudo.

—Pues dame el que te sobre, el que te incomode...

—Alejandro, dejemos ese punto.

—¡Cómo!... ¡Ya el dinero no te halaga!

—Sabes que he deseado acumular riquezas...

—Has tenido avaricia.

—Puedes darle ese ú otro nombre.

—Dándole ese, que es el propio, ahora que nadie nos oye, te recordaré que he satisfecho sobradamente tu avaricia, y con tal habilidad, que no has necesitado quitarte la careta con que ocultas tu presente y hacer imposible penetrar en tu pasado.

—Pero no es nada de eso lo que te he pedido...

—¿Que no es eso?

—Al menos no te lo he pedido como el objeto principal de mis deseos, como mi afan.

—¿Volvemos á tu conciencia?

—Sí,—dijo gravemente Luisa.

—No lo entiendo,—repuso Alejandro, encogiéndose de hombros.—Te haces rica, haciendo pobres...

—Bien, bien.

—En vez de socorrer la pobreza, la explotas en sus situaciones más críticas...

—Explotamos tambien el vicio.

—Ciertamente; pero resulta que lo mismo tratamos al jugador vicioso que al padre de familia necesitado, y esto no significa más sino que todo se aprovecha, que lo mismo es para tí un ángel que un demonio. Y con estos antecedentes me hablas de tu conciencia... ¡Cosa extraña!

Y Alejandro se sonrió burlonamente y volvió á recostarse en el sillon.

—¡Oh!—exclamó Luisa, cuyos negros ojos brillaron un instante como debieron haber brillado en su juventud.—Es preferible un hombre depravado, que uno como tú, sin valor para ser malo, sin corazon para ser bueno, un hombre que nada sea...

—Te equivocas, soy una cosa importantísima, siempre lo he sido y lo seré... ¡Soy feliz!

—Es verdad.

—Pues bien, no me pidas lo que no puedo dar: ya sabes que hay un refran que dice que es locura pedir peras al olmo. ¿Quieres que sea malo? Imposible; no porque me lo estorbe la conciencia, puesto que no la conozco, sino porque me falta el valor. ¿Quieres que sea bueno? Imposible tambien, porque no me conmueve ningun sufrimiento ajeno. Sin embargo, he tenido una debilidad, quererte...

—Nuestro cariño, mejor dicho, nuestras relaciones,—interrumpió Luisa,—han sido una cuestion de conveniencia.

—Tampoco lo niego: han sido un buen negocio para los dos.

—Un contrato...

—Exactamente.

—Con condiciones...

—Que he cumplido por mi parte.

—No.

—En eso únicamente dejamos de estar de acuerdo.

—¿Qué has hecho?

—He aumentado prodigiosamente tu capital, y lo aumentaré, pues dentro de dos años tendrás cien mil duros.

—¿No estabas obligado á más?

—Sí, y he trabajado para conseguirlo, y trabajo, y trabajaré.

—¿Y el resultado?

—Ninguno, ni lo espero: ¿para qué he de engañarte?

—Entonces...

—Me pides un imposible...

—Para tí.

—Bien; pero como no ha de ser otro, sino yo, quien ha de cumplir tu deseo, aunque solo para mí sea un imposible, no se hará. Ya conoces aquello de «buscar en Salamanca á un estudiante vestido de negro». Pues bien, tú me pides lo mismo, que busque á una mujer, nada más que á una mujer, entre todas las que existen, con la circunstancia de que no sabes si ha muerto, ni puedes asegurar si está, no digo en Madrid ni en España, sino en Europa.

—Sabes,—dijo Luisa,—que esa mujer tiene una señal, que de seguro no tendrá ninguna otra.

—Es verdad, una señal en la espalda, lo cual equivale á que no tenga ninguna para nuestro objeto, porque es imposible reconocer las espaldas de todas las mujeres.

—Se averigua...

—¿Crees que la mujer á quien buscamos haya dicho á nadie que lleva en su cuerpo semejante marca, más propia de quien ha salido de un presidio que de quien tiene que hacerse reconocer en su dia?

—Es demasiada tu torpeza,—replicó ásperamente Luisa.—Cuando ella haya sabido que tenia esa señal, seria ya conocida de los que la hayan criado.

—Pues bien, á pesar de eso, todos mis esfuerzos han sido inútiles.

—¡Esfuerzos llamas á inquirir cuando buenamente puedes, á dar un paso cuando no tienes que ocuparte de otra cosa!...

—Algo más.

—Sea como quiera,—replicó Luisa con una energía que nadie le hubiera supuesto,—es preciso acabar de una vez, que cumplas tus

compromisos como yo he cumplido los mios. Cuando me ofrecistes aumentar mi capital te contesté: «Sí; pero no te ocupes del dinero sino cuando no puedas ocuparte de buscar á mi hija». Has halagado mi avaricia, multiplicando mi fortuna; pero en esto habia por tu parte una mira egoista que no puedes negar: cuanto más rica fuese yo, más podrias tú gastar, tener más comodidades, satisfacer más vicios.

—Lo confieso, ya ves que soy franco,—dijo con incomparable cinismo Alejandro.

—Creistes que preocupada con el dinero me olvidaria de mi hija...

—No calculo tanto: eso es mucho para mi cabeza, lo confieso tambien.

—¡Oh!... Es verdad, es verdad...

—Lo sabes, y vuelvo á la mia. ¿Tengo yo la culpa de lo que ha hecho la naturaleza? ¿Hay derecho para pedirme ingenio ó para reconvenirme porque no lo tengo?

—Entonces ¿por qué ofrecistes lo que no podias cumplir?

—Ofrecí trabajar, hacer cuanto pudiese, y no he faltado á mi promesa.

—No habrás olvidado el principio de nuestras relaciones.

—No.

—Eras un infeliz soldado.

—Mala vida, muy mala, y al libertarme de ella con cuatro años de anticipacion al plazo que me obligaba la ley, me distes más que la vida. De todo me olvido, Luisa, pero de aquello no, porque no se olvida el rancho, la mala cama, el toque de diana y el de retreta, ni los palos del cabo, y del sargento, y del oficial...

—Y á quien tanto debes...

—Le daré cuanto me pida; pero ten presente que estuvistes dos años sin decirme más que: «Busca una mujer que tendrá diez y ocho ó diez y nueve años y que lleva en sus espaldas tal seña». Con solo eso era imposible, y convencida tú de ello, añadistes: «Esa mujer es mi hija, fué abandonada por mí y llevada á la Inclusa».

—Ese es un dato que puede servir de mucho.

—Pero que no ha servido de nada.

—Te ha faltado voluntad...

—A tí te ha sobrado reserva. No he podido hacerte confesar otra cosa sino que esa mujer es tu hija, y aun eso despues de dos años en que tal vez hubiera podido encontrarla; pero ni una palabra más sobre lo que tiene relacion con eso. Supongo que todo ello no es más que un amor desgraciado, que fuistes engañada por un seductor ó sacrificada por un padre severo y cruel; pero esto son suposiciones: la historia, con todos sus detalles, es posible que me dé luz.

—Siempre lo mismo, el afan de conocer esa historia que mi conciencia me recuerda cada dia, que está grabada en mi alma con caractéres de fuego.

—Su revelacion no aumentará tu tormento.

—Pero su relato me abrasará la boca...

—Perdona, Luisa, que no comprenda eso.

—¡Comprenderlo tú que no tienes corazon!...

—Es mi dicha.

—¡Oh!...

—En fin, creo que tengo derecho á conocer tu historia, sobre todo en cuanto se refiere á tus amores.

—No, Alejandro, porque tú no me amas.

—Ni tú á mí.

—Tal vez.

—Y con amor ó sin él, tú, Luisa, me has atormentado con celos alguna vez, lo cual prueba que consideras nuestras relaciones como cuestion amorosa, de puro corazon, en que se mezcla, como el picante á un guisado, el negocio, y así ha sucedido que por espacio de cinco años hemos sido, unos dias, tiernos amantes, y otros, buenos compañeros, asociados para un negocio, sin que en este terreno hayas tú reconocido más que documentos y metálico, como si yo fuese un extraño para tí, ni yo tampoco te he pedido que te fies de mi palabra, sino que he justificado mis cuentas con papeles y dinero. Por consiguiente, digo lo que tú, que ha llegado el dia y espero que reveles tu secreto, que si algo hay en él que pueda comprometerte, como no vas á escribir y firmar el relato, no podré abusar.

Luisa no respondió.

Habia vuelto á inclinar la cabeza sobre el pecho y parecia meditar.

Sus ojos adquirian por instantes extraordinario brillo.

Su mirada parecia hacerse sombría.

—Hoy,—prosiguió diciendo Alejandro despues de algunos instantes,—parece que nos dejan libres los necesitados á quienes por mi mediacion socorres, puesto que son las diez y ninguno de los agentes ha venido: por consiguiente, ningun dia más á propósito: nos sobra tiempo hasta la hora de almorzar.

—¡Oh!—murmuró sordamente Luisa.—Es preciso, es preciso. ¿Quién sabe si esta revelacion que tanto me hará sufrir es parte de mi expiacion?

—¿Hay algun crímen?—preguntó tranquilamente Alejandro.

—¿No te he dicho que abandoné á mi hija?

—Lo exigia tu honor...

—¿Y mi deber?

—¡Bah!

—¿Y mi amor de madre?

—No tuviste tiempo para sentirlo.

Luisa, á pesar de su depravacion, lanzó á su amante una mirada de profundo desden.

Luego se levantó, acercóse á un pequeño armario de palo de rosa, y cuando ponia la llave en la cerradura para abrirlo, sonaron dos golpecitos en la puerta del gabinete.

Luisa se detuvo.

—¿Quién es?—preguntó.

—Yo, señorita,—respondió desde fuera una voz de mujer.

—Entra...

La puerta se abrió y una criada asomó la cabeza diciendo:

—Ha venido el señor Salcedo.

—Que entre en el despacho y aguarde.

Se fué la criada.

Alejandro se puso de pié.

—Antes el negocio,—dijo.

—¿Qué me importa?

—Es dinero...

—Díle que no, y así concluirás antes. Una vez decidida á que conozcas mi secreto...

—Hemos dejado pasar cinco años y no debemos ahora sacrificarlo todo por diez minutos,—replicó Alejandro.

Y salió del gabinete.

Luisa abrió el armario, sacó una caja, de esta unos papeles y volvió á su asiento.

CAPITULO VIII.

Una historia como muchas.

Diez minutos despues volvió Alejandro.

—Negocio hecho,—dijo.—Mil reales para el famoso capitan Schunoop, á pagar con ciento treinta y tres mensuales: escritura y retencion... Como todos, por los últimos ciento treinta y tres reales que deba, pagará intereses de los mil que toma, como si nada hubiese rebajado el capital, y entre tanto, las cantidades que entregue cada mes, se dan á otro con los mismos réditos y condiciones; y haciendo lo mismo tambien con los pagos del segundo para préstamo de un tercero, y de este para otro y del otro para otros más, resulta que con un solo capital se tienen créditos por diez capitales iguales, y todos positivos, todos con el mismo interés y... No me embrollo fácilmente en cuestiones de números, es lo único para que sirvo; pero nunca he podido calcular lo que con esta combinacion produce el dinero, porque me he encontrado con el infinito, con una cadena donde nunca se presenta el último eslabon. ¡Oh! ¿Quién seria el inventor de esto?

Luisa, en extremo preocupada, parecia no haber oido lo que su amante decia.

Este se dejó caer en el sillon y empezó á entretenerse en arreglar el fuego de la chimenea.

—Toma,—dijo Luisa despues de algunos momentos y entregando á su amante los papeles.—Aquí tienes la historia que deseas conocer: está escrita segun iban teniendo lugar los sucesos. Ahí podrás ver mi corazon, mi alma, y si de ambas cosas no careces, te estremecerás en unas ocasiones y aun podrás en otras sentir húmedos tus ojos.

—Gracias, Luisa,—respondió Alejandro con su frialdad,—leeré y meditaré; pero no te prometo llorar, porque los hombres no lloran, ó al menos yo no he derramado una lágrima desde que mi madre, siendo yo niño, me zurraba por mis diabluras, lo cual solia hacer muy á menudo, porque tenia el genio tan fuerte como yo perversas las intenciones.

Las inoportunas y necias observaciones de Alejandro no recibieron otra respuesta que una mirada de compasion y desprecio de Luisa.

Encendió él un cigarro, acomodóse en el sillon lo mejor que pudo, y se dispuso á leer.

Ella salió del gabinete.

En toda la casa reinó un silencio profundo.

El ruido de los carruajes, que ya empezaban á pasar por la calle en crecido número, se apagaba en las dobles colgaduras y gruesas alfombras, y no llegaba al interior del gabinete sino como un rumor sordo, que no impedia entregarse á la más profunda meditacion.

La luz que entraba por el balcon, al pasar por entre las cortinas, llegaba á la chimenea como una claridad dulce, que permitia ver perfectamente sin lastimar la vista.

No podia Alejandro pedir mejores condiciones para leer una historia de la importancia que parecia deber tener la de los amores de Luisa.

Vuelto de espaldas al balcon, con una pierna sobre otra, recostado indolentemente y haciendo arder la aromática *breva* que habia encendido, nuestro hombre contó las hojas del manuscrito y murmuró:

—Puedo acabar para la hora en que Rosina alumbra con sus ojos la Fuente Castellana.

Luego empezó á leer.

Hé aquí, lector, la copia del manuscrito, copia fiel, pues no hemos querido alterar nada.

Hubiéramos podido corregirlo para hacerlo más literario, para que desapareciese la incongruencia que en él se advierte y los contrastes casi inverosímiles é hijos del carácter raro y encontrados sentimientos de aquella mujer; pero le habriamos quitado el sello de verdad que lleva y habriamos faltado á la promesa de dar á conocer en este libro algunas verdaderas historias, de cuyo secreto nos ha hecho dueños la casualidad ó el penoso trabajo de constantes averiguaciones.

Debemos, sin embargo, hacer una advertencia importante.

La historia de Luisa, como la de algunos otros personajes de esta obra, es la historia de dos mujeres, y hemos hecho de ambas una sola para evitar que nadie reconozca á la verdadera protagonista, si llega á encontrarla en su camino, lo cual es fácil que suceda, puesto que existe.

Esto en nada altera la verdad de los sucesos ni desvirtúa ó desfigura en la esfera moral á la persona, pues siendo ambas lo mismo, dos almas verdaderamente gemelas, con iguales condiciones de carácter, de instintos, de sentimientos y hasta de posicion social, habrian obrado lo mismo si la casualidad hubiese hecho que se trocasen las situaciones.

No queremos atacar personalidades ni que á nadie se le conozca y señale para acusarlo ó aborrecerlo; queremos solamente atacar vicios para que se corrijan, señalar virtudes para que se imiten.

Hé ahí por qué al principiar este libro hicimos las convenientes advertencias para que nadie se creyese aludido; pero si á pesar de nuestra prudencia, disimulo y buena fé en presentar los sucesos y las personas, alguien quisiera aplicarse lo que tal vez esté muy lejos de su personalidad, le repetiremos, como ya dijimos con referencia á una de las más bellas fábulas de Iriarte:

«Quien haga aplicaciones,
con su pan se lo coma.»

I.

27 de Abril de 184...

Hoy cumplo diez y seis años.

Empiezo á vivir, porque empiezo á sentir.

La vida no es más que el sentimiento, bien sea que se sufra ó que se goce.

No recuerdo á quién he oido decir esto ó dónde lo he oido; pero sí sé que nunca le he dado importancia, y ahora comprendo todo su valor.

¡Cuántas criaturas, habiendo existido muchos años, no habrán vivido más que algunos minutos, tal vez los de su agonía!

¡Cuántos habrán dejado de vivir en los mejores dias de su juventud, existiendo muchos años despues sin haber vuelto á sentir, sin haber vivido más!

No sé por qué, al empezar á vivir, presiento sucesos que conmoverán mi alma, como en las borrascas se agitan las olas del mar.

No veo nada claro en mi porvenir, no adivino ni una pequeña parte de lo que debe sucederme; y sin embargo, presiento, temo.

¿Por qué este presentimiento y este temor?

¿Dónde está su causa?

Si yo hubiera logrado conocerme, podria explicármelo.

¿Soy buena ó mala?

Lo ignoro.

¿Cómo, pues, adivinar lo que ha de sucederme?

La suerte de las criaturas debe ser la consecuencia natural de sus instintos y de sus pasiones, y por consiguiente de sus obras.

La felicidad ó la desgracia debe estar, pues, en el alma de cada criatura.

No creo que en la vida haya esa fortuna tan nombrada, con todos sus caprichos, con todas sus inconsecuencias y hasta sus absurdos.

No, no puede haber en este mundo más que causas y efectos.

Nuestros males son nuestra torpeza; pero esta no la queremos con-

fesar ni aun reconocer, y acusamos á eso que se llama desgracia, mala ventura.

Seré, pues, lo que yo haga; sufriré lo que me haga sufrir; gozaré con lo que me prepare mi acierto.

Hé ahí por qué, si yo me conociese, podria explicarme mi presentimiento, adivinar algo de mi porvenir.

En muchas ocasiones he creido sentir los impulsos de todos los malos instintos.

Otras veces he creido que mi alma encerraba los gérmenes de todos los sentimientos nobles y delicados.

¿Me habré engañado lo mismo en lo uno que en lo otro?

¿No seré completamente mala ni enteramente buena?

Me atormenta esta idea.

Esto seria no ser nada.

Quiero ser algo, aunque sea perversa.

Mi familia y el mundo me han juzgado ya.

Creen que soy un espíritu tranquilo, incapaz de sentir grandes pasiones.

No me conceden valor para cometer un crímen.

Me lo niegan tambien para ser virtuosa hasta el heroismo.

Se equivocan, ó al menos yo quiero que se equivoquen.

Debo ser capaz de todo; de lo bueno lo mismo que de lo malo, de lo grande como de lo pequeño.

Seré, pues, ó muy buena ó muy mala.

Comprendo que los buenos y los malos instintos luchan ahora en mi alma.

¿De qué parte se alcanzará la victoria?

¡Ah! esto es horrible.

Oscuridad, no más que oscuridad.

Quiero luz en el horizonte de mi vida, y no hay más que tinieblas.

¿Soy egoista?

Creo que sí.

¡Oh!... temo que venzan las malas pasiones, temo ser mala.

¡Y no tengo una madre, no la he conocido!...

Si al nacer no hubiese perdido á mi madre, no habria tinieblas

en mi espíritu.

No me basta tener padre.

Un padre puede ser la luz de la razon; pero la luz del alma no puede venir más que de una madre.

Necesito estudiarme y conocerme.

Lo haré, porque empiezo á vivir, á presentir, y quiero adivinar y saber.

Por primera vez ha palpitado hoy mi corazon de una manera extraña.

El primero de esos latidos me sorprendió.

El segundo me hizo pensar, medi[illegible]

¡Al fin comprendí que en mi pecho se habia encendido la primera chispa del amor!

¿Puede ser mala una mujer que ama?

Pero en mi amor hay una mezcla de egoismo, de ambicion, de vanidad...

¡No me explico lo que siento!

Dan las doce de la noche.

Se me abrasa la frente.

Mis sienes laten con extraordinaria fuerza.

El dia ha sido apacible, con todas las primeras sonrisas de la primavera.

La noche está lo mismo: brillan las estrellas; los resplandores de la luna platean la alfombra azul de mi aposento.

Necesito más aire.

Quiero respirar el ambiente puro y fresco de la noche, que el céfiro suave que acaricia las blancas hojas de la azucena mitigue el ardor de mi frente.

Abriré la ventana, contemplaré el espacio y escucharé á los ruiseñores.

Sus trinos son los ecos del amor y la felicidad.

Por eso prefiere la noche con su soledad y su silencio, con sus aromas embriagadores, con su dulzura, con su tranquilidad, con su misterio.

¡Bendita sea la noche!

II.

28 de Abril de 184...

Son las diez de la mañana.

Acabo de vestirme.

Dejo el lecho despues de tres horas horribles, tres horas de un sueño agitado y penoso.

He vivido tres horas en el mundo del espíritu.

¿Qué he visto en mi sueño, qué he pensado, qué he sentido?

No lo sé, ó más bien, no puedo explicarlo.

Para esto necesitaria otro idioma, el que debe tener el espíritu separado de la materia, el alma en sus regiones, en su mundo.

He sufrido mucho, es lo único que acierto á decir; pero el grado y la clase de sufrimiento no puedo hacerlo comprender, porque para esto no se han inventado palabras.

La criatura sabe solamente decir: «sufro mucho ó poco».

¿Explica esto algo?

Nada.

¿Puede así darse idea del sufrimiento, hacerse comprender?

No.

Volvamos á la vida real.

Voy á saludar á mi padre con una sonrisa, que tal vez será una mentira; á recibir un beso, pensando en otro.

En seguida me ocuparé de mi persona.

Necesito aparecer bella, más de lo que soy, cándida, como estoy lejos de ser, como nunca he sido.

¿Qué me dirá el espejo?

¿Habrá dejado el insomnio huellas en mi semblante que amengüen su belleza?

¿Habrá apagado la fiebre el brillo de mis ojos?

Es preciso que el hombre en quien pienso me vea como ayer, que no adivine que he comprendido lo que antes no podia explicarme.

No quiero engañarlo; pero quiero cautivarlo.

Quiero que me ame.

Si mi amor es verdadero, tengo necesidad de que sea correspondido.

Si no es más que el egoismo, la vanidad ó la ambicion, necesito tambien que él me ame.

Si es solamente la primera revelacion de la materia en mi ser... ¡oh!... tambien, tambien necesito su amor.

Haré, pues, cuanto pueda para cautivar á ese hombre.

Por esto nada debo reprocharme.

Hacerse agradable no es engañar.

Además, ¿quién sabe si él está decidido á valerse de todos los recursos de su gran talento para engañarme?

Quizás intenta sacrificar mi corazon á su capricho...

¡Oh!... debo ser cauta.

Lo seré; pero no retrocederé, porque ya he dicho que su amor es para mí una necesidad.

III.

1.º de Mayo de 184...

Creo prudente y conveniente decir algo sobre mi vida pasada.

No escribo un libro para el público: estos apuntes son un desahogo de mi alma: no tengo un amigo de bastante confianza á quien decirle lo que siento, un amigo que tenga más talento que yo y que haya sabido aprovechar las lecciones de la experiencia, para que me aconseje; pero como es posible que estas páginas sirvan algun dia para mi defensa ante el mundo ó mis hijos, es conveniente explicar en ellas lo que no puede adivinarse, debo hacer algo más que desahogar mi corazon.

Ya he dicho que presiento sucesos muy graves en mi vida, grandes borrascas en mi alma; y como no encuentro más que tinieblas en el horizonte de mi porvenir, como no he podido descifrar una sola línea del libro de lo futuro, debo estar preparada á todo.

¡Dichosos los que saben adónde van sin más temor que el de la muerte que puede sorprenderlos en mitad del camino!

¡Dichosos los que pueden ver su alma, examinarla y conocerla, como se ve el rostro en un espejo!

Empero el espejo en que yo pudiera ver mi alma, ese espejo que son las inclinaciones y las obras, nada me dice, me confunde más, porque es un prisma de infinitas faces, que refleja la luz, presentando todos los colores, que cambia á cada momento la imágen que retrata, la hace aparecer y desaparecer, ó le dá formas extrañas.

Ya he dicho que creo ser egoista: es el único sentimiento que no he desmentido; solamente en ese terreno he dejado de ser inconsecuente.

Pero esta imágen del espejo de mi alma, esta fibra de mi corazon, es demasiado fea para que me avenga á reconocerla como mia.

Sin embargo, creo que el egoismo puede llegar á ser casi una virtud, á dar al menos muy parecidos resultados. Por egoismo de que no me hagan mal, no lo haré á otro...

¡Oh!... Me arrepiento.

En esta idea soy, como en todo, inconsecuente.

El egoismo es una mala pasion.

Es verdad que conduciéndolo con buena intencion, siquiera con prudencia, puede dar el resultado de que no nos hagamos mal los unos á los otros.

Pero ¿y el bien?

¿Qué será de la humanidad cuando no haya quien haga bien á los otros, cuando todos nos concretemos á no hacer mal?

¿Y podria tampoco refrenarse el egoismo hasta ese punto de prudencia?

No, porque es una pasion, y las pasiones hay que ahogarlas cuando nacen: despues es siempre tarde para combatirlas ó contenerlas; van hasta donde quieren, no hasta donde se les deja ir.

No quiero, pues, reconocer como mia la imágen de egoismo que en sus caprichosos cambiantes me presenta el espejo de mis acciones: podré ser egoista; pero no lo reconoceré, no me lo confesaré á mí misma y me esforzaré por ocultarlo al mundo...

Me olvidaba de mi propósito de decir algo sobre mi vida pasada, de hacer algunas observaciones sobre mi educacion y de dar á conocer á mi padre.

Ya he dicho que la mision de una madre no puede llenarla un padre, entendiéndose que me refiero á las madres como deben ser, no como son muchas, sobre todo en lo que se llama *gran mundo.*

Mi padre goza de una renta suficiente para vivir con desahogo y cierto lujo en la capital donde estamos establecidos y nací. Siempre le he oido decir que ninguna mujer ocuparia el lugar de la que fué suya, y ha sido consecuente, ha cumplido su propósito á pesar de ser jóven y de los consejos de muchos amigos oficiosos, que le presentaban un segundo casamiento como una cosa indispensable para los cuidados que exigia mi corta edad y mi educacion.

Pero mi padre respondia siempre:

—De todos modos, mi hija no tendria madre, porque no puede serlo ninguna mujer de la criatura que no ha llevado en sus entra-

ñas. Se encuentra una directora, una maestra, una amiga, una hermana; pero una madre, jamás.

A los seis años me encerraron en un colegio, donde he estado hasta los catorce.

Allí aprendí todo cuanto puede saber la mejor educada.

Dijeron que la naturaleza me habia dotado de un talento privilegiado: la vanidad de mis maestros se vió halagada con el satisfactorio resultado de sus lecciones, y tomaron con gran empeño hacer de mí una mujer notable.

Creo que me han hecho desgraciada.

A pesar de toda mi sabiduría no he podido hacerme cargo del gobierno de la casa, y si llego á casarme y tener hijos, dudo quererlos como otras madres, educarlos como conviene, porque no podré descender al terreno de una ternura que me parece pueril y trivial.

Soy mujer por naturaleza y hombre por educacion; de lo cual resulta que no podré ser jamás mujer en todas sus condiciones y situaciones, especialmente en la de madre, porque la educacion no ha permitido que se desarrollen en mi alma todos los gérmenes que encierra la de la mujer. Tampoco puedo ser hombre, porque la organizacion de mujer no ha respondido como debiera á los esfuerzos de la educacion.

En música y piano soy casi una profesora.

Conozco la geografía y la historia con bastante extension.

Tengo nociones de lógica, y algunas, aunque pocas, de física y matemáticas.

Poseo, además de mi idioma, el francés, inglés é italiano.

Pinto regularmente.

Y por último, soy aventajada en equitacion, esgrima y tiro de pistola y escopeta.

He leido mucho, cuantos libros han caido en mis manos, y en fin, á pesar de que mi padre tiene bastante talento, buen juicio y no comun instruccion, yo, con menos de sus años, y siendo mujer, sé más, ¡mucho más que mi padre!

Así se comprenderá que dude de poder criar y educar á mis hijos.

Con mi cabeza de hombre es imposible que yo descienda á todas las trivialidades con que se duerme á un niño, á que le enseñe á rezar y le hable de Dios como hablan todas las madres.

No quiere esto decir que haya perdido mis creencias religiosas; pero algunas veces me he permitido discutir conmigo misma sobre religion, y en mis creencias hay, no solamente fé, sino convencimiento.

Esto podrá dar más firmeza á mis principios; pero ha menguado el entusiasmo propio de las mujeres más sencillas que yo, y lo que es peor aun, me ha hecho despreocupada para algunas de las prácticas religiosas.

Antes de que esto sucediera, buscaba yo y encontraba en el templo lo que echaba de menos por no tener madre. Ahora no.

¡Cuántos consuelos he perdido con esto!

Aquella ternura que me hacia feliz, todo aquello que entonces me parecia sublime, lo rechaza ahora mi inteligencia cultivada, mi cabeza de hombre, que lucha con mi corazon de mujer.

¡Soy desgraciada!

Entre los hombres no quepo, soy poco, nada valgo.

Entre las mujeres soy mucho, ó me parecen ellas poco, y me desdeño de estar, no puedo estar.

Hace, pues, dos años que dejé el colegio, y aunque en los ocho que he pasado allí me visitó mi padre casi diariamente y siempre me dió pruebas de su ternura, no puedo acostumbrarme á mirarlo y tratarlo como padre, sino como el inferior al superior, pues me parece solamente un jefe dado por la naturaleza. Lo quiero, sí, lo quiero mucho; pero no sé qué le falta á mi cariño, creo que no lo quiero como quieren otras hijas.

Estoy dispuesta á sacrificar por mi padre mi vida; pero no creo que le sacrificaria mi amor propio, tal vez no cederia en una cuestion de pura vanidad.

¿Es esto cariño filial?

No quiero contestarme, ó más bien, tengo miedo de contestarme.

Mi padre es severo hasta la exageracion: nadie podria decir con más razon que él que se cortaria su mano si la manchase. Su carác-

ter es violento, y fácilmente se le puede conducir á un arrebato terrible. Por fortuna son estos de corta duracion.

Yo quisiera respetarlo más y temerle menos; pero no he podido conseguir, por más esfuerzos que he hecho, dominar el temor que me infunde y que es un verdadero terror.

Tiene cuarenta y cuatro años, y á pesar de que ha sufrido mucho por la pérdida de mi madre, á quien adoraba, conserva todo su vigor, lo mismo físico que moral.

Hace un año lo veo más triste y pensativo que de costumbre: suele encerrarse en su aposento y pasar allí algunas horas.

Primero creí que algun quebranto de fortuna habria producido semejante cambio; pero esto no podia ser, porque es demasiado prudente, no conoce la vanidad, y habria compensado la desgracia haciendo economías en nuestros gastos, en vez de mostrar indiferencia, como sucedia, si se aumentaban.

Otra razon tuve para convencerme de que su tristeza no era producida por pérdida de intereses.

Lo sorprendí llorando.

No puedo explicar lo que sentí.

Mi primer impulso fué caer en sus brazos y llorar con él.

Pero temí que le enojase mi indiscrecion, y me retiré sin que se apercibiese de mí.

¿Qué puede haber que arranque lágrimas de los ojos de un hombre como mi padre?

¿Seré yo la causa de su dolor?

¿Habrá leido en mi alma lo que yo no he podido leer?

No, no.

Necesito desechar esta idea.

Si mi cariño no es tan tierno que satisfaga el anhelo del suyo, si no es mi corazon como él hubiera querido que fuese, lo ignora.

Lo que no he sentido lo he fingido, y sé fingir bastante bien para que nada de lo que oculto lo descubra nadie.

Y sin embargo, dicen que la mirada de los padres penetra hasta el alma de los hijos.

¿Será verdad?

No quiero averiguarlo.

¿Para qué proporcionarme un dolor más? ¿Acaso no sufro bastante?

No hay que buscar los dolores; aun huyendo de ellos llegan demasiado pronto.

¿Es esto egoismo?

¡Oh!...

Basta, basta.

He hablado bastante de mi pasado, he dicho lo que pensaba de mi educacion y he dado á conocer á mi padre.

Tal vez con lo que he dicho me he dado tambien á conocer sin saber que lo hacia.

Quiero hablar de mi amor, de este amor de seis dias, ó que por lo menos antes no me lo he explicado...

Pero... son las dos.

Mi espíritu está muy agitado y debe haber alguna alteracion en mi rostro...

Efectivamente: el espejo confirma mi temor.

Estoy ligeramente pálida.

Tengo la frente contraida: esta es ahora frente de mujer que piensa mucho y sufre, no es frente de niña que ama por primera vez, duerme tranquila y sueña con su amor.

El brillo que ahora tienen mis pupilas no me conviene: esta mirada tampoco debe ser la mia.

Antes de media hora estará aquí mi padre.

Julio llegará poco despues...

Dejo de escribir y seguiré á la noche...

No, porque dormiré poco y el insomnio marchita la frescura del semblante y acaba con la belleza.

Escribiré mañana.

¡Oh! no os quejareis, páginas queridas, no os quejareis de que no os digo lo que siento, de que no queda entre vosotras todo mi corazon, toda mi alma.

Llegareis á ser mi único amante, páginas mias.

IV.

3 de Mayo de 184...

Os he abandonado, mis queridas páginas; pero todo lo sabreis.

Mi amor, ó lo que yo creo tal, se aumenta.

¿Cómo se entró esta pasion en mi pecho sin que yo la sintiera llamar á la puerta de mis emociones?

Porque voy convenciéndome de que yo amaba antes de darme cuenta de ello.

Julio tiene veinticinco años.

Es un hombre seductor en todos conceptos, es un gran corazon, un alma creada para sentir todas las grandes pasiones.

Por espacio de algunos meses lo he visto diariamente en un mismo sitio y á la misma hora.

Siempre llevaba el mismo traje, su gesto era igual, su mirada la misma.

Siempre fijaba en mí su atencion de igual manera, no como se fija en una persona indiferente, pero tampoco como se fija en la mujer á quien se ama y cuyo corazon desea conquistarse.

Además lo he visto durante ese tiempo cada ocho dias por la noche en la reunion de confianza que hay en casa de una familia distinguida, antiguo conocimiento de mi padre.

Allí me saludaba Julio siempre de la misma manera, con las mismas palabras, y hasta la única galantería que se escapaba de sus labios, por cierto delicadísima y en extremo disimulada, era siempre la misma.

En el transcurso de la noche, me miraba más que me hablaba.

En cualquier otro hombre, semejante conducta le hubiera hecho aparecer ridículo; pero en él no, porque es uno de esos hombres cuya presencia y maneras no se prestan á la burla: podrá odiársele, inspirar toda clase de sentimientos; pero jamás provocará una sonrisa burlona.

Hay hombres que tienen este privilegio hasta el punto de que si alguna vez, lo cual es raro que suceda, se intenta herirles con el epí-

grama, presentarlos con la caricatura, este y aquel dejan de tener gracia, no producen efecto, nada consigue el ingenio más agudo.

A cualquiera puede Julio inspirar el deseo de darle una estocada; pero no se le ocurrirá á nadie lanzarle un epígrama, atacarle con las armas del ridículo.

Primero califiqué á Julio de raro y extravagante; pero aun en su misma extravagancia encontré mérito.

A los pocos dias fijé en él mi atencion más que en otro hombre. Creo que esto queria para triunfar en mi corazon, ahora lo comprendo, porque galanteándome, haciendo demostraciones del amor más vivo, no habria conseguido tanto en tan poco tiempo.

Un mes despues preferia yo, sin darme cuenta de ello, el sitio donde debia encontrarlo.

Al cabo pensé en él, pero tranquilamente.

Luego su recuerdo me producia una dulce satisfaccion.

Si hubiese faltado á una de aquellas mudas y breves entrevistas, me habria faltado algo aquel dia.

Fuí completamente feliz todo aquel tiempo.

Al fin cambió de conducta una noche.

No la olvidaré, no.

Cuando entró en casa de mis amigas, me saludó como siempre; pero suprimió la galantería de costumbre.

Luego habló con otras mujeres jóvenes y hermosas, más que otras noches.

Varias veces dió un paso para acercarse á mí; pero como si se distrajera con la primera persona que encontraba y olvidase su intento, entablaba con otra una nueva conversacion.

Me sentí mortificada, muy mortificada.

¿Eran celos lo que yo sentia?

Tal vez: pero siempre he creido que era este egoismo profundo que me domina y que no quiero reconocer.

No sé si en aquellos instantes dejé ver en mi rostro mi sufrimiento: es posible, porque mi trastorno no me permitia fingir.

Es lo cierto que él me miró fijamente, sonrió con mucha dulzura, se acercó á mí y me dijo con su tranquilo acento:

—¿Ama usted las flores, Luisa?

—Sí, mucho,—le respondí:—tanto las amo que es mi único amor despues del que profeso á mi padre.

Esta respuesta era hija de mi despecho.

Julio debió comprenderlo así, porque volvió á sonreirse dulcemente y me miró de una manera que no puedo explicar.

¡Oh! aquella sonrisa era casi una burla de mi despecho.

Su mirada era de compasion por mi vanidad, que me habia hecho creer que yo valia bastante para herirlo y vengarme de su indiferencia.

No se alteró en lo más leve ni cambió de conversacion.

—Puesto que ama usted las flores,—volvió á decir,—las contemplará usted con frecuencia, pasará muchas horas en el jardin y habrá tenido ocasion de ver que las mariposas vagan más alrededor de la flor en cuyas hojas desean posarse con mayor placer.

No puedo decir lo que contesté.

Me sentí turbada hasta el último extremo, y á los pocos segundos se separó él de mi lado para no acercarse más en el resto de la noche.

Mis celos ó mi egoismo dejaron de atormentarme.

Al dia siguiente me reí de mí misma...

¡Al fin soy mujer!

Julio continuó siendo el mismo que siempre.

Yo acabé por encontrarlo un hombre muy superior á todos.

Cuando una mujer encuentra á un hombre y este le parece más grande que los demás, una excepcion, lo ama.

Hace seis dias que Julio me habló de su amor como habla de todo, pues hasta en las más frívolas conversaciones está fuera de lo vulgar.

Yo lo amo tambien, ó por lo menos creo amarlo, ya lo he dicho,

Julio es la única persona, despues de mi padre, ante quien me he sentido subyugada, ante quien me reconozco débil, por más que pese á mi orgullo.

¡Ah! si yo hubiera recibido otra educacion, seria dichosa con él.

Pero no sucederá así, porque no es bastante mi corazon de mujer; estorbará mi dicha mi cabeza de hombre.

Lo que haga mi sensibilidad, mi ternura de mujer, lo destruirá mi juicio, mi sabiduría de hombre.

Julio tampoco será feliz conmigo.

Convencida de esto, me pregunto cada instante: «¿Cuál es el término de nuestro camino?»

Yo estoy convencida de que á pesar de todo nuestro amor, no podemos ser dichosos.

Julio lo ignora, porque lo engaño; pero lo comprenderá algun dia, porque le sobra talento y penetracion.

Y cuando ambos estemos convencidos de que nuestra union no seria nuestra felicidad, ¿qué haremos?

¿Nos separaremos?

No puede ser; nos lo impedirá nuestra pasion.

¿Nos uniremos arrastrados por la fuerza de nuestro amor y á pesar de nuestro triste convencimiento?

Imposible tambien: nos lo estorbará la razon y el juicio.

¡Oh!... ¡Siempre tinieblas!

¡Por todas partes el caos!

Todos los problemas de la vida tienen solucion: este debe tenerla tambien.

Pero no la encuentro.

Toda mi inteligencia no basta.

Me atormento en vano.

Sufro horriblemente, y hay momentos en que me entrego á la desesperacion.

¡Soy impotente!

¡Ah! tal vez no hay tormento mayor que el de la impotencia.

Adios, páginas, os abandono.

Buscaba un desahogo y encuentro un dolor más.

Adelanto hácia el horrible convencimiento de que Julio no puede ser mio.

Y sin embargo, me convenzo cada vez más de que mi vida es un imposible sin Julio.

¡Dios mio!

Quisiera rezar para consolarme, para tranquilizarme.

Pero ya no rezo más que con los lábios; no rezo con el alma como otras veces.

¡Si al menos pudiera llorar!

No, no.

Ya hace tiempo que el llanto se niega tenazmente á brotar de mis ojos.

Me desespero, y si alguna vez se humedecen mis mejillas con una lágrima, es de coraje, de ira.

Satanás debe haber abierto á mis piés un abismo...

¿Me precipitaré yo misma en él?

¿Es Julio el génio del mal, el mal mismo con todas sus seducciones?

¡Quién sabe!

Su pecho puede ser un infierno...

Y sin embargo de esta sospecha, no puedo vencer la necesidad imperiosa de condenarme yo misma.

Ello es que mi conciencia me acusa; pero no me dice de qué.

¡Me atormenta, y nada más!...

¡Como si no fuera tormento sobrado mi situacion, como si mis dudas no fueran ya bastante sufrimiento!

Basta, basta.

No queria escribir más, y escribo.

La mariposa busca con más afan la luz más viva y que debe abrasarla con más prontitud.

Yo sufro, no quisiera sufrir; pero estoy apegada á mis dolores.

Parece que todo lo que me atormenta tiene para mí el atractivo de la luz para la mariposa.

¿Cómo podria explicarme siquiera esto?

Tampoco.

Decididamente dejo la pluma.

Como pueda vencerme, no volveré á escribir.

Adios, quizás para siempre, páginas queridas.

V.

30 de Mayo.

Cuanto me ha sido posible me he resistido á seguir estas memorias; pero ya no puedo más.

Sé que voy á sufrir; pero he aprendido tanto en la lectura de las anteriores páginas, que estoy decidida á arrostrar el sufrimiento en cambio de lo que algun dia pueda enseñarme mi propio escrito.

¿Por qué no comprendia yo el valor de mis palabras al escribirlas?

En estas memorias he encontrado, pues, el verdadero espejo, que ha de decirme muchas verdades, que ha de llevar á mi alma muy tristes convicciones y muy amargos desengaños.

Pero ello es preciso: ya he dicho que mis sufrimientos tienen una irresistible atraccion, que los temo y los busco con el mismo afan que la mariposa busca la luz.

Siguen mis presentimientos; pero aun no he podido leer en mi porvenir.

Solamente voy adquiriendo, entre otras, la conviccion triste de mi egoismo, mi ambicion, mi vanidad.

Sin embargo, no acepto la responsabilidad por entero.

Nací para ser buena; soy mala y probablemente seré peor.

Soy un pedazo de oro de que hicieron un puñal.

¿Es mia la culpa?

En parte no más.

Pero ¡ay! esta parte, por pequeña que sea, ¿cómo será considerada por el mundo y por la justicia divina?

Por lo menos el mundo no me perdonará.

Empiezan á confirmarse mis sospechas: mi padre me conoce á pesar de todo mi fingimiento, de todo mi disimulo.

Voy creyendo que la mirada de los padres tiene la facultad de penetrar hasta el alma.

Ayer me dijo mi padre:

—Luisa, no tienes del mundo más conocimiento que el de falsas teorías.

—¿Y qué extraño es,—le respondí,—si he pasado la vida encerrada?

—No, hija mia, no es extraño que no conozcas el mundo, ni te lo eches en cara como una falta de que seas responsable. Estando á cubierto de las necesidades de la vida, y siguiendo el camino de la virtud, ninguna falta te hace ese conocimiento; al contrario, tu ignorancia te hará feliz.

—Entonces no comprendo...

—Luisa, tienes la pretension de conocer la sociedad, crees conocerla profundamente.

Estas palabras encendieron mis mejillas, y no acerté á contestar.

—Y sin embargo,—añadió mi padre,—desconoces la vida práctica, tan distinta de la teórica. Semejante creencia es muy peligrosa: confiada en ese falso conocimiento del mundo, recorrerás el camino de la vida descuidadamente, y al poner el pié donde tú crees que hay dura roca, encontrarás el abismo.

Tampoco respondí.

Mi padre me contempló algunos instantes, y luego prosiguió diciendo:

—Otra cosa debo advertirte. Tu mismo error te envanece, te hace creer que vales mucho, y por consiguiente que representas un gran papel en el mundo, que el mundo se ocupa de tí. ¿Sabes lo que representas en comparacion con la sociedad? Lo que una gota de agua en comparacion del Océano. No eres, Luisa, más que una gota en ese mar: las olas pasarán por encima de tí sin apercibirse de tu existencia: sin tí no serian esas olas menos impetuosas ni grandes; sin tí no menguaria sensiblemente ese inmenso mar; tú no has sido bastante para que, ocupando más lugar, adelante en la playa el espacio que ocupa un solo grano de arena. ¡Pobre criatura! Has llegado á creer que podrias luchar con el mundo: inténtalo y el mundo soltará una carcajada y te humillará con su burla y su desden: has creido que el mundo podia y debia tomar en consideracion lo que sólo á tí te atañe; y cuando llegue el dia te desengañará la indiferencia del mundo. Te doy esta leccion para evitar que te la dé la sociedad.

de mí es amorosa; de la sociedad seria dura, horriblemente dura, como todas las que dá.

Sólo algunas palabras de consuelo y ternura añadió mi padre, y me dejó sin que yo le respondiera.

¿Qué habia de decirle?

No tuve valor para negarle la verdad, ni negándola lo hubiera convencido.

Me conoce y su profundo convencimiento, hijo de un estudio constante desde que nací, no pueden desvanecerlo algunas palabras mias.

Ahora comprendo las lágrimas que sorprendí un dia en sus ojos.

Empiezo, pues, á conocerme.

No se equivoca mi padre.

Tengo un amor propio desmedido, he creido que yo representaba algo en el mundo, que el mundo se ocuparia de mí, y lo confieso, he tenido la pretension de valer bastante para desafiar á la sociedad y luchar con ella.

Mi padre tiene razon: si la sociedad castiga mi osadía, haciéndome ver mi pequeñez, si se burla de mí, si responde á mi reto con una carcajada, me habrá dado una leccion horriblemente dura.

¿Pero es cierto que de la vida no tengo más conocimiento que teorías falsas?

Dudo sobre este punto, y tampoco buscaré la verdad, porque de nada me serviria no sintiéndome, como no me siento, dispuesta á corregirme.

Ya es tarde: soy lo que he de ser.

No puedo ya hacer feliz á mi padre.

En cuanto á la felicidad de Julio, empiezo á comprender que me importa menos que la mia, menos que mi vanidad, menos que mis caprichos.

Procuraré que Julio no llegue á conocerme como mi padre.

Nuestro amor es ya conocido de toda la poblacion, y por consiguiente es para mí una cuestion de amor propio.

Haré todos los sacrificios imaginables para retener á Julio, y si no son falsas mis teorías sobre la vida y los hombres, conseguiré mi intento.

Lo que empieza á darme cuidado, y esto es lo más importante que hoy tengo que decir, es que Julio ejerce sobre mí demasiada influencia, que no me basta todo mi talento para ser superior á él, y que no vale mi firmeza para resistirlo.

¿Llegaré á ser la esclava?

Triste seria para mí que aspiro á ser la señora.

Mis conatos de tiranía se estrellan contra la frialdad, contra una resistencia pasiva que me desespera.

Cuando intento herir su amor propio me responde con la indiferencia.

Estos ensayos de dominio me han hecho perder terreno: si los repitiera acabaria por encontrarme esclava sin saber cómo.

Hasta ayer no me he apercibido de que Julio ha ido gradualmento siendo más exigente.

¡Oh! la idea de que puede dominarme me espanta.

¿Qué haré si llega á convertirse en verdadero señor y no transige?

No me faltarán fuerzas para rebelarme; pero si me amenaza con un rompimiento...

Cederé, mi amor propio me obligará á humillarme.

Todo antes que un rompimiento.

VI.

15 de Junio...

He vuelto á abandonaros, páginas mias, porque tengo miedo de decir lo que me sucede y lo que siento.

Julio adelanta rápidamente en el camino de su tiranía.

Me impone su voluntad y voy perdiendo el dominio de la mia.

Mi resistencia la combate sonriendo y alejándose de mí con indiferencia.

Esto es horrible.

¿Dónde está mi inteligencia, dónde esa fuerza para luchar que tanto me envanecia?

¿Tendré que reconocer que nada soy, que nada valgo?

No, eso jamás.

Tengo conciencia de mis fuerzas y mi valor.

Hay pruebas que no pueden engañarme.

Ninguna mujer hubiera luchado como yo.

Si al fin llego á ser esclavizada, no será por haberme sometido débilmente.

Deben darme más cuidado otros peligros.

Temo que Julio me abandone, porque está en camino de conocerme.

Hay momentos en que no sé fingir y me presento á él tal como soy.

¿Habrá aprovechado esos instantes fatales?

Tiemblo.

Unicamente me tranquiliza la idea de que puede cegarle su amor.

Sí, porque me ama.

Podrá querer esclavizarme á su voluntad; pero está locamente enamorado: en esto no me equivoco, no.

Su corazon es noble y...

Me ocurre en este momento una idea... ¡Dios mio!...

¡Es una idea horrible!...

No soy buena, debo convencerme...

E. Zarza, dib.º y lit.º

Lit. J. Donon. Madrid.

„Julio....., Julio!.....

Necesito sujetar á Julio de manera que no pueda romper nuestros lazos.

Sí, pondré á su cuello una argolla...

Esta argolla puedo hacerla de su misma generosidad, de la nobleza de su alma...

Son las doce de la noche, y sin embargo, la atmósfera está candente, siento más calor que á las doce del dia...

¡Julio!...

No sé si lo amo; pero tengo necesidad de que me ame...

Dejaré la pluma, porque necesito desechar esta horrible idea.

¡Padre mio!... si penetraras ahora en el pensamiento de tu hija, si leyeras estos renglones...

¡Dios mio, valor para ser buena!...

No me acostaré; dormiré en este sillon, cerca de la ventana, que tengo abierta...

¡Julio, Julio!...

VII.

20 de Junio...

He estado dos dias en cama: el médico ha calificado mi dolencia de una fiebre de carácter nervioso, pero que no ofrecia ningun cuidado.

No sé hasta qué punto acierta la ciencia; lo que sí puedo asegurar es que he sufrido mucho: para mí la enfermedad no ha sido más que una série de ensueños horribles.

La dieta me ha debilitado: estoy muy pálida y ojerosa; pero Julio dice que me encuentra así más interesante.

¡Ah!... Decididamente adoro á Julio.

En pocos dias ha cambiado, es menos exigente, más dulce y hasta parece dispuesto á someterse á mi voluntad y mis caprichos.

Semejante cambio me enloquece de alegria.

He sido injusta al creer que habia formado un plan para esclavizarme...

Perdóname, Julio; he dudado de tus nobles sentimientos. No abusaré de las ventajas que me das; al contrario, te concederé voluntariamente todos los derechos de señor.

Nuestros amores son ya objeto de las conversaciones de todo el mundo. Cada cual forma su juicio: dicen muchos que Julio no será mi esposo.

¿Por qué?

Ha vuelto la espalda á muchas mujeres: en esto se fundan.

Pero eso para mí no significa más sino que ninguna de ellas es digna del amor de Julio, ninguna ha sabido colocarse á la altura de él.

Julio no es un hombre vulgar, ya lo he dicho, y es imposible que ame á una mujer como lo son casi todas.

Para Julio no basta una mujer virtuosa, es menester que sepa comprenderlo.

La belleza y la virtud son poco para hombres excepcionales.

Hoy he salido á caballo, y Julio se entusiasmaba al ver mi valor.

Dentro de pocos dias iremos á cazar: en el bosque acabará Julio de conocer mi temple de alma.

Acabará de enloquecerse.

El campo, con la franqueza, la libertad que inspira; la gracia del traje que me preparan; mi destreza, mi arrojo... todo contribuirá...

El otoño seré esposa de Julio, y entonces comprenderán las pobres mujeres despreciadas por él, cómo se enamora á semejante hombre.

Verán al fiero leon encadenado y sumiso á las plantas de la débil gacela.

¡Pobres mujeres!... No os quejeis: si en el mundo haceis tan triste papel, vuestra es la culpa.

Empiezo á recobrar mis fuerzas: voy siendo la misma.

Podré luchar: se ha despejado mi inteligencia, que parecia oscurecerse.

¡El triunfo será mio!

Segura estoy de que en estos momentos empieza á desaparecer mi palidez.

¡Pobres mujeres!... ¿Para qué habeis nacido?

Sufrid, puesto que así lo quereis; pagad la pena de vuestra debilidad, que es el mayor pecado que podeis cometer, sobre todo el más peligroso para vosotras.

Siempre os detienen los medios, y no es bastante el fin, con sus promesas halagüeñas, para infundiros valor.

El mayor enemigo de la mujer son los escrúpulos necios.

Preguntad á un general que ve en el campo enemigo los laureles de la victoria, si para cogerlos se detendrá por el número de víctimas que tenga que hacer, si los escrúpulos de verter mucha sangre podrán más en él que el deseo de gloria.

¡Y dice mi padre que no conozco el mundo!

¿Son estas falsas teorías de una vida que solo existe en mi imaginacion?

Conozco la sociedad y conozco la vida práctica, y esto me prueba que consigo de Julio lo que no ha conseguido ninguna mujer.

Mi padre no aprueba mi conducta; pero el dia que me case le diré:

—¿Quién se equivocaba?

Y me abrazará con orgullo, porque debe envanecerle tener semejante hija.

Mi padre conoce la sociedad de su juventud, tan distinta de la de hoy: le parece imposible que en tan pocos años haya cambiado tanto el mundo, y cree que mis principios son falsas teorías, aprendidas en libros malos.

Me espera, pues, un segundo triunfo con mi padre.

Me alegro, porque será feliz...

Yo tambien lo soy...

Esta noche dormiré tranquila.

VIII.

28 de Junio...

Estoy rendida.

No olvidaré el dia de hoy: lo he pasado en el bosque y he tenido la fortuna de haber sido yo quien ha dado muerte al único jabalí que hemos traido.

La mitad de la pluma blanca de mi sombrero ha quedado entre el ramaje de las encinas.

Mi yegua ha saltado admirablemente.

He quitado tres blancos con la pistola.

No me ha negado mi ingenio una preciosa quintilla en los postres.

Preciso es confesarlo, puesto que á vosotras, páginas queridas, no os miento.

La quintilla me ha costado tres noches de trabajo: el pensamiento no era mio...

¿Pero qué importa?

¿No ha sido el mismo el resultado?

Esto es lo que debe tenerse en cuenta en el mundo; el resultado de las cosas, porque es lo único que sirve.

Haced un brazalete hueco, encerrad en él un precioso trabajo de arte que cueste mucho tiempo y trabajo, pero que nadie ha de verlo.

¿No será un estúpido el artista?

Si el resultado ha de ser el mismo que habiendo empleado algunas horas, dejando vacío su interior, nada habrá hecho.

Mi quintilla me ha dado el mismo resultado que improvisada y original.

¡Qué dia, qué dia!

¡Qué hombre tan adorable es Julio!

¡Cómo siente, cómo lo arrebata la pasion!

No podria vivir sin él.

¡Cómo ha hecho palpitar mi corazon!

No sé lo que sentí cuando en uno de sus momentos de entusiasmo, fuera de sí, enteramente loco, cogió una de mis manos y puso en ella sus labios ardientes.

Mi sangre debió convertirse en fuego.

Voy siendo la señora y Julio el esclavo.

En pocos dias lo he visto humillado y arrastrarse á mis piés cien veces por obtener un favor que nada valia y que yo no hubiera negado á no darle él mismo tanta importancia.

¡Si todas las mujeres conocieran como yo á los hombres!

No hay uno que no sea oveja con piel de leon ó de lobo.

¿Por qué no hemos de ser nosotras lobos con piel de oveja, serpientes en nidos de palomas?

Este es el mundo, esta es la vida.

¡Y aun dice mi padre que no tengo más que falsas teorías sobre la sociedad!

Podré ser una gota de agua en el Océano; pero no se agitarán las olas sin llevarme en su parte más elevada!

No querrá el mundo cuidarse de mí; pero yo le obligaré á que lo haga.

¿Intentarán los hombres despreciarme?

Julio es el que más vale y mejor podria hacerlo, y no lo hará; es mi esclavo.

Esta noche he de verlo por una de las rejas del jardin: primera cita oculta que le concedo: no he podido negarla por más tiempo: al fin me han conmovido sus súplicas.

¡Me suplica con tanta humildad, con tanta ternura!...

Hace tres dias que está pálido: sufre, y esta noche sufrirá más...

¡Pobre Julio!

Yo tambien sufriré; pero lo ocultaré.

Al contrario, él lo demostrará con los mismos arrebatos de su pasion...

Pensé aprisionarlo con su misma nobleza, y él se ha tejido la red con su amor.

Ha hecho el trabajo del gusano de seda: se ha fabricado él mismo su encierro.

Cuando salga de su prision estará convertido en inofensiva palomilla.

¿A quién se deberá esta metamórfosis?

A mí, solo á mí...

Estoy orgullosa con mi triunfo...

¿Qué hora es?

Las doce menos cuarto.

Dentro de quince minutos veré brillar con el fuego de la pasion los ojos de Julio...

¿Qué suena?...

Ha tosido junto á la tapia...

Ya espera...

Estará absorto contemplando los rayos de luz que se escapan por la ventana...

¡Con cuán poco se entusiasma y contenta un hombre!...

Que hablen luego de la ligereza, de la futilidad de las mujeres...

Hasta otro dia, mis queridas páginas.

Voy al jardin.

IX.

10 de Julio...

¿Adónde vamos á parar?

Tiemblo... No, no tiemblo... ¿Por qué?... Acaso no tengo la seguridad de que Julio no es dueño de su voluntad ni de su corazon?

Cada vez se muestra más sumiso, sin que por esto haya perdido nada su natural dignidad.

He descubierto el secreto de encadenar á ese temible leon que se llama hombre: no hay más que atizar el fuego de sus pasiones, encender más sus deseos y alimentar sus esperanzas, sin dejar que se vean completamente satisfechas.

Este sistema es de resultados tan lisonjeros, que Julio ha llegado á estar, más que enamorado, loco.

Nuestra boda estaba fijada para el otoño; pero Julio ha perdido la paciencia y querido que nuestra union se realizase este mes. Así hubiera sucedido á no estorbarlo el entorpecimiento de algunos negocios graves, cuyos inconvenientes no ha habido medios de vencer, y que le obligarán á hacer un viaje de algunos dias.

Para conseguir esto, he tenido que hacer lo que muchas mujeres, todas las de pobre inteligencia, llamarian sacrificios.

¿Merecen el nombre de tales las concesiones hechas al más tierno amor, con satisfaccion grata á la vez del nuestro?

¿Qué hago mas que satisfacer mis propios deseos?

¡Con cuánto absurdo se llena la cabeza de la mujer!

Nada he hecho que pueda empañar á los ojos del mundo mi reputacion: mis pequeñas debilidades, bien pequeñas, leves, casi insignificantes, son un secreto, y sin embargo, sé que se murmura de mí.

¿Por qué?

Todo mi crímen consiste en hablar con más libertad que las demás mujeres, en decir con leal franqueza muchas cosas que siento, en una palabra, en no ser hipócrita.

Bien; murmuren cuanto quieran: que me juzguen hoy así: de otra

manera me juzgarán mañana: la opinion pública se rectifica con mucha facilidad y por sí sola; es un péndulo que puede oscilar á impulsos de una ráfaga de viento; pero pasada esta, aquel busca el centro de gravedad.

Antes de un año me harán justicia.

Me vuelven la espalda algunas mujeres, fingiendo que lo hacen porque así se lo ordenan los severos principios de la virtud; pero en realidad lo que sienten es envidia, y como no pueden luchar conmigo, porque soy superior á ellas, intentan desacreditarme para vencerme.

¿Pero de qué pueden acusarme?

De nada.

Preguntadles cuál es mi falta, que la concreten, y no sabrán responderos, ó todo lo más, dirán generalidades que nada significan y que en último caso serian aplicables á cualquiera mujer.

Han conseguido excitar un poco la opinion pública; pero eso no tiene valor: repito que esa opinion, como siempre sucede, se rectificará por sí sola.

Nuestras citas á media noche empiezan á hacerse cuotidianas.

Son un misterio para todo el mundo, menos para mi fiel doncella.

Hace tres ó cuatro dias que me encuentro algo aturdida; pero no porque vuelva á oscurecerse mi inteligencia, sino porque me turba la violencia de mi pasion.

Comprendo que Julio no sepa en algunos momentos lo que dice ni lo que hace: á mí suele sucederme lo mismo.

Tenemos que reconocer, pobres mortales, que no somos espíritu solamente.

Tenemos que ser lo que somos.

El alma de Eva hubiera estado eternamente en el Paraiso; pero su cuerpo tenia que sucumbir.

Llevamos en nosotros mismos á nuestro mayor enemigo.

El primer pecado del hombre, como nos lo dá á conocer nuestra religion, es la explicacion más bella y más filosófica de la condicion humana.

Soy, pues, criatura, soy como todas las mujeres, sin más diferencia sino que ellas niegan lo que yo confieso; y si marcho por opuesto camino que las demás, es porque á ello me obliga el mundo.

¿Qué he de hacer?

En el mundo no hay más que interés y egoismo.

¿Debo ser tan necia que luche en el terreno del desinterés?

Así es el mundo, la culpa no es mia: lucharé en el terreno en que me colocan las circunstancias.

Podrá el mundo vencerme; pero no se burlará de mí.

Quiero que mi enemigo me mate antes que me desprecie.

Se acerca la hora de nuestra cita.

Empiezo á sentir el trastorno que otras noches.

Empieza á exaltarse mi imaginacion.

Quisiera haber estudiado medicina, aunque no supiese otra cosa; todo lo que sé, todo lo que valgo, lo cambiaria esta noche por poseer la ciencia fisiológica, para explicarme lo que siento.

Hace esta noche un calor insoportable.

El horizonte está cubierto de nubes y la atmósfera cargada de electricidad.

Temo que nuestra entrevista sea interrumpida por una de esas tormentas de verano, breves, pero terribles...

Sí, desde aquí veo el cielo...

Ni una estrella.

Espesan y ennegrecen las nubes; parece que se amontonan.

Nunca he sentido tanto la influencia atmosférica.

Esta noche no cantan los ruiseñores, ni el blando céfiro acaricia y refresca mi frente, ni las flores exhalan sus aromas; y sin embargo, siento una languidez dulce como nunca; mis amorosos pensamientos tienen una seduccion embriagadora, y todas mis ideas parece que tengan, permítaseme la frase, un tinte de sensualidad que no sé hasta dónde podria llevarme.

El perfume de las flores, los trinos del ruiseñor, el arrullo del céfiro, el resplandor de la luna, la poesía, en fin, de otras noches, ha elevado mi espíritu y me ha hecho gozar; pero no como hoy.

Las nubes, las tinieblas, el silencio medroso de esta noche ejercen

en mi organizacion una influencia desconocida; pero en mi espíritu, si algo hacen, es oscurecerlo, ponerlo bajo el dominio de todo lo material.

Parece que la electricidad de la atmósfera enciende mi sangre.

Parece que las tinieblas han invadido mi alma, la han envuelto en sus negros pliegues.

Parece que las nubes... ¡ah!... parece que las nubes me amenazan con sus rayos y que ese silencio amedrentador no ha de romperse sino para acusarme...

¡Oh!...

¡Qué lucha, Dios mio, qué lucha tan horrible!

¡Qué enemigos tan encarnizados son el espíritu y la materia!

¿Qué me sucede?

No lo sé, no puedo explicármelo.

En un momento lo he olvidado todo.

Necesitaria leer lo que llevo escrito para saber lo que he pensado y lo que he sentido, para comprender, siquiera en una pequeña parte, cómo se viene al estado en que me encuentro.

Tal vez en estos momentos soy inconsecuente conmigo misma.

¿Y mi voluntad, dónde está mi voluntad?

¡No la encuentro!

Esta situacion me espanta, debo huir de ella; pero...

¡No puedo!

¡Dios mio!

¡Padre mio!... Ven, ven... ¿Por qué el instinto, por qué una inspiracion de Dios no te hace venir en estos momentos y no separarte de mi lado hasta que con la noche haya pasado el peligro?

¡Ah!... ¿Qué ruido es ese?

Sin duda los pasos de mi padre...

¡Gracias, Dios mio!...

¡Tengo conciencia y no lo sabia!...

¡Oh!... Pero ¿y Julio?... No puedo vivir sin él... ¡Qué horrible tormento!...

Se repite el ruido... Mi padre...

¿Qué haré?

Aun vacilo.

No tengo fuerzas para aceptar el socorro que la Providencia me envia...

No puedo acallar mi conciencia para precipitarme al abismo...

Me falta el valor lo mismo para lo bueno que para lo malo...

¡Dios mio, volvedme la razon ó acabad de enloquecerme!...

Los pasos... Estan cerca de la puerta...

¡Ah!...

X.

11 de Julio...

¡Dios mio, Dios mio!...

¿Qué ha sido de mí?

¡Estoy perdida!...

¿Cuánto tiempo hace que dejé la pluma?

Tres ó cuatro horas.

Apenas puedo decir lo que en ese tiempo ha sucedido.

Recuerdo que estalló la tormenta, que la siniestra luz de los relámpagos iluminaba este aposento y que silbaba furiosamente el huracan.

La puerta se abrió; creí ver entrar á mi padre, y era Julio.

Mi doncella me ha vendido.

Julio se arrojó á mis pies más amante, más apasionado que nunca; estaba loco como yo...

No sé más.

Yo no veia, ni oia, ni aun sé si sentia...

¡Dios mio!

¡Padre mio!

En estos momentos lloro.

¿Qué va á ser de mí?

Cuando Julio me ha dejado, no era su rostro el de siempre, parecia un rostro de mármol.

Se despidió cariñosamente; pero...

Algo habia desaparecido de su acento, de su mirada y... ¡tal vez de su corazon!...

¡Tengo miedo!

Los crepúsculos sonrien y en breve los rayos del sol alumbrarán un nuevo dia, ¡el dia de mi deshonra!

¿Qué haré si Julio me engaña?

¡Oh!... Me matará la desesperacion.

¿Habrá querido Dios castigar mi soberbia?

¿Me dará el mundo una de sus duras lecciones?

¿Cómo retaré á la sociedad sin que me responda con una carcajada de desprecio?

¿Cómo lucharé con el mundo que puede humillarme?

¡Ah!... No quiero creer en la falsedad de Julio.

Necesito desechar tan horrible idea, porque si no, me volveria loca.

Esperemos, sí, esperemos.

Ahora más que nunca necesito de todas mis fuerzas, de toda mi habilidad para fingir.

Creo que llevo en el rostro el sello de mi debilidad...

¿Y mi padre?...

¡Ah!... ¡Pobre padre mio!...

Debo reir delante de él, engañarlo.

No he dormido y estaré densamente pálida, ojerosa...

Pero tengo miedo de mirarme al espejo.

Intentaré dormir.

¿Será un nuevo tormento mi sueño?

Así como se han disipado las nubes que encapotaban el horizonte la noche pasada, se disipan las tinieblas que oscurecian el horizonte de mi porvenir...

No, no quiero mirar... me horrorizo...

¡Dios mio!...

XI.

2 de Agosto...

Julio no es el mismo, no es el mismo.

A pesar de sus protestas, de sus promesas, temo que me engañe.

Ayer partió para volver dentro de un mes.

—Luisa,—me dijo mi padre,—no esperes á Julio, ó por lo menos no lo esperes para que sea tu esposo.

—¿Por qué?—pregunté con todo el afan de mi desgracia.

—Conozco á los hombres más que tú, conozco el mundo y no me equivoco al creer que su viaje es un pretexto, el primer paso que da en el camino del rompimiento de vuestras relaciones. Olvídale, ó al menos déjalo antes que te deje, y si sufres, calla y llora con tu padre, que perdió tambien para siempre el objeto de su primera y última pasion; pero no hagas nada para recobrar lo perdido: aunque tengas que arrancarte el corazon, no abdiques tu dignidad ante el mundo, porque solo conseguirás verte despreciada.

¡Vuelve mi padre á decirme horribles verdades!

¡Que nada haga!... ¿Y mi honor?

Dentro de poco tiempo no podré ocultar al mundo mi falta.

¿Qué haré entonces?

Desprecio por desprecio, sacrificaré mi dignidad para cubrir mi honor: al menos así no podrán decirme las demás mujeres: «¿No éramos pequeñas con nuestra virtud, necias con lo que tú llamabas nuestras preocupaciones y nuestros pueriles escrúpulos? Pues dinos ahora si tú eres muy grande con tu despreocupacion y tu deshonra».

No, no: eso jamás. Antes que dar á conocer mi falta, soy capaz de todo, absolutamente de todo, hasta del crímen.

Ya que no puedo ser buena, seré mala, completamente mala: esto es preferible á no ser ni lo uno ni lo otro.

Me ha perdido mi egoismo, mi ambicion, mi vanidad, mi soberbia...

Pues bien, todas esas malas pasiones deben salvarme, son mi única salvacion.

Es preciso alimentarlas en vez de corregirlas, alimentarlas para que no pierdan su fuerza.

De todas maneras no puedo perder más de lo que he perdido.

Mi amor propio está horriblemente mortificado.

Creí que me habia levantado sobre las vulgaridades de las demás mujeres, y precisamente esta vanidad ha venido á colocarme en la más vulgar y mísera de todas las situaciones.

He sido el juguete de un hombre, que lisonjeó mi amor propio mientras interiormente se burlaba de mí: he satisfecho un capricho de ese hombre y me abandona con el mismo desden que se echan á un perro las sobras del plato que ha satisfecho nuestro apetito, me abandona con la misma indiferencia que el hombre embriagado despues de la orgía quema el rom que no ha podido beber ó arroja la botella de Champagne que ya le hastía y no puede proporcionarle más placer que romperse en mil pedazos, lanzando en todas direcciones su espumoso líquido.

¡Insensata de mí, que habia creido hacerme dueña de la voluntad de Julio!

¡Ah! creí que el hombre era un manso cordero con piel de leon, y es verdadero leon, rey de la humanidad; leon para el que no hay ligaduras, porque le sobra fuerza para romperlas todas, leon cuyas garras no se esconden sino ante la debilidad ó la ternura, ante la inocencia y la virtud.

Ni siquiera ha luchado Julio conmigo, mientras yo creia luchar y vencer para hacerlo esclavo.

Ahora no se cuida de imponerme su voluntad ni de ofrecerme la suya.

Lo mismo se encoge de hombros cuando mando que cuando suplico.

Parece que nada soy, que nada valgo, y como si Julio fuese el representante de todos los hombres, de la sociedad entera, con sus miradas, con su frio proceder, con sus más insignificantes gestos, me dice: «Eres una gota de agua en el océano del mundo: ¿habias creido otra cosa, pobre criatura? Pues ni siquiera has sido bastante para ofender á la sociedad, y no se cuidará esta de tí ni aun para castigarte.»

¡Oh!... Necesito vengarme, necesito vengarme.

Todo lo haré, ya lo he dicho, todo hasta conseguir que Julio cubra las apariencias; y cuando el leon, sujeto con lazos que solo la muerte puede romper, no tenga medios de abandonarme al desprecio del mundo, entonces... ¡oh!... entonces mi venganza será completa.

Yo probaré que si no sirvo para lo bueno, tengo valor para lo malo hasta donde no lo tiene ninguna mujer.

Esperemos, pues, esperemos.

Tal vez dejo hoy la pluma para muchos dias, para algunos meses.

No quiero escribir hasta que se despeje mi horizonte.

Cuando esto suceda vendré á consignar en estas páginas mi triunfo ó mi derrota.

Adios, pues, páginas mias, adios.

XII.

5 de Agosto de 184...

Hace más de un año que os abandoné, páginas queridas, confidentes de todos mis pensamientos, fieles depositarias de mis secretos todos.

¡Un año!...

Tengo que referir sucesos tristes, muy tristes, y algunos que podrian calificarse de horribles.

Seré breve, porque mi pasado es un camino erizado de las espinas de negros recuerdos, y quiero atravesarlo con ligereza para no herirme mucho.

¿Por dónde empezaré, por qué lado entraré en esa senda?

Elegiré el peor: hablaré de Julio, no porque lo ame, puesto que toda mi pasion se convirtió en odio, sino porque él ha sido la causa de todos mis sufrimientos, ó por lo menos el instrumento de que se ha servido la Providencia para castigarme, el arma con que el mundo me ha herido, el medio de que se ha valido la sociedad para darme una de sus horriblemente duras lecciones.

Julio estaba arruinado cuando me dejó, y esto lo supe un mes despues.

Dijo que hacia un viaje á la córte; pero se fué de España, sin que nadie pudiese averiguar adónde.

Pasarón cinco meses.

Ni una carta suya recibí.

Mi esperanza se perdió completamente y lloré de dolor y de ira, lloré como puede llorar la más vulgar de las mujeres.

¡Lágrimas en mis ojos!... Nunca lo hubiera creido.

Perdida la esperanza de que Julio salvase mi honra, pensé en los medios de ocultar al mundo mi falta.

Lo primero era dejar una poblacion donde todos me conocian; pero ¿cómo conseguir esto de mi padre, sin confesarle mi debilidad?

Una desgracia vino en mi ayuda.

Mi padre tenia casi toda su fortuna en valores contra el Estado; quiso mejorarla, hizo algunas combinaciones de venta y compra, de acuerdo y en union con un banquero de Madrid, y un inesperado y repentino cambio político nos arruinó.

Entonces vinimos á la córte.

Nadie aquí me conocia, y la escasez de nuestra fortuna me sirvió de excusa para no querer relacionarme con nadie.

Hice de la necesidad virtud y empecé una vida de ejemplar recogimiento.

Conservaba á mi antigua doncella, que era nuestro único criado. A pesar de que me habia vendido, no me atreví primero á despedirla por temor de que publicase mi deshonra: al contrario, la regalé y consideré más: despues la conservé á mi lado por una segunda conveniencia: yo tenia que valerme de alguien para que me ayudase á ocultar mi falta hasta con mi padre, y creí prudente no hacer partícipe del secreto á una nueva persona.

Mi padre pasaba casi todo el dia fuera de casa, porque se ocupaba sin cesar de reponer su fortuna, y yo pasaba el tiempo combinando con mi atrevida criada planes para la hora suprema y temible que tenia que llegar.

Todos los planes presentaban algun inconveniente invencible.

Pero una nueva desgracia vino á salvarme: como siempre, mi salvacion habia de cimentarse en la ruina de otro.

¡Triste fortuna la mia!

Mi padre murió...

¡Padre mio!... ¡Aun tengo corazon para llorar por tí!... ¡Soy mala; pero sufro mucho, padre mio!...

Quedé libre: mi tutor apenas se ocupaba de mí, sino para hacerme alguna visita, ni tenia necesidad de ocuparse más, porque yo seguí manejando la escasísima fortuna que me quedó, y cuya renta casi no me bastaba para vivir modestamente.

Todo lo habia perdido: mis ilusiones de amor, mi padre, mi fortuna y hasta mi honra: no me quedaba más que mi reputacion, y esa falsa, moneda sin valor que no podia servirme más que para decir al mundo que la tenia.

Pero aunque falsa, como era lo único que poseia, quise guardarla con avidez, y por nada del mundo la hubiera cambiado.

Por nada, no, por nada; y el deseo de conservar mi falsa reputacion, llegó á ser tan vehemente, que se sobrepuso á todo, hasta á los impulsos del cariño maternal que empezaba á sentir.

Mi orgullo y mi vanidad hablaban más alto que todo.

¿De qué no hubiera sido yo capaz por salvar mi honor?

No puedo negar que soy mala.

Por satisfacer mis pasiones no tuve inconveniente en sacrificar mi honor; pero este sacrificio no estaba dispuesta á hacerlo por salvar á mi hijo.

No me atormentan aun los remordimientos, y haré lo posible para que no me atormenten jamás.

¿Tengo conciencia?

Sí; pero ¿quién sabe si dormirá hasta el dia de mi muerte?

Es á lo único que tengo miedo, á la conciencia; pero mientras me deje en paz no la buscaré, no la llamaré.

Debo á mi doncella el no tener sobre mí uno de los más horribles crímenes, el infanticidio. Ella se negó abiertamente á proporcionarme medios de realizar mi diabólica idea, y hube de conformarme con el plan de que mi hijo, acabado de nacer, fuese llevado á la Inclusa.

¡Oh!... llegó el dia supremo.

Una niña fué el fruto de mi extravío.

Al verla y al besarla, porque la besé, vacilé en mi propósito de abandonarla...

He confesado ingénuamente que soy mala, y esto me da derecho á decir con orgullo lo que me favorece.

Al abrazar á mi hija, lloré.

Venció al fin mi orgullo, la idea de un honor mal entendido; pero no quise separarme de mi hija sin que se le pusiese una señal que me permitirá reconocerla, sin temor de equivocarme.

—¿Será buena esta?—me preguntó mi doncella, dejándome ver desnudo un costado.

Allí tenia, marcado con infinitos puntos que formaban unidos lí-

neas de un color morado fuerte, un corazon y un nombre, que si mal no recuerdo era *José*, el de un amante suyo, segun ingénuamente me confesó.

—Esto jamás se borra,—añadió.—Mi amante llevaba un Crucifijo en un brazo, hecho por él mismo en Santoña, en cuyo presidio estuvo.

La vista de aquella señal me produjo una repugnancia inexplicable.

Sin darme tiempo á salir de mi turbacion, llevóse á mi hija, y media hora despues me la devolvió con una cruz y una R. en la espalda.

¿Qué has hecho?—le dije.

—Me ha ocurrido que puede llamarse Rosa, como yo... En cualquier tiempo podrá reconocérsela.

He dicho que queria pasar ligeramente por el camino de mis negros recuerdos, porque me hacen daño, y no entraré en detalles sobre la separacion de mi hija.

Aquella noche fué llevada á la Inclusa la infeliz criatura.

Estaba salvado lo que yo creia mi honor... ¡Como si el honor fuese posible con el crímen!

Pero así suele entenderlo el mundo, ó por lo menos, el resultado que así se alcanza es mejor.

¿No está más honrado á los ojos del mundo el hombre que en duelo mata á otro? ¿No considera el mundo deshonrado al que perdona la ofensa y hace el noble sacrificio de ahogar sus deseos de venganza?

Estoy segura de que el mundo ha de respetarme más con la hipocresía de mi falso honor que con mi abnegacion de madre y el reconocimiento de mi falta.

¡Ah! si no me amenazase más que el mundo, me reiria del porvenir; pero ya lo he dicho, temo á mi conciencia, es lo único que me hace temblar, porque no sé si algun dia despertará para atormentarme. En el poco tiempo que hace que sacrifiqué á mi hija, mi conciencia ha intentado dos ó tres veces rebelarse; pero he conseguido acallarla.

Un mes habia pasado del grave suceso, cuando una mañana entró en mi gabinete mi doncella, pálida y agitada.

—¿Qué sucede?—le pregunté.

—Acaba de llegar,—me respondió,—pregunta por usted... ¿Qué hago?

—No te comprendo... ¿Quién quiere verme?

—El señorito Julio...

—¡Julio!—exclamé.

No pude articular una palabra más, ni sé lo que me sucedió: perdí el conocimiento, y cuando lo recobré, me encontré frente á Julio, que estaba de pié, con los brazos cruzados, inmóvil como una estátua.

Su rostro me aterró: tenia una expresion grave, terrible como nunca la ví.

Sus ojos, brillantes como dos carbunclos, dejaban caer sobre mí una mirada ardiente, penetrante, irresistible, que era á la vez una acusacion espantosa y una amenaza terrible.

Mi boca se abrió para hablar; pero no pude: aquella mirada parecia haber privado á mi espíritu de todas sus facultades, haber paralizado el uso de mis sentidos.

—Todo lo sé,—dijo al fin Julio con acento breve,—y por consiguiente son inútiles las explicaciones. Nunca te amé, jamás hubiera podido amarte. Cuando te conocí me propuse satisfacer un capricho, porque eres hermosa, y abatir tu necio orgullo, tus ridículas pretensiones. Sin embargo, despues comprendí que nada se hace impunemente en este mundo. Yo no te amaba; pero eras madre: nada merecias más que desprecio; pero tu hijo, que lo era mio, nuestro hijo inocente no debia responder de las faltas de su madre. Sin ser yo un miserable, no podia condenar á mi hijo á la orfandad, tal vez á la miseria, y sobre todo á la triste condicion de los infelices que no tienen nombre. Resolví hacer el sacrificio de unirme á una mujer como tú, que es la mayor desgracia que puede sucederle á un hombre; pero era preciso por mi hijo inocente. Mis desgraciados asuntos me tenian encadenado en América, y no he podido volver antes.

Detúvose Julio como para tomar aliento, porque estaba muy agitado, y yo aproveché aquellos instantes para exclamar:

—¡Julio!... ¡Escúchame!...

Pero me interrumpió con un gesto imperioso y prosiguió diciendo:

—Vengo anhelante, creyendo encontrarte regenerada por el amor maternal, encontrarte con tu hijo en brazos, enseñándolo al mundo y diciéndole: «Soy madre, ya que no fuí mujer: me considero honrada, cumpliendo mis deberes de madre, ya que no supe cumplir los que á la mujer impone la virtud...» No ha sucedido así: te dejé mujer extraviada y te encuentro madre criminal... Buscaré á mi hija: ya sé adónde la ha llevado tu orgullo; pero es posible que llegue tarde... ¡Oh!... Si no encuentro á mi hija... ¡Maldita seas!...

—Sí, sí la encontrarás,—le dije.

—No te maldeciré entonces; pero no serás mi esposa.

—¡Julio!—exclamé, tendiéndole los brazos.

—No, jamás... ¿Qué esposa seria la que no ha sabido ser madre?... Queda con tu crímen para siempre... tu conciencia te atormentará en este mundo, y Dios te castigará en el otro... ¡Maldita seas si no encuentro á mi hija!... ¡Maldita seas!

Julio desapareció.

Antes dejaron de oirse sus pasos que el eco de sus terribles palabras...

Basta de detalles, porque sufro mucho.

¡El camino de mis recuerdos está erizado de puñales!

Poco tengo que añadir.

Julio llegó tarde, segun pude averiguar. Mi hija habia sido sacada de la Inclusa por un matrimonio de la clase del pueblo. Para llevársela presentaron cuantos documentos aseguraban su conducta y posicion; pero fué imposible encontrarlos: ni en la vecindad, ni en los registros de policía, ni en ninguna parte se encontraron noticias de semejantes personas.

¿Para qué se llevaron á mi hija?

¡Cuántas veces me habrá maldecido Julio!

Páginas mias, no sé si os abandonaré para siempre.

Es una estupidez atormentarme con lo que ya sucedió y no tiene remedio...

Nueva vida: yo no puedo ser buena.

Yo haré que cambie hasta mi rostro.

Yo haré que el mundo me tenga por una santa.

Nadie ha de ver mi conciencia: podrá ser negra como el caos, horrible como Satanás; pero mi rostro será siempre blanco, bello, de expresion dulcísima, inocente, cándida... ¡será el rostro de un ángel!

XIII.

27 de Noviembre de 185...

¡Doce años!

¡Qué impresion me ha producido la lectura de estas páginas despues de tanto tiempo!

¡Cuántas falsas teorías, cuántos razonamientos descabellados, cuántas ideas peligrosas, cuánto absurdo, en fin, ha abortado mi cabeza!

¿Es posible que yo haya sido lo que en este escrito se ve?

¡No solamente es posible, sino que es verdad!

He sido mala, aun lo soy; pero la causa de mi maldad no han sido las malas pasiones, sino la perversion de mi juicio.

No lo he comprendido hasta hoy.

Soy otra.

Todo mi orgullo, todo mi amor propio, mi necia vanidad, se ha convertido en avaricia.

Soy avarienta hasta la exageracion, á pesar de que mi fortuna ha mejorado notablemente, pues poseo más de quince mil duros, gracias á la honradez de un consocio de mi padre, que me ha entregado el producto de un negocio que se creyó perdido.

Todas mis necias pretensiones de otro tiempo se han convertido en hipocresía, y he adquirido tal costumbre de ser hipócrita, que yo misma dudo algunas veces si es una verdad lo que aparento.

He conseguido lo que queria: cuantos me conocen me tienen por una mujer modelo de virtudes, casi poco menos que una santa.

Pero ¡ay! sufro mucho...

¡Al fin ha despertado mi conciencia!

Mi hija... ¿Qué ha sido de mi hija?

La busco y no la encuentro.

Daria cuanto poseo, arrojaria la máscara de mi hipocresía, arrostraria con placer las acusaciones y el desprecio del mundo por encontrar á mi hija.

¡Cuánto sufro!

El amor propio herido, las pasiones contrariadas, la vanidad humi-

llada, todo, todo lo imaginable es preferible á mi sufrimiento, al sufrimiento de la conciencia.

Ahora me aterra la maldicion de Julio, que era la maldicion de un padre á quien han robado á su hija, la maldicion de Dios, lanzada sobre una madre desnaturalizada y criminal.

¡Dios mio!... ¿Podrá perdonarme tu misericordia?

Hace diez años que nada sé de Julio.

¿Habrá muerto?

Mi doncella se fué tambien con su antiguo amante, y no he vuelto á tener noticias suyas.

He hecho cuanto puede imaginarse para encontrar á mi hija; pero nada he conseguido.

¿Habrá sido más afortunado su padre?

¡No tengo el consuelo de saberlo!

Necesito la ayuda de otra persona, de un hombre.

Es difícil encontrarlo como deseo, porque yo quiero tener á mi disposicion un hombre que no se ocupe de otra cosa que de buscar á mi hija, que consagre enteramente su vida á este fin.

Lo buscaré, lo buscaré.

Vuelvo á dejaros, páginas queridas: he dicho cuanto tenia que decir, ó por lo menos, nada es de importancia ante la declaracion de que mi conciencia ha despertado, que me acusa, me atormenta, y que mi único pensamiento, mi único afan es encontrar á mi hija.

No volveré á escribir hasta que tenga que referir algun suceso importante.

Adios, pues, páginas mias: no os cambiaria por un tesoro: vosotras me habeis hecho comprender cómo se pierde una mujer: tarde lo he comprendido; pero ¿quién sabe si me enseñareis cómo puedo salvarme en lo porvenir?

¡Lo porvenir!

En otro tiempo se me presentaba oscuro el horizonte de mi vida, ahora veo en él horribles sufrimientos y llanto.

XIV.

5 de Diciembre de 185...

Seis años más... ¿Qué será de mi hija?

Tendrá ya diez y ocho años, será una mujer bellísima: así lo creo, porque muchas veces sueño con ella, la veo, y me parece encantadora.

¿Me equivocaré? ¿Será mi deseo lo que me hace ver soñando lo que realmente no existe? ¿Será que mi instinto de madre adivina?

Tiene unos magníficos ojos negros, unos ojos como nunca los ví, capaces de enloquecer, unos ojos brillantes, expresivos, velados por larguísimas pestañas, á través de las cuales se escapan miradas de fuego, lánguidas, arrebatadoras, verdaderamente fascinadoras, miradas que prometen todos los goces, que revelan un corazon que es un volcan, un alma capaz de todas las grandes pasiones.

Es ligeramente morena, como su padre.

No me equivoco, no.

Lo que siento al verla en mis mortificadores ensueños, no lo sentiria si mi presentimieuto no fuese una verdad, el presentimiento, el instinto de una madre, que jamás se equivoca.

Mi hija no ha muerto, estoy segura de ello.

Pero ¿dónde se encontrará?

Al lado de su padre no está.

Aun no hace un año que logré al fin saber que Julio, reducido á una modesta fortuna, casi pobre, habia decidido aprovechar sus estudios de abogado, y habia conseguido un empleo para Canarias, creo que de juez.

Pero vivia solo, como siempre.

Se habia separado de todo trato social, y no conservaba más que algunas pocas de sus antiguas relaciones.

Decian que estaba desconocido, tanto en su persona como en su carácter.

Sus cabellos habian encanecido, á pesar de que hoy no tiene más que cuarenta y tres años.

Su rostro tiene una expresion grave, dura, imponente.

Es, aseguran, casi el rostro de un anciano respetable.

Debe haber sufrido mucho más que yo, porque su alma es más noble y ha tenido una conciencia que yo no conocí en muchos años.

¿Le habré visto alguna vez sin haberlo reconocido?

Es posible.

Tambien es fácil que él me vea sin reconocerme.

Yo no soy la misma.

¿Quién ha de reconocer en mis ojos apagados y de tranquila mirada, aquellos ojos brillantes, de mirada atrevida? ¿Cómo ha de reconocerse en mi rostro de cándida expresion, en mis dulces sonrisas, en mis palabras inofensivas, en mi modestia exagerada, á la mujer pretenciosa, altiva, despreocupada, inconsecuente y osada de otro tiempo?

No, no me reconocerian ni mis más íntimas amigas de entonces, ni el mismo Julio.

Además, tengo treinta y cinco años, y aunque no han encanecido mis cabellos como los de Julio, aunque no hay arrugas en mi rostro, lleva este el sello de una vejez prematura, justificándose esta más por el cuidado que pongo en vestirme y peinarme con sencillez.

Vuelvo á mi hija, que es mi único pensamiento.

¿Cuál será su suerte?

Tal vez esté ya perdida para siempre.

Con el conocimiento verdadero que tengo ahora del mundo, temo por ella como nunca.

Sé que hay quien especula criando niñas huérfanas y educándolas á propósito para el vicio.

Esto parece imposible...

No es imposible que una mujer haga de una criatura cualquiera un objeto de repugnante especulacion, la sacrifique á su codicia, puesto que yo he sacrificado á mi orgullo á mi propia hija.

¿Por qué no ha de hacer una extraña lo que hace una madre?

Yo soy doblemente criminal que la persona que pueda haber especulado con mi hija, porque yo era madre.

¡Ah!... Julio tenia razon en maldecirme.

¡Qué negra es mi conciencia, qué negra!

¿Y qué haré si llego á encontrar á mi hija perdida ya, entregada al vicio en su última degradacion?

Será tarde para salvarla.

No tengo derecho para acusarla, ni siquiera para reconvenirla.

¡Dios mio!

Entonces no podré hacer más que llorar con ella...

¡Tendré que arrodillarme á sus piés y pedirle perdon, para obtenerlo á fuerza de lágrimas y de sacrificios!

Y habré de verme rechazada por ella, despreciada, acusada...

¡Quizás me maldecirá!... ¡Tal vez me ha maldecido ya mil veces!...

¡Oh!...

¡Cuánto sufro!

¡Cómo se desgarra mi corazon de madre!

Mi cabeza se abrasa, mi corazon late como si fuera á romperse...

¡Piedad, Dios misericordioso!

Estoy arrepentida de mis crímenes, estoy dispuesta á expiarlos, deseo expiarlos...

¡Pero salvad á mi hija, salvadla, Dios mio!

¡Salvadla, aunque me hagais sufrir todos los tormentos imaginables, todos los que puede enviar tu omnipotencia!

¡Salvadla, aunque me condeneis á los eternos horrores del infierno!

¡Ah!...

Que desgarren mi corazon de mujer; pero que respeten mi corazon de madre.

Que se condene mi alma depravada; pero que se tenga siquiera compasion de mi cariño de madre.

¡Ah!... Si mi hija está perdida...

¡Perdon, Dios mio, iba á dudar de tu justicia; pero me arrepiento!

Perdonadme... perdonad á una madre.

¡Pido compasion para mí cuando no la tuve para mi hija!...

Es imposible.

La justicia de Dios no puede quedar satisfecha con el castigo de la mujer que se extravió, exige tambien el castigo de la madre que

delinquió, faltando á todos los deberes, siendo criminal hasta contra la misma naturaleza.

¡Porvenir, porvenir, te veo claro!

¡Qué negro y horrible eres!

En el camino de mi porvenir han de quedar muchas más lágrimas que locas risas quedaron en el de mi pasado.

Quedan para mi vejez muchos más tormentos que goces hubo para mi juventud.

Cada hora de locas delicias me costará un año de horribles sufrimientos.

Necesito encontrar á mi hija, aunque sea para que me desprecie, me acuse y me maldiga.

No me desanimará el mal resultado de mis constantes averiguaciones.

Buscaré con más afan, y no habrá sacrificio que yo no haga.

Creo que tengo al hombre que puede servirme.

Esto hace renacer mis esperanzas de encontrar á mi hija.

Sí, la encontraré.

Dios querrá que la encuentre... ¡aunque no sea más que para castigarme!

No puedo escribir más: estoy muy agitada: la fiebre me trastorna.

¡Compasion, Dios mio!

XV.

20 de Enero de 185...

Hoy escribiré poco.

Ya cuento con un hombre.

Es de muy limitada inteligencia, no ha conocido la dignidad, ni se ha tomado el trabajo de preguntarse en su vida para qué ha nacido.

Para él no hay más que presente: lo pasado no tiene valor y no piensa en lo porvenir, porque dice que no quiere cuidarse de lo que sucederá el dia de mañana, cuando no sabe si vivirá.

Es un hombre feliz.

Hubiera sido más útil para mis fines un hombre de inteligencia y de sentimiento; pero un hombre así no se somete á la voluntad ajena, no puede ser un simple instrumento, que es lo que yo necesito.

He tenido que ir más allá de donde pensaba, sacrificar más que el dinero; pero ¿qué me importa si encuentro á mi hija?

No sé si el mismo afan de encontrarla me hará extraviarme nuevamente.

Tal vez: por de pronto, el hombre que habrá de servirme tiene los derechos de amante.

¡Si supiera cómo está mi corazon!

¡Si pudiera ver mi conciencia!...

Es verdad que nada le importaria.

Si me extravío por segunda vez será al menos con un fin el más santo: buscar á mi hija, y reparar en cuanto pueda los males que le he causado.

Esto atenuará mi falta á los ojos de Dios, y creo que podrá servirme de defensa ante el mundo.

Sigo viendo en sueños á mi hija.

¡Qué hermosa es!

¡Sigue atormentándome mi conciencia!...

Me he propuesto escribir poco y ya iba á entregarme á mis reflexiones.

Las anteriores páginas, escritas hace poco más de un mes, me costaron una semana de cama, donde me tuvo la fiebre que me abrasaba al dejar la pluma.

No esquivo los sufrimientos; pero no quiero exponerme á morir sin haber encontrado á mi hija.

¡Pobre hija mia!...

¡Todo por tí, todo, hija mia!...

Mis queridas páginas, adios: hasta que encuentre á mi hija no volveré á escribir.

CAPITULO IX.

De cómo Alejandro y Luisa reformaron el contrato que tenian hecho.

Alejandro arrojó el manuscrito sobre el mármol de la chimenea, cambió de postura, estiró los brazos y bostezó ruidosa y prolongadamente, como quien ha llegado al último grado del fastidio.

—Bien,—dijo, encogiéndose de hombros y encendiendo otro cigarro:—habré de confesar que soy muy torpe, porque no entiendo palabra de todo eso. Esta mujer es un demonio, ó más bien está loca. De todo ello no saco en limpio más que una cosa que no tiene ninguna importancia, que la vemos todos los dias y que sucederá mientras el mundo exista: una mujer vanidosa y coqueta, que tiene un novio, se la lleva el diablo, como es consiguiente, y aumenta el número de los angelitos que estan en la Inclusa. Esta es la historia, poco más ó menos, de la tercera parte de las mujeres, y no es la de todas, porque hay tontos que se dejan cazar como chorlitos. Bien: tengo algunos pormenores que podrán servirme: lo demás no me importa, ni lo entiendo, ni quiero entenderlo... ¿Qué hora es?... ¡Oh!... Apenas tengo tiempo para almorzar, llevar al escribano el apunte para la escritura de los mil reales que quiere Schunoop... ¡Me ha hecho perder un tiempo precioso! Tendré que tomar un coche para alcanzar el de la incomparable Rosina... ¡Ah!...

¡Qué coincidencia!... La niña perdida tiene el mismo nombre que la que me tiene perdido de amor... Pero entre ambas Rosas prefiero ocuparme esta tarde de la que me gusta. Mañana será otro dia: creo que algo se adelantará, porque ya no es buscar á una mujer que tiene una señal en la espalda, hay más personas, el padre, la doncella, el amante de esta, los que sacaron á la niña de la Inclusa y... Con alguno de ellos he de dar.

Alejandro decia la verdad: las memorias de Luisa no eran para él más que un conjunto de palabras, pero conjunto desordenado, que nada significaba. Lo que respecto á él mismo decia Luisa, no le habia hecho ninguna impresion, ni siquiera lo recordaba.

Era un hombre feliz, ó más bien lo habia sido hasta entonces, porque así como la conciencia de Luisa habia dormido muchos años y despertado el dia que menos se esperaba, la sensibilidad de Alejandro habia dormido tambien y empezaba á dar señales de que iba á sacudir su letargo y atormentar á su dueño, dejando que se entrase de rondon por las puertas del alma el ciego Cupido.

No sabemos qué grados de sublímidad ó espiritualismo llegaria á tener el amor que Alejandro comenzaba á sentir; probablemente ningunos; pero como la carne por sí sola es bastante para dar que hacer, puesto que de ella se vale Satanás, nuestro hombre estaba en peligro de dejar de ser feliz, porque los ojos negros de Rosina le daban que pensar, eran para él dos demonios tentadores.

Este amor era doblemente fatal, porque Rosina estaba muy lejos de Alejandro: la belleza de aquella desdichada no podia conquistarse con palabras y suspiros, sino con oro, y él no podia gastarlo, porque hubiera tenido que dar cuenta á Luisa, dueña del bolsillo.

Disponíase Alejandro á levantarse para ir al comedor; pero se abrió la puerta del gabinete, y Luisa, cuyo rostro parecia haber cambiado, entró.

—¿Has leido eso?—preguntó.

—Sí,—respondió Alejandro, poniéndose de pié.

—¿Qué has sacado de ello?

—¿En qué sentido?

—En el de que te sea más fácil encontrar á mi hija.

—Para eso me ha servido.

—En cuanto á lo demás,—repuso Luisa con desden,—ya sé que ni siquiera lo habrás entendido.

—No te equivocas.

—¿Y comprendes ahora que no estoy dispuesta á esperar mucho tiempo?

—Sí.

—Pues bien...

—Descuida, Luisa: desde hoy...

—Antes, escucha... Quiero mejorar para tí las condiciones de nuestro contrato. ¿Crees que la mitad de mi fortuna puede hacer la de cualquiera?

—Sobradamente; pero ¿por qué me preguntas eso?

—El dia que encuentres á mi hija serás dueño de la mitad de cuanto poseo.

—¡Luisa!...

—Déjame ahora.

—Pero...

—Déjame, Alejandro.

Este, aturdido y sin comprender aquella generosidad, salió del gabinete.

Luisa cogió el manuscrito, meditó algunos instantes, y al fin, acercándose al armario, murmuró:

—No, no quiero leer, porque me atormento horriblemente: tampoco escribiré: he hecho el propósito de no tomar la pluma hasta encontrar á mi hija... ¡Oh!... Ese miserable no comprende cómo sacrifico la mitad de mi fortuna... si pudiera comprenderlo me la pediria toda, seguro de que la obtendria.

Guardó Luisa el manuscrito y se dejó caer en el sillon, ocultando el rostro entre las manos y quedando inmóvil.

Media hora despues salia Alejandro de la casa: su rostro revelaba su completa felicidad.

—Esto es otra cosa,—murmuraba, dirigiéndose calle arriba:—he almorzado bien: las memorias de Luisa me habian abierto el apetito, y sobre todo su promesa de cederme la mitad de su fortuna. Ahora

puedo trabajar con ahinco, y trabajaré: seré rico, podré gastar sin dar cuenta á nadie. Una de las dos Rosas será mia cuando encuentre á la otra. ¡Qué coincidencia, qué coincidencia!... Bueno, ahora tendré valor para todo: Rosina no me despreciará, porque verá en perspectiva treinta mil duros de que disponer á su antojo, treinta mil duros con que atormentar á las falsas virtudes que la llaman perdida, á las hipócritas como Luisa, que se desdeñan de mirarla...

Alejandro se interrumpió y se detuvo: dió repetidas vueltas entre sus labios al cigarro, y despues de algunos instantes añadió:

—Buena idea me ocurre... ¿Por qué no ha de ayudarme Rosina á encontrar á su tocaya? Le interesa como á mí. Luisa me promete la mitad de su caudal, y yo prometeré á Rosina la comunidad conmigo en los treinta mil duros. La Rosa tan buscada se encontrará probablemente donde su madre sospecha, y siendo así, nada tendria de extraño que la conociese Rosina. Tomaré café, y mientras meditaré y combinaré mi plan. ¡Oh!... Luisa me llama poco menos que bruto... Está loca, me he convencido hoy. Tendré poca inteligencia; pero me sobra para conseguir lo que quiero. Luisa con todo su talento no ha sospechado que su dinero debia servirme para conquistar á otra mujer: no quiera el diablo que lo sospeche, porque si bien no me ama, es al fin mujer, no tiene buenas intenciones y se vengaria, cerrándome la puerta de su casa, y arreglándose con otro, que habia de encontrar ciento, que le ayudase á buscar á su hija.

Pensó Alejandro que no le convenia ir á ninguno de los cafés donde acostumbraba, porque encontraria necesitados ó agentes que interrumpiesen sus reflexiones; y como queria meditar tranquila y descansadamente, decidió entrar en el de San Sebastian y situarse en el más apartado y oscuro rincon.

¡Alejandro meditaba!

De esta novedad no se habia él apercibido.

Su felicidad peligraba: iba á pagar de una vez la deuda de sufrimientos contraida durante toda su vida, por más que estuviese convencido de que no habia ningun acreedor capaz de cobrarle.

Lo dejaremos, pues: tenemos en completo abandono á los demás personajes de esta historia y vamos á buscarlos.

CAPITULO X.

De cómo Antonio venció heróicamente la tentacion de Baco.

Ya sabemos que Paco habia salido de casa de Rosina con ánimo de buscar el coche donde la noche anterior habia intentado don Juan asesinar á su esposa.

No dudaba el maton llevar á feliz término sus averiguaciones, pues aunque ignoraba el número del carruaje, estaba seguro de reconocerlo al primer golpe de vista: habia observado la noche anterior cómo los esposos entraban en el coche, y aunque de este no habia tomado más señas que la de tener azules los cristales de sus faroles, ni habia fijado su atencion en el cochero, estaba seguro, repetimos, de no equivocarse.

Despidiendo bocanadas de humo y paso entre paso, como quien vaga porque nada tiene que hacer, recorrió Paco la ancha acera que principia en la esquina de la calle de Tudescos y termina en la de Silva, mirando alternativamente y para disimular su propósito, ya á los escaparates de las tiendas, ya á los coches de alquiler, sin encontrar entre ellos el que buscaba.

—Esperaré,—murmuró.

Y se detuvo, resuelto á pasar allí aunque fuese la mañana entera, pues era el asunto demasiado interesante para dejarlo hasta otro dia.

Paciencia habia de tener: nuestros lectores saben que Antonio no habia salido con el coche aquel dia.

Pasó, pues, una hora, que fué para Paco un siglo; luego otra, que le pareció más larga, y una tercera interminable.

El coche no parecia.

Cansado estaba ya de fumar, pasearse y revisar hasta el último objeto de los que estaban en los escaparates de las tiendas.

¿Qué hacer?

¿Habria dejado de ir el cochero, temeroso de que lo buscasen allí?

Era muy probable.

Preguntar, podia ser peligroso; era por lo menos imprudente.

Paco no tenia sobrado entendimiento; pero era astuto y cauteloso por necesidad y por costumbre, y no podia cometer la torpeza de preguntar á un desconocido por un coche que faltaba, precisamente pocas horas despues del criminal suceso que era objeto de las conversaciones de todos.

Era más de la una y se ofreció á Paco un nuevo entretenimiento: contemplaba las alegres costureras que iban pasando por allí en busca de su casa y su comida, para volver á las tres.

Paco, buen galanteador como gran vago, se ocupó entonces en piropear á cuantas veia; pero cansado de esto tambien, pensaba ya en alejarse, cuando acertó á pasar una de airoso talle, y que aunque rubia y blanca como la nieve, tenia cara de ser más traviesa que todas las morenas nacidas y por nacer.

Una mujer rubia, alegre y de ardiente viveza, es una excepcion; pero la que así es, llega al último grado de la viveza y la alegría.

Tal vez por el contraste que el pelo rubio de aquella muchacha, muy bonita por cierto, formaba con el color de azabache de Rosina, Paco se entusiasmó al verla, sonrió maliciosamente y la siguió tan de cerca que llegó á ponerse á su lado.

Con la mano izquierda en la cadera, sacando la derecha, con el cigarro entre los dedos, por cima del embozo de la capa, é inclinándose de costado hácia la graciosa rubia, entabló así Paco la conversacion:

—Oiga usted, prenda.

La rubia miró de soslayo y con disimulo, y sin responder apresuró el paso.

—Mire usted,—repuso el maton,—que no tocan á rebato; y aunque tocaran ¿qué? si yo estoy aquí... ¿No quiere usted escucharme, corazon? Un grillo cuesta dos cuartos y se le oye... ¿Es que no quiere usted compañía?

—Es,—respondió al fin la jóven, haciendo un gracioso gesto,—que no me gustan las moscas, ¿lo entiende usted? y en el invierno menos, porque son más pesadas.

—Pero, hija mia...

—¡Vaya un padre!...

—Diga usted lo que quiera, mi vida: de esa boca todo me gusta, aunque fuera...

—Poquito á poco,—replicó la rubia como quien quiere enfadarse.

—Pero ¿por qué no hemos de hablar?

—Porque no.

—¡Ay, si eso no puede ser! Si solo con mirarme le ha hecho usted pegar tres volteretas á mi corazon; si se me ha encendido el alma en el pecho como si fuera un farol de gas.

—¿Quiere usted agua?

—Quiero azúcar y canela, y gloria, que es usted; y quiero morirme si esa boca no me envia dos palabras que me consuelen, y quiero que se acabe el mundo si ese cuerpo no ha de ser para mí.

—¿De veras?

—De veritas.

—¡Já, já, já!

—¿Se burla usted?

—Me rio.

—¿Por qué?

—Porque me hace gracia lo que usted me dice,—replicó la traviesa rubia, soltando otra carcajada.

Picóse el maton; pero disimulando, siguió enviando flores y recibiendo espinas.

Sin embargo, no desistió de su empeño: nada tenia que ha-

cer, y aunque mal parado en aquella lucha de frases, mataba el tiempo.

Así dejaron atrás la mayor parte de la calle de San Bernardo.

Entróse la rubia por la de la Palma Alta, y cuando menos esperaba Paco verse burlado, ella se volvió, sonrió burlonamente y dijo:

—Muchas gracias por este rato de diversion.

Y dirigiéndose á un hombre, que habia sentado á la puerta de una cochera, añadió:

—Buenas tardes, señor Antonio.

Ligera como una corza desapareció la linda rubia, entrándose en un portal mientras reia como una loca.

Lo primero que ocurrió á Paco fué mirar al que habia merecido el saludo de la costurera; pero reconociéndole al primer golpe de vista, acercósele, alargóle la diestra como á un antiguo camarada y le dijo:

—¿Qué haces tú aquí?

—Ya lo ves, sentado,—respondió Antonio, á quien nuestros lectores habrán ya conocido.

Y en su gesto pudo comprenderse que no le habia sido nada grata la casualidad de semejante encuentro.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos,—repuso Paco;—nada sé de tí más sino que te hicistes lo que se llama un hombre de bien á carta cabal; pero ignoro cómo te compones para vivir.

—Soy cochero.

—Bien, hombre, bien. Esa es buena vida si has dado con algun viejo rico que salga poco y pague mucho. ¿Y quién es tu amo?

El dueño del coche.

—Lo supongo.

—Quiero decir,—repuso Antonio, que hubiera querido cortar la conversacion, por más que Paco no fuese de sus antiguos amigos más peligrosos,—quiero decir que el coche es de alquiler.

—¡Ah!—exclamó Paco, á quien empezó á interesarle la conversacion.—¿Cómo es que no te he visto nunca por esas calles? Seré tu parroquiano: ya sabes que cuando no está mal el bolsillo, me gusta

ir en piés ajenos, y ahora, gracias á Dios, no me falta nada. ¿En qué sitio te pones?

Antonio tuvo intencion de responder con una mentira, para evitar nuevos encuentros con Paco; pero este podia descubrir fácilmente la verdad, resultando con esto que aquel no habria conseguido más que infundir sospechas.

Por otra parte, el caballo enfermo lo salvaba todo, y no tenia tampoco el cochero motivos para imaginarse que su amigo fuese uno de los actores ocultos del terrible drama de la noche anterior: así que, decidióse á contestarle la verdad.

Fácilmente se comprenderá el efecto que á Paco hizo el saber que era la plazuela de Santo Domingo el punto de parada del coche de Antonio.

Desde aquel momento fué para el amante de Rosina muy interesante la conversacion.

Ya hemos dicho que no estaba dotado de gran inteligencia; pero como le sobraba astucia y sagacidad, ocurriéronle al punto y fácilmente estas reflexiones:

—Antonio para en la plazuela de Santo Domingo: hoy falta de allí, y tambien se echa de menos el coche que yo busco. ¿No es lo más probable que sea el mismo? Y si no lo es, al menos conocerá á sus compañeros y sabré de quién es el carruaje cuyos faroles tienen azules los cristales de los costados. Es ladino este Antonio, y le tiene mucho miedo á la cárcel; pero le gusta el vino, y cuando bebe no sabe callar nada, aunque le importe la vida.

Era, pues, preciso seguir muy hábil y disimuladamente la conversacion para llegar al fin deseado.

—¿Pues sabes, Antonio,—dijo Paco despues de algunos instantes, —que me dejas con la boca abierta?

—¿Por qué? ¿Pues no te dije que estaba resuelto á trabajar?

—Sí.

—He cumplido mi propósito, y no me arrepiento, porque si no me divierto mucho, vivo al menos tranquilamente.

—No te aconsejaré que hagas otra cosa: conozco que la tranquilidad vale mucho. Yo tambien me he quitado de trapisondas: no tra-

bajo; pero tengo todo lo que me hace falta, porque mi hembra ha hecho fortuna. ¿Creerás que hace más de un mes no entra en mi cuerpo más vino que el que bebo cuando como, y que apenas veo á ninguno de nuestros camaradas? Como pueda, te aseguro que no me meteré en más lios: me he convencido de que aquellos belenes de antes no me pueden traer cosa buena, y mientras no me haga falta nada, seguiré pasando la vida tranquila que ahora.

Antonio sonrió maliciosamente: no creia en la conversion de Paco; pero sí en que no tomara parte en lo que antes llamaban ellos *negocios*, porque le sobraba el dinero.

—Sin embargo,—añadio el maton,—eso no quita para echar una cana fuera con un amigo como tú, que ya no eres peligroso.

—Tambien he dejado el vino.

—Lo supongo; pero no volverás la espalda á la ocasion de comer una chuleta y echar un trago.

—Ni aun eso hago, porque el tiempo me falta.

—Por lo que ahora se vé...

—Tengo desde ayer el caballo enfermo.

—De manera que hoy...

—No saldré.

—Pues nunca mejor ocasion: vente á comer conmigo: todos los dias lo hago solo...

—No puedo,—respondió con pena Antonio.

—¿Por qué?

—Porque ha de venir el amo.

—No nos detendremos, Antonio: llegaremos al café, tomaremos una chuleta y media botellita de vino: ya ves, media botella para los dos, no es nada.

Antonio, con los ojos de la imaginacion, vió la humeante chuleta, y sobre todo la botella tentadora.

El ofrecimiento no era peligroso; pero no hacia un cuarto de hora que habia prometido á Raimundo no beber en compañía de nadie, y queria cumplir la promesa.

—No, no puedo,—dijo;—estoy esperando al amo; quizás no tarde

cinco minutos en venir, y si no me encontrase, me despediria, lo cual equivale á dejarme sin comer.

—Bueno, bueno: no quiero que faltes por mí: repito que no te aconsejo que vuelvas á la vida de antaño. Yo hubiera tenido gusto en que me acompañases media hora, porque ya te he dicho que hace más de un mes que me paso la vida sin trato de amigos; pero este gusto mio no quiero que á tí te cueste un disgusto.

—Otra vez será,—dijo Antonio, que iba mirando á su amigo con menos temor.

—Eso lo supongo: si quieres, nos veremos esta noche, ó mañana, á condicion de que no te obligaré á beber.

—Veremos...

—¿Y tienes aquí tu habitacion?

—Sí.

—Enséñame tu coche: así lo conoceré desde lejos cuando busque uno.

Era imposible que Antonio sospechara la intencion de Paco. Enseñar el coche, que todo el mundo veia, no podia ser peligroso.

Poquísimo le faltó á Paco para dar á conocer con una exclamacion su alegría cuando vió el carruaje: lo habia reconocido: no dudaba que era el mismo en que se intentó matar á Isabel.

Empero esforzóse y disimuló cuanto pudo; habló de varias cosas indiferentes, y al fin dijo:

—Me voy.

—¿Tan pronto?

—Esperas á tu amo y no quiero que te encuentre con visitas.

—Pues ya sabes dónde estoy,—dijo Antonio, que se habia olvidado del grave suceso de la noche anterior:—si de algo te sirvo...

—Gracias: te ofrezco una onza de oro si la necesitas, porque la tengo de sobra.

—Nada me sobra á mí, Paco; pero tampoco me falta lo necesario.

—¿Con que quedamos en que esta noche?... ¿A qué hora?

—En nada habiamos quedado.

—Creí... pero si no quieres... Yo conozco que quizás no te agrade ya mi compañía...

—No digas eso, Paco.

—Entonces...

—Nos veremos esta noche; pero con una condicion.

—Con todas las que quieras.

—No tomaré más que café.

—¿Ni una copita de rom?

—Tampoco.

—Convenidos: mi gusto será que charlemos un rato... ¿A qué hora?

—A las ocho.

—¿Dónde?

—En el café de Lepanto.

—Adios, pues...

—Adios.

Apenas se hubo ido Paco, Antonio exhaló un suspiro y exclamó:

—¡Ah!... Me ha costado mucho trabajo... Pero he vencido la mala tentacion, soy un héroe; estoy orgulloso de mí mismo... Cuando lo sepa Raimundo me dará un abrazo.

CAPITULO XI.

Nuevos planes.

Ocho dias habian pasado, y aunque cada uno de los personajes de esta historia habia trabajado con ardor y constancia para conseguir sus fines, ninguno habia adelantado gran cosa.

Habíase salvado la vida de Isabel, y adelantaba en su completa curacion con toda la rapidez que era posible en su gravísimo estado.

Entre ella y su esposo no se habia cruzado una palabra: él se concretaba á entrar en la alcoba cuando iba el médico, y el resto del dia lo pasaba solo en su despacho, sin recibir más que á algun amigo de mucha confianza ó personas con quienes hubiese de tratar negocios urgentes.

El juez nada habia adelantado, por más que su empeño era mayor cuanto mayores dificultades se le presentaban. Antonio, como los demás cocheros de carruajes públicos, habia sido interrogado; pero respondió que á la hora del suceso estaba en la cochera, por tener el caballo malo; y como Isabel se habia mantenido en su primera resolucion de no descubrir al culpable, todo habia sido inútil.

Paco habia tenido que armarse de paciencia. Para hacer que Antonio bebiese era menester inspirarle primero gran confianza. Esto lo habia conseguido; pero nada más.

Las citas para tomar café se habian repetido: ni por incidencia se

ocuparon nunca de don Juan, y el buen Antonio acabó por encontrar muy agradables aquellos ratos.

Raimundo, por su parte, habia ido mucho más allá de donde queria y aconsejaba la prudencia, y estaba muy en peligro de que le sucediese lo que ni siquiera podia sospechar. A pesar de su juventud, conocia el mundo, y tenia sobrado juicio para lanzarse ciego en caminos peligrosos y cuyo término ignoraba; pero hay cosas que no se ven, ni siquiera se sospechan, y por consiguiente no pueden evitarse.

El hombre es y debe ser siempre responsable de sus acciones, porque á toda hora tiene su libre albedrío, la gran palanca de la voluntad, para resistirlo todo, para remover todos los obstáculos que puedan presentarle las circunstancias ó las pasiones; pero esto no quiere decir que todas las situaciones pueden preverse, aun con la más clara inteligencia, ni que siempre se apercibe uno del principio del desarrollo de todas las pasiones.

Suelen entrarse por las puertas del alma, como ladrones cautelosos, enemigos que no se esperan, y que cuando son sentidos, se les tiene por otros, sin que se les conozca sino cuando ya el hacerlos salir es cosa difícil.

¿Cuántas veces una alegría ó una tristeza inexplicable, sin causa aparente, es la primera manifestacion de una pasion?

No siempre al apercibirse uno de los sentimientos se los explica, y ¡ay! cuando esto sucede y son peligrosos en sus consecuencias: cuando se acude al remedio, cuesta el combatirlos una lucha horrible y mortal.

¿Cómo y por qué se enamora uno?

Nadie ha resuelto la cuestion: uno mismo, despues de amar, no sabe responderse.

Una circunstancia insignificante suele ser la chispa que enciende una gran pasion.

Un movimiento, un gesto, una palabra de una mujer fea, suele hacer en el corazon de un hombre lo que no han podido hacer los encantos de muchas mujeres bellísimas.

Por eso me rio de algunos pretendidos filósofos de nuestros dias, que despues de decir que han hecho profundos estudios del corazon

humano y de echarse á volar á su antojo por el ancho campo del espiritualismo, con la jerga incomprensible de una metafísica que tiene mucho de la exaltacion y extravíos de los sueños y la fiebre, nos explican ó creen explicarnos cómo se principia á amar y cómo se acaba.

¡Y nosotros, que hemos visto nacer amores intensos, pasiones volcánicas en un boton de la levita, donde se ha enredado el fleco de un pañuelo mucho más bonito que la mujer que lo llevaba, pasiones capaces de todo, hasta del escándalo y el crímen, encendidas con la facilidad de un fósforo de Cascante al doloroso restregon producido por un pié torpe al pisar sobre los callos de otro pié!

¡Pobres filósofos y pobre filosofía!

Ninguno nos ha dicho cómo el mismo hombre que se enamora de una bailarina, puede enamorarse de una monja, ni cómo se extingue la pasion que inspiró una alta dama para querer con locura á la doncella que la sirve.

A Raimundo, pues, le habia sucedido lo que á muchos: sin que sintiese entrar en casa al ladron de su reposo, habíase albergado en su pecho Cupido.

Amaba y aun no se habia dado cuenta de ello, ni siquiera lo sospechaba.

Una sola vez habia visto á Isabel, es decir, vió de paso, á la dudosa luz que se escapaba del interior de las tiendas, una parte del rostro de la esposa de don Juan: esto era todo; pero no podia Raimundo asegurar si aquella mujer tenia en el resto de su cara algun defecto que la afease.

Primero la miró con curiosidad, despues, cuando hubo comprendido que la infeliz era una víctima, la contempló con interés, y cuando la voz pública dijo el resultado del crímen, añadiendo que ella se negaba á revelar el nombre de su asesino, forjóse Raimundo en su imaginacion de poeta un tipo de mujer excepcional, verdadero ángel con forma humana, creyendo que no hacia más que un retrato, pálido tal vez.

Luego pensó en ella sin cesar, lo cual no era extraño: poseia el secreto de aquel drama incomprensible y misterioso, y debia decidirse por callar ó señalar al asesino.

Sin embargo de todo esto, Raimundo creyó que su interés no era más que el que debia inspirar naturalmente una criatura de las cualidades raras de Isabel, sobre todo colocada en semejante situacion.

Otra mujer le hubiese interesado lo mismo: así lo creia Raimundo, y por eso no sospechaba siquiera que su interés fuese amor.

Cuando la casualidad le hizo dueño de los paraguas y la cartera, es decir, árbitro de la suerte del asesino, sintió Raimundo una satisfaccion inexplicable: no vengaria á Isabel, respetando así la misma voluntad de ella; pero era el único hombre que podria protegerla.

Desde entonces no se ocupó de otra cosa: se valia de todos los medios imaginables para averiguar cuanto pasaba en casa de Isabel, y empleaba muchas horas observando á cuantos entraban y salian.

En cuanto á la mujer que firmaba la carta, nada habia podido saber: conocia sobradamente á Rosina; pero por una de esas torpezas incomprensibles en inteligencias como la de Raimundo, no se le ocurrió pensar que fuese aquella.

Una de las personas que entraban en casa de don Juan, era Paco, el cual llamó más que ninguno la atencion de Raimundo.

En efecto, ¿qué podia buscar allí semejante hombre?

No era menester conocerlo para saber quién era.

Raimundo habia decidido seguir los pasos de don Juan; pero como este aun no salia á la calle, y podia ser que no saliese en algunos dias, decidió aquel aprovechar el tiempo y espiar al maton.

A las diez de la mañana llegó Paco, y antes de un cuarto de hora volvió á salir.

La visita habia sido más corta que de costumbre.

Raimundo le siguió á buena distancia, y ambos llegaron, despues de veinte minutos, á la calle de la Magdalena.

Paco entró en una casa.

Entonces Raimundo se dió una palmada en la frente y exclamó:

—¡Torpe de mí!... ¡La Rosa de la carta es Rosina!... ¡Lo comprendo todo!

Ya nada tenia que hacer allí: no le quedaba ninguna duda, y se alejó.

Si se hubiera aguardado una hora, habria visto llegar á don Juan, que salió aquel dia por primera vez despues de la noche en que dió principio esta historia.

El semblante del esposo parricida habia cambiado.

No se veia en él aquella expresion de inocente contento que antes le caracterizaba: estaba sombrío.

Su mirada, antes tranquila, verdadera mirada de vírgen, se habia hecho recelosa.

Empero ¿qué podia significar esto para el mundo?

Aquel hombre honrado para la pública opinion, modelo de virtudes y de amor como esposo, habia sido víctima del más infame de los engaños, y sufria y callaba sin exhalar una queja.

¿Qué tenia de extraño que se revelasen en su rostro sus dolores?

Para el mundo, aquella expresion sombría era tristeza y amargura, la amargura de un horrible desengaño que desgarraba aquella alma pura.

Para el mundo aquella mirada recelosa que se volvia sin cesar á todos lados, era la de la honra herida, que buscaba sin poder contenerse al que la habia manchado, mientras un sentimiento de noble y heróica abnegacion luchaba para vencer los violentos impulsos del natural deseo de venganza, y hasta se esforzaba para perdonar y olvidar.

¿Qué tenia de extraño que don Juan llevase la cabeza inclinada sobre el pecho?

Era el dolor que lo agobiaba, el dolor mortal, cuyo inmenso peso no podia soportar.

¿No convenia todo esto al esposo ofendido y noble?

¿Por qué, pues, el mundo no habia de traducirlo así?

¿Quién habia de creer que aquello era el terror de que estaba poseida aquella alma?

¿Quién habia de sospechar que se abrigaba en aquel cuerpo una conciencia negra como el caos?

Sin embargo, aquella conciencia no acusaba todavia: dormia con el sueño pesado de la embriaguez del crímen, porque el crímen embriaga.

Lo que únicamente sentia don Juan, era miedo: la pérdida de la cartera era uno de esos hilos sueltos que deja siempre el criminal, y que una vez cogidos por la justicia conducen hasta la verdad, por oculta que se encuentre.

Por lo demás no estaba arrepentido, se encontraba dispuesto á cometer el mismo crímen, siempre que hubiera tenido la certeza de no ser descubierto.

Por Paco sabia en poder de quién se encontraba su fatal cartera, puesto que no ignoraban que el cochero era Antonio, y el que este hubiese declarado de una manera favorable, no era una razon para quedar tranquilo.

Antonio callaba, es verdad; pero guardaba los paraguas y la cartera.

No podia proponerse hacer de estas prendas un objeto de especulacion, porque en ocho dias hubiese ya exigido el precio de su silencio.

Habia, pues, otro plan.

¿Cuál podia ser?

No era fácil adivinarlo; pero fuese cual fuese, debia encerrar un peligro.

De cuantas personas encontraba don Juan en la calle, tenia miedo.

Figurábasele que á cada paso iban á decirle: «Asesino, ven, te reclama la justicia.»

Era de ver cómo al encontrar algun guardia civil, que parado junto á una esquina y cruzado de brazos, miraba indiferentemente á los transeuntes, se estremecia don Juan, echaba por la opuesta acera, sacaba el pañuelo, y con achaque de limpiarse, se medio tapaba el rostro, y miraba con el rabo del ojo al guardia, figurándosele que este lo examinaba con atencion, y despues de haber pasado, volvia con disimulo la cabeza para convencerse de que no lo seguia.

Aquella primera salida á la calle fué un tormento horrible.

No se atrevia á ir despacio por temor de que lo cogiesen, ni de prisa, porque no se sospechase que queria huir.

El ruido de cada carruaje que cruzaba, le hacia estremecerse co-

mo una mujer nerviosa al estampido inesperado de un cañon, y volvia el rostro hácia la pared, fingiendo que miraba las tiendas ó los edificios, para que no se lo viese ningun cochero.

A pesar del frio, que se dejaba sentir bastante, don Juan llegó sudando á casa de Rosina.

Cuando empezó á subir la escalera, respiró con más libertad, creyéndose así seguro; pero luego tembló otra vez, temeroso de que se buscase al criminal en la morada de Rosina.

Al fin se encontró en el gabinete que ya conocen nuestros lectores.

La encantadora Rosina, á pesar de que abrigaba los mismos temores que don Juan, no por este ni por ella, sino por lo que pudiera suceder á Paco, no estaba tan abatida, porque tenia más valor.

Su belleza nada habia perdido.

Estaba peinada y vestida como si fuese á presentarse ante una reunion de escogidas personas.

Al verla don Juan, se sintió, como siempre, fascinado, y por algunos momentos olvidó el peligro que corria.

Ella le envió una mirada ardiente, mirada que pareció envolverlo y trastornarlo, y sin cambiar de postura, recostada como se encontraba en un sillon junto á la chimenea, extendió un brazo y dió su mano mórbida y bien modelada á don Juan, diciéndole mientras sonreia:

—Gracias á Dios.

—¡Rosina, Rosina mia!—exclamó él, besando aquella mano y dejándose caer en otro sillon.

—Tranquilízate,—repuso ella con tono burlon.—No tanto entusiasmo... Viendo estoy que vas á volverte loco por mí...

—¿Aun dudas de mi cariño?... ¡Oh!... Rosina, no aumentes mis sufrimientos: sabes que todo lo he sacrificado por tí, y si no encuentro siquiera la recompensa de tu reconocimiento...

—Te repito que tengas calma: no te arrebates, que ya sé que el miedo no te deja vivir. Te pagaré bien, descuida: reconoceré que eres un hombre que vale mucho para amar, y sobre todo para salvar á una mujer...

—¡Rosa!...

—Hablemos sériamente, interrumpió Rosina con gravedad.

—Sí, sí,—dijo don Juan, limpiándose el sudor que inundaba su rostro:—preciso es que hablemos de nuestra situacion, que es muy grave.

—Lo sé, y hablaremos, porque no quiero que el palacio que me prometias se convierta en un calabozo: el cambio no es muy agradable.

—Tú te salvarás, Rosina, te salvarás, aunque yo tenga que sacrificarme.

—No quiero tanto: deja ese exceso de generosidad para tu virtuosa mujer.

—¿Te complaces en atormentarme?

—Ya sabes, Juan, el peligro en que me ha puesto tu torpeza.

—¿Acaso no corro el mismo? ¡Torpeza!... ¿Pude yo en aquellos momentos pensar que habia de caérseme la cartera del bolsillo ni acordarme del paraguas? No pensé más que en luchar, porque ella se defendia con una fuerza que nunca le supuse, en ahogar los gritos que intentó exhalar...

—Si hubieses quemado mi carta despues de leida...

—La recibí al salir de casa, la leí en la calle, y la guardé para quemarla luego, no queriendo romperla y tirar los pedazos por temor de que alguien los recogiese.

—Pero luego te se olvidó...

—Sí, lo confieso: tenia mi pensamiento ocupado en lo que habia de hacer...

—Y además, si no fueses cobarde, no hubieras perdido la serenidad y antes de salir del coche te se habria ocurrido mirar si quedaba allí alguna prenda que te delatase. Pero en fin, ha sucedido ya, y no debemos perder el tiempo en deplorar lo que no puede remediarse; debemos aprovecharlo en evitar los peligros que nos amenazan, en huir de ellos, y muy de prisa, porque se acercan con mucha rapidez.

—Haré cuanto quieras,—dijo don Juan, cuyo rostro estaba densamente pálido.

—Harás,—repuso ella con calma,—aquello que quieras, y yo lo que me convenga.

—¡Rosa!...

—No eres hombre para una mujer como yo, eres cobarde...

—¡Oh!...

—Sí, muy cobarde.

—Pon á prueba mi valor, Rosina, pónlo á prueba y verás...

—Líbreme Dios de hacer segundo intento: basta con desafiar una vez la fortuna.

—Pero...

—He esperado estos ocho dias para acabar de conocerte: no he querido obrar con ligereza, porque no queria tener nada que echarme en cara. ¿Puede pedírseme más? ¡Ocho dias de espera, aun á riesgo de perderme! Ya sé á qué atenerme respecto á tí.

—¿Y dudas?...

—No, no dudo, y por eso he tomado una resolucion. Te has ocupado constantemente de tu miedo: no te ha ocurrido pensar en otra cosa... justo es que yo me ocupe de mi salvacion.

—No te comprendo,—dijo don Juan, mirando afanosa y fijamente á Rosina.

—Me explicaré en dos palabras.

—Sí, sí...

—Esta noche saldré de Madrid y mañana procuraré estar alejándome de España.

—¡Rosa!—exclamó don Juan con tono de sorpresa y terror.

—¿No debo hacerlo?—repuso ella, que no habia perdido su grave tranquilidad.

—Pero...

—Llevaré una llaga en el corazon, lo sé; pero tendré paciencia, lloraré mi debilidad, la debilidad de haberte querido...

—¡Oh!...

—Preciso es resignarse.

—¡Rosa, Rosa!—exclamó don Juan fuera de sí é intentando cogerle una mano para besarla y tal vez bañarla con llanto.

Ella lo apartó dulcemente y replicó con voz conmovida:

—Que no te falte el valor tambien para esto... Ya ves que á mí me sobra...

—¡Separarme de una mujer que tiene un corazon tan grande!...

—Soy una miserable, una perdida,—dijo con amargura Rosa.

—¡Me desgarras el alma!...

—Basta, Juan; es preciso... Al fin se descubrirá todo y me perderás... deja que al menos me salve. Si me esperan sufrimientos y lágrimas que no pueden ya evitarse, déjame huir para que no llore y sufra en una cárcel.

—Si, Rosa, huirás; pero conmigo.

—Eso es difícil, casi imposible.

—No existen los imposibles para quien te quiere como yo...

—Eres cobarde, Juan...

—¡Oh!—exclamó este retorciéndose las manos.—¡No me atormentes, no me atormentes!...

—Pero ¿qué he de hacer?

—Lo que quieras si no me abandonas...

—¿No conoces mi situacion?

—¿No conoces tú la mia? ¿No comprendes lo que sufro?

—Juan...

—Rosina, es imposible que yo viva lejos de tí...

—Nos separa la desgracia,—repuso ella, abandonando, como sin pensar lo que hacia, una mano á don Juan.

—Nos unirá nuestro amor...

—¡Amor desdichado!...

—Pero grande, sobradamente grande para que nos dé fuerzas para todo.

—Quieres un imposible...

—Escúchame, Rosina, escúchame y, siquiera por compasion, otórgame la gracia que te pido.

—Dí cuanto quieras; pero...

—No pongas inconvenientes antes de conocer mi plan.

—¿Acaso tienes alguno?

—Sí; pero lo ignoras, porque no te he visto para comunicártelo, y no he creido prudente decirle nada á ese hombre que te sirve...

—Sabes que puedes depositar en él toda tu confianza.

—Al fin...

—Es leal, y le sobra de corazon lo que de educacion le falta.

—Bien; pero esto debia tratarlo contigo, para que me hicieses las observaciones que te sugiriese tu clara inteligencia: ese hombre es leal, tiene corazon; pero no sirve más que para instrumento.

—Temo, Juan, que me engañes segunda vez...

—No, no lo temas: tú juzgarás, comprenderás que nos salvaremos haciendo lo que he pensado...

—Bien, te escucho.

—Antes,—repuso don Juan, cuya agitacion crecia,—te ruego que me digas una cosa.

—Lo haré si puedo.

—¿Dudas de mi cariño como de mi valor?

—Sí.

—¡Oh!...

—Tú mismo te engañas.

—¿Acaso no sé yo si te amo?

—Crees amarme; pero te equivocas: mi belleza ha interesado tus sentidos, pero no tu alma. Tu corazon, Juan, es de otra mujer ó de ninguna; pero mio no.

—¿Y si te pruebo lo contrario?

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Porque esa prueba corresponde al tiempo, y dentro de algunas horas estaremos separados para siempre.

—¡Todavia insistes!...

—Sí.

—Rosa, te he dicho que tenia un plan...

—Estaba dispuesta á escucharte por última vez.

Don Juan se levantó, volvió á limpiarse el sudor que seguia corriendo de su frente y dió algunos paseos por la habitacion.

Luego se sentó otra vez, acercando cuanto pudo su sillon al de Rosina.

—Ya ves,—dijo,—que corro mayor peligro que tú en Madrid.

—Es verdad.

—Nada temo de mi mujer: puesto que no declaró en los primeros momentos, no declarará, estoy seguro, porque la conozco; pero hay otra persona dueña del secreto y de las pruebas, y además testigo. No es fácil adivinarlo, pero algun plan tiene el cochero.

—No hay duda.

—Pues bien; yo, sin cometer una imprudencia estúpida, no puedo permanecer en Madrid. Una nueva tentativa contra mi mujer, seria una locura: tengo que respetar su vida si estimo la mia. ¿Qué debo, pues, hacer? Huir; pero no solo, porque esto no habria de darme más seguridad de salvacion, sino contigo, para no separarme jamás de tí, para ser dichoso.

—Yo seria una carga muy pesada...

—¿En qué concepto? Debo advertirte que en mi plan entra llevarme cuanto es ahora de mi mujer, porque ella tiene su madre, de quien pronto heredará, y puede vivir con desahogo.

—Eso es imposible.

—Es muy fácil.

—No sé cómo.

—Sabes que nuestro caudal está todo en papel del Estado...

—¿Y piensas venderlo?—preguntó Rosina, procurando ocultar su contento.

—Sí, en cuanto pasen algunos dias.

—Pero entre tanto...

—Puedes ocultarte ó irte de Madrid, esperándome en un punto convenido...

—No, no: ni me oculto ni me voy.

—Pero...

—Quiero correr el mismo peligro que tú: nos salvaremos los dos ó ninguno. ¡Ah!—exclamó Rosina, cuyo semblante tomó una expresion de ternura indefinible, capaz de engañar al más astuto y arrebatar al más indiferente.—Quiero que conozcas mi corazon. ¿Para qué ocultarte ya nada? He tenido la debilidad de amarte...

—¡Rosa mia!—exclamó entusiasmado don Juan.

—Te lo confieso,—añadió Rosina como quien ya no puede con-

tenerse por más tiempo,—cuando te conocí, acepté tus obsequios como un buen negocio, no fuistes para mí más que un objeto de especulacion; pero luego... No lo sé, Juan, no sé cómo he llegado á amarte: la seguridad que yo tenia de que esto no podia suceder, no me ha dejado pensar en defenderme de esta pasion y... ¿Qué he de decirte?... Nada sé sino que te amo, que es tuyo mi corazon, que no soy dueña de mi voluntad...

—¡Rosina!...

—¡Ah!—exclamó esta con acento de tierna y profunda conmocion.

Y un raudal de lágrimas se escapó de sus ojos, y cayó lánguidamente en los brazos de don Juan, cuyo rostro desfigurado revelaba su completo trastorno.

El golpe no podia darse más oportunamente ni con más habilidad.

Rosina era consumada maestra en el arte de fingir: sin duda lo habia heredado de su madre.

A veces los grandes cómicos del teatro social encuentran otros tan aventajados que los engañan.

Si en aquellos momentos se hubiese buscado en el espejo de la cara el alma de Rosina, se habria formado de ella la idea más sublime y más grande, se hubiera encontrado una cosa casi celestial en aquella mujer, donde todo era depravacion y miseria, en aquel espíritu donde solo una chispa de nobleza habia brotado, pero que esta habia ido á apagarse en el lodo del amor degradante de Paco.

El rostro de don Juan no mentia entonces; expresaba lo que verdaderamente sentia, asomaba á sus ojos el concupiscente fuego de su pasion, avivado hasta producir el extravío.

—¡Todo por tí, todo, todo!—exclamó con voz reconcentrada.—¡Te salvarás, Rosina mia, es preciso que te salves para que yo no muera de desesperacion!

—No, no me ocultaré: quiero estar contigo lo mismo en la fortuna que en la desgracia.

Este sacrificio era una incontestable prueba de amor.

Sin embargo, Rosina obraba así en la creencia de que ningun peligro corria por entonces: habia meditado con más calma que don Juan, y acertadamente suponia que cuando en una semana no se habia hecho uso de la cartera, no se pensaba hacer de esta más que un arma para defender á Isabel en caso de necesidad.

Todo, pues, dependia del proceder de don Juan con su esposa.

Empero el asesino, que no habia acertado á explicarse así la conducta de Antonio, no veia en la de Rosina más que un noble sacrificio hecho por un inmenso amor.

El desinterés de ella estaba probado.

Rosina podia haber sido, pero no era ya, la mujer que explota con su belleza la ceguedad de un hombre, era la mujer que ama con ese amor intenso y tiernísimo que todo lo domina.

Y como esto era halagüeño, y nuestra condicion nos inclina á creer siempre todo lo que halaga nuestras pasiones, don Juan creyó en aquel cariño tan hábilmente representado.

¿No habia engañado él al mundo?

Pues entonces debia ser engañado por una mujer.

Volvió don Juan á sacar su pañuelo, no para limpiar, como antes, el sudor de su pálida frente, sino para enjugar las tiernas lágrimas de Rosina y contemplar aquellos negros y expresivos ojos con todo el afan de su pasion.

Luego volvió á insistir en que su muy amada se ocultase ó partiese; pero ella se negó tan firme y tenazmente, que no habia más que aceptar el sacrificio.

—¿Crees,—decia Rosina, con acento que penetraba hasta lo más profundo del alma de don Juan,—crees que me importa caer en manos de la justicia si tú caes tambien? No: entonces no sufriria por mí, sino por tí, y este sufrimiento no me lo evitaria el estar libre. Soy otra desde que amo; yo misma no me conozco. Si el peligro que te amenaza puede aumentarse porque conviertas en dinero el caudal de tu mujer, no lo hagas, que yo seré feliz en la pobreza si te tengo á mi lado. El lujo y las comodidades me son ya indiferentes: antes era todo mi afan el dinero para gastarlo, satisfacer mi vanidad y atormentar á las demás mujeres que me despreciaban

sin valer más que yo; sí, todo mi afan era que los hombres se postrasen á mis piés, mirando con indiferencia á las que me llamaban miserable y perdida y se llenaban de orgullo con su honra, como si les hubiese costado algun sacrificio el conservarla, como si el hambre, la miseria y el desamparo hubiese puesto alguna vez en peligro su virtud, como si hubiesen luchado heróicamente para sacar su honor sin mancha de entre el cieno social donde yo he vivido. Este era mi mayor goce, Juan, mi único goce, porque tenia sed de venganza contra el mundo que me habia maltratado injustamente, contra ese mundo donde no he encontrado piedad ni aun en mi madre que me abandonó al nacer. Pero ahora no, ahora amo y no quiero satisfacer más que mi corazon; me importa poco el mundo, porque todo se encierra en tí.

No era mentira todo lo que decia la desdichada Rosa: muchas y tristes verdades habian brotado de sus labios, y no era fingida su agitacion en aquellos momentos.

Algunos minutos más duró aquella escena, donde la mentira y la verdad, la credulidad y el engaño se habian mezclado y confundido tan extrañamente.

Luego trataron de los demás detalles del odioso plan y convinieron en huir juntos y acompañados de Paco que, en concepto de leal servidor, y hombre valiente y decidido, podia serles muy útil en cualquier apuro.

Al fin don Juan, como quien se desprende del alma, se separó de Rosina.

Pocos momentos despues se abrió la puerta del gabinete y entró Paco.

—Lo he escuchado todo,—dijo.

—¿Estás contento?—preguntó Rosina, mirando con verdadera ternura á su verdadero amante.

—Sí.

—Ya ves que...

—Sí, veo que finges bien: me alegro; pero ten cuidado de no empezar de bromas y acabar de veras.

—Eso es imposible.

—Y si así no sucede, cuida tambien de no engañarme á mí como á él...

—¡Paco!...

—He visto que finges bien, que sabes mentir, y no sé si conmigo...

—¿Con qué objeto habia yo de engañarte? Si mi cariño por tí no fuera verdadero, te dejaria...

—Eso no es una prueba.

—¿Quién me obliga á otra cosa?

—El miedo.

—¿De qué?

—De que yo te rompa una costilla: sabes ya que no soy manco y que me la paga bien el que me la hace.

—¡Ah!...

—No empecemos con lagrimitas; guárdalas para don Juan para engañarlo hasta que lo quitemos de en medio...

—Siéntate aquí, Paco...

—Me siento, sí; pero déjame ahora de fiestas, que tengo mucho en qué pensar, y hablemos: este es el último negocio y no es cosa de echarlo á perder, porque si se pierde, nos perderemos nosotros tambien por toda la vida, ¿lo entiendes?

—Tienes razon.

—Luego nos sobrará tiempo para divertirnos: ahora vamos á lo que interesa.

—Como quieras, Paco.

—Nada le has dicho á ese hombre de las probabilidades que hay de que Antonio se emborrache mañana y cante.

—No, porque al decirle eso habria visto menor el peligro, tanto para él como para mí, y esto quitaba valor á mi sacrificio de quedarme y arrostrarlo todo por él.

—Hablas como un libro.

—¿Estás contento de mí?—preguntó Rosina llena de satisfaccion por haber agradado una vez á su amante.

—Sí, con tal que no me engañes como á ese pobrete.

—¡Otra vez tus dudas!—dijo Rosa exhalando un suspiro.

—No, no dudaré, creeré todo lo que quieras, si así no has de suspirar ni gemir...

—Paco...

—Te he dicho que no estoy para lagrimitas... Vamos á otra cosa.

—¿Qué más quieres? Ya estoy contenta, mira, me rio.

—¿Qué piensas de ese otro mozo que anda tras de tí?

—¿Quién?

—El don Alejandro, que tiene trazas de un bribon.

—Nada, Paco, nada pienso de él; creo que no debemos meternos en más enredos. Ya sabes que al fin logró ayer encontrar medio de acercarse á mí.

—Sí, se valió de su amigo, ese trastuelo de vizconde, que está más perdido que las ratas: probablemente don Alejandro le habrá prestado dinero ó se lo habrá prometido: el vizconde quiere los cuartos para obsequiarte.

—Sea como quiera, no haré caso de ese ente mísero ni del otro.

—Me han asegurado que don Alejandro, si no es rico, maneja mucho dinero.

—Aun siendo así, ¿debemos abandonar á don Juan, que es negocio positivo?

—Puede atenderse á los dos.

—Es difícil.

—Pero no imposible, y lo que se le saque nos encontraremos.

—Nos falta el tiempo: quizás antes de quince dias nos iremos...

—En dos semanas puede hacerse mucho.

—Lo que quieras, Paco.

—Nada tenemos que arriesgar en esto: no se trata de ahogar á ninguna rubia, sino de estrujar un poco el bolsillo á ese bribon, que lo estruja á los pobres.

Rosina pareció meditar algunos instantes y luego dijo:

—Bien, déjame obrar en este asunto: exploraré bien el terreno y emprenderé el negocio si veo probabilidades de hacer algo que merezca la pena.

—Decídete, Rosa.

—Te he dicho que lo haré porque te empeñas en ello.

—Piénsalo, pues: yo me voy...

—¿Tan pronto?

—Quiero ver á Antonio: me dijo anoche que tenia otra vez el caballo un poco malo, y si hoy no hubiera podido salir con el coche creo que lo entusiasmaria para que fuésemos á la venta del Espíritu Santo á comer unos caracoles y un cabrito, lo cual quiere decir que beberá y hablará, como siempre le ha sucedido.

—Entonces no quiero detenerte.

—¿Tienes algunos cuartos?

—Sí, sí,—dijo Rosina, levantándose y abriendo el cajon del armario de que ya tenemos hecha mencion.

—Puede ocurrírseme...

—Gasta cuanto quieras, ya te lo he dicho...

—Para el negocio...

—Y para que goces y seas feliz... Toma, toma... ¿tendrás bastante?

—Sí, basta por hoy.

Paco recibió de manos de Rosina algunas monedas de oro.

—¿Quieres algo más?

—Nada, paloma...

—Paco...

—Te quiero á tí, ya lo sabes; pero no me hagas ninguna perrada, porque entonces ¡ay, Rosa! acabarias de vivir.

—La muerte de tu mano no me espanta: me verias espirar sin quejarme.

—Pero si te rompo un hueso ó te corto la cara y luego busco otra bribona como tú y te la paso y repaso por delante de las narices...

—¡Oh!—exclamó Rosina, retorciéndose los brazos.

Y sus ojos, extremadamente abiertos y centellantes como dos ascuas, fijaron una mirada de mortal angustia, de desesperacion en Paco.

—Me atormentas horriblemente,—añadió con voz reconcentrada.

—¿Por qué?

—Si algun dia dejas de quererme, mátame, Paco, mátame y te bendeciré al espirar; pero no des á otra tu corazon mientras yo viva,

porque esto seria quitarme lentamente la vida, ó lo que es peor, hacerme morir con una agonía lenta y espantosa.

—Todo eso es música celestial: guárdate de mis manos y vamos viviendo...

—¡Paco, Paco!...

—Adios, prenda...

—¡Ah!...

—Ya sabes que te quiero.

Salió Paco.

Rosina se consideró feliz en aquel momento...

¿Quién conoce el corazon de la mujer?

No lo estudieis, porque es tiempo perdido.

CAPITULO XII.

Donde se verá que no basta resistir la tentacion, sino que es menester huir de ella.

El que lucha se expone á ser vencido, aunque cuente con más valor y mayores fuerzas que su contrario.

Antonio se habia considerado fuerte, invencible, porque tratándose de su amigo Raimundo y de la cárcel, que tanto horror le inspiraba, creia que siempre saldria victorioso al luchar con la pícara tentacion del vino.

Además, sus entrevistas con Paco, la conducta de este, llegaron á inspirarle completa confianza, y creia que si alguien tenia interés en arrancarle su secreto no era ciertamente aquel amigo, que parecia completamente extraño á cuanto tenia relacion con don Juan y su cartera.

Paco no se habia convertido, no era de corazon un hombre verdaderamente honrado; pero lo era por su conducta de entonces, y por consiguiente, mientras nuevas circunstancias no lo obligasen á cambiar de vida, no era un hombre peligroso para los que con él tratasen.

Su honradez era de circunstancias, meramente temporal; pero al fin era honradez.

Así miraba Antonio la cuestion respecto al trato con su amigo, y

por eso habia concluido por comunicarse con él sin ninguna desconfianza.

El dia en que estamos habia sucedido lo que Paco esperaba.

Antonio no habia salido con el coche y estaba en la cochera medio aburrido, por no saber qué hacer, cuando su amigo llegó.

—¿En qué piensas?—le dijo Paco alegremente al entrar.

—Pensaba,—respondió Antonio, estrechando la diestra de su amigo, que es verdad lo que dicen, que somos animales de costumbre.

—¿Y por qué pensabas eso?

—Porque hoy me aburro de no trabajar.

—Lo creo.

—Todos los dias reniego del coche, porque no me deja una hora de descanso, y que sea de dia ni de noche, que llueva ni que haga sol, estoy siempre sobre el pescante; y hoy que la enfermedad del caballo me deja libre, no sé qué hacerme y me fastidio. Pensé irme á pasear; pero ¿adónde voy solo?

—Pues ya ves si eres afortunado, porque cuando menos lo esperabas...

—Sí, te apareces y me alegro.

—Yo tambien me aburria...

—Pues charlaremos...

—¿Y por qué no paseando?

—Paseando...

—¿No habias pensado salir?

—Sí.

—Pues nunca mejor ocasion.

—Está el dia frio...

—Pero sereno.

—Es verdad.

—Hace buen sol...

—Magnífico.

—Decídete y daremos un paseo bien largo.

—¿Por dónde?

—Por donde quieras.

—No sé...

—El caso es andar, calentarse al sol y hacer ganas de comer.

—Que me las ha quitado el fastidio, te lo aseguro.

—Entonces ¿qué te detiene?

—La pereza...

—Se quita andando...

—Vamos, pues.

—Toma un cigarro, es bueno...

—No tiene mala cara.

—Enciéndelo y vamos á tirar la colilla á media legua de aquí.

—Ya no tengo pereza.

—Si te cansas tomaremos un coche como el tuyo...

—¡Coche!—exclamó Antonio, como si le dijesen tormento.

—¿Qué te pasa?

—No me hables de coche.

Púsose Antonio su capa y su sombrero.

Paco habia tenido buen cuidado de no hablar de caracoles ni cabrito, para evitar que temeroso aquel de caer en la tentacion del vino se negase á salir.

Estaba, pues, andado el camino en su mayor parte.

Lo que faltaba, si bien era lo más esencial, se conseguiria fácilmente.

¿Cómo habia de resistir Antonio á vista de los que comian y bebian alegremente y con el apetito y la sed que debia producirle el paseo?

Era imposible.

Además, ya lo hemos dicho, no desconfiaba de Paco.

¿Qué le importaba á este don Juan cuando ni siquiera lo conocia?

—¿Adónde vamos?—volvió á preguntar Antonio cuando estuvieron en la calle.

—Adonde quieras.

Despues de algunas contestaciones, y como cediendo á las instancias de su amigo, Paco propuso al fin salir por la puerta de Bilbao, bajar por la ronda, atravesar el paseo de Recoletos y dirigirse á la venta del Espíritu Santo; pero sin manifestar la intencion de comer allí.

Aprobado el plan, pusiéronlo en práctica, y hablando de cosas indiferentes con la franqueza y alegría de dos antiguos amigos, llegaron despues de una hora al punto designado.

Excusaremos al lector la descripcion de aquel sitio árido, donde se levantan algunos miserables casucos de horrible aspecto, que son otros tantos bodegones lóbregos y sucios.

Allí, especialmente los dias de fiesta, acude mucha gente artesana á comer caracoles, corderos, cabritos y callos de vaca y á beber el popular vino *pardillo*, que encuentran delicioso, porque tiene la incomparable cualidad de venderse muy barato, permitiendo, por consiguiente, beber mucho con poco dinero. Los bebedores invaden aquellos aposentos, de paredes cuyo color es imposible definir, se disputan las mugrientas mesas y los toscos bancos, y comen, beben, rien y gritan en confusion infernal, mezclándose las amenazas y blasfemias de los que riñen con los groseros requiebros de los que van acompañados de mozas de rompe y rasga y con los desentonados cantares de los que se alegran con el vino.

La atmósfera es allí pesada, nauseabunda, como formada por tantos hálitos, por el humo del tabaco virginia, las evaporaciones del alcohol y los mil olores á ajos, aceite, carne y no se sabe qué más escapados de la cocina. Es una atmósfera que puede servir de emético para estómagos delicados y trastornar, sin haber bebido, una cabeza firme.

Sin embargo, estan bien, se divierten y gozan los que tienen costumbre de ir allí. Muchos abandonan el interior de las habitaciones y se colocan al sol cerca de las casas.

Por capricho ó por curiosidad suelen ir algunas personas cuyas costumbres no estan en armonía con los habituales concurrentes á la *Venta*: por nuestra parte no negaremos haber comido en aquellas mesas una pata de cabrito medio podrido, medio quemado, servido en una fuente de vidriado de Segovia, con un tenedor de no sabemos qué madera y un mantel de estopa, que prensado podia dar una buena cantidad de grasa, porque como la indolencia es signo característico del pueblo español, se sirve allí como hace un siglo, y se servirá mientras no vaya un extranjero, establezca otro bode-

gon y obligue con la competencia á salir de su paso á los antiguos.

Antonio y Paco se detuvieron junto á la puerta de una de aquellas casas.

—Estoy cansado,—dijo el maton.

—Yo tambien.

—Y además el paseo me ha producido un hambre más que regular.

—A mí tambien,—respondió Antonio, aspirando con placer el olor que salia de la casa.

—¿Y por qué,—dijo Paco, despues de echar una mirada al interior del bodegon,—hemos de aguantar el hambre? Tú no has comido, yo tampoco, nadie nos aguarda y no tenemos más que dar un paso para encontrar una gran comida... ¿Qué dices á eso?

—Digo que... es verdad... Sale un olorcillo tan agradable...

—¿Te parece buena la idea de comer?

—¡Oh!... comer cuando se tiene hambre...

—Y espera un cordero asado...

—Pero...

—Comamos, Antonio, que los hombres de bien comen.

—No es ningun delito.

—Hoy, como es dia de trabajo, hay poca gente: estaremos anchos, sosegados, bien servidos, y pasaremos una hora sin pena y sin ofender á nadie.

En aquel momento salió de la casa un hombre con una bota grande al hombro, que por lo hinchada debia estar llena de vino.

—Pero,—dijo Antonio, mirando cariñosamente el repleto cuero, —comer sin probar el vino no es comer bien, y como hace mucho tiempo que estoy condenado á eso...

—Sigues hoy tu costumbre y bebes agua...

—Eso...

—Paciencia, Antonio. ¿No te has propuesto dejar para siempre el vino?

—Sí.

—Pues cumple tu propósito.

—En ocasiones como esta es difícil.

—Es muy fácil para tí, que eres hombre de mucha voluntad. Además, yo te ayudaré no dejándote que lo pruebes.

Antonio vaciló, que era lo mismo que estar ya vencido.

—Bien,—dijo despues de algunos instantes,—comeremos, y si me empeño en beber, te doy licencia para que me pegues.

Pensó el buen Antonio, y con razon, que aceptar el convite no era cometer una falta. ¿Habia de condenarse á no comer en compañía de un amigo, á no tener un rato de solaz en toda su vida, porque un marido hubiese intentado asesinar á su mujer? Era demasiado sacrificio, y sobre todo, un sacrificio estéril, sin objeto, pues sus distracciones nada tenian que ver con el secreto que se habia propuesto guardar.

En cuanto á beber, ya era otra cosa; y sin embargo, tampoco veia peligro en hacerlo entonces, puesto que la única persona que le acompañaba no conocia siquiera á don Juan y no podia, por consiguiente, hablar del crímen para sorprender el secreto.

Tranquilizada su conciencia y desechado todo temor, por parecerle pueril, y hasta necio, Antonio siguió á su amigo y ambos entraron en el bodegon, yendo á sentarse en el sitio más apartado y donde nadie habia, pues, como ya se ha dicho, por ser dia de trabajo era escasísimo el número de concurrentes, y los más de estos se habian colocado al sol fuera de la casa.

Paco pidió á gritos el cordero y un azumbre de vino, advirtiendo á Antonio que no se lo dejaria probar.

Bien pronto humeaba el cuadrúpedo sobre la mesa y un enorme jarro de espumoso vino hacia relumbrar los ojos del cochero.

Como el propósito de este era desconocido de la moza que los sirvió, habia puesto dos vasos de vidrio, que para Antonio estaban diciendo:

Llenadnos y vaciadnos.

Empezó la comida.

—¡Bien!—exclamó Paco.—Esta Manuela no tiene igual para asar un cordero. ¿Qué te parece?

—Me parece que los señores que no vienen aquí, no saben lo que es comer.

—Pero se atasca, Antonio, se atasca y es menester hacerle pasar,—dijo el maton, llenando su vaso y bebiendo garbosamente el contenido.—A tu salud, ya que no lo pruebas.

Antonio exhaló un profundo suspiro, hizo un esfuerzo, cerró los ojos y mordió con ira el pedazo de carne que tenia en la mano.

—Es bueno,—añadió Paco, lamiéndose los labios y castañeteando la lengua.

Y como si no advirtiese que mortificaba á su amigo, comió dos ó tres bocados y volvió á beber, diciendo:

—De aquí á la gloria.

Antonio hizo un gesto de desesperacion.

Empezaba á arrepentirse de su propósito, á vacilar, y sobre todo le ocurrió la idea de que habia cometido una torpeza imperdonable al adquirir con Raimundo el compromiso de guardar un secreto que en último caso nada le importaba al uno ni al otro, puesto que no les interesaba en ningun concepto el asesino ni su esposa, ni siquiera los conocian.

Que Raimundo, con su cabeza de poeta, se hubiese hecho voluntariamente personaje de aquel horrible drama, de cuyo desenlace no se podian esperar más que consecuencias muy desagradables, era cosa que al cochero se le alcanzaba fácilmente; pero él, que no aspiraba á figurar en sucesos novelescos, que no podia esperar en los sinsabores del desenlace ni el placer de que se viese halagada su vanidad por haber representado un papel de primer órden, él, á quien estaba reservado el papel de mero y oscuro personaje episódico, no tenia para qué tomar parte en el drama, y por haberlo hecho así se acusaba de tonto en grado superlativo.

La conversacion fué animándose.

Aunque la concurrencia era escasa, la atmósfera allí no dejaba de ser pesada, y Antonio, que desde mucho tiempo no entraba en tabernas ni bodegones, empezaba á sentir pesada la cabeza.

Paco habia hecho tambien lo posible para contribuir á que su amigo no se levantase sin haberse emborrachado, y para conseguirlo más fácilmente, como por casualidad, siempre que bebia dejaba el

jarro tan cerca de Antonio, que este percibia constantemente el olor acre del vino, produciéndole casi el mismo efecto que si lo bebiera.

En uno de los momentos en que ambos, en el colmo de su alegria, reian á carcajadas, cogió Paco el jarro, y como si distraido no pensase en lo que hacia, llenó los dos vasos y tomó el suyo.

La risa la habia producido el relato de una aventura amorosa de Antonio, en que la mujer resultaba chasqueada y en una situacion ridícula: el lance tenia mucho de soez y algo de brutal; pero esto precisamente era lo que le hacia ser gracioso.

—¡Bien!—exclamó Paco entusiasmado ó fingiendo que lo estaba. —Eres todo un hombre... ¡Por la salud de la pobrecita!...

—Justo es,—dijo Antonio, que poseido del asunto que trataba, se olvidó de su propósito de no beber y cogió tambien el vaso.—¡A su salud!

Y al par que su amigo, y sin saber lo que hacia, bebió con todo el afan de un sediento.

—¿Qué haces?—dijo Paco.

—¡Ah!—exclamó Antonio, brincando sobre su asiento como si le hubiese picado una avispa.

El vaso se escapó de sus manos y quedó un momento triste y abatido.

—Ten valor,—dijo Paco, como si se tratase de acometer una atrevida empresa.—Ya no tiene remedio.

Prorumpió Antonio en juramentos, y acusóse cien veces por su olvido, dejándose arrebatar por la ira.

—¿Por qué te desesperas?—le dijo Paco despues de algunos momentos.—No has cometido ningun crímen ni ese vaso de vino puede marearte.

—Es verdad, el vino que he bebido no me emborrachará; pero ya sabes lo que me sucede; en probándolo, no puedo dejarlo: ahora, conociendo el peligro, beberé, sí, beberé hasta perder la cabeza, y por beber seria capaz de todo.

—Pues bien, bebe: en último caso ¿qué te importa? No tienes ningun secreto que guardar como en otro tiempo, ni hay aquí quien

tenga interés en averiguar nada. ¿Qué temes, pues? Esto quedará entre nosotros, y aunque se supiese, nada tendrian que echarte en cara. Hablarás mucho; pero como de costumbre, todo lo que digas será sobre lo que te se pregunte. Ahora tratamos de mujeres: ¿tienes interés en ocultarme algo sobre este punto?

—No.

—¿Guardas algun otro secreto? Si es así, dímelo, porque te dejaré solo: no quiero saber lo que no me importa.

—¡Secretos yo!... Ninguno, Paco. Cuando no estoy sobre el pescante, duermo ó limpio el coche y el caballo: esta es mi vida... ¿Qué secretos he de tener?

—Pues entonces...

—Te sobra la razon: no sé por qué me apuro...

—Bebamos, Antonio, y prosigue contándome la aventura que tanto me hacia reir...

—Sí, bebamos...

Los vasos se llenaron y vaciaron dos veces seguidas.

El cordero estaba destrozado y comido en su mayor parte.

Paco llamó y pidió aceitunas y sardinas asadas.

Y pocos momentos despues la conversacion volvió á ser animada y alegre.

Al parecer nada debia temer Antonio; sin embargo, no estaba completamente tranquilo.

El jarro fué llenado por segunda vez.

Los brindis se repetian.

Al fin empezó el vino á hacer sus efectos en la cabeza de Antonio, es decir, que el cochero empezó á ser indiscreto en su afan de hablar.

Relucíanle los ojos como dos ascuas y reia sin cesar.

Paco creyó llegado el momento oportuno.

Interrumpió hábilmente la conversacion para encender un cigarro y hacer que su amigo encendiera otro, y despues, como si prosiguiese hablando sobre lo mismo de que se trataba, dijo:

—Me parece que haces mal en eso.

—¿En qué?—preguntó Antonio con alguna extrañeza.

—En lo que me dices de tu plan,—repuso el maton, volviendo á llenar los vasos.

—Pero ¿de qué plan?

—Cualquiera creeria que estás borracho...

—Pues no lo estoy; pero...

—El plan es el que ya has empezado á poner en práctica, guardando los paraguas y la cartera.

Antonio miró á su amigo; pero este, con la mayor naturalidad, tomó un vaso y dijo:

—Bebamos; se seca el paladar...

—Sí... bebamos... Te confieso que si Adan no tenia vino en el Paraiso, casi debió alegrarse de salir de allí.

—Soy de tu opinion... Pues como te decia, el guardar la cartera y los paraguas es peligroso por un lado y tonto por otro.

El cochero no se sorprendió esta vez.

—¿Y por qué es tonto?—preguntó.

—Porque el marido es rico, te daria cuanto le pidieses por esas prendas, y el no hacerlo...

—Comprendo la tontería... ¿Y el peligro?

—Tú eres un estorbo para ese hombre, que deseará que te mueras, que te maten...

—No sabe quién tiene su cartera.

—Antonio, soy tu amigo leal...

—Ya lo sé.

—¿Quieres que te dé un consejo?

—Sí.

—Vende la cartera á su dueño...

—Si no hablaras tanto,—dijo Antonio, cuyas pupilas poco antes tan relucientes, iban perdiendo su brillo,—si no hablaras tanto y me hubieras dejado acabar... Bebamos, Paco...

—Cuidado con la cabeza.

—La tengo firme.

—Pues á la salud del marido...

—A la salud de la mujer, que dicen que es muy bonita.

Antonio bebia cada vez con más afan.

Los efectos de la embriaguez empezaban á notarse en la dificultad con que pronunciaba algunas palabras y en la frecuencia con que repetia muchas frases.

—Pues bien,—dijo,—tu consejo... ¿estás, Paco?... tu consejo llega tarde, y siento mucho, muchísimo lo siento, no poder tomarlo, porque... ya ves... confieso que desde que soy hombre honrado, me he vuelto algo tonto, y... De seguro el marido me hubiera dado una talega por la cartera y los paraguas: yo nada perdia, ¿es verdad, Paco?

—Nada, puesto que te proponias callar.

—Eso es: tú no te has entontecido como yo... Callar de balde y haciéndose un enemigo, ó callar por una talega y haciéndose un amigo... Soy un animal... Llena esos vasos... Esto es gloria... Estoy arrepentido...

—Aun es tiempo...

—Déjame concluir, Paco, déjame y no seas tan hablador...

—Callo.

—Te digo que ya es tarde.

—¿Por qué?

—¿Crees tú que Raimundo me devolverá la cartera y los paraguas?

Paco no acertó á contestar: lo que acababa de oir le produjo un efecto inexplicable. Habia otra persona que poseia el secreto y tenia interés en guardar las pruebas del crímen.

¿Quién era aquel Raimundo?

—Repito,—dijo al fin Paco, que por un momento creyó sentir sobre su espalda la mano de un agente de policía,—repito que no lo entiendo.

—Pues eres muy torpe.

—¿No se quedaron en tu coche los paraguas y la cartera?

—Sí.

—¿Con qué derecho quiere guardarlos Raimundo?

—Con el de la amistad.

—¿Sabes para qué quiere esas prendas?

—Para que no me comprometan.

—Te equivocas.

—No lo conoces, Paco; no sabes lo que Raimundo me quiere; es mi verdadero amigo, aunque he sido su criado...

—Pues á pesar de todo eso, Raimundo hará con la cartera lo que tú no has hecho...

—Raimundo, aunque no es rico, tiene con que comer, y además ¿lo entiendes? como es poeta, no piensa como nosotros...

—¡Poeta!... Con buena gente te has metido: son peores que el cólera...

—No ofendas á Raimundo...

—No lo ofendo.

—Si supieras que Raimundo no necesita la cartera para hacer mucho daño al marido...

—¿Tiene pruebas?

—Lo vió aquella noche... él lo vió enviar á su mujer el recado y luego... lo vió esperarla, y los vió entrar en el coche, y oyó lo que hablaron antes...

—¡Ah!...

—¿Qué te parece?

—Pero la prueba...

—Eso basta para que lleven al bribon del marido al Saladero.

—Sí, pero...

—Te digo, Paco, que... en fin... te digo que Raimundo es todo un hombre y... ¿Si lo conoceré yo?... Ya ves... nos hemos criado juntos...

—Pues bien,—interrumpió Paco, cuya inquietud se aumentaba,—es preciso que lo sepas todo...

—Ya ves si lo sé...

—Ignoras lo mejor.

—¡Bah!...

—Raimundo te engaña...

—Estoy tranquilo.

—¿Sabes el interés que tiene en todo eso tu amigo?

—Que su corazon es muy noble y se duele de esa pobre señora...

—Raimundo es el amante de esa mujer...

Este golpe no produjo efecto.

Antonio se encogió de hombros, se sonrió y dijo:

—¿Y qué?

—Que haces un papel...

—El papel triste lo hará el marido.

—Y tú, que sin saberlo...

—Ahora lo sé, y me alegro de haber favorecido á Raimundo. ¿No dices que ella es muy hermosa?... Pues me alegro, me alegro, Paco. Yo le debo mucho á Raimundo y me alegro...

—Pero te ha ocultado...

—No tiene obligacion de decirme esas cosas: yo tampoco le digo nada de eso... Me alegro, Paco, me alegro... Ahora quiero más á Raimundo, porque me gustan los hombres traviesos... Llena el vaso, voy á beber á su salud...

Antonio bebió sin que Paco hiciera lo mismo.

—Hablemos sériamente.

—No hablo de broma,—dijo el cochero, restregándose los ojos.

—Pero te olvidas de lo que te conviene.

—Explícate.

—¿No es Raimundo tu amigo?

—Verdadero...

—Pues bien; si tanto te quiere, que te dé la cartera y los paraguas para que tú puedas sacar el dinero al marido.

—Has de saber, Paco, has de saber que... si yo propusiera eso á Raimundo, con sus ideas, me despreciaria, y no seria más mi amigo...

—¿Tan delicado y tan escrupuloso crees que es quien no respeta á la mujer ajena?

—En asuntos de amores...

—Te equivocas, Antonio.

—Además... puesto que Raimundo es amante de esa mujer... ya ves... le conviene tener medios de sujetar al marido, porque... ya ves... Paco...

—Entiendo.

—Voy á beber...

—Basta ya.

—Tengo... la cabeza firme... y... A la salud de Raimundo...

—Antonio...

—Otro vaso... por ella...

El cochero estaba enteramente embriagado.

Esto no le convenia al amante de Rosina: necesitaba saber quién era Raimundo, y queria que su amigo hablase más.

Los momentos eran preciosos.

—Bien,—dijo Paco;—puesto que te empeñas en ser tonto...

—Soy leal...

—No hablemos más de esto...

—Sí... hablemos... quiero hablar...

—Para que no te expliques...

—Ya ves... ¿no... me explico?... me parece... ya ves... pues... creo que... me explico...

—No has dicho todavía...

—¿Qué?

—¿Quién es ese Raimundo?

—Déjame hablar...

—Pero... ¿quién?—repitió con impaciencia Paco.

—Es... el hijo... de nuestro amo... su hijo...

—Yo no tengo amo...

—El amo de... de mi padre... y...

—Estás muy pesado.

—Déjame hablar...

—¡Oh!... Acaba... ¿Quién es Raimundo?

—Es,—dijo Antonio, colocando en la mesa los brazos y dejando caer en ellos la cabeza,—es Raimundo... es...

—Pero su apellido...

—Su apellido... es claro... el mismo de su padre... el mismo...

—¡Antonio!—gritó Paco, sacudiendo rudamente á su amigo.

—Déjame... hablar...

—¡Oh!...

—Vino...

—Pero Raimundo...

—Déjame... hablar... ha...blar...

—Levanta la cabeza... Nos vamos...

—Vino... ven...ga... vino,—dijo Antonio con voz apagada.

—Mira á Raimundo...

—Vino...

Paco, desesperado, sacudió repetidas veces al cochero sin conseguir más sino que este cayese sobre el banco en que estaba sentado y quedase profundamente dormido.

Era inútil perder más tiempo.

No quedaba otro recurso que la paciencia y emprender nuevas averiguaciones, espiando á Antonio hasta saber quién era el llamado Raimundo, dueño de las pruebas del crímen y del secreto con todos sus detalles.

El cochero no hablaria otra vez de aquel asunto, porque cuidaria de no emborracharse más, huyendo de la tentacion del vino antes que luchar imprudentemente con ella.

Sin embargo, el dia no se habia perdido, y Paco, aunque con más temor que nunca, se lisonjeaba de su habilidad y daba gracias á su buena estrella.

Nada tenia ya que hacer en el bodegon el amante de Rosina, y pagó el gasto, saliendo y encaminándose apresuradamente á Madrid, mientras Antonio dormia como un liron.

E. Zarza, dibº y litº

Lit. d. Donon. Madrid

„Vino ... venga ... vino ...

CAPITULO XIII.

Despues del banquete.

Más de dos horas pasó Antonio entregado al sueño producido por la embriaguez.

Al despertar se restregó los ojos, hinchados aun, y miró á su alrededor con alguna extrañeza, sin ver más que los restos del banquete, esparcidos por la mugrienta mesa.

Como si contase uno á uno los huesos, espinas y manchas de vino que cubrian el sucio mantel, miró atentamente y por espacio de algunos instantes todo aquello, y dijo:

—Pero ¿no he comido con Paco? ¿Dónde está?... Sí, hemos venido juntos y hemos comido y bebido... ¡Oh!... El vino me trastorna; pero tengo la fortuna de acordarme luego de todo... ¡Muchacha!—gritó al mismo tiempo que golpeaba con el puño la mesa.

La sirviente se presentó.

—¿Qué se ofrece?—dijo.

—¿Y mi compañero?—le preguntó Antonio.—¿Se ha ido?

—Hace más de dos horas que pagó y se fué.

La frente de Antonio se contrajo y su mirada se tornó sombría.

Luego apoyó los codos en la mesa y dejó caer la cabeza entre las manos, oprimiéndose las sienes.

Así permaneció algunos segundos, inmóvil y como si solo se ocupase en reunir sus recuerdos.

Al fin se escapó de su boca una imprecacion horrible, levantóse y salió precipitadamente del bodegon, con los ojos chispeantes de ira.

De todo se acordaba.

No le quedaba duda de que se le habia tendido un lazo infame.

La conducta de Paco, tan sencilla en apariencias hasta entonces, se explicaba con facilidad. El traidor amigo era ni más ni menos que un cómplice de don Juan Hurtado.

El secreto arrancado con tanta habilidad al cochero, podria poner en peligro hasta la vida de Raimundo, porque el maton, como todos los cobardes criminales de su especie, era de los que profesan como principio de conducta y regla de prudencia, aquello de que hombre muerto no habla.

Antonio se detuvo despues de haber corrido un buen treho hácia Madrid.

El aire frio de la tarde habia acabado de despejar su cabeza, y pudo apreciar en todo su valor el engaño de que habia sido víctima.

Tenia sobrado entendimiento y conocia bastante á los criminales que en otro tiempo fueron sus amigos, para que se le ocultase ninguna de las consecuencias que podia producir su debilidad al caer en la tentacion de emborracharse.

Verdad que cualquiera, por astuto que fuese, habria caido en el lazo.

Pero esto no podia consolar á Antonio ni tranquilizarle.

Semejante consideracion podia ser á lo más una defensa si se le acusaba de torpe; pero no evitaria los males que pudieran sobrevenir.

Quien más peligro corria era Raimundo, y esto precisamente era lo que desesperaba al cochero.

—¿Quién sabe,—decia mientras apretaba los puños con rabia,—quién sabe si he sentenciado á morir á mi querido amigo?... ¡Oh!... Raimundo tiene derecho á matarme, á despreciarme, á escupirme á la cara... ¿Y qué haré, Dios mio, qué haré?... ¡Si tuviese aquí á ese miserable que me ha engañado!... No peligraria entonces el secreto,

porque moriria con él; sí, lo mataria, aunque yo me perdiese, para salvar á Raimundo.

Antonio volvió á emprender la marcha; pero con más lentitud.

Llevaba los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Las dudas sobre lo que debia hacer y los temores de lo que podia suceder, le atormentaban.

Tan absorto iba en sus desagradables pensamientos, que era extraño á cuanto pasaba á su alrededor.

Cuando hubo entrado en Madrid, siguió maquinalmente por la calle de Alcalá, entró por la del Barquillo, Infantas y Hortaleza, y continuó como guiado por el instinto hasta llegar á la puerta de su habitacion.

Detúvose allí.

—Pero ¿qué he de hacer, qué he de hacer?—se preguntó.

Y como respondiéndose, dijo despues de algunos instantes:

—Preciso es que todo lo sepa Raimundo; debo confesarle mi falta, por mucho trabajo que me cueste: así estará prevenido y será más difícil que lo sorprendan.

Antonio podia tener cien veces la debilidad de emborracharse; pero no era posible que fuese desleal á su mejor amigo.

Resuelto, pues, á cumplir con su deber, se encaminó á casa de Raimundo, encontrando á este, que estaba meditabundo más que de costumbre desde que descubrió quién era la autora de la carta.

La habitacion del amigo de Antonio era excesivamente modesta: consistia en un reducido gabinete y una alcoba.

En esta tenia la cama.

En aquel no habia más que una mala mesa llena de papeles, una cómoda peor, y algunas sillas, casi todas ocupadas con ropa.

Aunque la extrañó, no le dió Raimundo importancia á la visita del cochero.

Este cerró la puerta, se dejó caer en una silla, se quitó el sombrero y se limpió el sudor que inundaba su frente.

No pronunció una palabra, ni para saludar á su amigo, porque no sabia cómo empezar la conversacion.

A pesar de que la luz era escasa, porque empezaba á ocultarse el sol, podia verse la contraccion y palidez de su rostro.

—¿Qué te sucede?—le preguntó Raimundo.—¿Qué te trae mohino hasta el punto de que ni siquiera me saludas?

—¡Oh!... Es...

—¿Te ha despedido el amo?... No te apures por eso, que aquí tienes otro.

—Es que...—balbuceó Antonio.

—El venir á estas horas me prueba que ya no eres cochero...

—Sí lo soy; pero... está enfermo el caballo...

—¿Eso te aflige?... Un dia de descanso...

—Harto me pesa.

—¿Necesitas dinero, Antonio? Si en eso consiste tu apuro, tranquilízate; llegas en buena ocasion... Tengo cubiertas todas mis obligaciones del mes... Levántate, abre ese cajon de la cómoda, el de arriba, y á la derecha encontrarás...

—No busco dinero.

—Entonces, explícate... Empiezas á ponerme en cuidado...

—Con razon,—murmuró Antonio, sin atreverse á mirar de frente á su amigo.

—¡Demonio!... Ahora advierto que estás pálido, agitado... ¿Qué te sucede?

Volvió el cochero á limpiarse el sudor, abrió dos ó tres veces la boca para hablar, sin encontrar palabras, y nada dijo al fin.

—¡Oh!—exclamó Raimundo con tono de impaciencia.—¿Quieres acabar de explicarte? ¿Qué te ha sucedido, qué peligro te amenaza?

Antonio hizo un esfuerzo sobrehumano, como si él mismo fuese á arrancarse el corazon, y apretando los puños con toda la violencia de su reconcentrada ira, dijo con voz ronca:

—¡Me he emborrachado!

—¡Gracias á Dios!—replicó Raimundo, respirando como si le hubiesen quitado un enorme peso.—¿Y es esa toda tu desgracia?

—¿No es nada?

—Creo que puedes tranquilizarte.

—¿Pero no comprendes lo que eso significa?

—Sí, que has faltado á tu propósito á pesar del miedo á la cárcel y de mis recomendaciones...

—No, Raimundo, no es eso todo lo que significa haberme emborrachado...

—Que has bebido, has perdido la cabeza...

—Eso es, que he perdido la cabeza y se me ha ido la lengua...

—¡Antonio!...

—Mátame, Raimundo, mátame y me harás un favor,—dijo con desesperacion el cochero.—Merezco que me desprecies...

—¿Es decir, que el secreto?...

—Sí, he descubierto mi secreto y el tuyo...

—¡Oh!...

—He sido engañado por un miserable cómplice del asesino, por uno de mis amigos de otro tiempo... No quiero excusarme, no quiero decirte cómo ha sucedido esto, porque no se me debe perdonar. Todo lo saben: que el coche era el mio, que te he entregado la cartera y los paraguas, que los observastes la noche del suceso, que eres mi amigo desde la niñez y que tienes un corazon grande y noble.

Raimundo, como si no escuchase á su amigo, se puso á pasear por el gabinete.

—Pero no te tocarán,—prosiguió Antonio,—no te tocarán á un cabello sin antes matarme. Hoy me despediré de mi amo, me vendré á vivir contigo, no me separaré un instante de tu lado, velaré mientras duermas y no te sorprenderán. Todo eso es menester, y más aun, tratándose de semejante canalla: son unos cobardes asesinos, y te perseguirán en todas partes y á todas horas te acecharán para cerrarte la boca de una puñalada. Los conozco bien, he vivido entre ellos.

—No te desesperes,—dijo Raimundo despues de algunos momentos.—Has cometido una imprudencia, es verdad; pero ya ha sucedido así, y no hay más que tener paciencia. Tanto peligras tú como yo...

—No te ocupes de mí...

—Preciso es pensar en todo para evitar el golpe.

—Evitar el golpe de un traidor...

—Nos buscarán...

—¿Quién lo duda?

—Pues bien, yo los buscaré antes, hoy mismo...

—¿Qué intentas?

—Ya lo sabrás. Ahora, refiéreme lo que te ha sucedido, cómo han podido engañarte, todo, absolutamente todo, sin dejar el detalle ni la circunstancia más leve.

Antonio obedeció, refiriéndolo todo y añadiendo el nombre y señas de Paco.

Raimundo volvió á meditar.

—Bien,—dijo al fin:—estoy decidido, iré á ver á don Juan Hurtado.

—¿Estás loco?

—No.

—¿Acabarás de descubrirte? Ya te he dicho que aun no saben más sino que te llamas Raimundo; pero no tu apellido ni dónde vives...

—Pronto lo averiguarán.

—Ganaremos ese tiempo...

—Además, Antonio, yo no tengo para qué ocultarme, sino ellos de mí.

—Tú debes huir de ellos para evitar...

—Lo evitaré, haciendo comprender á don Juan á qué debe atenerse con respecto á nosotros.

—Otra cosa seria más breve y más segura.

—¿Cuál?

—Entregar al juez la cartera y los paraguas y decirle la verdad...

—Eso seria una delacion, y ningun hombre que se estima en algo, puede ser delator sino por defenderse, por salvarse ó salvar á un inocente.

—Para defendernos lo propongo...

—No es menester, no ha llegado el último apuro. Además, ya sabes que quiero respetar la voluntad de esa desgraciada mujer: lo que ella no ha creido conveniente hacer, no debemos hacerlo nosotros.

—Me someto á tu voluntad... Díme ahora si es conveniente que yo me venga á vivir contigo.

—Sigue como hasta aquí: veremos despues lo que conviene.

—Así lo haré.

—Ahora voy á ver á don Juan.

—Te acompañaré.

—Como quieras.

—Estaré más tranquilo. Ya sé que no conoces el miedo: pero por lo mismo es más fácil que te acometan traidoramente. Te esperaré á la puerta de la casa.

—Debo advertirte que si encuentras á tu traidor amigo...

—¡Oh!... entonces...

—Lo dejas, porque intentar castigarlo seria empeorar nuestra situacion, que no es hoy tan mala.

—Te obedeceré ciegamente.

Callaron, y sin volver á dirigirse la palabra, salieron y se encaminaron á casa de don Juan.

El paso era atrevido, imprudente quizás; pero Raimundo no veia en aquellos momentos peligro alguno; impulsábalo su corazon, iba á penetrar en la morada de Isabel, tal vez á verla...

No pensaba en otra cosa, porque estaba enamorado.

CAPITULO XIV.

De cómo demostró don Juan Hurtado toda su refinada astucia, y Raimundo toda la imprudencia de un enamorado.

La criada que abrió la puerta á Raimundo pareció vacilar en dar á su amo aviso.

—Tome usted,—le dijo el amigo de Antonio, dándole una tarjeta;—désela usted sin cuidado alguno, que cuando sepa quién soy me recibirá.

—Es que tiene visita...

—Me esperaré, no tengo prisa.

Desapareció la criada y pocos segundos despues volvió diciendo:

—Entre usted, caballero, entre usted.

Y guió á Raimundo hasta el despacho de don Juan.

La lámpara que alumbraba el aposento tenia una pantalla bastante grande, y además otra de seda verde, que habia colocada sobre la mesa, dejaba en casi completa oscuridad el sitio donde estaba don Juan Hurtado.

Este, al ver á Raimundo, se puso de pié, pudiendo entonces vérsele el rostro; desplegó una sonrisa dulce, pero melancólica, como quien está agobiado por un dolor profundo, y sin embargo desea mostrarse atento y agradable á los demás, y señaló la silla que estaba frente á él al otro lado de la mesa.

Raimundo saludó grave y cortesmente y se sentó.

La luz dió de lleno en su rostro, que estaba pálido y ligeramente contraido.

El asesino volvió á ocupar su sillon y á quedar envuelto en la sombra de la doble pantalla.

—Caballero,—dijo,—aunque me es desconocido el nombre de usted, y por tristes motivos excuso estos dias cuanto puedo ver á nadie, como me han dicho que le traia á usted un asunto de importancia...

—No, no he dicho semejante cosa,—replicó Raimundo,—sino que creia que mi nombre bastaria para que usted me recibiese.

—Los criados son torpes... Pero no importa: ello es que usted deseaba hablarme y yo tengo mucho gusto en haberlo recibido.

—Creí que conoceria usted mi nombre...

—No tengo ese honor...

—¿No le han hablado á usted hoy de mí, de un Raimundo?...

—Nadie,—respondió don Juan con la mayor sencillez.

Raimundo fijó una mirada penetrante en el asesino; pero la sombra de las pantallas no le dejó ver más que los contornos vagos de las facciones de este, que no se habian alterado.

—Caballero,—dijo,—no he venido para que entablemos una lucha de palabras inútiles, ni para que usted me pruebe que vale mucho para disimular.

—Perdone usted,—replicó don Juan sin alterarse;—pero no lo entiendo, y aunque parece algo ofensivo lo que me dice usted...

—No es posible,—repuso Raimundo con su habitual franqueza y energía,—no es posible que haya dejado de venir esta tarde el cómplice de usted y de Rosina; pero si así ha sucedido, no importa: yo diré á usted todo lo que él pudiera decirle, y mucho más.

—Si en el porte de usted y en su cara,—dijo don Juan,—no reconociera á un hombre bien educado y de recto juicio, creeria que me hablaba un loco. No conozco á las personas á quienes ha nombrado; no se me alcanza lo que significa eso de cómplice, tratándose de mí... ¿Quiere usted explicarse con claridad?

—Lo haré en pocas palabras...

—Tanto mejor.

—Yo soy la persona que tiene en su poder la cartera y los paraguas que quedaron en el coche donde usted intentó asesinar á su esposa...

—¡Caballero!—interrumpió don Juan.

—Prosigo...

—Esa horrible calumnia...

—Nada le importe á usted; si lo que digo no es verdad...

—Es por lo menos imprudente...

—Sin embargo,—replicó Raimundo con energía,—seguiré, puesto que usted se obstina en negar, en fingir que no me comprende, en asegurar que no conoce usted á Rosina, de quien hay una carta en la cartera de usted, que no conoce al miserable que ha abusado de la embriaguez de mi amigo el cochero tan buscado, y que ignora usted que yo lo espié la noche de su crímen desde que se guareció de la lluvia en un portal oscuro de la calle de Isabel la Católica...

—Basta, basta,—interrumpió don Juan, cuyo rostro cambió de expresion.

Y levantándose corrió á la puerta, la abrió, miró si alguien habia por allí, que pudiese haber escuchado, y tranquilo, porque á nadie se veia ni oia, volvió á su asiento.

—Ahora,—añadió con una tranquilidad y un cinismo que turbaron á Raimundo,—hablemos con claridad. Yo necesitaba convencerme de que era usted el verdadero dueño del secreto y de las pruebas. Lo sé todo, porque me lo ha contado Paco... ¿Quiere usted que terminemos este asunto?

—Sí.

—Pues lo haremos en breve: es demasiado enojoso para tratarlo con calma.

—Soy de la misma opinion,—dijo Raimundo, aturdido de ver tan repugnante cinismo, que comprendia menos que el crímen de que se hablaba.

—¿Trae usted las pruebas de mi crímen?

—No...

—Bien, no importa; las traerá despues, porque supongo que solo

dos motivos pueden moverle á guardarlas, y como el uno lo dejo á un lado, porque tengo fé ciega en la virtud de mi esposa, me fijo en el otro y espero que nos entenderemos.

—Ahora soy yo quien necesito explicaciones, porque...

—¿Cuánto quiere usted por la cartera y los paraguas?

Raimundo lanzó una mirada ardiente de cólera y desprecio al asesino.

—¿No ha pensado usted,—añadió este sin alterarse,—venderme esas pruebas?

—Es usted un miserable, que no puede inspirar más que desprecio.

—Eso no es del caso,—repuso don Juan;—seré cuanto usted quiera... Quedamos en que no busca usted dinero, que no le mueve el interés vil, como le llaman con bastante hipocresía los que más ambicionan. Entonces no se me alcanza que haya usted guardado esas pruebas más que por una razon...

—Bien noble.

—Muy noble; pero que me hace dudar de la severa virtud de mi mujer...

—¡Don Juan!...

—No se enfade usted: yo, que debiera alterarme, estoy tranquilo...

—Acabemos.

—Eso deseo... ¿Qué es lo que quiere usted? No será avisarme que me vá á delatar...

—No.

—¿Entonces?...

—Vengo á decir á usted que haré uso de esas pruebas si intenta usted algo contra su esposa.

—Si no es más que eso está usted complacido: seguiré siendo el mismo de siempre con ella, no la molestaré en lo más leve y le dejaré, como antes, completa libertad.

—He de imponer otras condiciones.

—Sepamos.

—Dejará usted el trato con Rosina...

—¡Oh!...

—¿No acepta usted?

—Creo,—repuso don Juan,—que eso no le importa á usted, ni á mi esposa, de quien viviré separado, aunque en apariencia unido.

—Sí, importa á su desgraciada esposa, porque es madre y no quiere que se disipe el patrimonio de su hijo.

—Me pide usted demasiado...

—No conceda usted.

—¡Oh!... Dejar á Rosina, á quien amo hasta el punto de ser por ella criminal... Me parece imposible; pero lo haré si usted me obliga, lo haré.

—Cuidado, don Juan, que no es fácil engañarme...

—Puede usted ponerme un espía, y si falto á mi palabra...

—Bien, y en cuanto á su esposa de usted...

—Es más difícil que pueda usted saber mi conducta, lo reconozco; pero como trato tambien de cumplir lo estipulado, estoy dispuesto á dar toda clase de garantías...

—Sepamos.

—Me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Puede usted hacerse amigo de la familia, es decir, de nosotros, y particularmente de mi mujer, á quien, si usted quiere, puede revelarle el secreto de que es usted dueño de las pruebas de mi crímen.

Raimundo meditó algunos instantes: no veia ningun peligro en la proposicion; solamente se presentaba á sus ojos la dicha incomparable de tratar á Isabel, aunque tenia la intencion de respetarla.

—Bien,—dijo sin reflexionar mucho, porque solamente habia consultado á su corazon,—acepto la idea, aunque no quiero que sepa su esposa de usted que tengo las pruebas del crímen.

—Entonces, yo indicaré á usted cómo ha de llegar á ser uno de los amigos de confianza en mi casa, porque no le conviene á usted que yo le presente á mi esposa; desconfiaria, no puede esperar de mí nada bueno.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos de don Juan.

Habia concebido un plan inícuo, y Raimundo, enamorado y ciego, se prestaba admirablemente á secundar las miras del asesino, miras

que, repetimos, encerraban un plan tan inícuo cuanto era depravada su alma.

No habia criminal instinto, repugnante pasion, que no abrigase aquel hombre.

Raimundo no acertaba á explicarse lo que veia ni lo que sentia: puede decirse que estaba completamente aturdido.

Habia creido ver á don Juan anonadado por el miedo ó provocando, en cualquier sentido, una lucha tenaz.

Pero ni lo uno ni lo otro habia encontrado el noble jóven, y era consiguiente su sorpresa y tras esta el aturdimiento, como es natural que suceda cuando se espera poner la mano sobre algo y se encuentra la nada.

El cinismo de don Juan no podia producir en Raimundo más que una repugnancia que le hacia desear poner término cuanto antes á la conversacion.

Además, la idea de ver con frecuencia á Isabel, de ser su amigo, quizás su único amigo, y el depositario de su confianza, y ser su guardian y su defensor, la idea de esto, repetimos, era otra de las causas del trastorno de nuestro jóven, que no habia esperado tanta dicha, que no creia poder alcanzarla sino despues de mucho tiempo.

Nada, pues, tenia ya que hacer allí.

Se habia encontrado una felicidad que no esperaba, que no buscaba, porque la creia un imposible; se habia evitado una lucha desagradable, que temia.

Y en todo esto, alucinado por su amor, no vió, no sospechó siquiera que se le tendia un lazo, y que iba á caer en él como Antonio cayó en el tendido por su falso amigo Paco.

Como era consiguiente, la conferencia duró poco.

Don Juan indicó á Raimundo los medios de que podia valerse, bien sencillos por cierto, para entrar en la casa como un amigo y tener buena acogida de Isabel, y luego añadió:

—Con respecto á Rosina, supongo que me permitirá usted verla alguna vez más.

—¿Con qué objeto,—preguntó Raimundo.

—Caballero,—repuso don Juan,—el amor de semejante mujer po-

drá ser indigno de un hombre que se estime en algo, no discutiré sobre este punto; pero ello es que la amo mucho, y que pedirme que la vea indiferentemente es un imposible. Por consiguiente, para evitarme el tormento de encontrarla sin buscarla, de verla quizás con otro, y sobre todo, para evitar el peligro de que el arrebato de la pasion me haga olvidarme de mi promesa, he pensado que lo mejor y más seguro es que ella deje á Madrid.

—¿Accederá á semejante deseo? En ninguna parte encontrará lo que en la córte...

—Es verdad; pero la obligará el peligro que corre, y más cuando yo le diga que así lo exige terminantemente mi esposa...

—Y yo.

—No se negará, esté usted seguro: podrá resistir; pero cuando yo le diga que de todos modos estoy resuelto á dejarla, cederá.

—Bien, puede usted verla una, dos ó tres veces...

—Me basta.

Raimundo se puso de pié.

—Caballero,—dijo don Juan con su acostumbrado melífluo acento, y tomando su rostro una expresion de profunda tristeza,—una pasion fatal me ha hecho cometer un crímen: no trato de sincerarme, y para usted seré siempre un criminal; pero estoy seguro de que el dia en que usted se sienta tambien dominado por una pasion, lo cual no le deseo, no me mirará con la repugnancia que ahora se pinta en su semblante... Tiene usted corazon, y de ello acaba de darme una prueba inequívoca... apelo á la nobleza de usted y le ruego que no me mire con odio, porque más bien merezco compasion.

—Yo no tengo odio para nadie,—respondió Raimundo, mirando á don Juan y encontrándolo menos repugnante.

El miserable asesino era un cómico sin igual.

Cuando el jóven salió á la calle se habia olvidado de Antonio, y este tuvo que ponérsele delante y llamarlo para que no se fuese solo.

—¡Ah!... Perdona, no me acordaba de tí...

—¿Qué tal?

—Bien, bien...

—Pero...

—Déjame algunos momentos; estoy aturdido... ¡Oh!... ¡Qué hombre, qué hombre!... ¿No es esto un sueño?

Entre tanto, una puertecilla que habia en un rincon del despacho, se abrió, saliendo el amante de Rosina.

—¿Lo has oido?—preguntó don Juan.

—Sí, señor,—respondió Paco:—no he perdido una palabra.

—¿Y comprendes?...

—Que lo ha engañado usted como á un chino, y que se la pegaremos.

—Pues bien, díle á tu señora...

—Ahora mismo iré á contárselo todo.

—Yo la veré más tarde.

—Pero lo que no entiendo es que ponga usted la casa á disposicion de ese mozo, porque al fin, el fuego junto á la estopa...

—¿Crees que esté enamorado de mi mujer?

—¡Bah!... ¿Quién lo duda?... Pero usted no tendrá celos, porque no le importará...

—Me importa ese amor, Paco, porque será nuestra salvacion y la perdicion de ellos...

—¡Ah!...

—Tengo mi plan.

—Voy entendiendo.

—No me basta abandonar á mi mujer y huir de ese nuevo enemigo, es menester inutilizarlos para que podamos vivir descuidadamente.

—Mire usted lo que le digo, don Juan,—repuso el maton;—como la justicia le ponga la mano á ese mocito, lo ahorca: yo conozco á los jueces: como tengan uno á quien sentenciar, aunque sea inocente, no buscan á otro, y lo sentencian. Por eso le han apretado el pescuezo á muchos que ni siquiera habian pensado ser malos. Y todo ¿por qué? Porque los jueces quieren lucirse.

—Paco, este mundo es una comedia... tomémoslo como es y vivamos lo mejor posible.

—Bien dicho...

—Adios...

—Hasta más ver.

CAPITULO XV.

Siguen las maquinaciones.

El plan de fuga convenido entre Rosina y don Juan habia sido aplazado, pero no desechado.

Nada tenian que temer, porque Raimundo, única persona que podia delatarlos, cumpliria su promesa de callar mientras no se le obligase á otra cosa.

Lo que convenia era engañar al jóven, inspirarle confianza, lo mismo que á Isabel, y cuando nada pudiesen estos sospechar, descargar el doble golpe que estaba meditado.

La dicha que don Juan se prometia, entregado á las delicias del amor de Rosa, no seria completa si tenian que vivir en extraño suelo, fugitivos y perseguidos: necesitaba ahogar la voz de los que podian acusarlo, hacer que apareciesen criminales los que eran inocentes.

Burlar la justicia huyendo, lo hacen los más vulgares delincuentes: librarse del peligro material de una prision, no es conseguir nada.

Un hombre como don Juan no podia contentarse sino con engañar al mundo, con que se reconociera su inocencia, se le respetara como honrado, y aun se le protegiera como víctima de alevosos enemigos.

En una palabra, el parricida esposo queria á toda costa que se trocasen los papeles.

La virtud sin tacha de Isabel, puesta ya en duda, debia quedar manchada: la abnegacion heróica de la infeliz al ocultar el nombre de su asesino, no debia ser para el mundo más que la ceguedad horrible de una pasion criminal.

A Raimundo se le reservaba el papel de amante celoso y brutal, egoista y cobarde, sin dignidad siquiera para seguir apartado de la mujer á quien habia intentado castigar con la muerte.

Empero para conseguir esto, era preciso recuperar las prendas que probaban la criminalidad de don Juan y Rosina y dar á los supuestos amores de Isabel y Raimundo un tinte de verdad que no dejase duda.

Seis dias habian transcurrido y el inícuo plan empezaba á ponerse en ejecucion con una habilidad admirable.

Rosina habia salido de Madrid, y de esto no quedaba duda á Raimundo, porque la habia espiado y la habia visto en la estacion del ferro-carril del Mediodia tomar un billete de primera clase para Valencia, despedirse de Paco, con lágrimas en los ojos y muestras de profundo dolor y abatimiento, y entrar en el carruaje y partir.

Tambien habia visto Antonio, que ayudaba en sus observaciones á su amigo, entregar por Paco en la oficina de equipajes los dos cofres *mundos* en que Rosina llevaba sus ropas y alhajas.

En el bullicio de la estacion á la hora de partir el tren habia sido fácil ver todo esto sin ser visto, ó creyéndolo así al menos.

Todos los muebles de la casa de Rosina habian sido vendidos á un prendero, y entregadas á su dueño las llaves del cuarto.

¿Cómo sospechar que era simulada aquella partida?

¿Cómo pensar que Rosina se arriesgaba á no separarse de su amante cuando se exponia á que la separasen á la fuerza y la encerrasen en un calabozo para exigirle la responsabilidad de su crímen?

A nadie le hubierra ocurrido semejante sospecha.

El mismo Antonio, por naturaleza astuto, y cuya astucia solia muchas veces convertirse en refinada malicia, creyó con toda su alma que el viaje de Rosina era una verdad.

Sin embargo del sigilo que exigia el plan, en cuanto á la falsa partida fué confiado el secreto á otra persona que en pocos dias habia conseguido adelantar mucho en la intimidad del trato con Rosina, si bien no habia logrado sus deseos.

Esta persona era Alejandro, que habia tenido bastante habilidad para ganarse la confianza de Paco y excitar la insaciable codicia de este.

La codicia rompe el saco, dice el refran, y la codicia debia ser la perdicion del amante de Rosina, así como esta debia perderse por su ciega pasion.

Tal era el estado de los sucesos.

Réstanos solamente decir que Raimundo tenia ya libre entrada en casa de don Juan.

¿Cómo se encontraba su corazon?

¿Qué acogida habia merecido de Isabel, convaleciente de su penosa enfermedad?

No necesitamos decirlo: el lector lo verá bien pronto.

Ahora vamos á referir la escena que tuvo lugar entre don Juan y su esposa, es decir, la primera conversacion que entablaron, pues aun no se habian dirigido la palabra desde la noche del horrible suceso.

Eran las once de la mañana.

Isabel acababa de peinarse y vestirse y se encontraba en su gabinete sin más compañía que su hijo, que dormia cerca de ella en la cuna, con ese sueño profundo y tranquilo de los niños.

El silencio era absoluto en la casa, y sobre todo en el gabinete, donde solo se oia de vez en cuando algun crugido de los troncos de encina que se quemaban en la chimenea.

Aquella calma, que en otra parte habria enternecido y sido envidiada como signo de paz y felicidad doméstica, entristecia allí.

El cuadro que presentaban el niño dormido y la madre contemplándolo con todo el amor de que es capaz una madre, en vez de conmover dulcemente, oprimia el pecho de dolor.

La enfermedad habia dejado en el rostro de la infeliz esposa la huella natural de una palidez mate, y los sufrimientos, tan heróica-

mente soportados y callados, aceptados con tan sublime y rara abnegacion, se revelaban en su frente noble y en sus expresivos ojos.

Empero ¡cuán bellísima estaba á pesar de su dolorosa tristeza, de su densa palidez!

En el momento en que la presentamos estaba inclinada sobre la cuna, contemplando á su tierno hijo, con tanto amor, con tanto afan, tan inmóvil y atenta, que parecia contar los hálitos suaves que se escapaban del pecho de la inocente criatura, cuya débil constitucion amenazaba con una temprana muerte.

Los rayos de luz que se escapaban de la chimenea, reflejaban en los dorados cabellos de Isabel, formando una aureola sobre su frente dolorida.

De sus negros y rasgados ojos no se veian en aquel momento más que las rubias y largas pestañas que los velaban.

Su boca, entreabierta, parecia aspirar el aliento de su hijo.

Estaban sus manos cruzadas, como si orase.

Como siempre, estaba vestida con la mayor sencillez; pero con el gusto que era en ella natural.

La gruesa cortina de lana que cubria la puerta se levantó, y la cabeza de don Juan asomó tímidamente, como pudiera asomar la de un criado que no quisiese ser indiscreto.

Isabel no se apercibió de la presencia de su marido.

Este permaneció quieto algunos instantes, y luego acabó de entrar, haciendo que los anillos de la cortina produjesen algun ruido.

Isabel levantó la cabeza, estremecióse, contuvo una exclamacion que iba á escaparse de su boca, y quedó inmóvil.

Al mirar á don Juan no dió muestras de odio ni de disgusto: en sus ojos continuó retratada la tristeza, el dolor.

La expresion de su rostro era grave, imponente si se quiere, pero no dura.

—Perdona,—dijo don Juan con pausado tono,—perdona si interrumpo tu santa contemplacion; pero deseo que me escuches, siquiera porque será probablemente la última vez que hablemos. Sin embargo, como nuestra conversacion ha de producirte una conmocion desagradable, si no te sientes aun con fuerzas...

—¡Fuerzas!—murmuró Isabel, desplegando una leve y amarga sonrisa.—¿Puedes dudar de mis fuerzas?

—Son grandes, lo sé; pero...

—¿Tienes que pedirme algo más de lo que he hecho?

—Sí,—respondió gravemente don Juan.

—¿Más aun que el sacrificio de mi honra y de mi vida, que no durará más tiempo que el que dure la débil y amenazada existencia de mi hijo?

—Te engaña tu dolor: vivirás...

—Ahora vive la madre; cuando deje de serlo, sucumbirá la mujer... ¡Ah!...

—Isabel...

—Dices que tienes algo más que pedirme...

—Más bien es hacerte saber lo que ignoras para que puedas cumplir tu deseo, para que no hayas hecho en vano tu sacrificio. ¿No has querido á toda costa salvarme?

—He querido salvar al padre de mi hijo.

—El resultado es igual...

—Pero bueno es que conozcas el móvil de mi proceder.

—Comprendo, Isabel, que no solamente no puedes amarme, sino que debes odiarme.

—Yo no sé odiar; pero tengo dignidad suficiente para no transigir con ruines corazones, me sobra orgullo para despreciar almas alevosas.

—¡Oh!—murmuró don Juan, que hubiera sonreido de buena gana, pero que no se atrevió á hacerlo.—El odio tiene varios nombres, como el amor. Pero esto no importa. ¿Prefieres vivir separada de mí? No te lo he propuesto, porque en nuestra separacion hubiera visto el mundo una consecuencia de la falta que te supone, y si ahora duda, porque las apariencias de mi proceder le engañan, entonces fallaria.

—Ya ha fallado el mundo: ¡oh! ha fallado con el acierto y la justicia que suele hacerlo, y por consiguiente nada más puedo temer; pero me detiene mi hijo...

—Por una ó por otra razon,—replicó friamente don Juan,—ello

es que conviene seguir así, unidos en apariencia; pero esto no podrá ser si el peligro de que se descubra mi crímen sigue amenazándome.

—Nada te amenaza mientras yo calle.

—¿Callarán tambien los que tienen las pruebas?

—¡Pruebas!...

—Sabes que en el coche quedó tu paraguas...

—Eso no te acusa.

—Y el mio...

—No lo reconoceremos.

—Además,—continuó don Juan con lentitud,—quedó otra prenda, cuya propiedad no me bastará negar, mi cartera...

Isabel se estremeció.

—La cartera,—dijo despues de algunos instantes,—pueden habértela robado...

—Tenia tarjetas, y papeles, y...

—Eso no le dá más valor...

—Preciso es que lo sepas todo...

—¿Ignoro algo?

—Sí, lo que voy á decirte y que no te causará extrañeza, porque sabes que ni te amo ni nunca te amé, que no te atormentará, porque no me amas ni nunca me has amado sino como á un amigo íntimo, como á un hermano...

—Me engañó mi ignorancia...

—No te acuso, Isabel... Hablemos una vez en nuestra vida con franqueza...

—Por mi parte, nunca se vió el fingimiento...

—Lo reconozco... Yo sí he fingido, como tú empiezas á fingir ya, á engañar al mundo, porque de otra manera es imposible vivir en la sociedad... Hoy me verás tal cual soy, no diré más que lo que siento... Me casé contigo, porque eras rica...

Isabel interrumpió á su esposo con una mirada de profundo desprecio.

—Entiendo lo que me dicen tus ojos,—añadió don Juan,—lo entiendo; pero no por eso dejaré de decir lo que siento... Eres hermosa, tanto, que difícilmente se encontrará una belleza tan perfecta co-

mo la tuya; pero yo necesitaba una mujer de grandes pasiones, es decir, una de esas mujeres cuyos encantos hablan más bien á la materia que al espíritu...

—Y esa mujer,—dijo Isabel, cuya frente se contrajo,—esa mujer...

—La busqué y la encontré...

—Basta... ¡Oh!... ¡Tanto cinismo!...

—Así llaman los hipócritas á la verdad...

—¡Don Juan!...

—Preciso es que te hable de esa mujer para que comprendas que me trastornó el juicio una pasion, que fuistes un estorbo, que de acuerdo con ella atenté á tu vida...

—¡Oh!—exclamó Isabel en el colmo de la indignacion.—Basta, basta...

—Poco he de decirte,—repuso friamente don Juan.—Dudé, vacilé antes de cometer el crímen, y esa mujer me escribió una carta muy significativa, y sobre todo muy imprudente; carta que guardé en la cartera...

—¡Ah!...

—¿Comprendes ahora que de nada me serviria decir que me habian robado la cartera?

—¡Dios mio!—exclamó la desdichada Isabel, elevando al cielo una mirada de dolorosa súplica.

—Aun hay más... Otro minuto de paciencia y comprenderás mi situacion y la tuya... Escucha, Isabel, escúchame algunos momentos.

La infeliz esposa sufria horriblemente.

Pero se resignó.

Amenazaba hundirse la obra de su abnegacion y su heroismo.

—Hubo una persona,—prosiguió don Juan,—que me observó la noche que te hice salir, que nos siguió hasta dejarnos en el coche... y esa misma persona es la que posee la cartera y los paraguas...

—¿Cómo sabes todo eso?

—Me ha favorecido la casualidad: el secreto se le escapó al cochero hace pocos dias en el trastorno de la embriaguez... El dueño de

las prendas es un antiguo amo ó amigo de ese cochero, y el mismo que me habia expiado por casualidad...

—¡Oh!...

—¿Quieres ahora saber quién es ese hombre?

Isabel se estremeció.

Las palabras de su marido eran un misterio que debia tener algo de horrible.

De semejante hombre nada bueno podia esperarse.

La desdichada no se atrevió á responder.

Miró á don Juan como si quisiese leer en aquel rostro frio lo que pasaba en aquella alma negra.

—¿Tienes miedo?—dijo él despues de algunos instantes y como si hubiese adivinado lo que su esposa pensaba y sentia.

—Sí,—respondió ella con acento breve.

—Tal vez porque no alcanzas el fin que me propongo...

—Es oscuro, tenebroso...

—Como mi alma,—interrumpió cínicamente don Juan.

—¡Oh!...

—Pero no es mia la culpa: tengo el alma que Dios me ha dado...

—O ninguna.

—Es lo más probable...

—Acabemos.

—Me explicaré, disiparé tus dudas.

—Sí; pero con brevedad...

—La persona dueña hoy de mi cartera, la guarda como una amenaza, y no hará uso de ella mientras yo no intente nada contra tí: además me ha impuesto la condicion de que me separe de esa otra mujer, y la he cumplido, obligándola á irse de Madrid, lo cual sucedió hace tres dias. Parece que debo estar tranquilo mientras yo no falte á lo estipulado; pero como ese hombre, dueño de mi honra y de mi pescuezo, no es el solo poseedor de mi secreto, estamos en el caso de temer una indiscrecion del otro, que es el cochero, indiscrecion tanto más probable cuanto que ya la ha cometido una vez. Ahora bien; si no quieres que al padre de tu hijo se le sentencie á morir, ó por lo menos á ir á Melilla, si no quieres que tu hi-

jo sea el hijo del ajusticiado ó del presidiario, que lo mismo tiene...

—¿Qué he de hacer, qué he de hacer?—preguntó afanosamente Isabel.

Y sus grandes ojos negros adquirieron un brillo extraordinario, y fijaron en don Juan una mirada de mortal angustia.

—Tú puedes recuperar esas prendas, valiéndote del medio que te parezca mejor; pero teniendo cuidado de que no se trasluzca que yo te he revelado el secreto, porque esa persona desconfiaria. Si te pide explicaciones, díle que lo sabes por haber escuchado una conversacion que tuve hace algunos dias con ese hombre llamado Paco, que antes me visitaba. Creo que tienes influencia bastante sobre la persona de quien se trata, como lo prueba el interés que se toma por tí; y como te sobra entendimiento, conseguirás...

—Pero esa persona...

—Es un amigo de poco tiempo há...

El rostro de Isabel se tiñó de púrpura por un momento y luego se puso lívido.

—¿No adivinas?...

—Un amigo...

—Sí, Raimundo Mendoza...

—¡Ah!—exclamó Isabel con desgarrador acento.

—¿Te sorprende?

—¡Conoce el secreto!... ¡Raimundo sabe que eres mi asesino!...

—Y tiene las pruebas.

—¡Dios mio!—murmuró la desgraciada jóven, cubriéndose el rostro con las manos.

—Ya ves lo que son las coincidencias...

—Basta... déjame...

—¿Pero qué decides?

—Tendré esas pruebas... lo intentaré,—murmuró Isabel con voz ahogada.

—Si no lo consigues, tendremos que separarnos, porque me iré muy lejos de España: no me creo seguro, no quiero estar á merced de Mendoza, que puede tener un momento fatal, á pesar de su nobleza de alma, ni del cochero su amigo, imprudente hablador cuan-

do se emborracha, que hablará del asunto á un agente de policía con la misma facilidad que le habló á Paco.

Don Juan salió del gabinete sin que se hubiese alterado, porque no perdia su calma sino ante el peligro ó al lado de Rosina.

Volvió á reinar un silencio profundo, interrumpido solamente por la agitada respiracion de Isabel, que permaneció largo rato inmóvil.

Lo que debia sufrir no puede explicarse ni casi comprenderse.

Solo la presencia del asesino debia ser para la infeliz un tormento horrible.

Ante el peligro de que se descubriese el secreto que á tanta costa habia guardado, no vaciló en acceder á lo que se le proponia.

No habia sospechado que el objeto de don Juan era desarmar á Raimundo para herirle impunemente despues, arrebatarle las pruebas del crímen para acusarlo despues de ser su autor, sin miedo á que él, siquiera por defenderse, descubriera la verdad.

Antonio no era temible: no tenia pruebas, y su palabra no bastaba, menos cuando al declarar se ponia en contradiccion con lo que habia declarado antes.

Si tal cosa hubiera sospechado Isabel, habria rechazado el plan con toda la energía de su alma.

Salvar al padre de su hijo á costa de su honra y aun de su vida, estaba dispuesta á hacerlo, ya lo habia hecho; pero sacrificando á Raimundo inocente, á Raimundo tan noble y generoso, que no habia vacilado en exponerse á graves peligros por protegerla á ella, eso jamás.

¿Pero cómo un alma grande como la de Isabel habia de sospechar tanta ruindad en el asesino, por más que de otras ruindades tuviese pruebas?

Desde aquel momento la figura de Raimundo se presentó á la imaginacion de Isabel tan grande, tan noble, tan sublime como no la habia concebido en los ensueños de amor que en sus severos principios de virtud se habia echado en cara.

¿Era aquel el hombre soñado?

¿Era el corazon de Raimundo el corazon deseado por el ardiente corazon de Isabel?

Sí, era Raimundo el hombre amado sin ser conocido, el objeto adivinado de un amor nacido sin objeto... ¡Desdichado amor!

Isabel estaba dispuesta á morir antes que faltar á sus deberes.

Raimundo no hubiera podido amar á una mujer que no fuese bastante grande para sacrificar á sus deberes su pasion.

Cuando Isabel descubrió el rostro, pudo verse que lo tenia bañado en lágrimas.

Sus ojos se levantaron al cielo con expresion de mortal angustia.

Luego volvió á inclinarse sobre la cuna donde aun dormia su hijo.

La tierna criatura abrió los ojos, miró á su madre y sonrió con esa dulzura y cándida alegría tan conmovedora de los niños.

Despues extendió los bracitos para alcanzar al rostro de su afligida madre.

—¡Hijo mio!... ¡Hijo de mi alma!—exclamó Isabel.

Y tomando á su hijo y estrechándolo contra su palpitante y dolorido pecho, lo cubrió de besos y de lágrimas...

¡Pobre madre!... ¡Infeliz mujer!

CAPITULO XVI.

Donde se verá el estado en que se encontraban los corazones de Isabel y de Raimundo.

A Raimundo le habia sucedido lo que á todo el que ama, se habia engañado en cuanto á los resultados prácticos de su conducta, bien distintos por cierto de los que esperaba.

No ver ni hablar á Isabel era para el jóven un tormento horrible; estar privado del trato de aquella mujer sublime, no ser siquiera su amigo, era una desgracia.

Y sin embargo, Raimundo no fué más feliz cuando consiguió su deseo de ver y hablar á Isabel: se aumentó su tormento con aquel trato tan anhelado; aquella amistad, por cordial, por íntima que fuese, no solamente no satisfacia su corazon, sino que parecia llenarlo de amargura.

Crecia más su pasion cuanto más conocia el alma noble de aquella mujer, cuanto mejor comprendia sus sufrimientos, su abnegacion heróica, su santa resignacion, sus virtudes y aquel corazon, todo ternura, grandeza y generosidad.

Ver semejante tesoro, codiciarlo con todo el afan de una ciega pasion, y tener que ocultar esta, era aceptar un tormento demasiado duro, atroz, insoportable.

No habia para Raimundo ni siquiera la esperanza, rayo de luz

divina que consuela á los más desgraciados, á los que todo lo han perdido.

El amor de Raimundo era un amor sin esperanza, un amor no más que sufrimiento, todo sufrimiento, que no debia tener fin más que con la existencia, un amor sin más esperanzas que la muerte.

¡Triste amor!

Habia jurado el jóven respetar á Isabel, no tentar aquella virtud sin tacha, y lo habia cumplido hasta entonces, y estaba resuelto á cumplirlo aunque fuese á costa de su vida.

Pero ¡cuánto le costaba su noble propósito!

¡Cuántos esfuerzos habia tenido que hacer su espíritu!

Empero ¿no habia tenido que hacer mucho más Isabel?

El noble ejemplo de valor de esta sostenia el de Raimundo; pero á la vez aumentaba su tormento, porque acrecentaba su pasion cuanto la hacia aparecer á ella más grande, más sublime.

Más de una vez pensó cortar aquellas relaciones de amistad tan imprudentemente comenzadas, y aun dejar la córte, buscando así el remedio en la separacion y el tiempo; pero creyó que esto era abandonar á Isabel, entregarla sin defensa en manos de su infame marido.

Cuando se encontraba al lado de Isabel, hacia el propósito de no verla sino de tarde en tarde; y cuando no la veia, enojábale cuanto le rodeaba, parecíale que sufria más, y buscaba consuelo y alivio al lado de ella.

De esta lucha, completamente loca, enteramente vana, estéril como todas las que con el mismo fin sostiene quien ama, porque es una lucha contra la naturaleza, resultó lo que debia resultar, que las visitas de Raimundo se hicieron más frecuentes y llegaron á ser diarias.

Cuando esto sucedió, don Juan sintió una viva alegría.

Sus enemigos le ayudaban; sus mismas víctimas doblaban la cabeza para dejarse inmolar.

Con pretexto de trabajar, encerrábase el asesino en su despacho todas las noches, excusándose atentamente con Raimundo y rogándole que hiciese compañía á Isabel y procurase distraerla para sacarla

de la profunda melancolía que la dominaba desde su grave enfermedad.

Isabel y Raimundo pasaban, pues, solos y en completa libertad dos ó tres horas de la noche, contemplándose más que hablando, sufriendo con su goce mismo, gozando con su mismo sufrimiento.

Don Juan salia de su despacho cuando ya era hora de que Raimundo se retirase, y entonces se cruzaban entre aquellos hombres algunas frases sin interés ni significacion, sobre cualquiera de esas generalidades que sirven de objeto á la conversacion de los que se hablan indiferentemente y solo por cumplir los deberes del trato social.

En estas conversaciones se mostraba Raimundo grave y reservado, pero sin dejar entrever la repugnancia que le inspiraba don Juan.

Este, representando admirablemente su papel, estaba atento y hablaba con la dulzura y agradables formas que tenia para todo el mundo.

Todo lo observaba; pero disimulaba su contento.

Sus inícuos deseos debian quedar muy pronto cumplidos.

Desde el primer dia estaba convencido de que Raimundo amaba á Isabel; pero ¿y esta?

Bien pronto comprendió el asesino que su esposa amaba tambien al desconocido protector.

Nada, pues, faltaba.

Isabel y Raimundo estaban perdidos, ellos mismos habian pronunciado su sentencia.

Sí, ella amaba, ya lo sabemos, desde que comprendió que era madre.

Amaba sin saber á quién, ó tenia una imperiosa necesidad de amar.

En Raimundo encontró la realidad del objeto soñado de su amor.

Raimundo era el hombre á quien su corazon buscaba.

Y esta pasion, bastante intensa ya para completar la desgracia de Isabel, para aumentar sus ya grandes sufrimientos, esta pasion, decimos, se hizo más intensa, más devoradora desde el momento en que la infeliz conoció toda la generosidad, toda la nobleza que encerraba la conducta de Raimundo, toda la grandeza de alma de aquel

hombre, único que la hacia justicia y que la protegia sin alardes de generosidad, ocultamente, arrostrando todos los peligros y sin buscar recompensa.

Comprendió Isabel que era amada tambien, porque esto no se oculta á la perspicacia de las mujeres, por más que lo disimule el hombre.

Empero este descubrimiento, que en los primeros instantes le produjo la más dulce satisfaccion, no fué más que un soplo de viento sutil, que avivó el fuego que en su pecho ardia, haciendo, por consiguiente, más ruda la lucha que sostenian sus deberes con su pasion.

¿Qué hacer en aquella situacion horrible?

¿Cómo aliviar sus crueles tormentos?

¿Cómo ayudar en la lucha á los deberes?

Resuelta estaba á cumplirlos, y ya sabemos cuán firmes eran las resoluciones de Isabel; resuelta, aun en el caso, no probable, de que Raimundo descubriese el secreto de su corazon.

Empero hay momentos fatales, momentos de olvido, que traen en pos años de lágrimas, negros recuerdos y remordimientos espantosos, que con nada se ahogan, y uno de esos momentos era lo que Isabel queria evitar.

Pensaba que era prudente evitar el peligro, para no tener más tarde que llorar el mal sin remedio.

Empero esta resolucion tan prudente encontró un enemigo, el amor con toda su ceguedad, con toda su imprudencia.

¡Separarse para siempre de Raimundo!...

Aconsejábalo el juicio; pero lo rechazaba el corazon.

Nueva lucha y más tormentos.

¿Por qué, decia el corazon, separarse de ese abismo cuando no ha de empujarnos la mano de Raimundo, única mano que puede precipitarnos en él?

¿Por qué, decia la razon, permanecer al borde de ese abismo, cuando para caer en su fondo basta el impulso de una ráfaga de viento?

Una circunstancia vino en ayuda del corazon.

Era preciso hacer que Raimundo se desprendiese de las pruebas del crímen; pero esto exigia preparacion, se necesitaba tiempo para

conseguirlo, porque la ocasion no podia buscarse, tenia que esperarse y podia tardar.

¿Cómo conciliarlo todo?

Era muy difícil, puede decirse que imposible.

Atormentóse nuevamente Isabel.

Empero nada consiguió.

Al fin, despues de mucho pensar, parecióle bien aceptar un término medio.

Los términos medios son la nada en casi todas las cosas.

Sin embargo, Isabel se decidió, porque ya que le era imposible evitar completamente el peligro, le parecia prudente alejarse de él cuantas veces pudiera.

Creyó de buena fé que algo hacia con esto.

Nada adelantaria, es verdad; pero su resolucion le costaba un sacrificio, hacia cuanto estaba en su mano, y nada más debia pedírsele.

La madre de Isabel tenia en Carabanchel una casa, que no se ocupaba más que uno ó dos meses de algun verano, que solian irse allí.

Vivir en aquella casa, lejos de las miradas del mundo que la acusaba injustamente, y lejos de Raimundo, no tanto que dejase de verlo, ni tan poco que pudiera verlo todos los dias, era, en concepto de la jóven, lo que en su situacion necesitaba.

Meditó el plan, y no viendo más que ventajas para su virtud, inconvenientes solo para su amor, decidióse á participarlo á su marido y á ponerlo en práctica desde el siguiente dia.

Veamos, pues, cómo lo hizo y lo que esto influia en los planes de don Juan, lo cual haremos en otro capítulo, dando fin á este, puesto que hemos cumplido nuestra promesa, dando á conocer el estado de los corazones de Isabel y Raimundo.

CAPITULO XVII.

De cómo don Juan empezó á temer que la fortuna le volviese la espalda.

Eran las dos de la tarde.

Don Juan no habia salido aquel dia.

Estaba en su despacho, como de costumbre, sobre todo desde que intentó cometer su horrendo crímen y cortó con su mujer todo trato que no fuese el preciso para cubrir las apariencias.

Escribia y dejó la pluma sorprendido cuando vió entrar á Isabel.

Hubo algunos momentos de silencio, porque ella no sabia cómo dirigir la palabra á su marido, y este esperaba á que aquella le hablase.

—Siéntate,—dijo al fin don Juan, extendiendo la diestra hácia un sillon.

—No, respondió ella,—me iré muy pronto.

Entonces don Juan se puso de pié, se acercó á la chimenea, cruzó los brazos y aguardó.

—Vengo solamente,—añadió Isabel,—á participarte la resolucion que he tomado.

—¿Una resolucion?—dijo con extrañeza don Juan.

—Sí.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi sistema de vida.

—No acierto...

—No quiero vivir en Madrid.

El asesino miró con mayor sorpresa á su esposa.

—Esto,—prosiguió Isabel,—no te obliga á seguirme...

—Eso es una separacion.

—No.

—Me confundo cada vez más.

—Cesarán tus dudas cuando sepas que adonde he pensado ir es á Carabanchel.

—¡A Carabanchel!—exclamó don Juan como si hubiese oido la cosa más extraña.

Y volvió á mirar á su esposa, no sorprendido, sino como asustado, y su rostro palideció por algunos instantes.

No miraba Isabel á su marido, ni aun mirándolo, estaba en estado de haber observado la alteracion de este.

—¿Qué encuentras en ello de particular?

—La misma idea... ¡Vivir en Carabanchel en pleno invierno!...

—Sí, en cualquiera parte menos donde se me conoce y se me acusa.

—¡Oh!... Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Pasar la vida allí...

—Tú puedes estarte en Madrid la mayor parte del tiempo: te obligan tus negocios, y nadie lo extrañará. Así, sin separarnos, sufriremos menos veces el tormento de vernos.

—Hay muchos inconvenientes, Isabel, muchos, al menos por ahora.

—No los veo.

—Primeramente, se cortarán las relaciones con Mendoza...

—Irá á vernos como buen amigo...

—Muy de tarde en tarde.

—No importa: recuperarás tu cartera, te lo prometo...

—Además,—replicó don Juan turbado,—además... En fin, piénsalo bien...

—Lo he pensado...

—Y si te decides...

—Estoy decidida.

—Pero...

—Mañana dejaré á Madrid.

—Isabel...

—Sí, mañana saldré por primera vez á la calle, iré á misa y... no volveré á esta casa, de donde salgo sin honra á los ojos del mundo.

—Bien, déjame meditar...

—Será inútil que te opongas,—dijo Isabel con firmeza.

Don Juan comprendió que su mujer no desistiria, palideció otra vez, y despues de algunos instantes de reflexion, dijo:

—Hágase tu voluntad... Viviremos en Carabanchel; pero al menos aguarda unos dias...

—No.

—Tengo asuntos...

—Puedes quedarte hasta que los termines.

—Te acompañaré mañana.

Isabel, sin pronunciar una palabra más, se dirigió á la puerta.

—¡Ah!—repuso don Juan!—Me olvidaba decirte que tal vez hoy no comeré en casa...

—Bien.

—Si viniese á buena hora Mendoza podria acompañarte en la mesa.

Cuando se encontró solo don Juan inclinó la cabeza sobre el pecho, quedando por algunos instantes inmóvil y pensativo.

¿Por qué le habia producido tan mal efecto el plan de su esposa?

¿Qué le importaba que esta viviese en Carabanchel?

Al contrario, esto parecia favorecer los proyectos del asesino.

—No sé lo que es más conveniente,—dijo al fin;—voy á verla... Creí que se habia descubierto el escondite; pero no, no es eso: la idea del viaje no significa más que el resultado de la lucha que indudablemente sostiene esa virtud necia de mi mujer con la pasion que le ha inspirado la más necia generosidad de su protector. Sin embargo, debemos estar sobre aviso, porque la maldita casualidad ha hecho que las dos casas... ¡Oh!... ¿Quién habia de pensarlo? El

verano se me hubiese ocurrido; pero como para entonces debiamos estar muy lejos de España... No debo perder tiempo.

Don Juan procuró dar á su rostro su habitual expresion de dulzura, miró el reloj y guardó los papeles que tenia sobre el pupitre.

Luego tomó su sombrero y salió.

Cuando estuvo en la calle miró á todos lados, porque siempre temia que le espiasen.

Salió á la plazuela de Santo Domingo, y se detuvo junto á un coche, con intencion de entrar en él.

Era el de Antonio.

Este, que ya conocia á don Juan, al verlo, se estremeció.

Pero el asesino, variando de resolucion al ir á poner la mano en la llave de la portezuela, dijo para sí:

—No es prudente. Hace algun tiempo que mis mayores enemigos son las casualidades, que me persiguen las coincidencias. ¿Quién sabe si este coche es el mismo? Lo tomaré lejos de aquí.

Y se alejó apresuradamente.

—¿Me habrá conocido?—dijo Antonio, viendo alejarse á don Juan. —Bien puede ser; no me fio de ese hombre, por más que Raimundo diga que lo tenemos sujeto. Por mi parte no tendria tantas consideraciones, porque pueden costarnos muy caras: debe aborrecernos, y ya se ha visto de lo que es capaz. ¡Oh! desde que el bribon de Paco me engañó, no soy el mismo. ¡Y el pobre Raimundo es tan bueno que se está comiendo los puños y!... No vale ser tan buenos, cuando se trata con gente tan mala. Pero en fin, Raimundo lo quiere así, y yo le obedezco; pero como ese asesino se deslice en lo más pequeño, no me andaré por las ramas y todos los trapos saldrán á relucir. Hoy parece que le ha cambiado la cara: lo veo casi todos los dias pasar por aquí, y parece que hoy no esté tan contento. ¡Oh! á mí no me engañaria don Juan con su sonrisita: esa cara de sacristan no me gusta.

El asesino siguió sin detenerse hasta llegar á la calle Mayor.

Allí se acercó resueltamente á una berlina y dijo al cochero:

—Muchacho, ¿estás dispuesto á ir á Carabanchel Bajo?

—Sí, señor; pero...

—Lo sé, no hay tarifa.

—¿Nos detendremos mucho allí?

—Dos horas.

—Ir, detenerse dos horas y volver...

—¿Cuánto quieres?

—Ni un cuarto menos de cinco duros.

—¿Y por cada hora más de detencion?

—Un duro; pero no esperaré más que al anochecer.

—Te daré un duro más de lo ajustado si vas y vienes deprisa.

—Muchas gracias,—dijo el cochero, tomando las riendas.

Don Juan entró en la berlina, que en pocos momentos desapareció en direccion á la calle de Toledo.

CAPITULO XVIII.

Donde se verá por qué don Juan palidecia cuando le hablaban de Carabanchel.

Tres cuartos de hora despues el carruaje entraba en Carabanchel, y siguiendo por su calle principal, tomó luego una de las que encontró á la izquierda, deteniéndose junto á la tapia de un jardin, cuya única entrada, aunque cerrada por una verja de hierro, habia sido cubierta por la parte interior con tablas, sin duda para evitar que las miradas de los transeuntes pudieran observar á los que estuviesen dentro.

Don Juan salió del coche, tiró fuertemente del llamador que habia á un lado de la puerta, y á bastante distancia sonó una campanilla, cuyos ecos se perdieron bien pronto.

Pasaron dos minutos sin que nadie respondiese ni don Juan se impacientase, tal vez porque ya contaba con aquella tardanza.

—¿Quién es?—preguntaron luego desde adentro.

—Abre,—respondió el asesino.

Efectivamente, la puerta se abrió y don Juan pasó por delante de una criada jóven, que lo saludó sonriendo graciosamente.

Un extenso jardin, no solamente mal cultivado, sino descuidado, ó más bien enteramente abandonado, se presentaba á la vista.

La yerba crecia á su placer entre las flores; los espinos confun-

dian su erizado ramaje con el de los rosales y enredaderas y amenazaban cubrir los pequeños arbustos, y la yedra trepaba impunemente por los troncos de los cerezos, las acacias y los manzanos. Los peces bullian, sin lucir toda la belleza de sus colores, en las aguas sucias de un estanque, y las cristalinas que se desbordaban de una fuente, rodeada de espesa y alta yerba, se perdian, corriendo á su placer por los surcos que encontraban, ya entre la maleza ó los troncos de bosquecillos de arrayan, donde no habia tocado en mucho tiempo la tijera del jardinero.

Casi al fondo del jardin, en la parte más umbría, y donde formaban casi un bosque los árboles de muchas especies, los rosales, las enredaderas y el ramaje no podado del parral, levantábase una casa de un solo cuerpo, bastante grande; pero que no parecia tanto, medio oculta como estaba por la espesa vejetacion.

Don Juan atravesó el jardin sin haber encontrado á más persona que á la criada que le abrió, y entró en la casa, donde no se percibia el ruido más leve.

Nadie le salió al encuentro.

Atravesó algunas habitaciones bien amuebladas, y entró en un precioso gabinete de forma octógona, que servia de tocador.

Allí estaba Rosina, que acababa de vestirse...

Tan bella, tan fascinadora como siempre.

Al contemplarla, los ojos del asesino brillaron.

Los de Rosina envolvieron á su amante en una mirada de lúbrica fascinacion, que no por ser fingida era menos poderosa.

—¡Ah!—exclamó la cortesana, acercándose al asesino, tomándole cariñosamente las manos y haciéndole sentar á su lado, en el mismo divan en que ella se encontraba.—Gracias, Juan, gracias. No te esperaba hoy, me sorprendes, y te agradezco esta visita...

—Debo confesártelo ingénuamente,—respondió don Juan, cuyos ojos, encendidos por la pasion, parecian absorber ávidamente el fuego de los negros y rasgados ojos de Rosina,—debo confesártelo, mi visita se debe á un acontecimiento desagradable...

—¿Estás en peligro?—preguntó Rosa con afan.

—No.

—¡Ah!... Entonces no hay nada bastante grave para turbar tu contento: aunque hubieses perdido tu fortuna, no quiero verte triste. Mientras conserves para mí tu corazon, nada me importa lo demás; mientras mi corazon sea tuyo, tienes asegurada la dicha.

—¡Y quieren que me separe de tí!... ¡Oh!...

—Vamos, repuso Rosina con toda la dulzura, con toda la gracia de que era capaz,—dime lo que sucede; pero como quien habla de una cosa indiferente, que yo te escucharé tranquila, como quien solo satisface su curiosidad.

—¿Es decir que á nada le tienes miedo?

—Solamente á dos cosas: á una delacion contra tí, ó á que me abandones.

—De ambas cosas estás libre.

—Sepamos ahora esa desgracia...

—Al otro lado de una de las tapias de este jardin, hay otro...

—Es verdad, y una casa de dos pisos: desde este jardin se vé alguna de las ventanas altas de esa casa...

—¿Sabes de quién es?

—No.

—De la madre de mi mujer, como si dijera nuestra, y en ella hemos pasado algun año los meses de calor...

—Siento que estemos en diciembre,—replicó Rosina, haciendo un gesto de disgusto.

—¿Por qué?

—Porque si estuviésemos en verano, os vendríais á vivir ahí, nos veriamos á todas horas...

—¡Oh! eres una mujer singular...

—Menester es, Juan, que seas más atrevido, porque si no, ¿qué será en el mundo de tí con tu timidez, con tus escrúpulos...

—Escrúpulos no; pero...

—Sí, sí; tienes la conciencia de una novicia.

—Me has tranquilizado. ¡Cuánto vales, Rosina mia! Tienes razon; mientras me ames, está asegurada mi dicha.

—Pero entretanto no acabas de decirme...

—Que se ha cumplido tu deseo: mi mujer ha determinado venirse á Carabanchel sin aguardar el verano, y mañana la tendrás vecina. He intentado hacerle desistir de su propósito; pero en vano: le he hecho observar los inconvenientes que esto podria traer para recuperar la cartera, y me ha prometido conseguirlo aun estando aquí...

—Lo comprendo,—interrumpió Rosina, desplegando una sonrisa maliciosa;—aquí se entregará tu mujer con más libertad á sus amores con Raimundo Mendoza: quiere apartarse del mundo; pero es para que el mundo no pueda observarla.

—Lo dudo...

—¿Aun crees en la virtud de tu mujer? Ni en ella ni en ninguna: no creas ni en la mia, Juan. Te soy fiel, porque te amo; pero si para esto hubiese necesitado faltar á otro hombre, lo hubiese hecho. La virtud de todas las mujeres no es más que la satisfaccion de un deseo ó la sumision forzosa á un deber. ¿Es esto virtud? Si aman son fieles, porque así gozan: si no aman son buenas para encontrar quien las ame, para no exponerse á consecuencias horribles, es decir, cumplen sus deberes á la fuerza.

—Nunca me habia ocurrido semejante idea. Tienes razon, no es otra cosa la virtud de las mujeres, ó mejor dicho, la palabra virtud no significa nada, no tiene aplicacion, no es más que una palabra... ¿Y la virtud de los hombres? Lo mismo, Rosa, lo mismo: se cumplen ciertos deberes á la fuerza, ó se finge seguir de corazon el camino llamado de la virtud, como puede seguirse otro cualquiera para llegar al término que cada cual se propone en sus ambiciosas miras. ¿No he sido yo siempre virtuoso para el mundo? ¿No tengo hoy el mérito de una virtud más, la generosidad sin ejemplo con mi mujer? Y sin embargo, lo que han creido virtud no ha sido más que el medio de conseguir mis fines. ¡Ah! la sociedad es una comedia, Rosina, no más que una comedia. Hay gente cándida y simple que no la conoce, que toma seriamente la farsa, que tiene por santos á los demonios que de santos se visten para presentarse en la escena.

—Bien,—dijo Rosina con fingido entusiasmo:—te sobra inteligencia...

—Y corazon para quererte.

—Está explicado el retiro de tu virtuosa mujer.

—Y favorece mi plan.

—¿Quién lo duda?

—Por supuesto que será prudente que no te vea...

—No me conoce.

—Pero Mendoza sí.

—Cuando él venga á tu casa no saldré yo al jardin.

—Ya estoy tranquilo...

—Entonces,—dijo Rosina, fijando una mirada ardiente en don Juan, y acercándose más á él,—entonces hablemos de nuestra dicha futura, de nuestro amor...

—Sí, sí, de nuestro amor, Rosina, de nuestro amor... ¡Ah!—exclamó el asesino, estrechando entre las suyas las mórbidas manos de la cortesana.

Y dominado, fascinado por la mirada lúbrica de aquella mujer, embriagado, trastornado, loco por la pasion, se agitó en su asiento y no acertó á pronunciar una palabra más en algunos minutos.

Llegó á desfigurarse, á ponerse horrible el rostro de don Juan.

El de Rosina estaba cada vez más bello, más encantador.

Solo conociendo el alma de aquella mujer, estando convencido de que todo en ella era fingimiento, mentira y cinismo, hubiera dejado de enloquecer al hombre más indiferente.

Ella rompió el silencio, interrumpido hasta entonces solo por algun lánguido suspiro ó por la agitada respiracion de don Juan; pero lo rompió para decir alguna que otra frase, ya tierna, ya picante, ya halagüeña, buscando siempre los contrastes, tocando siempre fibras distintas del corazon de don Juan, que así entretenido no sentia pasar el tiempo.

Y transcurrió una hora, sin que de ella se apercibiese el asesino.

Y luego otra y otras dos...

Y el sol descendia hácia su ocaso.

Al fin la escasez de luz que empezaba á notarse hizo pensar á don Juan en la necesidad de interrumpir tanta dicha.

—¿Por qué no me acompañas á comer?—le dijo Rosina.

—El coche no quiere esperarme despues de anochecido.

—Aun queda dia: nos pondremos á comer ahora mismo, y poco tendrá que aguardar. No me niegues este favor: ya ves la vida que paso, enteramente sola: no tengo ni aun la distraccion del jardin, porque no es tiempo de flores y está abandonado.

—Ya sabes que no hay jardinero para evitar testigos...

—Seria peligroso, lo sé, y no creas que me quejo, sobre todo cuando esta vida no durará mucho...

—Un mes lo más.

—¡Ah!... Estoy loca de contenta con la noticia que me has dado de vuestra venida á Carabanchel... ¿Dices que mañana?...

—Sí, mañana, así lo ha resuelto mi mujer...

—A la mesa, Juan, á la mesa; tengo apetito.

Y riendo como una loca, levantóse Rosina, llamó á su doncella y le mandó que sirviese inmediatamente la comida.

Luego cogió las manos de don Juan, le hizo ponerse en pié, apoyóse en su brazo, y mientras reia, cantaba y hablaba, lo sacó del gabinete y lo llevó al comedor.

¿Qué más hemos de decir?

La comida fué para don Juan deliciosa.

—Esto es vivir,—decia;—esto es gozar, esto es una mujer como debieran serlo todas, para hacer descansar nuestro espíritu, para hacernos gozar, para hacernos felices. Esta es la mision de la mujer. El hombre trabaja, lucha, sufre, y si la compañera de su vida no sirve más que para hablarle de sus deberes, que son su sufrimiento, si no es más que otro deber, una obligacion, un testigo y á veces un juez, entonces la mujer no seria más que uno de tantos tormentos de la vida, una de tantas espinas como está sembrado el camino de nuestra amarga existencia... ¡Oh!—añadia don Juan, tomando y apurando una copa de espirituoso Champagne que le habia ofrecido Rosina.—No, esa no es la mujer, ó al menos no debe ser; está destinada á ser la fuente que apaga nuestra sed en el árido camino de la vida; el oasis que nos ofrece frescura y descanso; el beleño que nos hace dormir con sueño dulce y reparador; la ilusion risueña que nos hace olvidar las feas realidades.

E. Zarza, dib.º y lit.º

Lit. J. Laman Madrid

„Toma, mi amor, bebe, aquí, en mi misma copa„

—Sí, sí,—dijo Rosina,—esa debe ser la mujer, y esa es: una ilusion, una mentira viviente; pero una mentira deliciosa, porque para verdades, os sobran en la vida. Toma, mi amor, bebe, aquí, en mi misma copa, pon tus labios donde yo he puesto los mios para que vaya á tu corazon el fuego del mio... Toma, que yo soy tu ilusion, la mentira de tu dicha...

—Eres mi felicidad, mi paraiso, mi ángel...

—Tu amor, y tú el mio...

—Mi goce supremo, único...

—¡Ah!... Bebe...

—Sí, sí...

—Apura la copa...

—¡Rosina mia!...

—¡Soy tu esclava!...

Resonó el vibrante sonido de la campanilla.

Era que el cochero se impacientaba, porque habia llegado la noche.

Pocos minutos despues se separó don Juan de Rosina.

CAPITULO XIX.

De cómo Isabel y Raimundo principiaron á meter el pié en el lazo tendido por don Juan.

Isabel cumplia admirablemente su propósito.

Se habia encerrado en su casa de Carabanchel, sin salir más que al amanecer de los dias festivos para ir á misa.

Dios y su hijo, más débil y enfermo cada dia, eran su único consuelo.

En el más oscuro rincon de la iglesia, cubierto el rostro con el espeso velo de su mantilla, rezaba y lloraba.

Parecia, más que la virtuosa mujer que con admirable abnegacion se ha impuesto el más duro de los sacrificios, la mujer pecadora y arrepentida que llora su falta.

Todo lo más que el mundo le hubiera concedido al verla, hubiera sido la virtud del arrepentimiento; pero diciéndole:

—Llora y sufre: expía tu debilidad para que Dios te perdone.

En vez de admiracion, Isabel no podia inspirar al mundo más que lástima.

Los tristes dias del invierno los pasaba en su gabinete, al lado de su hijo ó teniéndolo en brazos cuando no era preciso que lo tuviese la nodriza, porque no habia tenido el consuelo de poder criar al fruto de sus entrañas. Su temperamento nervioso, la delicadeza de su

organizacion, la habian obligado, bien á su pesar, á hacer lo que otras hacen por mera comodidad ó moda. De otra manera no se comprende que Isabel hubiera consentido en ser madre á medias.

En los dias templados solia bajar al jardin para respirar el aire libre, pues en aquella estacion no ofrecia el atractivo de las flores, el verdor y la frescura.

Excusado es decir que Isabel no habia entablado relaciones con nadie, sino que por el contrario las habia evitado; así que, ignoraba quién habitase en las casas vecinas, ni siquiera si estaban habitadas.

Don Juan seguia su conducta reservada de siempre: iba y venia á Madrid, donde decia quedarse alguna noche, aunque en realidad donde la pasaba era en casa de Rosina, cenando alegremente, entregado á todos los trasportes de su criminal pasion, en tanto que su desdichada esposa, su inocente víctima, sufria horriblemente y lloraba á pocos pasos de allí, en tanto que su tierno hijo, cuya fortuna derrochaba el miserable, cuya fortuna servia para comprar las caricias de la cortesana, espiraba cerca de allí; de manera que en el silencio de la noche solian confundirse las carcajadas del festin con los sollozos del dolor más intenso y el llanto conmovedor de la tierna criatura que lentamente agonizaba.

Raimundo habia hecho algunas visitas á Isabel, y el amor de ambos habia crecido con el alejamiento, lo cual probaba que era uno de esos amores que no se extinguen sino con la vida.

Pero ¿qué podia echárseles en cara?

Aquella pasion se habia encendido contra la voluntad, era por la voluntad combatida y oculta tan cuidadosamente como el secreto de un crímen.

Sin embargo, era preciso evitar enteramente ocasion peligrosa, poner fin á aquellas entrevistas para que no llegase uno de esos momentos de fatal olvido á que tanto temia Isabel, y para cumplir esta virtuosa resolucion, consumar este nuevo sacrificio en aras de sus deberes, necesitaba recuperar la cartera acusadora.

—Ni un dia más,—dijo Isabel una mañana al levantarse.—Si hoy viniese Raimundo, hoy me verá por última vez.

El dia no podia ser más apacible.

Ni la más pequeña nube empañaba el azul horizonte; ni el más leve soplo de viento agitaba las ramas secas de los árboles del jardin.

Era uno de esos dias de invierno en que la luz del sol alegra tanto más, cuanto que nada sonrie en la naturaleza, desnuda de flores y de verdor, uno de esos dias en que los rayos vivificadores del rey de los astros son recibidos con tanto placer, especialmente por el pobre.

Despues de almorzar habia salido Isabel al jardin, recorriéndolo distraidamente y sentándose luego en un banco, cerca de una fuentecilla, cuyas aguas corrian lentamente, formando luego un silencioso arroyo, que al encontrar sus orillas sin flores que retratar, sin césped que lamer, parecia entristecerse y huir hasta ocultar sus líquidos cristales entre un bosquecillo de rosales, que no ofrecian en sus desnudos troncos más que espinas.

El sol reflejaba en los blondos cabellos de Isabel como en una madeja de hilos de oro.

Su cabeza, modelo de perfeccion y de gracia, como agobiada por el peso de sus pensamientos dolorosos, se inclinó lánguidamente sobre el pecho.

Sus párpados, á medio cerrar, ocultaron las negras pupilas, y quedó inmóvil, como si el silencio y la quietud que la rodeaba la hubiesen puesto en ese estado de adormecimiento y casi insensibilidad en que ni se duerme ni se está despierto, en que realmente no se sueña y casi se deja de pensar.

¿Qué ideas ocuparian en aquel momento la mente de Isabel?

Ninguna agradable.

La más risueña, que era la de su amor á Raimundo, se prestaba á bien tristes consideraciones.

La de su amor maternal era por cierto bien dolorosa despues que la ciencia le habia pronosticado que su hijo no viviria más de tres ó cuatro meses.

¡Pobre madre y pobre mujer!

Nada que la consolase en su horrible presente, ninguna esperanza que la halagase para su oscuro porvenir.

Cerca de una hora pasó de aquella manera.

Alguna vez se movieron sus labios, empezando á dibujarse en ellos una sonrisa amarga.

El sonido de una campanilla vino á sacarla de su letargo.

—Será él,—murmuró, levantando la cabeza y estremeciéndose.

Y luego, poniendo sobre el pecho una mano, como si quisiese contener los violentos latidos de su corazon, elevó al cielo una mirada dolorosa y añadió con acento suplicante:

—¡Dios mio!...

Pocos momentos despues se presentó Raimundo.

Ella no lo recibió con la dulce y benévola sonrisa de siempre; lo miró con expresion dolorosa y no acertó á contestar al saludo de él.

Hubo algunos instantes de silencio, embarazoso para ambos.

—¿No esperaba usted hoy mi visita?—dijo al fin Raimundo, estrechando la agitada mano que maquinalmente le alargaba Isabel.

—Sí, Raimundo,—le contestó ella, dándole por primera vez el nombre de bautismo en vez del apellido;—sí, porque hace tres dias que no viene usted.

El jóven se estremeció al verse tratado con más franqueza, con más intimidad que nunca.

¿Qué significaba la turbacion de Isabel, el cambio inesperado y repentido de su lenguaje?

Raimundo no lo comprendia, no podia comprenderlo, porque ni siquiera sospechaba que el papel importantísimo que representaba allí fuese conocido de Isabel.

Además, estaba enamorado, habia adivinado ser correspondido, y... ¿qué habia de pensar de aquel cambio? Lo mismo que pensaba de su propia turbacion, lo que de sí mismo pensaba cuando en algunas ocasiones tenia que hacer esfuerzos sobrehumanos para ocultar á Isabel su pasion.

Volvió á reinar el mismo silencio embarazoso que al principio.

Parecian haberse anulado aquellas inteligencias privilegiadas.

Sentíanse trastornados y como si toda la vida, todo el ser de aquellas dos criaturas se hubiese concentrado en sus corazones, que palpitaban con desigual violencia.

Estaban dominados, subyugados, fascinados cada uno por la influencia de la mirada del otro.

Amenazábales uno de los terribles momentos de olvido que tanto aterraban á Isabel.

Y sin embargo, el pensamiento de ella nunca estuvo tan lejos de semejante idea, nunca abrigó menos semejante temor.

Por eso nunca habia sido mayor el peligro.

Empero la casualidad los sacó de aquella situacion, cuyo término era difícil prever.

La nodriza, con el niño en los brazos, salió al jardin y llegó adonde estaban Isabel y Raimundo.

La infeliz madre tomó á su hijo, lo besó con una especie de exaltacion febril, y lo devolvió á la nodriza, ordenándole que se alejase.

Luego hizo al jóven seña de que se sentase á su lado, y sin poder contenerse, dejó que de sus ojos se escapase un raudal de lágrimas.

Raimundo se sintió más aturdido de lo que ya estaba, y se dejó caer en el banco como si le abandonasen las fuerzas.

Palpitaba su corazon como si fuese á saltar en mil pedazos.

La sangre circulaba en sus venas como una corriente de fuego.

No podia darse cuenta de lo que le sucedia. Sus pensamientos eran incoherentes; sus ideas eran vagas, confusas y brotaban en su imaginacion como un torbellino de fantasmas.

Nunca como entonces tuvo que llamar en su auxilio todo el poder de su voluntad; nunca tuvo que hacer esfuerzos tan dolorosos.

Arrebatábale la mujer á quien amaba con frenesí.

Desgarrábale el alma la madre que lloraba.

—¿Qué hacer, qué decir?

Raimundo intentó consolar á la madre, creyó que esto era lo más prudente, el medio más eficaz para no ocuparse de la mujer.

—Isabel,—dijo con voz conmovida,—tenga usted esperanza en Dios: su hijo de usted...

—¡Ah!—exclamó la infeliz.—Mi hijo no vivirá, me quedaré sin él, porque es lo único que tengo en el mundo, y es preciso que yo pase por todas las amarguras.

—¡Lo único!—replicó Raimundo.—Es usted injusta, Isabel, injusta con el mundo y... hasta con Dios.

—¡Injusta!... ¡Oh!... ¡Yo injusta con el mundo, que tan injusto y cruel se ha mostrado conmigo!... ¡Y eso lo dice usted que debe conocerme!...

—Sí, creo conocer hasta el fondo el alma grande y noble de usted; pero acaso ¿no tiene usted amigos, no tiene usted un esposo?...

—Raimundo,—dijo Isabel, secando sus ojos y fijando en el jóven una dolorosa y tierna mirada,—usted no debiera decir eso, usted no debiera acusarme como los demás, aunque esa acusacion sea solo aparente.

—¡Yo acusarla á usted!

—Sí, usted que conoce el terrible secreto...

—Es verdad,—replicó turbado Raimundo,—conozco un suceso horrible que todos conocen; pero no la he juzgado á usted como el mundo...

—Basta,—interrumpió Isabel, cuyos ojos iban adquiriendo extraordinario brillo:—el fingimiento de usted es noble, pero debe concluir...

—¡Isabel!...

—Sí, usted conoce el secreto de ese crímen horrible que ha echado sobre mí una mancha, tiene usted las pruebas...

—¡Isabel, Isabel!—exclamó Raimundo enteramente aturdido.

—He escuchado una conversacion que me lo ha descubierto todo...

—Pero...

—Gracias, Raimundo, gracias... ¡Ah!... Ya sé que puedo contar con un alma grande y generosa...

—No, no hay alma grande ni generosa al lado de la de usted... ¡Ah!... Lo sabe usted todo... ¿Por qué me lo ha dicho usted? ¿Por qué no ha fingido como yo? ¿Por qué no ha guardado usted ese secreto como yo el mio para que yo pueda seguir siendo el amigo, el hermano de usted?

—¿Acaso no puede usted ya serlo?

—No.

Isabel fijó en Raimundo una mirada de sorpresa y miedo.

—¡Ah!—exclamó.—Explíquese usted, sus palabras me hacen temblar...

—Ha llegado el dia de las revelaciones y...

—Raimundo...

—Usted lo ha querido.

—¡Raimundo, Raimundo!...

—Roto el velo de un misterio, se descubren todos; tras un secreto se escapan los demás...

—¡Dios mio!—exclamó Isabel, temblando como si tuviese una convulsion.—No más revelaciones, Raimundo, no más descubrimientos...

—Dejaremos de vernos para siempre, ¿no es verdad? ¿No lo ha decidido usted así?

Isabel dejó caer la cabeza sobre el pecho y murmuró con voz apenas perceptible:

—Sí.

—No tema usted ofenderme: esa resolucion es un nuevo sacrificio...

—¡Ah!...

—Yo la hubiera tomado; pero no he tenido valor ni he querido abandonarla á usted...

—Nuestras relaciones...

—Son un peligro, al menos para usted...

—Raimundo...

—¡Oh!... Ha llegado el dia de las revelaciones: al separarme de usted no puedo llevarme un secreto, que encerrado en el alma la envenenaria.

—Ni una palabra más, Raimundo, yo se lo suplico... ¿Qué puede usted decirme que yo no haya adivinado? ¿Qué puedo callar que usted no descubra, qué puedo fingir que le engañe?

Y el rostro de Isabel se tiñó de carmin.

Y sus grandes ojos, destellantes con el fuego de su amor, se bajaron.

Y su mirada fascinadora se fijó en las cristalinas trenzas del arroyo.

Y su pecho, con agitacion violenta, se levantaba á impulsos de su desigual respiracion.

Y todos sus miembros temblaron convulsivamente.

—¡Ah!—exclamó Raimundo con todo el arrebato de su pasion.—Nada, absolutamente nada podemos ocultarnos, porque nuestros corazones se comprenden, se adivinan mútuamente; pero no le basta á mi corazon ser adivinado ni adivinar. Ya nada temo, porque vamos á separarnos: la heróica virtud de usted ya no peligra, porque no nos veremos y no podrá hacerla vacilar un momento de locura mia, de olvido, de trastorno de usted.

—Basta, Raimundo...

—Perdóneme usted... ¡ah!... perdóneme usted en gracia de lo que sufro, usted que sabe lo que es sufrir. Nuestro lenguaje no puede ser el de todo el mundo...

—¡Ah!... ¡Por compasion!—exclamó Isabel, extendiendo las manos hácia el jóven.

—¡Por compasion!—repitió este, cogiendo y estrechando aquellas manos suplicantes.

—¡Raimundo, Raimundo!—dijo Isabel con acento desgarrador y haciendo un gesto doloroso.

—¡Isabel!...

—Tenga usted lástima de mí!...

—¡Ah!...

—Sea usted mi ángel salvador, siempre mi ángel bueno... Sea usted generoso... Nada tengo en el mundo más que la tranquilidad de mi conciencia, nada más, y si la pierdo...

—¡Soy un miserable!—exclamó Raimundo con voz reconcentrada.

Y dejó caer la cabeza sobre el pecho y se oprimió las sienes con fuerza convulsiva.

El llanto volvió á los ojos de Isabel.

Sus sollozos y la agitada respiracion de Raimundo, fueron el único ruido que interrumpió el silencio que siguió á aquella escena.

¡Pobres corazones!

La reaccion era consiguiente.

Al cabo de algunos minutos, la enervacion más completa sucedió á la excitacion.

Sentíanse ambos sin fuerzas, como si hubiesen sostenido una lucha encarnizada y tenaz.

Sus espíritus estaban como abatidos por el dolor y la tristeza, más que exaltados por la pasion.

Raimundo rompió el silencio.

—Preciso es,—dijo,—separarnos, y separarnos para siempre; así lo exige nuestra desdicha, lo manda la fatalidad...

—Lo quiere Dios... Resignémonos.

—¡Resignarse!...

—¿Le faltan á usted las fuerzas para ello?

—La resignacion es la fuerza de las almas sublimes, y la mia...

—Es grande.

—No, Isabel: usted acaba de ver mi debilidad... ¡Oh!... Todo lo ha perdido usted, todo, hasta la honra, á los ojos del mundo; no le queda más que la tranquilidad de su conciencia, y yo que he tenido la ridícula pretension de protegerla á usted, no he valido bastante para contenerme y ahogar los impulsos de mi corazon, he puesto la mano sobre esa única felicidad que le resta, sobre lo único que posee, para arrebatárselo por satisfacer mi pasion... Soy un miserable...

—La culpa ha sido mia...

—No, no...

—Dejemos eso, Raimundo; no nos echemos en cara lo que no es una culpa nuestra. ¿Para qué atormentarnos? Este amor, que es criminal para el mundo, porque tengo un esposo, no lo hemos hecho nacer en nuestros corazones ni lo hemos fomentado. Hasta hoy no tenemos nada de que acusarnos: por más que el mundo nos juzgue por las apariencias, por más que á mí me haya condenado Dios que todo lo vé y que es infinitamente justo, nos perdonará si sabemos cumplir nuestros deberes, aunque tengamos que arrostrar esas acusaciones y hasta el escarnio del mundo. Si sufrimos, tendremos al menos la tranquilidad de nuestra conciencia, que es una felicidad no alcanzada por todos los que gozan con las felicidades materiales

de esta vida. Entre el mundo y la conciencia ¡ah! la conciencia antes que todo, Raimundo: entre el deber y una dicha pasajera, el deber primero. Así se alcanza otra dicha que con nada se compra, una tranquilidad contra la que se estrellan todas las borrascas de la vida; así el horizonte de nuestro porvenir se ve claro, puro y risueño, como alumbrado por el sol de la esperanza de goces inefables y sin fin: poco importa que el presente esté sembrado de espinas. No quiero un camino de mullido césped, cubierto de flores, que me conduzca á un abismo horrendo; prefiero la senda escabrosa y árida que me lleve á un paraiso.

Raimundo escuchaba con religioso respeto á aquella mujer sublime. Reconocíase ante ella pequeño, sentíase como avergonzado.

¿Qué habia de decirle?

—Gracias, Isabel, gracias,—murmuró con voz conmovida.

—Es preciso, pues, separarnos para siempre...

—Sí: esta será la última vez que nos veremos...

—No, mañana tambien.

—¡Mañana!...

—Sí, Raimundo, mañana volverá usted para ayudarme á concluir mi obra, para probarme que no me he engañado al creer que abriga usted un alma grande y noble, que su corazon es digno de mi amor.

—No comprendo...

—Quiero decir que mañana me traerá usted la prueba del crímen de mi esposo...

—¡Isabel!...

—¿Acaso?...

—¿Sabe usted lo que pide?

—Sí.

—¿Sabe usted lo que contiene la cartera?...

—Sí, una carta de una mujer...

—Pero ¿qué intenta usted hacer?

—Ya lo he dicho, terminar mi obra.

—Esa prueba...

—Quiero que desaparezca.

—Pero...

—Quiero que desaparezca esa prueba que puede perder al padre de mi hijo.

—Es la única defensa...

—Mi defensa es Dios.

—Pero si el mundo...

—Nada me importa ya.

—Su esposo de usted es un miserable sin corazon...

—Lo sé.

—La odia á usted.

—Lo sé.

—Usted es un estorbo para la dicha á que aspira en su desenfreno...

—No lo ignoro.

—Y á pesar de ser el padre de su hijo de usted, puede otra vez intentar...

—Dios me ha salvado una vez y no me abandonará.

—¿Quién sabe lo que puede suceder?

—En último caso, prefiero ser víctima del odio de mi esposo, á ver condenado como asesino al padre de mi hijo.

—Por interés de ese mismo hijo...

—Mi deber es perdonar y he perdonado.

—Bien hecho.

—Mi conciencia me dice que deje á la justicia divina el castigo del criminal, y obedezco la voz de mi conciencia.

—Así está hecho,—replicó Raimundo:—ha preferido usted la deshonra...

—No me arrepiento.

—Ha callado usted el nombre del criminal...

—Y lo callaré, y usted me secundará.

—Ya la he secundado.

—Ha sabido usted comprenderme.

—Usted lo ha querido así: he guardado la prueba del crímen de don Juan y seguiré guardándola.

—¿No piensa usted hacer uso de ella en ningun caso?

—Solamente para salvarla á usted, despues de haber apurado todos los medios.

—Seria contrariar mis deseos y hacerme más desgraciada.

—¿Quiere usted?...

—Quiero que me deje usted perderme antes que perder al padre de mi hijo.

—¡Oh!... en esa horrible alternativa, no sé...

—¿No responde usted de lo que haria?

—Es dudoso... porque...

—¿Me ama usted mucho?...

—Sí.

—Pues bien, para evitarle á usted esa lucha, si llegara el caso, y para evitar el peligro de que impulsado por su amor hiciese usted uso de esa prueba, quiero que desaparezca completamente...

—¡Oh!...

—Que el fuego la consuma.

—Pues bien, yo le prometo á usted, si el caso llegase...

—No basta esa promesa.

—¿Desconfia usted?...

—No; pero usted no es solo: otro hombre, el cochero...

—Es verdad, conoce el secreto; pero respondo de la discrecion de ese hombre.

—Se ha emborrachado una vez y puede hacerlo otra y hablar.

—No, no...

—No es probable; pero sí posible.

—Isabel...

—Esa cartera no tiene objeto, puesto que en ningun caso, por ninguna razon ha de hacerse uso de ella: ¿para qué guardarla siendo un peligro?

—Es una amenaza, es un freno que contiene á don Juan.

—Amenaza vana...

—No lo supone así el amenazado, porque no cree en una generosidad de que él no es capaz.

—Pero yo lo prefiero todo al peligro que esa prueba ofrece mientras exista.

Raimundo meditó algunos instantes.

—Será como usted quiere,—dijo;—entregaré á usted la cartera.

—Gracias...

—Solo por obedecer á la voluntad de usted; pero contra toda la mia. ¡Oh! Tiemblo, Isabel, porque aun presiento desgracias; una voz secreta me dice que esa generosidad ha de perderla á usted.

—Le engaña á usted el interés que le inspiro. Raimundo, cuando se obra bien, se sale bien de todo. Puede suceder que venga una série de desgracias; pero al fin se alcanza la dicha. El inocente triunfa siempre.

—Suele el inocente morir cuando va á alcanzar el triunfo.

Isabel levantó una mano y señaló al cielo.

Raimundo inclinó la cabeza y guardó silencio.

Luego se puso de pié, estrechó cariñosamente la mano que Isabel le alargaba, y dijo:

—Hasta mañana.

—Adios, Raimundo.

El jóven, triste y abatido, atravesó el jardin y salió, no sin haber vuelto antes la cabeza para enviar una mirada de despedida á Isabel, que permanecia inmóvil en su asiento.

Un observador hubiera podido ver por entre el enmarañado ramaje del parral y asomando por cima de la tapia, una cabeza de mujer, tan bien modelada, tan bella como la de Isabel, y brillar unos ojos tan negros como los de esta, tan grandes, tan expresivos, pero de mirada más ardiente, más penetrante, más viva.

Aquella cabeza, cuyo rostro de atrevidos perfiles, era á la vez una provocacion y un encanto, permaneció algunos minutos inmóvil, observando á la desdichada Isabel, y luego desapareció.

Entre tanto, en el jardin de Rosina, Paco se encontraba al pié de la tapia apoyado contra una pequeña escalera de mano.

—Baja sin miedo,—dijo, levantando la cabeza...

Alejandro hubiera dado la mitad de su vida por encontrarse allí.

La escalerilla crugió al recibir el peso del cuerpo de Rosina, y esta, levantando su espléndida falda de seda, empezó á bajar, po-

niendo uno tras otro en los travesaños el breve pié, calzado con primorosa bota de piel de zapa.

—¿Has podido oir algo?—le preguntó su amante.

—No; pero lo he comprendido todo: me han dicho bastante sus ademanes y sus miradas.

—¿Y qué opinas?

—Hemos triunfado. Mañana, tal vez hoy mismo, traerá la cartera y nada tendremos que temer.

—Está hecho lo principal...

—Pero ¡cuánto se aman!—murmuró Rosina, cuya frente se contrajo.

—¿Y qué?—dijo Paco encogiéndose de hombros.

—Ella,—repuso la cortesana como si hablase sola,—ella lo ama como yo amo, y él, como yo quiero que me amen...

—Bien; pero todo eso...

—Es que como no me interesa el marido, no tengo celos de la mujer, no la ódio...

—¿Vas á arrepentirte?

—No, ni me arrepiento ni retrocederé: seguiré hasta el fin; pero te lo confieso, lo que está proyectado lo haré por tí, como quien hace un sacrificio: quieres á toda costa ser rico, y á todo estoy dispuesta por verte satisfecho y feliz. Pero por lo mismo que te amo tanto, que sé lo que es amor, me interesa esa pobre mujer. Antes me era indiferente; pero ahora que he visto su corazon, la salvaria si no hubiese de sacrificar para ello tu dicha ó tus caprichos. Pero descuida, Paco, descuida: entre ella y tú, no vacilaré: entre su amor que me conmueve, y el mio que me abrasa, no dudaré. En cuanto á valor, no me faltará, tratándose de tí. ¡Oh!... Si aun no me conoces, ya me conocerás.

—Bien hablado,—dijo el maton sin mirar á Rosina, cuyos ojos brillaban extraordinariamente.

Y poniéndose á encender tranquilamente un cigarro, añadió con acento medio burlon:

—Bien hablado: si tuvieras el alma como tienes el pico, valdrias un Perú; pero te conozco y no me engañas...

—¡Paco!...

—Anda, anda... ¿No te acuerdas que está esperando don Alejandro?

—¿Qué me importa ese miserable?

—A mí sí...

—¿No tienes bastante con el negocio de don Juan?

—Ya te he dicho que si podemos ganar dos no debemos contentarnos con uno.

—Un nuevo riesgo...

—¿Te arrepientes?

—No; pero...

—Entonces no gastemos tiempo en balde: hoy tienes ganas de conversacion y yo...

—¿Pero es posible que nunca tengas para mí una palabra cariñosa? ¡Ah!—exclamó Rosina, dejándose caer en un banco, con algo más que descuido.—Ven, Paco, siéntate aquí, hablemos...

—Me vuelvo á Madrid.

—Más tarde...

—Espera don Alejandro... No olvides hablarle de lo del préstamo á don Juan...

—Lo haré; pero á condicion,—replicó Rosa con inimitable graciosa coquetería,—á condicion de que ahora te sientes á mi lado, me digas que me quieres...

—Tengo prisa...

—Paco...

—Déjame te digo, falsa.

—Pues bien, nada diré á don Alejandro de ese asunto...

—Si quieres vivir...

—No lo haré,—replicó Rosina con enojo y sosteniendo con firmeza una amenazadora mirada de Paco.

—Cuidado,—dijo este,—cuidado...

—Mátame sí quieres...

—Bien,—repuso Paco, tomando su capa que estaba en el banco, —está visto que quieres que te ponga las manos encima...

—Eso lo veremos.

Contentóse Paco con echar una segunda mirada amenazadora á Rosina, y embozándose se alejó.

—¡Oh!—exclamó ella, retorciéndose las manos con desesperacion.—¿Acaso no me quiere?... Esta duda es horrible... Sí, me ama.

Pocos momentos despues habia dado á su semblante la encantadora expresion que siempre tenia, y se dirigió á la casa, donde esperaba Alejandro.

CAPITULO XX.

Lo que Antonio descubrió.

El siguiente dia estaba lluvioso y frio.

Serian las once de la mañana, y Antonio, sentado en el pescante de su berlina, se encontraba á la puerta de la casa en que vivia Raimundo.

Este salió pocos momentos despues, llevando dos paraguas, que puso dentro del carruaje.

—¿Con que estás decidido?—le preguntó el cochero.

—Ya lo sabes,—contestó Raimundo, sacando del bolsillo una cartera y enseñándola á su amigo.

Este hizo un gesto de disgusto.

—Bien,—replicó,—tú lo quieres así... ¡Quiera Dios que no te pese!

—¿Para qué quiero esto si jamás ha de servirme?

—Si tú hubieses vivido como yo entre ladrones y asesinos, comprenderias de lo que son capaces ciertos hombres. Ya te lo he dicho: si la cartera no puede servir para salvar á esa pobre señora, porque ella prefiere morir á que se acuse á su marido, puede servir para que tú te salves.

—Antonio, aunque tus sospechas, fundadas en un imposible, llegasen á realizarse, yo no me defenderia delatando á don Juan, porque

esto seria salvarme á costa de Isabel, á quien heriria en lo más profundo del alma.

—Estás enamorado, Raimundo...

—Déjame cumplir mi deber y los deseos de mi corazon...

—Adelante,—dijo el cochero.

Y tomó las riendas mientras Raimundo entraba en la berlina, recostándose en un rincon de ella y quedando abismado en tristísimos pensamientos.

El carruaje partió, y dejando atrás calles y calles, salió al fin por la puerta de Toledo, atravesó el puente del mismo nombre y tomó el camino de Carabanchel.

No volvieron á dirigirse la palabra los dos amigos.

Antonio fumaba, al parecer tranquilamente, y al compás de las pisadas del caballo, entonaba á media voz uno de los melancólicos cantares de su pais natal; pero con esa entonacion que revela una resignacion forzada y que ha dado lugar al refran que dice: «cuando el español canta, rabia ó no tiene blanca.»

Una hora despues llegaron á Carabanchel.

Paró el coche ante la puerta de la casa de don Juan, y Raimundo salió y llamó.

—Por última vez,—le díjo Antonio.

—Tranquilízate y déjame obrar.

—¡Oh!... Te ruego...

—El cariño que me tienes te hace sospechar lo que no existe ni puede existir.

—Raimundo...

—Estoy decidido,—replicó este.

Y entró en la casa, cuya puerta acababan de abrir.

Empezó á caer una espesa y menuda lluvia.

Antonio miró á su alrededor, buscando donde guarecerse, y no encontró mejor sitio siquiera para resguardar algo el caballo y el asiento del pescante, que frente á la casa de Rosina, donde por encima de una tapia salia una gran porcion del espeso ramaje de un castaño.

Debajo de este colocó Antonio el coche; pero como las ramas no

evitaban completamente la lluvia y presumia que habria de esperar bastante, buscó otro abrigo para él, no encontrando ninguno mejor que el hueco de la puerta del jardin de Rosina.

Como el que aguarda sin tener nada que hacer y obligado á permanecer en un mismo sitio, busca en todo entretenimiento, porque no hay nada que aburra más que el tiempo, que es precisamente lo que más deseamos, Antonio empezó por contemplar las ramas del castaño que enfrente tenia, luego examinó la tapia, fijándose en cada uno de sus desconchados, y acabó por mirar uno á uno los hierros de la verja en que estaba recostado y las tablas que, segun hemos dicho, habian puesto por el otro lado para evitar las miradas de los curiosos.

Mirando y remirando vió el cochero que el tiempo habia empezado á contrariar los deseos de no ser espiado ni visto del que habia mandado cubrir la verja, pues la madera, bajo la accion del sol, se habia contraido, y entre tabla y tabla habia empezado á quedar abierta una rendija. Además, sin duda la travesura de algun muchacho, habia hecho saltar un nudo de la madera, dejando entre dos hierros y como á unos seis pies de altura, un agujero que podria tener una pulgada de diámetro.

Aquello fué para Antonio un gran descubrimiento, porque le proporcionaba un medio más de entretenerse.

Todo lo que presenta algun inconveniente ó está vedado, tiene doble interés; la *fruta del cercado ajeno* nos parece más sabrosa que la nuestra.

Pensó Antonio que aquel agujero no solamente habia hecho inútil la precaucion tomada por el dueño del jardin, sino que por el contrario, proporcionaba á los curiosos el medio de ver sin ser vistos, de observar con un descuido, con una libertad que no hubieran tenido á estar la verja descubierta.

Antonio colocó un ojo en la pequeña abertura y empezó á examinar el interior del jardin con gran curiosidad.

Nada habia que admirar allí: ya hemos dicho que estaba inculto, completamente abandonado, y que su principal adorno en cuanto á vegetacion lo constituia la silvestre, que se desarrollaba á su placer.

Sin embargo, en aquel mismo descuido parecia que Antonio encontraba el encanto.

Y efectivamente, miraba un jardin que no se parecia á los demás, y que por lo mismo debia ser examinado.

Más de diez minutos pasó Antonio en aquella contemplacion, verdaderamente infantil, cuando la idea de que allí no debia vivir nadie, empezó á robar el interés á su observacion.

Si no estaba allí la persona que habia cubierto la verja para evitar que se la mirase, no podia vérsela, es decir, no se la podia contrariar, y por consiguiente el espionaje no ofrecia ningun interés.

Además, habia cesado la lluvia, y el sol intentaba enviar á la tierra alguno de sus rayos por entre un grupo de nubes.

Antonio iba á separarse de allí; pero llegó á sus oidos una voz clara, fresca, argentina, que cantaba alegremente.

—Esto es otra cosa,—murmuró el cochero;—hay una mujer... Veamos.

Y volviendo á mirar por el agujero, vió efectivamente á una mujer que no tendria más de veinticuatro años, que atravesaba el jardin corriendo y saltando con todo el descuido de quien está solo.

Era la doncella de Rosina.

—¡Ah!—exclamó Antonio.—Es bonita... Se vá... pero volverá... aguardaré...

Y permaneció inmóvil.

¿Qué entretenimiento podia buscar mejor que contemplar á una mujer bonita que corre y salta sin miedo ni cuidado?

Sin embargo, la escena debia cambiar, y producir muy diversa impresion en el cochero.

Pocos momentos despues, por el fondo del jardin, apareció Rosina apoyada en el brazo de don Juan.

Sintiéndolo él y fingiéndolo ella, es lo cierto que en el rostro de ambos se veia pintada una vehemente pasion.

—¡Ah!—exclamó Antonio.

Y los miró afanosamente, dudando si se engañaba.

Empero los conocia muy bien.

No podia equivocarlos.

Era cosa que interesaba mucho á Raimundo, para que el cochero olvidase aquellos rostros.

Sin embargo, él mismo habia visto á Rosina partir, y aunque era fácil que hubiese vuelto, no era posible que don Juan se atreviese á tanto, que despreciase la amenaza de Raimundo.

Dirigíanse hácia la puerta.

Algunos minutos despues pudo examinarlos perfectamente Antonio.

Ya no dudó.

Eran el asesino y su cómplice.

El cochero apretó los puños con desesperacion.

—¡Oh!—exclamó con voz reconcentrada.—No me equivoqué, engañan á Raimundo...

Llegaron junto á la puerta y se detuvieron para concluir la conversacion.

Sus palabras podian ser muy importantes.

¿Quién sabe si revelarian el plan que indudablemente habian fraguado?

Antonio sustituyó el oido á la mirada y escuchó con ávido afan.

—Por consiguiente,—decia don Juan,—dentro de algunos minutos nada tendremos que temer, porque habré recuperado mi cartera. ¡Oh! no me contentaré con quemar tu carta, sino la cartera con cuanto contiene. Y luego, que me amenace Mendoza, que me imponga condiciones, que intente penetrar hasta en mi corazon...

—Seremos dueños de nuestras acciones,—dijo Rosina,—podremos amarnos y ser felices...

—Y mi mujer y Mendoza se convencerán de que eso que ellos llaman nobleza, grandeza, generosidad, abnegacion, es una estupidez, y si llegan á salir del lance en que van á verse metidos...

—¿No seria mejor dejarlos?—interrumpió Rosina.—Que sean felices como nosotros, ¿qué nos importa?

—No, no.

—¿Tienes celos?

—¡Celos por la mujer á quien odio!... ¡Celos por un amor que yo he fomentado para conseguir mis fines!... Si me importase esa hoguera no hubiera yo mismo ayudado á encenderla. No, Rosina mia:

no son celos, no es que tenga interés en que sean felices ó desgraciados, puesto que no me importa más que mi felicidad; es que no basta que desaparezcan las pruebas de nuestro crímen, sino que es preciso evitar hasta la posibilidad de que algun dia se busque al criminal. Mientras la justicia no esté satisfecha, corremos peligro. Cuando nuestro amor no sea un misterio para el mundo, puede este dudar, porque el mundo reforma y cambia sus opiniones con la misma facilidad que las forma; pero esa duda no vendrá si el criminal ha sido descubierto.

—Si hay peligro para tí, no retrocederemos...

—Adios, Rosa mia...

—¿Volverás?

—En cuanto el fuego haya consumido la cartera.

—¡Ah!—exclamó Rosa.—Hoy será el dia más feliz de mi vida, porque nada tendré que temer por tí.

—Sí, mi encantadora Rosina, hoy quedará despejado el horizonte de nuestro porvenir. Podré sin miedo desafiar al mundo...

—Podremos amarnos sin que nada turbe nuestra dicha incomparable.

—¡Oh!...

—No pierdas un instante: espero con ansiedad...

—Pronto me tendrás á tu lado...

—Adios.

Crugió la puerta.

Antonio, aturdido, se separó apresuradamente y fué á situarse junto al coche.

No sabia lo que era conveniente hacer.

La conversacion que habia escuchado le habia hecho comprender que Raimundo corria más peligro que nunca.

Pero ¿qué peligro era este?

No tratándose de asesinarlo, no acertaba Antonio qué cosa podia intentarse contra un hombre como Raimundo, á quien nada podia echársele en cara.

Sin embargo, era la verdad que algo se intentaba, y algo grave, tal vez horrible.

No habia duda tampoco de que á Raimundo se le habia tendido un lazo, donde le habia hecho caer su nobleza.

El conservar la cartera, era, pues, muy importante: de esto dependia todo.

La misma Isabel, que tanto empeño ponia en hacer que desapareciese la prueba del crímen, renunciaria á su generoso intento cuando supiese que de llevarlo á cabo peligraria Raimundo.

Ella podia sacrificarse; pero no era posible que quisiera sacrificar tambien al hombre á quien tanto amaba y que estaba dispuesto á arrostrarlo todo por ella.

Mientras Antonio hacia todas estas reflexiones, don Juan habia salido, andado los pocos pasos que le separaban de su casa y entrado en esta.

El cochero, que se habia vuelto de espaldas hácia la casa de Rosina, no vió salir al asesino.

Tampoco, abismado en sus pensamientos y sus dudas, sintió el ruido de las puertas al abrirse y cerrarse.

—¡Ah!—exclamó.—Lo evitaré si aun es tiempo... Sí, sí, porque ella le devolverá la cartera en cuanto me escuche...

Y con el rostro cadavéricamente pálido, la frente contraida y los ojos chispeantes con el fuego de una ira reconcentrada, llegó á la puerta de la casa de don Juan y llamó.

—¿Qué se ofrece?—le preguntó una criada abriendo.

—Quiero,—respondió Antonio con agitacion,—quiero ver á la señora...

—No recibe á nadie...

—Sí, me espera, es decir, ella y el señor Mendoza, á quien he traido en mi coche, esperan un recado... y el señorito me mandó que cuando viniesen con ese recado, subiese yo á dárselo...

—Es verdad; el señorito don Raimundo está de visita; pero...

—Avísele usted, si no quiere dejarme entrar...

—Le avisaré.

La criada dejó al cochero.

Entonces este, que sabia que perder algunos momentos podia ser perderlo todo, siguió á la sirviente, de manera que cuando ella lle-

gó á la puerta del aposento donde su señora se encontraba, llegó él tambien, la detuvo, y mientras levantaba la cortina, le dijo:

—Yo entraré.

—Pero...

—Tengo prisa; está solo el coche.

—¿Qué me importa?

Antonio separó á un lado á la criada, acabó de levantar la cortina y penetró en el aposento donde estaba su amigo...

Una exclamacion de sorpresa, de ira, de desesperacion se escapó de su boca.

CAPITULO XXI.

Donde se verá si Antonio llegó á tiempo.

Puede figurarse el lector lo que produjo la sorpresa, la desesperacion del cochero.

Esperaba encontrar solos á Isabel y Raimundo y vió con ellos á don Juan.

Sin embargo, aun podia ser tiempo de salvar á Mendoza.

Aunque don Juan tuviese ya en su poder la cartera, Antonio se prometia recuperarla.

Le sobraba para ello valor y resolucion, y el asesino era demasiado cobarde para resistir.

—¡Antonio!—exclamó Raimundo sorprendido.

Isabel comprendió que el recien llegado era el cochero que tan importante papel representaba en aquel terrible drama, y que su repentina aparicion en el estado de ira que tan claramente se pintaba en su rostro, significaba algun acontecimiento desagradable, ó por lo menos la proximidad de alguna nueva desgracia.

La infeliz se estremeció y con angustioso afan miró alternativamente á Antonio y á don Juan, pues solo estos podian explicar lo que sucedia.

El asesino estaba de pié junto á la chimenea.

Raimundo, que se habia levantado para irse, se encontraba cerca de Isabel.

El rostro de don Juan era el único que no habia cambiado: conservaba su dulce y tranquila expresion.

No habia podido explicarse el motivo de la aparicion de Antonio; pero fuese cual fuese, como nada tenia que temer, no se habia alterado.

Hubo algunos momentos de silencio absoluto, interrumpido solamente por el ruido de la agitada respiracion del cochero.

Este los miró á todos, ó más bien examinó con afanosa mirada las manos de todos.

Luego pronunció con acento iracundo una grosera interjeccion, y dijo á Raimundo:

—¿Y la cartera?

En los labios de don Juan se dibujó una levísima sonrisa.

—¿Qué sucede?—preguntó Raimundo á su amigo.—¿Qué te ha obligado á presentarte aquí de esa manera?...

—Te engañan...

—Pero...

—¿Y la cartera, Raimundo, y la cartera?

Por toda contestacion, Mendoza fijó en don Juan una penetrante mirada.

—Entiendo,—dijo con calma el asesino,—este hombre debe ser el cochero... si... entiendo... ¿Pregunta por la cartera?... Es muy justo: él se la encontró y tiene derecho á saber lo que se ha hecho de esa prenda...

—Sí,—replicó impetuosamente Antonio,—un derecho que nadie se atreverá á disputarme.

La calma del asesino aterró á Isabel.

La frente de Raimundo se contrajo más de lo que estaba.

—He empezado por reconocerlo, amigo mio,—repuso don Juan con la misma calma.—El señor Mendoza, supongo que de acuerdo con usted, ha tenido la bondad de entregar á mi esposa la cartera, y he llegado precisamente cuando lo hacia...

—¡Ah!—exclamó Antonio.—No he llegado tarde...

—Segun,—replicó don Juan:—si venia usted para acabar de con-

vencer al señor Mendoza de que debia ser generoso y noble, como siempre...

—No.

—Si era para evitar que llevase á cabo su buena accion... ¡Ya es tarde!—dijo don Juan, extendiendo un brazo y señalando al fuego que ardia en la chimenea.

—¡La han quemado!—exclamó el cochero con desesperacion.

—Sí.

—Antonio,—dijo Raimundo con dureza,—acaba de explicarte...

—¡Que me explique!... ¿No te he dicho ya que te engañaban?... Te han tendido un lazo y has caido en él.

—¡Un lazo!—repitió Raimundo, mirando á Isabel.

—No, no hay lazo,—dijo esta:—la cartera la he pedido yo, porque antes que ver acusado al padre de mi hijo, lo prefiero todo, hasta la muerte, todo, hasta la deshonra á los ojos del mundo, como la he arrostrado ya.

—Señora,—repuso Antonio,—usted ha sido tambien engañada, porque tiene usted un corazon tan noble como Raimundo. Ese hombre,—añadió, señalando á don Juan,—sabia, no sé cómo, que hoy devolveria Raimundo la cartera, y aguardaba á que esto sucediese para poner en ejecucion un plan horrible, que no conozco, pero que se dirige contra Raimundo para perderlo.

El cochero, en su trastorno, no comprendió que habia cometido una torpeza al decir que desconocia el plan del asesino.

En los ojos de este brilló una chispa fugaz de diabólica alegría.

—¿Contra mí?— dijo Mendoza.—Sin duda el cariño que me tienes te hace ver lo que no existe.

—¡Lo que no existe!... ¿Crees que son presunciones mias?... No, Raimundo. Acabo de ver y oir... ¡Oh!...

—Pero...

—¿Sabes quién está en Carabanchel, á pocos pasos de aquí, en la casa inmediata?...

—Basta,—interrumpió don Juan.—Supongo, señor Mendoza, que no aprobará usted que este hombre, que se ha introducido aquí sin licencia de nadie, abuse...

—Este hombre,—replicó Raimundo con dureza,—es mi amigo, y vale por lo menos tanto como yo, mucho más que usted...

—Caballero...

—Sí,—repuso Antonio,—valgo más, mucho más, porque no soy un asesino. Hablaré, diré lo que he visto y oido...

—Sí, acaba.

—En la casa inmediata vive Rosina, la cómplice y amante de este hombre.

Isabel no pudo reprimir un grito desgarrador.

Su rostro pálido se tornó lívido.

Por algunos intantes no pudo respirar y faltó á sus ojos la luz, y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para sostenerse.

—Es verdad,—dijo;—nos han tendido un lazo: he sido miserablemente engañada... ¡Ah!... Perdon, Raimundo: yo podia arrostrarlo todo por salvar al padre de mi hijo; pero no debia sacrificarlo á usted.

—Tranquilícese usted,—respondió Mendoza,—nada debo temer: mi conciencia está tranquila, y solo puede amenazárseme con un golpe alevoso; pero mi asesino necesitaria herir á dos para que yo no fuese vengado, á mi fiel amigo Antonio, y á mí, y esto es difícil, casi imposible. Además, yo tambien estaba resuelto á arrostrarlo todo, hasta la muerte, antes que acusar al padre de su hijo de usted, antes que abrir una nueva herida en el noble corazon de usted. Nada pues, se ha perdido. ¿Para qué queria yo esa prueba de que jamás habia de hacer uso? Venga otra vez esa cartera y yo mismo volveré á quemarla.

Isabel estrechó con entusiasmo una mano de Raimundo y miró á su esposo con el más profundo desden.

Don Juan, que habia palidecido porque tuvo miedo de que llegara á descubrirse su plan, seguia guardando silencio.

—En cuanto á esa mujer,—añadió Raimundo, dirigiéndose al asesino,—ya es otra cosa. Ha faltado usted á su promesa, me ha engañado usted...

—Señor Mendoza,—interrumpió don Juan con dulce tono,—esa acusacion es injusta; sin embargo, no me quejo, la sufro resignado,

porque comprendo que todo el mundo dude de un hombre á quien puede acusársele de lo que á mí...

Interrumpióse como quien siente un profundo malestar, dejóse caer en un sillon con la languidez del que ha perdido las fuerzas, y añadió:

—Siéntense ustedes, porque... no puedo seguir de pié... No pido un perdon que no merezco, ni una compasion que no puedo inspirar; pero sí espero merecer atencion por algunos instantes. ¡Ah! he cometido un crímen horrible; pero estoy harto castigado con la misma generosidad de mi víctima. Esto no lo comprenderán ustedes... ¡así será mayor mi castigo!

El rostro pálido de don Juan revelaba una mortal angustia, y su acento era conmovedor hasta el punto de que el mismo Antonio, el más desconfiado de los tres, sintió que se templaba su ira y faltábale poco para dudar si aquel hombre era un pecador arrepentido.

Raimundo se sentó maquinalmente.

—Voy á rectificar una suposicion equivocada,—añadió don Juan,—no á sincerarme, porque reconozco mi falta, confieso que no hay nada que pueda excusar mi proceder. No he faltado á mi promesa, señor Mendoza; amenacé á esa mujer y logré obligarla á que saliese de Madrid; pero en vez de embarcarse en Valencia ó Barcelona para Francia, como me habia prometido hacer, se volvió y me dijo que estaba resuelta á vivir cerca de mí, y que lo más que haria seria ocultarse, ó más bien retirarse á vivir modestamente. En vano traté de hacerla variar de resolucion; recurrí nuevamente á las amenazas, y me dijo: «Si nos delatan, moriré contenta contigo; pero esto no sucederá, porque el hombre que puede perdernos es demasiado noble para hacerlo así, y no lo hará, sobre todo cuando vea que no ofendo á mi víctima con mi cinismo y que he dejado mi vida de lujo y disipacion, lo cual significa que no corren peligro alguno los intereses de tu hijo.» Hícele observaciones; pero á todas puso fin, añadiendo: «Pues bien, si me obligan, yo misma haré la delacion...» ¡Oh!... Si conociesen ustedes á esa mujer, comprenderian que es capaz de cumplir su terrible amenaza. ¿Qué podia yo hacer? Nada. Por otra parte, esa mujer, á quien no sé decir si amo ó temo, me domina: ante su mirada pierdo la voluntad y se ofusca mi entendimiento, to-

do mi ser se trastorna, me siento aterrado y... ¡Ah!... Esa mujer tiene, aun en su misma belleza, algo de satánico, superior al espíritu de las demás criaturas; le temo, me espanta, y sin embargo me siento á mi pesar arrastrado hácia ella, como el pájaro fascinado por la mirada de la serpiente. Si yo pudiera hacer comprender lo que sufro, si pudiera pintar la lucha horrible que desgarra mi alma, se me compadeceria en vez de odiarme. ¿Creeis que soy más feliz que ayer, porque hoy nada pueden contra mí los que ayer podian aniquilarme? No, yo no seré feliz mientras viva esa mujer. Haced que desaparezca sin exigir mi consentimiento, porque me faltaria el valor para otorgarlo, y me habreis dado la mitad de una completa dicha, porque entonces no me atormentará más que mi conciencia... ¡Ah!—exclamó, levantando al cielo los ojos.—¡Dios mio, ni aun la esperanza de vuestro perdon tengo, porque soy demasiado criminal y no podré arrepentirme mientras esté dominado por esa infernal mujer!

Calló don Juan algunos instantes como para tomar aliento, y luego prosiguió con el mismo pausado tono y acento triste:

—Pero ¿qué os importa lo que sufro?... Acabaré y luego... seguid despreciándome, no espero ni merezco otra cosa. Ya habrás comprendido, Isabel, por qué me opuse á tu venida á este pueblo. Hace pocos dias, esa mujer empezó á hacerme nuevas exigencias: quiere que á toda costa me divorcie para vivir con ella: este es el plan que, con razon, acaba ese hombre honrado de calificar de horrible; pero no podia ponerse en práctica hasta que recuperásemos la cartera, y esa maldita mujer, que ayer os observó en el jardin, ha comprendido que la prueba del crímen iba á desaparecer.

Las mejillas de Isabel se tiñeron de vivo carmin y bajó los ojos avergonzada, á pesar de su pureza y de la criminalidad de su esposo, á pesar de que podia ser juez y no reo.

Su amor á Raimundo no era ya un secreto, y esto fué un terrible golpe para la infeliz.

La mirada que la habia espiado, harto perspicaz, debia haber leido en los semblantes de Isabel y Raimundo lo que pasaba en sus corazones, todo lo debia haber adivinado; hasta las palabras que ellos creian no haber sido oidas sino de Dios, palabras que mútuamente

habian recogido y guardado en el fondo de sus almas como el avaro su tesoro.

Empero no habia sido Dios el único testigo de aquella tiernísima escena, sino tambien aquella mujer, que tenia el espíritu de Satanás encerrado en su corazon.

Lo que Isabel debió sufrir en aquellos instantes, puede solamente comprenderlo un alma tan sublime como la suya.

—¿Quereis,—añadió don Juan,—una prueba de la verdad de cuanto os digo?

—No, no,—se apresuró á contestar Isabel.

—Voy á concluir. Esa mujer está segura de que el divorcio y nuestra nueva vida os harian perder todo miramiento, y os entregariais tambien á una pasion, que hoy, segun ella, refrenais con una virtud que reconoce. De esto resultaria naturalmente que el mundo, fija su atencion en vosotros, verdaderos criminales para él, nos olvidaria á nosotros, dejándonos gozar de nuestro amor; y satisfecha la curiosidad pública, porque habia encontrado al fin al amante de mi esposa, no se pensaria jamás en mí cuando se tratase de mi crímen. Ya lo vé usted, señor Mendoza, ha estado usted expuesto á ser tan injustamente acusado por el mundo como mi esposa. Este es el plan con todos sus detalles. Yo no podia oponerme, porque esa mujer me amenazaba con lo mismo precisamente que tanto temia, con delatarse y delatarme. Alimenté sus esperanzas; pero, creedme, contra mi voluntad, pues ya no me halaga ninguna dicha sin la paz del alma, que ahora sé estimar en lo que vale. La casualidad ha hecho que el plan se descubra, y ella tendrá que desistir... Todos nos hemos salvado de una nueva desgracia. No puedo prometer mucho en cuanto á la conducta que seguiré: solamente me será dado cubrir las apariencias como antès: mis relaciones con esa mujer serán un secreto; pero habré de esperar á que el tiempo y las circunstancias me den ocasion de separarme de ella. Nada más prometo, porque nada más podria cumplir: ya que no repare el daño que te he causado, Isabel, al menos no quiero engañarte: de lo que sí os respondo es de que ningun nuevo mal os causaré. Haremos la misma vida que antes, y el mundo acabará por olvidarse enteramente de nosotros.

Si determinas seguir viviendo en este pueblo, esa mujer se volverá inmediatamente á Madrid.

Calló don Juan.

Antonio se sentia aturdido y permanecia de pié, inmóvil y mudo.

La indignacion se pintaba en los ojos de Raimundo.

Isabel lloraba silenciosamente.

—Déjanos y espérame en la calle,—dijo al fin Mendoza al cochero.

Este obedeció sin conciencia de lo que hacia.

Luego Raimundo, dirigiéndose al asesino, añadió:

—Señor Hurtado, yo estaba resuelto á no volver á esta casa, y las razones que tengo para obrar así, debe usted comprenderlas y respetarlas.

—Sí, las comprendo y las respeto, porque son una prueba más de los delicados y nobles sentimientos de usted.

—No variaré de resolucion...

—Piense usted...

—No, no volveré á esta casa, porque no debo hacerlo; pero usted me responderá de la seguridad de su esposa.

—¿Y quién,—replicó don Juan,—responde de las desgracias imprevistas? ¿Cómo, si alguna sucede, lo convenceré yo á usted de mi inocencia? Es preciso que usted presencie mi conducta: viniendo usted, sabrá cómo yo obro, porque se lo dirá Isabel, puesto que ya no tiene, como antes, que aparentar con usted lo que no existe, que encubrir mis maldades. El mundo no ha sospechado ni puede sospechar nada de las visitas de usted, y en cuanto á las demás razones que le impulsaban á no volver á esta casa, el peligro que queria usted evitar, no existirá si se evitan ocasiones como la de ayer: yo mismo, caballero, procuraré evitarlas. Por lo demás, si es desgraciadamente cierto que está interesado el corazon de usted, no busque el remedio en la separacion, que esta enciende más las pasiones cuando son verdaderas.

—No, no volveré.

—¿Acaso teme usted que aun pongamos en práctica el descubierto plan y que con ese fin le insto para que siga visitándonos? Si no

tuviese usted sobrado talento para rechazar esta suposicion absurda, yo le advertiria á usted que el mismo noble proceder de mi esposa al ocultar mi crímen y aceptar tácitamente la responsabilidad de una falta que no ha cometido, es motivo más que suficiente para que los tribunales accediesen á mi demanda de divorcio, la cual hoy podria yo entablar sin temor á ser delatado, puesto que ya no existen las pruebas de mi crímen. ¿Qué significa el no hacerlo así? Que he desistido del plan, que este, una vez descubierto, es irrealizable.

—No es que temo un nuevo lazo, es que quiero evitar nuevos tormentos á la inocente víctima de su infamia de usted...

—Pues bien, señor Mendoza, yo que soy cobarde, lo confieso, no quiero que llegue un dia en que me pida usted cuentas por cualquiera desgracia que yo no haya causado; y si usted persiste en retirarse, yo me separaré de mi esposa y hasta me iré lejos de donde viva: estoy decidido, y no valdrán razones ni amenazas para hacerme desistir, porque á las razones no prestaré oidos, y á la fuerza opondré la astucia y desapareceré repentinamente.

—¿Quieres imponerme un nuevo sacrificio?—dijo Isabel, enjugando sus lágrimas.

—Quiero,—respondió don Juan,—salvarme del todo, porque no me he salvado más que á medias. ¿Qué me importa que haya desaparecido la prueba de mi crímen si queda un hombre de corazon con quien no puedo luchar? Ya lo he dicho, estoy resuelto á no vivir contigo si el señor Mendoza no fiscaliza mi conducta en el interior de mi casa.

—Raimundo,—dijo Isabel,—hagamos el sacrificio por completo, aunque tengamos que torturar nuestros corazones, que desgarrarnos el alma. Esto no pueden comprenderlo espíritus mezquinos como el de mi verdugo; pero lo comprende Dios.

—Sea,—dijo Mendoza, inclinando la cabeza sobre el pecho, y quedando pensativo.

Aquellas almas grandes, con la confianza de su nobleza, acababan de entregarse por segunda vez á don Juan.

Este pareció meditar, y despues de algunos momentos, dijo:

—Solo una cosa falta: hablemos de ella y habremos acabado esta conversacion, para todos enojosa.

—¿Otra exigencia?—preguntó Raimundo.

—No es otro sacrificio...

—Acabemos.

—Se me acusa de gastar la fortuna de mi hijo en sostener á esa mujer...

—Sí.

—Deseo que desaparezca tambien ese motivo de queja contra mí.

—¿Dejará usted á Rosina?

—Ya he dicho que es imposible.

—¿Entonces?...

—Los bienes de mi mujer, casi todos en papel del Estado, pueden ser manejados por ella.

—No,—dijo Isabel.

—Nada tendrás que hacer,—repuso don Juan.—Te entregaré dentro de algunos dias toda tu fortuna en títulos de la deuda pública, los guardarás, y para el materialismo de cobrar los cupones cada seis meses, puedes recurrir al señor Mendoza, que no te negará este favor. Así se conservará intacta la herencia de nuestro hijo, y si yo quiero gastar lo ganaré. Si no aceptas, acudiré á los tribunales pidiendo que se nombre un administrador de tus bienes, porque estoy en mi derecho de renunciar el que me dan las leyes de serlo yo.

Esta proposicion no ofrecia ningun peligro, sino al contrario, daba la seguridad de que la fortuna reservada al hijo de Isabel no pasaria á manos de Rosina.

Además, todo lo que favoreciese á su hijo era para Isabel aceptable, y por consiguiente, ningun inconveniente tuvo en aceptar lo que se le proponia.

—Bien,—dijo,—así se hará; pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que al entregarme esos títulos lo hagas tambien de una declaracion que en todo tiempo pueda probar que yo no he reclamado el manejo de mi dote, y que si lo acepto es porque así lo quieres tú.

—Así lo haré.

—Quiero á mi vez salvar toda sospecha para lo futuro...

—Nada más justo.

—¿Hemos concluido?

—Falta solamente que determines dónde has de vivir.

—Por ahora... seguiré en este pueblo: más adelante...

—Te dejo en completa libertad sobre ese punto.

—¿De manera,—preguntó Raimundo,—que esa mujer?...

—Hoy mismo, ó mañana á más tardar, se volverá á Madrid.

—Mendoza se puso de pié.

—Caballero,—le dijo don Juan,—yo quisiera hacer algo en favor de ese fiel amigo de usted... el cochero...

—Nada necesita, porque no es ambicioso y tiene para vivir.

—Pero...

—Aun necesitando, nada aceptaria tampoco de usted.

Don Juan exhaló un suspiro.

—Debo resignarme,—dijo;—merezco el desprecio de los hombres honrados.

Raimundo se despidió, sin fijar dia para otra visita, y despues de estrechar la mano que lánguidamente le tendió la desdichada Isabel, salió.

Esta y don Juan quedaron solos.

Reinó un profundo silencio en la estancia.

El asesino fijó la mirada en el fuego de la chimena, como si quisiese convencerse de que no quedaba de la acusadora cartera más que ceniza, y cuando vió que la temible prueba estaba, aunque carbonizada, entre los troncos que ardian, cogió las tenazas y la golpeó convirtiéndola en polvo.

—Esta,—dijo á Isabel,—será probablemente la última vez que hablemos...

—Sí...

—Adios, pues.

—¡Ah!... ¡Dios te perdone y me consuele!—exclamó la infeliz, dejando que otra vez corriese su llanto.

CAPITULO XXII.

Más descubrimientos.

Cuando Rosina supo aquella tarde lo que habia sucedido en el gabinete de Isabel, se dispuso alegremente á regresar á Madrid.

La soledad de su casa de Carabanchel la aburria, y presentábale el más halagüeño atractivo su antigua vida sin los temores que hasta entonces le habia inspirado la carta que podia comprometerla y que ya no existia. Para no gozar tranquila y únicamente del amor de Paco, no queria Rosa la vida solitaria; preferia el bullicio del mundo y los triunfos de su vanidad de mujer durante los dias que tardase en ver realizados sus ensueños de amor. Iba á separarse del mundo y queria dejar un recuerdo que no se borrase fácilmente, brillar por última vez con todo el esplendor de su belleza.

Para esto le sobraban medios con sus naturales encantos y el bolsillo de don Juan.

—Quiero,—dijo,—insultar por última vez á esa sociedad que me ha hecho desgraciada. Sí, me vengaré, insultándola con toda clase de escándalos, y si alguna mujer intenta mirarme con desprecio, le diré que busque á mi madre para despreciarla antes que á mí; y si el pudor de la sociedad se escandaliza, si el recato se ofende, si la moral se querella de ultraje y pide satisfaccion y castigo, le diré que

busque á mi madre y le exija cuenta de todo, que castigue el crímen que cometió al abandonar á su hija: sí, que se busque á mi madre, que tal vez sea la que más llena de horror se muestre por mis escándalos.

Siempre que estas ó parecidas palabras pronunciaba Rosina, dejaba escapar una risa nerviosa y sarcástica y entonaba en seguida una cancion.

¿Quién hubiera podido apreciar aquel canto y aquella risa?

Al dia siguiente se levantó Rosina algo más temprano que de costumbre, con el fin de que todo quedase arreglado para marchar despues del almuerzo.

A las once de la mañana no le quedaba que hacer más que lavarse y peinarse.

La primera de estas dos operaciones, con gran extrañeza de cuantas doncellas habia tenido Rosina, la hacia sola en su cuarto de baño, y la razon que para esto tenia no era otra que el evitar que nadie se apercibiese de la repugnante marca que en la espalda tenia.

Bien se le alcanzaba que aquella señal podia servirle para ser reconocida por sus padres; pero ¿qué le importaba una madre que la habia abandonado al nacer? Además, la contraseña puesta á la hija indicaba que los padres pertenecian á una clase nada honrosa: tal vez la huérfana habia nacido en un calabozo.

Para un nombre deshonrado, vale más ninguno.

Para una madre sin corazon, vale más la orfandad.

Asi opinaba Rosina, y por eso le era indiferente encontrar á sus padres, le importaba más ocultar una marca que no podia dar á quien la viese otra idea sino que habia estado en presidio quien la llevaba.

Rosina se encerró, pues, en el cuarto de baño.

Estaba este situado en uno de los ángulos de la casa y tenia una ventana que daba al jardin, pero que quedaba medio oculta por unos rosales de Alejandría, que formaban un bosquecillo.

La ventana tenia cristales; pero en vez de ser blancos, que permitiesen la entrada de la luz y no dejasen ver desde afuera, eran incoloros, y para resguardar el pequeño aposento de las indiscretas miradas, habian colocado unas cortinillas de seda azul.

En verano, con la frondosidad de los rosales, hubiera sido imposible acercarse á la ventana; pero en el mes de diciembre era fácil aproximar la cabeza, al menos hasta tocar los cristales por entre los desnudos y secos troncos.

Rosa no se cuidaba de revisar las cortinillas por si estas, al hacer alguna arruga, dejaban por las orillas algun resquicio que permitiese ver desde afuera: sabia que nadie habia en el jardin, y por consiguiente tanta precaucion era inútil.

Pocos minutos hacia que Rosa habia entrado en el cuarto, cuando en la calle sonó el ruido de un coche.

Pocos momentos despues se oyó la campanilla.

—Será,—dijo Rosina mientras seguia desnudándose,—el carruaje que me envia Juan.... Bien, aguardará una hora.

Entre tanto la doncella, corriendo alegremente, atravesó el jardin, llegó á la puerta exterior y abrió.

—¡Ay, señorito!—exclamó al ver á Alejandro que la saludaba familiarmente.

—¿Qué te ha sucedido al verme?—la preguntó el recien llegado. —¿No esperabas hoy mi visita?

—Yo nunca la espero, puesto que no viene usted para verme á mí.

—¿Entonces?...

—Es que tiene usted desgracia...

—¿No está tu señorita?—preguntó Alejandro, encaminándose hácia la casa seguido de la doncella.

—Sí; pero acaba de encerrarse en su cuarto de baño y tendrá usted que esperar como antes de ayer...

—Que aguardé hora y media.

—Por eso...

—¿Pero se baña tu señorita con el frio que hace?

—No lo sé: si no se baña, por lo menos se lava en el baño.

—¿Tú no lo sabes?

—No, señor.

—¿Pues quién es el feliz mortal que la ayuda en esa operacion?

—Nadie.

—¡Nadie!...

—Tiene la costumbre de hacerlo sola; despues la peino...

—Bien, tendré paciencia y aguardaré; pero como presumo que tardará, para no aburrirme entre cuatro paredes, me pasearé por el jardin; el dia está magnífico...

—La chimenea está encendida...

—Prefiero el sol.

—Como usted quiera... Le avisaré á usted cuando la señorita pueda recibirlo...

—Gracias.

—¿Va usted á acompañarla á Madrid?—preguntó la doncella, que era curiosa como todas las de su oficio.

—¡A Madrid!—repitió Alejandro con sorpresa.

—Sí, señor.

—¿Pero acaso tu señorita?...

—Despues de almorzar nos despediremos de este desierto, de esta cárcel.

—Lo ignoraba.

—Entonces... he cometido una indiscrecion...

—¿Es algun secreto?

—No; pero...

—Y aunque así fuese, ya sabes que soy un amigo de entera confianza.

—Es verdad.

—A todos, menos á mí, ha ocultado tu señorita que se habia encerrado en esta cárcel, como tú la llamas.

—Sin embargo, bueno será que no se dé usted por entendido.

—Descuida.

—Porque...

—Escucha,—dijo Alejandro, deteniendo á la doncella, que se disponia á alejarse.

—¿Qué manda usted?

—Supongo que no tienes prisa...

—Estoy preparando lo necesario para peinar á la señorita.

—Tiempo te sobra: hablemos un rato, porque si no me aburriré de estar solo.

—Y la señorita diria...

—¿Qué sabe?

—Puede vernos...

—¿No está en el baño?

—Sí, señor; pero mire usted,—repuso la doncella señalando hácia una de las esquinas de la casa,—¿no vé usted aquellos rosales?

—Sí.

—Pues la ventana que hay detrás...

—¿Es del cuarto del baño?

—Sí, señor.

Alejandro fijó en el sitio indicado una mirada ardiente: nada veian sus ojos; pero ¡cuánto veia su imaginacion, exaltada por el fuego de la concupiscencia!

—¿Con que es allí?—dijo con voz alterada.

—¿Y qué encuentra usted de particular en que allí esté el baño?

—Nada... Ven aquí, ven... Así... ya no podrá vernos... quiero hacerte una pregunta.

La doncella sonrió maliciosamente.

Alejandro pareció dudar, echó mano á uno de los bolsillos de su chaleco, detúvose, cambió de opinion, y cogiendo luego una sortija con diamantes que llevaba puesta en el dedo anular de la mano izquierda, quitósela y dijo:

—Me alegro de encontrarte sola: hace dias que quiero hacerte un obsequio, que tengas un recuerdo mio... Toma.

Y alargó la sortija á la doncella.

Esta bajó los ojos y dijo con fingida turbacion:

—Pero... eso...

—Es un recuerdo de cariño, de pura amistad...

—¡Oh!... No, señor... Si la señorita...

—La señorita nada sabe...

—Nada he hecho para...

—¿Quién sabe si algun dia necesitaré de tí?—replicó Alejandro, cogiendo una mano de la doncella.—Veamos si está bien... ¡Ah!... pintada... Tienes una mano encantadora...

—Se empeña usted... y... gracias... ¡Qué bonita!...

—Dime...

—Mándeme usted, señorito.

—Hay cosas que no entiendo en esta casa.

—Ni yo tampoco.

—Malo.

—¿Por qué?

—¿Qué papel representa aquí ese perdona-vidas?...

—¿Quién, el señor Paco?

—Sí.

—Es un amigo,—respondió la doncella, sonriendo maliciosamente.

—¡Un amigo de tu señorita ese hombre ordinario, grosero!...

—El hábito no hace al monje, ya lo sabe usted.

—Pues te confieso que es un amigo sospechoso.

—¿En qué sentido?

—No acierto á explicarlo.

—Ya vé usted, la señorita es sola, de una mujer abusa cualquiera...

—¡Ah!...

—¿Comprende usted?

—Sí... Claramente hablando, ese hombre es... un vigilante, un guardian...

—Un defensor...

—Un asesino de oficio, dispuesto á enviar al otro mundo á quien intente engañar á tu señorita...

—No digo tanto.

—Bien... Vamos á otro.

—¿Quién?

—Don Juan Hurtado...

—Ese sí es un amigo...

—¿Nada más?

—No sé otra cosa.

—¿Eres reservada conmigo?

—Seria ingrata.

—Entonces...

—Podré decirle á usted lo que creo, lo que sospecho; pero...

—Bien, me contento con saber tu opinion, que de seguro no será desacertada.

—Me parece,—repuso la doncella,—que don Juan es una pobre víctima.

—Entendido.

—Mi señorita...

—¿No se interesa por él?

—Ni poco ni mucho.

—Pero ello es que...

—Explícate.

—Creo que, no solamente no lo quiere la señorita, sino que lo aborrece.

—¿Es posible?

—Más aun.

—Habla, habla...

—Tambien es posible que el pobre don Juan á estas horas no haya alcanzado más favores que los de risueñas esperanzas...

—No lo creo.

—¿Sabe usted lo que es estar enamorado?

—¡Oh!... No, no lo sé; pero...

—Entonces...

—Comprendo cómo tu señorita puede trastornar la cabeza de un hombre.

La sirviente se sonrió.

—¡Ah!—dijo.—Me olvidaba de mis quehaceres...

—No caigas en falta por mí...

—Me voy... Muchas gracias, señorito, muchas gracias...

—Avísame en cuanto se peine la señorita...

—Descuide usted.

Quedó Alejandro solo y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Bien,—murmuró despues de algunos instantes.—¿Quién habia de decírmelo? ¡Pensar yo, cavilar, atormentarme!... ¿Y por qué? Por una mujer á quien todo el mundo desprecia, por una mujer que no

puede amarme ni amar á nadie. Y sin embargo, por alcanzar el más pequeño favor de esa mujer, sacrificaria la fortuna que me espera cuando encuentre á la hija de Luisa... ¿Y á qué aguardo para decirle claramente á Rosina que la adoro y que estoy dispuesto á ser una de sus víctimas? ¿No me allana ella misma el camino? Me habla de don Juan, diciéndome que es un amigo á quien estima mucho, y me indica que tal vez este amigo se vea en la necesidad de buscar algun dinero. ¿Qué quiere decir esto? No esperaré más: no puedo esperar, porque vivo atormentado.

Alejandro decia sencillamente la verdad: la pasion que le habia inspirado Rosina, no por ser puramente carnal era menos violenta: no era un verdadero amor lo que sentia; pero no estaba por eso más tranquilo.

No se habia metido él á analizar su sentimiento, ni para hacerlo así tenia bastante inteligencia; lo cierto era que vivia horriblemente atormentado, que no podia soportar lo que sentia y que necesitaba satisfacer á toda costa su deseo.

¿Qué le importaba lo demás?

Al cabo de algunos minutos de completa inmovilidad, levantó la cabeza.

Sus ojos se volvieron hácia la casa.

Su mirada se fijó en la ventana medio oculta por los rosales.

Sus pupilas relumbraron y se enrojecieron sus mejillas.

—¿Quién sabe,—murmuró,—si querrá favorecerme alguna casualidad?

Y sin reflexionar más se dirigió hácia el ángulo de la casa donde estaba el baño.

Cuando estuvo cerca se detuvo.

Su respiracion era agitada como si estuviese muy fatigado.

—Hoy no me aburro esperando,—dijo.

Y dió algunos pasos.

Estaba junto á los rosales.

Miró á su alrededor como si temiese ser soprendido.

Luego escuchó, conteniendo el aliento.

A sus oidos llegó un ruido sordo, desigual, extraño...

—¡Oh!—murmuró con voz apagada y oprimiéndose el pecho.—Suena el agua del baño...

Y su mirada ardiente, afanosa, se fijó en la ventana, á través de cuyos cristales se veian las azules cortinillas.

Luego metió la cabeza por entre las ramas secas de los rosales, sin sentir el roce de las agudas espinas que arañaban su rostro ó se enredaban en sus cabellos.

En un instante recorrió con la vista toda la extension de la ventana...

Poco faltó para que él mismo se delatase, dejando escapar un grito de alegria.

En una de las orillas de los cristales habia descubierto un estrechísimo claro, porque allí tenia un pequeño doblez ó arruga la cortinilla.

Se habia acercado para escuchar y podia ver...

Era demasiada fortuna.

Levantó una mano, agitada convulsivamente, y se quitó el sombrero.

Pegó el rostro al cristal y miró con la avidez del avariento que descubre un tesoro.

Su respiracion, más agitada cada vez, producia en el interior de su pecho un sordo ronquido.

Estaba su rostro horriblemente desfigurado.

No hubiera podido mirársele sin repugnancia, sin miedo.

Parecia que la sangre iba á brotar de sus mejillas y que los ojos querian escaparse de sus órbitas.

Como si hirviese su sangre, abrasábale las venas al circular rápidamente por su interior.

Rosina principiaba á vestirse...

Nunca concibió el arte pagano tanta belleza en las formas de una mujer...

Hemos dicho ya que era muy pequeña la habitacion.

No estaba, pues, Rosina lejos de la ventana, y aun estando más distante, ¿qué hubiera podido escaparse de Venus á la mirada de un sátiro?

Alejandro contemplaba, puede decirse que saboreaba lo que en realidad no era más que un suplicio muy parecido al horrible de Tántalo.

Empero, tormento ó delicia, fué de corta duracion.

En la blanquísima espalda de Rosina resaltaba la amoratada señal.

CAPITULO XXIII.

Cómo terminó aquella situacion.

No puede explicarse lo que Alejandro sintió al ver la morada señal, cuyo orígen conocia tan perfectamente.

Creyó que sus ojos le engañaban y miró con más afan...

No, no era aquello una ilusion.

Allí estaban la cruz y la R dibujadas hábilmente por la mano de la antigua doncella de Luisa.

Ya no dudó Alejandro.

Le decian la verdad sus ojos.

¡Aquella mujer era la hija de Luisa!...

¡Descubrimiento horrible!

Alejandro se separó de la ventana.

Su rostro estaba lívido.

Su frente bañada en frio sudor.

Sus cabellos en el mayor desórden.

Apenas podia respirar.

Le faltaban las fuerzas y se dejó caer en un banco.

—¡Su hija!—exclamó con voz ronca.—¡Y no puedo apagar este fuego que me devora!... ¡oh!...

La lucha qne en su espiritu se entabló era horrible, tenaz, desgarradora.

Sus ideas eran un verdadero torbellino.

Oprimióse las sienes como para contener sus violentos latidos.

—¿Renunciaré,—decia,—para siempre á Rosina?... Imposible... Es preciso que sea mia... pero esto no sucederá si no soy rico, y no seré rico sino descubriendo el secreto, y si lo descubro me rechazará Rosina... y si callo, no me dará Luisa lo ofrecido... y sin esto... ¡Oh!... No sé... No puedo conseguir á la vez ambas cosas, ni sin la una puedo alcanzar la otra, y... y... ¡Me vuelvo loco!...

Efectivamente, la lucha no hubiera podido durar muchos minutos sin trastornar el juicio de aquel hombre.

Al fin Satanás vino á poner, al menos por el pronto, término á la contienda.

Alejandro no tuvo valor para renunciar á Rosina, y aunque el conseguir los favores de esta era casi imposible sin el dinero prometido por Luisa, decidióse á callar, guardando el secreto siquiera por algunos dias, con el fin de probar fortuna.

La resolucion no podia ser ni más criminal ni más repugnante.

Pero ya hemos dicho que la habia imspirado Satanás.

La voz de la doncella sacó á Alejandro de sus mortificadoras reflexiones.

Rosina habia determinado recibirlo antes de peinarse.

No estaba por eso menos encantadora; quizás lo estaba más.

Ligeramente vestida, cubiertos los hombros con un ancho peinador y descuidadamente sentada junto á la chimenea de su gabinete recibió la visita.

Empero al ver á Alejandro con el cabello en desórden, el rostro densamente pálido y horriblemente desfigurado, los ojos desencajados y encendidos y agitados convulsivamente todos sus miembros, no pudo Rosina contener una exclamacion de sorpresa.

Alejandro, sin saber lo que hacia, cayó á los piés de la cortesana y exclamó con voz destemplada:

—¡Rosina, Rosina!...

Esta lo contempló un instante y soltó una carcajada ruidosa.

—¡Rosina!—volvió á decir el infeliz Alejandro.

—¿Qué significa esto, qué le pasa á usted?—dijo Rosa con voz entrecortada por la risa, que no podia contener.

Este resultado no debe extrañarse, porque nada puede imaginarse de más grotesco que la figura de Alejandro en aquellos momentos.

El arranque de hilaridad burlona de Rosina debia poner fin á tan extraña escena.

Miróla Alejandro aturdido, y al fin comprendió que su amoroso arrebato lo habia puesto en ridículo.

Levantóse, pues, turbado y confuso, sin acertar á irse ni á quedarse ni saber qué decir.

—Vamos,—le dijo Rosina con dulzura,—síentese usted, y sea indulgente conmigo. Tengo que acusarme de mi imprudente risa; pero al verle á usted segun está y arrodillarse, creí que era una broma y...

—Mi estado,—balbuceó el amante de Luisa, dejándose caer maquinalmente en un sillon,—mi estado... es...

—Ahora comprendo que hablaba usted sériamente... Perdone usted...

—Rosina...

—Pero no se me alcanza el por qué está usted así empolvado, despeinado, arañado, deshecho el lazo de la corbata...

—¡Yo!....

—Mírese usted al espejo...

Alejandro levantó la cabeza y fijó la mirada en el espejo que habia sobre la chimenea.

—¡Ah!—exclamó, levantándose avergonzado.—Perdone usted, Rosina, perdóneme usted.

Y dió un paso hácia la puerta.

Empero Rosa le detuvo, diciéndole:

—¿Adónde va usted? Tranquilícese y olvide lo que ha pasado: no me ofendo porque esté usted despeinado, solamente he querido hacerle comprender que era natural mi error al creer que usted se bromeaba...

—No, no puedo permanecer así...

—¿Qué importa?

—Dispénseme usted; pero...

—Tengo que darle á usted una noticia: me vuelvo á Madrid...

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Quiero decir que... lo presumia...

—¿Por qué?

—Porque vivir en este destierro, en esta cárcel...

—Esta noche dormiré en mi nueva casa, calle de Atocha, número...

Alejandro palideció al oir el número de la casa.

—¿Ha alquilado usted el cuarto principal de la izquierda?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque... estaba desalquilado...

—¿Lo ha visto usted?

—Sí... no... es decir... conozco el de la derecha y...

—¿Qué le parece á usted?

—Malo...

—¡Malo!

—Sí,—repuso Alejandro, cuya turbacion crecia hasta el punto de no saber qué decir,—ese cuarto... No se vaya usted á él...

—¿Quiere usted explicarse?—preguntó Rosa, mirando con extrañeza á Alejandro.

Este volvió á sentarse, quedó pensativo, y como si estuviese solo, murmuró:

—¡Qué coincidencia!... Ella... y... ¿Cómo lo haré?... ¡Oh!...

—¿Acabará usted?—dijo Rosina con impaciencia.

—No puedo explicarme más por hoy...

—Bien, hablemos de otra cosa... ¿Quiere usted almorzar conmigo y acompañarme despues á Madrid? He de irme sola...

—¿Acompañarla á usted hasta su nueva casa?

—Es claro.

—¡Imposible!

—¿Por qué? ¿Acaso no puede usted entrar allí?

—¡Entrar!... ¡Ya lo creo! Pero... Es imposible, Rosa, imposible...

—Hace un minuto estaba usted á mis piés...

—¡Por Dios, Rosina!...

—Y á pesar de esa pasion...

—Pues bien,—dijo Alejandro, decidiéndose á explicarse,—hablaré, puesto que es preciso: así se decidirá mi suerte y... Escúcheme usted...

—Ya le escucho,—dijo Rosa, acomodándose en su sillon y fijando una curiosa mirada en Alejandro.

—Mi situacion,—dijo este despues de meditar algunos instantes, —es la más singular del mundo, lo cual no quiere decir que me ha sido contraria la fortuna, pues he sido un hombre enteramente feliz, puesto que nada, absolutamente nada he sufrido, hasta que la conocí á usted y...

—Amigo mio,—interrumpió Rosina,—piense usted que ahora nos ocupamos de mi nueva casa.

—No lo olvido; pero mi amor...

—¿Tiene algo que ver con mi cuarto?

—Mucho.

—No lo entiendo.

—Lo verá usted...

—Pica usted mi curiosidad... Sepamos.

—Decia que mi situacion es singular, porque soy á la vez pobre y rico.

—Eso es incomprensible: hoy es todo en usted raro, misterioso, enigmático...

—No ignora usted que presto dinero.

—Lo sé.

—Que ese dinero produce mucho...

—Sí, se duplica ó triplica...

—Más, mucho más... yo mismo no lo sé con certeza.

—¿Y ese dinero?...

—No es mio.

—¡Ah!

—¿Entiende usted ahora?

—Sí,—dijo Rosina con un si es no es desdeñoso,—es usted una especie de testaferro...

—Eso es... ¿Para qué rodeos?... Quiero abrirle á usted mi corazon...

Rosina miró á Alejandro y sonrió mientras decia para sí:

—¿Qué importa tu corazon? Lo que podria interesarme que abrieses seria el bolsillo, y ese está vacío.

—A pesar,—prosiguió Alejandro,—de que el dinero no es mio, disfruto de una buena parte de mis ganancias, porque vivo con la persona á quien represento...

—A quien usted oculta...

—Lo mismo dá: yo, á los ojos de todo el mundo, soy su apoderado, su administrador, vivo en su misma casa, como en su mesa, y nada tengo que gastar como no se me antoje ir al teatro ó al café, para lo cual tengo asignados dos mil reales mensuales.

Una vez convencida de que Alejandro era pobre, Rosina empezó á cansarse de escucharlo. Nada tenia que esperar de un hombre, que por más que viviese con lujo, no podia disponer sino de cien duros mensuales.

—Hasta ahora,—dijo,—no veo en todo eso más que la historia de la vida privada de usted: le agradezco la confianza; pero advierto que se le olvida el asunto principal...

—Al contrario, voy á él.

—No sé por dónde...

—El asunto principal son treinta mil duros...

—¡Ah!...

—Sí, treinta mil duros que ha de darme esa persona y que emplearé en hacerla á usted feliz.

La conversacion volvió á ser interesante para Rosina, y su curiosidad creció, porque no acertaba á comprender qué relacion habia entre los treinta mil duros y la casa de la calle de Atocha.

—Otro enigma,—dijo, sonriendo y lanzando una mirada seductora al amante de su madre:—creo que acabará usted, amigo mio, por exigirme que acierte charadas ó logogrifos.

—Aun tengo que hacer otra digresion, pero acabaré pronto,—repuso Alejandro.

—Vuelvo á escuchar.

—¿Sabe usted quién es el dueño de ese dinero?

—No me lo ha dicho usted todavia.

—Una mujer.

—Voy entendiendo.

—No crea usted...

—Nada creo más que lo que usted me diga.

—Esa mujer, á quien se tiene por una santa, fué una loca en su juventud.

—Es decir, que ha tenido la virtud de renunciar á sus amorosos devaneos porque ya es vieja, y para que Dios la perdone vive con la usura.

—Devaneos amorosos no tuvo en realidad más que uno: quiso engañar á un hombre y salió engañada. Tuvo una hija...

—¿Y la abandonó?

—Sí, la envió á la Inclusa.

—¡Miserable!

—Se indigna usted...

—Perdono á la que no sabe ó no puede ser mujer honrada; pero á la que no tiene entrañas de madre... ¡oh!... Dios debe maldecirla.

—Su amante, que estaba ausente cuando nació y fué abandonada la hija, maldijo á la madre.

El rostro de Rosina habia palidecido, y su mirada se fijó afanosa en Alejandro.

—¡Ah!—exclamó con voz conmovida.—¡Pobre padre!... ¡Hija infeliz!... Cuénteme usted esa historia...

—¿Le interesa á usted?

—Sí, mucho: se trata de una niña abandonada, que pudo ser una mujer buena y dichosa y habrá sido ó será muy mala y muy infeliz.

—Su madre acabó por arrepentirse: la conciencia, segun ella dice, le remordió y quiso recoger á su hija; pero ya era tarde; le sucedió lo mismo que al padre, no la encontró.

—¿Pero no estaba en la Inclusa?

—La habian sacado pocos dias despues de nacida, desapareciendo los que la tenian.

—¿De manera?...

—Que esa niña no ha parecido.

—¿Y hace mucho tiempo que eso sucedió?

—Veintidos años.

—¡Veintidos años!—murmuró Rosina, palideciendo más de lo que estaba.—Prosiga usted, Alejandro...

—Me queda muy poco que decir.

—No importa, no importa...

—Cuanto más tiempo pasa, mayor es el afan de esa mujer por encontrar á su hija; puede decirse que ese deseo es ya una verdadera monomanía.

—¿Y qué hace para conseguirlo?

—Soy el encargado de buscarla, y si la encuentro, la madre me recompensará dándome la mitad de su fortuna, ó sean los treinta mil duros de que he hablado.

—Bien,—dijo Rosina,—que parecia presa de un malestar profundo y que no podia disimular su inquietud;—pero ¿cómo podrá usted reconocer á esa hija?

No podia haber sido mayor la torpeza de Alejandro; pero se comprende en su escaso entendimiento.

La pregunta de Rosina, que era muy natural, lo dejó confuso.

¿Qué responder?

Decir la verdad era lo mismo que renunciar á Rosina.

—Sobre ese punto,—dijo Alejandro despues de vacilar algunos instantes,—no estoy muy al corriente...

—Entonces, ¿cómo ha de encontrarla usted?

—Es decir, sé que... hay una carta... y un medallon y... En fin, prendas que reconocerá la madre; pero esto no es del caso...

—Es lo más importante,—replicó Rosina, comprendiendo que Alejandro empezaba á mentir.

—Sí, sí, señora, lo más importante para la hija y para la madre...

—Y para usted que ha de tomar treinta mil duros.

—No hay duda; pero quiero decir que nada importa para la cuestion nuestra, la del cuarto de la calle de Atocha...

—Antes acabe usted esa historia...

—Ya he concluido.

—Ha dicho usted que el novio estaba ausente cuando nació la niña.

—Sí.

—Que volvió, se encontró sin la hija y maldijo á la madre.

—Eso es.

—¿Y luego?

—Nada: el padre buscó inútilmente á su hija.

—¿Pero despues?

—Se supo que lo habian nombrado juez ó magistrado en Canarias, que cesó en aquel destino, y... no hay más noticias suyas.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Ignoro su apellido; solo sé que se llama Julio.

—¿Es posible que ignore usted el apellido de ese hombre?

—No me he cuidado de preguntarlo.

—¿Y tiene usted esperanzas de encontrar á la hija?

—Sí.

—¿En qué funda usted esas esperanzas?

Esta pregunta puso en nuevo apuro á Alejandro: era demasiado pobre su imaginacion para inventar un cuento y engañar á Rosina, la cual era, por el contrario, demasiado perspicaz.

—Es largo de contar,—respondió el amante de Luisa sin saber qué decir,—y despues hablaré á usted de ello. Ahora, terminemos con lo respectivo á la casa...

—Está adivinado.

—¡Adivinado!

—Sí, esa mujer vive en la misma casa, en el otro cuarto principal...

—No se equivoca usted.

—Y para evitar un rompimiento, necesita usted guardar las apariencias, que ignore que usted es mi amigo, que no se sospeche que me galantea usted...

—¡Qué penetracion, Rosina!...

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Luisa Carvajal...

—Pues bien, Alejandro, deje usted de mentir, de fingir, porque ódio á los hipócritas: usted es el amante de Luisa...

—¡Yo!...

—Sí, y por eso quiere usted evitar...

—¡Rosina!...

—Basta,—replicó esta: nada de eso me importa: si algun dia hubiese yo de escuchar los amorosos ruegos de usted, eso no seria inconveniente: usted no ama á Luisa...

—Lo juro.

—Ni ella lo ama á usted.

—No ama á nadie.

—Usted es simplemente un instrumento de esa mujer, por más que en esas relaciones haya mediado otra clase de intimidad, tal vez precisa para que pudieran ustedes entenderse.

—Le aseguro á usted...

—He dicho que aborrezco á los hipócritas.

Bien pensado, nada importaba que Rosina supiese la verdad mientras ignorase que era la hija de Luisa.

—Pues bien,—repuso Alejandro,—he sido amante de Luisa en los primeros años que la conocí; pero despues, ella comprendió que no la amaba, que yo no tenia más interés que vivir regaladamente, y yo me convencí de que ella aceptaba aquel fingido amor por obligarme más á secundar sus miras. Entonces dejamos de fingir y quedamos como buenos amigos, procurando cada cual su conveniencia.

—Eso puede ser más verdad.

—Lo es.

—Volvamos á la historia de la hija perdida.

—Rosa, es muy tarde, tiene usted que peinarse, almorzar...

—No importa.

—Otro dia...

—He dicho á usted que esa historia me interesa mucho...

—¿Y no se la he referido á usted toda entera? No sé más.

—Quedamos en las esperanzas que tiene usted de encontrar á la hija.

—Eso,—dijo Alejandro mientras se arreglaba la corbata,—es una presuncion mia... porque...

—No quiero,—replicó ásperamente Rosina,—que se me confien secretos á la fuerza.

—¡Rosa!...

—Es tarde,—repuso la cortesana, poniéndose de pié,—voy á peinarme...

—¡Oh!... Es usted injusta conmigo...

—¿Por qué?

—No le oculto ningun secreto: si he hablado de esperanzas es porque calculo dónde puede encontrarse la hija de Luisa, y creo que la encontraré. ¿Qué mira habia de llevarme en ocultar á usted mis presunciones? Como tal vez estas sean disparatadas, no queria cansarla á usted; pero le suplico que me escuche...

—Escucharé; pero cuidado que no quiero saber nada...

—Olvide usted mi necedad...

—Todo lo olvido.

Rosina volvió á sentarse.

—He creido,—repuso Alejandro,—que una niña abandonada y robada, porque indudablemente fué robada aquella, debia concluir por ser objeto de especulacion. Sin educacion, sin amparo, en la miseria, entre el vicio...

—No se equivoca usted; esa niña se habrá perdido...

—Pues bien, por eso espero encontrarla entre las infelices cuya historia se parece tanto á esa.

—¿No tiene usted otras esperanzas?

—Ninguna más.

—Eso es muy vago.

—Ciertamente; pero...

—No creo que se equivoque usted en cuanto á lo que debe haber sido de esa niña.

—Es casi seguro.

—Pero ¿quién le dice á usted que no ha muerto?

—¡Oh!...

—¿Y quién asegura que está en Madrid, siquiera en España?

—Es lo más probable.

—Amigo mio,—repuso Rosina, que ya no dudaba de que Alejandro mentia y ocultaba lo más importante,—amigo mio, creo que los treinta mil duros son por lo menos tan dudosos como el premio grande de la loteria.

—Es posible...

—Sí, todo es posible en el mundo; pero ¿sucede todo?

Alejandro no acertó á responder.

Comprendió Rosina que no era aquel el momento oportuno de hacer que Alejandro hablase, y aunque más que nunca interesada en la conversacion, resolvió cortarla.

—¿Quiere usted,—dijo,—que le ayude á buscar á esa mujer?

—¡Ah!... Es demasiado...

—Me interesa y lo haré.

—Pero...

—¿No acepta usted mi ayuda?

—Sí, Rosina, sí.

—Bien; pero es preciso que tengamos más datos: en lo que está usted menos seguro es precisamente lo que más importa.

—Todo lo sabemos...

—Casi nada en cuanto á las señales por que ha de reconocerse á la hija. Eso de la carta y el relicario, sin otros detalles, es muy vago.

—Luisa me dirá...

—Sí, es preciso.

—Yo, lo confieso, soy torpe.

—No se ocultará á usted que una carta, una prenda cualquiera, puede pasar de unas manos á otras.

—Es verdad.

—Y si una extraña quisiera hacerse reconocer por hija de Luisa...

—Tendremos detalles, descuide usted, y si logramos encontrar á la perdida niña, la recompensa...

—Me recompensará usted, ayudándome á buscar á mis padres.

—¡Cómo!...

—Tampoco los conozco.

—¡Ah!...

—¿Lo ignoraba usted?

—Completamente.

—Es verdad... esto es un secreto que á nadie he revelado...

—Lo guardaré.

—Ya ve usted que pago una confianza con otra...

—En la misma moneda.

—Me ha referido usted una historia, y yo referiré á usted otra más interesante, aunque más horrible.

—Ya escucho,—dijo Alejandro, interesado á su vez.

—Ahora no.

—¿Por qué?

—Es tarde, la historia es larga, y para concluirla no podria irme á Madrid hasta la noche.

—¿Entonces?...

—Sabe usted adónde voy á parar, puesto que más que nunca insisto en vivir en la casa de la calle de Atocha.

—Pero...

—Usted me visitará sin que Luisa lo sepa, y si lo supiese, le dice usted la verdad, que ayudo á buscar á su hija, aunque haciéndole entender que ignoro que ella sea la madre.

—No me habia ocurrido semejante idea... ¡Cuánto vale usted!...

—Mañana á la noche...

—¿Tendré la satisfaccion de que me reciba usted?

—A las nueve.

—¿Y entonces?...

—Sabrá usted la historia de una mujer desamparada y huérfana.

Alejandro se despidió de Rosina, despues de pedirle otra vez perdon por sus necedades, y salió enteramente aturdido.

Rosa quedó pensativa.

No podia desechar el recuerdo de Luisa.

Un mundo de ideas se agolpó á su mente.

¿Qué significaba la reserva de Alejandro?

No habia duda de que este ocultaba lo más esencial.

Pero ¿por qué?

—¿Sospecha ó cree,—decia Rosina,—que yo soy la hija de Luisa?... Si es así, ¿cómo solicita mi amor, cómo se enamora de la hija el amante de la madre y cómo no revela el secreto para ser rico?... ¡Oh!... Es preciso aclarar este misterio.

CAPITULO XXIV.

En el que yo sé lo que me digo, aunque muchos no lo entiendan.

¡El corazon humano!

¡Ay de aquel que tiene un corazon capaz de sentir, capaz de amar! Sus goces estan sobre todos los goces de la tierra, sus alegrías son profundas, intensas, inefables, concentradoras de todas las alegrías.

Pero el dia de las pruebas, de los sufrimientos, ¡ay, pobres corazones que así sienten, que así aman! Su dolor no tiene igual, como no lo tuvo su goce, es un dolor que tortura, que desgarra, que hace llamar á la muerte y no deja que venga más que la agonía, mortificadora hasta el ensañamiento, lenta, igual, constante, que cada momento parece tocar á su fin, acabando con la existencia, y lo que hace es dar nueva vida para que no tenga fin su tormento.

¡Pobre corazon humano, verdadero libro de la vida del hombre, porque él solo encierra la historia de todos los sentimientos, la historia del alma con el tesoro de todos sus tiernos y horribles detalles! ¿Quién ha leido en tus escondidas hojas? ¿Quién, desdichado corazon, puede penetrar tus misterios? ¿Quién puede mirar bajo tus recónditos é ignorados pliegues, apreciar la vibracion de tus más ocultas fibras?

¡Nadie, nadie!

¡Pobre corazon!... ¿Qué eres?

Un Océano insondable, cuyas aguas se rizan hoy al leve impulso de la brisa acariciadora y sonrien al reflejar los rayos del sol, y mañana se levantan impetuosas en montañas de verde espuma, rugiendo en sus entrañas como si fuesen á vomitar mónstruos infernales, y bramando sus olas, al par que el desencadenado aquilon, como si amenazasen envolver á la tierra en su espantable torbellino.

¡Pobre corazon!... ¿Por qué esa borrasca horrible tras calma tan dulce?

¿Qué eres, pobre corazon?

Flor que atesora en su cáliz perfumes embriagadores, que hoy extiende sus frescas hojas y sonrie al mirarse en el arroyo, y encanta con sus colores á la mariposa, y refresca los ardores de su amorosa sed con las perlas que el rocío le ofrece, y es buscada, y acariciada, y guardada en ricos vasos de cristal y oro, y mañana está mústia, marchita, sin aromas que deleiten, sin colores que encanten, despreciada, arrojada en el lodo, azotada por el huracan, hollada por todos los piés.

¡Pobre corazon!... ¿Por qué así marchito? ¿Cómo ayer el rocío te ofrecia sus perlas, la brisa sus tiernos besos, la mariposa sus adulaciones, y hoy apenas se digna el lodo ofrecerte sus manchas, el reptil inmundo sus picaduras y todos los piés su desprecio y sus insultos?

¡El corazon humano!...

Lo que siente, lo que sufre... ¿quién lo sabe, quién lo comprende, quién lo adivina?

Y cuando sufre y tiene que aumentar su sufrimiento para ocultarlo, y lo aumenta tambien con el temor de que descubriéndolo sufriria más, y sufre porque calla, y sufriria más si se quejase, entonces ¡pobre corazon! ¿quién puede comprender lo que sufres sino tú mismo?

Y el corazon que ama y es amado, y desconfia de su amor y del que inspira, y en ambos tiene fé, y busca con afan aquello de que quiere huir, y huye de lo que no puede dejar de buscar...

¡Pobre corazon!...

¿Dónde encontrará el consuelo?

¡Ah!...

Venga á los labios la sonrisa, venga á regocijar el alma el estruendo del mundo...

No, corazon, no amas ni quieres amar, has creido que amabas, te has engañado á tí mismo y te has atormentado.

No, no amas, porque no sientes nada de lo que dicen que hace sentir el amor; no amas, porque tú mismo condenas esa pasion, cuya existencia creistes...

Pero ¿por qué sufres?

¿Por qué al querer enviar á los labios la risa envias á los ojos las lágrimas?

Si es un fantasma esa pasion, ¿por qué no puedes olvidar ese fantasma, por qué lo ves hasta sin mirarlo?

Si no amas no se comprende que sufras tanto en los horribles momentos de tus dudas, ni al desvanecerse estas seas tan feliz, goces tanto que no tiene igual tu goce.

¿Y por qué dudas?

No lo sabes.

La misma mirada que te hace dudar, te tranquiliza.

La misma voz que te hace creer, engendra tu desconfianza.

¿Acaso sospechas que no puede haber otro corazon que sienta como tú?

No, porque crees que eres amado.

Entonces, pobre corazon, si amas y eres amado, ¿por qué sufres?

¡Corazon humano!... ¿Quién te comprende?

¡Pobre corazon, tú sabes por qué sufres y cómo sufres, tú te comprendes!

Sí, tú solo, y solo has de sufrir.

Tu dolor ha de ser un secreto profundo, impenetrable; tienes que ocultarlo como se oculta un crímen.

Tienes que devorar en silencio los espasmos horribles de tu tortura.

Ni una queja, pobre corazon, ni una queja, porque ¡ay de tí! si el mundo adivina tu secreto.

No comprenderá lo que sufres para llorar contigo, ni aun para mirarte con lástima, ni siquiera para respetar tu dolor: te examinará y lanzará sobre tí acusaciones, anatemas...

Sufre, calla y muere...

Ayer sonreias, gozabas...

Hoy tambien debes sonreir, es preciso que sonrias...

Falsas ó verdaderas, ¿no te dá sonrisas el mundo?

Pues bien, hay que dar al mundo lo que es del mundo.

Si en tus sonrisas va hiel, no importa, sonrisas son.

El mundo se dará por satisfecho, porque no exige más que las apariencias, no mira más que el vestido.

Pobre flor, si el mundo te vé marchita, te arrojará al suelo con desden.

El mundo quiere la alegría, y aunque tantos sufren y tantos mueren sin cesar, sobre las sepulturas de los que han muerto, al lado de los que agonizan y entre los que sufren, los hombres rien, se divierten, gozan, son felices...

Calla, corazon, calla...

No eres solo: otros sufren como tú y callan y sonrien.

Calla, aunque el dolor te desgarre fibra á fibra, aunque al reprimir tus ayes te ahogues.

¡Pobre corazon!...

. . . . . .

No es del todo fuera de cuento, lector mio, lo que acabo de escribir.

Encerrado en su humilde aposento, seguro de que nadie le escuchaba, Raimundo desahogaba su dolor, y decia lo mismo que acabo de decir.

Si en ello falta congruencia, si hay demasiada amargura, no soy responsable, he copiado sin quitar ni poner punto ni coma las palabras de un loco... si, bien digo, loco, porque lo estaba de amor y de dolor, porque era poeta y... claro es que estaba loco.

Tampoco doy mi opinion sobre tan delicado punto. ¿Quién se atreve á meterse en los escondidos rincones del corazon humano?

Yo no me atrevo.

El que sienta como Raimundo que sufra y calle cuando llegue su hora de sufrimiento, y si el dolor le obligase á desahogar su pecho con alguna queja, hágalo con tal disimulo, que no pueda decirse sino que habla por hablar, porque...

Basta, puesto que no quiero meterme en este asunto.

Si lo que Raimundo decia á las paredes de su cuarto, lo hubiera dicho al mundo, tratándolo muy bien, el mundo lo hubiera calificado de tonto.

Nuestro siglo es muy sabio.

La juventud excéptica de nuestros dias ha hecho un gran descubrimiento, el de que no existe la ternura, ni el amor, ni la virtud, ni la abnegacion; en una palabra, nuestra juventud ha descubierto que el corazon humano no es capaz de abrigar ningun sentimiento noble, sobre todo hasta el grado de la sublimidad: dice que no hay más que el interés, que todo es el *toma* y *daca*, el *tanto por tanto* y el *tanto por ciento*.

Así lo dice, así lo cree y así lo practica, puesto que no ha de ponerse en contradiccion consigo misma.

El amor de las mujeres, mentira.

El de los hombres, una ridícula debilidad.

¿Ama una mujer á un hombre rico? Es por interés.

¿Ama á un pobre? Es por casarse, tener marido á toda costa, que luego... ello sonará.

¿Dice una mujer que sufre, porque el hombre que con falsos juramentos interesó su corazon la ha abandonado? Mentira, puesto que una mujer no puede amar hasta el punto de sufrir, y si por excepcion es verdad que sufre, bien, ya se consolará, que tenga paciencia que no hubiera sido tonta.

¿Llora? Sus lágrimas son un ardid, es preciso castigarla, insultando su dolor con una carcajada de incredulidad.

Ya pasó la época del romanticismo, dice nuestra juventud, que es más romántica que ninguna generacion, solamente que del romanticismo no ha tomado más que la parte mala, la fea y la ridícula.

En fin, nuestra juventud ha descubierto que el corazon era un estorbo, y ha dicho: «No tengamos corazon;» y para no tener de qué

acusarse, ha añadido: «No creemos que nadie tenga corazon, nadie lo tiene».

Si no hubiera de venir la reaccion, si esto no fuera un efecto pasajero de la gran revolucion que se opera en lo intelectual y moral, revolucion que bendecimos, ¡pobre sociedad! Seria imposible hasta la familia, y cuando la familia no es posible, no lo es tampoco el pueblo, y cuando este se anula, no quedan más que las tinieblas, que siempre encierran en sus negras entrañas todas las negras tiranías, la negra esclavitud y los más negros crímenes.

La historia de nuestro siglo, con sus grandes conquistas, con su inmensa gloria, porque indudablemente le está reservada mucha, tendrá en sus páginas una mancha, dejará un mal recuerdo, su excepticismo moral.

Las grandes épocas, los grandes pueblos, como los grandes hombres, tienen siempre una debilidad, un punto vulnerable.

Así ha sido siempre y así ha de ser, porque en lo humano no existe la perfeccion. Nada ha habido en la tierra que no tenga su flaqueza, que no se contradiga, más que la humanidad santa que encerraba en sí al Verbo divino, humanidad perfecta, porque era hija de la perfeccion, creada por lo increado.

¿Me voy del asunto?

Paciencia, lector.

Yo tambien soy loco, ó por lo menos raro, extravagante, porque soy poeta, y de un loco no puede esperarse más que el extravío.

Pero quiero hablar.

He escrito mucho, querido lector, para contentarte, y justo es que me permitas escribir algo para contentarme á mí mismo.

Para tí, lector, llevo ya escritos quince ó diez y seis tomos; deja que para mí llene media docena de páginas. No he prometido mucho en este capítulo, y por consiguiente, con poco que dé, habré pagado.

Si algo de lo que hay escrito en este libro te parece que nada tiene que ver con los rostros blancos y las conciencias negras, te equivocas; examínalo bien y te convencerás de que todo se relaciona con la conciencia y el rostro, con la esencia y la forma, con la apariencia y la verdad.

El mundo es una comedia, hé aquí todo, está dicho con muy pocas palabras; pero para explicarlo, para hacerlo comprender, para probarlo, es menester escribir mucho, no bastarian cien volúmenes.

Vuelvo al asunto, si es que de él me salí.

¿Por qué se quejaba Raimundo, por qué sufria?

¿Acaso no era correspondido en su amor, no debia ser feliz?

Puesto que era hombre de corazon, con que este se encontrara satisfecho, debia estar por lo menos tranquilo.

Es verdad; pero no sucedia así: el corazon de Raimundo no estaba completamente satisfecho, porque muchas veces dudaba del amor de Isabel, es decir, dudaba que fuese un amor como el suyo, tan grande, tan intenso, un amor que todo lo absorbia, que todo lo dominaba, que habia llegado, en fin, á ser su existencia.

Estas dudas se desvanecian casi siempre con suma facilidad, con una mirada ó una palabra de Isabel.

Entonces Raimundo era feliz, pero solo por algunas horas, porque despues, al meditar, al saborear su felicidad, encontraba nuevos motivos de dudas en la misma mirada ó en las mismas palabras que antes las habian desvanecido.

Otro motivo de sufrimiento tenia nuestro jóven: consideraba criminal su amor, por más que no hubiera faltado á sus deberes.

Queria tranquilizarse y discutir con su propia conciencia, quizás demasiado exigente.

—Yo,—decia,—no he faltado á mis deberes ni intento hacer faltar á los suyos á Isabel: la amo sin querer amarla, contra mi voluntad: si esto es una falta, no puedo ser responsable de ella. Lo que no sucede por mi voluntad ¿es culpa mia?

Y á pesar de estas razones, sufria más y más entre su conciencia y sus dudas, y siempre luchaba y se atormentaba contínuamente, y tanto fué ya su dolor y su trastorno que no acertó á decirse si eran sus dudas y su conciencia lo que le hacian sufrir ó el afanoso deseo sin esperanza de su mismo amor.

Un amor sin esperanza de realizar sus deseos, es una desgracia horrible; sin embargo, puede tener un consuelo, la seguridad de que

es correspondido con un amor igual: esto satisface al alma y permite vivir, si no dichoso, al menos algo tranquilo.

Pero ¿es fácil tener esta seguridad cuando se vive separado del objeto de nuestro amor?

No nos atreveremos á decir que sí.

Conocemos el amor de Isabel, sabemos que en nada cedia al de Raimundo, y sin embargo, este solia dudar...

¿Por qué?

No lo sabemos, puesto que él mismo casi no lo sabia.

En lucha tan desgarradora solia Raimundo pasarse horas enteras encerrado en su aposento.

Y llegó el caso de que todo le enfadase, de que huyese de todo, hasta de sus amigos, buscando la soledad cuando no podia estar al lado de Isabel, buscando á esta cuando en la soledad su dolor llegaba al extremo de amenazarle con la muerte.

¡Desdichado Raimundo!

El dia en que estamos habia sido horrible para él.

No habia salido de su casa.

Habia intentado escribir; pero no pudo, porque no acertaba á hablar más que de su amor y su dolor.

Si hubiera podido ver el mundo aquel corazon, ¿qué hubiera dicho?

A los ojos de nuestra juventud excéptica, Raimundo hubiera aparecido en ridículo; sus mejores amigos se habrian burlado de él sin compasion.

Porque se niega el amor y la virtud; pero si su existencia se prueba con un ejemplo de esos tan palpables que no admiten duda, al reconocer que efectivamente existe aquella virtud ó aquel amor, al que lo siente, al que lo practica, se le califica de alma débil.

Ya descendia el sol hácia su ocaso.

Pero Raimundo no se apercibia de ello: no pensaba más que en su corazon, en su amor, y á todas horas veia tinieblas.

Sus tristes meditaciones fueron interrumpidas por unos golpecitos dados á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó, estremeciéndose.

—Abre,—respondió una voz que le era muy conocida, la voz de un verdadero amigo.

Raimundo abrió.

Antonio entró en el gabinete.

—¿Qué haces aquí encerrado? Tu patrona me ha dicho que no has salido en todo el dia...

—Tenia que trabajar.

—Que apenas has almorzado...

—No tenia apetito...

—Que estabas pálido y ojeroso, y es verdad...

—Estoy bueno: son aprensiones de esa buena mujer...

—Y mias.

—Porque me quieres demasiado.

—Raimundo, esto va mal...

—¿No te sientas?

—No, porque he dejado á la puerta el coche y pueden verlo solo y sacarme una multa.

—Voy á salir...

—¿Vas á Carabanchel?

—No.

—¿Por qué?

—A esta hora... me parece algo tarde...

—Hace dos dias que no vas.

Raimundo no contestó.

—¿Quieres que te lleve?

—No, Antonio.

—Hoy tengo otro caballo, muy bueno... Antes de media hora estaremos allí.

—Hace dos dias...

—Raimundo, me he convencido de que no puedes dejar de querer á esa mujer.

—¡Oh!...

—Nada adelantarás con dejar de verla: te mortificarás inútilmente...

—Es verdad, Antonio, nada adelantaré: la amaré siempre.

—Entonces...

—Pero ella...

—Le sucederá lo mismo.

—¡Oh!... eso...

—¿No lo crees así?

—Si me ama como yo la amo...

—¿Lo dudas?

—No lo sé.

—¡Vive el cielo!—exclamó Antonio, apretando los puños con reconcentrada ira.

—¿Qué te sucede?

—Comprendo lo que sufres...

—Mucho, Antonio, mucho. ¡Ah!—murmuró Raimundo, poniendo una mano sobre su corazon.—A tí puedo decírtelo todo; lo que pasa aquí... ¡Oh!... nadie lo comprenderia, es horrible...

—Por eso me desespero.

—¡Pobre corazon mio!...

—Si esa mujer te engañara...

—No, engañarme no; pero puede suceder que su amor no sea como el mio...

—Pues bien, si así sucede, merece todas las desgracias que sufre, y más y más...

—¿Acaso tengo algun derecho á su cariño?

—No; pero ella tampoco lo tiene para mentir.

—Puede amarme como muchas aman...

—Entonces ha debido decirtelo así y tú no hubieras esperado más, no hubieras creido más...

—No hablemos de eso, Antonio.

—¿Por qué?

—Sufro mucho.

—¿Entonces por qué piensas todo el dia en lo mismo?

—No lo sé...

—Al menos hablando conmigo encontrarás más consuelo que hablando solo...

—Vamos á Carabanchel.

—Sí, vamos, y cuando estemos fuera de la puerta de Toledo, te subes al pescante y seguiremos hablando de lo mismo.

Raimundo estrechó cariñosamente la mano de su amigo verdadero, del único amigo á quien podia decir lo qne sentia sin temor á injustas acusaciones ni á las burlas del excepticismo.

Antonio tenia razon: estas conversaciones parecian aliviar al infeliz enamorado.

Ambos salieron de la casa.

Raimundo entró en la berlina que tantos recuerdos tenia, puesto que era la misma donde don Juan habia intentado asesinar á su mujer.

Antonio subió al pescante.

Crujió el látigo y el carruaje partió.

CAPITULO XXV.

Donde principia otra historia en que figuran muchas conciencias negras.

Eran las nueve de la noche.

Rosina estaba sola en un gabinete de su nueva casa.

Era su habitacion enteramente igual á la de Luisa, y el aposento en que entonces se encontraba, estaba separado no más por un tabique del en que conocimos á su madre.

Sentada cerca de la chimenea, sobre la cual ardia una magnífica lámpara, Rosa estaba meditabunda y triste, y sus mejillas se veian cubiertas de una ligera palidez, que raras veces se advertia en ella.

No parecia la misma de siempre, no era entonces Rosina, y sin embargo, excepto aquella leve palidez, en nada habia cambiado.

La causa de esto no podia ser otra cosa que el haber desaparecido de sus ojos la alegría que tan seductora hacia su mirada, lánguidamente triste en los momentos en que la presentamos.

Desde que Rosina se vió favorecida por la fortuna en su criminal vida, no habia pensado en su madre más que para acusarla, ni habia dado un solo paso para buscarla. No sentia el amor filial y creia firmemente que no podria sentirlo, y sin embargo, desde que Alejandro habló de la hija perdida de Luisa, la desdichada Rosa esta-

ba meditabunda y tenia un vivo afan por saber si alguna relacion habia entre la hija buscada y ella.

Muchas cosas hace uno sin poder decir por qué las hace, y esto le sucedia á Rosina en la resolucion que habia tomado de contar la triste historia de su vida, precisamente á una persona que, como Alejandro, no tenia bastante corazon para comoverse con aquel relato, ni bastante inteligencia para comprender su importancia.

La razon de esto podriamos encontrarla quizás nosotros; pero como lo que importa es el hecho, no entraremos en un exámen inútil ni en enojosas reflexiones. Ello es que Alejandro habia merecido de Rosina una confianza no dispensada á nadie más que á Paco, único que conocia la historia con todos sus detalles.

Dicen que los necios tienen mucha fortuna, y esto se cumplia exactamente en Alejandro, que siempre encontraba más de lo que buscaba y aun lo que no habia deseado.

Empezaba á turbarse su tranquila dicha, es verdad; pero ¿quién sabe si la fortuna acabaria por favorecerlo como siempre? Era poco ó nada escrupuloso, tenia la conciencia demasiado negra para que le detuviesen ciertos escrúpulos; y si veia satisfechos los deseos de su pasion y luego descubria el secreto que habia de valerle treinta mil duros, su felicidad seria completa, sin que pudiera turbarla el enojo de aquellas dos mujeres cuando se apercibiesen del engaño, pues sus reconvenciones y aun los más denigrantes calificativos los escucharia él con toda la tranquilidad de su falta absoluta de vergüenza, de dignidad, de decoro, de amor propio, que eran sentimientos para él desconocidos.

—¡Oh!—murmuró Rosina con impaciencia y mirando el magnífico reloj de bronce que habia sobre la chimenea.—Las nueve y cinco minutos... Tarda; pero no faltará, porque está locamente enamorado.

Guardó silencio por algunos instantes, se contrajo su frente y luego dijo:

—¿Por qué tengo impaciencia? No lo sé; pero quiero salir de dudas, convencerme de si es esa mi madre. No me mueve el amor de hija, ni el interés; pero deseo encontrarla para pedirle cuenta es-

trecha de su conducta, para que me diga con qué derecho me abandonó y me ha hecho infeliz, para referirle, como haré con Alejandro, mi horrible historia, que será lo mismo que decirle: «Esa es tu obra, contémplala, examínala, y que los remordimientos te desgarren el alma».

Sonó una campanilla.

—Será él,—dijo Rosa.

Y sin cuidarse de componer su semblante, como otras veces hubiera hecho, fijó su afanosa mirada en la puerta, donde pocos momentos despues apareció Alejandro.

Los ojos de este se iluminaron con el fuego de su pasion mientras sus labios dejaban escapar galantes palabras.

—Gracias,—contestó Rosina con frialdad;—siéntese usted y empecemos nuestra interesante conversacion, porque es mucho lo que tengo que decir y puede faltarnos tiempo.

Obedeció Alejandro sin replicar, aunque no le interesaba la historia prometida, sino al contrario temia escucharla, porque habia de aburrirle un relato que probablemente, como el de las memorias de Luisa, seria un diluvio de palabras para él incomprensibles.

—Bien,—dijo para sí,—tendré paciencia, ya que estoy condenado á tener que saber historias de mujeres, nada divertidas, puesto que todas son iguales: de ninguna de ellas se saca en limpio más que una cosa, que el diablo se las llevó, porque ninguna mujer puede ser buena.

—Voy,—dijo Rosina despues de algunos instantes,—á pagar la reserva de usted con una confianza...

—Rosina,—interrumpió Alejandro,—le suplico á usted...

—Yo soy quien le ruego á usted que me escuche sin interrumpirme.

—Me acusaba usted...

—Soy justa: no me quejo, porque creo que al fin procederá usted conmigo con la misma franqueza que yo. La historia de mi vida es un misterio: nadie la conoce, porque á nadie he concedido el señalado favor de referírsela.

—¡Ah!... esa distincion...

—No me la agradezca usted: lo hago porque... ¿quién sabe si esto me dará por resultado encontrar á mi madre?

—¿Sospecha usted acaso que Luisa?...

—Nada sospecho; pero esa mujer busca una hija, á la cual abandonó hace veinticuatro años, y yo busco una madre por quien fuí abandonada hace veinticuatro años tambien. Ya que usted busca á la hija de esa mujer, busque usted tambien á mi madre. Encontrar á la hija le valdrá á usted treinta mil duros; encontrar á la madre le valdrá á usted lo que hace dos dias me pedia usted arrodillado...

—¡Rosina!...

—No venderé á usted mis favores de amor, sino que los cambiaré.

—De manera,—repuso Alejandro nada tranquilo,—que si no tengo la fortuna de...

—Nada conseguirá usted.

—¡Ah! esa condicion...

—Escúcheme usted: voy á principiar la narracion de mi vida.

Alejandro se resignó: pidió permiso para encender un cigarro, acomodóse lo mejor que pudo en el sillon y se dispuso á escuchar con todo el disgusto consiguiente al mal aspecto que el asunto tomaba.

Rosina habló de esta manera:

I.

Desgraciadamente tengo una memoria muy feliz: me acuerdo con todos sus detalles de cuanto me ha sucedido desde que tenia cinco años, y aunque confusamente, de cosas anteriores.

¡Ojalá lo hubiese olvidado todo!

Mi vida ha sido una série no interrumpida de espantosas desgracias, de sufrimientos mortales, y mis recuerdos son demasiado horribles.

No me sirven para nada bueno.

Como leccion, me son enteramente inútiles, porque no puedo retroceder en la resbaladiza pendiente de mi negro camino.

No puedo, no, y aunque pudiera y á costa del más heróico sacrificio, en virtud de un esfuerzo sobrehumano intentase salir del abismo en que he caido, al asirme á sus bordes, implorando la misericordia de Dios y la ayuda de los hombres, ¡oh!... la sociedad me cortaria las manos y volveria á hundirme.

Mis recuerdos no me sirven, por consiguiente, más que para atormentarme y para inspirarme ódio contra el mundo que me ha hecho desgraciada.

¡Ah! ¡quién sabe si una de esas hipócritas mujeres que me desprecian, que me acusan, que piden castigo severo contra mí, que se creerian deshonradas con solo que mi ropa tocase á la suya, quién sabe, digo, si una de esas será la que me llevó en sus entrañas y me abandonó!...

Sea quien fuere mi madre, sean cuales fueren las circunstancias que motivaron su criminal proceder, no puede este excusarse.

La cólera de un padre, la justicia de un esposo, el desprecio del mundo, la miseria, todo, en fin, debió aceptarlo antes que abandonar á su hija; todo debió sufrirlo: puesto que la falta fué suya, ella

debió expiarla. ¿Con qué derecho hacer que su crímen lo pagase su inocente hija?

Y sin embargo, en la comedia social que todos representamos, esa mujer hará su papel de virtuosa, tendrá las consideraciones y el respeto del mundo, mientras que yo, víctima inocente, soy despreciada.

¡Si el alma pudiera verse en el escenario!

Pero no, no se vé.

Si el rostro está bien pintado de blanco, no importa que la conciencia esté negra.

Y no hay que quitar su disfraz á los cómicos: ¡ay de quien tal hiciere!

Los judios recibieron con palmas al divino Redentor cuando se les presentó diciéndoles: «Mi padre me envia para abriros las puertas del Paraiso que os cerró el pecado del primer hombre».

Pero cuando arrancó la máscara á los hipócritas, lo crucificaron.

De lo que más se queja el mundo es de la mentira; y sin embargo, todo lo tolera menos la verdad.

¡Ah!...

¡Si antes de pecar me escucharan las mujeres!

¡Si las que deciden abandonar á sus hijos oyeran antes contar mi historia!...

No, no añadirian á su falta un crímen, tan horrible como todo el que hace una víctima de un inocente indefenso y que no puede vengarse aunque llegue á conocer al autor de su desgracia, al que lo sacrificó á su orgullo ó á sus intereses; crímen tanto más ruin y cobarde cuanto que cuenta con la impunidad.

La justicia de los hombres no conoce ese crímen.

En los códigos escritos por los hombres se marca pena para la madre que mata, pero no para la que abandona.

Si yo encontrara á mi madre y probara que soy su hija, prueba que es casi imposible en el terreno de la ley, no se impondria á mi madre otro castigo que la obligacion de darme de comer.

¡Pero la ley no le pediria cuenta de mis faltas: yo sola habria de responder, en mí no más se vengaria á la sociedad ofendida.

¡Pobre sociedad y pobre justicia!

¡Ah!...

Empero tras la justicia de los hombres vendrá la de Dios, en cuyo tribunal han de presentarse las almas desnudas.

Un hijo abandonado es, con raras excepciones, una criatura destinada á aumentar el número de los criminales.

Si á pesar del sosten poderoso de la mano paternal, el sentimiento religioso y las luces de la educacion se hunden muchas criaturas en el lodo social, ¿qué ha de suceder á los que no tienen luz ni sosten?

A la criatura abandonada no le pidais más que el vicio adonde le llevó la miseria, la perversion moral producida por el trastorno de la desesperacion.

¿Qué podeis pedirle á quien tan injustamente ha sido tratado?

El mundo no puede pedir nada bueno á sus propias víctimas.

¡No pidais amor para el prójimo á quien no ha encontrado amor ni aun en su madre!

Si en mi niñez hubiera llegado á mis oidos una voz caritativa que me hubiera dicho: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia y los que lloran, porque es suyo el reino de los cielos», yo habria sufrido y llorado.

¡Ah!... pero esa voz llegó tarde: no la oí hasta que mi alma estaba pervertida.

¡Y no puedo amar más que con el amor de las pasiones impuras!

¡No puedo sentir más amor que el que brota de la deleznable materia!

En mi alma no hay amor, no hay más que ódio para el mundo...

¡Ah!... ¡Mi corazon es una copa llena de hiel!...

Bienaventurados los que aman, por más que sufran.

Bienaventurados los que sufren, por más que lloren.

Sí, dichosos desde esta vida los que aman, sufren y lloran, porque tienen la paz del alma, la tranquilidad de la conciencia, que es la única felicidad positiva que existe en este mundo.

De los negros ojos de Rosina se escaparon dos lágrimas.

¡Llanto aquellos ojos, ternura aquel alma!...

¿Quién lo hubiera creido?

Estaba profundamente conmovida.

Las últimas palabras las habia pronunciado con ahogada voz.

Tuvo que callar para tomar nuevo aliento y tranquilizarse.

La historia entera de su vida, que era una historia de horribles sufrimientos, habíase agolpado á su memoria de una vez con todos sus detalles, con sus más vivos colores.

Era imposible que Rosina hiciese con calma el triste relato, ni que en este hubiera órden ni congruencia.

Pero como hablaba hablamos.

El lenguaje de Rosa no debe producir extrañeza: sabemos que aquella mujer presentaba el contraste más singular.

Cuando hablaba con Paco, se expresaba con groseras formas, y si se comunicaba con personas de más elevada clase, parecia haber recibido la educacion más distinguida.

Despues de algunos minutos de silencio, volvió á continuar, diciendo con voz algo más tranquila:

II.

A la edad de cinco años me encontraba con una mujer que, segun entiendo, era la misma que debió hacerse dueña de mí desde los primeros dias ó meses de mi vida, pues no solamente no recuerdo haber visto otra anteriormente, sino que ella solia echarme en cara lo mucho que le habia costado hacerme vivir.

—No vales,—me decia con su lenguaje soez,—la leche que has mamado. Anda, mal bicho, anda, pregunta al señor Gregorio el cabrero, que por más de ocho meses me costastes cuatro cuartos diarios que me llevaba por el medio cuartillo de leche que te tragabas.

Estas palabras me han hecho comprender despues de qué manera tan miserable me criaron.

Aquella mujer se llamaba Blasa: ignoro su apellido y aun si lo tiene.

Siempre ha sido vieja, es decir, entonces representaba la misma edad que ahora, y sin embargo, no debia tener más de cuarenta años.

Nada más repugnante que el aspecto de aquella mujer.

Era horrible.

Me permitiré hacer su retrato: lo tengo grabado en el alma y será exacto: además, aunque separada de ella desde la edad de quince años, no la he perdido de vista.

Es de pequeña estatura y flaca; pero de un temperamento bilioso nervioso, que le dá una fuerza y una energía sorprendentes.

La única faccion que sobresale en su rostro, ya en aquella época lleno de arrugas, es la nariz.

Su boca es grande; pero sus labios extremadamente delgados. Salen de ellos las palabras con una entonacion singular, dulce si se

quiere, pero incisiva, que hace estremecer, como el silbido, tambien dulce, de la serpiente.

Al oirla se espera y se teme la mordedura con su veneno.

Sus ojos, de color verde, estan muy hundidos, son pequeños y redondos y brillan extraordinariamente allá en el fondo de sus órbitas, como dos carbunclos á medio esconder en la concavidad de una piedra.

Su mirada penetrante, verdaderamente fascinadora, al menos para mí, se escapa á través de sus párpados despestañados, de bordes rojos y sanguinolentos.

Eran todos sus movimientos rápidos: saltaba como una pantera y se doblaba y estiraba con la misma facilidad y prontitud que una culebra.

Siempre andaba de prisa; pero sus menudos pasos no producian el más leve ruido, á pesar de ser su calzado muy duro.

Entonces, como ahora, sus cabellos eran grises y escasos, y se los recogia todos atrás, atándolos y liándolos sobre la nuca, de manera que su cabeza, pequeña por sí, parecia más pequeña aun.

No hubiera podido encontrarse un tipo más perfecto de la bruja, de la hechicera, de Satanás mismo con formas de mujer.

Habitábamos en una de las sucias calles que desembocan en el Rastro, la del Carnero, si no recuerdo mal.

Nuestra vivienda, situada en el piso bajo de una casa grande, sucia, medio ruinosa y sombría, donde habia muchos vecinos, era estrecha, húmeda y oscura.

La miseria se revelaba allí en todo: baste decir que por espacio de algunos años no recuerdo haber dormido más que en un monton de paja con un trozo de manta.

Hasta la edad de diez años no me puse los primeros zapatos ni supe lo que era camisa.

Mi alimento consistia en un pedazo de pan duro por la mañana, algunas judías ó lentejas cocidas por la tarde, y otro pedazo de pan por la noche.

Raras veces tenia la dicha de que aquella mujer me diese con el pan un trozo de cebolla ó un tomate medio podrido, pero que yo devoraba con avidez y hasta con delicia.

Los que no han conocido esto no alcanzan á comprender cómo puede vivirse sin comer carne y sin tener cama.

Yo he vivido así, y he visto vivir á cuantos se albergaban en aquella casa.

Un pedazo de pan, ¿qué digo? la cáscara de una manzana que la casualidad nos deparase en el suelo, nos la disputábamos á golpes en aquella época.

Así me he criado y así he vivido.

Recuerdo aun los primeros triunfos que conseguí tras una lucha tenaz y hasta sangrienta, siendo el premio un pedazo de corteza de melon ó algo menos.

Y sin embargo, yo no era robusta.

Bien fuese por naturaleza ó por efecto de mi vida miserable, mi complexion era delicada.

La infame mujer que me crió me echaba en cara mi falta de carnes, mi palidez y mi tristeza, pues no me acuerdo haber estado nunca alegre como los demás niños de mi edad, y muy rara vez alternaba en sus juegos.

¿Cuál era la causa de mi tristeza?

No lo sé.

No echaba de menos á mi madre, porque nunca la habia conocido.

Sin embargo, los demás niños, en sus momentos de apuro, cuando se veian acometidos por otros más fuertes ó de más edad, llamaban á su madre, y esta, por mala que fuese, por mal que acostumbrase á tratarlos, no dejaba de acudir á los gritos de su hijo y los defendia.

Yo no podia llamar á mi madre, no podia pronunciar este nombre.

Y si alguna vez acudí á la señora Blasa á quejarme, me respondia con aspereza:

—Así escarmentarás... Así te despabilarás... ¡Pues mira lo que se perderia con que te mataran!

Tampoco podia decirle que me sentia enferma, porque me golpeaba cruelmente para quitarme, decia, los mimos, pues segun aseguraba, mi enfermedad no era otra que el haberme criado demasiado regaladamente.

Asi pasé hasta la edad de seis años, viviendo como una máquina, sin hacer más que comer el pedazo de pan y recorrer distraida el extenso patio de la casa, sus largos corredores y la calle hasta despues de anochecido que me acostaba.

III.

Debo hacer algunas indicaciones sobre mi carácter y decir algo sobre la vida de la mujer que me crió.

Muchas veces me he preguntado si las criaturas somos lo que nos hacen ó lo que nacemos.

Nunca he sabido contestarme con seguridad: me falta para ello talento, y más que todo la instruccion suficiente para examinar esta clase de cuestiones y apreciar con algun acierto.

Ninguna educacion he recibido, y por consiguiente nada sé más que lo poco que yo he aprendido, Dios sabe con cuánto trabajo y á cuánta costa.

Cuando á los quince años, libre de la tutela de la señora Blasa, aprendí á leer y á escribir, devoré, permítaseme la palabra, cuantos libros cayeron en mis manos, y excepto algunos, muy pocos, que trataban de religion, los demás no podian instruirme verdaderamente, sino llenar mi cabeza de ideas contrarias, agitar mi espíritu con dudas.

Despues hablaré de una época de mi vida, que la pasé enteramente sola, pues apenas tenia trato con persona alguna, y entonces leí centenares de libros de todas clases, cuantos contenian los estantes de una pequeña biblioteca que tenia á mi disposicion.

¡Qué tiempo aquel!

A pesar del sacrificio constante que me costaba aquella tranquila vida, es mi época dichosa.

¡Ya no puede volver!

Entonces leia á todas horas, desde que me levantaba hasta que me acostaba: muy rara vez daba algun paseo por mi jardin, y aun cuando esto hacia, las más veces llevaba un libro y me sentaba á leer.

¿Pero qué saqué de ello?

Ninguna verdadera instruccion: solamente conseguí adquirir la costumbre de hablar correctamente.

Como estudio sin órden ni sistema, lo que sucedió fué que mi imaginacion se exaltó: las ideas estaban en mi cabeza como arrojadas allí en monton.

No habia para mí nada claro, preciso, definido: todo lo veia confuso, como cuando se sueña.

Vivia en otro mundo, por más que mi cuerpo estuviera en este.

Por eso digo que era feliz.

No estaba en este mundo más que con el cuerpo.

Mi espíritu estaba muy lejos de la tierra.

De aquello me ha quedado algo, hé ahí á lo que muchos llaman mi extravagancia, mi rareza, mi excentricidad.

Creen que esta excentricidad es estudiada, para producir efecto, para hacerme notable; pero se equivocan.

Todo lo que hago es natural, por lo menos responde á mi naturaleza, es espontáneo.

Esto no quiere decir que no sepa yo fingir.

Sé hacerlo y lo hago con mucha frecuencia, como que vivo del fingimiento, del engaño, de la mentira, y para esto me han aleccionado desde que tuve uso de razon...

Empiezo á apartarme del asunto que trataba: esto suele sucederme desde aquella época feliz de mi vida solitaria.

Cuando vuela mi imaginacion, no me obedece: no va hasta donde yo quiero, sino hasta donde á ella se le antoja, ó más bien vuela, y vuela sin saber hasta dónde irá, sin detenerse hasta que se agotan las fuerzas de sus alas.

Decia que nunca he sabido responderme con seguridad si las criaturas somos lo que nos hacen ó lo que nacemos.

Sin embargo, yo creo que cada cual es lo que nace; que la educacion modifica y nada más, y que si somos muchas veces lo que no hemos nacido, es en fuerza de las circunstancias.

Tengo la prueba en mí.

Yo no he nacido mala; me han hecho ser mala y lo soy; pero á la fuerza y con gran trabajo.

Y á pesar de todos los esfuerzos de los que han querido hacerme mala, á pesar de que la costumbre de serlo ha modificado mis instintos, no se han borrado estos completamente, y así me lo prueban los impulsos de mi corazon.

Creo que si algo puede borrarse del todo, si algunos instintos pueden arrancarse, extirparse para siempre de nuestra alma, son los malos; pero los buenos, jamás; todo lo que se consigue es acallarlos, adormecerlos, pero el alma los guarda siempre como se guarda un tesoro.

De una criatura mala puede siempre hacerse una buena; pero la que es buena, verdaderamente buena, no solamente por sus obras, sino por instinto, por sentimiento, es casi imposible hacerla mala.

En cuanto á mí, que nací buena, sé decir que les costó gran trabajo, y si lo consiguieron fué porque tuvieron la ayuda de todas las circunstancias que podian favorecer sus inícuos proyectos, y porque dispusieron de mí en la edad de mi completa ignorancia: de otro modo no lo habrian conseguido.

Entro en estas explicaciones, porque son necesarias para la inteligencia de lo que tengo que referir.

Advertiré que á pesar de mis buenos instintos, á causa de la fogosidad de mi imaginacion y de mi temperamento, las pasiones de todas clases debian desarrollarse en mí con gran violencia, y mal que pesase á mis buenos instintos, lanzada en el camino del mal, yo debia ser mala como ninguna mujer.

En este caso mis sentimientos naturales, no contando con ayuda exterior, no podian servirme más que para mortificarme.

Tengo conciencia.

Es verdad que está ennegrecida por los crímenes; pero rara vez se ha dormido, rara vez ha callado.

Esto quiere decir que siempre he sufrido mucho, que he sido muy desgraciada.

¡Y no me escucha mi madre!

¡No me oye la mujer que me llevó en sus entrañas y me abandonó, la mujer que me dió la vida para satisfacer sus impuras pasiones y me hizo desgraciada para tranquilizar su orgullo, la que sacri-

ficó una verdadera honra á sus goces y luego sacrificó á su hija á una honra falsa!...

¡Oh!... La conciencia de mi madre no debia estar siempre despierta como la mia: forzosamente debió dormir con sueño profundo un largo período de tiempo.

Cuando haya despertado... ¡Desdichada mujer!

He dicho que nací buena, porque aun me acuerdo de mi ternura en los primeros años de mi vida.

La infame mujer que me crió no tuvo nunca para mí una caricia, ni una sonrisa, ni una palabra dulce: de ella no recibí más que golpes crueles; mis dolores no le movian á compasion; no solamente no me amaba, sino que me odiaba.

Y sin embargo, en una ocasion en que estuvo gravemente enferma, sentí gran pesar; y el dia en que, como ya he dicho, añadia á mi almuerzo un tomate, le daba las gracias con verdadera ternura.

Esto no duró mucho tiempo, porque era imposible que durase: al fin la aborrecí, la odié con toda la vehemencia de que yo soy capaz.

Yo era poco comunicativa, y lo fuí menos cuando me convencí de que nadie, absolutamente nadie me amaba.

Acabé por aislarme en medio del bullicio en que vivia, y por huir hasta de los niños de mi edad, permaneciendo silenciosa en un rincon mientras ellos jugaban y corrian alegremente.

Por eso no pude aprender ninguna de sus travesuras ni adquirir ninguna idea de lo que era el mundo.

Mi única ambicion, mi sueño dorado, era el campo, el silencio, la soledad.

Mis momentos más felices eran los de la primera hora que pasaba en la cama antes de dormirme.

Entonces nadie me interrumpia: cerraba los ojos y daba vuelo á mi imaginacion y alimento á mis esperanzas de libertad y vida campestre.

De semejante aislamiento resultó que á los seis años era mi inocencia y candidez como á los tres.

Oia muchas cosas sin comprenderlas, porque estaba muy lejos de la realidad, la desconocia completamente.

Para mí nada tenia valor más que el pan cuando me atormentaba el hambre, el agua cuando sentia sed.

No se me alcanzaba el cómo y por qué unos eran ricos y otros pobres.

Tomaba lo que me daban, y lo que me pedian lo daba fácilmente, con la mayor indiferencia.

Todo esto hizo creer á cuantos me conocian que habia en mí una falta casi absoluta de inteligencia, y me miraron con el desden y la compasion que se trata á un idiota.

Mi melancolía se aumentaba; lloraba, teniendo cuidado de ocultarme, porque mis lágrimas, cuya causa no acertaba yo á explicar, excitaban la ira de la señora Blasa, que me golpeaba furiosamente.

No me explicaba mi situacion, ni mucho menos la de aquella mujer.

Ella entraba y salia á todas horas, volviendo unas veces tarde y otras temprano, y solia recibir visitas de personas que por su aspecto parecian de la alta sociedad.

Un dia me quedé admirada al ver parar á la puerta de la casa un magnífico carruaje y entrar en él á la señora Blasa.

Cuando el coche desapareció me quedé como quien ha soñado.

Algunas vecinas cruzaron palabras y sonrisas que no comprendí.

Aquel dia lo pasé sin comer hasta las nueve de la noche que volvió la señora Blasa.

Como sufria mucho, deseaba un cambio de vida.

Al fin lo hubo.

Una noche, cuando acabé de comer mi pobrísima cena y me disponia á acostarme, me llamó la señora Blasa.

Me acerqué á ella, temblando, porque rara vez hablaba conmigo sin tomar pretexto de cualquiera de mis cándidas palabras para maltratarme brutalmente.

—¿Sabes cuántos años tienes?—me preguntó.

—No, señora,—le respondí con el tono respetuoso que siempre usaba para ella.

—Ayer cumplistes seis años.

La division del tiempo era por mí tan ignorada como todo, y no pude apreciar la importancia de lo que se me decia.

—Ya es tiempo,—añadió la señora Blasa,—de que sepas lo que me debes y aprendas á vivir. Pocos dias despues que nacistes, te recogí: tu madre te habia abandonado.

—¡Mi madre!—murmuré con voz ahogada.

Y mientras todos mis miembros temblaban sin que yo supiese por qué, miré con afan á la señora Blasa y le dije:

—¿Dónde está mi madre?

—No la conozco; pero ¿qué te importa saberlo? ¿No te digo que te abandonó cuando nacistes?

—¿Y por qué? ¿No estan todos los hijos con sus madres? ¿La hice algun mal?

—Sí.

—¡Yo!... No me acuerdo...

—Si no estuvieras atontada... Pero yo haré que te despabiles. La falta que cometistes fué haber nacido.

—No sé cómo sucedió eso. ¿Tuve yo la culpa?

—La tuvo tu madre.

—Entonces...

—Dió lugar á que nacieras; pero se avergonzaba de tener una hija y por eso te abandonó. Ya ves lo que puede quererte, y por consiguiente lo que te importa encontrarla.

No pude responder: me sentí ahogada, y á pesar de mis esfuerzos, escapóse el llanto de mis ojos.

—¿Por qué lloras?—me preguntó ásperamente la vieja.—¿Has perdido en el cambio? ¿Qué podias esperar de tu madre? Yo, sin serlo, te he criado y te haré una mujer de provecho. No puedes quejarte de mí: por espacio de seis años te he mantenido y no te he obligado á trabajar. Te he castigado alguna vez, porque no eres buena, y sobre todo, para que dejes de ser melindrosa y delicada, tonta y cobarde, porque así serás siempre desgraciada. ¿Qué te has figurado que es el mundo? Sin duda crees que esto es la gloria y que no hay aquí más que ángeles. Para tí el único demonio seré yo; y sin embargo, si algun ángel habias de encontrar, tendrias que buscarme á mí. Por lo que tu madre hizo contigo, puedes juzgar lo que son las mujeres: por lo que has de ver, te convencerás de lo que son los

hombres. En este mundo, todo es mentira y engaño. Grandes y chicos, ricos y pobres, jóvenes y viejos, todos son iguales: cada cual no piensa más que en vivir bien á costa de los otros, y el tonto que no piensa así, es la víctima. Pon una oveja entre una manada de lobos, y verás lo que le sucede. Por consiguiente, si no abres los ojos y aprendes á vivir, ya sabes lo que te espera: escoge lo que más te guste entre ser lobo para comerte á las ovejas ó ser oveja para que te coman los lobos. Puedes hacer de tu capa un sayo: allá te las entiendas: si llegas á ser comida por los lobos, no podrás quejarte, no podrás acusarme por no haberte enseñado el camino. Desde mañana empezarás á vivir por tí sola, es decir, te buscarás de comer. Esta determinacion no la tomo para economizar, sino para que aprendas. No me preguntes cómo has de componerte, porque solamente te diré que en vez de pedir lo que no han de darte, debes tomar lo que necesites. Nadie da nada, pues cuando lo hace, es con algun fin. Dios lo ha criado todo para las criaturas; pero los más fuertes ó los más astutos se han apoderado de todo y han dicho: «Esto es nuestro». Mientras, nos morimos de hambre los demás. Si vas al campo, cuanto veas que Dios crió, tiene dueño: hasta el pedazo de terreno arenoso que nada produce, es lo que llaman los hombres una propiedad: si te sientas á descansar en una piedra que encuentres en el camino, viene su dueño, te echa de allí y además te castiga la justicia de los hombres, porque has invadido la propiedad ajena: si tienes sed y ves un arroyo, no puedes beber, pues aunque sus aguas sean las que el dia anterior han caido del cielo, aquel arroyo tiene su dueño. Si te quejas, te dicen que trabajes; pero ten entendido que tu trabajo no te servirá para ser tú rica, para ser tambien dueña de algo, sino para aumentar la riqueza de otro. Los ricos no trabajan, viven del trabajo de los pobres. Te hablarán de virtudes: no creas que nada de eso es verdad: cuando los lobos te digan que seas buena, te engañan, es que quieren aumentar el número de las ovejas para tener más carne que devorar. Tú has cenado un pedazo de pan duro y los ricos, despues de hartos, habrán echado á sus perros carne. ¿Lo dudas? Llega mañana á la puerta de los que tienen más de lo que necesitan y gozan tirando lo que les sobra: verás lo que te dan:

cuando les pidas un pedazo de pan, sus criados te echarán á palos. Dentro de cuatro años ya podrás empezar á ganar, y dentro de ocho te ofrecerán dinero á manos llenas y podrás vivir hecha una gran señora; pero para esto es preciso que no seas tonta, que no seas del número de las ovejas. Aunque estás flaca y amarilla, serás una mujer hermosa: puedo asegurarlo, porque es cosa que entiendo. Esa será tu propiedad: cuando llegue el tiempo haz lo que todos con la suya, sácale el producto que puedas, goza y ríete del mundo. Ya sé que entonces me volverás la espalda: no me quejaré: más aun, harás bien, porque yo habré cobrado ya lo que me debas y estaré empezando á emplear en otra mi trabajo para hacer lo mismo que contigo. Nada más tengo que decirte: acuéstate y duerme. Mañana te levantarás á la hora que quieras, saldrás cuando te se antoje y serás bien recibida al volver, si no son más de las ocho de la noche. Dentro de algunos dias, que ya habrás aprendido algo, te impondré la obligacion de ayudarme, aunque sea con poco de lo que ganes.

La señora Blasa calló y me volvió la espalda.

Aun no puedo explicar lo que sentí.

Quedé enteramente aturdida, y no acerté ni aun á moverme en algunos minutos.

Si antes eran mis ideas confusas, lo fueron más desde que escuché lo que acabo de decir.

Diez y ocho años han trascurrido y aun no he olvidado ninguna de aquellas palabras.

El repugnante discurso de aquella mujer quedó como grabado en mi alma.

Me acosté y cerré los ojos; pero no pude dormir.

No podia apartar de mi memoria lo que acababa de oir.

Temblaba á la sola idea de encontrarme en medio de un mundo tan perverso como el que se me habia pintado.

¿Cómo habia yo, pobre niña, de poder luchar con los que eran dueños de todo, con los que tanto podian y tanto sabian?

¿Habria exagerado la señora Blasa?

Esta duda me infundió alguna esperanza, á la cual me así como el náufrago al leño salvador.

Pero duró poco mi duda.

Me acordé de mi madre que me habia abandonado, y si esto habia hecho mi madre, ¿qué harian los demás?

¡Ah! no debia esperar nada del mundo, nada más que ultrajes, injusticia.

Al fin me convencí de que la señora Blasa me habia dicho la verdad, y que ser buenos no era más que ser ovejas destinadas á la voracidad de los lobos.

¿Por qué dejar que me devorasen?

Yo no habia hecho mal á nadie.

El mundo me lo habia hecho á mí, siendo mi misma madre la primera en sacrificarme á sus intereses.

Era preciso elegir, y el aceptar á sabiendas el papel de oveja mansa, me pareció estúpido.

Puesto que el mundo me obligaba á ello con su injusto proceder, yo debia ser de los lobos que devoran.

Pero ¿cómo?

Aprenderia.

Era preciso decidirse.

¡Ah!...

¡Y no habia una caritativa voz que me hablase!

¡No habia quien alumbrara mi inteligencia con la luz de la santa moral!

En las tinieblas donde estaba envuelto mi espíritu, no penetró más luz que el rayo abrasador de la mirada de Satanás.

Me habian hablado de Dios solo para abusar de su santo nombre...

No me habian enseñado ni uno de los principios de nuestra divina y consoladora religion.

Mi alma vivia en medio del caos.

¡Pobre alma mia!

Pasó una hora y otra de aquella horrible noche.

Me parecia tener la cabeza llena de fuego.

Mi corazon latia con extraordinaria violencia.

Despues he comprendido que me abrasaba la fiebre.

Exaltábase cada vez más mi imaginacion y mis ideas eran cada vez más confusas.

Llegué á verlo todo á través de un prisma fantástico.

Ya empezaba á amanecer cuando me quedé dormida, y no desperté hasta cerca de las once de la mañana.

—Bien te aprovechas de la licencia que te he dado,—me dijo la señora Blasa.—¿Prefieres dormir á comer?

—Estoy mala,—le respondí.

—¿Buscas excusas para no empezar hoy tu nueva vida? Te conozco.

No repliqué, sino que salí precipitadamente, porque la vieja empezó á golpearme, segun acostumbraba.

Débil por lo que habia sufrido la noche anterior, dolorida por los golpes que acababa de recibir, me encontré en la calle, medio loca de desesperacion.

—¡Oh!—exclamé.—Vieja maldita, tampoco seré oveja para tí, sino lobo como para todo el mundo.

Y me dirigí al acaso, sin haber pensado aun lo que habia de hacer para almorzar.

¿Cómo habia de pensarlo?

Todo me era desconocido, y tenia que dejar que la casualidad me presentase ocasiones y los sucesos me iluminasen.

IV.

No me alejé mucho de mi casa á pesar de la libertad que tenia.

Llegué al Rastro y empecé á vagar, deteniéndome delante de los puestos de los vendedores de comestibles, como si con esto hubiese podido satisfacer el hambre que empezaba á atormentarme.

Por más que cavilaba no podia dar con el medio que habia de proporcionarme de comer.

No debia pedirlo, porque, segun la señora Blasa, no me lo darian, y no podia tomarlo, porque no me lo permitirian.

Esto era un enigma que mi inocencia no podia descifrar.

Volví á dudar de la vieja, á sospechar que habria exagerado, y al cabo de una hora me decidí á pedir.

Aturdida, acertando apenas á hablar, me acerqué á uno de los vendedores y le dije:

—Tengo hambre.

—Pues come,—me contestó riendo brutalmente.

—No tengo,—repuse.

—Anda,—dijo con tono amenazante y haciendo ademan de coger un palo que tenia cerca,—holgazana, ya puedes trabajar.

Aun no me dí por vencida: creí que aquel hombre, por no ser bastante rico, no podria dar, y quise probar nuevamente.

Salí del Rastro, me entré por la calle de Embajadores, y á poco que anduve encontré un magnífico carruaje parado y del cual bajaba una señora de bastante edad, ricamente vestida.

La ocasion no podia ser más oportuna.

No perdí un instante.

Me acerqué á la señora cuando esta atravesaba la estrecha acera, y tendiéndole una mano le pedí una limosna.

No me respondió ni me miró.

Creí que no se habria apercibido de mi presencia, me acerqué más, casi estorbándole el paso, y repetí mi súplica.

Entonces el lacayo que la seguia me cogió por un brazo, y me apartó, sacudiéndome brutalmente, mientras me decia:

—Aparta, muchacha.

Los anuncios de la señora Blasa se habian cumplido con tal exactitud, que el dudar más me pareció loca obstinacion.

Desde aquel instante fué profundo mi convencimiento de la maldad del mundo: no habia más que lobos, y ser buenos era lo mismo que aceptar estúpidamente el papel de oveja para dejarse devorar.

Despues he conocido mi error; pero entonces ¿podia yo juzgar de otro modo?

En mi absoluta ignorancia, en mi candidez, no cabia otra cosa.

Acababa de decidirse mi suerte.

Yo debia ser criminal.

Pero ¿quién debia responder de mis crímenes?

Mi madre.

No me habian enseñado más que un camino, haciéndome comprender sus ventajas, y del otro solo me habian hablado para pintarme supuestos inconvenientes.

Me habian enseñado lo malo sin darme idea de lo bueno.

Además me habian amenazado con un castigo horrible, el hambre...

¡Oh! el que no ha tenido hambre no sabe lo que es sufrir, no puede comprender lo que es este tormento, que no intentaré pintar, porque no hay palabras que lo expresen.

Yo no tenia, pues, libertad de eleccion entre el bien y el mal, ya porque no conocia el primero, ya porque una fuerza superior me empujaba al segundo.

Recordaré además que yo tenia seis años y no habia recibido ninguna educacion religiosa.

De mis faltas posteriores á aquella época, debo responder ante el mundo y ante Dios, lo sé; pero mi madre responderá de todas ante Dios, y ante el mundo... ¡de ninguna!

Ante los tribunales de los hombres, no seremos iguales; mi madre será la honrada, ó por lo menos la inocente, y yo seré la culpable; pero ante el tribunal de la justicia divina, mi madre como causa de mis extravíos, y yo como extraviada, recibiremos ambas el castigo.

No digo esto con la alegría del rencoroso que espera ver abatido á su enemigo; es que cuando pienso en la injusticia de los hombres, no me consuela nada más que la idea de la justicia de Dios.

«Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos».

¡Ah!...

Si algun dia tengo la fuerza del arrepentimiento y mi alma se abre á la contricion ¡qué dichosa seré!

No tengo ódio para mi madre, no soy su enemiga; pero aun no he tenido la virtud de cumplir mi deber de amarla, no es para mí mi madre, es solamente... ¡una mujer!

Apenas me desaturdí del golpe que habia recibido, me lancé nuevamente al acaso; pero no como antes, tímida é irresoluta, sino decidida y con el valor de mi febril desesperacion, con la desesperacion de los tormentos del hambre.

No dije *robaré*, sino *tomaré* lo que me niegan.

Ignoro cuántas calles recorrí: lo que sé es que me encontré en una por donde entonces apenas pasaba gente.

Iba delante de mí, á pocos pasos de distancia, un muchacho que tendria tres ó cuatro años más que yo, y revelaba en su ropa mi misma miseria.

No sé por qué fijé en él mi atencion.

En el portal de una casa habia una vendedora de pan y tenia la mesa sobre que estaba amontonada su mercancía, junto á la puerta, de manera que dos de las patas descansaban en el escalon.

El muchacho se detuvo allí.

Yo instintivamente me detuve tambien y observé, viendo que él hablaba á la vendedora, si bien no pude oir lo que decia.

La mujer, que estaba á la puerta, entró en el portal, y entonces el muchacho, con una prontitud admirable, cogió un pan y partió como una centella.

No le valió su ligereza, porque la mujer se apercibió á tiempo y salió corriendo tras él, gritando desaforadamente.

En mi mente brotó una diabólica idea, y la puse en práctica.

Una sola persona que pasaba por la calle, fijó toda su atencion en el perseguido y la perseguidora.

Los que estaban á las ventanas de las casas, hicieron lo mismo.

Nadie me miraba.

La ocasion era, pues, la más oportuna.

Dí algunos pasos y llegué á la mesa.

En el portal no habia nadie.

Tomé un pan, lo oculté bajo mi pañuelo, pasé á la acera opuesta y seguí tranquilamente mi camino.

Entre tanto el rapaz, muy de cerca perseguido, no pensó ya más que en salvarse; soltó la presa y siguió corriendo.

Pronto desapareció tras la primera esquina, y nadie se ocupó ya de él.

Con la misma prontitud que antes, concebí entonces un nuevo plan: no sé si esta fuerza de imaginacion era natural ó efecto de la exaltacion que me dominaba.

Me inclino á creer lo primero, puesto que despues mi imaginacion ha sido en todas ocasiones igualmente viva y fecunda.

Apresuré el paso, entré por la misma calle que el muchacho, y corrí cuanto me lo permitieron mis fuerzas hasta que al doblar la esquina lo ví.

Como no lo habian perseguido, no tuvo necesidad de ocultarse.

Estaba parado frente á un vendedor de quincalla, que con su cesta colocada en el suelo, esperaba á que una señora le pagase lo que acababa de comprarle.

Llegué junto al muchacho, me paré tambien y miré.

La señora sacó un bolsillo de mallas de acero, de este algunas monedas de plata y cobre, pagó al vendedor y se alejó.

El rapazuelo habia observado dónde guardaba el bolsillo la seño-

ra, y se dispuso á seguirla cuando esta se encontraba á diez ó doce pasos de distancia.

—Espera,—le dije, deteniéndole.

El muchacho me miró de piés á cabeza.

—¿Qué quieres?—me preguntó.

—Necesito hablarte.

—¿De qué?

—De lo que ha sucedido hace poco.

—No entiendo...

—Has tenido que tirar el pan... Mira otra libreta: la he cogido mientras la mujer corria tras de tí. Esto debe ser de los dos, lo partiremos.

—Ya; tú tambien eres...

—No soy nada; pero quiero ser algo. Podemos entendernos: tú me enseñarás, yo te ayudaré...

—Y partiremos lo que se gane.

—Eso es.

—¿No le tienes miedo á la *trena*?

—No sé lo que es eso; pero no le tengo miedo á nada, ¿lo entiendes? á nada, ni á la muerte.

—Dame esos cinco,—dijo,—alargándome una mano.

Y estrechó otra mia.

—Bien,—añadió,—creo que nos entenderemos; pero ahora no puedo detenerme... Ven y principiarás.

Obedecí.

Debo confesarlo; en aquellos momentos me sentí llena de orgullo, porque creí que ya era algo en el mundo, y esta idea lisonjeaba mi amor propio hasta un punto inconcebible.

¿De qué no habria sido yo capaz entonces?

—¿Ves aquella señora?—me dijo mi improvisado compañero.

—Sí,—le contesté.

—Vamos á seguirla.

—Bien.

—En el sitio que me parezca á propósito, te avisaré y correrás como si huyeses de mí.

—¿Y luego?

—Gritas como si tuvieses mucho miedo y te colocas delante de la señora y le pides auxilio, diciéndole que quiero pegarte.

—Sigue...

—Yo no desistiré por eso, y tú entonces, abrazándote á la señora, te moverás de un lado para otro, segun yo te persiga para evitar mis golpes.

—¿Y me pegarás?

—No llegaré á pegarte, y aunque mis manos te alcancen, no te haré daño.

—¿Y despues?

—Yo me iré cuando deba hacerlo.

—¿Quieres explicarme?...

—Todo eso es para recoger un bolsillo que se nos ha perdido y esa señora guarda.

—¡Ah!...

—Es un bolsillo muy bonito...

—Sí, de plata...

—De acero.

—Es igual.

—No es lo mismo... En fin, lo que importa es el dinero que tiene, lo menos tres ó cuatro duros...

—¡Oh!...

—Si lo pescamos...

—Comeremos bien hoy.

—¡Ya lo creo! es preciso remojar nuestro trato. Te advierto que lo que te he dicho lo has de hacer con mucha ligereza y has de apretarte bien contra la señora, para que ella ponga toda su atencion en separarte porque le estropeas la ropa y la pisas...

—Descuida... Pero ¿y el pan?

—Guárdalo: puedes decir que quiero quitártelo.

Seguimos andando tras la señora.

Entramos en otra calle solitaria.

—Ahora,—me dijo mi compañero.

Yo empecé á correr y á gritar y él á perseguirme, amenazándome.

Llegué hasta la mujer destinada para víctima y me pegué á ella.

El muchacho se lanzó sobre mí.

Para evitar sus golpes, empecé á dar vueltas alrededor de la señora, sin desasirme de su vestido.

Ella, aturdida, quiso primero protegerme, haciendo que el rapaz atrevido se alejase; pero como no lo consiguió en seguida, acudió á poner á salvo su ropa, inclinándose, cogiéndome par los brazos y esforzándose para separarme.

La escena duró pocos segundos.

Mi compañero fingió ceder ante el imposible de darme alcance, y se fué, amenazándome para cuando me encontrase despues.

Dejé libre á la señora, que apresuró el paso, murmurando algunas palabras de disgusto, y entró en una casa.

Yo estaba sola.

Nadie me observaba y corrí hasta la inmediata calle.

Allí encontré á mi compañero, que en vez de engañarme, como pudo hacerlo, me esperaba.

—Vamos,—me dijo.

Y corrió y yo tras él hasta que, seguros de que ya no podian dar con nosotros, porque habiamos dejado atrás varias calles, nos detuvimos.

Entramos en el silencioso y medio oscuro portal de una casa antigua, nos ocultamos en el hueco de la escalera, y mi compañero, enseñándome el bolsillo con aire de triunfo, me dijo:

—Mira.

Yo exhalé un grito de alegría, de satisfaccion, de orgullo.

—¿Qué tiene?—pregunté.

—Vamos á verlo.

Abrimos el bolsillo y contamos el dinero que contenia.

Eran sesenta y tantos reales, una cantidad fabulosa para mí.

De ella hizo mi compañero dos partes iguales y me dió una.

La otra la guardó diciendo:

—El bolsillo lo venderemos y partiremos tambien lo que den.

—¡Venderlo!—repliqué.—Es muy bonito...

—No guardes nunca nada más que el dinero: otra cosa pueden vértela, conocerla y...

—Entiendo.

—Estoy contento contigo.

—¿Lo he hecho bien?

—Sí, seremos compañeros ó... lo que quieras,—dijo el rapaz, lanzándome una mirada ardiente, cuya intencion no pude comprender.

—Sí, buenos compañeros...

—Leales de corazon.

—Te lo prometo.

—Engañaremos á todo el mundo; pero nosotros no debemos engañarnos, porque seria perdernos.

—Haré lo que tú has hecho: has podido burlarte de mí llevándote el bolsillo...

—No, entre compañeros no debe hacerse eso. Si fuéramos traidores los unos con los otros, ¿qué seria de nosotros?

—Tengo mucha hambre,—le dije.

—¿No has almorzado?

—No.

—Yo sí; pero tengo tambien apetito.

—Entonces...

—¿Quieres que celebremos el dia?

—Sí.

—Pues vamos á comernos un buen plato de callos y á bebernos una copa.

—Mientras hablaremos.

—Tú pagarás lo tuyo y yo lo mio.

—Bien.

—Y si te parece bien lo que tengo que decirte,—repuso mi compañero, cuyos ojos volvieron á brillar,—entonces te convidaré al café.

¡El café!

Esta promesa era para mí como las promesas de un ensueño de amor.

Fácilmente se comprenderá el efecto que debió producirme la idea de entrar en un café sin temor de que me echasen y teniendo el derecho de sentarme allí y mandar, segura de ser obedecida.

—Vamos,—dije,—vamos. ¿Por qué no has de quedar contento de mí?

Atravesamos algunas calles.

Mi compañero entró en un estanco, pidió cigarros puros, tomó uno despues de revolver todos los que habia en el canastillo que le presentaron, pagó y seguimos nuestro camino.

—¿Has visto?—me preguntó.

—Sí, he visto que has comprado un cigarro.

Soltó una carcajada.

Le pregunté el motivo de ella, y me respondió.

—Has visto lo mismo que el estanquero y nada más, que he comprado un cigarro; pero no has visto que mientras lo escogia se me metió otro en una manga de la chaqueta.

Efectivamente, me enseñó dos cigarros y continuó riendo.

Lo miré como se mira á un héroe.

Moralmente considerado, me pareció una figura gigantesca, una de esas figuras, que al pensar en ellas, les da nuestra imaginacion tales y tan fantásticas proporciones, que levantamos los ojos al cielo, esperando ver la cabeza perderse allá entre el azul horizonte.

Cuanto habia visto hacer á mi compañero, era para mí, no solamente extraordinario, sino prodigioso y sublime.

Al fin nos encontramos en el Rastro.

—Aquí,—me dijo.

Y entramos en un bodegon.

V.

A la hora que era, nadie habia en el bodegon.

Nos sentamos, pedimos dos platos de callos y dos copas de vino, y pocos momentos despues fuimos servidos.

Aquel caldo humeante, colorado, que despedia un fuertísimo olor á ajos y en el que se veian algunos pedazos de la carne glutinosa de patas de buey, aquello, digo, debió hacer brillar mis ojos con una alegría inmensa.

No puedo explicar lo que sentí.

Solamente diré que me olvidé de todo.

Nunca habia comido aquello.

Raras veces habia entrado en mi boca la carne.

Hicimos uso del pan que yo habia robado, y lo partimos.

Sin hablar una palabra, sin pensar en mirar siquiera á mi compañero, empecé á comer, ó más bien á devorar, con la avidez consiguiente al hambre que ya me atormentaba mucho.

¡Qué delicioso me pareció el plato!

Entonces creí que los ricos no comerian más que aquello, porque no comprendia que pudiera existir nada mejor.

La carne estaba dura y el caldo picaba.

Hasta que habia comido más de la mitad de la abundante racion no pensé en hablar.

—Bebamos,—dijo mi compañero.

Bebí; pero el vino no me pareció cosa tan buena como la carne.

Empezó la conversacion.

—¿Cómo te llamas?—me preguntó el muchacho.

—Rosa. ¿Y tú?

—Paco.

—Me gusta tu nombre.

—Y á mí el tuyo.

—Me alegro, porque bueno es que empiece á gustarte algo mio.

—¿Tienes padres?—le pregunté.

—No, ni me hacen falta. ¿Y tú?

—Tampoco: dicen que cuando nací me abandonó mi madre.

—Hizo bien.

—¿Por qué?

—Los hijos son un estorbo para los padres, y los padres un estorbo para los hijos.

—Creo que tienes razon.

—¿Con quién vives?

—Con la mujer que me ha criado, una pícara vieja que se llama la señora Blasa.

—Te dará buenas palizas.

—Sí.

—Y te guardará para sacarte luego el jugo...

—Es claro.

—Ya llegará el dia en que puedas ahogarla.

—¿Y tú con quién vives?

—Con otro viejo zorro que me ha pegado más palos que estrellas hay en el cielo; pero tambien llegará el dia en que lo ahorque con sus mismas tripas y juegue á la pelota con su corazon.

—De manera,—le dije con la mayor candidez,—que tú tampoco eres rico...

—¡Rico!... Sí, lo soy, más que los que creen serlo, pues por mucho que ellos tengan, yo tengo más, es mio todo. ¿No has visto lo que ha pasado con el bolsillo? ¿Qué me importaba que lo tuviera esa señora? Me sirve á mí.

—Es verdad, yo tambien soy rica; pero dime, ¿y si alguna vez te cogen?

—No será la primera.

—¿Es decir que otras veces?...

—Ya van tres.

—¿Y qué te han hecho?

—Nada.

—¡Nada!—repetí llena de admiracion.

—Me han llevado á la cárcel; pero á mi edad no podian hacerme otra cosa que tenerme allí unos dias.

—¿Y no tienes miedo á la cárcel?

—Allí se está muy bien.

—No comprendo...

—De seguro no duermes en tan buena cama como te darian allí.

—¿Y la comida?

—Buen rancho: garbanzos, arroz, judías, patatas, tocino, pan y alguna vez carne y vino. Ya ves que no es mala vida. Se come y no se trabaja. Encuentra uno allí buenos camaradas que algo le enseñan; y si antes no sabias más que *tomar* un pañuelo, cuando sales de la cárcel sabes tomar un reloj.

Yo escuchaba absorta á Paco.

—Al fin,—añadió,—se cansan de mantenerte y te dicen que te vayas. Los carceleros no me han pegado nunca como el viejo zorro que me ha criado.

—Entonces debo desear ir á la cárcel.

—Al menos no debes temerlo. A la cárcel es á lo que antes llamé la trena.

—¡Ah!...

—Es menester que vayas aprendiendo á hablar para que entiendas á los del oficio.

—Aprenderé.

—Ahora otro trago...

—Beberé agua.

—Bien, hasta que te acostumbres...

—Eso es.

—Hablemos de otra cosa.

—Como quieras.

—Es preciso que yo sepa en qué quedamos...

—¿De qué?

—¿No lo adivinas?

—No.

—Te lo diré,—repuso Paco, cuya mirada era cada vez más ardiente.

Hasta mucho tiempo despues no pude comprender el valor de aquella mirada, que era uno de los tristísimos ejemplos de la horrible precocidad moral y física de las desdichadas criaturas que nacen y se crian en el fango social y que viven entre el vicio y con el vicio y mueren en la desesperacion, maldecidos por el mundo y maldiciéndolo.

Entonces era imposible que en mi completa inocencia diese yo ningun valor á las insinuaciones de mi improvisado compañero.

Sus explicaciones las aguardé con curiosidad; pero solamente con esa curiosidad infantil que desea saber lo que ignora.

Bebí agua con avidez: estaba sofocada: tenia la frente bañada en sudor.

Esto era natural, porque no estaba acostumbrada á beber vino ni á tomar alimentos tan fuertes y aderezados con excitantes tan activos como la pimienta y la guindilla.

¿Para qué he de repetir las palabras de Paco?

Baste decir que despues de un exordio grosero, me hizo una formal declaracion de amor, y cuando yo, sin saber qué responderle, manifesté mi sorpresa, me explicó cómo los hombres y las mujeres se querian, haciendo tantas observaciones y aclaraciones, que no pudiera haberme dicho más un viejo experimentado.

No se crea por esto que Paco estaba dotado de una inteligencia privilegiada: el desarrollo de la suya era precoz, lo mismo que el de todas sus pasiones, es decir, á su edad era todo lo que debia ser veinte años más tarde; pero no por eso era mucho, no pasaba de ser un hombre vulgar.

Sin embargo, á mí debia parecerme un espíritu gigantesco, sublime, y así sucedió.

Acabé por sentirme llena de vanidad, creyendo haber alcanzado el mayor de los triunfos al ser solicitada por un *hombre* que tanto valía.

Cuando la comida terminó, estábamos de acuerdo, se habian entendido nuestros corazones y yo habia dicho á Paco:

—Seremos novios.

Faltaba, pues, el café, que debia ser como el sello puesto á nuestro amoroso contrato.

Pagamos la comida y salimos.

Yo estaba como aturdida, efecto sin duda de la excesiva cantidad de alimento que habia tomado.

En toda una semana no habia comido nunca lo que entonces de una sola vez.

No recuerdo la calle adonde nos dirigimos, y sí únicamente que no tardamos en llegar á un café y sentarnos en dos banquetas ante un velador de piedra blanca.

Un mozo acudió á las fuertes y repetidas palmadas que dió Paco con todo el orgullo de quien no está acostumbrado á mandar y encuentra la ocasion de hacerlo.

Pocos momentos despues humeaban sobre la mesa dos vasos llenos de esos líquidos mal llamados café y leche.

No pude resistir á la tentacion de comerme uno de los terrones del azúcar que nos habian dado.

Reanudamos nuestra conversacion amorosa, y sorbo tras sorbo iba yo apurando con una delicia incomparable el líquido.

Cuando habiamos agotado todas las frases más expresivas de nuestro mútuo cariño, tocó su vez á las promesas para lo futuro, y últimamente á las advertencias de Paco, partiendo de la hipótesis de infidelidad por mi parte.

Las advertencias, que en realidad eran amenazas, las terminó de esta manera:

—Te lo digo para que no te coja de susto: por la buena soy un cordero; pero si me engañan soy peor que todos los hombres. Tengo malas pulgas, y se me sube pronto la sangre á la cabeza. Si haces la que suelen hacer las mujeres, encomiéndate á Dios, porque no vives más ó te corto la cara para que todo el mundo te conozca y sepa que eres una *perra*. El dia que mires á otro, cuéntate con una costilla de menos, y el que te mire que se confiese antes. ¿Lo entiendes, paloma? Donde yo reino no reina ninguno, aunque tenga más corazon que el peñon de Gibraltar.

Yo quise imitar su lenguaje y le dije:

—Paco, el dia que te falte, mátame; pero tú...

—Para tí no más, reina mia,—me replicó con un acento de ternura que llegó á lo más profundo de mi alma.

Concluimos de tomar el café.

Yo queria que aquel dia fuese completamente feliz y propuse á Paco que saliésemos al campo á pasear, á cuya peticion accedió.

Abandonamos, pues, el café.

Yo me sentia con unas fuerzas, un vigor desconocido para mí.

En pocos minutos nos encontramos fuera del portillo de Embajadores.

Paco habia encendido uno de los cigarros y fumaba con el desembarazo de un hombre, echando grandes bocanadas de humo y escupiendo por el colmillo con ese aire peculiar de los perdona-vidas.

Ya he dicho que su ropa era tan miserable como la mia.

Iba descalzo lo mismo que yo.

Apenas se veia su camisa sucia y hecha girones.

Su chaqueta de paño negro, con remiendos de otros colores, no estaba en mejor estado.

El pantalon, que apenas le llegaba al tobillo, estaba roto tambien, particularmente en su parte posterior, de manera que dejaba asomar algun trozo de la camisa.

No llevaba nada en la cabeza, y sus negros cabellos estaban en completo desórden.

Me ofreció su brazo derecho, al cual apoyé el izquierdo mio con entusiasmo.

Fumando y hablando él, y yo respondiéndole y mirando orgullosa y satisfecha á mi alrededor, seguimos campo adelante.

Yo era completamente feliz.

¡El campo, la libertad despues de haber comido bien!

Excuso decir que durante el paseo recibí lecciones, cuya moralidad puede comprenderse.

Formamos planes los más descabellados y acariciamos esperanzas locas.

Ya empezaba á oscurecer cuando volvimos á entrar en las calles.

B. Lozza, dib.º y lit.º

Lit. de Donon Madrid

Yo era completamente feliz.

Los ojos de mi entendimiento veian una nueva luz.

Sabia tantas cosas ignoradas pocas horas antes, que aun no habia podido desaturdirme, y dudaba si todo aquello era un sueño.

El mundo, segun empezaba á verlo, era una cosa completamente distinta del mundo segun yo lo habia imaginado.

Nos separamos, haciéndonos nuevas promesas de cariño y fidelidad, y quedamos citados para el siguiente dia.

Entonces me ocurrió la duda de si debia decir la verdad de todo á la señora Blasa.

En cuanto á mis amores decidí callar.

En cuanto á lo demás, estaba yo muy orgullosa de mis adelantos para guardar reserva, y además, mi amor propio, tantas veces herido al calificarme de tonta, me impulsaba á revelarlo todo.

—Bien,—me dijo la señora Blasa al verme.—¿Qué tal?

—Me he paseado,—le respondí.

—¿Y la barriga?—replicó, sonriendo con alegría satánica, como si se gozase en el castigo de mi torpeza con el ayuno.—No dejarás de engordar con paseos... Ahora no me pidas de cenar, ya te lo dije:

—He comido.

—¡Que has comido!

—Sí.

—¿Dónde y qué?

—Callos, pan, vino, café con leche...

—¿Qué estás diciendo?—replicó con voz destemplada.

Pero su sorpresa creció más cuando con aire de triunfo le enseñé el dinero.

Su primer impulso fué cogerlo; pero se detuvo y me dijo:

—Tuyo es.

Le conté cuanto me habia sucedido, menos lo referente á mis amores.

—¡Miren,—dijo,—la gatita muerta!... Ahora verás si te quiero, y te habrás convencido de que no te engañaba.

Aunque nada me exigia la señora Blasa, creí que me convenia darle participacion en el dinero, porque así me tendria más consideraciones; pero se resistió á tomar cantidad alguna, siendo inútiles mis

ruegos. Por el contrario, me obsequió haciéndome cenar con ella, lo cual nunca habia sucedido.

Aquella noche tampoco pude dormir hasta la madrugada, porque el sueño huyó de mis ojos al repasar una y otra vez en mi memoria los inesperados sucesos de aquel inolvidable dia.

VI.

No entraré en más detalles sobre los sucesos de los dias siguientes, porque esto á nada conduce. Con lo dicho basta para comprender cómo dí los primeros pasos en la senda del crímen y cuán difícil me era retroceder sin el auxilio de una mano protectora.

Sin idea de lo bueno ni de lo malo y juzgando al mundo por lo que me habian dejado ver y habian querido decirme, no podia yo hacer otra cosa de lo que hacia ni ocuparme en pensar si debia hacerlo.

Además, tuve hambre y me dijeron: «No comerás si no robas». Y robé tan sencillamente como hubiera podido dormir, teniendo sueño.

A mi criminal accion no le dí más importancia que la que puede darle el hombre más santo á beber en un arroyo perdido cuando tiene sed.

Al dia siguiente volví á reunirme con Paco.

Recibí nuevas lecciones; pero teóricas, pues no tuvimos ocasion de robar nada.

Comimos como el dia anterior, bebí más y nos separamos más amantes que nunca.

Una semana despues valia yo tanto como mi compañero.

La señora Blasa cambió nuevamente de plan y se declaró dueña de cuanto yo adquiriese.

Tuve que someterme, porque temí sus brutales tratamientos, y estos no podia evitarlos sino huyendo de la casa para siempre, lo cual me exponia á caer en manos de los agentes de la autoridad, y como niño sin padres ni amparo, verme encerrada en un asilo de beneficencia.

Esto, segun Paco, era lo único verdaderamente temible: él, tam-

bien por temor al Hospicio, lo sufria todo del viejo que lo habia criado.

Véase cómo vine á huir precisamente de lo único que hubiera podido salvarme.

Continué, pues, bajando por la resbaladiza pendiente, y acabé por engañar tambien á la señora Blasa, ocultándole siempre que podia una parte de lo que me proporcionaba con mi industria.

Mi vida era alegre.

Me hubiera considerado completamente feliz si los golpes de la infame vieja no hubiesen amargado alguna que otra vez mis delicias.

Antes me habia castigado por mi inocencia y despues por mi malicia.

De esto resultó que no hubiese más que una sola criatura en el mundo á quien yo no odiase, Paco.

Fuí la enemiga de la humanidad, porque creí que lo era mia la humanidad entera.

Con el trascurso del tiempo llegué á conocer y tratar con todos los criminales de mi edad.

Pasaron así cuatro años, al cabo de los cuales yo misma no me reconocia.

Todo habia cambiado en mí.

Era otra, lo mismo física que moral é intelectualmente.

Me habia robustecido cuanto mi edad permitia, y podia competir en fuerzas con Paco, que habia seguido desarrollándose perfectamente.

Se me preparaba un nuevo cambio de vida, que debia responder á los criminales proyectos de la señora Blasa.

El dia que cumplí diez años, á la hora de acostarme, la inícua vieja me llamó y me dijo como la otra vez:

—¿Sabes cuántos años tienes?

—Sí,—le respondí,—hoy he cumplido diez.

—Pues bien, ya es tiempo de que empieces á ser algo, es decir, á aprender para que lo seas.

La miré como preguntándole si no le parecia nada lo que yo sabia, si no era ser nada lo que yo era, y me dijo, como adivinando mi pensamiento:

—Para tu edad es bastante lo que sabes y lo que haces; pero ¿de qué te servirá eso cuando seas mujer? Entonces no podrás ir á buscar pañuelos, bolsillos y relojes. ¿Con qué vivirás?

—Podré casarme.

—Creí que habias dejado de ser tonta.

—No comprendo...

—¿No ambicionas más que comer?

—Sí, quiero estar bien vestida, con lujo, y gozar.

—Si te casas con un pobre de los que llaman honrados, apenas podrá darte de comer.

—Me casaré con uno de los que saben vivir como ahora vivo.

—Y el dia que le echen mano y lo envien á Ceuta...

—Entonces...

—Mira, Rosa, las mujeres pueden vivir bien, con mucho lujo, hasta con coche, sin casarse ni trabajar, y de manera que no pueda castigarlas la justicia como á los ladrones.

A pesar de que yo sabia mucho más de lo que debia, no comprendí claramente lo que acababa de oir; pero no por eso dejó de impresionarme vivamente lo del lujo, y sobre todo el coche.

¡Coche yo que andaba sin zapatos!

¡Coche como la gran señora, cuyo lacayo me rechazó brutalmente, cuando le pedí limosna!

Esto, aunque me parecia imposible, por ser demasiado bueno, me halagó como era consiguiente.

—¿Crees que te engaño?—me preguntó la señora Blasa.

—No,—le respondí;—es que no puedo comprender cómo se consigue eso.

—Pues es muy fácil que lo consiga una mujer, con tal que sea medianamente bonita.

—Pero coche...

—Sí, coche, criados, lujo. Tambien te pareceria imposible encontrar medio de comer sin que te lo diesen.

—Es verdad, y luego...

—Has visto que es verdad. No te engaño, Rosa, porque no me conviene engañarte.

—Lo creo.

—Quiero que llegues á tener coche, porque el dia que eso suceda...

—Tambien usted tendrá...

—Lo que sepa buscarme. No espero que entonces me des ni dos reales: al contrario, no me mirarás si me encuentras en la calle; dejarias que tu coche me aplastase.

—Eso...

—Sí, lo espero, y tampoco pido otra cosa. Deseo ponerte alta, solamente porque al subir tú cogeré yo el fruto de mi trabajo.

—Bien,—le dije despues de haber reflexionado algunos intantes,—marchemos, que yo iré hasta donde vea que me conviene.

—Poco á poco,—me replicó, lanzándome una mirada amenazadora;—no intentes subirte á mis barbas: todavia no es tiempo de que hagas ó no hagas lo que creas que te conviene, sino lo que yo disponga.

—He querido decir...

—Por lo que pueda suceder te lo advierto. Ya sabes cómo las gasto, pichona, y si te desmandas...

—Obedeceré.

—Eso te tiene cuenta.

—¿Qué he de hacer?

—Ahora, dormir.

—¿Y mañana?

—No saldrás, porque habrás de venir conmigo.

—¿Y mi almuerzo?

—Yo te lo daré mañana y todos los dias.

—¿Es decir que ya no tendré obligacion de buscarlo?

—No.

—Me alegro.

—Eso no quita para que aproveches cualquiera ocasion que te se presente sin peligro alguno, porque así tendrás para ir mejor vestida.

—¿Y qué diré á mis compañeros?

—Que yo te mantengo y no necesitas robar sino cuando buenamente puedas hacerlo con seguridad de no ser cogida en el garlito.

—Así lo haré.

—Ten cuidado de no decir más, porque si te se va la lengua te mato de una paliza, sin contar con que no podrias luego hacer nada de lo tratado, y tendrias que volver á andar descalza y medio desnuda.

—No, no quiero eso,—le dije con todas las veras de mi alma, porque la idea de vestir con lujo me habia trastornado, y por verla realizada lo hubiera sacrificado todo.

—Lo que hagas será para tí,—me dijo.

Y dió por terminada la conversacion.

Aquella noche fué una de las que el sueño no quiso cerrar mis ojos hasta el amanecer.

Sin embargo, á la mañana siguiente, no estuve perezosa para levantarme, porque anhelaba ver cómo empezaban á realizarse las promesas de la señora Blasa.

VII.

Almorzamos mejor que de costumbre.

Salimos, fuimos al Rastro, y con gran sorpresa y alegría de mi parte, ví que la señora Blasa se acercó á una mujer que vendia vestidos de todas clases, nuevos y usados, y que entre ellos buscó uno de percal pintado de vivos colores que podia servirme.

—¿Qué te parece?—me preguntó.

—Bien,—le respondí, aunque á decir verdad yo hubiera preferido uno de los que allí veia de seda con muchos adornos y que debian ser desechados por alguna gran señora y vendidos por sus sirvientes.

La señora Blasa ajustó el vestido y lo pagó.

Luego fuimos á una tienda y allí compró medias blancas de algodon, un pañuelo de percal bastante grande y otro de seda.

En seguida me compró zapatos.

Y para que mi sorpresa y alegría no tuviesen límites, me hizo el regalo de unos pendientes que brillaban mucho.

Yo apenas acertaba á hablar.

En aquellos momentos me olvidé hasta de Paco, que debia esperarme como todos los dias en la calle de Embajadores.

Volvimos á casa.

—Veamos cómo estás,—me dijo la señora Blasa.

—¿He de ponerme ahora todo eso?—le pregunté, casi temblando de emocion.

—Sí, ahora y todos los dias si correspondes á mi afan.

—¡Ah!...

—Ya lo has visto, he gastado tres duros.

No perdí un momento.

Me lavé, me peiné y me vestí.

¡Oh!

No puedo explicar lo que sentí al mirarme en un pedazo de espejo que poseia la señora Blasa. Casi no me reconocí.

Entonces me fijé como nunca en los actractivos de mi persona y creí que la vieja tenia razon al decir que yo habia de ser bonita.

Mis ojos, sobre todo, los encontré magníficos, y desde aquel dia fueron mi primera vanidad.

Con lo que no me encontraba bien era con los zapatos: me incomodaban á pesar de no oprimirme los piés, me estorbaban para andar y me hubiera sido imposible correr sin caerme.

—Tienes una hora de libertad,—me dijo la señora Blasa;—pero luego te necesito para que me acompañes. Hoy empezarás á conocer gente que vale algo más que el granuja de tu compañero. Comeremos fuera de casa, y tendrás los callos que tanto te gustan.

No esperé segunda órden.

Salí con cuanta prisa me permitian mis zapatos.

Creí que todo el mundo me miraba y se ocupaba de mi ropa.

¿Qué diria Paco al verme?

De seguro iba á sorprenderse y admirarse.

Aquel dia su amor debia crecer en razon del aumento de mi belleza.

Yo sabia dónde podia él estar, y no tardé en encontrarlo.

Efectivamente, sorprendido, me miró de pies á cabeza, y luego me preguntó:

—¿De dónde has sacado todo eso?

—¿No estoy mejor así?—le repliqué sin contestar á su pregunta.

—Para mí,—repuso,—estás bien de todas maneras; ya sabes que te quiero, aunque creo que has de ser mi perdicion; pero...

—La señora Blasa,—le dije,—me ha vestido.

Paco volvió á mirarme, hizo un gesto de desagrado y me respondió:

—Esto me huele mal.

—¿Por qué?

—Mira cómo á mí no me viste el viejo: si yo fuera mujer, haria lo mismo...

—No te comprendo.

—Yo me entiendo y basta. En fin, ello sonará... No te diré más que una cosa: mucho cuidado, porque ya sabes que tengo mal genio. Si me faltas...

—¡Paco!...

—Ahora tendrás otros que te quieran, quizás algun señorito...

—¿Dudas de mí?

—No; pero es bueno que sepas lo que te aguarda. Yo iré á presidio; pero ninguno se burlará de mí.

Le hice mil protestas de cariño y fidelidad; pero él no quedó enteramente tranquilo.

Sus sospechas, por cierto bien fundadas, fueron una razon más para que yo le ocultase la parte más importante de la conversacion que tuve con la señora Blasa.

Debo advertir que yo habia llegado á amar á Paco, todo lo que en aquella edad era posible: me sentia subyugada á su lado, y lo que es más inexplicable, pero por eso no menos verdad, le tenia miedo, mucho más miedo que á la señora Blasa.

En los cuatro años que llevábamos de relaciones, Paco habia llevado alguna vez sus amenazas á vias de hecho.

Esto no me ofendió, porque habia visto que muchas mujeres lo sufrian sin darle más importancia que la del dolor que pudiera hacerles experimentar el golpe, y aun llegué á creer que otra conducta era prueba de indiferencia.

Además, de esta manera era mayor el goce de la reconciliacion.

Sin violencia ninguna habia yo aceptado el papel de esclava, y lo era.

Por su parte y de la mejor buena fé, no lo dudo, creia Paco que por ser hombre debia ser señor, amo, dueño en toda la extension de la palabra, y lo era.

Me pegaba, porque tambien creia que esto era simplemente una de tantas manifestaciones de la naturaleza de hombre.

No era la culpa nuestra, sino de la educacion que habiamos recibido y de los ejemplos que habiamos visto constantemente.

—Para eso es mi marido y puede pegarme: ¿quién tiene que ver en ello ni qué le importaba á nadie?

Esto habia yo oido decir á muchas mujeres de mi vecindad cuando despues de haber recibido algunos brutales é injustos golpes, alguien se atrevia á murmurar del marido ó del amante.

Y sin embargo, yo era de carácter altivo, orgullosa.

Los golpes de la señora Blasa me hacian por lo menos tanto daño moral como físico, me herian como hiere una ofensa y excitaban mi odio, sostenian mi mortal rencor.

Los golpes de Paco me dolian; pero no me ofendian, y los olvidaba fácilmente, tan pronto como el dolor físico acababa, y aun antes si él se ablandaba á mis súplicas ó correspondia á mis sonrisas.

Con estos antecedentes se comprenderá que las amenazas de Paco me hicieron temblar; pero no perdí el valor hasta el punto de aturdirme y confesárselo todo.

Para esto me ayudó la idea del lujo prometido y la risueña esperanza del coche.

—Aunque lo engañe ahora,—me decia,—luego lo haré feliz y todo quedará compensado, porque si llego á ser rica, él lo será tambien; si llego á tener coche, lo tendrá él.

¿Podia esperarse otra cosa de mi edad y de mi educacion?

Con semejantes reflexiones, mi conciencia quedó muy tranquila, si es que conciencia puede haber en semejante edad y sin haber tenido la más remota idea de lo bueno ni de lo justo.

Todo lo que entonces podia pedírseme eran instintos; y ¿de qué servian los buenos bajo la presion de las circunstancias de mi vida?

La hora de libertad que yo tenia, la aprovechamos paseando.

Paco me habló de sus proyectos y de la esperanza que tenia de no sufrir el yugo del viejo que lo habia criado, más que un año ó lo más dos, pues pasado este tiempo, tendria ya edad para poder rebelarse, imponer condiciones y vivir de otra manera.

Soñaba tambien con el lujo y los placeres; pero no tenia los mismos instintos delicados que yo.

La ropa que envidiaba era la de los toreros: costosa, pero al estilo del pueblo bajo. Cadenas y sortijas de valor; pero con la chaqueta y la faja de seda.

Sus diversiones debia buscarlas en la taberna, entre el ruido de

las guitarras, las castañuelas y las voces roncas y destempladas por el vino y el aguardiente.

Yo, por el contrario, deseaba los vestidos de las grandes señoras, los carruajes, los lacayos con librea y los palacios.

El ruido del mundo no tenia para mí actractivos sino en los suntuosos salones, en los teatros y en los paseos.

Sin embargo, llegó un dia en que me embriagué y reí entre la atmósfera nauseabunda de las tabernas y de las moradas del vicio en su último grado, y entre el estrépito de las guitarras, los vasos de vidrio y las roncas voces que maldecian y blasfemaban.

¡Qué dias aquellos!

¡Qué escenas, Dios mio, qué escenas tan horribles han contemplado mis ojos!

¡Y no han sido ensueños de una cabeza febril, son realidades que encierra el mundo!

¡Cuánto gusano, cuánta podredumbre encierra el cuerpo social!

¡Cuánta miseria bajo las galas con que se viste, bajo el oropel con que nos deslumbra!

¡Ah!...

¿Y qué hacen los hombres para remediar todo eso?

Y adelantamos y nos llenamos de orgullo, porque cada dia la ciencia hace un descubrimiento, resuelve un problema...

Pero ¿y el problema social?

¿No hay quien lo resuelva cuando es quizás el más sencillo?

Estas reflexiones tal vez estan fuera de lugar y serian más oportunas al hablar de las escenas á que ahora me refiero; pero como no escribo una historia para el público, sino que cuento la mia, digo las cosas cuando se me ocurren y no me cuido más sino de que se comprendan bien los sucesos.

Como he dicho, mis inclinaciones, mis gustos eran enteramente opuestos á los de Paco.

Pero yo respetaba los suyos y él no hacia ninguna oposicion á los mios.

Terminada la hora de libertad, tuvimos que separarnos.

Paco me acompañó hasta cerca de mi casa.

Para despedirse, repitió sus amenazas.

Yo las contesté con nuevas protestas de cariño y me separé de él, firme en mi propósito de ser gran señora.

Puede decirse que la idea de tener coche habia trastornado mi cabeza.

La señora Blasa me esperaba.

—¿Qué has hecho?—me preguntó.

—Pasear,—le respondí.—He hablado con Paco; pero no le he dicho más que lo que debia.

—Para tí haces,—me replicó.

Y pocos momentos despues salimos á la calle, dirigiéndonos hácia San Francisco.

VIII.

Cerca de media hora anduvimos por calles que yo no conocia.

Al fin entramos en una taberna, atravesamos la primera habitacion y nos metimos en otra, que recibia la luz por ventanas que daban á un patio.

Allí habia dos hombres y tres mujeres.

Ellas eran tipos desconocidos para mí.

Pertenecian á la última clase del pueblo; pero iban vestidas de una manera particular.

Las prendas de su traje presentaban un contraste que llamó mi atencion.

Mientras que una de aquellas mujeres llevaba un vestido de algodon viejo y miserable, sobre el que se destacaba un pañuelo bordado de Manila, de bastante valor, la otra cubria sus hombros con un pobrísimo manton y lucia un vestido de seda bastante costoso.

Este contraste se observaba en todas ellas.

Cada una llevaba una prenda de valor entre otras que nada valian.

El gesto, el aire, las maneras de aquellas mujeres me llamaron tambien mucho la atencion.

No podré decir lo que les encontré de particular, y entonces mucho menos podia explicármelo.

Lo único que puedo asegurar es que la primera impresion que su presencia me produjo fué mucho más desagradable que la de los primeros niños criminales que habia conocido; mi primer sentimiento fué de repugnancia, y á dejarme llevar de mis impulsos, me habria ido de allí en seguida.

Todos saludaron á la señora Blasa con groseras bromas, cuyo significado apenas comprendí.

Alguna de las mujeres le lanzó una mirada de odio.

Sin duda estaban citados para comer.

—¿Es esta la chica?—preguntó uno, mirándome con atencion.

—Sí,—le respondió la señora Blasa.

—No tendrá malos quince.

—Pero no para tí.

—¿Y por qué?

—¡Toma! porque no se ha hecho la miel para la boca del asno.

—¿Diga usted, señora Blasa ó señora bruja?...

—Digo que tú eres un pobre miserable y tienes que contentarte con basura...

—Oiga usted, señora,—replicó una de las mujeres, apoyando las manos en las caderas,—me parece que este cuerpo no es basura...

—Mira, hija mia, si estás donde estás y tienes lo que tienes...

—Ya sé que es por usted; pero...

—Eso es, pero... ¿Y qué?

—Me parece que...

—Ea, basta de palique,—dijo uno de los hombres.

—Sí,—repuso la señora Blasa,—vamos á comer. ¿Para qué me habeis convidado? Tengo hambre...

—¿Y sed?

—Tambien.

—Bueno, madrecita, beberá usted una copa mientras viene la comida.

¿Para qué describir minuciosamente aquella escena?

Comimos y bebimos hasta el punto de trastornarse las cabezas.

La animacion habia ido creciendo.

Yo estaba aturdida.

Me parecia que soñaba.

No puede imaginarse nada más grosero, más repugnante que aquella escena.

Dos ó tres horas estuvimos allí.

Cuando nos separamos de aquella gente, volvimos á nuestra casa.

Yo iba silenciosa y pensativa.

La señora Blasa no me habló tampoco.

Ni una ligera observacion, ni una sola palabra salió de su boca.

Sin duda quiso dejarme pensar sobre lo que habia visto, ó creia que los sucesos harian en mí más que todos sus consejos.

No se equivocaba.

¡Oh! era demasiado astuta y experimentada aquella mujer.

Yo no debia ser la primera víctima: otras debian haber sido sacrificadas antes que yo.

Tampoco debia ser la última, segun despues he visto.

No sé si por efecto del vino que me hicieron beber, sin estar yo acostumbrada á ello, ó por qué causa, es lo cierto que yo me encontraba fatigada, rendida, como si hubiese andado mucho.

La señora Blása volvió á salir y pasé aquella tarde sola, de lo cual me alegré, porque pude pensar con toda libertad, sin temor de ser interrumpida.

Más temprano que de costumbre, es decir, pocos minutos despues de ponerse el sol, me desnudé y dejé caer en mi duro y miserable lecho.

IX.

Lo que acabo de referir no fué desde aquel dia un extraordinario.

Habia cambiado enteramente de vida.

Pocas horas me separaba de la señora Blasa.

Mis entrevistas con Paco fueron menos frecuentes y más breves.

Pero no por eso disminuyó mi amor: al contrario, se aumentó.

Tras de las tabernas conocí las casas de prostitucion más miserables.

Ví todo lo que puede verse, y al cabo de medio año no ignoraba nada malo, no habia nada que me sorprendiese.

Entonces pude comprender el género de vida de la señora Blasa y sus planes respecto á mi porvenir.

Sin embargo, yo no resistia ni ponia de mi parte para seguir aquel camino: me dejaba llevar.

Ninguna noche nos recogiamos antes de las doce, y muchas veces al amanecer del otro dia.

Despues de un año era yo tan desvergonzada como cualquiera de las mujeres que continuamente veia.

Llegué á encontrar el placer en aquellas orgías asquerosas, á divertirme con aquellas escenas groseras.

Yo crecia, me desarrollaba admirablemente y se aumentaba mi belleza.

A pesar de mi corta edad, veia muchas veces lisonjeado mi amor propio con galanterías dichas á su manera por los hombres á quienes trataba.

A medida que yo crecia se separaba menos de mí la señora Blasa, y al fin tuvieron que cesar las citas con Paco.

Nos veiamos porque él, ya casi libre de la tiranía del viejo, iba á las tabernas y sitios donde sabia que yo estaba.

Cuando cumplí catorce años, la vigilancia de la vieja fué más constante y escrupulosa que la de una madre.

Pocas veces podiamos hablar reservadamente Paco y yo: la señora Blasa lo miraba con recelo.

Cuando cumplí catorce años volví á variar de vida.

Era yo una mujer ya, y una mujer bastante hermosa, más de lo que se necesitaba para perderme en aquella vida.

Una noche me dijo la señora Blasa:

—¿Sabes, Rosa, que tienes catorce años cumplidos?

—Sí,—le contesté.

—¿Y sabes que eres una mujer hecha y derecha?

—Lo sé.

—Tampoco ignorarás que eres bonita; tienes espejo, y si no lo tuvieras, te lo han dicho bastantes veces y estarás convencida de ello.

—Es verdad.

—Pues bien, escucha.

Esperé lo que yo llamaba un sermon y me armé de paciencia para oir.

—A tu edad,—me dijo,—es lo más fácil que á una mujer se le alborote la cabeza y el diablo se la lleve.

—No me ha enseñado usted otro camino,—le repliqué con el descaro que ya me era propio.

—Es verdad,—me dijo sin enfadarse;—pero te he enseñado para que el diablo te lleve en coche y no á pié.

—¿Y á qué viene esto?

—Estás enamorada.

—Sí, quiero á Paco.

—Tambien él te quiere, es decir, le gusta tu persona, y de esto resultará tarde ó temprano, que él querrá cumplir sus gustos y tú dar gusto á tu amor, y te perderás. Quiérelo, no me importa; pero no consentiré que hagas una locura y me dejes á la luna de Valencia despues de haberme sacrificado para criarte. Por consiguiente, para evitar que esto suceda, harás nueva vida: me acompañarás pocas veces, y el resto del dia lo pasarás aquí encerrada.

—¿Y si yo me resisto?

—Peor para tí.

—Supongamos,—le repliqué con alegría,—que me decido á vivir libremente. ¿Podria usted estorbármelo?

—Sí.

—Soy ahora más fuerte que usted...

—No sabes lo que te hablas,—me dijo sonriendo con infernal alegría.—Dios me libre de ponerte las manos encima. Vete cuando quieras, no te lo impediré; pero bueno es que sepas lo que te aguarda.

Como yo conocia el alma de la vieja, la miré con miedo.

Ella prosiguió:

—Antes de veinticuatro horas te habrá preguntado la policía si tienes padres ó personas que hagan sus veces: responderás que ni lo uno ni lo otro para librarte de que te vuelvan á mi poder: entonces te pedirán tus *documentos* y querrán saber de qué vives; y como no tienes oficio ni papeles que enseñar y eres menor de edad, te llevarán bonitamente á un asilo de beneficencia. Allí te protegerán, nada te faltará, porque la beneficencia es como si dijéramos una madre que tiene muchos hijos. Te vestirán con un saco de lana burda, que estarás hecha una maravilla: te darán de comer el rancho de arroz y judías, y te harán trabajar desde por la mañana hasta la noche para que aprendas á coser, barrer y fregar, y cuando estés convertida en mansa oveja, esperarán que un rico se digne llevarte á su casa para que le sirvas.

Esta pintura, que entonces me pareció horrible, me hizo inclinar la cabeza con desaliento. Comprendí que la vieja no mentia, y me convencí de que no me quedaba recurso para librarme de ella.

—Parece,—añadió despues de algunos instantes,—que ya no hablas tan fuerte.

—¿Es decir,—repliqué,—que tengo que renunciar á ver á Paco?

—No.

—¿Entonces?...

—Lo verás; pero siempre á mi presencia, y no tengas esperanzas de que él te ayude contra mí, porque no se atreverá.

—Por mí seria capaz...

—De nada. Paco no ignora que tengo quien me guarde las espaldas.

Algun tiempo despues me convencí de que esto era tambien verdad. Paco no se hubiera atrevido á chocar con la señora Blasa.

Esta me hizo algunas observaciones más, y acabé por someterme á sus mandatos.

No me era posible hacer otra cosa.

Cuando me acosté, me envolví en la ropa de mi cama y lloré.

Pero mis lágrimas no eran de dolor, sino de ira.

Habia tenido que reconocer mi impotencia, y esto me desesperaba.

¿Duraria mucho mi nueva vida?

Esto no lo sabia ni la señora Blasa, porque dependia de lo que pudiera suceder con respecto al destino que se me reservaba: lo único que la vieja me aseguraba era que al salir de mi encierro se verian realizadas sus promesas, es decir, que mi primer cambio de vida seria pasar de la miseria á la opulencia.

El sueño dorado del lujo volvió á ocupar mi imaginacion, y esto era lo único que me consolaba en mi triste y monótona vida.

La señora Blasa no se separaba de mí, y cuando salia á lo que llamaba sus negocios, me dejaba encerrada.

Algunos dias me permitia acompañarla: paseábamos y soliamos comer ó cenar fuera de casa. Solo entonces tenia ocasion de hablar con Paco, y nuestro único desahogo era bajar la voz para que nadie oyese nuestras palabras; pero no se apartaba un instante de nosotros la mirada de la vieja.

Esta falta de libertad dió sus naturales resultados, y mi amor fué en aumento hasta llegar á ser una verdadera pasion.

Yo hubiera sido capaz de todo por Paco, y si á él le hubiese sucedido lo mismo, no habria durado mucho tiempo mi esclavitud.

Pero no sucedia así, y semejante falta de resolucion para arrostrarlo por mí todo, debió probarme que el amor de Paco no era como el mio.

No sospeché tal cosa.

Yo estaba ciega y tampoco dí ninguna importancia á otras circunstancias que debieron llamar mi atencion. Paco era celoso, y sin embargo, no se inquietaba por los planes de la vieja.

¿Qué significaba esto?

Despues lo he comprendido: Paco, como si hubiera sido un alma sublime hasta el último grado del más exagerado espiritualismo, parecia no tomar en consideracion lo que solo al cuerpo tocaba, y se daba por satisfecho con que nadie sino él fuera dueño de mi corazon.

Se comprenderá que esto no era espiritualismo en un hombre de sus instintos y su educacion; era efecto de una degradacion moral repugnante.

Pero yo no podia entonces apreciarlo así, no solamente porque, como he dicho, me cegaba la pasion, sino porque no era mi degradacion menor que la suya.

No se olvide que yo era entonces, y aun conservo de ello mucho, una mujer depravada hasta el último extremo, grosera, soez, y que si conservaba la pureza de mi cuerpo, no era por virtud; pero la pureza del alma, la pureza de sentimiento y de ideas, la habia perdido.

Resultaba de esto que lo único que Paco codiciaba, mi corazon, estaba cubierto de cieno, mientras que miraba casi con indiferencia mi cuerpo, limpio de toda mancha.

Puede formarse idea de lo que era Paco, de lo que era yo.

¿Hay quién comprenda esto sin haberlo tocado?

Creo que no.

Un año pasé, viviendo como he dicho.

Se acercaba el término de la miseria tan odiada por mí.

Empero antes que se realizaran las promesas de la señora Blasa, otro acontecimiento vino á dar á mi pasion un nuevo carácter, si así puede decirse, que debia hacerla más duradera, tanto como mi vida.

La fatalidad, perdóneseme la palabra, habia puesto en mi camino á Paco, y con él y para él debia vivir, y por él quizás debo morir. Hé aquí el suceso que fué para mí el más importante de mi vida, aunque no lo parezca tanto.

X.

Una de las amigas de la señora Blasa quiso celebrar no sé qué acontecimiento, y nos convidó á cenar en su compañía y la de otras cuantas personas, hombres y mujeres, á quienes tambien habia invitado.

La noche prometia ser deliciosa: comeriamos y beberiamos cuanto quisiésemos, y habria música, baile y grande alboroto hasta que no nos quedasen fuerzas para divertirnos más, pues la que obsequiaba estaba dispuesta á no economizar gasto alguno.

A las nueve de la noche nos encontramos reunidos en la taberna donde el banquete debia tener lugar, y poco despues, en una habitacion que al efecto se nos habia reservado, comenzó la cena.

Eramos diez ó doce personas de ambos sexos.

Paco estaba con nosotros.

Se habia sentado á mi lado, me hablaba, me daba de beber, brindaba por mí...

¡Yo era dichosa en aquellos momentos!

A medida que la cena adelantaba, aumentaba la alegría de todos.

Hombres y mujeres habian bebido demasiado.

Todos hablaban, todos gritaban y reian á la vez.

Paco y yo, que tampoco habiamos escaseado el vino, hablábamos, aprovechando el ruido para que nuestra conversacion no fuese oida, y nos jurábamos amor.

La señora Blasa no nos perdia de vista un instante.

Pero ¿qué importaba si podiamos hablar sin ser escuchados, si alguna vez aprovechábamos la confusion para que nuestras manos se enlazasen bajo la mesa?

Aquellas fueron mis primeras sensaciones de amor.

¡Ah! no las olvidaré.

No puedo explicar lo que sentí.

El fuego de mi pasion me habia trastornado como nunca.

Paco no cesaba de repetirme que estaba loco de amor por mí.

En aquellos momentos no mentia.

Sus chispeantes ojos revelaban el estado de exaltacion en que se encontraba, y aunque yo no me lo explicase, lo comprendia instintivamente.

Acabó la cena y muchas voces dijeron:

—Las guitarras, las guitarras.

—Sí, sí, venga música.

Y pocos segundos despues, guitarras y bandurrias resonaron.

Y su ruido y el de las castañuelas y voces de los que cantaban, sustituyó al ruido de los vasos.

Las canciones se interrumpian para beber, el vino se dejaba para bailar y el baile se abandonaba para caer rendidos de fatiga.

Y como se sustituian unos á otros, siempre habia quien bailase y bebiese, quien cantase y tocase, quien estuviese tendido en las sillas ó en el suelo para descansar.

La confusion llegó á ser espantosa.

La libertad perdió sus límites.

Los excesos llegaron á ser la parte más divertida de la fiesta.

Algunos habian caido ya enteramente embriagados.

Muchos apenas podian sostenerse.

Eran muy pocos los que estaban en su completo juicio.

Apenas podia respirarse aquella atmósfera cargada de vapores y del humo del tabaco, que fumaban lo mismo mujeres que hombres.

Los que tocaban, lo mismo que los que cantaban, no hacian ya más que un ruido confuso, verdaderamente infernal.

La sed me abrasaba; pero bebia vino para satisfacerla.

No hubiera yo tardado en caer como otras mujeres, si la fiesta no se hubiera interrumpido.

En uno de los momentos en que yo escuchaba absorta las amorosas palabras de Paco, advertí un movimiento de oscilacion en los que estaban de pié, cesó repentinamente la música, sonó un golpe y un grito general y luego se oyeron imprecaciones y amenazas horribles.

Volví la cabeza y ví que sobre la de uno de los concurrentes, otro habia hecho pedazos su guitarra, y que ambos, navaja en mano, se disponian á lanzarse el uno sobre el otro.

Oyéronse por todas partes imprecaciones, amenazas y gritos de terror.

Unos intentaron separar á los combatientes y otros quisieron huir; pero como la habitacion era pequeña, estrecha la puerta de salida y por todos lados se tropezaba con sillas ó cuerpos de los que dormian, no consiguieron entre todos más que aumentar la confusion y en breve me encontré envuelta y me sentí arrastrada en opuestos sentidos, sin que me valiera haberme asido á una mano de Paco, pues á él le sucedia lo mismo que á mí.

El término de aquella escena todos lo comprendiamos y todos lo temiamos; así que, todos deseábamos ganar la calle antes que acudieran los agentes de la autoridad.

Por fin, algunos salieron á la inmediata habitacion, donde el tabernero, armado de un garrote, se disponia á restablecer la paz, y yo, tras la señora Blasa y junto á Paco, llegué á la puertecilla.

Pero resonó un segundo grito de espanto y ví que uno de los combatientes caia muerto ó herido de una puñalada á los piés del tabernero.

En aquel momento la puerta de la taberna se abrió y aparecieron dos guardias civiles.

—¡Sálvese el que pueda!—gritaron algunos.

Y como por encanto, se apagaron todas las luces.

Es imposible pintar la confusion que entonces reinó.

Yo no tenia parte en el crímen, y sin embargo, me aterraba la idea de caer en manos de la autoridad y verme encerrada en un asilo de beneficencia.

Aunque esto hubiera sido mi salvacion, yo lo consideraba mi perdicion.

No podré explicar lo que allí sucedió: solo sé decir que me sentí arrastrada por la mano de Paco, que no me habia soltado, y que lo seguí mientras entre las demás voces oí la de la señora Blasa que decia, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Rosa, Rosa, por aquí!

Ignoro por qué lado me condujo mi amante.

Conocí al cabo de algunos segundos que estábamos en otra habitacion.

Paco se acercó á una de las paredes y á tientas buscó una ventana, que abrió.

—Por aquí, no tengas miedo,—me dijo.

Y me ayudó á saltar.

Hizo él lo mismo y nos encontramos en un patio grande.

Sacó Paco una llave, se acercó á una puertecita y la abrió.

Yo no me encontraba en estado de pedir explicaciones.

Lo que yo queria era librarme de los agentes de la autoridad, y encontraba bien todo lo que fuese huir.

—Ven, me dijo Paco.

Lo seguí.

Entramos en una habitacion.

Volvió á cerrar la puerta, encendió un fósforo y con él una vela de sebo que habia sobre una mesa.

Miré á mi alrededor y me encontré que estábamos en una cocina.

—Por aquí.

Seguí otra vez á Paco.

Entramos en otro aposento, donde habia una cama y algunas sillas, todo miserable, aunque no tanto como lo que tenia la señora Blasa.

—Bien,—dijo Paco, soltando la luz;—nos hemos salvado.

—Pero ¿dónde estamos?—le pregunté.

—En mi casa,—me respondió,—ó lo que es lo mismo, en la casa del viejo que me ha criado.

Me dejé caer en una silla, porque estaba muy fatigada.

—Ya ves que estamos seguros,—añadió Paco.

—¿Y si viniera el viejo?—le repliqué.

—No vendrá, porque se encuentra á cuatro leguas de Madrid, en un pueblo donde tenemos preparado un buen negocio: yo debo ir mañana á reunirme con él, y probablemente pasado mañana volveremos, despues de haber visitado la iglesia á media noche.

—La señora Blasa me aguardará...

—La señora Blasa dormirá esta noche en la cárcel, ó por lo menos en la prevèncion.

—¿Qué ha hecho ella para eso?

—Es un testigo.

—De todas maneras volveré á mi casa: tengo la llave...

—Más segura estás aquí.

—Temo á la vieja...

—¿Nada valgo yo?—dijo Paco, sentándose junto á mí.

—¡Ah!—exclamé.—¿Eso me preguntas?

—No quieres exponerte por mí...

—Por tí soy capaz de arrostrarlo todo.

—Entonces...

—Pero...

—Vete si quierés y... hasta la eternidad.

Ante la mirada ardiente de Paco cerré los ojos, dejé caer la cabeza sobre el pecho y quedé inmóvil y silenciosa.

XI.

Hubo algunos momentos de silencio profundo, interrumpido solamente por el ruido de mi respiracion agitada y el de las violentas palpitaciones de mi corazon.

Al fin me dijo Paco con amargura:

—¿No te vas?

—¡Ah!—exclamé al mismo tiempo que de mis ojos se escapaba un torrente de lágrimas.—¡Ten compasion de mí!

—¿Pues qué te hago?

—Tus dudas me desgarran el alma.

—No llores, Rosa, porque las lágrimas y el amor hacen mala mezcla.

—¿Crees en mi cariño?

—Creo, si así has de ponerte alegre, que es como me gustas.

—Ya no lloro,—le dije.

Y enjugué mis lágrimas y sonreí.

Y lo miré con todo el afan de mi pasion ardiente.

Y él me miró con todo el fuego de sus amorosos impulsos.

—Hablemos tranquilamente,—me dijo Paco.—No tendremos muchas ocasiones como esta, y es preciso aprovecharla.

—Sí, sí...

—Quizás dentro de pocos dias, la señora Blasa haya conseguido sus deseos, y es preciso que nosotros estemos de acuerdo, porque si no, haz cuenta que no volveremos á vernos.

—Eso no: si las riquezas que la señora Blasa me promete, he de tenerlas á costa de perderte, no las quiero: tú antes que todo, Paco.

—Veremos si sientes lo mismo que dices.

—¿Lo dudas?

—No; pero...

—Dime que no vuelva á ver á la señora Blasa, que te siga al fin del mundo, y verás si siento aun más de lo que digo.

—No quiero tanto.

—Estoy dispuesta...

—Bien; pero ¿qué hariamos por esos mundos de Dios sin tener una peseta?

—Seré feliz contigo...

—Rosa, no se come con amor.

—Pero amando se muere feliz.

—Yo no quiero que te mueras de hambre; deseo para tí riquezas; pero tambien quiero tu corazon.

—Será tuyo siempre.

—¿Comprendes bien el destino que te prepara la vieja?

—Lo bastante para que no me sorprenda mi nueva situacion.

—¿Y qué piensas hacer?

—Aceptaré esa situacion, porque tú no me lo prohibes, y porque no puedo hacer otra cosa; pero seguiré amándote y tú serás rico si yo lo soy.

—Pues bien,—me dijo Paco, cuyo acento era cada vez más vehemente,—puesto que estás decidida á sacrificar lo que por ahí llaman la honra, ó lo que es lo mismo, á esclavizar tu cuerpo al capricho de un hombre cualquiera, probablemente de un viejo asqueroso y condenado, ¿por qué le niegas á mi amor lo que tanto desea?

Sentí que las mejillas se me abrasaban.

No acerté á responder.

Creo que hay en la mujer un sentimiento natural de pudor que no puede dominar sin un grande esfuerzo.

El primer paso que se da en ese camino de la deshonra, es siempre un inmenso sacrificio que se hace á una pasion cualquiera, un sacrificio tal vez el más doloroso que hace la mujer, aun cuando haya recibido una educacion como la mia, aun cuando en todos los demás caminos haya llegado al último grado de la depravacion.

Por mi parte puedo asegurar que cometí el primer robo sin hacer

ningun esfuerzo, no temblé ni creí haber hecho nada; pero el primer atentado contra el pudor me costó un esfuerzo dolorosísimo, á pesar de que ni podia explicarme, ni pensé en hacerlo, la causa de aquella repugnancia, que yo llamo instintiva, por más que no lo sea, así como tampoco me explicaba despues la honda pena que me causaba haber perdido para siempre la honra, cuyo valor desconocia.

No, ningun valor tenia para mí la honra, y sin embargo, su pérdida me apesadumbraba como la de una cosa que se estima.

El razonamiento de Paco no tenia réplica, sobre todo para mí que lo amaba. Nada me pedia que yo no estuviese ya resuelta á hacer: únicamente exigia que anticipase el cumplimiento de mi resolucion.

Paco me cogió las manos, que me temblaban como si me hubiese acometido una convulsion.

—Rosa,—me dijo,—no quiero amor á medias. La mujer que no es capaz de todo, es porque no ama con todo su corazon, aunque ame mucho.

—¡Paco!—exclamé mirándole afanosamente.

Me soltó las manos y replicó:

—¿Dudas?

No pude resistir más.

Me seria imposible explicar lo que sentí.

Presa de un vértigo, me levanté como impulsada por una fuerza irresistible y caí en los brazos de Paco, exclamando:

—¡Todo, todo por tí!... ¡Mi amor es inmenso!

Me olvidé de todo en aquel momento.

Paco, no más que Paco existia para mí: en él se encerraba toda la creacion.

Aquella noche pasó para mí como un relámpago.

La vela de sebo se consumió y se extinguió su luz despues de un fugaz y vivísimo destello.

Entonces me sorprendió ver la claridad de la aurora que penetraba por las rendijas de una ventana.

Yo hubiera jurado que aun no hacia media hora que habiamos salido de la taberna.

Estaba como aturdida, y no me ocurrió pensar siquiera en la señora Blasa y en la necesidad de marcharme antes que avanzara el dia.

Mi enervacion era completa.

Más que sueño, un profundo sopor cerró mis párpados contra mi voluntad.

No sé si dormí mucho ó poco rato: únicamente puedo asegurar que me despertó el ruido de unos golpes y la voz de Paco, que decia:

—¿A quién diablos le ocurre la idea de visitarnos á estas horas?

Yo levanté la cabeza y escuché; pero en mi aturdimiento, ni pensé en arreglar mis vestidos ni acerté quién pudiera llamar con la fuerza y prisa que lo hacian.

Paco, despues de abrir la ventana, salió del aposento.

A los pocos intantes oí la voz de la señora Blasa.

Un sudor frio corrió por mi frente, me faltó el aliento y no pude moverme.

Yo hubiera debido tal vez ocultarme; pero esto lo habria intentado en vano, porque la vieja, á despecho de Paco, entró en la habitacion con los ojos chispeantes de ira.

—¡Ya lo sabia yo, mala víbora!—gritó con voz destemplada y dirigiéndose á mí con ademan amenazador.

Paco se le puso delante para estorbar que me acometiese; pero no aguardé yo la defensa.

La amenaza hizo desaparecer mi temor como por encanto.

Recobré instantáneamente mis fuerzas, y en vez de huir, me puse de un brinco en el suelo, decidida á probar á la señora Blasa que mis puños eran más fuertes que los suyos.

Ella comprendió que yo no me dejaria maltratar, y se contuvo, limitando sus ataques á palabras las más groseras.

Excuso pintar la escena que siguió.

Los tres hablamos, ó más bien gritamos á la vez.

Cruzáronse todas las injurias imaginables.

Al fin puse yo término á la disputa, diciendo con el lenguaje propio de mi educacion:

—Ea, basta de gritos: he hecho lo que me ha dado la gana. ¿Quién manda en mí?

—Manda,—me replicó la vieja,—quien te ha criado. ¿Qué serias sin mí? ¿No me cuestas trabajo y dinero?

—Pues bien,—repuse,—lo que está hecho no puede deshacerse, y por consiguiente, más nos vale estar en paz.

No habia réplica para este razonamiento y callamos.

Pocos momentos despues me despedí de Paco, que como he dicho, debia salir de Madrid aquel dia, y seguí á la señora Blasa.

No me ocupé de preguntarle cómo habia escapado á la justicia en la taberna: la noche que acababa de pasar tenia para mí recuerdos más interesantes.

Tampoco ella me habló hasta que llegamos á casa.

—Buena carita tienes,—me dijo entonces.

—Mejor,—le repliqué con descaro;—al que no le guste, que la deje.

—Supongo,—repuso,—que ahora estarás dispuesta á obedecerme...

—Segun.

—Para remediar en la apariencia el mal, porque probablemente esta misma semana...

—¿Qué?—le pregunté vivamente.

—Que cambiarás de dueño, pichona,—me respondió con ironía.

—¿Es decir que ha llegado el dia tan esperado?...

—Sí, el dia de que tengas lacayo con una levita que le llegue á los talones, y alfombras, y butacas para que te tumbes á descansar de no hacer nada.

—¿Y coche?

—Tambien.

—¡Ah!—exclamé, estremeciéndome de la alegría.

—Pero tambien es posible,—replicó la vieja,—que todo eso se quede en nada por tus locuras. ¡Si él supiera lo que has hecho!

—Con tal que me quiera Paco...

—Comerás con su cariño. En fin, ya sucedió...

—Ahora estoy dispuesta á obedecer...

—Ahora duerme, que te hace falta: por unos dias tendrás que cuidarte bien.

Me dejé caer en la cama y me quedé profundamente dormida.

¡Qué sueño tan delicioso aquel!

Paco, su amor, las prometidas riquezas...

Fuí feliz mientras dormia, como despierta lo habia sido la noche anterior.

XII.

Al dia siguiente los periódicos de la tarde daban la noticia de que se habia intentado robar en la iglesia de uno de los pueblos cercanos á Madrid; pero antes de que se consumase el delito, los ladrones, que eran tres, habian sido sorprendidos y presos.

Dos de los criminales eran Paco y el viejo que lo habria ciado.

Cuando llegó á nosotros la nueva, mi desesperacion y mi dolor no tuvieron límites.

Mi primer impulso fué correr á ver y consolar á mi amante; pero no lo hice porque se me dijo que estaria incomunicado.

Esta desgracia volvió á dilatar el dia en que mi situacion debia cambiar.

Yo no cesaba de llorar, comia poco y apenas dormia.

En poco tiempo no podia el llanto marchitar mi belleza; pero mi mirada habia perdido su alegría y su seduccion.

Esto contrariaba los planes de la vieja, que en vano intentaba consolarme, lo cual consiguió al fin, apelando á un ingenioso medio.

—¿Quieres,—me dijo,—salvar á Paco?

—¡Oh! daria mi vida,—le contesté.

—Todo,—repuso,—se consigue en este mundo con dinero, y el dia que puedas disponer de mucho, verás libre á tu amante.

—¿Es eso verdad?

—Pregúntalo á quien quieras.

—¡Ah!... ¡Dinero!... ¿Y dónde lo encontraré?

—Así como todo se consigue con el dinero, el dinero se consigue con la hermosura.

—¿Es decir?...

—Que cuando no tengas los ojos colorados de llorar y estés alegre...

—Basta,—repliqué,—comprendo.

Y enjugué mis ojos y sonreí.

—No,—dije,—no volveré á llorar ni á estar triste.

—Es preciso tambien que te alimentes...

—Comeré.

—Y que duermas...

—Dormiré.

—Cuéntalo en salvo.

—Dentro de dos dias no podrá nadie conocer en mi cara mi dolor ni que he llorado.

Mi amor me daba fuerzas para todo, y efectivamente, á los dos dias nadie hubiera adivinado mi hondo pesar.

Fué mi primer ensayo sobre el fingimiento y pude convencerme de que era grandísima la fuerza de mi voluntad.

¿Qué habria, pues, que yo no hiciese, una vez resuelta á ello?

Yo era capaz de todo, menos de olvidar á Paco.

—Bien,—me dijo la señora Blasa,—tú harás fortuna, porque sabes fingir y engañar. Si yo no conociera tu pena, no creeria que sufres. Ya es tiempo de acabar el negocio y salir de apuros: por consiguiente, prepárate, porque tal vez pasado mañana nos separaremos para siempre.

Pero como si la fatalidad se hubiese propuesto perseguir á la maldita vieja, un nuevo acontecimiento, verdaderamente horrible, vino á entorpecer su plan.

Faltaba sangre en mi triste historia y al fin se manchó con un episodio sangriento.

¡Oh! al hablar de mi pasado tengo que hacer mencion de toda clase de crímenes.

No soy responsable del que voy á referir; pero es muy doloroso que, mios ó ajenos, en todos los sucesos de mi vida haya algun hecho repugnante y criminal.

Y sin embargo de que esos crímenes me hacen estremecer, á pesar de que ha llegado un dia en que he conocido y apreciado el bien y odiado el mal, no soy buena, soy tan criminal como los que me han educado, y más temible que ellos, porque tengo más inteligencia.

¿Cómo se explica esto?

Yo conozco la causa; pero lucho en vano para remediarla.

Sobre mi razon, sobre mi juicio, sobre los impulsos buenos de mi corazon, hay otra cosa más fuerte, otro sentimiento que lo domina todo y para el que nada vale mi voluntad.

Hablo de mi amor á Paco, de esta pasion ardiente, más arrebatadora, más intensa cuanto más tiempo pasa.

Soy lo que es Paco.

Mientras él exista, seré lo que él quiera hacer de mí.

No puedo resistir á su voluntad.

Su deseo más frívolo es para mí una órden, que obedezco aunque tenga que arriesgar la vida.

Paco tiene malos instintos, su educacion ha sido perversa en su niñez y aun peor en su edad viril, puesto que la ha completado en las cárceles y presidios.

No hay que preguntarme lo que soy, puesto que he dicho que lo mismo que él.

Nada absolutamente le he negado, y él no me ha dicho nunca que haga nada bueno.

Desde el asesinato y el robo hasta la última bajeza moral, todo lo ha exigido de mí y de todo tengo que acusarme.

Al mismo tiempo lo he sufrido todo de él: tratamientos brutales, desdenes y hasta burlas, que si han herido mi amor propio de mujer ha sido, no para enfriar mi pasion, sino para hacerme formar mayor empeño en que me ame.

Esto no lo sé explicar: puedo únicamente decir lo que me sucede, lo que siento; pero no penetrar este misterio de mi naturaleza, de mi corazon, incomprensible para mí misma.

Sea cual fuere la causa, ello sucede así y yo sufro mucho.

¡Ah! de todo esto pedirá Dios cuenta á mi madre.

¿Cómo responderá?

¿Puede haber causa que siquiera atenúe su falta horrible?

No.

Solamente podria excusarse si me hubiesen arrancado de sus brazos á la fuerza; pero esto no sucedió, lo supe más tarde, cuando es-

tuve muy cerca de encontrarla, no llegando á tener esta dicha, porque lo estorbó el crímen de que pienso hablar.

Entonces, á pesar de que ya habia caido sobre mi honra una mancha que jamás podia borrarse, era tal vez tiempo de salvarme.

Yo no hubiera sido pura; pero creo que hubiera llegado á ser buena si entonces encuentro á mi madre.

Ahora... ¡oh!... ahora seria probablemente tarde.

He llegado al fondo del abismo, y creo que no me queda más que morir ahogada entre su cieno y sus tinieblas.

Si Paco dejara de existir, seria yo buena.

Mi vida seria corta y horrible, de sufrimiento y llanto; pero tendria la esperanza de salvarme.

Excuso decir que á pesar de este convencimiento, preferiria morir en este instante á ver morir á Paco.

Esto lo comprenderá solamente quien esté dominado por una pasion como la mia.

No sé si una pasion como esta se considera como locura.

Yo creo que lo es.

Un sentimiento que está sobre todos, que nos impulsa á cuanto es contrario, no solo á lo que dicta la razon, sino á la propia conveniencia y que domina hasta la voluntad, puede calificarse de extravío del juicio.

Sí, yo estoy loca.

La ciencia es impotente para curarme, y yo no tengo fuerzas para pedir á Dios que me cure, porque mi única dicha es mi mismo mal, mi único goce es mi mismo sufrimiento.

¿Qué será de mí?

No abrigo ninguna esperanza consoladora.

Tengo presentimientos horribles.

¿Me engañan?

Creo que no.

XIII.

Con cuantos menos detalles me sea posible, referiré el sangriento crímen que me robó la esperanza, alimentada por algunas horas, de encontrar á mi madre.

La señora Blasa no me habia dicho sobre mi nacimiento más que lo que ya he contado.

Tampoco sabia más.

Solamente presumia que mi madre debia ser persona acomodada, á juzgar por la finísima ropa en que yo estaba envuelta cuando me abandonaron; pero esta presuncion tenia en contra otras señales, segun decia la vieja, que hacian sospechar que yo hubiese nacido en una cárcel ó de padres que hubiesen vivido en los presidios.

Cuáles eran estas señales, fué siempre un secreto que me ocultó la señora Blasa.

Yo tampoco formé empeño en averiguarlo.

Ya he dicho que nunca sentí el amor filial: cuando empecé á tener uso de razon amé á Paco, y en este cariño se concentró toda mi ternura.

Además, no debia á mi madre más que dolores.

Una mañana, antes de que yo me levantase, fué á nuestra casa una mujer, llamada Rosa, amiga de la señora Blasa, y de la que yo no sabia más sino que tenia un amante que estaba en presidio.

Desperté; pero estaba aturdida aun por el sueño, y como nada me interesaba aquella persona ni la conversacion que entabló con la vieja, no abrí los ojos ni me moví.

Me quedé, pues, en la misma postura en que me encontraba, de espaldas á ellas y con los brazos y parte del cuerpo descubiertos.

Al cabo de algunos minutos, aquella mujer cambió repentinamen-

te la conversacion, y entre ella y la señora Blasa se cruzaron las palabras siguientes:

—¡Ah!—dijo como sorprendida la llamada Rosa.—¿Qué es esto?

—¿El qué?—replicó la vieja.

—Esa señal que tiene tu Rosita... ¡Dios bendito!... ¡Es ella!... Sí...

—¿Y qué te importa eso?—dijo la señora Blasa, acercándose á mí y tapándome con la sábana la espalda.—Vaya, sepamos...

—Que reconozco esas señales...

—¡Que las reconoces!

—Como que estan hechas por mi mano...

—¡Por tu mano!

—Sí.

—¿Es decir que tú sabes?...

—Lo que tú ignoras, Blasa.

—¿Conoces á la madre de Rosa?

—Más que á tí... Voy á ver otra vez esa señal.

—No, no: antes nos explicaremos.

No sé lo que sentí.

A pesar de que no amaba á mi madre, me estremecí y tuve que hacer un esfuerzo para contener un grito.

Puede comprenderse con cuánto afan escuché el resto de la conversacion.

—¿Qué quieres saber?—dijo Rosa.

—Ante todo dí si vive la madre...

—Sí.

—¿Y quién es?

—Eso es ya mucho pedir.

—¡Oh!... Te conozco, Rosa, y todo lo comprendo. La madre de esta chica no es pobre...

—¿Para qué ocultarlo? Es rica.

—¿Casada?

—Soltera.

—¿Y estás segura?...

—El médico y yo fuimos los únicos testigos del nacimiento de esta niña. Yo dispuse que se llamara Rosa, porque tuve el capricho

de que llevara mi nombre, y me ocurrió ponerle en la espalda esa contraseña, porque, mira, ¿ves? yo tengo otra igual, hecha por mi José.

—¿Y por qué la abandonó su madre?

—Por lo que muchas abandonan á sus hijos, por cubrir su falta.

—¿Y despues no ha pensado buscar á su hija?

—Quieres saber mucho.

—¿Y su padre?

—Te digo que quieres saber más de lo que me conviene decirte.

—Rosa, tú ves un buen negocio en este encuentro...

—Puede ser.

—¿Sabes para qué me he sacrificado en criar á Rosa?

—Para lo mismo que criastes á la Paulina: no es difícil adivinarlo.

—Mira, Rosa, cuanto más amigos más claridad.

—Así me gusta.

—Poco más ó menos puedes calcular lo que me ha de producir el haber criado á esta chica.

—Sí.

—Estoy en vísperas de coger el fruto de mi trabajo.

—¿Y qué?

—Que no soy tan tonta que deje perder en un dia lo que me ha costado quince años de afanes.

—Sigue explicándote.

—Es muy sencillo: se presentan dos negocios y es preciso escoger. Yo estoy por el que más produzca. Tú calcularás cuánto puede dar la madre á quien le presente su hija, y si esto, partido entre nosotras, es más de lo que espero por el otro lado, renuncio á mis planes.

—No nos entenderemos, Blasa.

—¿Por qué?

—La madre, á quien serví como doncella algunos años, quedó medio arruinada, y como además no tenia ningun cariño á su hija, creo que no podria ni querria dar más de media talega, es decir, que tú no debes contar que esto te produzca arriba de cinco mil reales.

—Es poco.

—Por eso te decia que no nos entenderiamos.

—Entonces renuncia á tu parte.

—Nos conocemos y sé lo que harás.

—Y yo estoy segura de que cuando tú tengas la seguridad de que la madre ha de pagártelo, harás lo posible por quitarme á la chica.

—Aunque yo te dijese otra cosa, no me creerias...

—Bien, Rosa, pues trabaja por tu parte y yo por la mia...

—Sí, veamos quién lleva el gato al agua...

—Ya sabes que tengo malas vueltas.

—Sí, ya sé que no te andas por las ramas y que eres capaz de cualquier cosa.

—Hemos concluido.

—Adios, Blasa, buena fortuna.

—Adios, Rosa, no pierdas tiempo si has de hacer algo.

Terminó la conversacion.

Lo que acababa de oir me produjo un efecto inexplicable.

¿Qué debia yo hacer?

Seguí aparentando que dormia para tener tiempo de meditar.

Al cabo de media hora me habia decidido por mi madre, que por lo que comprendí, si no era muy rica, tampoco era pobre, y siempre encontraria en ella la ventaja de no verme obligada á tener que fingir amor á un hombre que probablemente me seria antipático.

Me levanté, pues, y no me dí por entendida de haber sorprendido el secreto.

La señora Blasa no salió hasta despues que comimos.

Desde que Paco estaba preso, no me dejaba encerrada, así que aquella tarde me encontré en libertad completa.

La vieja no debia volver hasta las nueve de la noche.

Yo tenia mi plan.

Lo primero que hice fué coger un espejo, desnudarme la espalda y buscar la señal, que efectivamente encontré en un costado.

Satisfecha mi curiosidad, esperé hasta las cinco de la tarde, salí, dejé la llave á una vecina y me encaminé á la vivienda de Rosa, que no me era desconocida.

Cuando me vió pareció sorprenderse.

—¿Qué traes por aquí, tocaya?—me preguntó.—¿Te envia tu madrina?

—Vengo por mi propia cuenta. ¿No adivina usted el motivo?

—No.

—Cuando esta mañana habló usted con la señora Blasa yo no dormia.

—¡Ah!... Comprendo,—replicó, variando de tono.—Quiere usted encontrar á su madre...

—Sí.

—Veremos.

—¡Veremos!—repetí sorprendida.—¿Pues no vive y usted la conoce?

—Lo que usted desea tiene muchos inconvenientes. Hablaré á usted con franqueza, porque su madre de usted me pagó generosamente mis servicios, y aunque estos fueron de mucha importancia y merecian larga recompensa, no por eso dejo de considerarme obligada á proceder con franqueza con su hija.

—Ya escucho,—le dije con ansiedad.

—A la señora Blasa,—repuso,—no le conviene que vuelva usted á poder de su madre, porque esto le produciria bastante menos que su plan, y si yo le quito esta ganancia, tendré que irme en seguida de Madrid para salvar la vida. No se admire usted: conozco á la señora Blasa y á la gente con quien está en combinacion, y estoy segura de lo que digo. Ahora bien; si su madre de usted no quiere ó no puede darme una cantidad que me permita vivir fuera de la córte, tendré que renunciar á darle á conocer á su hija, porque otra cosa seria pronunciar mi sentencia de muerte. ¿Comprende usted, pues, la imposibilidad en que estoy de romper abiertamente con la señora Blasa sin contar con la única defensa que tengo, huyendo de ella?

Tenia razon, la vieja era capaz de todo.

Sin embargo, le hice algunas observaciones, que fueron inútiles, y tuve que resignarme á esperar que ella buscase á mi madre, la hablase y supiera á qué atenerse.

Se ocurrió otra dificultad: Rosa queria que yo me volviese á

mi casa, antes que la vieja me echara de menos, y que esperase allí.

A esto me resistí: Rosa podia llegar tarde, porque tal vez al dia siguiente cambiaria de vida.

—¿Y qué he de hacer con usted?—me preguntó.

—Me quedaré aquí.

—Así lo comprenderá la señora Blasa, y estoy perdida.

Rosa no se atrevia; pero despues de muchas súplicas y observaciones, accedió, conviniendo en que me quedase allí aquella noche hasta que al siguiente dia fuese á ocultarme en casa de una amiga de su entera confianza.

Si yo fuera capaz de otra cosa que de amar á Paco, es decir, si mi conciencia pudiera remorderme, lo cual me daria fuerzas para arrepentirme, yo sufriria mucho al acordarme de aquel dia, porque mi insistencia en permanecer allí fué la sentencia de muerte de Rosa.

Vivia esta en una boardilla, que tenia dos ó tres reducidos aposentos con ventanas sobre el tejado. En el mejor de ellos me puso una cama, y á las diez de la noche, despues de haber cenado, me acosté.

No pude al principio conciliar el sueño; mi espíritu estaba demasiado agitado, y mi cabeza parecia abrasada por la fiebre.

A las doce, rendida y aturdida, cerráronse mis ojos, y un sueño profundo, parecido al de la embriaguez, embargó mis sentidos.

Ignoro lo que desde entonces sucedió ni el tiempo que dormí, porque en aquella especie de letargo en que yo estaba sumida, no me apercibí de nada.

Al fin mi pesado sueño fué interrumpido por fuertes sacudidas, que estremecieron dolorosamente todos mis miembros.

Abrí los ojos y exhalé un grito de sorpresa y de terror...

La señora Blasa estaba allí, sonriendo de una manera feroz y clavando en mí su mirada de serpiente.

—Silencio,—me dijo:—levántate aprisita y vístete.

Sin comprender lo que sucedia y sobrecogida de espanto, no acerté á replicar.

Obedecí maquinalmente.

Cuando fuí á ponerme los zapatos, ví que los tenia en la mano la vieja.

—Luego te los pondrás,—me dijo.—Ahora, vamos.

La seguí y llegamos al aposento donde tenia su cama Rosa.

Allí ví á un hombre.

Su presencia me sorprendió, y si no me produjo efecto su aspecto repugnante, fué por la costumbre que tenia de ver muchos como él.

Se ocupaba en forzar la cerradura de un pequeño armario, cuya operacion hizo sin ruido en pocos momentos.

—Mira y calla,—me dijo la vieja, llevándome hasta la cama de Rosa.

La órden de callar habia sido inútil, porque me hubiera sido imposible articular una sílaba.

Me faltó el aliento.

No tuve fuerzas más que para dar un paso atrás.

Quedé inmóvil y con la mirada fija en el cuadro que tenia delante.

La infeliz Rosa, con la boca tapada con un pañuelo, estaba en su cama en medio de un charco de sangre, que brotaba todavia de su pecho y de su garganta.

—Ahora,—me dijo la vieja mientras me apretaba más y más el brazo que me tenia cogido,—ahora sabes ya á lo que se expone el que me declara la guerra.

El hombre sacó unos papeles del armario y los dió á la señora Blasa, diciéndole:

—Dos pájaros de un tiro.

Lo que aquellos papeles significaban no lo he sabido nunca; pero creo que contribuyeron á cometer el crímen. Debian encerrar algun secreto ó tener mucho valor para la vieja, porque los guardó cuidadosamente, mirándolos como si fueran un tesoro.

Mis fuerzas iban disminuyéndose por instantes, y no hubiera podido sostenerme un minuto más ante el ensangrentado cadáver de Rosa.

—Vamos,—dijo el hombre.

Todo aquello me parecia un sueño.

Yo obedecia maquinalmente, me movia sin voluntad, sin saber lo que hacia.

La señora Blasa salió por la ventana al tejado, me mandó salir, y cuando lo hice, nos siguió el hombre.

Cuando echamos á andar por la resbaladiza pendiente, no puse cuidado en asegurar mis piés, porque en aquellos momentos me era indiferente la vida.

El camino fué corto.

Llegamos á la ventana de otra boardilla, en cuyo interior penetramos.

La vieja encendió luz y me dió los zapatos.

No habia en aquel aposento un solo mueble.

Nuestro acompañante fué á la puerta y escuchó.

Ningun ruido se percibia.

Yo no habia podido darme aun cuenta de lo que me pasaba.

Pocos momentos despues salimos de la boardilla, bajamos la escalera de la casa, sin ver á nadie, y al fin nos encontramos en la calle.

El hombre se separó de nosotras.

Yo seguí á la señora Blasa, que no me habló más que para hacerme comprender lo que me importaba guardar silencio sobre lo que acababa de ver.

Cuando entramos en nuestra vivienda me dejé caer en mi cama, quedándome, no sé si dormida ó sin sentido.

XVI.

Pasé dos dias en la cama, y creo que la fiebre que me tuvo postrada habria tomado un carácter grave si mi voluntad no me hubiese ayudado á dominarla.

Paco necesitaba de mí, yo podia salvarlo y era menester ponerme buena.

Así sucedió, ó al menos, si yo no no estaba buena, lo creí.

Me faltaba reponerme, porque habia perdido muchas fuerzas y estaba pálida y ojerosa.

—Guapa estás,—me dijo la señora Blasa;—si continúas así no tardarás muchos dias en ir al Hospital.

No me preocupaba la idea de mi madre, sino en cuanto tenia relacion con el crímen de que Rosa habia sido víctima.

Ya he dicho que me era desconocido el amor filial, y si algo pudo haber en mi alma de este sentimiento, creo que se extinguió desde que tuvo tan desgraciadas consecuencias mi primera tentativa para llegar á la que me dió el ser.

Antes de una semana habia yo recobrado las fuerzas y la alegría, siquiera aparente.

Una mañana al levantarme encontré mi ropa cambiada por otra mucho mejor, y que si no era muy costosa, para mí era de gran lujo, comparada con la que siempre habia usado.

Todo era nuevo, desde la camisa hasta el más insignificante adorno.

Por primera vez me puse botas, y mi vanidad encontró entonces en los piés un nuevo halago.

Olvidé todos mis sufrimientos cuando me puse el vestido, que era de una tela de lana muy ligera y estaba perfectamente hecho. Su falda, guarnecida en la parte inferior con un adorno de la misma tela, llegaba al suelo y aun arrastraba algo por detrás.

Un gaban de seda negra, corto, que sin ceñir el talle dibujaba sus formas, hacia resaltar más la blancura de mi rostro.

Me peiné lo mejor que pude y á las once de la mañana me dijo la vieja:

—Ha llegado el dia.

Y me presentó un velo, que no me atrevia á ponerme, creyendo que se romperia al tocarlo, y me dió un pañuelo de batista y unos guantes, prenda que me embarazó como ninguna; pero que sufrí con gusto por vanidad.

—¿Qué significa todo esto?—pregunté.

—Te he dicho que ha llegado el dia de tu felicidad, á menos que hagas una tontería. Pronto vendrán á buscarnos, iremos á ver á la persona que te aguarda, y probablemente no volverás á esta casa ni me verás hasta que casualmente me encuentres en la calle y quizá me atropelles con tu coche.

Me estremecí, no sé por qué.

Por más que esperase todo aquello, me sorprendí.

Oyóse el ruido de un carruaje, que se detuvo á la puerta de nuestra casa.

Salimos y encontré una magnífica carretela.

El lacayo se quitó respetuosamente el sombrero y se apresuró á abrir la portezuela.

Entramos en el coche.

Aun no me habia dejado caer en los magníficos almohadones, procurando acomodarme de manera que no me hundiese, pues tal me parecia que me iba á suceder, cuando partió el carruaje, alejándonos de las vecinas que nos miraban despues de haberse mirado y sonreido maliciosamente.

Entonces la señora Blasa comenzó á darme explicaciones y consejos.

No repetiré sus palabras, que fueron una clara y minuciosa leccion de repugnante maldad.

A pesar de mi educacion soez y de cuanto habia visto, me ruboricé algunas veces.

Tal era el aturdimiento de mi sorpresa, que no pensé en mirar el ca-

mino que seguiamos, y cuando quise hacerlo, ví que estábamos en el campo.

El cuarraje adelantaba con rapidez y no se detuvo sino al cabo de dos horas.

Nos encontrábamos ante una verja de hierro, que se abrió en seguida, entrando el coche.

Atravesamos un extenso jardin y volvimos á detenernos á la puerta de una preciosa casa.

Allí terminó el viaje y lo que puedo llamar la primera época de mi vida, empezando la segunda ó sea la en que, segun he dicho, fuí casi feliz, á pesar de que quizás nunca habia llegado mi degradacion adonde llegó entonces.

CAPITULO XXVI.

Una mirada.

Dieron las doce en el reloj que habia sobre la chimenea.

Rosina guardó silencio.

Parecia estar muy fatigada, más por lo que en aquellas tres horas habia sufrido que por lo que habia hablado.

Estaba más pálida que antes; se habia contraido su frente y sus negros ojos tenian una expresion sombría.

Alejandro se encontraba en el mayor apuro, no sabia qué decir, puesto que para él, lo que acaba de oir no tenia ninguna importancia. Si no hubiese estado enamorado de Rosina, si el mirarla no hubiese sido para él un delicioso entretenimiento, se habria dormido.

Al fin, despues de mucho cavilar, dijo:

—Veo que tiene usted razon sobrada para quejarse de la fortuna.

Rosa se encogió de hombros y miró con expresion de lástima al amante de su madre: lo tenia en concepto de poco sensible y menos inteligente; pero no hasta el punto que acababa de demostrar con su necia observacion.

—Necesito descanso,—dijo la cortesana, despues de algunos momentos:—mañana seguiré, y para entonces espero que usted cumplirá su palabra, aclarando mis dudas...

—La cumpliré, mi bella Rosina. ¡Ah! si tan fácilmente pudieran mis esperanzas realizarse...

—¿Por qué no?

—Porque ha puesto usted á sus favores un precio de muy difícil satisfaccion. Si no me exigiera usted más que sacrificios, mi dicha seria cierta, puesto que todo, absolutamente todo estoy dispuesto á hacerlo por usted; pero quiere usted que le busque y encuentre á su madre, y esto podrá suceder ó no.

—Nunca he tenido deseos de encontrar á mi madre, ya lo he dicho; pero desde ayer es ese mi mayor afan. No me explico esto, que podria muy bien calificarse de capricho ó manía, que tal vez haya pasado antes de veinticuatro horas.

—Si así sucediese...

—No hablemos ahora de lo que usted desea: primero hemos de terminar mi historia y ha de hacer usted sus aclaraciones.

—Hágase la voluntad de usted...

—Adios...

—¡Oh!... Adios, hasta mañana,—dijo Alejandro, estrechando la mano que le tendia Rosa.

Y salió del gabinete.

Ella quedó inmóvil y fijó su sombría mirada en la chimenea, como si absorbiesen toda su atencion las vacilantes llamas.

Alejandro ¡quién lo hubiera creido! no quiso cenar.

Se encerró en su aposento y empezó á desnudarse mientras decia:

—Estoy perdido: no sé cómo salir de este apuro. Para ser dueño de los treinta mil duros prometidos por Luisa, tengo que renunciar á Rosa... ¡Oh!... No, no: esa mujer me ha trastornado la cabeza. Desde que la ví en el cuarto de baño... No renuncio á ella, no... Pero en este caso habré de renunciar á los treinta mil duros... y sin dinero no puede Rosina ser mia... Acabaré por volverme loco... Me duele la cabeza por primera vez en mi vida.

Tambien por primera vez en su vida, Alejandro no se durmió apenas se hubo acostado, sino que cambiando de postura cada dos minutos, pasó cerca de tres horas sin poder conciliar el sueño.

Al dia siguiente, á la hora de almorzar, le dijo Luisa:

—El tiempo pasa... ¿Qué has adelantado?

—Creo que mucho,—respondió Alejandro, que tenia la desgracia de cometer torpeza tras torpeza.

—Sepamos.

—Aun no puedo decirte nada cierto...

—Pero sí en qué fundas tus esperanzas.

—En cuanto á eso...

—¿Dices que has adelantado mucho?

—Sí.

—Pues bien, para mí no puede ser un secreto.

—Te ruego, Luisa, que me dejes en completa libertad hasta que llegue el momento oportuno.

—¿Qué mal puede haber en que yo sepa lo que adelantas?

—Ninguno; pero...

—Quiero saberlo,—dijo imperiosamente Luisa.

—¡Oh!...

—Repito que quiero saberlo...

—Las mujeres sois...

—Exigentes, impacientes... Está bien; pero mando, porque tengo derecho, así como tú tienes la obligacion de obedecer. Cumple tu compromiso, como yo estoy dispuesta á cumplir el mio.

Y Luisa fijó en sn amante una mirada penetrante y dura.

—Bien, bien,—repuso Alejandro sin saber cómo salir del apuro, —lo sabrás...

—Explícate.

—He dado con una mujer, que si no conoce á tu hija, creo que podrá encontrarla.

—¿Quién es?

—Una perdida...

—Pero ¿en qué fundas tu esperanza?

—Luisa, permíteme...

—Quiero,—replicó ásperamente Luisa.

—Pues bien, he prometido á esa mujer quince mil duros y me asegura que encontrará á la niña perdida, porque hace algunos años conoció á una que, en su concepto, debe ser la misma.

—¡Ah!...

—Ya ves...

—¿Y cuál era la suerte de esa niña?

—Su suerte,—repuso Alejandro, que no sabia qué decir,—su suerte...

—Sí, su situacion...

—Mala.

—¡Dios mio!

—Probablemente...

—Acaba.

—Se la habrá llevado el diablo...

—¡Oh!... ¡Mi hija!...

—Aun no lo sabemos, tranquilízate.

—Pero...

—Luisa, no me obligues á decir más, porque nada más sé. Déjame obrar, ó de lo contrario renuncio á los treinta mil duros y abandono el negocio.

Alejandro se atrevió á decir esto con una energía de que no hubiera sido capaz, á no haber sentido la pasion que le trastornaba y por cuya satisfaccion era capaz de todo.

A su pesar hubo de contentarse Luisa con estas vagas explicaciones, si bien decidida á no esperar mucho, porque su impaciencia y sus temores sobre la suerte de su hija se habian aumentado desde que vió un solo rayo de esperanza.

Aquel dia, á las cuatro de la tarde, dos carruajes se detuvieron á la puerta de la casa.

El uno era una humilde berlina de alquiler, y el otro una carretela.

Al mismo tiempo se abrieron las dos puertas de los cuartos del piso principal de la casa.

Por una salió Luisa, cubierto el rostro con el velo del sombrero de color oscuro y muy sencillo que llevaba.

Por la otra salió Rosina, ataviada con todo el lujo deslumbrador que tenia de costumbre.

Esta, al ver á su madre, se detuvo y la miró fijamente, con todo

el descaro y la insolencia de que era capaz y desplegando una casi imperceptible sonrisa.

Sin embargo, á pesar de su gesto y de su aparente calma, su corazon palpitó con violencia.

¡Tal vez era aquella su madre!

Luisa tambien se detuvo.

No pudo resistir la ardiente mirada de aquella desconocida.

Bajó los ojos, estremecióse y palideció.

La vacilacion de ambas duró solo un segundo.

A la vez echaron á andar.

Ninguna quiso ceder el paso á la otra, y como la anchura de la escalera lo permitía, bajaron rozando hombro con hombro, poniendo el pié en cada escalon la madre al mismo tiempo que la hija.

Esta entró en la carretela y aquella en la berlina, alejándose en opuestas direcciones.

—¿Quién es esa mujer?—se preguntó Luisa.—Me ha mirado de una manera extraña y... no acierto á explicarme el efecto que me ha producido... He temblado sin tener miedo... ¡Oh!... No lo sé, no lo sé: aun estoy conmovida, agitada... ¿Y por qué me detuve al verla?... Tampoco lo sé... Quisiera encontrarla otra vez. La he mirado un instante y parece que su retrato ha quedado impreso en mi alma: es muy hermosa; pero... No sé, no sé lo que pienso, ni lo que siento; estoy como aturdida, trastornada... ¿Tiene esa mujer el poder de fascinar?

Dos horas despues volvió Luisa á su casa.

No habia podido olvidar un instante á la desconocida jóven de los negros y relucientes ojos.

Habíasele ocurrido si perteneceria á la familia que habia alquilado el cuarto contiguo al suyo.

Esto era fácil averiguarlo.

—¿Quién,—preguntó Luisa al portero,—ha venido á vivir al principal que habia desalquilado?

—Una señora sola,—respondió el interrogado.

—¿Jóven?

—Y muy bonita. ¿No la conoce usted, señora?

—No.

—Esta tarde ha salido al mismo tiempo que usted...

—¡Ah!...

—Tiene una doncella que la sirve,—repuso el portero, dispuesto á hablar como todos los de su oficio:—le traen la comida de la fonda, gasta mucho, recibe alguna visita de caballeros que parecen ser de alta clase...

—Pero su nombre...

—No lo sé más que á medias, es un nombre extranjero, segun me ha dicho su doncella, de modo que no la conozco más que por la señorita Rosina.

—¡Rosina!... ¡Rosa!—murmuró Luisa, cuyo rostro palideció.

—Sí, señora; supongo que es lo mismo...

—¿No sabe usted más?

—Nada: ya ve usted, hace dos dias que ocupa el cuarto y...

Luisa se alejó mucho más pensativa que antes.

CAPITULO XXVII.

Donde Rosina prosigue su historia.

A las nueve de la noche entró Alejandro en el gabinete de Rosina.

Esta se encontraba aun más triste y pensativa que la noche anterior.

No habia podido olvidar á su madre, ni tampoco acertaba á explicar lo que sentia.

—Esta tarde,—dijo á Alejandro, con un acento que lo mismo podia ser de desden que de enojo mal reprimido,—esta tarde he conocido á esa mujer que busca á su hija.

Como Rosa era capaz de todo, Alejandro tuvo miedo.

—¿Dónde la ha visto usted?—preguntó.

—En la escalera al salir de paseo.

—Supongo que... se habrán ustedes saludado... y...

—¡Yo!—exclamó Rosina.—¡Rebajarme á saludar á esa mujer!... ¡Oh!... Yo, hija abandonada, mujer corrompida, porque el desamparo, la ignorancia y la miseria me arrastraron al camino del mal, yo valgo más que esa madre despiadada, que esa mujer perdida por sus pasiones.

—Sentiria,—dijo Alejandro, que no estaba nada tranquilo,—que en un momento de arrebato, de... de...

—No sucederá: esa mujer me inspira más compasion y más orgullo que odio. Esta tarde la miré de manera que no le quedase duda de lo que yo sentia... Bajó los ojos y tembló, sí, tembló, lo ví... ¡Ah!... Es porque su conciencia está más negra que la mia, mucho más negra...

—Ya lo ve usted, Rosina; sin querer ha podido usted provocar un conflicto, porque la mirada que ha hecho temblar á Luisa, ha podido muy bien enojarla hasta el punto de hacerle hablar.

—No, Alejandro, no hablará, no me pedirá explicaciones, porque tendrá miedo: ha comprendido perfectamente que he querido decirle: «Mírame, lee mi horrible historia en la cínica expresion de mi rostro: si yo no soy tu hija, lo será otra desdichada como yo... Dobla la frente, madre criminal, mujer miserable»... Eso le he dicho con los ojos, y de seguro no ha de querer que se lo repita con los labios.

—Es verdad; pero como eso no puede decírsele, porque no puede probársele...

—¿Y su conciencia?

—¡Oh!...

—A la conciencia no se le engaña...

—Así dicen los filósofos.

—¿Usted lo niega?

—Rosina, si entramos en ese terreno, me declaro nulo. Dicen que hay conciencia; pero nadie explica qué cosa es.

—Si no se explica, se siente.

Alejandro se encogió de hombros.

—Sin duda,—dijo,—como no he cometido ningun crímen no ha llegado el momento de sentir esa extraña cosa, de oir los gritos que, segun dicen, da la conciencia dentro del cuerpo... Luisa tambien habla de conciencia, y por cierto que la suya debe ser bastante perezosa, porque dice que durmió no sé cuántos años... En fin, mi bella Rosina, todo esto no nos importa: dejemos á Luisa con sus maldades y ocupémonos de usted con sus hechizos, con...

—Mi historia, es verdad: falta lo que tal vez usted considere menos interesante; pero que es para mí lo de más importancia. No le molestaré á usted mucho: creo que concluiré esta noche. Por lo de-

más, tranquilícese usted; aunque la casualidad nos reuna muchas veces, entre esa mujer y yo no se cruzará una palabra, á menos que sea mi madre...

—Siempre lo mismo. ¿En qué se funda usted para creer que es la hija de Luisa? Muchas mujeres hay que no conocen á su madre y podrian sospechar lo mismo.

—Veremos, Alejandro: el tiempo lo dirá: casi deseo equivocarme...

—Pues lo conseguirá usted, porque no encuentro hasta ahora ningun indicio, ninguna probabilidad...

—Vuelvo á mi historia.

—Y yo escucho con toda la atencion que se merece cuanto tiene relacion con usted.

Alejandro encendió un cigarro y se acomodó en el sillon, dispuesto á consumar el sacrificio que hacia escuchando una historia que para él no tenia ningun interés.

Rosina inclinó la cabeza sobre el pecho y meditó algunos instantes.

Luego las negras pupilas de sus magníficos ojos brillaron más que nunca, y fijando su ardiente mirada en el amante de Luisa, reanudó la narracion de su historia de esta manera:

XVII.

Ya dije que despues de atravesar un jardin nos detuvimos á la puerta de una preciosa casa.

Al salir del carruaje nos encontramos frente á un hombre muy bien vestido y que yo creí que seria el dueño de la casa, cuando solo era, segun despues supe, un dependiente, un administrador ó mayordomo que pasaba largas temporadas allí.

Debo dar algunos detalles acerca de este nuevo personaje, porque representa en mi historia un papel de alguna importancia.

Era un hombre de treinta y cinco años, enjuto de carnes, moreno, bilioso, de rostro aguileño y facciones regulares.

Sus ojos eran negros, brillantes, expresivos, inquietos.

Tenia toda la barba crecida y era muy espesa, negra y reluciente.

El cabello, bastante corto, era lo mismo.

Todos le llamaban don Andrés; ignoro su apellido, que nunca pensé averiguar.

Aunque, segun he dicho, eran sus facciones regulares y nada de extraño ni feo presentaba su persona, al verlo por primera vez se sentia como un disgusto inexplicable.

Esto consistia en su mirada, demasiado penetrante y dura; pero una vez acostumbrado á resistirla, no se experimentaba sentimiento alguno de repulsion ni desagrado.

Su carácter era violento, duro como su mirada; pero sabia dominarse.

A pesar de su natural viveza, solia tardar mucho tiempo en adoptar sus resoluciones; pero una vez decidido no habia nada que le hiciese retroceder.

Al acercarse á nosotras fijó en mí una mirada tan escudriñadora, tan insistente, que no pude resistirla y bajé los ojos turbada y confusa.

Cuando despues de algunos dias comprendí cuál era la situacion que aquel hombre ocupaba allí y cuál era la mia, comprendí tambien todo el atrevimiento, todo el valor que debia tener para haberme mirado por vez primera como lo hizo.

Despues de un saludo cortés, á que yo no supe contestar, nos dijo:

—Tengan ustedes la bondad de venir.

—¿Y el señor?—preguntó la vieja.

—Su excelencia,—contestó don Andrés,—espera hace diez minutos.

Le seguimos.

Atravesamos algunas habitaciones amuebladas con una riqueza que jamás hubiera podido imaginarme.

Tanto lujo, tanta magnificencia, me deslumbró; me sentí como aturdida, mareada.

Los espejos, los cuadros, los relojes, las arañas, las blandas alfombras con sus vivos colores, el terciopelo y el damasco de las sillerías y colgaduras y el blanco mármol de las mesas y chimeneas, presentaba para mí un conjunto deslumbrador; no hubiera podido en aquellos momentos clasificar lo que veia; parecíame que estaba entre montones de oro, seda y cristal, cuyos reflejos no podian resistirlos mis ojos.

Y sin embargo, todo aquello no se habria tenido más que por una modesta medianía comparado con lo que encerraba el gabinete donde nos detuvimos.

—Sírvanse ustedes esperar,—nos dijo don Andrés.

Estas formas de lenguaje me llamaron la atencion: nunca me habia visto tratada tan cortesmente.

Semejantes distinciones me halagaban, me envanecian; pero me turbaban, porque no sabia corresponder á ellas.

Las lecciones de la señora Blasa, como puede suponerse, no tenian relacion con las reglas de urbanidad.

Cuando nos quedamos solas, me apresuré á dirigir una mirada en torno mio con alguna más libertad que antes, creciendo mi asombro, porque pude examinar algunos de los riquísimos objetos que adornaban la estancia.

E. Zarza, dib.° y lit.°

Lit. J. Donon Madrid

En sus labios retozaba una sonrisa que produjo en mi el efecto mismo que el gesto de un mono.

Pocos momentos despues se levantó una cortina de terciopelo azul, que era el color dominante en los adornos del gabinete, y apareció un hombre...

No se puede imaginar nada tan miserable, físicamente considerado.

No se puede imaginar nada más feo ni más ridículo.

Era viejo: tendria más de sesenta años; pero debia haber pasado una juventud borrascosa, haber hecho un abuso horrible de todos los placeres, y aquella máquina estaba gastada, destrozada: era una de esas naturalezas aniquiladas en fuerza de los goces, uno de esos hombres que á semejante edad no tienen más que una vida puramente artificial, sostenida por la ciencia.

A pesar de que todo aquello se me habia dicho, me produjo una impresion inexplicable.

No sé si sentí repugnancia, horror ó indignacion: tal vez todo esto.

No habia vida más que en sus ojos.

Eran de un azul muy claro; pero brillantes y expresivos.

Sin embargo, debia tener la vista débil, porque para mirarme recurrió á unos lentes con engaste de oro.

En sus labios retozaba una sonrisa que produjo en mí el efecto mismo que el gesto de un mono.

Yo incliné la cabeza más turbada y confusa que nunca.

Creo que me saludó; pero no entendí ni una sola de sus palabras.

—Vuecencia le disimulará,—le dijo la señora Blasa:—como se ha criado casi como una monja...

—Siéntese usted,—me dijo el viejo sin dignarse responder á la señora Blasa, y alargándome su descarnada diestra.—¿Por qué está usted de pié? Siéntese usted... ahí no... aquí, señorita, aquí.

Me condujo á un divan, donde me dejé caer maquinalmente, porque mi aturdimiento crecia.

¡Un gran señor me habia llamado señorita!...

Volvió á colocar los lentes en sus ojuelos y siguió examinándome con la mayor escrupulosidad.

Despues de algunos instantes, añadió con acento más dulce y cariñoso:

—Hija mia, vivo solo, y como es consiguiente, me aburro con mi

soledad y mi vejez y necesito para no morir de tédio los cuidados y la ternura de una jóven tan bella y tan bondadosa como usted. Si se digna usted aceptar el penoso cargo de hacerme agradable la vida, será usted la dueña absoluta de esta casa, donde podrá usted disponer como reina y señora.

Al concluir estas palabras tiró del cordon de una campanilla.

Don Andrés se presentó.

—Adios, señorita,—me dijo el viejo, dándome una mano:—tengo necesidad de volver á Madrid y no podré acompañarla á usted á comer; pero vendré á buena hora para tomar el café con usted.

Y salió mientras decia á don Andrés:

—Ya tiene usted mis instrucciones.

El mayordomo indicó á la señora Blasa que habia llegado el momento de separarse de mí.

La vieja, fingiendo un pesar que estaba muy lejos de sentir, me abrazó, derramó algunas lágrimas y me dirigió algunas frases que no entendí.

Nada le contesté.

Quedé inmóvil y muda como una estátua.

Solo despues de algunos segundos sentí humedecerse mis ojos y rodar dos lágrimas por mis mejillas.

¿Por qué lloraba?

Aun no he acertado á explicármelo con seguridad.

¿Pudo afligirme la separacion de una mujer á quien yo aborrecia y que me habia perdido para siempre, haciendo de mí un objeto de especulacion?

Lo ignoro.

Mis ilusiones se habian convertido en realidades.

Iba á vivir con el lujo que tanto habia deseado, á vivir como una gran señora; pero entre personas desconocidas.

No sé si á propósito ó por casualidad, don Andrés tardó largo rato en volver al gabinete, lo cual me favoreció mucho, porque tuve tiempo para serenarme, pensar en mi situacion y acabar por burlarme de mi pueril aturdimiento.

Mi amor propio, como en otras ocasiones, me ayudó.

—No, no,—dije,—no quiero que empiecen por calificarme de tonta como en mi niñez, porque acabarán por despreciarme hasta los criados... No haré semejante tristísimo papel: les haré ver lo que valgo y seré la señora, puesto que para serlo se me autoriza.

Desde aquel instante me sentí trasformada.

Me miré á un espejo y dí á mi rostro la expresion que creí más conveniente.

Ya he dicho que siempre tuve una gran facilidad para fingir.

Creo que nací para cómica...

Verdad es que todos lo somos en la sociedad, y escenario por escenario, no es el del mundo el que menos campo presenta para que los actores muestren su talento.

Solo con un cambio de gesto y de postura parecia yo otra mujer.

Repentinamente me ocurrió una idea feliz y la puse en práctica sin tardanza.

XVIII.

Quise dar la primera prueba de que sabia ser la reina y señora en aquel lugar, y que lo que parecia turbacion ó aturdimiento habia sido reserva.

Sin embargo, comprendí que no debia mostrarme despótica ni orgullosa, porque segun habia visto en el dueño de la casa, las personas de elevada clase eran corteses y amables en su trato con los inferiores.

En aquella casa debia haber criados.

¿Cómo no habian acudido á ponerse á mis órdenes?

Cogí el cordon de la campanilla y llamé.

Don Andrés se presentó.

—¿He de pasar aquí todo el dia?—le pregunté sin atreverme á mirarlo.

—Perdone usted,—me respondió.—Estaba despachando y despidiendo á esa mujer, y por eso no he avisado á la doncella. Ahora iba á llamarla y á ordenar á los demás criados que quedasen á las órdenes de usted.

—Bien, que venga,—dije.

Quedé satisfecha de mí misma, porque creí haber hecho mi papel con toda perfeccion; pero temí no sostenerme á la misma altura.

Pocos momentos despues se presentó una jóven, que tendria veinticuatro años, vestida con mucha limpieza y aun cierta coquetería.

Era bastante bonita, muy simpática, de rostro expresivo y alegre.

—La señorita me perdonará,—me dijo con viveza,—no me habian avisado...

—¿Su nombre de usted?

—Clara, María, Concepcion, Eugenia... Puede la señorita darme de estos nombres el que mejor le parezca...

—Está bien, Clara.

Y tomó mi velo y mi abanico y empezó á quitarme los guantes mientras añadia:

—Supongo que lo primero que la señorita querrá será tomar el baño.

No me habia pasado por la imaginacion bañarme en la primavera; pero cuando ella lo decia, prueba de que las personas de elevada clase se bañaban en todas las estaciones.

Acepté pues.

—¿Cuándo,—me preguntó,—quiere la señorita ver sus habitaciones? Yo he colocado los muebles y ropa á mi antojo; pero en seguida la variaré si no está bien. En cuanto á la ropa, es poquísima la exterior que hay, no más que dos vestidos; pero la modista no tardará y ya ha prometido que en dos ó tres dias hará lo más indispensable y en otros ocho el resto de lo que disponga la señorita.

—Veamos ahora mis habitaciones.

—¿Á qué hora debe servirse la comida?

—Á las seis.

—Entonces tomará la señorita algo despues del baño.

—Sí.

—¿Qué ha de disponerse?

No supe qué responder.

Clara creyó que mi vacilacion era por falta de apetito.

—Siquiera,—repuso,—una taza de té...

—Bien,—le dije.

—¿Con qué?—me preguntó.

Nuevo apuro: yo ignoraba que se comiese nada con el té, que en mi concepto era solo un medicamento.

—La galleta es riquísima,—dijo Clara, cuya locuacidad me salvó:—hace dos dias que vino una remesa de Inglaterra.

—Bien, tomaré galleta,—respondí.

En seguida me enseñó las habitaciones que me estaban destinadas.

En todas ellas se habia desplegado el mismo lujo que en el gabinete de que he hablado.

Algunos preciosos armarios estaban llenos de ropa interior para mi uso.

En cuanto á ropa exterior, no habia más que dos vestidos, lo indispensable para el tiempo que la modista tardase en hacer lo que yo debia elegir.

Por segunda vez empecé á sentirme aturdida: todo era para mí nuevo y extraño.

Nada de aquello lo habia siquiera imaginado en mis sueños de ambicion.

Despues de un escrupuloso exámen, entré en el cuarto de baño, imitacion de una poética gruta.

Las paredes estaban cubiertas de riscos, espejos, flores y ramaje admirablemente pintadas.

Clara empezó á desnudarme.

En aquel momento me acordé de la señal que tengo en un costado.

—Déjeme usted,—dije;—tengo la costumbre de desnudarme y bañarme sola.

La sirviente me dejó la ropa con que debia vestirme y salió.

Hasta aquel momento no me encontré en completa libertad, porque estaba segura de que nadie me interrumpiria.

Puede comprenderse cuánto tendria que pensar sobre mi nueva situacion.

Yo habia esperado mucho; pero me habia encontrado con más, mucho más de lo que esperaba.

Pero como no hay dicha completa, la mia fué turbada por el temor de los apuros en que debia encontrarme.

¿Qué haria yo con mi educacion grosera?

Cada criado iba á ser un testigo de mis torpezas, y esto mortificaba horriblemente mi amor propio.

¿Qué hacer?

Nada, no tenia nada que hacer para evitar que se me conociese en seguida.

La doncella que debia servirme tenia maneras más distinguidas que yo y hablaba con mucha más finura; sobre todo, no tenia ese acen-

to peculiar de la gente ordinaria, esa entonacion especial que debia descubrir mi procedencia.

Despues de mucho cavilar no encontré más que un medio, si no de evitar el peligro, de hacerlo menor.

Determiné estar sola todo el tiempo que pudiese y no hablar más que lo puramente indispensable.

Salí del baño, y cuando estuve á medio vestir, pero de manera que no podia vérseme la señal de la espalda, llamé.

Clara acudió, completó mi compostura, peinándome admirablemente, y luego me preguntó qué habia de hacer de la ropa que habia dejado...

—Ya no me sirve, tírela usted,—la respondí.

Me dió las gracias, porque mi órden equivalia á un regalo, me acompañó á mi gabinete y me sirvió el té, quedándose allí de pié, inmóvil como una estátua.

Excuso decir que, excepto la preciosa taza, que era de porcelana inglesa, todo el servicio que me presentó era de plata.

¿Cómo harian uso de aquello los señores?

Yo lo ignoraba.

Tenia delante un testigo que debia saberlo perfectamente.

Entre cometer una torpeza y pasar por extravagante, preferí lo segundo.

—Déjeme usted,—dije á Clara.

Obedeció, no sin que en el rostro le conociese la extrañeza que le producia mi órden.

Una vez sola me ensayé.

Mordí una galleta y comprendí que debia mojarse, pues era muy dura.

Me gustaron y comí sin dejar más que una de las muchas que me habian servido.

Entonces quedé muy satisfecha de haberme librado por aquella vez de caer en ridículo.

Algun tiempo despues comprendí que la verdadera torpeza la habia cometido, sin poder ocultarla, comiendo tanta cantidad.

Nada de notable me ocurrió hasta la hora de comer.

Clara me enseñó toda la casa y el jardin, mientras hablaba mucho.

Yo apenas pronuncié algunas palabras.

Afortunadamente, lo que me faltaba de educacion me sobraba de entendimiento.

Reconocí mi ignorancia, comprendí mi posicion y pude salvarme en cuanto era posible.

La modista se presentó aquella misma tarde, cargada de telas, y elegí no sé cuántos vestidos, abrigos y toda clase de adornos.

Hablo tan minuciosamente de aquel dia, porque no puedo olvidarlo.

Los menores detalles tienen para mí un inmenso valor.

XIX.

Llegó el momento más terrible para mí...

¡La hora de comer!

Esto me era imposible hacerlo sola.

Debí ponerme pálida como un cadáver cuando me dijeron que la comida esperaba.

Me estremecí convulsivamente.

En el comedor habia dos criados, que eran los que debian servirme.

¡Yo temia la observacion de un testigo y me encontraba con dos!...

Me senté y ví que la mesa estaba cubierta de dulces y frutas.

—¿Será esto,—me pregunté,—lo que aquí se come?

Pero luego pensé que los señores comerian al revés de los demás, es decir, empezando por lo que yo tenia por postres.

Tan firmemente creí esto, que me dispuse á coger una hermosa manzana.

Por fortuna en aquel momento uno de los criados me sirvió la sopa, y cuando la hube comido, me preguntó el otro:

—¿Qué vino quiere la señorita?

No supe qué contestar.

Yo habia oido decir que las personas ricas bebian vinos extranjeros; pero ignoraba cómo se nombraban.

No sé en qué sentido tomaria el sirviente mi vacilacion; pero ello es que vino en mi ayuda, diciéndome:

—El Madera es de lo más exquisito; pero si la señorita no acostumbra á tomarlo con la sopa, es tambien de toda confianza el Borgoña, el Burdeos, el Oporto, el...

—Madera,—le interrumpí.

Y apuré la copa que me llenaron.

Los sirvientes cruzaron una mirada de inteligencia, cuyo significado no pude entonces adivinar: despues he comprendido que conocieron mi procedencia por la posicion de mi brazo y mi mano al beber.

Me sirvieron muchos platos.

No comí más que de dos ó tres, Dios sabe con qué maneras.

Tampoco bebí más vino ni toqué los postres.

Como si hubiese esperado aquel momento, el ridículo viejo se presentó.

Era la misma su sonrisa.

Me dió la mano, me saludó con galantes frases y se excusó por no haber podido llegar á tiempo para acompañarme á comer.

¿Qué habia de contestarle?

Nada.

Guardé silencio.

Mis ojos respondieron por mis labios, diciéndole: «Soy tuya».

Así creí que cumplia mi deber.

El viejo empezó á comer.

No se me escapó ni el más leve de sus movimientos.

Aquella era la primera leccion que recibia y quise aprovecharla.

Quiero decir en alabanza mia que aprendí mucho en aquella sola vez.

Para librarme de apuros, el viejo se puso á hablar de diversos asuntos; pero de manera que no me fuese preciso responder.

Semejante delicadeza fué para mí el mayor favor que hubiera podido hacerme en aquellos críticos momentos.

Tuve un mal pensamiento, sugerido por el orgullo.

—Así que yo esté,—me dije,—en estado de que no se me conozca mi procedencia oscura y soez, haré que sean despedidos estos criados y vengan otros.

Esto lo pensé, porque habia empezado á comprender mis torpezas de pocos minutos antes cuando ví comer al viejo.

La comida terminó sin que yo hubiese hecho más que escuchar y mirar.

No necesitaba más que esto para ponerme en ridículo á los ojos de los criados.

Sin embargo, seguia dispuesta á hacerme respetar, puesto que el dueño de la casa era el primero en respetarme.

El viejo me pidió como una gracia acompañarme á tomar el café en mi gabinete.

—¿Y por qué no?—le dije.

—¡Ah!—me replicó.—Es usted tan amable como bella.

Y despues de mirarme á través de sus lentes, sonrió con la dulzura que acostumbraba y me ofreció su brazo.

Como puede comprenderse, nada de esto lo habia yo siquiera sospechado.

Aquel hombre, que tenia el derecho de mandarme, me suplicaba; siendo dueño absoluto de mi persona, no se tomaba la más pequeña libertad.

XX.

Cuando nos sirvieron el café, quedamos solos en mi gabinete.

Esto era otra cosa.

Caer en alguna falta delante del viejo no me importaba, puesto que sabia quién yo era.

Siguió él hablándome; pero sin decir nada que tuviera relacion con mi persona ni con mi nueva situacion.

Confieso que á pesar de que aquel hombre me repugnaba, su indiferencia heria mi vanidad de mujer.

Yo creí arrebatarlo con mi hermosura, y esto lo pensé con tanto más fundamento, cuanto que veia que por tenerme á su lado gastaba cantidades que eran para mí fabulosas.

Cuando acabamos de tomar el café sacó el viejo un papel del bolsillo y me lo dió, rogándome leyese donde me señalaba, para evitar un esfuerzo perjudicial á sus cansados ojos.

Fué para mí aquel un momento terrible.

Debí ponerme roja como la púrpura, pues sentí que las mejillas se me abrasaban.

¡Me decia que leyese!...

¡Ah!... Si me hubieran enseñado, tal vez habria podido salvarme, porque lo que no me hicieron aprender las criaturas me lo habrian dado á conocer quizás los buenos libros.

Ni acerté á responder ni á moverme.

Con la mirada fija en el papel, lo contemplaba como si allí estuviese escrita mi sentencia de muerte.

Mis manos temblaban como si tuviese una convulsion.

El viejo recurrió á sus lentes y me miró sorprendido.

Era imposible que adivinase la causa de mi gran turbacion.

—¿Se ha puesto usted mala?—me preguntó despues de algunos instantes.

—No,—balbuceé,—no... es...

—Pero...

—¡No sé leer!—exclamé con acento de desesperacion.

Y soltando el papel me cubrí el rostro con las manos y lloré de ira y de vergüenza.

Aquel hombre se trasformó.

Desapareció su calma.

Acercóse á mí, y con la exaltacion propia de un jóven enamorado me dirigió las frases más tiernas y más consoladoras.

Entonces me tuteó con un acento de intimidad, que me sorprendió tanto como antes me habian sorprendido sus formas ceremoniosas.

—¿Y eso,—me decia,—eso te aflige? ¿Por qué? ¿Acaso temes que se disipen mis ilusiones? No, Rosa mia, no. Yo amo en tí tu belleza y tu ingenuidad... No eres tú responsable del abandono en que te han tenido las personas que han cuidado de tí. Acabas de probarme que tienes nobles instintos... Tranquilízate, á mi lado te educarás, y uno de mis goces será ver tus adelantos. Así te querré más, porque yo habré formado tu juicio y uno ama siempre sus obras. ¡Qué felicidad! Ahora sí que veré en tí la niña inocente, cándida y pura. Estoy en el ocaso de mi vida y tú serás mi última afeccion, para tí será el último destello del fuego de mi alma... Enjuga tus lágrimas si no quieres que las mias salgan de mis ojos.

No puede concebirse nada más ridículo que aquel repugnante viejo, sentado en un taburete que á mis piés habia, diciéndome semejantes cosas con acento de galan de comedia y oprimiendo mis manos entre las suyas arrugadas y huesosas.

—Déjame,—decia,—déjame que selle tus mejillas, de rubor cubiertas, con un ósculo de amor y que tus lágrimas refresquen mis abrasados labios, como las perlas del rocío refrescan las hojas del lirio enamorado.

Y diciendo y haciendo repetia sus caricias...

No tuve que fingir una turbacion que, segun comprendí, le en-

cantaba, porque muy turbada me sentí, por la repugnancia que me inspiraba semejante hombre.

Creo que no necesito entrar en más detalles sobre el resto de aquel dia.

Seguí con exactitud los consejos que me habia dado la señora Blasa, y pude convencerme de que le sobraba astucia y experiencia, porque me dieron el mejor resultado.

El viejo quedó contentísimo de su niña, como él me llamaba.

¡Ah! nunca como entonces comprendí hasta qué punto puede degradarse un hombre.

Yo ví aquellas canas á mis piés; aquellos sesenta años daban brinquitos y palmaditas y jugaban al escondite conmigo.

Otras veces se complacia en hablarme con esa pronunciacion imperfecta que es el lenguaje de los niños, diciéndome:

—Rosita, yo te tero. Toma en bazitos á tu nene. Cómpame un bulil y una tompetita que sone, que yo seré meno.

¡Cuánta degradacion, cuánta degradacion!... ¡Cuánta asquerosidad!...

¡Oh!...

¡Y esto es verdad, esto existe!...

Esto será increible para muchos; pero ¡ah! por desgracia y para mengua de la humanidad, es demasiado cierto...

Y el hombre se llena de orgullo y dice: «¡soy hombre, el ser privilegiado sobre todos los seres del mundo, el ser grande»!...

¡Miseria, miseria!...

¡Pobre mundo!...

Mirad lo que era aquel hombre y lo que parecia ser en la comedia social.

Representa el importantísimo papel de un anciano venerable, rico, de elevada posicion, en quien todo es nobleza, grandeza y dignidad...

¡Dignidad y grandeza cuando moralmente ni siquiera era hombre!

XXI.

Antes de proseguir debo decir algo sobre la posicion que ocupaba aquel hombre y sobre sus demás circunstancias.

Su nombre lo callaré: aunque ha muerto, era demasiado conocido y creo que debo respetar su memoria.

Dios lo habrá juzgado ya, y no me creo autorizada para atacar la reputacion envidiable que dejó en el mundo.

Sobre no conducir esto á nada, seria criminal.

El viejo, como seguiré llamándole, era dueño de una fortuna inmensa, parte heredada de su padre y adquirido por él lo demás en negocios de alta banca.

Como he dicho, gozaba de una reputacion envidiable en todos sentidos, y especialmente como hombre de un talento privilegiado para los negocios á que se dedicaba.

Las palabras *compro* y *vendo*, pronunciadas por él en la Bolsa, producian inmediatamente el alza ó baja en los valores públicos.

Aunque no pertenecia á la nobleza de sangre, por sus riquezas, su educacion, su talento y su influencia como hombre político, gozaba entre la nobleza de toda clase de consideraciones.

Durante su juventud, sin cuidados por lo presente y sin temores para lo porvenir, con mucho dinero que gastar y una libertad sin límites, se lanzó en medio del mundo, ávido de goces y placeres, y todos los apuró.

Con el tiempo vino el cansancio y luego el hastío.

Las orgías y los desórdenes de todas clases llegaron á no impresionar aquella naturaleza gastada, destruida.

Empezó, pues, á aburrirse, á pensar que si tan pronto se apuraba la copa de los placeres, era demasiado larga la vida del hombre; su segunda mitad no tenia objeto, era un verdadero martirio.

Habia necesidad de buscar un remedio á la enfermedad de indiferencia, que debia matarlo ó ponerlo en el caso de que se matara.

El remedio era fácil; pero tomó el camino contrario.

En vez de acudir al contraste, de buscar los goces, que hubiera encontrado, lejos del bullicio del mundo y en la santa paz doméstica, acudió á los mismos placeres agotados, y sin más que un cambio aparente, cambió de forma, pero no de esencia, creyó haber encontrado nuevos placeres y el secreto de hacerlos inagotables.

Debió encontrarse cien veces en su vida en la misma situacion de aburrimiento y hastío; pero siempre apeló al medio de ir más allá.

Todo esto le dió por resultado lo que él creia una gran victoria, no casarse.

Sus padres murieron: quedó dueño de una gran fortuna; pero sin ninguna afeccion pura y tierna.

Acabó por ser egoista, como todos los hombres que no se casan.

Llegó una edad en que no podia entregarse á ciertos desórdenes, porque lo hubieran puesto en ridículo y perjudicado sus negocios.

Entonces cogió la máscara.

Iba á representar un papel importante en la comedia social.

Disfrazóse, pues, de hombre de buenas costumbres, grave, severo, y sobre todo poseido de un sentimiento profundo de dignidad.

En poco tiempo olvidó el mundo aquel pasado borrascoso, porque el mundo es más impresionable que una mujer.

Sin embargo, el antiguo calavera siguió la misma vida licenciosa; pero ocultamente, sin ruido, sin escándalo.

Su antigua fama no halagaba ya su amor propio ni le convenia; por consiguiente, no hizo ostentacion de sus vicios y hasta los censuró en los demás.

La casa de campo que yo habité habia sido casi siempre el teatro de sus ocultos desórdenes.

Allí habian tenido lugar toda clase de escenas.

Los años pasaban y aquel hombre iba modificando los placeres con arreglo á sus nuevas inclinaciones y gustos.

Llegó la vejez.

Entonces pensó lo contrario que en su juventud.

Antes le habia parecido la vida larga para tan pocos placeres que disfrutar.

Despues le pareció corta la existencia, porque no bastaba para apurar tantos placeres.

Si se equivocaba, hemos de verlo pronto.

Yo fuí la última flor, cuyo aroma aspiró con delicia en su vejez.

Creo que fué feliz hasta el último momento de su vida, porque ni aun entonces le atormentó el cuidado de la eternidad.

¡Qué negra conciencia habia bajo aquel rostro de aspecto venerable!

XXII.

El viejo me anunció á los dos dias que el maestro de escuela de una aldea que distaba poco más de media legua de la quinta, iria diariamente á darme lecciones.

Le sonreí agradecida y él me recomendó, con la misma formalidad que puede recomendarse á un niño, que fuese aplicada.

Verdad es que, lo mismo que hubiera podido sucederle á un niño, me sentí turbada cuando llegó la hora en que debia presentárseme el maestro.

Yo esperaba ver un hombre sabio, respetable y en que todo revelase su posicion, su grandeza, como quien vale bastante para hacer sabios á los otros.

No me equivoqué en todo; pero creí haberme equivocado cuando lo ví.

Me anunciaron su visita y entró en mi gabinete.

¡Dios mio!...

Me encontré con un anciano, cuyo aspecto se diferenciaba poco de un mendigo.

Tendria sesenta años.

Era de mediana estatura, un poco cargado de espaldas, y muy delgado.

Su rostro era aguileño, de facciones regulares, y tostado por el sol.

Aun brillaba en sus grandes ojos negros algun fuego de su juventud.

Su mirada era dulce, melancólica, dolorosa podria decirse.

Era su frente espaciosa y noble, y en su cabeza no quedaban más que algunos mechones de cabellos blancos.

Vestia un pantalon de grosera tela de lana de color oscuro, raido en muchas partes y remendado sin disimulo en otras.

El chaleco era poco más ó menos lo mismo, y la chaqueta, levita, gaban ó saco, pues no podia decirse con seguridad lo que aquello era, estaba en peor estado que el pantalon.

El sombrero de fieltro de anchas alas, debió ser ceniciento: entonces era el color, lo mismo que la forma, indefinible.

La corbata consistia en un pañuelo bastante grande, de algodon de vivos colores, que le daba el aspecto más extraño del mundo.

Me figuré estar viendo uno de los trajes de máscara que cuando niña me habian hecho reir en los dias de carnaval.

Por último, calzaba unos zapatos de piel sin teñir y con suelas muy gruesas y llenas de grandes clavos.

Los papeles se trocaron, puesto que la verdadera turbacion fué de aquel hombre al verse en mi lujoso aposento.

Parecia tener miedo de pisar las alfombras y dudó mucho antes de atreverse á sentarse.

Por fin lo hizo despues de mis repetidas invitaciones, dejándose caer en el mismo blando divan donde yo me encontraba, y cuyo terciopelo encarnado hacia resaltar más aquella triste figura.

—Señorita,—me dijo con timidez; pero con tan dulce voz, con un acento tan agradable que me sentí conmovida,—me han encargado la educacion de usted y vengo á cumplir tan delicada mision hasta donde alcance mi escaso entendimiento y más escasa sabiduría; pero me sobra voluntad y á usted inteligencia, y espero que el tiempo no se perderá. Ruego á usted que me mire como á un amigo y no como maestro, y que jamás se violente ni contraríe por temor de incomodarme. Si tuviese usted la bondad de hacerlo así, quedarian recompensados todos mis afanes.

Debo confesarlo: me sentí subyugada por el acento dulce de aquel anciano y bajé los ojos poseida de un sentimiento de respeto profundo.

Volvió hácia mí sus expresivos ojos, como puede hacerlo un padre, y me pareció sentirme envuelta en su tranquila mirada.

La ridiculez de su vestido desapareció para mí en aquellos momentos, y encontré grande, noble y sublime su figura.

Apenas acerté á decir algunas palabras.

No hay duda que él estaba confuso y turbado entre tanto lujo; pero cuando hablaba, su acento era reposado.

Lo que no advertí en él fué humillacion.

Tanta riqueza pudo sorprenderle y quizás incomodarle; pero no bajó su noble frente como la baja el chico ante el grande.

¿Era posible que hubiese orgullo bajo aquellos harapos?

Despues comprendí que sí.

Era un hombre modesto: no estaba envanecido con su sabiduría ni sus virtudes, y sin embargo, estaba orgulloso de su pobreza.

¡Si todos los hombres pudieran envanecerse de lo mismo!...

Hablamos buen rato, y segun pude entender, el viejo le habia dicho que yo era una pobre huérfana, que habia vivido en la miseria y el abandono, y que él, condolido de mi suerte, me habia recogido y pensaba educarme y dotarme.

Esto me tranquilizó, porque me evitaba la vergüenza de presentarme como una mujer perdida ante aquel hombre severo y virtuoso.

Cambió completamente mi vida desde entonces.

Me dediqué al estudio con un afan inconcebible.

Los dias que el viejo, por tener muchas ocupaciones en Madrid, no iba á visitarme, los empleaba en estudiar á todas horas, sin perder más que las precisas para comer y dormir.

Á los quince dias pude leer correctamente...

Era cuanto yo queria.

Tenia á mi disposicion una pequeña biblioteca, donde habia de todo un poco.

¡Con cuánto afan leí!

Al despertar cogia un libro y me dormia con otro libro en la mano.

Pasaba los dias vagando sola por las calles de árboles del jardin entregada á la lectura.

Mi cabeza se llenó de un sinnúmero de ideas contrarias.

Pero ¿qué me importaba esto?

Yo aprendia.

Parecíame que nunca habia visto el mundo y que me lo enseñaban entonces.

Pero ¡ah! comprendí mi situacion...

¡Dios mio!...

Quise hacer lo mismo que los autores de aquellos libros, y empecé á examinar el mundo, acabando por examinarme á mí misma...

Sufrí horriblemente, acusé á mi madre y maldije á la señora Blasa.

Hasta entonces no se me habia presentado con claridad todo el horror de mi situacion.

En pocos dias llegué á estar tan preocupada y triste, que mi maestro lo conoció y se atrevió á hacerme algunas indicaciones con la mayor delicadeza, y sobre todo con un interés verdaderamente paternal.

Yo tenia necesidad de desahogar mi corazon, henchido de pesares; tenia necesidad de consejos que iluminasen mi corazon.

Nadie mejor que el virtuoso anciano de quien habia recibido las primeras lecciones, el primer alimento de mi alma. Tenia sobrada experiencia, clarísimo entendimiento y un corazon todo ternura.

Sin embargo, no me atreví á revelarle el triste estado de mi alma, porque tendria que haberle confesado la verdad de mi situacion.

Yo temia que se horrorizara y que me abandonase.

Contesté vagamente á sus preguntas y seguí mi vida, que puedo llamar solitaria, porque nada más que mis pensamientos me acusaban entonces, hacia abstraccion de todo para entregarme á mis ideas y mis sufrimientos.

Así pasaron dos meses.

El viejo me dijo que yo estaba desconocida, que mi aire, mis maneras, mi conversacion, todo en mí habia cambiado hasta el punto de que podia presentarme en el mundo sin temor de que nadie conociese el lastimoso abandono de mi niñez. Me prodigó alabanzas y llevó hasta la exageracion los elogios á mi talento, concluyendo por decirme:

—Está visto, Rosa mia: tú has nacido para brillar, para eclipsar á todas las mujeres. Es preciso reconocer que cada criatura nace con sus instintos, y los tuyos no se han borrado á pesar de tu educacion. Estoy orgulloso de tí y quiero que te presentes en el mundo y que admires.

¡Cuánto puede la vanidad en la mujer!

Sentí el deseo de figurar: renacieron mis antiguas ambiciones y esperé con impaciencia el dia en que el mundo debia admirar mi belleza.

Nuevo cambio, nuevas alternativas...

¡Todo me conducia rápidamente al abismo en que debia caer!

XXIII.

No he nombrado á Paco desde que empecé la segunda parte de mi historia. Esto no significa que lo hubiese olvidado al cambiar de vida, no.

Lo amaba con toda la ternura, con todo el ardimiento que puede amar una mujer, y cuando nosotras amamos así, no es posible que olvidemos.

Las mujeres no conocemos términos medios en el amor: somos vehementes para toda clase de pasiones y sentimientos.

Paco era, pues, uno de mis pensamientos constantes; pero sufria y disimulaba por su bien.

La gran influencia del viejo podia favorecer mucho á Paco; pero yo debia pedirle su proteccion sin que sospechara el interés que me movia.

Tres ó cuatro veces habia leido en los periódicos noticias referentes á la causa que á mi amante y sus cómplices se les seguia, y por este medio pude estar al corriente de su suerte.

Cogidos en el momento de ir á verificar el sacrílego robo, no tenia la justicia necesidad de perder tiempo en buscar pruebas: la causa debia, pues, concluir pronto, y la sentencia no era dudosa.

Vuelvo á mi vanidad.

Siempre tuve ambicion: siempre sentí un deseo inmoderado de figurar, de brillar en el mundo, como yo veia que otras mujeres brillaban.

Pasada la primera impresion, todo el lujo que me rodeaba llegó á serme casi indiferente.

¿De qué me servia si no habia de verlo nadie?

Esto no halagaba mi vanidad de mujer, porque no proporcionaba triunfos á mi amor propio.

Yo que tenia declarada la guerra al mundo, porque me creia una de sus víctimas, y que odiaba en particular á las mujeres, necesitaba herirlas en su orgullo, oscurecerlas con los esplendorosos rayos de mi belleza y mi ostentacion, mortificarlas, en fin, cuanto me fuera posible.

Para conseguir esto habia consentido abandonar á Paco y ser la esclava, el juguete de un hombre en todos sentidos repugnante.

Si no me daba el resultado apetecido, preferia mi vida libre, el hambre, la miseria con el hombre á quien amaba.

Es verdad que allí tenia bosques, jardines y todos los encantos de la naturaleza; podia entregarme á la vida campestre, tan deseada en otro tiempo por mí; pero estos ensueños de mi niñez tuvieron un enemigo, mi vanidad.

Por odio al mundo habia deseado la vida solitaria: pero tambien por odio al mundo anhelé más tarde brillar.

Un dia me dijo el viejo que lo acompañase á Madrid.

Despues de almorzar me vestí con uno de los riquísimos trajes que acababa de llevarme la modista.

Todo cuanto me puse era de un gran valor y del más exquisito gusto.

A las dos de la tarde salimos de la casa de campo.

Cuando llegamos á Madrid, nos detuvimos en la suntuosa morada del viejo, donde descansé despues de haberla visto toda.

—Rosa,—me dijo,—vas á presentarte al mundo. Tengo la seguridad de que producirás un efecto ruidoso... ¡Voy á ser feliz hoy!... Yo presenciaré tu triunfo y esta noche sabrás todos los detalles.

Me esperaba un carruaje como solo puede costearlo una persona inmensamente rica: era una victoria, acabada de traer de Lóndres, con dos yeguas inglesas que habian costado tres mil duros.

Aquel magnífico tren me condujo á la Fuente Castellana...

¡Ah! el viejo no se habia equivocado.

Mi presencia produjo una verdadera sensacion.

Lo conocí en los rostros de los centenares de mujeres ricas y elegantes que se paseaban en sus lujosos carruajes, y en las miradas de los hombres.

Ví claramente pintados en aquellos semblantes la admiracion, la sorpresa, la envidia, la curiosidad.

Los hombres que iban á caballo pasaron cien veces cerca de mí, lanzándome miradas ardientes.

Las mujeres, aunque con más disimulo, debieron examinar hasta el último de mis adornos.

Yo, recostada indolentemente, desdeñosa, altiva, apenas me tomaba la molestia de mirar á los que tanto me miraban.

Como una reina en medio de sus vasallos, me mostraba indiferente á todo.

Hubiérase dicho que estaba acostumbrada á semejantes triunfos, y aun que me incomodaba tanta admiracion.

No permanecí en el paseo más que una hora escasa, el tiempo suficiente para recorrerlo en toda su extension al paso que permitia la aglomeracion de carruajes.

Así lo habia dispuesto el viejo.

Supo bien lo que se hacia.

No convenia dar tiempo á que pasase la primera impresion.

Desaparecí como un refulgente meteoro que aparece, deslumbra y se pierde en el espacio, no dejando más que el recuerdo de su vivísima luz.

Segun he sabido mucho tiempo despues, aquella noche se hablaba en todas partes de mí á la vez que se nombraba al viejo.

Esto era lo que él deseaba.

Su elevada posicion y sus riquezas le exigian que viviese con cierta ostentacion, y yo era uno de tantos lujos exigidos por su posicion social...

¡Qué amargo, qué horrible es esto!...

¡Y es verdad!

Haré mencion de una circunstancia, que entonces no tuvo para mí ningun valor.

Más de un mes hacia que don Andrés no iba á la casa de campo.

Lo ví aquella tarde al recorrer la suntuosa morada del viejo.

Me saludó con un movimiento de cabeza y clavó en mí su mirada ardiente; pero por un instante.

Al entrar en el paseo volví la cabeza hácia los jardines de Recoletos y lo ví junto á un árbol, inmóvil y con los ojos relumbrantes.

Cuando salí estaba en el mismo sitio, en la misma posicion, y su mirada parecia querer devorarme.

Iba yo demasiado preocupada con mi triunfo para que esto me llamara la atencion.

Inmediatamente despues del paseo cambié de carruaje y volví á la quinta, acompañada del viejo, cuyo entusiasmo rayaba en locura.

Aquella noche apenas dormí: no puedo explicar cómo se encontraba mi cabeza.

XXIV.

Don Andrés pasaba más ó menos dias en la quinta ó en Madrid, segun lo exigia el cumplimiento de sus deberes.

En él tenia depositada su confianza el viejo, y por esta razon hacia diversos papeles, siendo unas veces el secretario particular y otras el mayordomo ó administrador, trabajando unos dias en el escritorio y ocupándose otros de los asuntos concernientes á la economía doméstica.

No era un criado, debia haber recibido una educacion distinguida, y el viejo le guardaba todas las consideraciones que se deben á una persona decente.

Dos dias despues de mi triunfo en el paseo, fué don Andrés á la quinta.

Yo habia vuelto á mi vida de siempre, es decir, á mis libros, mis paseos solitarios y mis largas conversaciones con mi maestro, cuya cariñosa ternura me encantaba más cada dia.

Desde la estancia allí de don Andrés, la casualidad, segun entonces creí, me lo ponia delante con mucha frecuencia.

Si me paseaba en el jardin, cuando menos lo esperaba, lo veia, mirándome con una expresion indefinible, que me hacia estremecer, como si me infundiese miedo: si me sentaba á leer, al interrumpirme para descansar, aparecia delante de mí como por encanto: si me internaba en el bosque lo encontraba allí, y finalmente, hasta desde las ventanas de mi aposento lo veia vagar por las calles de árboles ó sentado sobre el césped, con la mirada fija en la ventana.

Pasaron muchos dias sin que esto me llamase la atencion.

Volví otras dos veces á Madrid y produje el mismo efecto que la primera.

El viejo pensó en llevarme al teatro: queria completar mis triunfos, hacerlos ruidosos.

Efectivamente, el cuarto dia de paseo me quedé á comer en Madrid.

Mi doncella y don Andrés me habian acompañado.

A las ocho de la noche volvieron á peinarme y ponerme otro vestido de tanto coste y gusto como todos los que me hacian.

Este era escotado, dejándome desnudos los hombros, gran parte del pecho y la espalda y casi todo el brazo.

Tal vez mi belleza ganaba mucho así; pero hay que reconocer que era una belleza escandalosa.

Hasta entonces no supe que las mujeres usaban esta clase de vestidos, precisamente cuando concurrian á los sitios donde debia vérselas más de cerca.

Van muy honestamente tapadas á los paseos, donde no se las ve sino á cierta distancia y medio ocultas en el interior de los carruajes; pero cuando han de presentarse en un baile, donde estan las personas apiñadas y en contínuo contacto, donde sobra por todas partes la luz y cada mirada puede decirse que es un disparo á quemaropa, van desnudas, enteramente desnudas, porque lo que no está descubierto se adivina tras la ligera gasa.

Poned á un hombre al lado de una mujer vestida así, aspirando el aliento y los perfumes, que tanto obran sobre los nervios, preguntadle despues lo que ha sentido y pensado, y si al escuchar su respuesta no decis que aquella mujer se ha prostituido, os convencereis al menos de que tiene mucho adelantado para no ponerse jamás colorada.

Y así se ven casadas que deben guardar para sus esposos el tesoro de sus bellezas, lo mismo que vírgenes, cuyo pudor y castidad son sus prendas más estimables.

Y esas mujeres son las que se escandalizan al vernos, las que nos echan en rostro nuestra desvergüenza, porque en un paseo nos atrevemos á mirar frente á frente á un hombre y á sonreirle, y piden para nosotras hasta la prohibicion de que nos presentemos vestidas donde ellas estan desnudas.

Así es el mundo: tal es la comedia.

Un riquísimo aderezo de brillantes completó mi adorno.

Envuelta en mi abrigo entré en el carruaje que me esperaba.

Don Andrés debia acompañarme y quedarse en el antepalco.

Lo miré por casualidad cuando el coche partió.

Estaba sentado frente á mí...

En la oscuridad del interior del carruaje brillaban sus ojos como dos luciérnagas.

Me estremecí sin saber por qué, tuve miedo y no volví á mirarle.

Llegamos al Teatro Real.

Habia comenzado la ópera.

Pocos momentos despues de presentarme en el palco, todas las miradas se habian fijado en mí.

Como en el paseo, hice allí mi papel de reina desdeñosa.

Concluyó el acto.

Entonces se me miró y examinó como nunca.

Por todas partes se veian anteojos dirigidos hácia mí.

El viejo estaba en otro palco.

Al final del acto segundo me levanté.

Don Andrés cogió mi abrigo y al colocarlo en mi espalda, las puntas de sus dedos, ardientes como ascuas, tocaron mis hombros.

En el interior de su pecho resonó una especie de sordo rugido.

Me volví y lo encontré con los ojos abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas, la mirada extraviada, contraido y amoratado el rostro y desfiguradas todas sus facciones.

Ya he dicho que la mirada de aquel hombre me daba miedo; pero entonces más que nunca, me sentí poseida de terror.

—¿Se ha puesto usted malo?—le pregunté turbada.

Sin responderme ni esperar á que yo acabase de abrigarme, me volvió la espalda y salió del palco.

Para cometer semejante falta de respeto era menester que hubiese llegado al último grado de turbacion.

Quedé un momento parada y pensativa...

¡Al fin comprendí la verdad!

Aquel hombre, á quien puedo llamar desgraciado, sentia por mí una de esas pasiones que enloquecen.

Salí del palco y lo encontré en los pasillos que conducen á las escaleras.

Su rostro estaba lívido y la expresion de sus ojos era horriblemente sombría.

Me siguió silenciosamente.

Cuando llegué junto á la puerta me encontré unos cuantos jóvenes elegantes que me habian visto levantar y habian acudido á contemplarme de cerca.

Oculté cuanto pude el rostro con la capucha de mi abrigo y salí.

Se acercó el carruaje, y entonces apareció el viejo y mandó á don Andrés que nos dejase.

Al dia siguiente volví á la quinta.

Mis adelantos, lo mismo que mis triunfos, entusiasmaban cada vez más al viejo.

Creo que llegó á quererme mucho.

Despues que mi vanidad habia empezado á sentirse halagada, no era posible detenerme en el mal camino.

Habia sorprendido en el teatro alguna mirada de desprecio, y me sentí herida.

Lo primero que se me ocurrió fué vengarme; pero esto no lo conseguiria retirándome del mundo, viviendo en la pobreza y siendo virtuosa.

La noche siguiente, no sé á qué hora, desperté por una casualidad.

En mi dormitorio quedaba una lamparilla, cuya luz se esparcia débilmente á través del cristal blanco del vaso que la encerraba.

En lugar de cerrar otra vez los ojos miré por entre las cortinas de mi cama y me pareció ver una sombra.

Miré con más cuidado y ví que era un hombre.

Nunca he sido cobarde: difícilmente un hombre tendrá más valor que yo.

Otra mujer habria gritado; pero yo callé, y sin moverme examiné cuidadosamente el bulto...

Era don Andrés.

La sombra que sobre mi rostro proyectaban las cortinas, no le permitia distinguir si yo tenia los ojos cerrados ó abiertos.

Estaba inmóvil.

Sus ojos brillaban como dos carbones encendidos.

Su respiracion era agitada y desigual.

—¿Qué intenta?—me pregunté.—Veamos.

Y esperé.

Pero fué en vano.

Pasó un cuarto de hora.

No se habia movido.

Entonces comprendí que no habia ido á mi dormitorio más que para contemplarme con entera libertad.

¿Qué debia yo hacer?

Sorprenderlo era ponerlo en el caso de que me hablase de su amor, puesto que no podia negarlo.

Yo me hubiera visto obligada, siquiera por decoro, á pedir al viejo que despidiera á don Andrés, lo cual seria su mayor desgracia.

¿Debia ser yo la causa de su ruina?

Todo su delito consistia en amarme, y harto castigado estaba con callar y sufrir.

Determiné fingir que dormia; pero moverme.

Así lo hice, creyó que yo iba á despertar y desapareció.

Quise saber si persistia en cometer la locura de ir á media noche á mi dormitorio.

No tomé ninguna precaucion para estorbarlo y cuidé de permanecer despierta á la noche siguiente.

Dos horas despues de haberme acostado sentí un leve roce en la alfombra.

Era él.

Acercóse á mi cama y fijó en mí sus ojos relucientes como la noche anterior.

Despues de largo rato le hice salir con solo moverme.

No quise probar otra vez.

Determiné cerrar la puerta del dormitorio...

Lo que yo creí un remedio agravó mi mal.

XXV.

Mi determinacion de cerrar por dentro la puerta del dormitorio, hizo comprender á don Andrés que habia sido descubierto su amor.

Conocido por mí su secreto, no podia permanecer en aquella casa, y puesto que se veria obligado á salir de ella, ¿por qué irse en la duda respecto á mis sentimientos?

Su violenta pasion no transigia con equívocas situaciones.

Mi conducta no habia dado motivo á don Andrés para que esperase nada de mí; pero ¿qué enamorado no abriga esperanza?

Todo deseo, cuando es vivo, forja ilusiones; con toda necesidad imperiosa vá siempre una esperanza, por débil que sea, de más ó menos remota satisfaccion.

Despues de almorzar, segun mi costumbre, tomé un libro y bajé al jardin.

Era el medio dia.

El cielo estaba despejado y la atmósfera serena.

Incomodaba el sol, que calentaba demasiado.

Embebida en la lectura atravesé todo el jardin y la huerta que le seguia, internándome en el monte con que terminaba por aquel lado la finca.

Allí, á la sombra de las encinas y los copudos castaños, me detuve, interrumpí la lectura, y miré á mi alrededor, buscando un sitio donde sentarme á descansar.

Don Andrés, como salido de la tierra, estaba frente á mí.

No pude contener un grito de sorpresa y de miedo.

Sus ojos brillaban como siempre que me miraba; sus mejillas enrojecieron como si fuese á brotar la sangre.

—¡Ah!—exclamó con acento que revelaba su conmocion profun-

da.—Nada tema usted, de mí, nadie debe tener miedo más que yo mismo.

—Don Andrés,—murmuré, bajando los ojos ante su ardiente mirada.

—Escúcheme usted, se lo suplico; escúcheme usted por primera y quizás por última vez... Mi presencia no le incomodará á usted dentro de una hora, porque voy á salir para siempre de esta casa. Circunstancias que usted no ignora me han hecho tomar esta determinacion; pero nada se ha perdido, puesto que al fin lo hubiera hecho más ó menos tarde. Era imposible que yo permaneciese mucho tiempo en el estado en que me encontraba. Solo Dios sabe lo que he sufrido: si pudiera hacerlo comprender, en vez de mirarme con enojo tendria usted lástima de mí.

Don Andrés se interrumpió: parecia estar muy fatigado...

¡Ah!... Debia sufrir mucho: ignoraba que yo amase con el mismo ardor que él, y por eso creia imposible hacerme comprender su tormento.

Yo no podia corresponderle, porque dos amores no caben á la vez en el corazon; pero su acento apasionado y doloroso me conmovió profundamente y dejé de tener miedo para mirarlo con lástima y fraternal cariño.

—He luchado,—dijo despues de algunos momentos;—sí, he luchado con toda la fuerza de mi voluntad, que es mucha, y no he conseguido más que desgarrarme el alma. Semejante situacion es insostenible y... ¡preciso es acabar de una vez! No abrigo esperanzas; pero ¿por qué he de separarme de usted con dudas? No ama usted al hombre que la sostiene por mero lujo, como cualquiera de sus trenes; pero tampoco me ama usted á mí... Yo anhelo amor, una pasion como la mia: no puedo ser feliz con otra cosa; pero en mi afan vehemente me contentaria con menos, me sentiria, si no satisfecho, algo tranquilo por la esperanza de ver algun dia realizado mi deseo. No hablaré, pues, al corazon de usted, sino á su cabeza, á su razon, es decir, á su conveniencia. No pudiendo entrar desde luego en el corazon por la puerta de un sentimiento de ternura, busco otro camino. Prefiero rodear á retroceder. Ni el tiempo ni el trabajo me im-

portan si al fin llego al oasis donde he de encontrar frescura y reposo.

Volvió á interrumpirse como para tomar aliento.

Yo no acerté á pronunciar una palabra y esperé.

—Dejo,—añadió,—el pasado de usted; pero le suplico que no lo olvide.

—¡Usted lo conoce!—murmuré.

—Sí, la amo á usted demasiado para no haberme ocupado de todo lo que tiene relacion con usted.

—¿Y sabe usted?..

—Que es usted una desdichada criatura, explotada por la codicia de una infame mujer... Pero dejemos esto.

—¡Ah!...

—El presente de usted parece que no puede ser más feliz. Se ha criado usted en la miseria, ha sufrido toda clase de privaciones y se vé usted rodeada de comodidades y lujo. No sé hasta qué punto tendrá usted que violentarse para fingir cariño al hombre que la sostiene á usted: es posible que sufra usted mucho...

—Muchísimo,—dije sin poder contenerme.

—Bien,—repuso, sonriendo con amargura,—esta época, la más feliz de su vida de usted, es un tormento... ¿Quiere usted conocer su porvenir?

—¡Mi porvenir!—murmuré estremeciéndome.

—No tengo el don de adivinar; pero tampoco lo necesito: me basta el conocimiento de las cosas del mundo. La naturaleza tiene sus leyes fijas; la sociedad marcha por el camino trazado desde el primer dia de la vida por el dedo de Dios; los hombres no se ponen, no pueden ponerse en contradiccion con su misma naturaleza: conocidas esas leyes, conocida la sociedad y la criatura, puede predecirse: la experiencia es un libro donde se ha escrito lo pasado para enseñarnos lo porvenir.

—¡Ah!... Tengo miedo...

—Llegará un dia en que ese hombre se canse de las caricias de usted, como se ha cansado de las de otras muchas mujeres, ó que se muera. Ni una cosa ni otra estan muy lejanas. No por eso dejará usted de ser feliz en el sentido de los bienes materiales: encontrará usted otros hombres que comprarán á costa de mucho oro la belleza de usted;

pero al fin, como la belleza acaba mucho antes que la vida, y aun sin que se pierda se gastan las mujeres, dejan de ser deseadas cuando han sido ya muy vistas, llegará un dia en que esa felicidad se concluya y tendrá usted, si no ha de morirse de hambre, que descender escalon tras escalon hasta llegar al último del vicio y la degradacion moral, se verá usted precisada á vivir como muchas otras desdichadas á quienes habrá usted conocido, y como ellas, como todas, acabará usted su horrible existencia en una cárcel ó en un hospital.

Exhalé un grito de horror y me cubrí el rostro con las manos.

Aquel hombre debia decir la verdad.

No sé lo que tenia su acento: sus palabras parecian inspiradas por Dios.

—No crea usted,—añadió,—que habla mi egoismo; no quiero pintarle á usted un porvenir negro y horrible para que retroceda espantada y acepte la mano que le ofrece la salvacion: no hago más que romper el velo que le oculta á usted el horizonte de su vida, enseñarle el abismo á cuyos bordes está y ofrecerle mi ayuda para que no caiga en él. ¿Han sido los malos instintos de usted los que la han traido á esta situacion?

—No,—me apresuré á decir.

—Lo sé,—repuso:—la han arrastrado á usted á la fuerza...

—Sí, sí...

—¿Por qué acusarla á usted? ¿Por qué no perdonarle una falta que ha cometido contra su voluntad? ¿Por qué no olvidar ese pasado horrible? Mi amor lo puede todo, todo, en cambio de salvarla á usted, en cambio de la esperanza de ser correspondido.

Estas palabras me hicieron comprender toda la intensidad de aquella pasion: no podia ser mayor el sacrificio que aquel hombre me ofrecia en cambio de una esperanza, que podia muy bien no verse cumplida.

Todo me lo sacrificaba y lo arriesgaba todo.

Si yo no hubiera sentido por Paco un amor igual, creo que hubiera acabado por aceptar las proposiciones de don Andrés.

¡Ah!... Paco ha sido la causa de mi perdicion, y sin embargo de reconocerlo así, lo amo más cada dia.

Por él rechacé la generosa mano que queria salvarme; por él me

habia vendido al miserable viejo; por él fuí criminal y moriré en un hospital ó en un calabozo, si es que junto á él no acaba mi existencia en manos del verdugo.

¡Dios mio!...

No puedo olvidar la prediccion de aquel hombre.

A pesar de los años que han trascurrido, me parece estar oyendo su voz grave, viendo sus ojos relucientes y bajo la influencia de aquella mirada penetrante.

¡Una cárcel ó un hospital!...

¡Oh!...

¡Y no podré librarme de tan horrible fin, porque mi suerte está para siempre ligada á un criminal!...

¡Madre mia, madre mia, ven y contempla tu obra!...

—Gracias,—dije á don Andrés con un acento que no debió dejarle duda de que mi gratitud era verdadera.—No puedo aceptar el enorme sacrificio que usted quiere imponerse.

—¿Por qué?—me preguntó.

—Porque dudo de mí misma; creo que ya es imposible mi regeneracion, y quizás no correspondería...

—Todo lo arriesgo.

—No...

—Si su alma de usted está completamente depravada y á pesar de todos mis esfuerzos se precipita usted en el abismo, me quedará al menos el consuelo de haber intentado salvarla.

—Imposible...

—Pues bien,—repuso, llevando su generosidad hasta la última exageracion,—nada le pido á usted, ni siquiera la esperanza: no se una usted á mí con ningun lazo indisoluble; seamos puramente amigos, hermanos; pero acepte usted mi ayuda. Yo no veré satisfecha mi pasion; pero la habré salvado á usted...

—No... no...

—¡Ah!—exclamó.—Sálvese usted, si no por usted misma, por compasion hácia mí; pero sálvese usted, se lo suplico de rodillas.

Y cayó á mis piés, estrechando mis manos entre las suyas temblorosas y ardientes.

—¡Oh!—exclamé sin poder contener mis lágrimas.—Me hace usted mucho daño...

—¡Rosa, Rosa!...

—Es un imposible...

—¡Imposible!... ¿Por qué?

—Es un imposible,—repliqué sin saber lo que decia,—porque amo con locura á un hombre y no seré jamás sino lo que él sea... ¡oh!... y ese hombre... es un criminal...

—Basta, basta,—murmuró con desaliento.

Y se puso de pié, vaciló como si le faltaran las fuerzas para sostenerse, y añadió:

—¡Pobre mujer!... Adios... No volveremos á vernos...

Se alejó con pasos vacilantes.

Yo me dejé caer sobre la yerba, y afortunadamente pude llorar mucho.

Desde entonces no he vuelto á saber de aquel hombre singular.

XXVI.

Tuve que entregarme á la lectura con más afan que nunca, y procuré ir con más frecuencia á los paseos y teatros para borrar un poco la impresion producida por la escena que acabo de referir.

Al cabo de un mes supe por los periódicos que Paco y sus cómplices habian sido sentenciados á presidio.

Ya era tiempo de obrar.

Esperé un dia de aquellos en que el entusiasmo del viejo por mí rayaba en locura, uno de los momentos en que yo sabia por experiencia que no me negaba nada.

Le hablé de Paco, diciéndole que era un amigo de mi infancia, muy bueno; pero que habia tenido la desgracia de caer en poder de un hombre miserable que lo habia hecho instrumento de su maldad, y lo mismo que yo, se habia perdido sin saber lo que hacia.

Tuve bastante acierto para explicarle mi interés por Paco sin que sospechara nuestro amor.

El resultado fué el más lisonjero.

Despues de explicarme el viejo todas las dificultades que habia que vencer, me prometió emplear toda su influencia en favor de Paco.

Así lo hizo, diciéndome á los quince dias:

—He conseguido un indulto para tu recomendado y pronto estará en libertad.

Me fué preciso esforzarme para no manifestar toda mi alegría.

Los periódicos me anunciaron por segunda vez la libertad de mi amante.

Esperaba verle de un dia á otro...

¡Cómo palpitó mi corazon enamorado!

En aquellos momentos fuí completamente feliz y pude acordarme sin miedo de la horrible prediccion de don Andrés.

Pasó una semana, dos, tres...

Paco no se presentó á dar las gracias al viejo, por cuyo medio hubiera podido llegar hasta mí.

¿Me habria olvidado?

Poco me importaba su ingratitud si era mio su corazon.

Dudé y... ¡cuánto sufrí!

¡Cuán largas me parecieron las horas!

Lloraba unas veces, otras me desesperaba y nada habia que me consolase ni distrajese.

La lectura, mis paseos por el jardin, las conversaciones con mi maestro, todo era en vano.

Cuanto más pensaba en la conducta de Paco, más se aumentaban mis dudas y temores sobre su cariño.

Pasaba muchas horas en una ventana desde donde se descubria gran parte del camino que conducia á la quinta, y esperaba verlo vagar por aquellos sitios sin atreverse á entrar en la casa.

Repetí cuanto me fué posible mis excursiones á Madrid, me hice llevar por todos lados con el pretexto de ver la poblacion y recorrí como por capricho muchas calles de los barrios bajos.

¿Le habian obligado las circunstancias de su triste situacion á dejar la córte?

Esta idea fué para mí como la tabla salvadora para el náufrago.

La acaricié con afan, porque era la única que podia consolarme.

¿Se comprende mi amor?

Cien veces he tenido pruebas de que Paco no me ama, ó al menos de que su amor dista mucho de ser como el mio; y sin embargo, lo he querido más cada vez.

Ni el tiempo, ni la ausencia, ni el desden han podido entibiar mi pasion.

Nunca como entonces tuve que violentarme tanto para fingir con el viejo.

Sufrí tanto, que llegó un dia en que sentí la imprescindible necesidad de desahogar mi corazon.

Pero ¿en qué pecho podia yo depositar el secreto horrible de mis dolores?

¿Quién me amaba bastante para comprenderlos?

¿A quién inspiraria cariño y compasion mi desgracia, en vez de inspirarle horror mis extravíos?

¿Quién me consolaria en lugar de acusarme?

Yo necesitaba un amigo y no un juez.

Para acusaciones me sobraba mi conciencia, mi razon misma, puesto que yo reconocia mis faltas.

Miré en torno mio...

No encontré más que al maestro de escuela.

—¡Ah!—exclamé.—¡Ya tengo el pecho que buscaba!... ¡Dios mio, valor para confesarle mis faltas, para hacerle conocer mi situacion!...

Me costó un gran esfuerzo y dos dias de duda; pero al fin me decidí.

XXVII.

Mi maestro tenia tanto corazon como inteligencia.

No sé por qué razon; pero ello es que me queria entrañablemente.

El cariño, cuando es grande, hace perspicaces á los que menos lo son por naturaleza.

Lo que no habia sospechado siquiera el viejo, lo habia conocido mi maestro.

Mis sonrisas engañaron á mi amante; y aquellas mismas sonrisas hicieron comprender al virtuoso anciano que yo era muy desgraciada.

Habia concluido el estío.

Los árboles se desprendian de sus hojas, que se llevaba el viento, lo mismo que los dias se llevaban mis esperanzas.

El jardin perdia su verdor y sus flores...

¡Yo tambien iba perdiendo mis ilusiones risueñas, rosas en otro tiempo fragantes, que se marchitaban, se deshojaban y en breve no dejarian en mi corazon más que espinas!

Un dia que el viejo estaba en Madrid, esperé la llegada de mi maestro, y apenas lo ví le salí al encuentro como si lo encontrase por casualidad.

—No creí que viniese usted aun,—le dije.

—Es la hora de costumbre,—me respondió con su acento dulce y melancólico;—pero si queria usted pasear, no lo deje usted por mí: aguardaré...

—¡Aguardar!... No, no lo consiento; pero tampoco quiero dejar mi paseo, y si no está usted cansado y quiere acompañarme...

—Puesto que usted con su juventud y... su alegría,—dijo sonriendo levemente,—acepta la compañía de un pobre viejo...

—¡Mi alegría!—murmuré exhalando un suspiro.—Sí, sí, acompáñeme usted.

Lo hizo sin que volviésemos á pronunciar una palabra mientras atravesábamos el jardin.

Algunas veces volví hácia él los ojos y siempre lo encontré con la mirada fija en mí...

Me sentí conmovida, porque aquella mirada era más tierna que nunca y expresaba un profundo dolor.

Sin duda habia leido en el fondo de mi alma.

Llegamos al bosque.

Me detuve en el mismo sitio en que habia escuchado las terribles palabras de don Andrés.

A pesar de la costumbre que tenia de andar mucho, me sentí fatigada y me senté.

—El dia está magnífico,—dijo mi maestro.—¡Cuántos encantos tiene la naturaleza! Y sin embargo las criaturas, como si no hubiera sobradas bellezas y sobrados goces en esta misma naturaleza donde vivimos, hemos querido buscar otros, nos afanamos y sufrimos, hacemos de nuestra existencia una continua lucha y nos atormentamos constantemente por satisfacer nuestras vanidades, por halagar nuestras pasiones, sin que nos sirva de leccion la experiencia, que nos ha probado que jamás llegaremos á ese bello ideal forjado por nuestra razon extraviada. ¡Goces, no más que goces, siempre tras ellos!... ¿Acaso nos faltan en la naturaleza? ¿Acaso pueden existir ni son más que tormentos los que no llevan consigo la paz del alma? Ignoramos que muchas veces encontrariamos goces sin igual en lo mismo que creemos habia de atormentarnos. ¡La paz del alma!... ¡Ah!... Yo soy feliz... ¿Se sorprende usted?...

—¡Feliz!—murmuré.

—Sí, enteramente feliz; y no porque los azares de la vida hayan dejado de descargar sobre mí terribles golpes. Perdí una esposa... ¡Cuánta ternura, cuánto amor, cuánta virtud!... Perdí un hijo... ¡Era mi hijo y no sé decir más: mi hijo y el hijo de la mujer á quien tanto amaba, el hijo de nuestro amor!... Perdone usted; estas lágrimas que se escapan de mis ojos pueden enternecer; pero no hacen sufrir: son lágrimas de un esposo y un padre... ¡Ah!... ¿No ha gozado usted nunca con el llanto? El mio parece dilatar mi corazon, es uno de mis goces.

El anciano limpió dos lágrimas que rodaban por sus mejillas y luego sonrió.

Mis ojos se humedecieron tambien.

No quise pensar en mi madre, que me habia abandonado; pensé en mi padre, que tal vez lloraria por mí como aquel hombre lloraba por su hijo.

—Sí, sí,—me dijo despues de algunos momentos,—llore usted, porque su llanto prueba corazon, mucha ternura, por más que pruebe tambien sufrimientos. Porque usted es desgraciada, sufre mucho...

—¡Yo desgraciada!

—¿No es usted huérfana?

—Sí.

—¿No la han tenido á usted en el más completo abandono, sin darle á conocer el bien y el mal, dejando que las pasiones y los vicios esclavizaran su alma de usted? Por el camino de las tinieblas la han arrastrado á usted hasta el borde de un abismo, y luego la han precipitado á usted al fondo sin compasion y sin que usted opusiese resistencia, porque usted no sabia adónde la llevaban. Si algunos sentimientos han despertado en su alma de usted, han sido los más ruines, el odio, la envidia, la vanidad...

—¿Quién,—interrumpí vivamente,—ha dicho á usted todo eso?

—¿Quién?... Usted misma...

—¡Yo!...

—¿Era posible que yo educase el alma de usted sin estudiarla y conocerla?

—¡Dios mio!—exclamé, cubriéndome el rostro con las manos.—¡Ha conocido usted que soy!...

—Una mujer desgraciada, muy desgraciada.

—¡Una mujer infame, depravada!...

—No, sino un instrumento de la infamia, de la depravacion.

—Pero yo he debido y podido resistir...

—No, porque á usted le han dicho: «Estarás desnuda y tendrás hambre hasta que tú quieras. Los pobres son unas víctimas de los ricos, pero unas víctimas estúpidas, que no merecen más que desprecio, porque no se defienden. Los ricos gozan, son felices, porque tie-

nen todo lo que quieren; los pobres lo desean todo y nada alcanzan, y por consiguiente sufren mucho. Hay lobos que devoran y ovejas que son devoradas. Escoge, pues, sé oveja ó lobo». Y usted dijo: «Puesto que tal es el mundo, que eso es la humanidad, quiero ser lobo: no quiero desear sin conseguir, quiero tener todo lo que pueda desear, quiero ser feliz». ¿Hay nada más natural? Y añadieron: «El oro es el rey del mundo: quien tiene oro lo tiene todo». Y usted pensó: «Bienaventurados los ricos, los que rien, los que gozan, porque para ellos es la vida, por más que la vida sea pasajera». Era consiguiente, puesto que no le habian dicho á usted: «Bienaventurados los pobres, los que sufren, los que lloran, porque de ellos será el reino de los cielos, la otra vida, que es eterna, la inmortalidad con goces inefables».

—¡Gracias!—exclamé, cogiendo y besando con ternura filial las manos de mi maestro.

Habia adivinado mi pasado, comprendió que mi pecho necesitaba desahogo y se adelantó para evitarme la vergüenza de hacerle confesiones nada honrosas para mí.

En cuanto á mi presente, no dudé un instante que tambien lo conocia.

Solamente ignoraba una cosa, la más importante quizás, puesto que ha decidido de mi destino. Me refiero á mi amor á Paco.

—¡Ah!—exclamó despues de algunos instantes.—Tiene usted un gran corazon: hay en el alma de usted abundantes gérmenes de amor y de ternura. Es usted susceptible de todas las virtudes... ¿por qué ha de condenarse usted á todos los vicios? Un esfuerzo, un solo sacrificio, y basta. Aun puede usted ser feliz, por más que le digan que en el mundo es imposible la felicidad completa. ¿No lo soy yo? El dia que no sufra usted más que por los dolores ajenos, será usted tan dichosa como yo, porque en su mismo sufrimiento encontrará una satisfaccion mucho más dulce que las que ofrecen los violentos placeres del mundo.

—Mi pasado es horrible...

—Lo pasado se borra de la conciencia con el arrepentimiento; lo presente se cambia con el valor, que á usted le sobra... de esta manera será usted dueña de lo porvenir, dispondrá usted de él á su an-

tojo, sin encontrar otros inconvenientes que las contrariedades propias de nuestra condicion humana; solo la muerte podrá detenerla á usted en su camino, y la muerte, cuando se tiene fé en la misericordia de Dios, no espanta, no es un mal, sino un bien, porque no significa más que un cambio de situacion en que las almas justas van á ganar mucho; no es más, para los buenos, que el paso de este mundo deleznable, de esta vida de llanto y de dolores, al mundo celestial, á la vida eterna de inefables goces.

Desde aquel dia comprendí más que nunca la importancia de la educacion y la grave responsabilidad de los gobiernos que la tienen en tan lamentable abandono.

¿Por qué razon se castiga á un padre que teniendo pan se lo niega á sus hijos, y no ha de castigarse al que no le da educacion, que es alimento del alma?

La infame mujer que me crió me hubiese enviado á la escuela si se castigara el delito de abandono en la educacion.

Ya lo he dicho antes, si yo hubiera sabido leer, los libros me habrian dicho muchas cosas que me ocultaba la señora Blasa, y sus criminales consejos hubieran producido menos ó ningun efecto, si á la vez hubiera escuchado los buenos en la escuela.

Cuando acudí al remedio era ya tarde: amaba á Paco, y este amor era un inconveniente invencible para mi regeneracion.

El aprender á la edad en que lo hice fué aumentar mis tormentos, porque comprendí mi desgracia en toda su extension y me convencí de que no tenia remedio.

El virtuoso anciano me contempló como si quisiese leer en mi rostro lo que pasaba en mi alma.

—¡Ya es tarde!—exclamé con desgarrador acento.

—¡Tarde!—replicó.—Jamás es tarde para arrepentirse.

—Estoy arrepentida; pero no puedo dejar de ser lo que soy.

—¿Tiene usted miedo á la miseria?

—No, ni á la miseria ni á la muerte.

—¿Entonces?...

—Mi voluntad no es libre.

—¡Ah!...

—Es esclava de una pasion fatal, contra la que he luchado en vano.

—¿Y el hombre á quien usted ama?...

—Es un criminal...

—¡Dios mio!...

—Un hombre depravado, que no tiene ni aun la dignidad de hombre, puesto que se aviene á vivir con el producto de mi deshonra...

—¡Ah!—exclamó el anciano con horror.

—Y yo seré lo que ese hombre quiera que sea...

—Valor, un esfuerzo, no más que uno... ¿Quiere usted un padre? Yo lo seré. Abandone usted esta casa.

Me dijo esto con tal acento de ternura y tenia yo tan presente en aquellos momentos la horrible prediccion de don Andrés, que dominada, trastornada, loca de dolor me levanté para caer en los brazos que mi maestro me tendia.

Empero en aquel instante oí la voz del miserable viejo, que me llamaba alegremente.

No puedo explicar lo que sentí.

Limpié apresuradamente mis ojos, y falta de aliento volví á sentarme.

El condenado viejo apareció.

—Bien, bien,—dijo en tono de broma,—los sorprendo á ustedes en amoroso coloquio.

Y despues de saludar al maestro, añadió:

—Por hoy le robo á usted la discípula: creí no poder venir, y ya que lo he hecho, deseo que me acompañe á pasear.

El maestro me miró como interrogándome.

Yo dudé; pero al fin lo despedí, tendiéndole mi mano.

Por un solo momento estuve salvada...

¡No debia presentárseme otra ocasion!

El virtuoso anciano se alejó lentamente, triste y pensativo, con la cabeza inclinada sobre el pecho y como agobiado por un profundo dolor.

—Este pobre hombre,—me dijo el viejo con tono de compasivo desden,—es un tipo bien raro. Algunas veces he creido que tiene mucho orgullo.

¡Pobre hombre le llamaba con desprecio!

Me sentí indignada.

La palidez de mi rostro era tal, que el repugnante viejo me preguntó si estaba enferma.

Pretexté un dolor de cabeza, que es el gran recurso de las mujeres cuando quieren ocultar lo que sienten.

Me pulsó.

—Estás muy nerviosa,—dijo.

—Sí,—contesté, aceptando la idea.

Pero él no se metió en averiguar la causa de la excitacion de mis nervios, ni tampoco hubiera podido averiguarla, estando yo resuelta á decir que no la habia.

No hay efecto sin causa; pero nosotras sabemos sostener con toda formalidad que ignoramos lo que muchas veces altera nuestro sistema nervioso.

Hay que creernos y echar la culpa á la atmósfera.

El viejo me propuso dar un paseo por el bosque: el ejercicio corporal debia serme provechoso.

Acepté su brazo y me dispuse á escuchar sus ridículas galanterías.

XXVIII.

A pesar de la brusca interrupcion en los momentos más críticos de mi conversacion con mi maestro, quedé en la mejor disposicion de ánimo para hacer el sacrificio y salvarme.

Sin embargo, no lo quiso así mi desgracia.

Al dia siguiente dispuso el viejo que fuésemos á Madrid para no regresar á la quinta en tres ó cuatro dias.

Esto era un golpe terrible.

Sin embargo, yo estaba decidida á tener otra conferencia con mi maestro, y aun puedo decir que resuelta á entregarme á su sábia direccion y paternal cariño; pero el último dia que estuvimos en Madrid, al bajar yo á paseo en mi magnífico carruaje, ví á Paco.

Yendo por la Carrera de San Gerónimo, al pasar por el sitio que llaman las Cuatro Calles, siempre muy concurrido, miré distraidamente á mi derecha...

¡Cómo palpitó mi corazon!

Sentí ardérseme el rostro y como si se hubiese encendido mi sangre.

Exhalé un grito, que afortunadamente quedó ahogado por el ruido de los carruajes.

Sin pensar á lo que me exponia, mandé parar...

Pero mientras dije que volviesen á la derecha, Paco habia desaparecido entre los transeuntes.

En vano miré afanosamente á todos lados...

Desde aquel instante me faltó el valor para llevar á cabo mi plan de salvacion.

No renuncié enteramente á seguir los consejos de mi maestro; pero dudé.

Volvimos á la quinta, donde el viejo pensaba permanecer á mi lado una semana.

Este era un tiempo perdido; mientras el viejo estuviese allí, no podia yo tener otra conferencia con el maestro.

Sin embargo, me alegré, porque esto me daba tiempo para meditar, y mi resolucion, siendo más meditada, debia ser más firme.

Me amenazaba otro golpe, más terrible que ninguno, porque debia ser decisivo.

¡Ah!...

Siempre viendo y tocando la dicha, y siempre desvaneciéndose como un fantasma al ir á cogerla.

Dios ha querido poner á prueba la sinceridad de mi arrepentimiento, la fuerza de mi voluntad para ser buena.

No he triunfado.

He sucumbido cobardemente en la lucha...

¡Y ya estoy perdida para siempre, para siempre!...

XXIX.

El dia que el viejo debia volverse á Madrid y que yo pensaba aprovechar para mi segunda conferencia con el maestro, tuvo lugar el suceso que he calificado de golpe decisivo.

Nunca el horizonte habia estado tan puro y transparente.

El viejo me dijo que nunca se habia sentido tan bien, que le parecia haber recobrado en un momento la agilidad y alegría de su juventud, y que sentia un apetito devorador.

Efectivamente, cuando almorzamos comió con verdadera avidez, y en tan gran cantidad como hubiera podido hacerlo el hombre más jóven y fuerte despues de un ayuno y de un ejercicio violento.

Mandó que le preparasen el coche y se recostó en un divan junto á la chimenea.

—¡Ah!—exclamó, á la vez que sus ojos se cerraban.—En este momento soy enteramente feliz... Si no enganchan pronto, creo que me dormiré; pero con el más dulce de los sueños.

Así sucedió.

Pocos segundos despues dormia profundamente.

Yo guardé silencio y esperé con afan la hora en que debia decidirse mi suerte...

¡La hora habia llegado!...

Reinó un silencio profundo, interrumpido solamente por un ronquido leve, igual y continuado, que resonaba en el interior de la garganta del viejo.

Su rostro, pálido siempre, estaba entonces amoratado.

Avisaron que el coche esperaba.

Llamé al viejo.

Pero no despertó.

Volví á llamarlo, y como tampoco me respondiese, lo moví...

¡Oh!...

Su cuerpo cayó pesadamente sobre el asiento del divan.

Grité poseida de terror y tiré del cordon de la campanilla hasta romperlo.

Acudieron todos los criados.

—¡Está muerto!—exclamaron unos.

—No, porque respira,—dijeron otros.

—Un médico,—grité,—un médico...

Lo colocaron en su cama.

El que habia reemplazado á don Andrés, y que se encontraba en la quinta, partió inmediatamente para Madrid en busca de los auxilios necesarios.

Los que quedamos no teniamos que hacer más que esperar.

Permanecimos al lado del paciente, que no recobraba el conocimiento.

A pesar de mi aborrecimiento al viejo, declaro que hubiera hecho cualquier sacrificio por salvarle la vida.

Nunca me habia parecido el tiempo tan largo.

Al fin llegó el médico, examinó al enfermo y dijo:

—No hay salvacion posible. Una evacuacion de sangre en el momento en que se presentó el mal, tal vez lo hubiera curado; pero ya es tarde, la congestion ha llegado á un período en que nada puede la ciencia. Sin embargo, intentaremos, lucharemos.

Pidió agua caliente, y sin perder un minuto sangró al paciente, que pocos momentos despues empezó á dar señales de vida, aunque sin recobrar por completo el uso de sus facultades intelectuales.

Una hora despues dijo el médico:

—No hay remedio, y quisiera no ser yo solo el responsable. Se trata de un enfermo cuya muerte puede acabar con mi reputacion. Si se consigue hacerle vivir hasta la noche y que pueda dictar sus últimas disposiciones y preparar su alma, habremos conseguido mucho.

Desde entonces las idas y venidas á Madrid fueron contínuas.

Llegaron más médicos, que opinaron lo mismo que el otro.

Al oscurecer se encontraba la casa llena de elevados personajes, que habian acudido á ver al enfermo.

La noticia habia cundido con rapidez en la córte.

Yo no sabia qué hacer, estaba avergonzada, porque mi papel era demasiado triste y aun ridículo, ó más bien no representaba nada allí.

Creí oportuno y decoroso no dejarme ver y me encerré en mi gabinete, ordenando que me participaran cuanto ocurriera.

¿Qué iba á ser de mí?

Apenas espirase el viejo se me echaria ignominiosamente de aquella casa por los mismos que pocas horas antes me habian respetado y adulado.

¿Adónde iria?

Yo ignoraba el paradero de Paco, y aun conociéndolo, no debia él encontrarse en estado de favorecerme.

Me veria obligada á buscar á la señora Blasa y pedirla amparo y proteccion...

Jamás.

Mi maestro me ofrecia la ayuda y el cariño de un padre.

Aquel dia estuvo allí cuando la casa se encontraba en la mayor confusion, despues del pronóstico del médico.

—Hija mia,—me dijo cariñosamente,—hoy dejará de existir el dueño de esta casa... Mañana temprano vendré por usted.

Se fué sin esperar mi respuesta.

¿Debia yo vacilar?

Desde el dia siguiente mi maestro seria mi padre.

En el momento en que adopté esta resolucion entró en el aposento mi doncella.

—Señorita,—me dijo,—ha venido un hombre que pregunta por usted y se empeña en entrar.

—No estoy para recibir á nadie,—le respondí.

—Eso mismo le he dicho yo; pero asegura que usted lo conoce y espera...

—¿Y no dice quién es?

—Solamente que se llama Paco.

Faltó muy poco para que yo misma descubriese mi secreto.

Puede comprenderse el efecto que me produciria en aquella situacion la noticia de la llegada de mi amante.

En algunos segundos no pude articular una sílaba.

Al fin hice un esfuerzo para dominar mi conmocion y dije:

—Es verdad: se le esperaba hace tiempo... Que entre, y déjenos usted.

Yo estaba trastornada.

Un temblor convulsivo agitaba mis miembros.

¿Qué iba á sucederme?

¿Tendria valor para rechazar á Paco?

No, porque debiera haber principiado por negarme á recibirlo.

XXX.

Levantóse la cortina de la puerta y se presentó Paco.

Una sonrisa irónica, burlona, dilataba su rostro.

Yo permanecí inmóvil y muda para dar tiempo á que se alejase la doncella.

Luego me puse de pié.

Paco no se movió.

Me miraba y sonreia como al entrar.

Entonces, como ahora, mi amor se explica semejante conducta como efecto de la educacion y no como falta de cariño.

Yo, que tanto lo amo, no puedo ni quiero creer que no soy correspondida, y si juzgo á Paco tan severamente, si lo presento como un hombre indigno de ser amado, es porque al referir mi historia me he propuesto ser imparcial hasta donde me fuera posible.

—¡Paco!—exclamé al fin arrojándome á su cuello.

Un torrente de lágrimas corrió por mis mejillas.

—Ya me tienes aquí, perrona,—me dijo con su lenguaje soez;—deja el llanto para luego... Vamos á lo que importa...

—Pero...

—Sé lo que pasa y por eso he venido.

—¡Paco, dime que me amas como siempre!...

—Si no te quisiera no me verias aquí.

—¿Sabias dónde yo me encontraba?

—¡Ya lo creo!

—¡Y no has intentado verme!

—¿Para echar á perder el negocio? Este invierno hubieras ido á Madrid, y entonces... Pero dime si podemos hablar con descuido...

—Sí.

—Pues bien, no hay que perder tiempo. En cuanto el viejo la en-

tregue, sus herederos dirán que son los amos de todo y te plantarán en lo ancho del rey.

—No puede suceder otra cosa.

—Por eso debes irte antes que te echen. He traido un coche y dentro de cinco minutos podemos estar camino de Madrid.

Me habia olvidado de todo, absolutameute de todo.

En aquellos momentos no habia para mí más que Paco y mi amor.

Mi primer impulso fué seguirle sin cuidarme siquiera de tomar un abrigo.

—Vamos, paloma,—añadió,—¿en qué piensas?

—Aguarda un instante, me despediré, tomaré un abrigo y...

—¿Te vendrás con las manos vacías?

—¿Qué quieres decir?

—Que aproveches el tiempo, recojamos las alhajas y el dinero que esté á tu disposicion y...

—¡Paco!...

—¿Pensabas que nos muriésemos de hambre? ¿Cómo te harás la señora para encontrar otro tonto?

—¡Un robo!...

—Un negocio...

—¡Ah!...

—¡Calla!... ¿Te asustas, corazon?—me dijo con ironía.—¿Pues qué has hecho desde que sabes andar?

—Eso no...

—Dime, esas joyas ¿de quién son? ¿No te las ha regalado el vejete?

—Las compró para mi uso...

—Te diria: «Toma», y esto creo que es dar. Y si no, dime: ¿con qué te ha pagado? ¿Con la comida? Pues ni un criado se contentaria con tan poco. Todo eso lo has ganado con tu trabajo.

No acerté á responder, porque, debo confesarlo, hasta cierto punto me pareció razonable y lógico lo que Paco decia.

¿A cambio de qué habia yo sacrificado mi honra y me habia violentado?

¿No me habian prometido riquezas?

Justo era que lo prometido se cumpliese, como yo lo habia cumplido.

Este razonamiento no podia ser más absurdo; pero entonces no me lo pareció así.

Sin embargo, dudé, porque Dios quiso enviarme un rayo de luz y me acordé de mi maestro.

—Paco,—dije,—no aspiro á engañar á otro hombre: seré tuya y...

—Dia llegará en que nos pasemos la buena vida como dos pichones; pero antes es preciso arreglarnos, porque sin dinero estariamos muy mal. En fin, si es que quieres morirte de hambre, no te lo estorbo; pero yo tendré que acomodarme por donde pueda, que no faltarán mujeres más capaces que tú de sacarme de apuros.

—¡Otra mujer!—murmuré arrebatada por los celos.

—Sí.

—¡Oh!...

—Que el tiempo pasa... ¿Qué determinas, paloma?

—¡Paco!...

—Está visto: sea lo que tú quieres; pero yo no haré el tonto... Figúrate que no me conoces, que me he metido aquí con engaños y que te digo: «Vengan esos diamantes ó te corto el pescuezo»...

—Basta, basta...

—¿En qué quedamos?

Por toda respuesta abrí un armario.

Paco se apoderó de todas mis joyas y del dinero que habia, aunque no era mucho.

Este crímen debia quedar impune, porque era imposible probarlo.

El viejo no habia podido explicarse ni hacer testamento, y la justicia no podia hacerme cargo de unas alhajas, cuya existencia en mi poder no constaba en ningun documento ni declaracion.

Moralmente podrian acusarme; pero legalmente no.

Consumado el robo, cerré el armario y dejé la llave sobre una mesa.

—Ahora,—me dijo Paco,—despídete. Yo soy no más que un hombre de tu confianza, un criado...

La doncella entró precipitadamente.

—¿Qué pasa?—le pregunté.

—Acaba de espirar...

—¡Dios mio!...

Ambas lloramos.

Paco, inmóvil y silencioso, permaneció en actitud respetuosa y como si aguardase mis órdenes.

Dejé que pasaran algunos minutos, y dije á la doncella:

—Puesto que ha muerto el amo de esta casa, nada represento aquí y debo irme.

La sirviente se sorprendió, porque creia que yo no abandonaria la casa hasta el dia siguiente.

Le hice comprender mi situacion, le dí algunas monedas de oro y le ofrecí tomarla á mi servicio si le convenia.

Aceptó la proposicion.

Entonces le mandé que llamase al mayordomo, y cuando este se presentó, le dí las mismas explicaciones.

Me rogó que esperase; pero no quise.

—Bien,—dijo;—entonces tendrá usted la bondad de indicarme adónde quiere que se le lleve su equipaje, y se hará al amanecer. No hay testamento: la justicia intervendrá, y usted no podrá justificar lo que es suyo. Me consta que cuanto hay en ese pequeño armario es de usted, porque se lo regaló el hombre generoso á quien lloramos: además la ropa...

—Nada quiero,—murmuré avergonzada al ver que se me ofrecia lo mismo que yo acababa de robar.

El honrado dependiente insistió de tal manera, que al fin acepté. Así evitaba que se conociese mi crímen.

Volví á tomar la llave del armario, que debian enviarme tal como estaba.

Cinco minutos despues me alejaba para siempre de la quinta.

XXXI.

Ya no habia salvacion para mí.

Esclava de mi loca pasion y demasiado comprometida en mi fatal camino, me era imposible retroceder.

Vendimos casi todas las alhajas, que produjeron una cantidad bastante crecida.

Durante aquel tiempo no faltaron hombres ricos y de elevada posicion, que averiguasen dónde me encontraba y me solicitasen con empeño.

Mis negativas favorecieron mis intereses, porque fuí tanto más deseada cuanto era más difícil conseguir mis favores.

Excusaré detalles, porque todos los que pudiera dar no tienen ya ningun interés.

Mi amor á Paco y mi ódio contra la sociedad crecieron hasta el punto de que ya no anhelé más que satisfacer mis pasiones.

Cuando volví á presentarme en los paseos y los teatros, obtuve nuevos triunfos.

En breve me ví asediada por los hombres.

Á pesar de mi juventud y del poco tiempo que habia pasado fuera de la tutela de la señora Blasa, no me eran ya necesarios consejos ni lecciones.

Sabia fingir admirablemente, y esto era cuanto necesitaba.

Dominé cuanto pude mis escrúpulos, aparté de mi memoria los recuerdos que podian detenerme y me lancé con verdadero frenesí en el camino de la depravacion.

No fué menester que Paco me alentase.

El rio que se desborda no necesita más que la fuerza de su corriente para arrollar cuanto se le opone.

Las pasiones son lo mismo: una vez desbordadas no se detienen ante ningun obstáculo.

El lugar del viejo lo ocupó un jóven que acababa de heredar una gran fortuna.

En pocos dias conseguí hacerme dueña de su voluntad: llegó á ser un esclavo de mis caprichos.

A medida que él se sometia, yo me mostraba más exigente.

Era imposible que sus rentas bastasen á sostener el lujo que yo gastaba.

A los dos años habia vendido la mayor parte de su patrimonio y estaba agobiado de deudas.

Le era imposible sostenerme como lo habia hecho, y le aconsejé que se retirase á vivir económicamente en una provincia.

No se habia casado porque no queria perder su libertad, y sin embargo ningun marido era tan esclavo de su mujer como aquel hombre lo era mio.

Las malas pasiones llegaron á producir en mí una verdadera embriaguez, una especie de delirio.

Estaba sedienta de escándalos.

Tras aquel hombre vino otro y otros muchos.

Más de una virtuosa familia se ha visto arruinada por mí.

Soy la causa de muchos dolores, he hecho derramar muchas lágrimas.

¿Qué más he de decir?

No hay quien no conozca mi vida presente.

Si algo se ignora, es algun crímen.

Si en algo se me juzga equivocadamente es en creer que no soy capaz de todo, absolutamente de todo lo malo.

Al referir mi historia he podido aparecer interesante como toda criatura desgraciada; pero al mirar mi vida presente, al considerar el horrible desenfreno de mis vicios, aparezco lo que soy, la personificacion de Satanás, y debo inspirar horror.

¿Qué se deduce de todo ello?

¿Tengo corazon?

¿Soy mala por instinto y por voluntad?

¿Soy ni puedo ser feliz?

Me he juzgado demasiado imparcial y severamente para que se

crea que el aprecio de mí misma me ciega y me conduce á conclusiones erróneas; por consiguiente, puedo decir con toda libertad lo que siento.

Me sobra corazon: hay en mi alma un fondo de nobleza y de generosidad que no se ha perdido, sino que está ahogado por las pasiones; es una joya metida en el lodo; no brillará, no se la verá: pero no por eso dejará de ser una joya.

En cuanto á mi felicidad, se comprende fácilmente: he sufrido mucho y sufro más cada dia.

No intento disculparme, ni siquiera atenuar mis faltas: sé que debo responder de mis acciones, porque he tenido el derecho del libre albedrío; pero tambien quiero buscar la causa de mi desdicha.

¿Quién dió lugar á que la joya cayera en el lodo, perdiéndose para siempre?

¿Quién ha sido la causa de que mis buenos instintos no den su fruto?

¿Quién me ha conducido á situaciones de horribles luchas en que ha sucumbido mi voluntad?

Mi madre que me abandonó, mi madre que me sacrificó á su honra aparente, lo mismo que habia sacrificado su honra á sus pasiones; mi madre, que no tuvo que luchar con la miseria y el hambre, sino con un sentimiento de vanidad; mi madre, á quien habian educado y enseñado á distinguir lo bueno de lo malo.

¡Mi madre!...

¡Ah!... No responderá ante el mundo; pero ante Dios, no cambio mi responsabilidad por la suya.

Me falta dar el último paso, atravesar la última situacion.

Un presentimiento que no puedo desechar, me dice que esta situacion está cercana.

Creo que debe cumplirse muy pronto la prediccion de don Andrés.

Me esperan la cárcel, el hospital y la muerte.

¿Encontraré á mi madre antes de morir?

Sí, la mano de Dios la pondrá frente á mí para que escuche mi historia.

Creo en la justicia de Dios, no solamente en la otra vida, sino en esta.

Toda falta lleva consigo la pena, y en vano intentaremos delinquir impunemente.

Muchas veces no alcanzará la justicia de los hombres al criminal; pero la justicia divina alcanza á todos...

¡Bienaventurados los que lloran!

CAPITULO XXVIII.

Cómo terminó la conversacion entre Rosina y Alejandro.

Rosina se sentia bastante fatigada.

Su rostro estaba pálido y su mirada era en aquellos momentos sombría.

Guardó silencio y quedó inmóvil, como si meditase sobre lo que acababa de hablar.

—Creo,—dijo Alejandro,—que se juzga usted con demasiada severidad: tiene usted un gran corazon y una gran inteligencia, y por consiguiente vale usted mucho. Por lo demás, bendigo á Paco, porque sin él se hubiera usted ido á servir de ama de gobierno al maestro de escuela, lo cual no me parece muy á propósito para usted. Aquel hombre, con toda su virtud, intentó cometer un crímen imperdonable, el de privar al mundo de la incomparable belleza de usted; pero afortunadamente no ha sucedido así.

—He conocido á muchos, á muchísimos hombres como usted,—replicó Rosina.

—¡Ya lo creo!—repuso Alejandro sin comprender que ella habia querido decirle: «Hay muchos hombres estúpidos y usted es uno de ellos».

—Dejemos mi historia, me atormentan esos recuerdos...

—Es verdad, hablemos de lo presente, de lo que nos interesa. Mi encantadora Rosa, los dos podemos ser felices, que es lo mismo

que hacer ambos un gran negocio. Yo estoy locamente enamorado de usted...

—Yo no amo á nadie más que á Paco...

—Bien, no importa: los sentimientos de usted no son los que han encendido mi pasion...

—Entiendo.

—Por consiguiente, arreglemos este negocio de manera que yo pueda ver satisfecho mi deseo y usted sea dueña de los quince mil duros prometidos, que usted gastará segun se le antoje ó guardará.

—Quiero saber quién es mi madre.

—La encontraremos; pero esto podrá tardar un mes ó dos y yo no quiero esperar tanto. Me pide usted una cosa y yo le ofrezco dos...

—Pero no puede usted disponer de ninguna todavía. El dinero no será de usted mientras no encuentre á la hija de esa señora...

—Buscaremos un medio.

—¿Cuál?

—No lo sé; pero estoy seguro de encontrarlo. ¡Ah! tanto es mi amor, que mi ardiente deseo iluminará mi inteligencia. Decídase usted á tomar los quince mil duros, esto es lo que necesito.

Rosina inclinó la cabeza sobre el pecho y meditó.

Estaba decidida á rechazar las pretensiones de Alejandro, temerosa de que Luisa fuese su madre; pero no queria renunciar á los quince mil duros. Paco exigia que se cometiese este robo, y ella queria satisfacer á Paco.

¿Cómo conseguirlo?

Era difícil.

Renunciar á encontrar á su madre, era lo de menos para Rosina: ya hemos visto que su alma estaba muy lejos de sentir el amor filial.

¿No la sacaria del apuro su fecunda imaginacion?

Ella creia que sí, y tal vez no se equivocaba.

—No necesito más que algunas horas,—dijo para sí.—He sufrido mucho esta noche; pero con el reposo vendrá la tranquilidad de espíritu, y con la presencia de Paco los alientos. Mañana me ocuparé de este asunto.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Quiere usted que le ayude á buscar ese medio?

—¿Es decir que está usted decidida?...

—Por si acaso me decido...

—¡Oh!—exclamó Alejandro con acento de viva alegría.

—Mañana hablaremos: mi cabeza no ha quedado en disposicion de cavilar mucho: déjeme usted descansar.

El amante de Luisa aceptó la ayuda con todo el entusiasmo consiguiente á su amoroso afan, y se despidió, prometiendo volver al dia siguiente.

—Ya estoy seguro,—decia mientras se desnudaba,—de conseguir mi deseo: si yo no encuentro el medio, ella lo encontrará: tiene una imaginacion diabólica... ¡Oh!... Es otra madre: bien dice el refran, de tal palo tal astilla... Me ha mareado con su historia. ¡Qué diluvio de palabras!... Lo mismo que su madre... Soy feliz: tengo que agradecer mucho á la fortuna.

Media hora despues dormia tan profunda y tranquilamente como puede dormir un hombre sin corazon, talento, conciencia ni vergüenza, que suelen ser insuperables obstáculos para alcanzar la dicha en este mundo.

CAPITULO XXIX.

Donde volveremos á ver al capitan Schunoop y á su hija.

La historia de Rosina nos ha separado un poco de los acontecimientos que relatábamos; pero no nos ha llevado fuera del asunto, puesto que prometimos dar apuntes para la comedia social, y no son ciertamente despreciables los que esa historia contiene.

Volvamos, pues, á nuestro drama; y para que no se nos acuse de haber olvidado al capitan Schunoop, lo buscaremos y presentaremos nuevamente como la primera vez, es decir, al lado de su hija, que trabajaba, y hablando de sus apuros, que eran cada dia mayores.

Al que es pobre y pide prestado le sucede lo que al hidrópico, que tiene más sed cuanto más bebe.

Schunoop, para atender á perentorias necesidades, creaba otras mayores, y debia sucederle lo que le sucedió, que le fué imposible atender á las segundas, puesto que eran de mayor importancia que las primeras.

Consuelo buscaba trabajo y lo encontraba rara vez, de manera que pasados algunos dias despues de haber tomado el dinero de Luisa, se encontraron mucho peor que antes, porque los recursos habian disminuido considerablemente para mucho tiempo.

Vino otra vez la miseria en su último extremo, el hambre, y era preciso dar nueva solucion á los apuros.

¿Cómo?

Era imposible: no habia medio de crear nuevas obligaciones, por-

que los usureros conocian demasiado bien sus intereses para dar más á quien no podia pagar lo que ya debia.

Schunoop se desesperaba, juraba y maldecia, y Consuelo sufria, callaba y lloraba cuando no la veia su padre.

Eran las diez de la mañana.

El sol empezaba apenas á romper la espesa niebla que lo ocultaba.

El frio era intenso y comenzaba á soplar un airecillo de la parte del Norte que parecia filtrarse hasta los huesos.

De vez en cuando tenia Consuelo que suspender su labor para frotarse las manos y devolverles el calor y la accion.

Su padre las resguardaba en los bolsillos del ancho pantalon azul y se paseaba de un extremo á otro del aposento, segun su costumbre.

Llevaban una hora de discurrir sobre su situacion, y nada habian conseguido más que aumentar, hablando, la debilidad de sus estómagos.

La ropa era escasa y endeble, el alimento nulo y la habitacion desamueblada, sin estera y sin fuego: por consiguiente el frio era para ellos más intenso que para cualquiera que hubiese almorzado, ó lo que es lo mismo, si el termómetro marcaba dos grados sobre cero, para aquellos dos desgraciados la ausencia del calórico debia estar representada por diez grados bajo cero.

Consuelo en particular estaba aterida, porque su padre era menos sensible á una temperatura baja, ya por su robustez, ya por haber nacido y haberse criado en el norte de Europa.

El frio, cuando no ha llegado á producir la insensibilidad precursora de la muerte, es un tormento tan horrible como el hambre.

Los pobres son doblemente desgraciados en invierno.

Sufren más en la estacion en que los ricos gozan más.

No es solamente el padecimiento físico, sino el anonadamiento moral, lo que hace triste, atormentador el frio.

El fuego es uno de esos goces íntimos, inexplicables, para el pobre en el invierno, un goce que iguala al de la comida despues de muchas horas de hambre, y mucho mayor que el que nos proporciona el agua cuando tenemos sed en el estío.

Esto no puede comprenderlo ni creerlo el que no ha sentido el frio;

pero el frio, no en las calles ni en el campo, sino en un aposento lóbrego, en medio de la miseria, el frio que sienten los pobres, que es un frio triste y desconsolador.

Para los ricos el invierno es todo animacion y alegría, vida y goces, mientras que para el pobre todo es tristeza y desconsuelo, desconsuelo tan desgarrador como si viesen morir la naturaleza para quedarse en la soledad de la nada.

Los bienaventurados de la tierra no pueden comprender esto.

Sin embargo, no son por eso más desgraciados los pobres si han conservado viva la llama de una pura fé.

Vendrá el gran dia, el dia de los dias, y en la balanza de la justicia infalible de Dios se echarán lo mismo pecados y virtudes que goces y sufrimientos...

¡Bienaventurados los pobres!

—¿Pero es posible,—decia Consuelo con su voz dulce y melancólica,—es posible que no haya dolor ni desgracia que conmueva el corazon de esas gentes?

—Posible, sí,—respondió Schunoop con la aspereza natural de su acento polaco.

—¡Oh!...

—Para tí es increible, inverosímil; pero no es menos verdad. ¿Concibes tampoco el asesinato? No; y sin embargo, ya ves que hay quien asesina sin ódio, quien vende su brazo por una mezquina cantidad.

—No es lo mismo...

—Si conocieras el mundo...

—Pues bien, padre mio, necesito verlo para creerlo.

—Si eso pudiera ser...

—¿Y por qué no?—preguntó la jóven, mirando atentamente á su padre.

—Porque no tienes necesidad de entenderte con esa gente.

—¿No ha perdido usted toda esperanza de conseguir ablandar el corazon de ese hombre?

—La he perdido, porque no tiene corazon.

—¿No dice usted que el dinero no es suyo?

—Es de una mujer á quien representa.

—Mujer y sin corazon...

—Los que han acudido á ella, creyendo lo mismo que tú, han obtenido menos que de él. Tengo noticias sobre este punto. Si yo fuese á verla me responderia como á otros: «No entiendo de eso: lo que no haga mi apoderado, será porque no puede hacerse».

—Pues bien,—repuso Consuelo, mirando á su padre con mayor afan,—yo iré á verla...

—¡Tú!—exclamó Schunoop, deteniéndose y mirando con asombro á su hija.

—¿Y por qué no?

—¿Has perdido el juicio?

—Las mujeres tenemos un lenguaje especial...

—Sí,—replicó Schunoop con aspereza,—ese lenguaje son las súplicas, el llanto, la humillacion... ¡Cien legiones!... ¡Suplicar tú á una miserable!... Consuelo, no hagas que se me suba la sangre á la cabeza.

Consuelo no se dió por vencida.

Aunque con miedo, se atrevió á insistir: habia heredado la firmeza y aun la tenacidad de su padre y no se daba fácilmente por vencida.

—Yo no voy,—dijo,—á suplicar, ni á llorar, ni mucho menos á humillarme, sino á proponer y á discutir con la esperanza de conmover ó convencer, porque, repito, las mujeres nos comprendemos.

—Basta.

—Si usted me permitiera...

—Basta he dicho,—interrumpió Schunoop, volviendo á su paseo.

—Bien, padre mio,—repuso con dulzura la jóven.—Nada me importa por mí, sino por usted: yo sé sufrir el frio y el hambre...

—Consuelo,—dijo el capitan, volviendo á pararse; pero dejando ver en su rostro el cambio repentino de sus sentimientos.

—Lo sabe usted, padre mio,—añadió la jóven, segura ya de vencer,—nunca he proferido una queja...

—¿Y á qué viene eso ahora?

—Quiero que usted comprenda que no me mueve el egoismo, porque ni siquiera me acuerdo de la comida, á pesar de estar en ayunas y de no tener esperanzas de comer hasta la noche...

—¡Oh!—murmuró Schunoop con voz ahogada.

—Me sobran fuerzas para trabajar...

—Consuelo, abusas de mi cariño...

—¡Yo!...

—Me recuerdas que tienes hambre...

—Al contrario...

—Basta, basta...

—Callaré.

—¿Te empeñas en ver á esa señora?

—No quiero hacer nada que le disguste á usted.

—Sí; pero...

—Ya no quiero verla.

Los ojos del capitan se humedecieron.

—Lo mismo que su madre,—murmuró.—¡Y dicen que soy una fiera y... y... ¡Vive Dios!... Puedes ir, quiero que vayas á ver á esa señora: vive en la calle de Atocha, número... cuarto principal de la derecha, y se llama doña Luisa... No me acuerdo del apellido... En fin, no importa... ¿Qué aguardas?... Te acompañaré... Vamos, vamos.

La jóven se arrojó al cuello de su padre, besándolo con ternura.

—Déjame, Consuelo... ¡Oh!... ¿Es que quieres verme llorar?...

—¡Padre mio!...

—Eso es... llora tú tambien... así... ¡Vive el cielo!... ¡Si esa bribona llega á ofenderte con una sola palabra!... No, no lo hará, siendo yo tu padre: me conoce... Vamos, es tarde.

En pocos segundos estuvo la jóven dispuesta para salir.

El capitan se puso el sombrero y tomó su grueso baston.

Salieron y se encaminaron á la calle de Atocha, sin volver á pronunciar una palabra.

Schunoop iba más erguido que nunca, y miraba á su alrededor con cierta expresion de orgullo y hasta de insolencia: su hija le llenaba de orgullo, le envanecia que la mirasen; pero para decir á todo el mundo: «Tened cuidado: acabo de llorar como un niño; pero si alguien la ofende seré un tigre».

Cuando llegaron á la puerta de la casa de Luisa, se detuvieron.

—Subiré sola,—dijo Consuelo.

—Bien,—respondió Schunoop,—puesto que ha de hacerse tu gusto, que sea por completo. Aquí esperaré; pero con una condicion.

—¿Cuál?

—No has de ocultarme nada de lo que suceda, ni una palabra...

—Lo prometo..

—Me basta, eres Schunoop.

La jóven entró en la casa, y su padre se puso á pasear como un centinela.

CAPITULO XXX.

El resultado que dió la entrevista de Luisa y de Consuelo.

Luisa, sentada junto á la chimenea, recibió á Consuelo, porque esta habia dicho que la llevaba un asunto del mayor interés y de suma urgencia.

Habíanle dicho que la jóven, á pesar de sus maneras distinguidas, parecia por su traje ser una jornalera pobre.

—Bien,—dijo Luisa para sí,—no importa si viene á implorar un socorro. Algun dia he de empezar á ser buena... ¿Quién sabe si será alguna desgraciada sin madre, lo mismo que mi hija?

Consuelo se presentó con el aire modesto propio de su triste situacion y del papel que le tocaba representar allí; pero sin dejar por eso la dignidad que era natural en ella, dignidad que muchas veces rayaba en orgullo.

Las maneras y el lenguaje que se adquieren con una educacion distinguida y el contínuo trato con personas de elevada clase, no se pierden jamás, no se ocultan con los harapos, se traslucen á través de la miseria y en todas las situaciones de la vida.

Así sucedió con la jóven al presentarse á Luisa: esta, educada en el trato del gran mundo, comprendió al primer golpe de vista que aquella hermosa criatura, á pesar de su pobre ropa y de su modestia, era una persona de distincion á quien era preciso tratar con delicadeza y de quien no habia que temer importunidades, simplezas ni mucho menos el abuso de la benevolencia que se le concedia.

Cualquiera que fuese la pretension de aquella jóven, debia exponerla con brevedad y despedirse cuando supiera á qué atenerse, sin hacer observaciones inútiles ni impertinentes.

Todo esto lo pensó Luisa en un segundo y decidió mostrarse atenta y delicada para no aparecer inferior á la modesta y encantadora niña.

—Perdone usted, señora,—dijo Consuelo al entrar.

—No, no, señorita,—interrumpió Luisa, dando á su acento toda la dulzura que sabia darle y desplegando una benévola sonrisa,—no tengo que perdonar: necesita usted hablarme y es natural que procure hacerlo: en esto no hay ningun abuso: yo haria lo mismo... Pero tenga usted la bondad de sentarse... ahí, en ese otro sillon, estará usted cerca del fuego; hace mucho frio.

Consuelo quedó sorprendida y se tranquilizó: podria negársele todo; pero ya estaba segura de que no se la ofenderia.

—Gracias, señora,—dijo sentándose, sin mostrar extrañeza por el lujo que la rodeaba.—Me trae un asunto desagradable y vengo á pedir á usted un favor, y como esto solo á mí me interesa...

—Dispénseme usted que la interrumpa para corregir un error. Si yo puedo favorecerla á usted ¿no estoy más ó menos interesada por la satisfaccion que puedo tener, concediéndole lo que me pida? Esté usted segura, señorita, que ha de ser muy difícil, imposible, lo que quiera de mí, ó no se irá de esta casa sin que le quede otorgado.

La sorpresa de Consuelo creció hasta el pnnto que puede comprenderse.

¿Era aquella la mujer sin corazon que debia escucharla con indiferencia y responderla con una negativa?

—Señora,—dijo,—aun cuando me negase usted lo que voy á pedirle, saldré de esta casa sobradamente satisfecha con la honrosa acogida que se me hace.

Luisa se convenció de que no se habia equivocado; sintió un vivo interés por la encantadora niña y decidió evitarle la vergüenza de explicar su situacion.

—Hija mia,—dijo cariñosamente,—la conversacion de usted me encanta...

—Señora...

—¿Puedo saber su nombre de usted?

—Consuelo Schunoop...

—Schunoop... No desconozco este apellido... Consuelo... ¡Qué nombre tan dulce!... ¿Es usted huérfana?

—Perdí á mi santa madre...

—¡Santa madre!—murmuró Luisa, conmovida instantáneamente hasta lo más profundo del alma.—¡Dichosas las madres cuyas hijas les llaman santas!

Y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Consuelo la miró y sin saber por qué no se atrevió á decir una palabra.

—Me interesa la suerte de usted,—añadió Luisa despues de algunos instantes.

—¡Ah!... Gracias, señora... Bien necesito ese interés...

—¿Y no necesita usted mi proteccion?... Sí, de seguro... ¿No es verdad?

—La de todo el mundo: soy pobre, mi padre es desgraciado...

—¿Su padre de usted?...

—Ha derramado su sangre en la última guerra civil...

—¿Y ahora?...

—Está retirado...

—¡Ah!—exclamó Luisa.—Ya sé quién es su padre de usted; sí, el hombre más honrado...

—Sí,—dijo cándidamente la jóven.

—Un héroe.

—Sí, sí...

—Muy desgraciado...

—Mucho, señora...

Luisa comprendió lo que podia querer la jóven y que no podia ser sino plazos más largos para pagar lo que su padre debia ó nuevas cantidades prestadas.

Alejandro habria negado lo uno y lo otro y acudian á ella.

A decir verdad, la situacion de Luisa era embarazosa, porque acababa de ofrecer proteccion á la misma persona á quien ella arrebataba el pan con la usura.

¿Qué concepto formaria la jóven?

Debia creer un sarcasmo aquellos ofrecimientos.

Aunque sin explicarse con claridad la causa, ello es que Luisa habia experimentado un vivo interés por Consuelo y queria á toda costa hacerse querer por ella.

¿Qué decir y qué hacer para que desapareciese la codiciosa usurera y no quedase ni se viese más que á la generosa protectora?

No era fácil conseguirlo.

Luisa lo comprendió así y decidió recurrir al corazon de la jóven: lo que no podia la razon lo haria el sentimiento.

Esta determinacion probaba una vez más el claro talento de Luisa.

Debia darle el mejor resultado, porque si á Consuelo le sobraba juicio, era tambien extremadamente sensible y no dejaria responder á su cabeza cuando le hablaban á su corazon.

Verdad es que en aquellos momentos se encontraban las dos turbadas y confusas: Luisa por su conmocion y Consuelo por su sorpresa.

—No es menester,—dijo despues de algunos segundos la madre de Rosina,—no es menester que me diga usted lo que desea, creo adivinarlo; pero ¿por qué no ha venido su padre de usted?

—Señora...

—Lo comprendo y lo siento... Me ha juzgado mal... Gracias, hija mia; usted ha querido conocerme, convencerse antes de fallar.

—No,—se apresuró á decir Consuelo,—mi padre...

—No me quejo, puesto que las apariencias me condenan. Pero en fin, sea por ese motivo ó por efecto de su carácter, me alegro que haya venido usted; la he conocido, tengo ocasion de hacer un bien y este dia es feliz para mí. ¿Debo entrar en explicaciones enojosas para que usted deje de sorprenderse por haber encontrado lo que no esperaba? Creo que no. Hemos de vernos muchas veces, el tiempo le aclarará á usted muchas dudas, y entonces podrá usted juzgar. Yo ignoraba que Schunoop tuviese una hija y que esta fuese lo que usted es... ¿Se ofenderá usted si le hago un ofrecimiento? ¿Será usted tan buena que me proporcione la más grata satisfaccion aceptándolo? Nuestras cuentas quedan saldadas...

—No necesitamos tanto,—respondió con sencillez Consuelo:—nos basta mayor desahogo en los plazos. No es orgullo, señora, es que á nosotros no nos contenta otro dinero que el que produce el trabajo.

—¿Y en qué ha de trabajar su padre usted?

—Para eso estoy yo...

—¡Usted!...

—Trabajo para mi padre y... para mí: la mujer pobre no puede ser virtuosa si no trabaja mucho. Desgraciadamente en nuestro pais no se acepta de las mujeres más que un trabajo, la costura, y este produce muy poco: he intentado dedicarme á otro más lucrativo; pero siempre he encontrado la competencia del hombre, y he quedado vencida sin más razon que la de ser mujer.

—¿Y á qué otra cosa que el bordado y la costura podia usted dedicarse?

—A dar lecciones de lengua francesa, inglesa ó alemana,—respondió Consuelo con la más modesta sencillez.

Luisa miró con sorpresa á la jóven.

—No me equivoqué,—dijo.—Valer tanto y tener tan poca vanidad... ¡Gran corazon!... No se excuse usted, se lo ruego: quiero ser la protectora de usted, ocupar en cuanto sea posible el lugar de su santa madre...

—Señora...

—¡Ah!... Se lo suplico á usted...

—¿Y nada haré yo en cambio?

—Quererme...

—Es poco.

—Pues bien, trabajará usted para mí; pero no me prive usted de la satisfaccion de poner precio al trabajo. Tiene usted un alma noble y generosa, es usted la mejor de las hijas, una hija que llama santa á su madre... No, no comprende usted todo el valor que esto tiene para mí... ¡Qué feliz debe usted ser á pesar de su pobreza!... ¡Qué feliz con la tranquilidad de una conciencia pura!...

Si Consuelo hubiera leido las memorias de Luisa, habria comprendido por qué hablaba esta de la conciencia con un acento de la más

profunda conmocion, y habia palidecido y se habian agitado convulsivamente sus miembros.

Pero la jóven no conocia la negra historia de aquella mujer y se aumentaba su sorpresa y era cada vez mayor su aturdimiento.

Lo inesperado trastorna, y nada más inesperado para Consuelo que lo que sucedia.

No acertó, pues, á contestar: parecia que su inteligencia habia quedado anulada. Sentia y nada más.

Lo único que comprendió fué que Luisa debia sufrir mucho y la compadeció.

—Señora,—dijo irreflexivamente,—la amaré á usted mucho, porque debe usted ser más desgraciada que yo...

—¡Ah!—exclamó Luisa con amargura.—No, no soy desgraciada, soy rica...

—¡Rica!... ¿Qué importa eso?

—Es verdad...

La conversacion era insostenible sin ir más allá de donde aconsejaba la prudencia.

Luisa se levantó, estampó un cariñoso beso en la frente pálida de Consuelo, y abriendo uno de los cajoncitos de un precioso mueble, sacó algunas monedas de oro.

—Tome usted,—dijo,—esto es á cuenta de trabajo, no es regalo; y si no doy á usted mayor cantidad, es porque estoy segura de que la rechazaria.

—Pero...

—¿No me ha prometido usted amarme mucho?

—Sí...

—Quiero una prueba.

—Gracias,—murmuró la jóven, tomando el dinero y poniéndose de pié.

—¿Se va usted ya?

—Sí, señora...

—¡Ah!... me habia hecho la ilusion de que me acompañase usted á almorzar...

—Me espera mi padre...

—Es verdad... Adios, hija mia: iré á buscarla á usted cuando la necesite...

—¡A buscarme!...

—¿Por qué no?... Hemos de ser buenas amigas... ¿No quiere usted?

Consuelo estrechó la mano que le ofrecia Luisa y la besó cariñosamente.

Cuando salió se detuvo en la escalera.

—¿Qué significa esto?—se preguntó.—Estoy aturdida... y tengo ganas de llorar.

Bajó apresuradamente y corrió al encuentro de su padre.

—¿Qué sucede?—preguntó afanosamente Schunoop.

—Casi no sé explicarlo...

—Tiemblas...

—Puede ser...

—¡Oh!—exclamó el capitan apretando los puños.—Te ha ofendido esa miserable...

—No, padre mio...

—Ahora sabrá lo que ha hecho...

—Pero...

—No lo niegues, estás palida, temblando...

—Tome usted,—interrumpió Consuelo, alargando á su padre las monedas como el medio más eficaz de desvanecer pronto su error.

—¿Y qué es esto?

—Lo que me ha dado: no he querido mucho más que me ofrecía.

—Pero esa mujer...

—Esa mujer es un misterio.

—¿Quieres explicarte?

—Ahora no puedo, estoy aturdida.

—¡Oh!...

—Lo haré despues.

—Pero ¿cómo te ha recibido?

—Me ha recibido con tanta delicadeza y distincion como puede recibirse á una gran señora, y me ha tratado con el cariño de una madre.

—No lo entiendo.

—Quiere protegerme, me suplica que la ame...

—Estás haciendo la pintura de una santa... Entonces abusa de ella ese bribon de don Alejandro...

—No juzguemos, padre mio.

—Vamos á almorzar, Consuelo, y te explicarás.

Entretanto Luisa exclamaba:

—¡Dios mio, quiero ser buena, aceptad mi arrepentimiento!

Y se dejó caer en el sillon, ocultando el rostro entre las manos y derramando abundantes lágrimas.

Era digna de compasion.

CAPITULO XXXI.

La conciencia de Luisa es cada dia más exigente.

Aquella misma tarde fué Luisa á visitar á Consuelo, no solamente para darle una prueba de cariño, sino para ver á qué grado de miseria habia llegado aquella honrada familia.

Puede comprenderse el efecto que le haria el interior de la morada del capitan.

Luisa citó á la jóven para el dia siguiente y salió de allí con el corazon oprimido.

Cuando volvió á su casa preguntó por Alejandro y le respondieron que acababa de llegar.

—Que tenga la bondad de venir,—dijo.

Alejandro entró en el gabinete á los pocos segundos, y en su rostro se pintaba una viva alegría.

Aguzado el ingenio por el amor y en fuerza de cavilar, habia encontrado un medio para que Rosina tomase los quince mil duros sin esperar á que Luisa descubriese el paradero de su hija.

Esta era la causa de su contento; no le faltaba vencer más que una dificultad de poca importancia, arreglar algun detalle, y para esto contaba con la ayuda de Rosa.

—Siéntate,—le dijo Luisa.

Y despues de dejarse caer ella en otro sillon, añadió:

—¿Conoces á una hija que tiene el capitan Schunoop?

—Sé que tiene una hija; pero no la conozco.

—Es un ángel.

—Eso dice su padre, que está loco.

—Alejandro,—replicó severamente Luisa,—tendré una satisfaccion en oirte hablar con respeto de ese hombre.

Alejandro se encogió de hombros y sacó un cigarro, mientras decia para sí:

—Hoy le ha dado por el sentimentalismo. Acabará por volverse loca... Paciencia.

Luisa añadió:

—Queda saldada la cuenta del capitan Schunoop.

—¿Es posible que te haya pagado?

—No me ha pagado; pero no quiero cobrar, y es lo mismo.

—Tiene dos cuentas...

—Aunque tuviera ciento.

—¿Quieres, mi querida Luisa, decirme el motivo de semejante determinacion?

—No te explico lo que no has de entender: son cuestiones de corazon...

—Pareció aquello.

—Escucha.

—¿Más aun?

—A medida que mis deudores vayan pagándome el capital, les darás el correspondiente finiquito, sin cobrarles un solo real de intereses.

Alejandro, sorprendido, miró á Luisa como si temiese que hubiera perdido la razon.

—No,—añadió ella,—no me he vuelto loca.

—Pero...

—Hago lo que quiero de mis intereses.

—¿No has inventado ninguna otra calaverada?

—Sí.

—Sepamos, Luisa, porque si tú no te has vuelto loca me volveré yo.

—No haré más préstamos.

Esta determinacion produjo en Alejandro peor efecto que las anteriores, porque desbarataba sus planes.

Si Luisa no queria dar más cantidades á préstamo, le era imposible á él entregar á Rosina los quince mil duros.

—En cuanto á eso,—dijo despues de algunos instantes y con marcada turbacion,—debo advertirte...

—Es mi voluntad,—interrumpió Luisa.

—No cuentas con los compromisos que yo pueda tener adquiridos.

—Nada sé.

—Porque es cosa de hoy: he dado mi palabra...

—Podrás dar una excusa.

—Espero convencerte... ¿Por qué me has autorizado sin condiciones para entender en estos negocios? Repito que he dado mi palabra y debo cumplirla. Además, se trata de una cantidad crecida á un interés módico, y por consiguiente no hay motivo para que tu conciencia, que va haciéndose muy delicada, te acuse.

—Bien, mañana hablaremos de eso.

—Supongo...

—Escúchame, tengo que decirte mi última calaverada.

—Me haces temblar...

—Mañana llevarás seis mil duros á la Caja de Depósitos y los impondrás á nombre de Consuelo Schunoop.

Alejandro brincó en su asiento.

—¡Luisa!—exclamó.—¿Sabes lo que has dicho? ¿Puedo creer que tu juicio no está trastornado? ¡Un regalo de seis mil duros á esa muchacha!...

—Para que le sirvan de dote: pero es menester que lo ignore, y por consiguiente guardarás el secreto. Excusa hacerme observaciones, porque será en vano,—añadió Luisa con acento que no daba lugar á dudas.—Es mi voluntad y no admito réplica.

Alejandro conocia la firmeza de carácter de aquella mujer y no insistió.

Como era hombre que para todo encontraba consuelo, dijo para sí despues de algunos instantes:

—Sea como quiere. ¿Pierdo yo algo? No... Seré dueño de Rosina y rico, porque si esta loca se resiste á dar los quince mil duros, le amenazaré con no ocuparme más de su hija.

Al dia siguiente fué Consuelo á casa de Luisa y almorzó con esta y Alejandro.

Era la primera vez que él veia á la jóven.

Cuando terminó el almuerzo salió para ir á la Caja de Depósitos.

—¡Diantre!—dijo mientras se alejaba.—Tenia Luisa razon al decir que esa muchacha era un ángel. Tiene unos ojos que valen tanto como los de Rosina; sin embargo, no siento lo mismo al ver la una que al ver la otra... ¡Dichoso el que sea dueño de semejante mujer, que vale mucho más por los seis mil duros que llevo en el bolsillo! ¡Oh! si yo no hubiera de ser rico me casaria con ella, que ignora que es dueña de semejante fortuna; pero con los quince mil duros que me quedarán puedo ser feliz y vivir libremente. ¿Quién habia de creer que esa especie de oso que se llama Schunoop tuviese semejante hija? Es un prodigio de belleza, parece humilde, sufrida, y como esposa será una excepcion: su marido hará de ella lo que se le antoje... ¡Lástima de seis mil duros!

CAPITULO XXXII.

Rosina es feliz.

Cuando Alejandro fué á ver á Rosina la encontró como siempre, alegre, risueña y arrebatadora.

Nadie hubiera dicho que era la misma mujer del dia anterior, la heroina de aquella negra historia que habia salido de sus labios.

Vestida con toda la elegancia, la gracia y la coquetería que le eran propias, sentada junto á la chimenea con tentador descuido, recibió al enamorado pretendiente, cuyos ojos relumbraron al verla.

En aquellos momentos Alejandro recordó el dia en que con atrevida curiosidad miró á través de los cristales de la ventana del cuarto donde Rosina se bañaba, y sintió afluir á su rostro toda su sangre.

—¡Ah!—exclamó con voz alterada.—Ya encontré el medio; pero necesito la ayuda de usted, bellísima, encantadora, arrebatadora Rosina, necesito la ayuda de usted, y si me la niega...

—Mi buen amigo,—interrumpió Rosa, lanzando al infeliz una mirada capaz de encender el amianto,—sosiéguese usted, que estos graves asuntos requieren mucha calma si han de llevarse á buen término.

—Es imposible que yo esté tranquilo al lado de usted.

—Preciso es dominarse... ¿Con que decia usted que habia encontrado el medio?...

—Sí, me lo ha inspirado mi amor.

—Sepamos.

—¿Tiene usted alguna persona de la entera confianza de usted?

—Segun.

—Voy á explicarme. Suponga usted que una persona conocida, honrada y de crédito necesita quince mil duros y recurre á mí. Estipuladas las condiciones, Luisa da el dinero, se otorga una escritura con fecha de un mes atrás, y en el acto, para que la persona que aparece como deudora no quede en descubierto, esa escritura se cancela. Esta segunda parte la ignorará Luisa, y así usted podrá recibir el dinero sin que nadie tenga responsabilidad más que yo como apoderado; pero esa responsabilidad...

—No es cuenta mia.

—Ciertamente.

—¿De manera?

—Que no falta más que la persona que quiera prestarse á firmar sin ningun compromiso, puesto que si declara haber recibido de mí el dinero, yo declaro quedar pagado un mes despues.

—¿Y el escribano?

—Corre de mi cuenta: no se trata más que de una alteracion de fecha que á nadie compromete. Si Paco fuera otra clase de persona...

—No sirve para el caso.

—¿Puede usted sacarme del apuro?

—Veremos: la persona á quien se le pida semejante favor, ha de ser de tal confianza, que no exija explicaciones que es imposible dar. Además, el secreto debe estar bien guardado. Necesito algunos dias...

—¡Algunos dias!—repitió Alejandro, exhalando un suspiro.—¿Cuántos?

—No lo sé.

—¿Pero cree usted?...

—Creo que podré conseguirlo.

—¡Oh!...

Rosina lanzó una segunda y enloquecedora mirada á Alejandro: se habia propuesto atormentarlo aquel dia, y lo consiguió.

Cerca de una hora permaneció allí, hablando de su amor y de la

dicha que esperaba alcanzar, y al fin se despidió más enamorado y más entusiasmado que nunca.

Pocos minutos despues llegó Paco.

Entonces fué cuando brillaron con el fuego de una pasion verdadera los ojos negros de Rosina.

Sus mórbidos brazos se extendieron hácia su amante, y un grito de alegría intensa salió de sus labios.

—¡Bien!—dijo el maton, respondiendo como rara vez lo hacia al amoroso entusiasmo de Rosa.—Ya sabes, corazon mio, que nadie te quiere como yo.

—¿Estás contento conmigo?

—Contigo estoy contento; pero se me acaba la paciencia con don Juan. ¿Qué espera?

—Ya lo sabes, no se contenta con separarse de su mujer, quiere hacer más daño...

—Viendo estoy que don Juan es peor que yo. ¿Sabes lo que te digo? Que yo no haria mal á nadie sino para hacerme bien, y con perder á don Raimundo nada sacará don Juan más que perderlo. Estos señores, como lleguen á ser malos, son peores que nosotros. Yo pegaré una puñalada al que me ofenda, ó robaré para tener dinero y darme buena vida; pero no daria un mal rato á nadie por el gusto de verlo desesperado. Puedes tranquilizarte, Rosa: lo que tenemos preparado á don Juan se lo merece, es un castigo muy justo.

—Si no hubiera sangre de por medio...

—¡Sangre!... Mira por la tuya. La verdad es que le haremos un gran favor á la rubia, quitándole semejante marido y dejándola en libertad de que se case con su Raimundo. Será un gran golpe: el último, Rosa, el último; pero despues ¡qué vida nos pasaremos!... ¡Ah!... ¿Y el bruto de don Alejandro?

—Ha venido.

—¿Y qué?

—Negocio hecho.

—Eres una mujer completa...

—Tengo que valerme tambien para esto de don Juan.

—Explícame...

—Nuestra vecina dará los quince mil duros en la inteligencia de que los presta.

—¿A don Juan?

—Sí, y se otorgará una escritura; pero á la vez Alejandro, que es la persona que figura como prestamista, se dará por pagado, de manera que nadie más que él puede quedar comprometido con esa señora.

—¿Y cuándo se hará eso?

—Si he de librarme de acceder á las exigencias de Alejandro, no podrá hacerse hasta el mismo dia en que debamos partir. Así lo citaré para el siguiente, y cuando acuda...

—¡Vales un Perú!

—Mientras lo entretendré, diciéndole que busco á la persona que ha de firmar la escritura.

—Pues ahora conviene más que nunca no perder tiempo.

—Hoy veré á don Juan y le diré que es preciso salir cuanto antes de esta situacion. Si su plan no se realiza pronto, le amenazaré con irme sola, y en último caso que renuncie á su intriga contra Raimundo Mendoza.

El entusiasmo de Paco rayó en locura.

Rosa no era feliz sino con las caricias ó los golpes de su amante, y aquel dia fué completa su felicidad.

Dos horas pasó allí el maton, que fueron para Rosina dos minutos.

Separáronse al fin, él con el bolsillo lleno de dinero, y ella con el corazon henchido de alegría.

—¡Todo por él, todo por él!—exclamó la desdichada.—¿Qué me importan los crímenes?... ¡Soy feliz!

CAPITULO XXXIII.

Donde sabremos lo que amenazaba á Isabel y Raimundo.

A las once de aquella noche, don Juan, que como sabemos se quedaba en Madrid la mayor parte de los dias, se encontraba sentado frente á la hechicera Rosa, tomando el té que esta acababa de servir.

Al amor de la lumbre, sin temor de ser interrumpido y frente á la mujer que habia trastornado su razon como la de otros muchos, el esposo de Isabel se consideraba feliz, y como verdadero enamorado hablaba de sus proyectos y saboreaba anticipadamente la dicha que tanto anhelaba y esperaba alcanzar.

Empero la conversacion llegó á un punto en que Rosina, viendo propicia ocasion para su plan, dijo despues de tomar el último sorbo de la taza de té:

—Basta ya de ilusiones.

—Sí, ilusiones, y muy gratas, si quieres dar semejante nombre á lo que por su encanto parece como se separa de lo real; pero no en el sentido de una aberracion, del engaño que se desvanece, puesto que nuestras esperanzas se fundan en lo que podemos hacer fácilmente.

—Sí, en lo que podemos hacer fácilmente, pero mal: sueños que podemos realizar nosotros; pero que nosotros mismos podemos desvanecer con una torpeza, con la más simple imprevision.

—¿Por qué razon empiezas ahora á temer?—preguntó don Juan sorprendido.

—Porque veo que te obcecas demasiado en lo que menos importa, que te preocupas más de lo que es puramente accesorio que de lo principal, que por satisfacer, en fin, lo que es casi un capricho sacrificarás lo que constituye nuestra dicha, esa dicha que tanto deseamos y sin la cual hasta la existencia nos será enojosa.

—No te comprendo.

—Juan, nuestra situacion es violenta y muy arriesgada.

—¡Arriesgada cuando nuestros enemigos estan desarmados!

—Raimundo Mendoza me odia, y tiene razon, porque he sido autora del atentado que puso en peligro la vida de tu mujer, y te odia á tí porque eres un estorbo para su amor. Aun sin las pruebas que tenia de nuestro crímen, es un enemigo temible, porque le sobra inteligencia para adivinar nuestro plan con solo la más leve sospecha que le infunda un descuido nuestro, y tambien le sobra corazon para estorbarte cuanto intentes.

—Bien,—replicó don Juan,—admitiré, pero como una suposicion, que corremos peligro, y en cuanto á lo violento de nuestra situacion tampoco lo niego, opino como tú; pero ¿qué se deduce de esto?

—Que es preciso acabar cuanto antes.

—¿No lo deseo yo tanto como tú?

—Sí; pero...

—Vamos á ese capricho de que hablas y no adivino.

—Me refiero á tu plan de hacer que recaigan sobre Raimundo las sospechas del atentado contra tu mujer.

—¿Y á eso llamas capricho?

—Poco menos.

—¿No hemos convenido en que es una cosa indispensable?

—Conveniente; pero si se puede hacer con prontitud y facilidad.

—Mayor es mi impaciencia que la tuya por que se realicen nuestros planes; pero bien podemos hacer el sacrificio de algunos dias porque sea completa nuestra felicidad de muchos años. Conozco el mundo más que tú, y la prueba es que he sabido engañarlo mejor. Yo correré peligro mientras la justicia no tenga un criminal para

quedar satisfecha; algun dia podrán sospechar de mí si no ha sido otro acusado.

—Es verdad.

—Ya ves, pues, si me conviene que Mendoza aparezca como autor del crímen.

—¿Y con qué pruebas lo condenarán?

—Con ningunas.

—Entonces...

—Rosa mia,—dijo don Juan sonriendo,—no me importa que los tribunales absuelvan á Mendoza. Todo el mundo se convencerá de que ama á mi mujer y es correspondido: las pruebas del crímen no serán bastantes en el terreno legal para una condena; pero sobrarán para el convencimiento moral. Despues de algun tiempo de prision, Mendoza será absuelto; pero la opinion pública habrá fallado tambien y lo habrá condenado. Entonces ¡oh! entonces podré estar tranquilo, porque cuando se pregunte quién intentó matar á mi mujer, el mundo señalará á Raimundo Mendoza. La justicia no estará satisfecha con un castigo; pero sí con un descubrimiento: no habrá cumplido por completo su mision; pero habrá satisfecho su amor propio, porque la justicia, es decir, los tribunales, tienen su amor propio tambien. ¿Extrañará nadie entonces que yo abandone á una mujer que ha pagado mi generosidad con nuevas ofensas á mi honra? Al contrario, el mundo dirá que eso he debido hacer la primera vez.

—¿Pero cuándo sucederá todo eso? Hé aquí lo que me pone en cuidado. ¿Nos herirá Raimundo antes de ser herido?

—Sucederá pronto.

—¡Oh!...

—¿Lo dudas?

—Sí.

—Mi obra adelanta.

—Muy despacio.

—Tengo hecho lo principal. Mis criados murmuran ya de las visitas de Mendoza, que son más frecuentes cada dia, y de las horas que pasa al lado de mi mujer, junto á la chimenea, cuando llueve, y en lo más apartado del jardin cuando hace sol. No ha olvidado

Isabel sus deberes, es verdad; pero todos han sorprendido miradas demasiado expresivas, ademanes elocuentes ó indiscretos suspiros. Dí á mis criados que Raimundo no es el amante de mi mujer, y se reirán. La honra de ella está perdida para el mundo; pero aun habia quien jurase que era inocente: en lo que ha sucedido encontraban un misterio; pero lo que no comprendia la razon lo creia la fé. Era preciso destruir ese resto de reputacion, que podia ser un estorbo. Hoy no existe. Cuando un juez pregunte á mis criados, todos responderán que no saben, pero que creen; y esto sobra para que falle la sociedad. Convencidos de que Mendoza es el amante, no se dudará de que es el asesino. Además de esto habrá las pruebas de que hemos hablado y que tendré en mi poder muy pronto, segun me ha prometido Paco. ¿Qué harán los tribunales? Lo ignoro; tampoco me importa. En cuanto á la opinion pública, sí sé lo que sucederá: mi mujer y Raimundo serán condenados, y yo libremente absuelto y elogiado, porque he tenido dignidad para no aceptar por más tiempo el papel de marido paciente.

Rosina meditaba; no encontraba razones que oponer.

En el terreno del crímen, era admirable el proyecto de don Juan.

Si llegaba á realizarse ¿resistiria la desdichada Isabel aquel nuevo y terrible golpe?

El honrado Raimundo, cuya nobleza de corazon no tenia igual, debia verse acusado de asesino, sin medios de defenderse.

Y ella, que lo habia obligado con súplicas á desprenderse de las pruebas que condenaban á don Juan, seria responsable de tan horrible desgracia; su egoismo de madre seria la causa de la deshonra del hombre más inocente y generoso del mundo, del hombre que no habia reparado en ningun peligro para protegerla tan desinteresadamente, que ni la recompensa de la gratitud habia procurado obtenerla.

Podria ser que Raimundo lo sufriese todo contento por la mujer á quien amaba; pero ella debia morir de desesperacion, los remordimientos deberian atormentarla horriblemente y acabar con ella.

No basta ser causa inocente de un mal; la conciencia acusa, si no por la mala voluntad, por la torpeza.

Situacion tan triste como la de Isabel, es difícil encontrarla.

Habian atentado contra su vida; habia perdido la honra; veia morir lentamente á su hijo único, y todo lo habia sufrido con santa resignacion, no habia vacilado un momento su virtud y estaba dispuesta á sufrir mucho más sin quejarse.

En medio de tantos dolores como habia soportado, de tantos sacrificios como habia hecho, tenia la tranquilidad de la conciencia, la satisfaccion de haber obrado noblemente; pero esto tambien debia perderlo.

Don Juan era la causa de todo esto.

Y sin embargo, don Juan era poco menos que un santo en opinion del mundo, mientras que su virtuosa mujer, su víctima, aquella mártir admirable, era para el mundo la criminal adúltera.

¿Qué importaba la conciencia negra de don Juan ni la pura conciencia de Isabel?

En la comedia social lo que importa es el traje, el papel que se representa.

Se falla por lo que se vé y no por lo que se oculta, por lo que se finge y no por lo que se siente.

Don Juan se habia vestido de hombre honrado y desempeñaba admirablemente su papel.

¿Qué importaba que fuese un asesino?

Basta la apariencia.

A Isabel le habian puesto el cinturon de cobre de la cortesana, y ella no lo habia rechazado.

¿Por qué tomarse la molestia de averiguar más?

¿Por qué suspender el fallo cuando habia pruebas que se veian y se tocaban?

Sobre todo, lo primero es fallar con razon ó sin ella.

El mundo dice: «Si no fallo, probaré que no he sabido conocer».

Puede condenarse á un inocente; pero esto no vale la pena de declararse torpe.

¿Se trata de la reputacion de una mujer?

Esto no vale tanto.

Reputacion más ó menos donde hay muchas...

No ha de quedar por eso la sociedad pobre de reputaciones.

Con las falsas le sobra para ser inmensamente rica de ellas.

—De manera,—dijo Rosina despues de algunos segundos,—que cuando Paco termine la parte que le toca...

—Entonces aguardaré por prudencia tres ó cuatro dias, y al siguiente de ir Mendoza á la cárcel, partiremos.

Rosina quedó completamente satisfecha.

Nada tenia que oponer al lógico razonamiento de don Juan, y el talento que este demostraba quedó recompensado con una mirada seductora.

—Dame otra taza de té, Rosa mia: está delicioso: dámela y no hablemos ya sino de nuestro amor. ¿Por qué hemos de perder el tiempo en semejantes conversaciones? No me robes caricias... ¡Oh!... Permíteme, amor mio, que cambie de sitio, me pondré más cerca, á tu lado...

No hablaron ya más que de su amor, y Rosina supo compensar el tiempo perdido.

CAPITULO XXXIV.

El primer golpe contra Raimundo y un detalle que se escapa á don Juan.

Dos dias despues y á las dos de la madrugada, Raimundo salió del café Suizo embozado en su capa y con un cigarro en la boca.

Se dejaba sentir un frio bastante intenso y húmedo.

Las calles estaban casi desiertas.

Los serenos dormitaban y las parejas de la guardia civil paseaban lentamente.

La luz era escasa, porque entonces continuaba aun la costumbre de apagar á la una la mitad de los faroles, como si sobrase luz donde faltaba á todas horas de la noche.

Semejante economía desapareció, debemos decirlo; pero tampoco callaremos que Madrid está pésimamente alumbrado, no porque se gaste poco dinero en gas, sino... porque sí.

Raimundo se dirigió hácia la calle de Peligros, y entre tanto cuatro hombres que habian estado paseándose frente al café, se detuvieron, agrupándose y hablando en voz baja.

—Esta noche,—dijo uno de ellos,—creo que será la última que nos dé que hacer: es buena hora y vá solo; por consiguiente ya lo sabeis, á vuestro puesto y deprisita, porque él lleva buen paso.

—¿Tú lo seguirás?—preguntó otro.

—Sí.

—Pues hasta luego.

Tres de aquellos hombres echaron á andar apresuradamente, de manera que en pocos momentos adelantaron á Raimundo.

A pesar del frio, no llevaba capa más que el último.

El jóven no pudo observar nada de esto y siguió descuidadamente su camino.

Fumando y pensando en Isabel se dejó atrás calles y calles.

De tal modo iba absorto en sus pensamientos, que si repentinamente lo hubiesen detenido preguntándole dónde se encontraba, no hubiera podido responder sin mirar alrededor para reconocer el sitio.

Iba á su casa instintivamente, como hubiera podido ir un autómata.

Ignoraba si iba despacio ó deprisa, no sentia el frio, y sin quitarse el cigarro de la boca, fumaba sin saber lo que hacia.

Estaba enamorado, locamente enamorado, ya lo sabemos, y no hay que extrañar su distraccion.

El embozado lo seguia siempre á la misma distancia.

Pasó media hora.

Raimundo entró en la calle de la Palma y siguió por la acera de la derecha; pero al llegar á la esquina de la calle del Norte, salió de esta un hombre, le estorbó el paso, y le dijo á la vez que le amenazaba con una descomunal navaja:

—¡Alto!

Tras aquel hombre salieron otros dos, armados tambien.

Mendoza retrocedió; pero el que lo habia seguido y que se encontraba detrás, lo detuvo, asiéndole de los brazos.

Instantáneamente se vió rodeado y amenazado.

Ni guardias ni serenos se veian en cuanto alcanzaba la mirada.

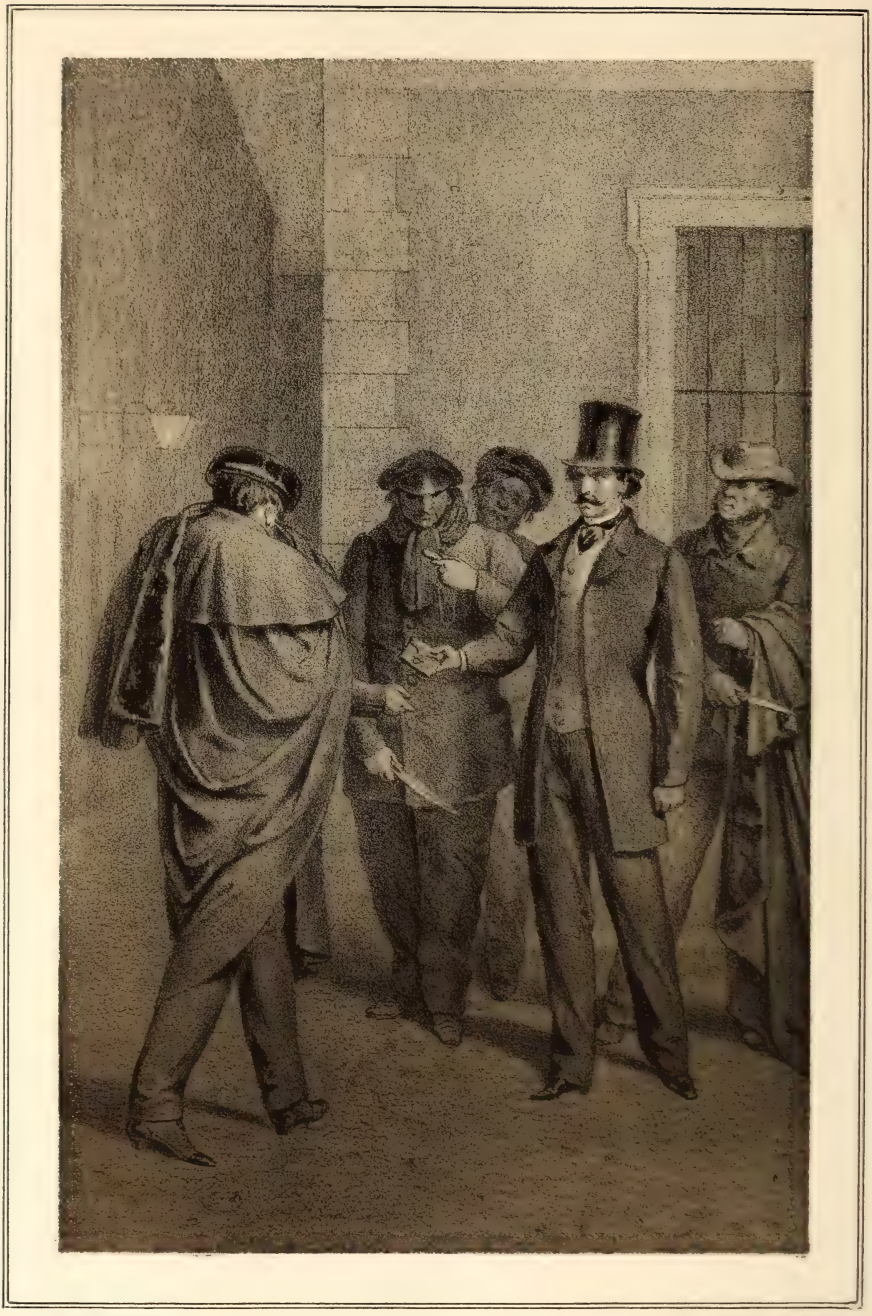
—Silencio,—dijo uno de los ladrones.

—Sí,—añadió otro,—un grito, que de nada le serviria á usted, seria una puñalada en el corazon. Por la buena, todos saldremos bien y usted irá á su casa con el pellejo sano.

—¿Quereis robarme?—preguntó Raimundo con sorprendente tranquilidad.

—Sí.

—Pues si habeis de conseguirlo, soltadme, porque vuestro contacto me repugna. No llevo armas con que defenderme, á na-



E. Zarza, Dib.º y Lit.º Lit. J. Donon Madrid.

—Aquí está la cartera.

die veo que pueda acudir en mi ayuda, y no cometeré la necedad de gritar.

—¿Promete usted cumplirlo así?—preguntó el que le habia seguido y ocultaba el rostro bajo la capa.

—Sí.

—Dejadlo, muchachos, que no faltará.

—Pedid, pues.

—Antes que todo el dinero.

—Tomad,—dijo Mendoza sin perder un instante su calma,—no llevo más que esos tres duros.

—¿Nada más?

—Yo no miento, canalla.

—Ahora el reloj...

—Ahí está.

—La capa.

—Tomadla.

Uno de los ladrones se puso la capa de Raimundo.

—Falta la cartera,—dijo.

—¿Para qué la quereis?

—Por lo que tenga.

—No tiene más que tarjetas y papeles sin valor.

—¿Quién sabe?... Venga, la queremos como esté.

—¡Oh!—exclamó Raimundo más enojado por la ofensa que se le hacia, dudando de sus palabras, que por el robo.—Sois unos miserables.

—Lo sabemos.

—Aquí está la cartera.

—Ahora,—dijo el ladron embozado,—podemos evitarle á usted el disgusto de taparle la boca, si nos promete tambien no gritar ni seguirnos.

—Lo prometo; pero si de aquí á mi casa encuentro un agente de la autoridad, le diré lo que me ha sucedido...

—Bien.

—Pues podeis iros despacio y tranquilamente.

Los cuatro ladrones dejaron á Mendoza y se dirigieron á la calle

de San Bernardo, siguiendo apresuradamente y sin que nadie los molestase hasta la calle del Pez.

Allí se detuvieron.

—Ea,—dijo el embozado,—cada mochuelo á su olivo. Vosotros os repartireis lo que ha caido. Mirad la cartera... ¿veis?... No lleva nada de valor... Tarjetas... una carta... ¡oh!... una carta... Estoy contento.

—¿No vienes con nosotros á tomar los buñuelos?

—Tengo que hacer.

—Pues buena fortuna.

—Hasta otro dia.

Los tres dueños del robo se alejaron por la calle del Pez, y el otro, que casi es inútil decir que era Paco, siguió por la de San Bernardo hasta encontrar la de la Luna.

Veinte minutos despues entraba en el gabinete de Rosina.

Allí estaban esta y don Juan.

—¡Ah!—exclamaron alegremente al ver al maton.

—Hemos triunfado,—dijo este, echando la cartera de Raimundo sobre el velador en que aun estaba el servicio de té.

Don Juan se apresuró á examinar el contenido de la cartera y dejó escapar una segunda exclamacion de alegría al ver la carta, que cerrada sin sobre separado, tenia el sello del correo y era de un amigo de Mendoza.

El contenido de aquel papel nada tenia de particular: avisaba la próxima venida á Madrid del que la habia escrito.

Sin embargo era un tesoro, porque Raimundo no podria negar que la cartera era suya.

Don Juan habia dejado un cabo suelto cuando intentó asesinar á su esposa.

En la ocasion á que nos referimos dejaba escapar otro detalle.

No se fijó en que la carta estaba escrita tres dias antes y habia llegado á Madrid hacia veinte horas, segun lo probaba su fecha y la de los sellos de correos.

Don Juan no era torpe; pero era criminal, y rara vez deja de sucederles á todos lo mismo.

CAPITULO XXXV.

De cómo Alejandro se dió tambien á pensar en lo porvenir.

Don Juan tenia ya todo lo que creia necesario para descargar el golpe contra Raimundo. No esperaba sino que pasasen algunos dias.

El robo de la cartera se habia llevado á cabo con toda felicidad: no podia el jóven probarlo, y sobre todo, despues de la acusacion con ciertas apariencias de verdad, no habia medio de borrar la huella que dejaria la calumnia.

Consuelo seguia yendo diariamente á casa de Luisa, acompañándola con frecuencia á comer.

La madre de Rosina, con su raro talento, habia sabido ocultar las manchas de su conciencia, dejando solamente que se adivinasen sus dolores, que eran más intensos cada dia; con lo cual consiguió interesar vivamente el corazon noble y generoso de la hija del capitan.

En pocos dias el cariño de ambas creció mucho, y hay que reconocer que era verdadero por parte de Luisa.

¿Pero sirvió esto para que sus sufrimientos se calmasen?

No.

Cuanto más conocia y apreciaba la sencillez y virtud de la jóven, mayor era el tormento de la infeliz, más intenso el dolor de su arrepentimiento.

Cuando encontró ocasion oportuna, dió á Consuelo un pliego cerrado y lacrado, diciéndole:

—Hija mia, voy á pedir á usted un favor...

—¡Á mí que le debo tantos!—respondió la jóven, mirando con curiosidad el papel.

—Sí, escúcheme usted. Deseo que el dia que usted se case ó yo muera abra usted este pliego y haga lo que le digo en una carta que encontrará.

—Señora...

—Para cumplir mi voluntad no tendrá usted que hacer nada que pueda ni remotamente ofender su honra, ni lastimar sus intereses, ni herir sus afecciones... Apenas le dará á usted más molestia que la de leer mi escrito. En tal concepto, ¿jura usted hacerlo como se lo pido?

—Puesto que no he de hacerme ningun mal y á usted he de hacerle un bien, lo juro.

—Gracias, hija mia.

—¿Ha de ser esto un secreto para todo el mundo?

—Sí, menos para su buen padre de usted.

La jóven habia guardado el pliego, sin sospechar que encerraba un dote de seis mil duros para ella.

Alejandro, que conocia el secreto, y que despreciaba esta cantidad, segun vimos, dió en pensar en ella, y tanto pensó, que una mañana, mientras tomaba el chocolate, hizo el siguiente razonamiento:

—Estoy loco por Rosina; pero ella no está loca por mí. Por quince mil duros me permitirá que me llame su dueño y me dirá que me ama algunos dias, quizás algunos meses; pero despues todo concluirá, porque yo no estaré tan enamorado como ahora para ofrecerle otros quince mil duros, ni los tendré si no digo á Luisa que su hija es la que habita el cuarto de la izquierda. ¿Qué sucederá entonces? Me encontraré rico, es decir, dueño de los otros quince mil duros; pero reñido con la madre y con la hija, que con la pícara conciencia más alborotada que nunca, me echarán de su lado á puntapiés. ¿No me convendria entonces casarme con la hija de Schunoop? ¡Qué diantre! ya voy siendo viejo, y dentro de cuatro dias mi liber-

tad de solteron no me servirá más que de estorbo: en vez de andar por esos mundos de Dios, haciendo calaveradas como la de ahora con Rosina, me convendrá estarme en mi casa y tener quien me cuide. Consuelo es buena, se sacrifica por su padre y lógico es creer que se sacrificará por su marido. Además tiene seis mil duros de dote, cantidad respetable de que nadie tendria derecho á disponer más que yo y que compensaria en parte la que tan neciamente le regalo á Rosina. Esto me pondria tambien á cubierto de otra eventualidad en que no he pensado: puede suceder que Luisa, furiosa porque no he respetado el parentesco para cumplir mi gusto, se niegue á darme los otros quince mil duros... Esto es muy grave... Decididamente me conviene casarme con esa muchacha. Mi felicidad de hoy no puede durar mucho tiempo: Dios sabe lo que me sucederá: creo que Luisa se volverá loca... No, no: llevo mucho tiempo de buena vida y me costaria mucho trabajo acostumbrarme á pasarlo mal. ¡Lo que hacen los años!... Reconozco que empiezo á ser viejo, porque esta es la primera vez que me ocurre pensar en lo porvenir.

Alejandro tenia razon: el hombre no piensa en lo porvenir sino cuando es viejo, es decir, cuando ya no hay más porvenir que la muerte.

Hé aquí, pues, cómo á la virtuosa Consuelo le amenazaba una horrible desgracia, porque tal seria su casamiento con semejante hombre.

¿Empero seria posible que ella lo amase?

Ya hemos dicho que el corazon de la mujer tiene pliegues extraños y hemos podido verlo al examinar el de Rosina.

Desde aquel dia, los cuidados de Alejandro se compartieron entre Rosina y Consuelo.

Delante de esta parecia otro hombre: no hacia alarde de su egoismo, fingia tomar parte en los dolores ajenos, y hablaba con frecuencia de las virtudes del capitan, acusando á los que no le habian recompensado como merecia.

Consuelo pagaba estos elogios con tiernas miradas de gratitud.

Luisa creyó que no cumpliria su propósito de ser buena si daba á conocer á la jóven el corazon de Alejandro.

Sin embargo, á sospechar los planes de este, la madre de Rosina habria creido cumplir un deber advirtiendo á la infeliz criatura el peligro que corria.

¿Pero cómo habia de sospechar semejante cosa?

¡Pobre Consuelo!

Ya lo hemos dicho: el talento, el corazon, y sobre todo la vergüenza, son obstáculos insuperables para ser felices. Alejandro habia sido dichoso y seguiria siéndolo hasta su muerte, ó el mundo dejaria de ser lo que es.

¿Crees, lector, que te presento un tipo falso?

Te equivocas, porque no hago más que retratar á un hombre feliz á quien conozco, y que por cierto no es una excepcion.

Si el mundo te parece feo, no es mia la culpa.

¿No te han dicho siempre que el mundo es un valle de lágrimas?

Ya lo ves, no he dicho yo tanto, puesto que te hablo tambien de sonrisas...

Volvamos á nuestro asunto.

Si Alejandro pudo ó no realizar todos sus deseos, pronto lo hemos de ver, puesto que se aproxima el desenlace de esta historia, cuyos personajes sabes ya cómo se encontraban.

Y puesto que no te prometí mucho, querido lector, al comenzar este capítulo, creo que nada más podrás reclamarme si lo termino aquí.

CAPITULO XXXVI.

Una visita inesperada.

Habia pasado una semana desde que robaron á Raimundo.

Eran las once de la mañana y Alejandro se habia vestido sonriendo de felicidad, porque la tarde anterior le habia dicho Rosina:

—Mañana al medio dia podrá otorgarse la escritura, firmando como deudor don Juan Hurtado, pasado mañana á la misma hora me entregará usted los quince mil duros, y á las diez de la noche le esperaré á usted para tomar el té.

No habia sucedido lo mismo á don Juan.

Habia dormido poco la noche anterior, y se habia levantado cabizbajo.

Para él habia llegado tambien el gran dia.

Esperaba la felicidad como Alejandro; pero no tan exenta de cuidados y peligros; debia costarle más, aunque al amante de Luisa le costase quince mil duros la suya.

Don Juan se vistió tambien á las once de la mañana, almorzó poco y deprisa y salió de su casa muy preocupado.

Iba á cometer un crímen horrible, y si bien no le atormentaba la conciencia, le atormentaba el miedo.

Si don Juan no hubiese estado tan dominado por la pasion que sentia por Rosa, no se hubiese atrevido á tanto, porque si bien le sobraban para ello malos instintos, le faltaba el valor.

En el terreno de la intriga, donde no hubiese habido que arriesgar la vida ni correr cierta clase de peligros, aquel hombre habria ido más allá sin necesidad de consejos ni excitaciones.

No procuró aquella mañana cambiar la expresion de su semblante: convenia perfectamente con lo que queria fingir, debia presentarse grave, preocupado y triste á la persona á quien intentaba engañar.

—Creo,—decia siguiendo calle de San Bernardo arriba,—creo que he pensado en todo y que ninguna falta de imprevision me pondrá en el grave compromiso en que ya me ví la otra vez. Esta noche dormirá en la cárcel y yo en el ferro-carril al lado de Rosina. Creo que el golpe acabará por quitar la vida á mi mujer antes que se muera mi hijo, porque ella se acusará de lo que sucede á Raimundo. Si así sucediese, negocio redondo. Creo que los tribunales no declararán inocente á Mendoza; lo absolverán de la instancia, porque otra cosa seria lo mismo que decir que se habian equivocado, y la justicia no dice que se equivoca. Si andando el tiempo quisiera pedirme Raimundo satisfaccion de la ofensa... ¡Oh!... No, yo no estoy obligado á aceptar un duelo con un asesino: creo que las leyes del honor me dispensan, y en último caso me dispensará mi amor á la vida, sobre todo mientras esta sea para mí una série de goces... Nada debo temer... Adelante.

Don Juan sonrió de una manera horrible y apresuró el paso.

No vacilaba desde el momento en que se habia convencido de que nada tenia que temer.

En pocos minutos llegó á la calle de la Palma y entró en casa de Raimundo.

Este acababa tambien de vestirse.

—¿Tiene usted la bondad,—dijo el asesino á la criada que le abrió la puerta,—de decir al señor Mendoza que está aquí un amigo que desea verlo?

—Entre usted,—respondió la sirviente.

Y sin más ceremonia llevó á don Juan hasta la puerta del gabinete que ocupaba Raimundo, añadiendo:

—Ahí lo tiene usted.

Don Juan entreabrió la puerta y preguntó:

—¿Se puede pasar?

—Adelante,—respondieron.

Y entró en la modesta habitacion, donde solo una de sus seis sillas se veia desocupada.

Al ver Raimundo al esposo de Isabel, no pudo contener una exclamacion de sorpresa.

—¡Usted en mi casa!—dijo, á la vez que su mirada parecia querer penetrar en el alma del asesino.

—Me he tomado esa libertad,—respondió este con toda la dulzura de su acento,—y ruego á usted me dispense, en gracia del motivo y la buena voluntad que me trae.

—Al contrario,—repuso Mendoza, que no queria dejar de ser cortés,—agradezco á usted la atencion... Siéntese usted... aquí...

Y ofreciendo á don Juan la silla que habia disponible, desocupó él otra y tomó tambien asiento.

Hubo algunos momentos de silencio, embarazoso para Hurtado, que al fin lo rompió, diciendo:

—Creo, señor Mendoza, que no habrá olvidado usted la última entrevista que tuvimos en presencia de mi mujer.

—No puedo olvidarla,—contestó gravemente Raimundo.

—Entonces,—repuso don Juan,—llevó usted la generosidad hasta el último grado...

—Quisiera que no hablásemos de semejante cosa,—interrumpió Raimundo.

—Vengo á pedir á usted el último favor, y no he dudado conseguirlo, porque conozco el alma noble de usted, no es posible que despues de haber hecho tanto por mí...

—Caballero...

—¿Se negará usted á escucharme?

—Si ha de ser por última vez...

—No se presentará otra ocasion, porque ha llegado el dia de que nada de comun pueda haber entre nosotros más que la gratitud que le debo á usted.

—No la quiero,—replicó Mendoza con marcado disgusto,—porque de usted es odioso todo, hasta el agradecimiento.

—¡Oh!—exclamó el asesino con acento de profunda pena.—Algun dia...

—Pagará usted su deuda.

—Sí, la pagaré, lo creo, como otras muchas cosas que antes no creia; pero tambien usted creerá en mi arrepentimiento, en mi dolor, porque verá la prueba...

—Señor Hurtado,—interrumpió Raimundo sin poder contenerse, —yo perdonaria á usted sus crímenes si á ellos no añadiese la mentira más repugnante, la más baja y ruin hipocresía, la más despreciable cobardia.

Don Juan no se mostró ofendido.

Hizo un gesto de resignacion, levantó los ojos al cielo, exhaló un profundo suspiro y murmuró:

—Es un castigo justo... debo resignarme. Ya sé que no tengo derecho á que se me crea: si no fuese así ¿cómo expiaria mis culpas? Estoy condenado á sufrirlo todo, dolores, humillaciones... ¡Ah!... No puedo levantar la frente ante quien conoce los horribles secretos de mi conciencia... Lo sé, señor Mendoza, lo sé y me resigno.

Era tan humilde y tan doloroso el acento de don Juan, que Raimundo se avergonzó de haberle tratado con dureza y de haberle echado en cara unos crímenes que, segun las apariencias, mortificaban atrozmente al extraviado esposo.

Si su arrepentimiento era verdadero y estaba, por consiguiente, decidido á sufrirlo todo, era poco noble abusar de su situacion.

—Hablemos,—dijo Mendoza,—del objeto de esta visita. En cuanto á la conciencia de usted, á Dios toca examinarla.

—Como usted guste,—repuso don Juan;—pero necesito hablar de nuestra última entrevista para decir á usted lo que deseo.

—Sea, pues.

—Recordará usted que una de las condiciones que yo puse para evitar el escándalo de una separacion, fué que mi buena esposa se hiciese cargo de sus bienes.

—Es verdad.

—Así lo exigia mi tranquilidad, así podria yo más fácilmente llevar á su ánimo y al de usted el convencimiento de mi contricion profunda...

—Y sin embargo, eso á que usted da tanto valor, no tiene para mí ninguno.

—Lo tiene para evitar toda sospecha de que yo gaste lo que no es mio con la mujer que ha sido causa de todas mis desdichas...

—En cuanto á esa mujer, hablaremos más adelante, y entonces le probaré á usted que su arrepentimiento no es tan verdadero como dice.

—Señor Mendoza...

—Volvamos al asunto que le ha traido á usted á mi casa.

—Hace dos dias que no ha ido usted á Carabanchel.

—Usted comprenderá que mis visitas diarias podrian ser motivo de murmuracion.

—Desgraciadamente...

—Lo sé, para el mundo está perdida la honra de su esposa de usted; pero se rehabilitará, caballero, no lo dude usted, porque tarde ó temprano, la verdad y la justicia triunfan.

—¡Oh!—murmuró don Juan, haciendo un gesto de duda.—Sucede á veces...

—Será en vano discutir sobre este punto: cada uno de nosotros tiene sus ideas. Yo creo en el triunfo inevitable de la virtud, porque creo que la justicia divina se cumple lo mismo en este mundo que en el otro. Para mí es un imposible la impunidad, porque no he visto crímen que quede sin castigo en esta vida. La mano de Dios alcanza á todas partes, la vemos en todo. Los criminales no pueden estar ocultos más que algun tiempo, al fin se les conoce; la torpeza de los hombres para descubrirlos, está sobradamente compensada con la torpeza de los delincuentes.

Don Juan palideció.

—Segun,—dijo, procurando disimular el miedo que sentia.

—Siempre deja el criminal un hilo suelto de su trama.

—Perdóneme usted que le diga que esa es una creencia vulgar.

—¿No tiene usted el ejemplo en sí mismo?

—Ponga usted en mi lugar un hombre con más talento que yo, más sereno, más previsor, y dígame usted si la cartera hubiese quedado en el coche.

—Otro detalle se le hubiese escapado.

—¿Lo cree usted así?

—Sí, señor; siempre se le escapa un detalle al criminal, siempre...

—¡Oh!...

—Por consiguiente, y para no extraviarnos del asunto, diré á usted que creo en una rehabilitacion completa de su esposa de usted...

—¿Y en mi castigo?

—¿No confiesa usted que ya está castigado?

—Hablo de castigo tal como lo entiende el mundo, la sentencia de un tribunal...

—Tambien lo espero,—respondió Raimundo con acento de profunda conviccion.

Esta vez no pudo don Juan disimular el espanto que sin saber por qué le infundia la simple opinion del jóven, y quiso repasar en su imaginacion los detalles de su proyecto, para convencerse de que ninguno se le escapaba.

En aquel momento hubiera querido suspender la conversacion hasta el siguiente dia para tener tiempo de meditar otra vez; pero esto era imposible; dado el primer paso, no habia medio de retroceder; era preciso jugar el todo por el todo.

Trascurrieron algunos segundos de silencio, al cabo de los cuales dijo Raimundo:

—Hay un alma pura, ardiendo en santa fé, que ha querido poner á prueba el Omnipotente: es su esposa de usted, caballero, y ha de llegar el dia en que Dios, satisfecho, diga: «Basta». ¡Ay entonces del que hubiese pecado!

—¡Oh!—murmuró don Juan sin atreverse á mirar al jóven.

—¿Volvemos á nuestro asunto?—dijo este.—Lo olvidamos sin querer...

—Yo no lo olvido.

—Escucho, pues.

—Recordará usted su promesa de auxiliar á mi esposa con sus consejos en cuanto los hubiera menester para el buen manejo de sus intereses.

—Lo cumpliré, por más que eso tenga sus peligros.

—La bondad de usted...

—¿Ha llegado el caso?—preguntó Raimundo, á quien le repugnaban las bajezas de don Juan.

—Todo lo tengo arreglado.

—Bien.

—Y esta noche,—repuso don Juan con una inseguridad de acento que pasó desapercibida para el jóven,—esta noche haré entrega á mi mujer de todo lo que es suyo, á no ser que usted quiera disponer otra cosa...

—¿Qué tengo yo que ver con eso? Prometí mis luces para lo que fuese desconocido á su esposa de usted...

—Ella no sabrá decir si mis cuentas estan como deben, si lo que le entrego es todo lo que debo entregarle.

—¿Y he de examinar yo esas cuentas?

—No precisamente examinarlas.

—Entonces...

—Lo que yo deseo es que usted presencie la entrega de los valores, para que pueda usted explicarle lo que aquello es. Todo su dote está en deuda diferida y consolidada: las mujeres no entienden una palabra de semejante cosa, y yo no quedaré tranquilo si una persona de su confianza no le dice que aquello vale efectivamente lo que yo le digo.

—Estoy seguro de que ella no querrá saberlo, y por consiguiente...

—Creo lo mismo; pero si como esposa no quiere ocuparse de la cuestion de intereses, lo hará como madre, porque aquello es el porvenir, el pan de nuestro hijo. Esto en nada le compromete á usted.

—Será una escena desagradable que no quiero presenciar.

—¡Una escena desagradable!... No, señor Mendoza. Se cruzarán pocas palabras: y aun cuando así no fuese, ¿negaria usted este sacrificio más, que es el último? No le pido á usted nada en mi nombre, porque nada valgo; pero en nombre de mi hijo, que es inocente... ¡Ah!... Escuche usted mi súplica; repito que la hago en nombre de mi pobre hijo.

Lo que pedia don Juan era una cosa bien sencilla, pero Raimundo, sin explicarse la causa, estaba dispuesto á negarse.

Sin embargo, aquella súplica en nombre de la persona más inocente y más interesada en el asunto, no podia desoirse, y despues de algunos momentos de indecision, no encontrando razones que oponer, accedió, con tal que no se le exigiese otra cosa que presenciar la entrega del dote y aclarar cualquiera duda que á Isabel pudiera ocurrir por su ignorancia en semejantes negocios.

Don Juan habia conseguido cuanto necesitaba entonces.

—¡Ah!—exclamó con un entusiasmo que no era fingido.—¡Gracias!...

—¿Y á qué hora deberé ir?—preguntó Mendoza, que deseaba terminar cuanto antes aquella conversacion.

—No puedo fijarla, porque aun he de hacer una operacion esta tarde; pero eso no importa: usted nos dispensará el honor de acompañarnos á comer, y así no tendremos ninguno que esperar, puesto que, aun suponiendo que yo no terminase temprano, iré á la noche y mi esposa habrá tenido la ventaja de no comer sola, como le sucede á menudo.

—De manera que no es seguro que esté usted allí á las seis...

—No; pero estaré de fijo para las nueve, y por eso me parece que será oportuno que despida usted el carruaje en que vaya y se volverá en el que á mí me lleve.

Raimundo meditó.

No le agradaba tampoco la cita á hora indeterminada; pero ¿qué podia suceder? Si don Juan no iba hasta las nueve, él comeria al lado de Isabel, esperaria al lado de ella.

Raimundo estaba enamorado y no acertó á pensar más.

—Estaré allí,—dijo,—para la hora de comer, y aguardaré hasta las nueve, cuidando de que los criados entiendan que estoy allí de acuerdo con usted...

—Respeto esos escrúpulos.

—¿Nada más, caballero?

—Nada más,—dijo Hurtado poniéndose de pié.

Despidiéronse aquellos dos hombres sin darse la mano.

—¡Oh!—exclamó Raimundo cuando estuvo solo.—¡Qué ser tan miserable!... ¡Pobre Isabel!...

Tal repugnancia, tal horror inspiraba don Juan al jóven, que este cogió la silla en que habia estado sentado aquel, y dando con ella tres ó cuatro golpes en el suelo, la hizo pedazos.

Luego llamó á la dueña de la casa y la dijo:

—Se ha roto esa silla...

—Es verdad... ¿Pues cómo?... El caso es que tiene mala compostura, porque...

—No puede componerse: compre usted otra, y dígame lo que le cuesta.

CAPITULO XXXVII.

Isabel y Antonio piensan lo mismo.

Raimundo no se servia para sus viajes á Carabanchel de otro coche que del que tenia á su cargo Antonio.

Este habia encontrado mal la cita: ya sabemos que era astuto, y parecióle sospechoso aquello.

—¿Por qué,—preguntó á Mendoza,—no fijar una hora de dia?

—Si le era imposible...

—Todo se arreglaba con dejarlo para mañana, lo mismo era. ¿No conoces que todo eso es mentira? Mientras concluís son las once de la noche y llegarás á las doce á Madrid.

—¿Tienes que volver á la cochera antes de esa hora?

—No es eso, Raimundo... ¡Oh!... Tienes mucho más talento que yo, mucho más; pero no sé de qué te sirve. Si á media noche asesinan á un hombre en las afueras de Madrid, es cosa que á nadie admirará y...

—Eres demasiado malicioso,—replicó el jóven, desplegando una sonrisa.—¿Crees que traten de asesinarme? No, Antonio: en este mundo no se hace nada sin su razon, y no la tiene don Juan Hurtado para eso. Debe odiarme, sí; pero ¿qué ganaria con matarme?

—Hace algunos dias que te suceden cosas raras...

—¿Vas á hablarme otra vez del robo de la otra noche?

—Sí, porque no quisieron robarte, no roba esa gente así, la conozco...

—Ves visiones.

—El empeño que mostraron en llevarse la cartera...

—Por si tenia billetes.

—Les asegurastes que no y debió servir tu palabra como habia valido para que creyeran que no tenias más dinero: además, pudieron convencerse allí mismo...

—Sí es extraño; pero...

—Se me ha puesto en la cabeza que aquel robo tiene que ver con la cita de esta noche.

—Podrá ser, Antonio: pero yo he prometido ir y no faltaré. No te digo que te quedes.

—Me ofenderias, Raimundo.

—Sé que tú querrás participar de cualquier peligro.

—¡Oh!... Antes que te asesinen habrán de hacerlo conmigo... Llevas algun arma?

—Ninguna... ni la tengo...

—¡Siempre el mismo!

—Tranquilízate, Antonio, Dios nos protegerá. ¿Quién sabe si lo que intentan contra nosotros servirá de castigo á don Juan?

—Dicen que en el pecado vá la penitencia, es verdad; pero...

—En fin, vamos...

—Vamos, pues.

Eran las cinco de la tarde.

Antonio empuñó el látigo y cogió las riendas con un movimiento nervioso.

Partió el carruaje y pocos minutos antes de las seis se detenia á la puerta de la casa de don Juan.

Raimundo tuvo buen cuidado de preguntar por el dueño de la casa al criado que le abrió, y al recibir la contestacion negativa, su frente se contrajo y dijo:

—Lo extraño, porque me ha citado: sentiré que me haga esperar.

Isabel se encontraba en un gabinete, sola y profundamente triste, como siempre estaba.

Cerca de ella dormia en la cuna su inocente hijo, cuya salud menguaba por dias.

Cuando le anunciaron la visita de Raimundo se sorprendió.

Un vivo carmin cubrió sus tersas mejillas, brillaron un instante sus magníficos ojos negros, y al ver al jóven dijo:

—¡Raimundo!... ¡Usted á estas horas!...

—¿No me esperaba usted?—preguntó el jóven, estrechando cariñosamente la mórbida y agitada mano que le tendió Isabel.

—Ciertamente que no...

—Pues esta es la segunda, ó más bien la tercera sorpresa que hoy recibo...

—No comprendo...

—Hace algunos dias,—repuso Mendoza, sentándose,—me suceden cosas bien extrañas y á las que yo, lo confieso, ningun valor hubiera dado sin las advertencias de mi leal amigo Antonio. ¡Oh!... Si sus presentimientos se realizasen...

—Pero, Raimundo,—interrumpió Isabel con muestras de inquietud,—¿qué le ha sucedido á usted? Nada me ha dicho...

—Repito que no habia dado ningun valor...

—¡Ah!... Si no es un secreto...

—¡Yo secretos para usted!...

—Perdone usted...

—No, Isabel, no se trata de nada importante, y ya lo habria olvidado si el buen Antonio, que es malicioso en demasía, no me hubiese hecho pensar en ello. Hace algunas noches, á hora bastante avanzada, me sorprendieron cuatro hombres y me robaron. No me resistí, porque era inútil; no grité, porque les prometí dejarlos marchar en cambio de que no me incomodasen tapándome la boca.

—¡Dios mio!—exclamó Isabel, estremeciéndose y palideciendo.

—El peligro, si lo hubo, pasó; pero Antonio se ha fijado en una circunstancia y ha conseguido hacerme cavilar. Les dije á los ladrones que prometia no ocultar ningun dinero y darlo sin resistencia, con tal que no me tocasen, porque su contacto me ofendia y me repugnaba.

—¿Y tuvieron fé en la promesa?

—No he visto criminales más corteses. Me soltaron los brazos, tomaron mi capa, les dí el reloj y el dinero, que era bien poco, y no me registraron para convencerse de si los engañaba; pero me pidieron la cartera, y entonces mi palabra de que no contenia nada de valor se puso en duda: la entregué, y en vez de abrirla para averiguar la verdad, la guardaron. Hice una segunda promesa, la de no seguirlos ni gritar, y mi palabra volvió á valer mucho, á pesar de que arriesgaban más que antes si yo los engañaba.

Isabel, con la sutilísima perspicacia de las mujeres, comprendió que el robo del dinero habia sido un pretexto, una farsa para alejar toda sospecha sobre el verdadero objeto que aquellos hombres se proponian.

—Sí,—dijo,—su amigo de usted ha adivinado la verdad: querian solamente hacerse dueños de la cartera...

—Pero ¿con qué fin? ¿Para qué puede servir mi pobre cartera? ¿Qué valor tendria una prenda que cuesta un duro y sirve dos años?

Isabel concibió una sospecha horrible.

Sus mejillas, antes pálidas, se tornaron lívidas y un ligero temblor recorrió todos sus miembros.

—¡Dios mio!—exclamó con voz ahogada y elevando al cielo una mirada de intenso dolor.

—¡Isabel!—dijo Raimundo, empezando á perder la calma.

—¡Oh!... Le tienden á usted un lazo...

—¡Un lazo!

—Sí...

—Pero...

—No me atrevo á explicarme, es una sospecha no más...

—Hable usted; aprovechemos estos instantes... Don Juan no tardará...

—¡Que no tardará!...

—Me dijo que lo esperase y...

—Ayer aseguró que no volveria en dos ó tres dias... Raimundo, váyase usted ahora mismo...

—¡Que me vaya!

—Sí, peligra usted aquí.

—Eso mismo me dice Antonio y yo...

—No se equivoca.

—Cree que don Juan me ha citado para hacer que me asesinen...

—Sí, lo asesinarán á usted; pero lo mismo que á mí, moralmente; le arrancarán la honra, dejándole la vida, como han hecho conmigo... ¡Raimundo, se lo suplico, váyase usted!...

—No,—replicó el jóven, cuya frente se contrajo.—Aun no comprendo qué peligro corro, ni cómo atentarian contra mi honra; pero sea como fuere, no me iré. ¿Por qué he de irme? Eso seria huir, y solo huyen los criminales y los cobardes. ¡Oh! ¿Quién osaria tocar á mi honra?

Nunca habia estado Raimundo tan hermoso ni tan imponente como en aquellos instantes.

La ardiente mirada de sus negros ojos, brillantes como dos centellas, hubiera hecho caer de rodillas á don Juan, poseido de terror y arrepentido.

—¡Dios omnipotente!—exclamó la desdichada Isabel con acento desgarrador.—¡Tu justicia, muestra tu justicia!...

Sufria horriblemente: su instinto de mujer habia adivinado el infame plan de su marido.

—Tranquilícese usted,—dijo Mendoza con ternura:—probablemente su imaginacion de usted ha creado un fantasma... Aprovechemos estos momentos para explicarnos...

—Tenemos tiempo; mi esposo no vendrá...

—Pero...

—Dígame usted, Raimundo, ¿qué haria usted para defenderse si lo acusasen de ser mi amante y el autor del crímen de mi marido?

—¡Isabel!

—Sí, á usted le acusarán de haber querido asesinarme aquella noche...

—¡Imposible!—exclamó el jóven.

—¡Oh!...

—¿Con qué pruebas me acusarian?

—Con la cartera que le han robado á usted...

—¡Mi cartera!...

—¿Hubiera usted podido presentar otras pruebas contra mi esposo?

—¡Miserable!... Ahora comprendo la cita... Querrá que me sorprendan aquí, al lado de usted, á cierta hora de la noche...

—Sí.

—Pues bien, sea, los aguardo...

—Raimundo...

—¿Qué adelantaria con irme? Si se me ha delatado y la justicia no me encuentra aquí, me buscará en otra parte. No he de irme de España, porque eso seria lo mismo que confesarme criminal. Aquí estaré hasta las nueve, segun he prometido. Por lo demás tranquilícese usted: para defenderme no acusaré á nadie...

—Usted dirá la verdad, yo lo exijo.

—¡Jamás!

—Yo soy la causa...

—No.

—Pues bien, si usted calla, yo señalaré al verdadero criminal...

—¿Y las pruebas?

—¡Ah!—exclamó Isabel con desaliento.

—Sin las pruebas dirian los jueces y el mundo que no se habia usted contentado con manchar la honra de su esposo, sino que tambien le calumniaba...

—¡Y fuí yo quien obligó á usted á desprenderse de aquellas pruebas!...

—Isabel,—interrumpió Raimundo, que aun á costa de su vida hubiera querido evitar que sufriese la desdichada,—no hablemos más de esto. Suponga usted que nos equivocamos: ¿qué habremos conseguido? Nada más que atormentarnos en vano... Esperemos, y si se realizan las sospechas de usted, veremos. Creo en el triunfo de la inocencia... Basta pues... No demos á nuestra vez que sospechar á los criados,—añadió Raimundo, mirando el reloj.—Son la seis y media y llamaria la atencion que no mandase usted servir la comida.

Isabel comprendió que era preciso disimular y tomó el consejo de Mendoza.

Pocos minutos despues se sentaban á la mesa.

Fácil es suponer con qué alegría y apetito comerian.

Sin embargo, el jóven se esforzó cuanto pudo por manifestar contento y habló, si no mucho, lo bastante para que nadie sospechara que en aquellos momentos una borrasca terrible agitaba su espíritu.

Terminó la comida.

—¿Dónde ha de servirse el café?—preguntó el criado.

—Aquí,—respondió Isabel.

La infeliz contaba los minutos.

Fingia escuchar lo que Raimundo le decia; pero su oido estaba atento al más leve rumor que sonaba en la calle.

De esta manera habia de suceder lo que sucedió, que la conversacion languideciese y terminase sin saber cómo, y que una vez interrumpida, Raimundo se entregase á sus reflexiones y la desgraciada Isabel á sus temores.

Ambos habian desocupado sorbo á sorbo las tazas del aromático café; pero puede decirse que sin saber lo que hacian.

Los minutos pasaban lentamente para los dos.

Era la primera vez que el tiempo se les hacia largo.

Al fin dieron las nueve...

Isabel no pudo contener un grito de alegría.

Raimundo permaneció inmóvil y con la mirada fija en la mujer á quien tanto amaba.

Enamorado al fin para que no fuese imprudente.

El silencio de la calle fué interrumpido por el ruido de un carruaje, que se detuvo junto á la puerta.

Luego resonó la campanilla...

Isabel dejó escapar un grito de terror.

Raimundo, sombrío, pero tranquilo en apariencia, se permitió la libertad de sacar un cigarro y encenderlo, poniéndose á mirar cómo las columnas de azulado humo se elevaban y perdian.

Aquella calma era más terrible que un arrebato de ira.

La infeliz esposa de don Juan no acertaba á articular una sílaba.

Temblaba como si tuviese una convulsion.

Sus grandes ojos, extremadamente abiertos, tenian fija una mi-

rada de espanto en la cortina que ocultaba la puerta del aposento.

Su corazon y sus sienes palpitaban con desigual violencia, y su cabeza parecia encerrar un volcan.

Al fin se levantó la cortina y apareció un hombre.

CAPITULO XXXVIII.

De cómo se realizó el presentimieto de Isabel.

El nuevo personaje no era don Juan, sino un hombre como de cuarenta y cinco años, de poca estatura, rostro moreno y abultadas facciones.

En su mirada se advertia ese no sé qué de sombrío, receloso, investigador, que con nada puede confundirse y que lo da la costumbre. Un agente de policía se conoce fácilmente en la mirada, sobre todo cuando lleva algunos años de oficio: reparad y vereis que parece que siempre busca algo. Aun cuando entre en su casa y vaya á sentarse á la mesa para comer, la costumbre le hace mirar á su alrededor como quien reconoce el sitio.

Un baston con puño de plata y cordones con borlas negras indicaba su calidad de inspector de seguridad pública.

Su saludo se redujo á un movimiento de cabeza y las palabras «buenas noches», á que Raimundo contestó con bastante altivez.

—¿Quién es usted?—preguntó Isabel con aspereza.—¿Con licencia de quién se introduce usted aquí?

—Señora,—respondió sin turbarse el agente de la autoridad,—he entrado aquí á cumplir con mi deber con la autorizacion del dueño de esta casa.

—¡Mi esposo!...

—Creo que sí; pero nada tengo que tratar con usted: busco á don Raimundo Mendoza...

—Yo soy.

—¿Y tendrá usted la bondad de venirse conmigo?

—¿Adónde?

—Adonde yo le lleve: no puedo dar otra explicacion.

—¿Es decir, que voy preso?...

—Tal vez.

—¿Y quién lo dispone?

—Caballero, yo no recibo órdenes más que del señor gobernador de la provincia: ignoro si es cosa suya ó á peticion de otra autoridad.

—¡Oh!...

—No se incomode usted en hacerme preguntas, porque no le responderé. Si usted quiere venir me evitaré el trabajo de hacerle salir á la fuerza, puesto que he de cumplir...

—Está bien,—interrumpió Mendoza poniéndose de pié.

Isabel lo miró con tal expresion de dolor y ternura, que el jóven se sintió conmovido hasta el punto de no poder apenas sostenerse.

Empero haciendo un esfuerzo pudo dominarse y alargó á la infeliz una mano que ella se apresuró á estrechar entre las suyas ardientes y temblorosas.

¡Momentos terribles!

Iban á separarse, quizás para siempre, y no podian decirse una palabra de cariño ó de consuelo.

Empero sus ojos hablaban, sus ojos por donde parecian escaparse sus almas para comunicarse.

Una palidez nerviosa cubria el hermoso rostro de Raimundo, y de su pecho se escapaba la respiracion con toda la fuerza de su dolor y su ira.

Isabel no habia vuelto á pronunciar una palabra.

Permanecia inmóvil, fija en Raimundo la mirada ardiente, angustiada, afanosa, y el rostro lívido, descompuesto y expresando el terror y la indignacion.

Las fuerzas la abandonaban por instantes.

—¿Vamos?—preguntó el inspector despues de algunos segundos.

—Adios,—dijo Mendoza.

—Pronto,—respondió Isabel,—será conocido el verdadero criminal... Adios.

Separáronse.

En la calle habia tres coches, el de Antonio y otros dos.

—¿Tendrá usted inconveniente,—preguntó Raimundo al agente,—en que vayamos en mi carruaje?

—Ninguno, caballero. El dueño de esta casa me ofreció el suyo... se lo dejaré.

Entraron en la berlina.

—A Madrid,—dijo el jóven.

—¿Qué significa esto?—se preguntó Antonio mientras obligaba á tomar el trote á su caballo.—Uno de los coches nos sigue... No me gusta el negocio.

Una hora despues entraban por la puerta de Toledo.

Detuviéronse los carruajes.

—¡Al Saladero!—dijo una voz desde el interior de la berlina de Antonio.

—¡Al Saladero!—exclamó este sorprendido y estremeciéndose.

—Sí.

Partieron nuevamente.

Cuando estuvieron á la puerta de la cárcel, salieron del coche el inspector y Mendoza.

—Antonio,—dijo este,—ya lo ves, me traen preso. Probablemente me pondrán incomunicado: cuando te permitan verme...

—¡Preso tú!...

—Sí, creo que me acusan de haber intentado asesinar á la esposa de don Juan Hurtado...

—¡Oh!—exclamó Antonio con acento de la más reconcentrada ira.—¡El miserable!... Para eso querian la cartera... Adios, Raimundo: mañana sabrán tus jueces quién quiso asesinar á doña Isabel, lo sabrá todo el mundo y...

—Silencio,—dijo el inspector.

Y volviéndose á dos embozados que habian salido del otro carruaje, añadió:

—Este cochero quedará detenido en la prevencion... Antes, que deje el coche.

—¿Tambien,—preguntó Raimundo,—tiene usted órden?...

—No, caballero; pero es la segunda persona que le promete á usted descubrir á un asesino, y me parece prudente detenerlo y dar parte.

Raimundo fué encerrado como un criminal cualquiera.

CAPITULO XXXIX.

Don Juan empieza á encontrar uno tras otro peligros que no habia previsto.

Apenas habia salido de la casa Raimundo, cuando Isabel, como si repentinamente recobrase las fuerzas, se puso de pié y corrió á su gabinete.

Allí estaba don Juan, apoyado en el mármol de la chimenea, tranquilo y risueño como siempre.

Isabel fijó en su marido una mirada terrible de ódio y amenaza, de indignacion y desprecio.

Pero él se cruzó de brazos y se encogió de hombros, sin alterarse ni dejar su sonrisa.

¿Qué habia de decir ella?

No lo sabia.

No encontraba palabras con que expresar lo que sentia.

Por espacio de algunos segundos se contemplaron silenciosamente.

—¡Oh!—exclamó al fin Isabel.—¿Qué has hecho?

—Ya lo ves,—respondió con calma don Juan.

—Sí, otro crímen más horrible que ninguno, otro crímen que...

—No,—interrumpió el parricida,—no es eso, es que yo no podia ni debia aceptar el papel de marido paciente. ¿Habias creido otra cosa? Te equivocastes: no conoces el corazon humano, ó por lo menos no conoces el mio.

—¡Ah! lo conozco y sé que es todo miseria, lodo, veneno...

—Entonces no has debido sorprenderte y probastes mucha torpeza, haciendo que tu amante...

—Basta,—interrumpió enérgicamente Isabel,—una ofensa á mi honra no la toleraré.

—¡Tu honra!—replicó don Juan con acento sarcástico.—Ha quedado bien; pregunta por ella al mundo... pregunta á tus criados.

—¡Dios mio!...

—Isabel, cálmate y evitemos un escándalo. Lo hecho no puede deshacerse...

—Sí, yo salvaré á tu inocente víctima.

—No sé cómo.

—Declarando la verdad.

—¿Y las pruebas? Ya sabes que aquí mismo, en esta chimenea...

—No importa: mi declaracion valdrá mucho unida á la del cochero...

—Oye, Isabel,—replicó don Juan, acercándose á la cuna donde su hijo dormia;—mira, ¿lo ves?... Declara y...

Isabel exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos.

Es imposible hacer comprender lo que sufria en aquellos momentos.

Por fortuna el llanto acudió á sus ojos y corrió en abundancia por sus mejillas.

Don Juan volvió á apoyarse en la chimenea y á cruzarse de brazos.

Sonreia siempre; pero con la sonrisa de Satanás cuando triunfa de la virtud.

La desdichada madre tuvo que dejarse caer en una silla.

—Ya lo ves,—dijo el asesino despues de algunos momentos;—no tiene remedio lo que ha sucedido. Pero tranquilízate: así como tú no tienes pruebas para hacer que me condenen, yo tampoco las tengo más que para infundir sospechas contra Mendoza. Despues de un mes ó dos de cárcel, lo absolverán de la instancia y lo pondrán en libertad: no quiero tampoco otra cosa, puesto que mi único fin es evitar que el mundo siga llamándome *buen Juan* en vez de don Juan. De esta manera yo quedaré honrado para el mundo, porque habré hecho lo que debe hacer un hombre decente; y como nos separaremos, porque esto es inevitable, podrás entregarte á tu amor sin que nadie te lo estorbe. El mundo habrá condenado á Mendoza, es verdad; pero como tú sabes que es inocente, no lo mirarás con repug-

nancia, al contrario, te interesará más, porque no hay nada tan interesante como una víctima.

No podia llevarse más allá el cinismo.

Isabel guardó silencio: su alma parecia desgarrarse en una lucha horrible.

Entre tanto don Juan, á pesar de su sonrisa y su aparente calma, empezaba á tener miedo.

Hasta entonces no habia pensado siquiera en Antonio, que no se detendria ante las consideraciones que cerraban los labios de Isabel; y las declaraciones de ambos, conformes en todos sus detalles, serian de mucho valor, el suficiente al menos para que fallase la opinion pública contra el marido, y absolviese á la mujer.

El criminal se acordó de las palabras de Raimundo, y por primera vez tuvo miedo á la mano de Dios.

Al fin enjugó Isabel el llanto, levantó la cabeza, y dijo con energía:

—Cumpliré mi deber. Salvaré tu víctima, y Dios te pedirá cuenta de la desgracia de nuestro hijo. No, no permitiré que la misma generosidad de ese noble jóven sea la causa de su perdicion. Piénsalo bien: si mañana á estas horas no está en libertad Raimundo, tú irás á reunirte con él en la cárcel.

Esto lo dijo Isabel con el acento de la más firme resolucion; y como don Juan sabia por experiencia que una vez decidida su esposa, no habia medio de hacerla retroceder, tembló, á pesar de que una nueva sonrisa dilató sus labios.

—Me pides un imposible,—dijo:—es muy fácil llevar á la cárcel á un inocente; pero hacerle salir es muy difícil.

—Pues bien, tú irás tambien á la cárcel y yo, si fuese necesario; pero la honra de Raimundo quedará ilesa.

—Nos perderemos todos sin conseguir que él se salve.

—Habré cumplido con mi deber.

Don Juan meditó para buscar nuevas razones; pero fué interrumpido por un criado, que se presentó diciendo:

—Señorito, el cochero dice que no puede esperar más tiempo.

—¿Pues en qué coche se han ido?

—No sé...

—¡Ah! Esperaba el que habia traido á Mendoza....

—Si,—dijo Isabel,—Mendoza vino en el carruaje de su fiel amigo...

Don Juan no pudo disimular ya su espanto.

—Dí al cochero que voy al instante, que vuelvo á Madrid...

El criado salió.

—Ya lo ves,—dijo con tono solemne la desdichada esposa,—la mano de Dios...

—¡El infierno, que se conjura contra mí!—exclamó don Juan.

Y se puso el sombrero y salió como un loco.

Cuando entró en el carruaje ofreció al cochero cien duros si lo llevaba á Madrid en media hora.

No era probable, ó más bien no era posible que Antonio hubiese callado, viendo que encerraban á su amigo Raimundo, acusándolo de asesino; y era tambien posible que Mendoza, cansado de ser generoso y obligado por la necesidad de defenderse, hubiera declarado la verdad.

Todo esto no era bastante para condenar al marido parricida; pero sí para encerrarlo en un calabozo como medida de precaucion.

Don Juan pensó todo esto, comprendió su torpeza, y como sentia, además del miedo que le era natural, el que á todo hombre infunde el crímen, llegó un momento en que se sintió completamente trastornado.

Cuanto más reflexionaba, más cercano y mayor veia el peligro.

De suposicion en suposicion y de deduccion en deduccion, llegó á creer que estaba perdido y que no habia salvacion más que en la fuga.

¿Era prudente presentarse al inspector para averiguar lo que habia hecho y dicho el cochero?

—No, porque tal vez el agente de la autoridad le contestaria enseñándole una órden de prision.

Ni siquiera se atrevia á ir á su casa, temeroso de encontrarse con los alguaciles.

Sin embargo, esto le era preciso: tenia que recoger la maleta, que ya habia preparado, donde se encerraba la fortuna de su hijo, y debia luego buscar á Rosina y advertirla el peligro para que huyese tambien.

Dejar el viaje para la siguiente noche era exponerse demasiado.

El asesino hizo parar el coche en la plazuela de Santo Domingo, dió al cochero un billete de dos mil reales y se dirigió á la calle de Silva, deteniéndose cada dos ó tres pasos para mirar á su alrededor.

No entró en su casa, sino que pasó de largo y de prisa, mirando de reojo el portal.

—Si hubieran venido á prenderme,—dijo para sí,—ya lo sabria la vecindad y hablaria de ello la portera con los curiosos y murmuradores. Debo aprovechar estos momentos; quizás dentro de una hora sea tarde.

CAPITULO XL.

Preparativos.

Don Juan entró en su casa con el mismo miedo que la noche en que intentó asesinar á su esposa; pero en esta no le salió al encuentro la portera para darle ninguna mala noticia.

—Buena señal,—murmuró.

Y subió la escalera, llegó á su habitacion y apenas le abrieron preguntó si alguien habia ido á preguntar por él.

Cuando recibió una contestacion negativa, respiró con más libertad.

Pidió una luz, entró en su cuarto, abrió un armario grande y sacó una maleta, que aunque abultaba poco, pesaba mucho, porque llevaba, además de letras sobre Lóndres, gran cantidad de dinero en oro.

De buena gana se hubiera sentado para descansar y meditar sobre su situacion; pero temia que le sorprendiesen los agentes de la autoridad, puesto que habia trascurrido tiempo bastante para que Ántonio hubiese declarado.

Tomó, pues, su capa, ocultó con ella la maleta, embozóse y salió sin decir una palabra á su criado.

Una vez en la escalera, se detuvo para escuchar.

Nadie subia ni bajaba.

La ocasion no podia ser más oportuna.

Andando de manera que no hiciesen mucho ruido los pasos, atravesó rápidamente el portal.

—¡Ah!—exclamó.—Creo que la fortuna vuelve á protegerme.

Sin embargo, no tenia menos miedo que antes, porque pensó que podian haber ido á prender á Rosina mientras á él lo buscaban en Carabanchel.

Cuando llegó á la plazuela de Santo Domingo se metió en un coche, dejándose caer en el asiento, fatigado como si hubiese corrido mucho.

Su frente estaba inundada de frio sudor y su respiracion era agitada.

¿Para qué hemos de seguir uno á uno sus pensamientos?

Puede comprenderse lo que sufria.

Los minutos le parecian siglos.

Llegó por fin á casa de Rosina.

Esta se encontraba en su gabinete, hablando con Paco de sus proyectos.

No esperaban aquella noche á don Juan, y al verlo pálido, con el rostro descompuesto y cargado con el saco de viaje, no pudieron contener una exclamacion de sorpresa y miedo.

—¿Qué sucede?—preguntó Rosa con afan.

—Ahora mismo,—respondió don Juan con voz alterada,—sin perder un instante, toma un abrigo, abandónalo todo...

—Pero...

—Es preciso huir.

—¡Huir!

—Sí... al momento...

—Explícate, Juan...

—Lo haré despues: un minuto de tardanza puede perdernos.

—¿Pero Raimundo Mendoza?...

—Está preso, y nosotros lo estaremos tambien si no abandonamos inmediatamente á Madrid... Vamos, vamos...

—Tu bello plan,—dijo Rosina con acento de amarga reconvencion.

Y miró á Paco, como diciéndole:

—Hay que renunciar á los quince mil duros de Alejandro.

El maton contestó con otra mirada:

—Pero no renunciaremos á lo demás.

Se habian comprendido perfectamente; pero don Juan no estaba en estado de apercibirse de lo que se habian dicho aquellos ojos.

Su pensamiento era la cárcel, la policía, Isabel y Antonio.

—¿Y qué haremos para huir á estas horas? Son las once...

—Con dinero todo se alcanza: un tren especial...

—¿Y el telégrafo?—dijo Paco, maestro en aquellos lances.

—¡El telégrafo!—murmuró don Juan con terror.—Creo que acudirán tarde, porque es posible que el juez, tranquilo porque tiene seguro al criminal, no se apresure á tomar declaraciones hasta mañana...

—Así lo crees; pero...

—Eso es, lo creo y nada más: por eso no quiero perder un minuto... ¡Oh!... Vamos, Rosina, y despues hablaremos.

Aunque ignoraba los detalles de lo sucedido, Rosa comprendió que la situacion era grave y que efectivamente debian aprovechar los momentos.

Sin llamar á su doncella envolvióse en un ancho abrigo, mientras Paco tomaba la maleta y la ocultaba bajo su capa.

Pálidos los tres, agitados y aturdidos, salieron.

Rosina exhaló un suspiro y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

¿Por qué? ¿No iba con su amante para no separarse ya de él?

No lo sabia; no podia decir más sino que sentia oprimido el corazon.

Entró en el coche con don Juan y Paco subió al pescante.

El carruaje partió calle abajo.

—Rosa mia,—dijo entonces el asesino,—perdóname. Mi obcecacion nos ha puesto en este compromiso; pero yo te juro que jamás haré nada en contra de tu opinion.

Ella no respondió: iba demasiado preocupada.

No le importaba perder la vida ni mucho menos que la perdiese don Juan; pero temia por Paco.

Además la atormentaba otra idea, la del horrible atentado contra el esposo de Isabel.

Esto le horrorizaba á Rosina; pero tomaria parte en ello por la misma razon que en otros crímenes, por obedecer y complacer á Paco.

Su silencio lo tomó don Juan como muestra de enojo y añadió:

—He cometido una falta, es verdad; pero ¿quién está libre de cometerlas? Sé indulgente, Rosa mia, por lo mucho que te amo, por lo mucho que sufro. ¡Ah! Hoy ha sido para mí un dia horrible, por todas partes no he escuchado más que amenazas, predicciones espantosas...

—¿Y eso,—replicó Rosina con desden,—te ha infundido miedo?

—Primero me reí; pero luego he temblado.

—Entonces, ¿por qué te has arriesgado en empresas peligrosas? Si habia de faltarte el valor...

—No,—interrumpió don Juan,—no soy cobarde; pero hay cosas que estan sobre el valor de los hombres.

—No te comprendo.

—Si me he lanzado á semejantes empresas, ha sido porque confiaba en la torpeza de la justicia humana y no creia en la divina.

—¿Y ahora?...

—Ahora... lo confesaré...

—Tienes miedo á un fantasma que no conoces, como les sucede á los niños,—replicó Rosina, riendo burlonamente.

—¡Oh!—murmuró don Juan, estremeciéndose.—Tengo miedo á la mano de Dios, porque empiezo á verla.

—Es curioso lo que dices,—repuso la jóven, que con una segunda risa disimuló un ligero temblor y el miedo que sentia.

—Podrás burlarte de mí; pero quiero hablarte con franqueza.

—Sí, Juan, dime cómo es esa mano que lleva y trae á las criaturas como si fueran figuras de ajedrez.

—¿Quieres verlo?... Escucha: las únicas personas que podian haberme delatado, no quisieron hacerlo, y entonces esa mano ha hecho que yo mismo ¿lo entiendes? yo mismo sea la causa de que se conozca mi crímen. Por mí perdió la honra mi mujer, y por mí, cuando se me pueda llamar asesino, recobrará su honra con creces, puesto que el mundo admirará su abnegacion. Ha luchado la maldad, que contaba con todos los medios de herir, con la virtud indefensa,

y triunfa la virtud. No contento con haber cometido un crímen, intento cometer otro, y el segundo hace que se me conozca como autor del primero. ¿Qué es esto, Rosa? ¿Quién me ha llevado sin que yo me aperciba por el mismo camino de que queria huir? La mano de Dios. ¡Ah! Mendoza me lo decia esta mañana: tarde ó temprano triunfa la virtud: la mano de Dios alcanza á todas partes: la torpeza de la justicia humana está sobradamente compensada con la torpeza del criminal... ¡Y ya es tarde!...

Don Juan guardó silencio.

Rosa no acertó á pronunciar una palabra: estaba poseida de terror.

Lo que sufriria se comprende, habiéndola oido referir su historia.

Ella creia en la justicia de Dios.

—¿Y por qué,—dijo despues de algunos segundos,—no te arrepientes y vas á llorar tus pecados á la oscuridad de una celda?

—Porque no soy dueño de mi voluntad, que es tu esclava; porque en la celda seria tuyo mi pensamiento, y en vez de llorar por mis pecados lloraria por haberte perdido.

—Lo mismo que yo,—dijo para sí Rosina.

Y volvió á guardar silencio.

Ni siquiera se cuidó de preguntar los detalles de lo que habia sucedido.

¿Qué le importaba?

A don Juan tampoco se le ocurrió hablar de semejante cosa.

No tenia más que un sentimiento y un pensamiento, el miedo y la fuga.

Parecíale que estaba cercado de enemigos que no le dejaban para huir más que una estrechísima puerta, por la cual no sabia si podria salir.

Llegaron á la estacion del ferro-carril del Mediodia.

—Esperadme,—dijo don Juan.

Y recatándose el rostro con la capa, entró en las oficinas.

Un tren especial no era cosa tan sencilla como él se habia figurado: se necesitaban dos horas para prepararlo.

¡Dos horas!

En este tiempo podian muy bien darles alcance.

Rogó, fueron y vinieron los empleados, y al fin le dijeron que todo lo más que podia hacerse, aprovechando una casualidad, era disponer el tren en el espacio de una hora.

Tambien era mucho; pero ¿qué hacer?

No habia más que resignarse.

Por ardiente que fuese el deseo de don Juan, no era bastante para calentar una caldera de vapor en dos minutos.

Preguntó si el tren debia cruzarse con algun otro, y le respondieron que se cruzaria con el correo en Almansa.

Entonces concibió un plan bastante ingenioso: para idear medios de salvacion no era un inconveniente su aturdimiento.

Volvió donde estaban Rosina y Paco, se separó con ellos del coche y les dijo:

—No podemos partir antes de una hora.

—¡Una hora!

—Sí; pero me ha ocurrido una idea.

—Sepamos.

—He pedido el tren para Almansa, porque llegaremos allí antes que el correo que viene.

—¿Y qué haremos?

—Volvernos á Madrid.

—¡A Madrid!—exclamo Rosina.

—Si el telégrafo nos adelanta, irán á buscarnos entre los viajeros que vayan de Madrid; pero no entre los que lleguen aquí mañana al amanecer.

—Bien,—dijo Paco,—en Madrid tendremos escondite seguro...

—Lo apruebo,—añadió Rosina,

Don Juan empezó á tener esperanzas de salvarse, y se tranquilizó.

Sin embargo, la hora que trascurria le parecia interminable.

—Otra cosa me ocurre, dijo á Rosina.

—¿Qué?

—Puesto que Paco tiene medios para que nos ocultemos con seguridad, ¿no seria más prudente quedarnos en Madrid?

Esto era indudablemente lo más seguro; pero el maton puso el in-

conveniente de que hasta el otro dia no le era posible obtener lo que se deseaba.

Quedarse en Madrid era renunciar á lo proyectado, al menos por algunos dias, y esta fué la razon por que se opuso Paco á ello.

Habia decidido terminar el asunto aquella noche, y por nada queria retroceder.

La verdad es que él, lo mismo que Rosina y don Juan, lo mismo que todo criminal, estaba ciego.

El esposo de Isabel miró veinte veces su reloj.

Paco acarició otras tantas veces el mango de su puñal.

Llegó el momento de partir.

Rosina dirigió una mirada de terror á Paco, y este miró sombriamente á don Juan, en cuyos ojos brilló un relámpago de alegría.

Lo mismo que las miradas, los pensamientos de aquellas tres personas eran completamente distintos.

Sin embargo, todos caminaban hácia un mismo punto, al término de su perdicion y al castigo de sus crímenes.

Entraron en el coche, procurando todos ocultar el semblante.

Paco llevaba la maleta, de que se consideraba ya dueño.

Resonó el lúgubre silbido de la locomotora.

No sabemos por qué, Rosina pensó en su madre y se estremeció.

Don Juan se acordó de su hijo.

Paco volvió á meter la mano en el bolsillo para asegurarse de que estaba allí su puñal.

El tren partió, dejando tras sí una nube de humo.

CAPITULO XLI.

Donde se verá que Raimundo es siempre el mismo.

Dejaremos á los criminales que huyen para buscar á los inocentes que se quedan.

Poco más de una hora hacia que Raimundo se encontraba en su encierro, meditabundo y triste, como era natural en su situacion, pero tranquilo con su inocencia.

Ni un instante se habia separado de su pensamiento la desdichada Isabel, y en medio de la oscuridad del calabozo le parecia verla con todos los atractivos de la belleza y la virtud, grande, noble y sublime, como no habia visto, ni siquiera soñado, á ninguna mujer.

Sonó la llave en la cerradura, giró la puerta, y el alcaide, seguido de dos hombres, entró.

—Caballero,—dijo,—el señor juez ha dispuesto que se le guarden á usted toda clase de consideraciones; por consiguiente, excusaré tomar precauciones que lo ofenderian á usted, seguro de que no intentará comprometerme.

El alcaide era un hombre de más de cuarenta años, de rostro aguileño con espesa y larga barba negra, de color bilioso y de ojos negros, brillantes, expresivos, de mirada penetrante y sombría.

Habia en la expresion de su semblante un no sé qué de amargura, de sarcasmo y á la vez de dolor, que impresionaban desagradablemente.

No era aquel un rostro vulgar: tenia cierta hermosura varonil, aunque bien examinado no se encontraba en él ninguna belleza; pero hubiera sido muy difícil decir por qué hacia estremecer cuando se le miraba.

Raimundo lo contempló algunos instantes y sintió lo que todos sentian.

—Gracias,—respondió:—no me opongo á que tome usted cuantas precauciones crea necesarias; pero le aseguro á usted que será trabajo inútil. Aquí me han traido calumniándome, y aunque me dejasen en libertad de irme, no saldria de aquí sin que se reconociese mi inocencia.

El alcaide fijó su mirada de águila en Mendoza, como si quisiera penetrar hasta lo más profundo del alma; luego sonrió levemente, y volviéndose á los que le acompañaban, les dijo:

—Podeis iros.

Y cuando obedecieron, añadió:

—Ya lo vé usted, me quedo solo.

—¿No teme usted?...

—Nada tengo que temer de quien tiene grande el corazon y limpia la conciencia. Bajo mi responsabilidad quedará usted libre dentro de la cárcel: ya vé usted si temo... Ahora tenga usted la bondad de seguirme, porque el juez espera para tomar declaracion. Le acompañaré á usted para guiarlo, no para guardarlo.

—¡Oh!... Me hace usted justicia... Gracias,—dijo Raimundo, ofreciendo su diestra al alcaide.

Este la estrechó como la de un amigo.

Salieron del calabozo.

Antes de dirigirle la palabra, el juez miró atentamente á Raimundo.

Este, en actitud digna, tranquilo, grave, sin que se moviese un solo músculo de su rostro, sostuvo la mirada escrutadora del hombre de ley y esperó.

Al fin, y despues de las preguntas y respuestas de fórmula, dijo el juez:

—¿Recuerda usted dónde estuvo y lo que hizo la noche del 26 de noviembre último?

—Sí, señor,—respondió el jóven:—aquella noche es inolvidable para mí.

—¿Dónde se encontraba usted á las siete?

—En un portal oscuro de una casa de la calle de Isabel la Católica. Llovia mucho. Otro hombre se guareció en el mismo portal, sin apercibirse de mí. Luego llegó tambien un mozo de cuerda.

—Prosiga usted, caballero,—dijo el juez, que se inclinó como si no quisiera perder una sílaba ni un gesto del acusado.

El escribano colocó la pluma sobre su oreja derecha, levantó las gafas, haciéndolas descansar sobre la frente, y se dispuso tambien á escuchar con toda atencion.

—El primero de aquellos hombres,—dijo Mendoza,—ofreció al segundo un duro por que llevase un recado á una señora que vivia en la calle de Silva, y aceptada la proposicion, salieron del portal. Creí que se trataba de una cuestion amorosa; sin embargo, en el acento de aquel hombre advertí no sé qué de inseguro, de extraño, tal vez de lúgubre, y movido por la curiosidad, los seguí. El mozo cumplió el encargo y el otro esperó.

—¿No conoció usted á aquel hombre?

—No, señor, no lo conocia entonces, y además él procuraba ocultarse el rostro con la capa.

—Puede usted continuar.

—Pasarian escasamente diez minutos cuando ví venir una mujer de aire distinguido que se dirigia hácia la plazuela.

—¿Tampoco la conocia usted?

—Tampoco.

—¿Qué más?

—El que esperaba le salió al encuentro. Se detuvieron junto á mí y hablaron.

—Supongo que no habrá usted olvidado las palabras que cruzaron.

—No las he olvidado; pero no puedo repetirlas, porque seria lo mismo que pronunciar el nombre del que la esperaba.

—Despues haré á usted comprender toda la responsabilidad que contrae con su mal entendido silencio.

—Cuando termine,—repuso el jóven,—será en vano hacerme más

observaciones ni preguntas, porque no diré jamás lo que ahora no diga.

—Tenga usted la bondad de concluir,—dijo el juez, que hablaba á Raimundo con notable deferencia.

—Aquellas dos personas entraron en un coche. Reflexioné sobre lo que habia visto y oido y sospeché que iba á cometerse un crímen. Aquella misma noche supe á última hora en el café que no me habia equivocado y conocí el nombre y la posicion y circunstancias de la víctima.

—¿Y en cuanto al criminal?...

—Al dia siguiente supe quién era.

—¿Cómo?

—Por una cartera que se le cayó en el carruaje.

—¿Quién se la dió á usted?

—No puedo decirlo.

—¿Es esta la cartera?—preguntó el juez sacando la de Raimundo y presentándosela.

—No, señor, porque esa es mia.

—¿La reconoce usted?

—Sí, señor.

—¿Recuerda usted lo que contiene?

—Tarjetas y algun otro papel que no podré decir cuál sea, aunque sí asegurar que ninguno de interés.

—Véalos usted.

Raimundo abrió la cartera y sacó la carta de que hemos hablado.

Un relámpago de la más viva alegría brilló en sus ojos.

—¡Ah!—exclamó.—No me acordaba de la carta de mi amigo Luis... ¡Me he salvado!... La mano de Dios... ¡oh!... la mano de Dios... Ya se lo dije esta mañana: la torpeza de la justicia de los hombres está sobradamente compensada con la torpeza del criminal.

—Explíquese usted, caballero.

—La fecha de esta carta, autorizada por los sellos del correo, prueba que no ha podido estar aquí la noche que se cometió el crímen.

—Bien,—dijo el juez:—acabemos. ¿Conserva usted la cartera del criminal?

—No, señor.

—¿Qué hizo usted de ella?

—Se la devolví: así me lo rogó su víctima y yo no la necesitaba, porque no habia de hacer de ella ningun uso.

—¿Conoce usted á don Juan Hurtado?

—Sí, señor.

—¿Y á su esposa?

—Tambien.

—¿Qué relaciones le unen á usted con ella?

—Las de una amistad la más pura. Es una santa, un ángel.

—¿Está usted dispuesto á revelar el nombre de la persona que intentó matar á la esposa de don Juan Hurtado?

—No.

—Comprendo que no haya usted querido ser delator; pero desde este momento es usted encubridor.

—No diré más de lo que he dicho, á menos que la víctima de aquel atentado quiera descubrir al autor.

—Ella se obstina en callar.

—Pues yo callaré tambien, aunque se me condenase por mi silencio.

—¿Sabe usted que hay otra persona que ha prometido revelarlo todo?

—Sí, un cochero.

—Entonces...

—Ignoro lo que podrá decir.

El juez comprendió que Raimundo y la desdichada Isabel tenian muchos puntos de semejanza, y que por consiguiente seria inútil insistir.

Además, no tenia duda sobre la inocencia del jóven y empezaba á adivinar la verdad.

—Tengo lo que necesitaba,—dijo para sí:—no importa que sea inocente: él me traerá al verdadero criminal.

Hizo luego por pura fórmula algunas otras preguntas, y terminó el acto.

Despues de firmada la declaracion ordenó el juez que se pusiese en comunicacion al preso.

El alcaide llevó á Raimundo á un aposento ventilado y limpio, donde habia una cama, algunas sillas y una mesa, le dejó luz y le ofreció de cenar.

—Gracias,—respondió Mendoza;—he comido tarde y nada tomaré. Otro favor quisiera merecerle á usted, si es que en nada puede comprometerle.

—Puede usted disponer de mí.

—Deseo escribir una carta...

—Eso en nada me compromete: ha quedado usted en comunicacion.

—¿Y podria usted encontrar una persona que se encargase de llevar mi carta á Carabanchel? No importa que cueste caro...

—Creo que, á pesar de la hora, tendrá usted persona de toda confianza.

El alcaide llevó á Raimundo lo necesario para escribir, y salió para ocuparse de la persona que debia encargarse de la carta.

El jóven escribió lo siguiente:

«Mis calumniadores han cometido una gran torpeza: la cartera que me robaron, y que está en poder del juez, tenia una carta de un amigo mio, fechada tres ó cuatro dias antes del robo, lo cual ha probado que no pude perderla en el mes de noviembre.

»Esté usted, pues, tranquila en cuanto á mí.

»Me he negado á descubrir el nombre del criminal; pero el cochero Antonio está preso, porque cometió la imprudencia de decir que conocia el secreto del crímen.»

Firmó y cerró el papel, quedando más tranquilo, porque ya no sufria sino por Isabel, y el aviso la consolaria.

Despues de media hora volvió el alcaide á recoger la carta.

—No sé,—le dijo Raimundo,—cómo pagar á usted tantos favores.

—Ahora con una buena amistad, y tal vez mañana con favores tambien.

—Deseo saber el nombre de usted...

—Andrés Diaz.

—No lo olvidaré.

—Gracias, señor Mendoza. ¿Quiere usted algo más?

—Que mañana me dispense usted el obsequio de almorzar conmigo.

—Honraré mi pobre mesa, poniendo un cubierto para usted.

Separáronse como dos antiguos amigos.

Raimundo se acostó, no por dormir, sino porque no tenia otra cosa que hacer.

Poco antes de amanecer cerró el sueño sus ojos.

CAPITULO XLII.

La penitencia en el pecado.

El tren, interrumpiendo con su monótono ruido el silencio de la noche, avanzaba rápidamente entre las tinieblas, dejando un rastro de fuego en la tierra y una nube de humo en el espacio.

Alguna vez el silbato de la máquina se dejaba oir como un lamento de muerte.

Media hora despues de haber partido, dijo Rosina:

—Tengo sueño.

Y cerró los ojos, fingiendo que dormia.

Paco hizo lo mismo y á los pocos segundos roncaba.

Don Juan, sin sospechar que iba con dos habilísimos comediantes que representaban su papel admirablemente, bajó el cristal de la ventanilla que tenia á su lado y asomó la cabeza.

Pero habia empezado á llover y el agua y el viento azotaron su rostro.

Retiró la cabeza, subió el cristal, envolvióse bien en su capa y se recostó.

Como ya estaba su ánimo casi enteramente tranquilo, porque nada temia, dejó correr su pensamiento por el ancho campo de las ilusiones, forjando risueños planes para lo futuro.

El ruido y el movimiento, siempre iguales, el cansancio, la posicion casi horizontal y el ver dormir á las dos únicas personas que le acompañaban, hicieron sentir á don Juan los primeros síntomas del sueño.

A esto contribuyó tambien la escasez de luz y la atmósfera cargada de humo de tabaco, porque el amante de Rosina habia fumado sin ninguna consideracion por espacio de media hora.

Cuando se sueña despierto, ó lo que es lo mismo, cuando uno se crea ilusiones, son estas más halagüeñas cerrando los ojos para que la mirada no encuentre realidades.

Don Juan cerró los ojos por esta razon, y se entregó con entero descuido á sus gratos pensamientos, sin que el instinto le advirtiese el peligro que corria.

Aunque no tenia intencion de dormir, de su estado al del sueño habia poca diferencia.

Pasó otra media hora y don Juan seguia dejando que su imaginacion volase.

Los fantasmas que creaba eran cada vez más bellos, porque se alejaban más de lo real.

Quince minutos despues resonó el silbido de la locomotora.

El marido de Isabel se estremeció; pero no hizo más que subir el embozo de su capa hasta los oidos, para evitar que otra vez le interrumpiese sonido alguno.

Se dejaron detrás á Aranjuez.

La lluvia espesaba y el viento soplaba con más fuerza.

Al cabo de un cuarto de hora don Juan dormia profundamente, y aunque soñaba con todo lo más sublime, roncaba de la manera más estrepitosa y vulgar.

No por eso se movieron Rosina ni Paco.

Siguieron inmóviles, como si no se apercibiesen del estado en que se encontraba su víctima.

Como el tren corria lo mismo que el tiempo, avanzaron bastante camino.

Al fin Paco dejó de roncar.

Luego abrió los ojos.

Rosina hizo lo mismo.

Debian tener muy meditado y tratado lo que habian de hacer, porque no necesitaron más que cruzar una mirada para entenderse.

Habia llegado el momento terrible.

El corazon de la hija de Luisa palpitó como si fuera á romperse.

Un temblor convulsivo agitó sus miembros.

El rostro de Paco se tornó lívido y tomó una expresion sombría y terrible.

Trascurrieron algunos segundos de silencio y quietud imponentes y amedrentadores.

Luego Rosina cruzó las manos, las extendió hácia su amante y le dirigió una mirada de súplica desgarradora.

Él la contestó con un gesto de desden.

La desdichada dejó caer la cabeza con desaliento.

La lucha que sostenia era espantosa.

Hubiera preferido morir.

Ya estaba arrepentida; pero era tarde para retroceder.

¡Horribles momentos!

Paco se desembozó.

En su diestra brillaba un puñal.

Rosa se tapó la boca con el pañuelo para ahogar un grito que le era imposible contener.

Extendió los brazos como para detener á su amante...

¡Y don Juan seguia durmiendo!

Paco se acercó á la infeliz y la dijo con voz baja:

—Aun es tiempo: si quieres, lo dejaré; pero no volverás á verme.

Ella no pudo contestar más que con una mirada de mortal angustia.

En su bellísimo rostro se revelaba su sufrimiento.

Hubiera inspirado lástima al más indiferente: para no suceder así era menester estar como el maton, embriagado por la idea del crímen.

—¿Qué hemos de hacer con él?—añadió el miserable asesino:—lo dejaremos que nos siga hasta el fin del mundo, tú haciéndole caricias y yo sirviéndole de criado... Decídete: ó lo mato ó me voy.

Rosina hizo un gesto doloroso, se oprimió el pecho con fuerza convulsiva, y separándose cuanto pudo de Paco y de don Juan, se cubrió el rostro con las manos.

El asesino contempló á su víctima, que seguia durmiendo tranquilamente.

Trascurriron algunos segundos.

Rosina permanecia inmóvil.

Al fin Paco se puso de pié y se acercó á don Juan, extendiendo hácia él el brazo izquierdo por si llegaba á tener necesidad de sujetarlo.

Luego levantó el brazo derecho.

Detúvose y tembló...

Empero no perdió más que un instante.

La hoja del puñal brilló como un relámpago y se hundió en el pecho de don Juan.

Resonaron dos gritos.

Uno agudo exhalado por Rosina.

Otro ronco, angustioso, profundo, que se escapó de los labios de don Juan.

El desdichado se estremeció violentamente y rodó al fondo del coche, quedando allí sin movimiento.

—Esto acabó,—dijo Paco con voz ronca y guardando el puñal.—¿Qué ha pasado? Nada... Un pícaro menos en el mundo: su mujer me daria un abrazo y dos el mozo que la corteja. Creo que está bien muerto,—añadió, dando al cadáver con el pié:—y si no acabará de morir con el salto que va á dar.

Rosina se descubrió el rostro.

Su mirada se fijó con extravío y terror en el cuerpo de don Juan.

Quiso hablar; pero no pudo.

Intentó moverse y fué en vano.

—Acabemos,—dijo Paco.

Bajó el cristal de una ventanilla, sacó el brazo, dió vuelta á la llave de la portezuela y la abrió.

—Está diluviando... Mejor: así no tendrán los guardas ganas de pasear... á ninguno se vé... ni siquiera una luz... Creo que estamos lejos de la estacion... Buen momento.

Resonó por dos veces el silbato de la locomotora.

—Ya rezan por el difunto,—dijo Paco soltando una carcajada.

Y se acercó á don Juan, lo arrastró hácia la portezuela, y sin cuidarse de ver si efectivamente estaba muerto, lo arrojó al camino.

Luego cerró y se sentó frente á Rosa.

En aquel momento brilló en la parte de afuera la luz del farol de un guarda.

—Vamos, paloma,—dijo Paco,—ya somos ricos y podremos vivir honradamente.

—Este,—pudo al fin decir Rosina con acento breve,—será nuestro último crímen.

—Te he prometido no volver á meterme en estos negocios, y lo cumpliré...

—Pesa sobre nosotros la mano de Dios...

—No la siento.

—¡Madre mia!—exclamó la desdichada.

Volvió á sonar el silbato.

Pasaban por delante de una estacion.

—Esto no me gusta,—dijo Paco;—está muy cerca... Sin embargo, llueve mucho y... Cuando lo encuentren no será tiempo de que nos den alcance.

El tren siguió su marcha.

CAPITULO XLIII.

Donde veremos lo que sucedió á don Juan.

El tren desapareció en pocos momentos.

La lluvia espesaba cada vez más.

Soplaba furiosamente el viento y empezaba á verse en lontananza la azulada luz de los relámpagos.

El cuerpo de don Juan quedó á una orilla de la via, entre el lodo formado por la lluvia.

Un cuarto de hora permaneció allí, sin que nadie se apercibiese de él.

No daba señales de vida.

Del sitio en que se encontraba á la estacion de Tembleque, apenas habria un kilómetro de distancia.

A lo lejos brilló una luz, que avanzó lentamente, esparciendo sus rayos, que reflejaban en los arroyos que corrian á los lados del camino.

Pocos segundos despues, además de la luz, se vió un bulto negro.

Al cabo de tres ó cuatro minutos pudo distinguirse un hombre, envuelto en un capoton con capucha y con un farol en la mano derecha.

Era un guarda, que recorria el camino.

Ni la lluvia ni el viento le hacian apresurar el paso. Sin duda es-

taba convencido de que debia mojarse lo mismo andando despacio que deprisa, y no queria molestarse.

Iba distraido, ó más bien la costumbre lo llevaba, pues no se cuidaba de mirar dónde ponia los piés.

Por esto no vió el cuerpo de don Juan y tropezó con él.

—¿Qué es esto?—dijo, parándose y acercando el farol al cadáver. —Un hombre... parece que está muerto... Y no lo ha matado el tren, porque está fuera de la via... ¡Diantre!...

Acercóse más á don Juan, que estaba aun envuelto en su capa y lo movió, gritando:

—¡Eh!... Buen hombre... Nada, no está vivo... No quiero responsabilidad, voy á dar parte al jefe.

Y dejando su calma, se dirigió apresuradamente á la estacion.

Un hombre muerto sin que le hubiese tocado el tren, indicaba un crímen, y por la misma razon que el guarda no habia querido detenerse, es decir, para no contraer responsabilidad, el jefe de la estacion dispuso que se avisase al momento á la autoridad, mientras él, acompañado de dos ó tres dependientes que en caso necesario sirviesen de testigos, se trasladó al lugar donde estaba el cuerpo de Hurtado, lo llamó y movió como habia hecho el guarda, y no recibiendo contestacion, dijo:

—Esperemos.

Nadie se atrevió á más: las miradas solamente inspeccionaron cuanto les fué posible á la luz de los faroles; pero no pudieron salir de dudas, porque el pecho de don Juan estaba oculto por la capa, y esta no presentaba más señales que la estrecha cortadura hecha por el puñal y que habia quedado bajo un doblez.

Cuando nada encontraron que les sacase de dudas, se contentó la curiosidad con mirar el rostro de la víctima y la ropa, que aunque llena de lodo, dejaba ver que era buena.

—Es una persona decente,—dijo uno.

—¿Y el sombrero?—preguntó otro.

—Andará por aquí...

—Veamos.

La curiosidad tuvo un nuevo objeto.

Moviéronse las luces en todas direcciones, y todas las miradas buscaron sin encontrar.

Esto les sirvió para entretenerse diez minutos.

Al fin desistieron.

El sombrero no pareció, porque se habia quedado en el coche.

—¿Habrán querido robarle?

—No se mata á un hombre por un sombrero: le hubiesen quitado la capa.

—Es verdad.

—¿Y quién sabe si lo han matado?

—¿Y si está borracho?

—Un señor de este porte no se emborracha así. Tendrá un accidente.

—Miradle la cara... esa es cara de difunto.

—Sí, sí, está muerto.

Todos los faroles volvieron á ponerse junto al rostro de don Juan, que en aquel momento abrió los ojos y exhaló un gemido.

—¡Vive!—exclamaron todos.

—Caballero,—dijo entonces el jefe, aproximándose á Hurtado,—¿qué le ha sucedido á usted?

Don Juan levantó la cabeza y se movió; pero volvió á dejarla caer pesadamente, diciendo:

—Socorro... me muero...

—¿Está usted herido?

—Sí, me han asesinado,—repuso don Juan con débil voz;—que los detengan... á los dos...

—¿A quiénes?

—A él y á ella... ¡ay!... Esta herida... Un confesor... En el tren... yo dormia y... no sé lo que ha pasado... ¡Ah!... Necesito hablar: un médico que me prolongue la vida por una hora... quiero revelarlo todo... La mano de Dios... la mano de Dios...

Don Juan hizo un gesto doloroso y volvió á desmayarse.

El jefe de estacion no sabia qué hacer con aquel hombre: moverlo de allí, era comprometerse; dejarlo, era acabarlo de matar.

Entre dudas y vacilaciones pasaron cuatro ó cinco minutos.

Y espesaba la lluvia y el viento arreciaba.

Y se oyó el tableteo de los truenos.

Y la luz de los relámpagos iluminó por un instante el grupo.

Parecia que la voz del Omnipotente anunciaba su justicia.

Por fin llegó la autoridad y sus auxiliares con un médico.

Este se apresuró á reconocer al herido.

—Morirá,—dijo,—antes que amanezca.

Y restañó la sangre lo mejor que pudo.

Mientras el jefe de estacion repetia las palabras que habia pronunciado el herido, fueron por un wagon para conducirle á la estacion.

Esto quedó hecho en pocos minutos.

A pesar de la tempestad estableciose la comunicacion en el telégrafo.

En vista de los partes recibidos de las estaciones inmediatas, ya no podria detenerse á los que iban en el tren especial hasta que este llegase á Almansa.

Las pocas palabras del herido bastaban para hacer comprender que los asesinos eran los viajeros que ocupaban aquel tren.

Don Juan fué colocado en una cama, sin que recobrase el sentido hasta que el médico empezó á hacerle la primera cura, diciendo que el herido podria hablar bastante; pero que no debia esperarse salvarlo.

Terminada la operacion y administrada una bebida, el paciente pidió un sacerdote para que oyese cuanto iba á declarar.

Parecia haber recobrado gran parte de las fuerzas, y hablaba con bastante facilidad.

En aquel momento nadie hubiera creido que quedaban pocas horas de vida á don Juan.

Poco á poco se restableció la calma.

El herido quedó solo con el juez, el escribano y el sacerdote.

Entonces reinó un silencio profundo, que al cabo de un rato fué interrumpido por el juez para hacer las preguntas de fórmula.

Luego dijo don Juan:

—Los momentos son preciosos; escuchadme bien, no perdais ni una sola de mis palabras, porque son demasiado importantes. ¿Acep-

tará Dios mi arrepentimiento?... ¡Ah! antes que el castigo de los criminales, quiero la salvacion de los inocentes. Los que me han herido alevosamente no son tan criminales como yo. Tengo una esposa que es un modelo de virtud y un prodigio de belleza; pero una pasion criminal por una mujer miserable que me vendia por oro sus caricias, me hizo concebir un proyecto horrible, el de matar á mi desgraciada esposa.

La frente del juez se contrajo.

Don Juan hizo un gesto doloroso, y añadió:

—La noche del 26 de Noviembre hice salir á mi esposa, enviándola á decir que su madre estaba gravemente enferma. Le salí al encuentro, me fingí sorprendido y le ofrecí acompañarla. Entramos en un coche y... Quise estrangularla... ¡Dios mio!... ¡Qué horror!... Creí haber conseguido mi intento y la dejé... Debo abreviar, me faltan las fuerzas... El soplo de la muerte me hiela el corazon... mi santa víctima no quiso revelar el nombre de su asesino, y todos la acusaron de adúltera... y arrostró la deshonra... En el coche dejé pruebas, mi cartera y mi paraguas... Un hombre, tan noble y generoso como mi esposa, me devolvió aquellas pruebas, y yo lo he pagado acusándole del crímen... No puedo más... Raimundo Mendoza es inocente y está en la cárcel... Mi esposa no ha olvidado sus deberes... ¡Oh!... Yo me muero...

—¿Pero quién le ha herido á usted?

—Un hombre que se llama Paco: ahora comprendo que es el amante de la mujer que me vendia sus caricias... Ella me obligó á atentar contra mi esposa... Realicé el dote, que era el pan de mi hijo... y salí de Madrid con esa mujer y su amante, en un tren especial... Nos íbamos á Inglaterra, me dormí en el coche y... me han asesinado y... se llevan... la fortuna de mi hijo... ¡Oh!... Se llama Rosa, Rosina.

Hizo un esfuerzo; pero no pudo decir más.

Por momentos se desfiguraba su rostro y era más penosa su respiracion.

Llamaron al médico, el cual dispuso que se dejase descansar al herido, que podria hablar otra vez pasada una hora.

El juez se ocupó en dictar y el escribano en escribir.
El telégrafo trasmitió nuevos partes á Madrid y Almansa.
La tormenta iba cesando y calmándose el viento.
La lluvia no era tan espesa.
Dejaremos al enfermo mientras descansa.

CAPITULO XLIV.

Donde Rosina se muestra por su amor tan grande como Isabel por su generosidad.

El silbato de la máquina resonó una y otra vez y el tren se detuvo en la estacion de Almansa.

Paco tomó la maleta.

Rosina se envolvió en su abrigo.

Se abrió la portezuela del coche y bajaron.

Pero apenas hubieron puesto el pié en el suelo se les acercaron tres personas, cuya presencia les hizo temblar.

Eran dos guardias civiles y un caballero de aspecto grave, que les dijo, señalando hácia una puerta:

—Por ahí... Vengan ustedes...

Rosina quedó inmóvil y muda.

Sus negros ojos brillaron como dos carbunclos.

—¡Nosotros!—dijo Paco, cuyo rostro se habia puesto lívido.

—Sí, ustedes, presos....

—¡Presos!...

—No es tiempo de observaciones: evítenme ustedes hacer uso de la fuerza.

Rosina dejó caer á la espalda la capucha de su abrigo, irguió su hermosa cabeza, fijó su ardiente mirada en el juez y dijo con voz sonora y altivo acento:

E. Zarza, dib.º y lit.º

L. G. J. Donon Madrid

— Ahora no puedo dar à V. explicaciones.

—Caballero, si busca usted al asesino de don Juan Hurtado, aquí está, soy yo, mi mano es la que ha clavado en su pecho el puñal... Este hombre es inocente: dormia cuando maté al otro... Vamos, pues, no opongo resistencia.

El juez miró sorprendido á Rosina, y por algunos instantes permaneció silencioso. Habia adivinado la verdad y contemplaba con asombro á aquella mujer, en quien no sabia qué admirar más, si la belleza ó la abnegacion con que ofrecia su vida por salvar la de su amante.

Empero ¿qué importaba á Rosina la existencia sin su amor? Preferia morir y que se salvase Paco.

Todo por él, habia dicho siempre, y esto era tan verdad, que cuando llegó el momento del último y mayor sacrificio, se dispuso á consumarlo sin vacilar, sin temblar, con orgullo y hasta con alegría.

Paco, el miserable asesino, el hombre ruin y cobarde que todo lo debia al amor de aquella mujer, aceptó sin resistencia el nuevo sacrificio como habia aceptado los demás, y pasada su primera sorpresa, dijo:

—Esa es la verdad, señor juez. Yo nada tengo que ver con lo que ha sucedido, solamente que las mujeres nos comprometen...

—Basta, miserable,—interrumpió el juez sin poder contener su indignacion.

Y dirigiéndose á los guardias, añadió:

—Registren ustedes á este hombre.

Con esto no contaba Rosina.

Una mancha de sangre en una mano y el puñal, ensangrentado tambien, acabaron de convencer á la autoridad de que Rosina confesaba haber cometido el crímen solo por salvar á su amante.

Empezaban á acercarse algunos curiosos de entre los viajeros que acababan de llegar en el tren ascendente.

El juez dispuso que entrasen los presos en las oficinas de la estacion, no permitiéndoles hablar más y poniéndolos en habitaciones separadas.

Sin perder un momento les recibió declaracion.

Rosina insistió tenazmente en confesarse autora y ejecutora del

crímen, diciendo que despues de consumado este, habia dado el puñal á Paco, que sin duda al cogerlo se llenó de sangre.

En cuanto al maton, sostuvo tambien la mentira: queria á toda costa salvar la vida, que le era muy grata, aunque para ello fuese necesario que la infeliz Rosa perdiese la suya.

Una hora despues, custodiados por la guardia civil y en distintos departamentos de un coche, Rosa y Paco fueron conducidos á Tembleque en el mismo tren en que antes habian ido.

La desdichada hija de Luisa, en un rincon del coche, dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

Su situacion no podia ser más horrible.

Mientras la máquina silbaba y la lluvia y el viento azotaban los cristales de las ventanillas, la infeliz pensaba en las palabras de don Juan, cuando hablaba de sus temores á la mano de Dios, y luego se preguntaba por su madre.

¡Cuánto sufria!

Restábale experimentar un solo dolor, el amargo desengaño de que no la amaba el hombre por quien lo habia sacrificado todo, y este dolor acababa de desgarrar su alma.

Sin embargo, ella lo amaba aun, lo amaba como siempre, quizás más que nunca, porque iba á perderlo.

Llegó el tren á Tembleque.

Cuando Rosina salió del coche, aspiró con avidez el aire libre.

Sentia la cabeza abrasada por la fiebre, que era lo único que la sostenia.

Ella y Paco fueron conducidos á presencia de don Juan, que aun vivia y habia podido recordar más detalles del crímen de que era víctima.

—¡Ah!—exclamó al verlos.—Esos son...

—Sí,—dijo Rosina con firmeza,—yo he sido, mi mano clavó el puñal en tu pecho...

—No, no fué tu mano,—replicó el herido con voz afónica;—fué la de ese miserable... lo ví sobre mí al despertar con la agonía; pero tú eres la autora... como lo fuistes cuando intenté...

—En vano te fatigas... Estoy dispuesta á confesar todos mis crímenes...

—La mano de Dios...

—Sí, la mano Dios,—dijo Rosa con acento sombrío,—la mano de Dios, que tambien caerá sobre mi madre... ¡Oh!...

Todos guardaron silencio.

Despues de algunos minutos el juez hizo conducir á los presos á otra habitacion.

El herido quedó con el sacerdote.

Los resplandores del alba empezaron á disipar las tinieblas de aquella noche tan fecunda en acontecimientos.

Una hora despues, don Juan habia dejado de existir.

CAPITULO XLV.

Empieza á cumplirse la prediccion de don Andrés.

A las nueve de la mañana Rosina y Paco entraban en la cárcel, custodiados por guardias civiles.

El alcaide, con la cabeza inclinada sobre una mesa de despacho, hojeaba uno de los libros de registro cuando le presentaron los presos.

Estos aguardaron de pié, tristes y silenciosos.

En el rostro de Rosina se veian las huellas del llanto, las señales del insomnio y la fiebre y la expresion de sus sufrimientos.

Su frente pálida y contraida se inclinaba sobre el pecho como agobiada por el peso de su dolor.

Despues de algunos segundos, el alcaide levantó la cabeza y fijó una mirada indiferente en Paco; pero al ver á Rosina se estremeció, abrió extremadamente los ojos y quedó como petrificado.

La hija de Luisa levantó tambien la cabeza, miró á don Andrés, relumbraron sus negras pupilas, extendió sus manos crispadas y exhaló un grito.

Habia reconocido al antiguo mayordomo del viejo.

¡Otra vez la mano de Dios!

En aquellos momentos, en la situacion en que se encontraba la infeliz, cuando empezaba á cumplirse la horrible prediccion de don Andrés, aquel encuentro inesperado tenia mucha importancia para los dos.

Él, que le habia anunciado la cárcel como uno de los términos de su camino, iba á ser su carcelero.

Ella, que habia desoido los consejos de aquel hombre y despreciado su amor y su proteccion, iba á estar vigilada por él.

Todo lo habia resistido Rosa, para todo habia tenido fuerzas; pero le faltaron para soportar aquel nuevo golpe.

Su cuerpo vaciló un instante y cayó pesadamente sobre el duro pavimento.

Don Andrés se levantó con el rostro desfigurado, jadeante, trastornado y acudió á levantarla.

Afortunadamente para él no habia más testigos que los guardias y Paco, los cuales encontraron muy natural que se desmayase una mujer despues de una noche de insomnio, de fatiga y de sufrimientos.

El maton, á quien solo preocupaba el interés de su persona, pareció indiferente á lo que veia.

Ya conocemos el temple de alma de don Andrés: habia sabido dominarse y disimular por espacio de algunos meses, cuando estaba al lado de Rosina, y no era fácil que en aquellos momentos se entregase á los arrebatos de su dolor, dejando que se adivinase lo que sentia.

Su voluntad hizo un poderosísimo esfuerzo, ahogó en su garganta el grito que iba á lanzar su desesperacion, y solo de sus negros ojos se escaparon dos centellas.

Era preciso fingir, ocultar lo que encerraba el alma en aquellos instantes supremos.

Levantó, pues, á Rosina con la misma facilidad que hubiera podido levantar á un niño y la colocó en una silla.

En vez de ocuparse en hacerle recobrar el conocimiento, que debió ser su primer cuidado, volvió á la mesa, tomó la órden de prision, escribió con mano trémula algunas líneas en el registro, firmó el recibo, lo entregó á los guardias y dijo:

—Ella irá á la enfermería... Quedo entregado de los presos.

Luego llamó y entraron dos hombres.

—A este,—les dijo el alcaide con voz ronca y señalando á Paco, —al número 7: es reo de importancia... Ponedle grillos.

—¿Y por qué grillos si no hago resistencia?—replicó el maton.

—Y esposas tambien,—añadió el alcaide ásperamente.—Llevadlo.

—Me parece que abusa usted...

—Tambien mordaza si vuelve á hablar.

Los carceleros se llevaron á Paco.

Los guardias civiles, despues de examinar el recibo, salieron sin pronunciar una palabra.

Los ojos de don Andrés se revolvieron en sus órbitas de una manera extraña.

Miró á su alrededor, como el ladron que teme ser sorprendido.

Luego se acercó á Rosina, la tomó en sus brazos, la estrechó contra su pecho palpitante y salió con ella, internándose en sus habitaciones particulares.

Cinco minutos despues se detuvo.

Se encontraban en un aposento espacioso, donde habia una cama y varios muebles.

Rosa no daba señales de vida.

Don Andrés la colocó cuidadosamente en el lecho y la contempló.

Su corazon palpitó como si fuera á romperse en mil pedazos.

Por su rostro parecia que iba á brotar sangre.

Se habian alterado horriblemente sus facciones.

Sus negras pupilas, dilatadas, relumbrantes, inquietas, lanzaban sobre Rosina una mirada ardiente, penetrante, una verdadera corriente de lúbrico fuego.

En el interior de su pecho resonaba la respiracion como el ronquido de un tigre en el interior de su caverna.

De todo se habia olvidado.

A sus miradas habian desaparecido todos los objetos.

No quedaba más que Rosina para sus ojos.

Rosina era su pensamiento, su único sentimiento, su existencia en aquellos instantes.

Sus sienes latian como si fuesen á estallar las arterias.

Un zumbido como el del enjambre en la colmena resonaba en sus oidos...

¿Era don Andrés una conciencia negra?

Seria muy difícil decirlo.

Rosina permanecia inmóvil en el lecho, mal encubierta, porque su ropa estaba en completo desórden.

A pesar de su densa palidez y de tener cerrados los ojos, que eran uno de sus mayores encantos, estaba bellísima, interesante como nunca y tentadora hasta poder producir el delirio.

Don Andrés, horrible en fuerza de estar desfigurado, extendió sus manos crispadas y acercó sus labios titilantes y ardientes hasta tocar los pálidos y entreabiertos de Rosa...

Como si el crugido seco, breve, inequívoco, que se oyó, hubiese despertado á Rosina de su letargo, abrió los ojos, fijó una mirada profunda en don Andrés, y exclamó:

—¡Ah!...

—¡Rosa, Rosa!—dijo él con ronca voz.

Y se apoderó de una mano de la infeliz, cubriéndola de frenéticos besos.

Rosa se incorporó como impulsada por un resorte, retiró la mano, miró á su alrededor y dijo con breve acento:

—¿Y él? ¿Dónde está?

—¡Él!—murmuró con amargura el alcaide.—¡Siempre él en mi camino!...

—¡Ah!—se ha cumplido la horrible prediccion!...

—No,—replicó vivamente don Andrés,—no se ha cumplido aun... Es tiempo todavía...

—¿No estoy en la cárcel?

—Sí; pero aquí soy yo la única y absoluta autoridad... ¿Quiere usted salir de aquí?

—No.

—¡Rosa!—exclamó don Andrés que tuvo que dejarse caer en una silla.

—No, no quiero salir, no saldré aunque me abriesen las puertas si él no sale.

—Imposible...

—Entonces moriré con él.

—¡Morir!... Usted debe salvarse, usted se salvará, porque mi pasion es capaz de todo...

—Puesto que es usted aquí el dueño absoluto,—dijo Rosina,—vuelva usted la libertad á Paco y su pasion de usted tendrá cuanto desea...

—¡Volverle la libertad y que usted se quede en un calabozo!...

—No me importa la vida.

—Yo no puedo dejarla á usted aquí para que venga el verdugo á arrancarla de mis brazos... Escúcheme usted: los momentos son preciosos... ¡Rosa, Rosa!—exclamó con acento desgarrador el alcaide.

—No, jamás,—replicó ella enérgicamente.—Cumpla usted con su deber...

En aquel instante sonaron unos golpecitos dados á la puerta de la habitacion.

—¡Oh!—exclamó don Andrés con acento de desesperacion.

Y haciendo un esfuerzo para dominarse, se acercó á la puerta y preguntó:

—¿Quién llama?

—Su señoría,—le contestaron,—acaba de llegar.

—¡El juez!...

—Vamos,—dijo Rosina, saltando de la cama al suelo.

—Reflexione usted, aun será tiempo mañana, cualquier dia...

—Espero...

—Por aquí.

La desdichada siguió á don Andrés, que salió por otra puerta para llevarla al calabozo que debia ocupar.

CAPITULO XLVI.

Donde haremos el descubrimiento de otro personaje.

Una hora despues de haber entrado Rosina y Paco en la cárcel, es decir, á las diez, se abrió la puerta del encierro de Raimundo y entró el juez seguido del escribano.

El jóven se puso de pié, sorprendido porque no esperaba semejante visita, cruzó un ceremonioso saludo con el representante de la ley y esperó.

—Caballero,—dijo el juez con su natural gravedad,—escuche usted la notificacion que va á hacerle el escribano.

Este puso sobre la mesa los papeles que llevaba bajo el brazo, sacó sus gafas, colocándoselas de manera que descansaban muy cerca de la punta de la nariz, y despues leyó con voz hueca la providencia mandando poner en libertad á don Raimundo Mendoza, falsamente acusado, sin que el haber estado preso le perjudicase en su honra, etc., etc.

Raimundo esperaba este resultado; pero no tan pronto: así que sorprendido, miró al juez como pidiéndole explicaciones.

—Señor Mendoza,—le dijo el juez,—tengo que comunicarle á usted una noticia, bien triste para quien tiene un alma tan generosa como usted.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó el jóven con ansiedad.

—Anoche asesinaron á don Juan Hurtado...

—¡A don Juan!...

—Sí, en un coche del ferro-carril del Mediodia...

—¡Oh!...

—A esa desgracia se debe el que haya podido devolvérsele á usted tan pronto la libertad...

—¡Asesinado!... ¡Dios mio!—exclamó Raimundo, elevando al cielo una mirada que expresaba su ardiente fé y su dolor.

Y cruzando las manos y extendiendo los brazos con ademan suplicante, añadió:

—¡Perdonadlo como yo lo perdono, Dios misericordioso y omnipotente!...

Nada más sublime ni más bello que la figura de Raimundo en aquellos instantes.

El juez se sintió conmovido profundamente y con muestras de respeto religioso inclinó la cabeza.

—¡Alma noble!—murmuró.

Trascurrieron algunos instantes de absoluto silencio.

—Caballero,—dijo al fin Mendoza con voz alterada por la emocion dolorosa que sentia,—¿puedo saber las circunstancias de ese crímen?

—Don Juan Hurtado,—respondió el juez,—temeroso de que usted, su esposa ó el cochero declarasen, anticipó el viaje que tenia proyectado con la mujer que ha sido causa de su perdicion, y salieron anoche de Madrid en un tren especial, acompañados de otro hombre, que ahora resulta ser el verdadero amante de ella, uno de esos miserables que viven á costa del vicio de las mujeres. Don Juan llevaba toda la fortuna de su mujer en dinero y letras sobre Lóndres: se durmió al pasar por Aranjuez, y poco antes de llegar á Tembleque le dieron una puñalada, lo creyeron muerto y lo arrojaron al camino.

—¿Y ha podido declarar?

—Todo; las circunstancias de su asesinato y las del que intentó él contra su esposa. Nada ha callado, no se ha olvidado de un solo detalle...

—¡Infeliz!

—Al amanecer murió contrito y resignado...

—¡Gracias, Dios mio, porque le habeis dado tiempo para que se arrepienta!... Ya lo ve usted, caballero: no ha sido la justicia de los hombres, sino la divina, que en todo eso está clara, palpable... ¡Y hay quien la niegue!

—Sin la mano de Dios ¿qué hariamos los jueces de la tierra?

—¿Y ha podido prenderse á los criminales?

—Sí: él es un miserable; pero ella, á pesar de su degradacion, ha probado que tiene un alma grande... La infeliz, por salvar á su amante, intenta hacer creer que ella sola ha cometido el crímen y que su cómplice dormia entretanto.

—¡Oh!...

—Siento tener que juzgarla, me interesa... Pero cumpliré mi deber.

—¿Se ha comunicado ya á la esposa de don Juan Hurtado la fatal noticia?

—Hace una hora.

—¡Pobre Isabel!... ¡Ah!... En estos momentos necesita corazones amigos... Perdone usted, caballero, si quiero apresurarme á salir...

—Es muy justo... Adios,—dijo el juez, alargando una mano á Raimundo,—sale usted de aquí, teniendo un amigo más...

—Gracias, caballero, nada valgo; pero...

—Un corazon como el de usted vale mucho.

—¿Quiere usted decirme su nombre para guardarle en mi alma como el de mi mejor amigo?

—Julio Durango.

Si Luisa hubiera estado allí, habria lanzado un grito al oir este nombre, porque era el de su primer amante, el del padre de Rosina.

Perdona, lector, si repito:

¡Otra vez la mano de Dios!

Cuando el juez salió, se presentó el alcaide, lívido aun, y con el rostro descompuesto.

—Señor Mendoza,—dijo,—está usted en libertad; pero...

—A mucha costa, lo sé.

—Sí, á mucha... ¡oh!... ¡Qué horrible es el mundo y qué cruel suplicio es la existencia!...

Raimundo miró sorprendido á don Andrés.

—Algun dia,—repuso este,—explicaré á usted mis palabras... Ahora vaya usted á prestar los consuelos que necesita una mujer desgraciada. Nuestro almuerzo quedará para otra vez... Creo que esta no será la última que nos veamos.

Raimundo estrechó la mano de aquel hombre singular y salió de la cárcel.

Aspiró con avidez el aire libre y contempló el sol con delicia, como si hubiese estado preso un año.

—¡Raimundo!—oyó decir.

Y sintió que lo abrazaban con tal fuerza que apenas lo dejaban respirar.

Era Antonio.

—Que me ahogas,—dijo Mendoza.

—Estoy loco de alegría...

—¿No sabes la horrible desgracia?...

—Sí, lo sé todo y... lo siento, Raimundo; pero en fin, eso te ha salvado y... ¿No vamos á Carabanchel?

—Sí.

—Mira el coche: he ido corriendo por él... Ya sabia yo que tu primera visita seria á la pobre señora...

—Rosina está presa, y Paco...

—Lo sé, y en cuanto á mi amigo, perdona que me alegre: me acuerdo de la borrachera de marras...

—Debes perdonar...

—Sí, lo perdono; pero... que lo ahorquen.

—¡Oh!...

—Vamos, entra en la berlina.

Raimundo ocupó el carruaje, que partió velozmente.

CAPITULO XLVII.

Dos grandes corazones, que lloran cuando principian á ser felices.

Como si la naturaleza hubiera querido anunciar el triunfo de la inocencia y la virtud, brillaba el sol esplendorosamente en un horizonte puro, trasparente y risueño.

Parecia que el viento habia plegado sus invisibles alas para descansar de las fatigas de la noche anterior.

De la lluvia no quedaban más señales que algun pequeño charco, donde reflejaban los rayos del sol.

Las aves habian abandonado la espesura y cruzaban alegremente el espacio.

Si las flores y el verdor no cubrian los campos, en cambio todo era luz, pureza, alegría y dulce calma.

Aquel magnífico dia ¡quién lo creyera! hubiese sido más feliz para la desdichada Isabel con su amor sin esperanza, su deshonra y sus dolores, que con su viudez y la libertad de su corazon.

Las almas grandes, generosas y sublimes no pueden gozar cuando su dicha se levanta sobre el cimiento de la desgracia de otro, por más que este sea criminal y su más cruel enemigo.

Isabel habia recibido la noticia del asesinato de su esposo, y el más intenso dolor desgarró su alma.

Lloró con esas lágrimas que parecen llevarse tras sí la existencia.

¿Lloraba al esposo amado, las ilusiones perdidas, las esperanzas desvanecidas?

No; pero lloraba al hombre cuyo nombre habia ella llevado... ¡lloraba al padre de su hijo!

Don Juan habia sido criminal; pero como todos los criminales, desgraciado, porque solo con la virtud y la tranquilidad de la conciencia se puede ser feliz.

La vida de don Juan habia sido una borrasca contínua.

Los pasajeros goces de su fatal pasion habian sido agitados.

Constantemente el temor, el afan, la lucha...

¡Pobres goces!

¿Dónde está la dicha sin la tranquilidad?

El náufrago que ha podido asirse á una tabla es tambien feliz; pero amenazado constantemente por la muerte, y viendo en lontananza la tierra salvadora, adonde lo acerca ó de donde lo aleja el inquieto oleaje, ¡cuán horrible es su felicidad!

¿No era don Juan digno de compasion?

Lo era como todos los criminales, porque en su mismo crímen llevan el castigo, sus triunfos llevaban tras sí un tormento y sus contrariedades la desesperacion.

Hé aquí por qué Isabel lloraba y sufria como se sufre y llora por el esposo amante y virtuoso: lloraba y sufria por el desgraciado y por el padre de su hijo.

En cuanto á Raimundo, no era menos grande y noble su corazon, ya lo sabemos.

A medida que se acercaba á Carabanchel, se pintaba en su rostro más tristeza y dolor.

Iba á ver á la mujer á quien amaba con frenesí y de quien era correspondido.

Y sin embargo, su pasion estaba callada, como dormida; parecia haberse extinguido precisamente cuando nada tenia de que acusarse, cuando no habia de oponérsele ningun inconveniente.

¿Era precisamente por esto por lo que no se levantaba aquella pasion como otras veces, encendiendo el pecho y perturbando el juicio?

¿Era que Raimundo amaba lo imposible, deseaba lo que le estaba vedado, encontraba el atractivo en lo que huia de él?

No, no era eso.

Su amor era el mismo.

El fuego de aquella pasion ardia en su alma por lo menos tan vivo como el primer dia.

Empero su corazon era demasiado noble, y su amor, rindiendo culto á lo grande, á lo respetable, á lo santo, habia cedido el lugar á los sentimientos generosos, habia dejado el dominio á lo que era puro y sublime, sin mezcla de nada terrenal, de nada deleznable.

A Raimundo le hubiera parecido un crímen ocuparse de su amor en aquellos momentos en que aun estaba caliente la sangre de don Juan; no podia pensar en Isabel sino como se piensa en una amiga, en una hermana.

Don Juan habia sido el esposo de la mujer que él amaba, habia tenido el derecho de que se le respetase, le habia dado á ella su nombre y en ella habia depositado su honor; y por más que su conciencia estuviese ennegrecida por los crímenes, por más que no hubiese sabido cumplir sus deberes y hubiese abusado de sus derechos, debia respetársele.

Además, aquel hombre criminal habia sido el enemigo de Raimundo, y este hubiera probado ser tan despreciable como aquel si tratándose de su enemigo no se hubiera mostrado generoso, no hubiera sentido verdadero dolor por la desgracia del que lo habia perseguido y hecho sufrir.

Cuando entró en la morada de Isabel, vió tristes los semblantes de los criados, lo cual probó á Raimundo, no dolor por la desgracia de don Juan, sino respeto al dolor de Isabel; dolor que debia ser verdadero cuando habia tenido la influencia suficiente para hacerse respetar, el poder de comunicarse.

Mendoza sintió que su corazon oprimido se dilataba.

Veia una prueba de la nobleza de alma de Isabel, y esto llenaba de dulce satisfaccion el corazon del jóven.

Todo lo que engrandece y sublima á la persona amada, es un goce infinito para el que ama.

—¿Y la señorita?—preguntó Raimundo.

—¡Ah!—exclamó el sirviente que lo habia recibido.—Está que infunde compasion: no podemos consolarla...

—¡Infeliz!

—¿Quién lo hubiera creido? Cuando se han aclarado los misterios y hemos comprendido todo lo que ha debido sufrir...

—Es una mártir...

—¡Y aun llora!...

—Cumple con su deber.

—Creimos que íbamos á tener otra desgracia: fué preciso llamar al médico...

—¿Tan grande fué su trastorno?

—¡Ya lo creo!... Hace pocos minutos que acabaron de sangrarla...

—¡Dios mio!

—Y el médico ha dicho que si no nos hubiésemos determinado á avisarle, á pesar de la prohibicion de la señorita, dentro de algunas horas no hubiera tenido remedio.

—¿Está acostada?

—Se dejó caer vestida en la cama y allí la han sangrado; pero acaba de levantarse y tomar el niño, que es lo único que la consuela. Ahora parece que está algo tranquila; pero se le conoce en la cara lo que sufre... Crea usted, señorito, que nos parte el corazon... Entre usted: nunca ha necesitado tanto á los buenos amigos.

Raimundo, profundamente conmovido, se dirigió al gabinete de Isabel.

Esta, sentada en un sillon, tenia en los brazos á su tierno hijo, que la miraba y sonreia con una inocencia encantadora.

Cuando una madre sufre, en los momentos más desesperantes de su dolor, ponedle en los brazos á un hijo, al de más tierna edad, porque solo él puede consolarla.

Al ver á Raimundo, la infeliz dirigió al cielo una mirada dolorosa, estrechó contra su pecho al niño y luego inclinó la cabeza y dejó que el llanto saliese de sus ojos.

El jóven miró tambien al cielo y dijo con acento solemne:

—Cuando Dios extiende su omnipotente mano para castigar nues-

tras debilidades, debemos bendecirle y doblar nuestras frentes.

Isabel no pudo articular una sílaba.

Contemplaba á su hijo, teniéndolo colocado sobre la falda.

Raimundo dió un paso, se inclinó, acercó los labios á la frente pura del niño, estampó un tierno beso y dejó en ella dos lágrimas.

¡Ah! el llanto de aquel hombre en tales momentos tuvo para Isabel un valor inapreciable.

Reinó un silencio profundo, que la inocente criatura parecia respetar, no haciendo más que mirar á su madre y sonreir dulcemente.

Hubieran podido contarse los latidos de aquellos corazones.

No se cruzó una sola mirada impura.

No exhalaron aquellos pechos un suspiro que no fuese de dolor.

¿Qué habia de decir Raimundo?

Los dolores como el de Isabel no se calman con palabras.

El único bálsamo es el tiempo, la misma causa del dolor, que en fuerza de hacer sufrir embota el sentimiento.

Aquellas almas grandes y sublimes se comprendian, y si no se consolaban con el silencio, sabian fortalecerse con su espiritual y misteriosa comunicacion.

Trascurrió una hora.

Las lágrimas de Isabel habian corrido lentamente por sus mejillas, cayendo sobre su tierno hijo.

Ni una sola vez habia levantado la cabeza para mirar á Raimundo.

Este, de pié, apoyado en la chimenea, en el mismo sitio donde vimos á don Juan la noche anterior, y con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, habia permanecido inmóvil como una estátua.

Su mirada melancólica habia permanecido fija en el suelo.

No se habia movido un solo músculo de su pálido y contraido rostro.

—Piense usted,—dijo al fin, tomando su sombrero y disponiéndose á salir,—en que no le pertenece su vida...

—Es de mi hijo,—murmuró Isabel.

—Adios; no sé á qué hora podré volver.

—Raimundo, usted es mi mejor, mi único amigo...

—Sí,—interrumpió el jóven,—por eso he adivinado...

—¡Ah!...

—El cuerpo de su desgraciado esposo irá á Madrid y usted lo verá... Para conseguirlo la dejo á usted ahora.

Efectivamente, Raimundo habia adivinado el deseo de Isabel.

Esta le pagó con una mirada de inmensa gratitud.

El jóven salió con lentos pasos, sin volver atrás la cabeza, como otras veces hacia para despedirse con una tierna mirada de la mujer á quien amaba tanto.

La infeliz estrechó nuevamente á su hijo contra su agitado pecho y lo besó con toda la ternura de su cariño maternal.

—¡Hijo mio, hijo de mis entrañas!—exclamó.

CAPITULO XLVIII.

De cómo Alejandro por primera vez en su vida se puso amarillo, colorado y hasta verde.

Aquel dia, en que todos estaban desesperados, Alejandro era el hombre más feliz del mundo.

A las once de la mañana principió á almorzar en compañía de Luisa y de Consuelo; pero cuando saboreaba con delicia el primer bocado y sonreia de felicidad, la doncella se presentó, diciendo:

—Señorito, la chica que estaba sirviendo en el cuarto de al lado pregunta por usted.

—¡Por mí!—replicó Alejandro sorprendido.

—Sí, señor, y yo le he contestado que ahora almorzaba usted...

—Pero ¿qué quiere?

—Viene á ver si sabe usted algo de su señorita.

Alejandro palideció.

Luisa y Consuelo fijaron en él una mirada escudriñadora.

—¿Y qué tengo yo que ver con su señorita?

—Dice que como ayer tarde estuvo usted ahí, tal vez por lo que hablaron...

Consuelo palideció.

La frente de Luisa se contrajo.

Alejandro miró rápidamente, como con miedo, á la una y á la otra.

—Es verdad,—dijo despues de algunos momentos de vacilacion y poniéndose encarnado como la grana,—estuve para un negocio de otra persona... La escritura de ayer,—añadió dirigiéndose á Luisa.

—Ya ve usted,—repuso la doncella,—la pobre muchacha, con esa trapisonda que ha habido... Como ni su ropa le dejó sacar la justicia...

—¡La justicia!...

—Sí, señor; pues poquita gente vino... y el escribano y todo... A fé que no se armó buena esta mañana... ¿No lo saben ustedes?

—Pero...

—Como que la señorita está en la cárcel...

—¡Rosina en la cárcel!—exclamó Alejandro.

Y se le escaparon de las manos cuchillo y tenedor, y volvió á palidecer y acabó por tornarse lívido su rostro.

—Nada sabemos,—dijo Luisa con gravedad,—explícate.

—Pues señor, anoche estuvo ahí otro señor que va de visita, que le llaman don Juan, y otro, un majo, que le llaman Paco y que dicen que si hay que si no hay. Luego la muchacha oyó sonar la puerta y se encontró que su señorita se habia ido con don Juan y Paco. Esperó; pero no han vuelto en toda la noche, y esta mañana á las ocho, llamaron, se asomó al ventanillo y le dijeron:

—Abra usted á la autoridad.

La pobre muchacha abrió temblando, y sin más ni más se la metieron en casa jueces, escribanos, alguaciles... en fin, una gente, que ya. Le preguntaron cómo se llamaba, cuántos años tenia, dónde habia nacido y qué hacia allí. ¡Vaya una pregunta! Luego se metieron á averiguar todo lo que pasaba en la casa, y cuando se cansaron, le dijeron que estaba allí de más, porque su señorita estaba presa en el Saladero y Paco tambien.

—¡Presa!—volvió á decir Alejandro.

—Sí, señor, y que no permiten que nadie la vea.

—Pero ¿por qué está presa?

—Verá usted: la pobre chica se bajó á la portería, subió el portero, volvió á bajar, subieron y bajaron los alguaciles, y despues de todo supo que su señorita, don Juan y Paco se habian ido por el fer-

ro-carril, y que don Juan se durmió en el coche y la señorita y Paco lo mataron...

—¡Han asesinado á don Juan Hurtado!

—Como que dicen que le dieron más de cuarenta puñaladas, y luego lo tiraron del coche.

—¡Oh!...

—Pero los cogieron los civiles.

—Bien,—dijo Luisa,—responde á esa mujer que nada sabemos.

—Queria tambien un empeño para que la den su ropa...

—Dile que si no se la devuelven pronto que averigüe quién es el juez que tiene la causa y venga: le buscaré una recomendacion... ¿por qué no hemos de favorecer á esa infeliz?

La doncella salió.

Alejandro, con la mirada fija en la mesa, no acertaba á pronunciar una palabra ni á moverse.

La noticia le produjo un efecto inexplicable.

¡Presa Rosina!

Esto no debia sorprenderle despues de conocer la historia de la desdichada hija de Luisa; pero todos sus planes se desbarataban, todas sus ilusiones se habian desvanecido como el humo.

Si no era un verdadero amor lo que Alejandro sentia, era por lo menos un deseo bastante ardiente para atormentarle y aun para trastornarle.

De ello tenemos la prueba en el sacrificio que se habia decidido á hacer, entregando á Rosina los quince mil duros.

Podria consolarse pronto, puesto que Alejandro era hombre que se consolaba con bastante facilidad; pero el primer golpe era terrible.

Además, esperábale un segundo disgusto, las explicaciones que Luisa exigiria, y á esta no se la engañaba fácilmente.

Luego estaba Consuelo con su dote de seis mil duros.

Las relaciones de Alejandro con una mujer como Rosina, no eran la mejor recomendacion para aspirar á ser esposo de la jóven.

Pasaron algunos minutos sin que nadie hablase ni se moviese.

Luisa rompió al fin el silencio.

—Siento,—dijo,—la desgracia de esa mujer; pero no podia sucederle otra cosa... ¿No almorzamos? Creo que nada tiene que ver ese triste acontecimiento...

—Es verdad,—respondió Alejandro, que en su turbacion, sin saber lo que hacia, tomó el cuchillo por la hoja.

—¿Qué hace usted?

—¡Ah!... Estaba distraido... pensaba en el riesgo que hemos corrido...

—¡Riesgo!

—Sí, como el pobre á quien han asesinado era precisamente el que debia tomar el dinero... ¡Quince mil duros!... ¡Diantre!... Ella pensaria quedarse con el dinero... Ahora comprendo por qué me citaban ahí para tratar el negocio.

Consuelo respiró con más libertad.

El almuerzo siguió y terminó sin que volviera á nombrarse á Rosina.

Despues, mientras Consuelo se ocupaba en preparar una labor, Luisa entró en la habitacion de Alejandro, diciéndole:

—Espera, tenemos que hablar.

—Como quieras; pero iba á casa del escribano para que se cancelase la escritura de los quince mil duros: no quiero que resulten cuentas pendientes con don Juan Hurtado, porque la justicia entenderá en sus asuntos... Verdad es que ahora podriamos nosotros reclamar quince mil duros de los herederos de don Juan; pero esto...

—Seria un robo.

—Por eso...

—Irás dentro de media hora, es lo mismo... Siéntate.

—Bien,—dijo Alejandro, resignándose.

—Sé,—repuso Luisa,—lo que era esa desgraciada que está presa...

—Sí, dicen que vivia de mala manera...

—Alejandro, debes suponer que no tengo celos, porque no te amo...

—Lo sé.

—Por consiguiente, al pedirte cuentas de las relaciones que á esa

mujer te unian, no creerás que me coloco en un terreno que seria ridículo...

—Luisa,—interrumpió Alejandro,—voy á darte la explicacion más satisfactoria.

—Te escucho.

—Hace bastante tiempo que yo conocia á don Juan Hurtado. Soliamos encontrarnos en el café, y un dia le hablé de mi empeño en buscar á una mujer...

—Mi hija...

—Precisamente.

—¡Oh!—murmuró Luisa, acordándose del dia en que encontró á Rosa en la escalera.

—Mostró curiosidad al oirme; pero nada más.

—¿Y luego?

—Hurtado me pidió quince mil duros.

—Aun no comprendo...

—Aguarda... Aunque era hombre de sobrada responsabilidad, como la cantidad era crecida y el interés corto, me negué. Entonces me dijo:

—Usted tiene interés, y muy grande, en encontrar á una mujer que ni siquiera sabe si existe. Pues bien, yo la he conocido, sé que vive y que está en Madrid, pero nada más; pero me será fácil encontrarla. Présteme usted los quince mil duros y una semana despues habrá usted conseguido lo que queria.

—¡Ah!—exclamó Luisa.—¿Y no le preguntastes?...

—Todo lo que debia, y él me respondió que habia sostenido relaciones amorosas con tu hija, lo cual le dió ocasion para ver la señal del costado...

—¡Dios mio!... ¡Mi hija está perdida!—exclamó la infeliz madre con acento desgarrador.

—Ya te acordarás que te indiqué...

—Sí, sí...

—Hé ahí mi empeño en servir á don Juan Hurtado.

—Pero esa otra que está presa...

—Para su casa me citó don Juan y con ella hablé del présta-

mo. ¿Qué me importaba que fuese una perdida? Yo iba á mi negocio.

—¡Y ha muerto don Juan!

—Nos queda ella, que está en el secreto. Mira, don Juan era casado; pero esa mujer...

—Comprendo.

—Pues bien, él debió confiárselo todo á ella.

—Es preciso hablar con esa mujer...

—Esperaremos unos dias.

—No.

—Ya lo has oido, está incomunicada.

—Pondré en juego todas mis relaciones para que se me abran las puertas de su calabozo.

—Para eso no valen influencias, es cosa muy delicada.

—¡Oh!...

—Supongo que no irás tú á la cárcel...

—Lo harás tú; pero si nada consigues, yo iré á verla: se trata de mi hija...

—Tranquilízate...

—Sí, estoy tranquila,—exclamó Luisa poniéndose de pié;—pero no aguardaré más que hasta mañana...

—Cuidado, que puedes poner en peligro tu reputacion: un paso imprudente...

—Nada me importa si encuentro á mi desgraciada hija.

—Pero si no la encontrases y...

—No esperaré más que hasta mañana,—replicó enérgicamente Luisa.

—Bien.

—Averigua la verdad de lo que ha sucedido y si hay probabilidades de que mañana permitan ver á esa mujer...

—Lo haré.

—Esta vez no aceptaré nuevos plazos...

—Pero...

—Adios.

Luisa salió del aposento.

—¿Qué haré?—se preguntó Alejandro.—¿Debo decirle que Rosina es su hija? Creo que acabaré por hacerlo así. Debo renunciar á mis proyectos de amor... Dice el refran que del agua perdida la mitad recogida... Me quedaré sin la hechicera Rosa; pero tomaré los treinta mil duros.

CAPITULO XLIX.

El padre y la hija.

Rosa habia sido encerrada, no en un calabozo húmedo y oscuro como su amante, sino en un aposento donde podia estar bien guardada; pero ventilado, limpio y amueblado con alguna decencia.

La desdichada habia pedido hablar reservadamente al juez, y este accedió, ya porque no era peticion que debia negar á un acusado, ya porque aquella mujer le interesaba por la abnegacion que habia demostrado, queriendo sacrificar su vida para salvar la de su amante.

Media hora hacia que Raimundo habia salido de la cárcel, cuando el juez entró en el encierro de Rosa.

No la conocia: le habian dicho que era jóven y de una belleza admirable; pero creyó que lo segundo era exageracion, y al verla quedó sorprendido y admirado, porque encontró mucho más de lo que esperaba.

Lo que sintió al mirar á su hija no hubiera podido explicarlo: aquella singular belleza no le habia producido efecto ninguno considerada como belleza de mujer; pero su corazon habia palpitado con violencia, como si sus más delicadas fibras las hubiese herido la mirada de Rosa.

Esta contempló por algunos momentos al hombre que debia juzgarla, y tambien se conmovió sin saber por qué, puesto que Durango, á pesar de la varonil hermosura que conservaba á los cincuenta años, podia infundir respeto; pero no hacer sentir amor tan repenti-

namente con su cabello blanco, su mirada melancólica y dura, su frente siempre contraida y sombría y su cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho, como si se sintiese agobiado por el peso de un dolor lento, pero constante, uno de esos dolores que no producen la desesperacion; pero que hacen imposible la alegría.

A pesar de la condicion de Rosina, su padre no acertó á dirigirle la palabra con la severidad que acostumbraba á hacerlo, sino con dulzura.

La conversacion, por una y otra parte, empezó de una manera bien extraña.

—Hija mia,—dijo Durango.

—¡Ah!—interrumpió Rosina.—Gracias: es la primera vez que se me da ese nombre cariñoso.

—Lo hago, porque me interesa la desdichada juventud de usted y su más desdichada belleza, y porque ahora no vengo como juez, sino...

—¿Como padre?

—Lo seré, infeliz criatura, lo seré hasta donde me lo permitan mis deberes.

—Sí,—repuso Rosa con voz ahogada,—necesito que sea usted mi padre, porque no lo tengo, porque yo no puedo conmoverlo á usted con los encantos fatales de mi belleza, sino con mis dolores, porque con usted no conseguiria la mujer lo que puede conseguir la hija, no puede otorgarme el hombre lo que no sabrá negarme el padre.

Durango no supo qué contestar.

Sentóse junto á Rosina y dijo:

—¿Es usted huérfana?

—Lo soy, porque nunca he conocido á mis padres... Mi madre, que ignoro quién sea, me abandonó apenas ví la luz del mundo... ¡Madre mia!...

Dos lágrimas se escaparon de los negros ojos de la infeliz.

El juez se sintió profundamente conmovido y pensó en Luisa.

—¡Desgraciada!—murmuró.

—Sí, me han hecho muy desgraciada. Al abandonarme mi madre me condenó á ser criminal, porque era imposible que en mi desamparo, débil niña, ignorante, en la miseria, luchase contra el mal adon-

de me arrastraban sin que yo lo comprendiese. ¡Ah! el dia que el verdugo me conduzca al patíbulo, dirá mi madre: «Esa mujer ha cometido grandes crímenes, debe responder de ellos, castigadla sin compasion para que sirva de terrible ejemplo...» Sí, eso dirá mi madre que me abandonó...

Las pupilas de Rosa se dilataron por un instante y brillaron como dos centellas.

Su padre guardó silencio.

Seguia pensado en Luisa y en su hija... ¡En su hija, abandonada como aquella, y perdida tal vez lo mismo!

—Una pasion fatal,—dijo Rosina despues de algunos segundos,—me ha conducido aquí. Cuando la misericordia divina quiso iluminar mi entendimiento y conocí el bien y el mal, horrorizándome de mi situacion, cuando empezó á atormentarme la conciencia, era tarde para salvar mi honra, pero no para arrepentirme, llorar mis culpas y seguir por el camino de la virtud. Sin embargo, no lo hice; la pasion que me dominaba fué un terrible enemigo en aquella lucha, me quitó el valor para renunciar al hombre á quien amo. Yo no tenia voluntad, él era y es dueño de ella; por él he cometido todos mis crímenes, porque no he podido ser más que lo que él era. Este amor, única afeccion de mi vida, es mi única felicidad, y si un golpe fatal hiriese á ese hombre, yo moriria de dolor, desesperada, y mi última palabra seria una maldicion. ¿No me ha hecho desgraciada el mundo? ¿Pues con qué derecho ese mundo, que ha convertido mi existencia en un suplicio horrible, que todo me lo ha negado, me negará tambien una agonía tranquila? Es la única felicidad á que puedo aspirar; no le pido otra cosa, no quiero más que la muerte, sin otros dolores que el de mi contricion para que mi alma pueda salvarse. ¡Ah! es bien poco. ¿Necesita una víctima la sociedad? Aquí me tiene. La justicia de los hombres debe quedar satisfecha... yo le pagaré con mi vida.

Rosa calló por algunos instantes.

Sus negros ojos adquirian cada vez mayor brillo y era más sombría la expresion de su semblante.

—Nada importa,—añadió con exaltacion creciente,—que sea mi

cabeza ú otra la que se entregue al verdugo; basta con darle una cabeza. Mi madre es la causa de mis crímenes, y al condenarme el mundo no hace más que castigarme por los crímenes de mi madre. ¿Por qué, pues, no ha de aceptar tambien la expiacion en mí de los crímenes del hombre á quien amo, cuando por esta gracia bendeciré á la sociedad y por aquella injusticia la maldigo?... ¡Ah!... Sálvese ese hombre y yo iré al patíbulo resignada, hasta con alegría. Mi vida es un tormento, ¿qué me importa perderla? Quiero hacer por él este último sacrificio, ya que todo se lo he sacrificado. No pido más que una hora de felicidad, la hora suprema de mi agonía... ¿Pueden negarme esta hora los que me han hecho sufrir toda mi vida?

Rosina se interrumpió y fijó una mirada afanosa en el juez.

Este, que tenia un profundo conocimiento del corazon humano y de la sociedad, habia leido en el fondo del alma de su hija, habia comprendido la situacion y apreciado los dolores de la infeliz.

Por más que fuese incongruente el discurso de Rosa, por más que la exaltacion febril imprimiese á sus palabras el sello de un lastimoso extravío, por más que sus quejas fuesen horriblemente amargas y envenenadas por la desesperacion, no era imposible escucharlas con indiferencia.

A vueltas de mil apreciaciones, fruto de un juicio perturbado, de una razon extraviada, habia dicho verdades demasiado tristes y que no por ser desconsoladoras dejaban de tener un inmenso valor, centuplicado para Julio, que no podia olvidar el recuerdo de Luisa, que no podia arrancar de su imaginacion la idea de su hija abandonada.

En aquellos momentos no volvió á brotar el llanto de los ojos de Rosina.

La fiebre, más alta cada minuto, iluminaba aquellas pupilas con extraño fuego.

Sus labios secos, pálidos, ardientes y contraidos, se entreabrian, no con la expresion tentadora de siempre, sino como se levantan los del chacal cuando olfatea la sangre caliente de su víctima.

Sus crispadas manos, convulsas, inquietas, estrujaban la tela del abrigo, con el mismo desconcierto que el moribundo palpa, coge y suelta el ropaje de su lecho.

Reinó un silencio profundo, interrumpido solamente por la agitada respiracion de Rosina, un silencio imponente, que tenia algo de lúgubre, de amedrentador.

Así trascurrieron algunos minutos.

El padre, entregado á sus dolorosas ideas, parecia haberse olvidado de que tenia que responder.

Por fin Rosina fijó en él una mirada más ardiente, más penetrante que ninguna, y dijo:

—Es preciso que se salve...

—Imposible,—contestó Durango.

—¿Y por qué? La justicia de los hombres tiene el camino abierto para todo, no es como la justicia de Dios, cuya balanza, donde lo bueno y lo malo se coloca, decide. Vosotros, los jueces de la tierra, no teneis en cuenta más que el crímen, no pesais con la balanza, apreciais con el barómetro de la ley...

—Por eso,—interrumpió el juez, que hubiera querido poner término á aquella situacion, porque sufria mucho,—por eso estoy obligado á castigar á ese hombre: la justicia ve en él un asesino y no puede perdonarlo.

—¡Un asesino!... Lo soy yo solamente, he confesado el crímen y mi confesion es la prueba más satisfactoria: ¿por qué castigarlo á él?

—¡Desgraciada! el dolor extravía el juicio de usted... La declaracion de don Juan Hurtado y todas las demás circunstancias, condenan á ese hombre lo mismo que á usted. La víctima fué inmolada para cometer un robo, en la oscuridad de la noche, en despoblado, en sitio donde todo socorro era imposible...

—Todo eso es verdad...

—Ni siquiera se expusieron ustedes á la lucha, sino que aprovecharon el sueño de don Juan...

—Yo lo aproveché...

—Declaró él lo contrario, y las manchas de sangre, el puñal...

—Todo eso se destruye con mi confesion...

—Pero resulta siempre que ambos meditaron el crímen, ambos lo cometieron, como lo prueba el habérsele encontrado á él la maleta, que era el objeto del crímen. La defensa es imposible; el defensor no

conseguirá nada, apelando á la ley ni á la razon, solamente podrá invocar la misericordia. La causa de usted tiene mejor defensa, á pesar de su confesion, porque hay de por medio una pasion que puede haber trastornado el juicio; y sin embargo, es una causa perdida...

—Pero mis tormentos, la injusticia de que he sido víctima...

—¿Puedo fundarme en eso para absolver á ese hombre?

—No, el juez no puede hacerlo...

—Entonces...

—Por eso he apelado al hombre que me ha llamado hija y me ha prometido ser padre.

—Sí, en cuanto me lo permitan mis deberes.

—No sé lo que digo, no sé lo que hago; únicamente sé lo que quiero, lo que necesito para que la desesperacion no me haga perder la fé en la justicia divina, para que mi alma se salve...

—¡La justicia divina!... Nunca se ha visto tan clara como ahora... ¿Dudará usted de ella? ¿No ha sentido usted el peso de la mano de Dios desde que dió el primer paso en la senda del mal?

—Sí, sí...

—¡Desgraciada!...

—Pero si mi cómplice muere á manos del verdugo, la desesperacion me enloquecerá, y una vez loca... ¿puedo responder de lo que piense ni de lo que haga?...

—Basta, hija mia...

—No, no: yo necesito tener la seguridad de que se salvará ese hombre...

—Imposible,—dijo el juez, levantándose.

—¡Ah!—exclamó la infeliz Rosa con desgarrador acento.

Y dejándose caer de hinojos se abrazó á las rodillas de su padre con toda la fuerza de su desesperacion.

—Imposible,—volvió á decir Durango con voz ahogada y haciendo esfuerzos sobrehumanos para dominar su emocion.

—¡Que vais á condenar un alma!...

—¡Oh!... Basta, basta...

—Que me quitaré yo misma la vida para no ver morir á Paco...

Durango elevó al cielo una mirada dolorosa, reunió todas sus fuer-

zas, asió de los brazos á su desdichada hija, la separó bruscamente y se lanzó á la puerta, desapareciendo mientras que de sus ojos se escapaban dos lágrimas abrasadoras.

Rosina se retorció las manos con desesperacion, revolvióse en el duro pavimento y lanzó un rugido como el de la pantera herida.

—Lo salvaré,—dijo con voz reconcentrada,—sí, lo salvaré á despecho de todo el mundo, aunque tenga que cometer mayores crímenes que los que he cometido.

En aquel momento se entreabrió la puerta y asomó el rostro pálido y sombrío de don Andrés.

CAPITULO L.

Donde se verá que Rosa habia nacido para la perdicion de don Andrés, así como Paco para la de Rosa.

Tras el rostro asomó la cabeza y luego el cuerpo convulso de don Andrés, que fijó en Rosina una mirada de lúbrica avidez.

Ella lo contempló algunos segundos, separó de su frente los negros mechones de cabellos que desordenados se habian esparcido, levantóse, extendió un brazo y dijo con sorda voz:

—Ven.

Esta palabra indicó al alcaide que habia habido un cambio completo de ideas en Rosina: lo tuteaba y lo llamaba en vez de rechazarlo...

Don Andrés se acercó á la desdichada, pudiendo apenas respirar, le cogió una mano y la cubrió de frenéticos besos.

—Sí, sí,—dijo ella, cuya mirada indicaba su febril extravío,—sácia tu pasion... Te considero mi amante, porque aceptarás todas las condiciones... ¿Quieres amor, quieres fuego? Puedo ofrecerte un volcan, mi pecho arde... Verdad es que lo abrasa la fiebre; pero el resultado es el mismo, tendrás fuego, tendrás sonrisas seductoras, palabras tiernas, tan tiernas como puede inspirarlas el más profundo amor. Todo esto será mentira; pero el mundo se contenta con las apariencias, y tú no has de exigir más que todo el mundo. Gozarás, serás feliz... ¿Qué te importa lo demás. Sí, tendrás todo lo que tu pasion desea, y si aun llegase un dia en que no contento con eso quisieras ver-

dadero amor, yo te haré creer que te amo, no lo dudes, lo creerás... ¡Ah!... Ahora mismo puedes ser feliz con las apariencias, los resultados pueden engañarte lisonjeramente con respecto á las causas: mi exaltacion, mi extravío, el desórden en que me ves, pueden ser lo mismo efecto de la desesperacion más horrible que de la pasion más intensa... Ven, siéntate aquí, á mi lado... Escúchame...

—¡Rosa!—exclamó don Andrés con destemplada voz y dejándose caer en la silla.

—Llámame tuya, porque yo quiero serlo, sí, quiero ser tu esclava...

—¡Ah!...

—Escúchame,—repuso la desdichada, abandonando sus manos abrasadoras á don Andrés, mientras lo envolvia en una mirada ardiente, irresistible, enloquecedora.

Contemplóla el alcaide con toda la avidez de su pasion y oprimió aquellas manos con fuerza convulsiva.

—Ese hombre,—añadió ella,—saldrá de aquí...

—¡Otra vez ese hombre!...

—Sí, otra vez y siempre...

—¡Oh!

—Yo tambien saldré... y tú... Ya lo ves, me ofrezco á ser tuya y acepto la libertad que me ofreces...

—Pero con él, á condicion de que yo acepte tambien un rival... ¡oh!... y un rival verdadero dueño de tu corazon...

—Yo te haré olvidar eso, te haré creer todo lo contrario...

—Imposible.

—No, no es imposible... ¿Y quién sabe lo que podrá suceder? Quizás, y esto es lo más probable, Paco me abandonará, porque no me ama. Cuando estemos libres, tendré que huir, que ocultarme y vivir en la miseria. Pues bien, ese hombre me dejará, porque de nada le sirvo, porque me negaré á cometer nuevos crímenes, que lo comprometerian. Tú lo has visto: mientras nada pude hacer por él sino conseguir que el viejo alcanzase un indulto...

—¡Era para él!...

—Sí, para él, que recobró la libertad y ni siquiera fué á verme...

—Es verdad.

—Ya lo ves, no te engaño. ¡Oh!... No todo ha de ser mentira...

—¡Rosa, Rosa!...

—El dia en que el viejo murió,—repuso ella, á quien la pasion le habia dado fuerzas bastantes para dominar su arrebato,—el dia en que murió, en los momentos en que espiraba, Paco se me presentó, me propuso cometer un robo, me negué y me volvió la espalda... No tuve valor para dejarlo ir, porque estaba ciega, creia que me amaba y accedí... Yo seré un estorbo para él, no lo dudes, y huirá de mí. ¿Quieres una prueba? Mi primera declaracion y la suya: yo confesé haber cometido sola el crímen, y él aceptó mi sacrificio, negó y aun me acusó...

—¡Miserable!...

—¿Crees que ese hombre aceptará la miseria conmigo?

—Pero tú lo seguirás; lo amas demasiado para no ser cien veces criminal con él... ¿Quién sabe si me espera la misma suerte que á don Juan Hurtado?

—¿Eres rico?

—No.

—Entonces...

—Lo seguirás...

—No, porque seria lo mismo que perderlo, ayudar á la justicia...

—No te importa morir por él...

—Pero me importa su vida, y de ello estoy dando pruebas.

—Moririais juntos, es cuanto os podia suceder; y eso seria para tí una felicidad...

—¡Una felicidad morir, sabiendo que él tambien moria!... No, Andrés, no: para eso no me tomaria el trabajo de salir ahora de aquí: si eso es una felicidad, ya la tengo...

—Ya que no puedes alcanzar otra cosa,—insistió don Andrés, que en su turbacion no acertaba á discurrir,—haces un nuevo sacrificio en cambio de una esperanza...

—¡Esperanzas!... No las tengo: he visto demasiado claramente la mano de Dios...

—¿Pues si ha de abandonarte ese hombre?...

—Ya que lo pierda, que viva.

—He escuchado la conversacion que has tenido con el juez, y tus últimas palabras: has jurado cometer nuevos crímenes por salvar á ese miserable...

—Es verdad.

—¿Qué crímenes son esos?

—Ningunos y todos los que fueran menester si tú no aceptabas mis proposiciones. ¿No te has encontrado nunca en situacion tan apurada, que desesperado, hayas dicho que harias cuanto fuese menester, y sin embargo no hubieras podido decir lo que ibas á hacer?

—Sí...

—Pues bien, eso me ha sucedido á mí...

Don Andrés calló.

—Ahora no lucha entre nosotros la pasion, sino la razon, la lógica, y te he vencido. Eso prueba que la verdad ha salido de mis labios. ¡Oh! en esta hora suprema es imposible la mentira.

—Puesto que has visto la mano de Dios, que crees en su divina justicia, ¿qué harás cuando te veas abandonada por tu amante?

—Sufrir...

—Y arrepentirte: esto tambien es lógico.

—Sí.

—Entonces ni falso ni verdadero tendré tu amor...

—Mientras lloro mis pecados, tendrás mis caricias...

—¿Y el arrepentimiento?

—¿Y la deuda de corazon que debo pagar? ¿Y la gratitud, sentimiento el más noble de la criatura?

Don Andrés se levantó, y con agitados pasos recorrió de un extremo á otro el aposento.

Nada más absurdo que los razonamientos de Rosina.

Pero ¿qué podia haber absurdo para una cabeza trastornada como la de don Andrés?

Bajo la influencia de la mirada fascinadora de aquella mujer y dominado por su pasion, era imposible que el desgraciado tuviese voluntad ni juicio.

En último caso, todo lo peor que podria sucederle seria que Rosina no cumpliese su promesa de seguir amándolo ó fingiendo que

lo amaba; pero esto le sucederia tambien no aceptando la proposicion, y aceptándola conseguiria por lo menos ser dueño de ella siquiera una hora, lo cual era mucha dicha para quien sentia lo que él.

Hé ahí, pues, todo lo que su razon alcanzó á decirle en aquellos terribles momentos.

La materia suele ser intransigente.

Una pasion que arrebata, que se sobrepone á todos los sentimientos, que los ahoga, no escucha nada en los momentos en que ve la ocasion de quedar satisfecha.

Don Andrés estaba perdido.

No pensó ya más que en los medios de que se valdria para realizar el proyecto.

Rosa se tranquilizó, porque habia comprendido que era seguro su triunfo.

¡Paco se salvaria!

Esto era cuanto ella deseaba para considerarse feliz, por más que fuese muy dudosa su suerte en lo futuro.

Trascurrieron algunos minutos de silencio, interrumpido solamente por el ruido de los pasos de don Andrés.

Ella lo seguia con la mirada ardiente, devoradora, como la del tigre que observa los movimientos de la gacela que se dispone á devorar.

Sentóse al fin el alcaide.

—Rosa,—dijo,—he cedido á todo y espero que ahora seas tú razonable.

—¿Acaso me he colocado fuera de la razon?

—Bien, pues continúa lo mismo...

—¿Qué has determinado?

—Ese hombre saldrá de la cárcel.

—¡Ah!...

—Pero no podrá ser hasta la noche...

—Esperaré.

—Si fueses tú sola la que hubieses de salir, en pocas horas lo arreglaria yo todo de manera que se creyese que te habias fugado; pero es imposible hacer lo mismo para los dos. Por consiguiente, yo tambien huiré para que no se me exija la responsabilidad.

—De manera que saldremos los tres al mismo tiempo...

—No.

—Entonces...

—Primero saldrás tú.

—¿Y Paco?

—Una hora despues conmigo.

—¡Oh! antes él y luego nosotros...

—Imposible.

—¿Por qué?

—Para llegar á su calabozo, que es el más escondido y seguro de todos los de la cárcel, hay que abrir tres puertas, cuyas llaves tengo confiadas á un carcelero. Necesito, pues, un pretexto para pedir esas llaves, lo cual no hago nunca, y sobre todo para ir solo y sin motivo. Luego estan los grillos y esposas, que tampoco puedo abrir sin pedir las llaves de los candados. Y por último, he de quitar gente de en medio para que no vean salir á Paco, que es conocido de todos mis dependientes.

—Pues bien, haces todo eso, lo salvas y vuelves por mí.

—Aun no habremos pisado la calle y ya será conocida su fuga y mi traicion. Para tí no necesito nada de eso: puedo llevarte á mis habitaciones por el mismo camino que te traje y hacerte salir sin que nadie lo eche de ver hasta que el juez venga.

—¿Y si despues de salvarme encuentras algun inconveniente?

—Ninguno; pero necesito una hora.

Rosina meditó.

—Desconfio,—dijo.

—¡Que desconfias!...

—No de tí.

—Entonces...

—Hay un medio.

—Lo aceptaré si es practicable.

—Saldré de aquí y me ocultaré en tus habitaciones y esperaré á que vayas con Paco á buscarme para salir los tres.

—Es tambien imposible, porque habeis de salir por distintas puertas.

—¡Oh!...

—Si dejo á Paco para venir por tí, donde quiera que me aguarde estará perdido, y si salgo con él no podré volver por tí.

Rosina dudaba aun.

—¿Tienes,—preguntó,—seguridad completa del éxito?

—Completa.

—Júralo.

—Sí, lo juro por mi amor, por Dios, por cuanto quieras...

—Basta.

—¿Aceptas?

—Sí, porque siempre podré volver...

—¿Qué quieres decir?

—Que si tu plan no se realizase por completo, si no pudieras salvar á Paco, me presentaré aquí otra vez.

—¡Rosa!

—Eso no podrias impedírmelo.

—No; pero supongo que para hacer esa locura esperarias más de la hora...

—Sí, esperaria hasta tener la seguridad de que habiais sido descubiertos, lo cual se sabria mañana en todo Madrid.

—¡Ah! te conozco y no intentaré disuadirte...

—Seria en vano...

—Lo sé.

—¿Y á qué hora podremos salir?

—No puedo decirte fijamente sino que será despues de las diez...

—No hablemos más de esto...

—¡Ah!—exclamó don Andrés, que volvió á apoderarse de las manos de Rosina.

—Déjame,—dijo dulcemente y sonriendo la desdichada hija de Luisa:—estoy muy fatigada y...

—Es verdad, pronto te llamará el juez... apenas se serene...

—¿Crees,—preguntó afanosamente Rosina,— que le ha conmovido mi horrible desgracia?...

—Salió de aquí llorando...

—¡Llorando!

—Sí, huyendo para que tú no vieses dos lágrimas que yo he visto en sus mejillas.

—¡Dios mio, gracias!... Hay corazones que comprendan mis sufrimientos... ¡Ah!...

Y tambien de sus ojos, como de los de su padre, brotaron dos lágrimas, que fueron un inmenso bien para la infeliz.

Don Andrés, como si respetase aquel dolor, como si comprendiese que era un crímen no ceder al llanto aquellos momentos, dejó las manos de Rosina y se puso de pié.

—Adios,—dijo.

Y salió.

Rosina dejó caer la cabeza en la cama como si se hubiesen agotado sus fuerzas, y mientras seguia llorando, murmuró con acento débil.

—Me empeño en salvarlo... Será inútil, porque encontraré la mano de Dios... Y este hombre generoso que todo lo arriesga por mí, nada conseguirá, porque su prediccion ha de cumplirse, debo concluir en la cárcel ó en el hospital.

CAPITULO LI.

El último beso.

Raimundo, impulsado por sus nobles sentimientos, habia prometido más de lo que tal vez podia cumplir, porque en aquellos momentos de dolor y de trastorno no pensó en todas las dificultades que habia que vencer para conseguir la traslacion de un cadáver que se encuentra en poder de la justicia, y si lo pensó creyó por lo menos que no era asunto de tanta importancia.

Cuando acudió á Durango, que tan francamente le habia ofrecido su amistad, este le hizo comprender la gravedad del asunto, recordándole al mismo tiempo que era indispensable hacer la autopsia del cadáver.

Esto, de que absolutamente no se podia prescindir, seria un golpe terrible para Isabel: era preciso ocultárselo, porque de otro modo jamás se consolaria de que el cuerpo del que fué su esposo hubiese sido destrozado por una mano indiferente para ser contemplado por una mirada curiosa.

Mendoza se encontró, pues, en el mayor apuro, por más que el juez, comprendiendo toda la nobleza del alma del jóven, ofreciese ayudarle.

El tiempo, que era otro inconveniente, pues algunas horas despues seria tarde, lo aprovechó Raimundo con todo el afan que puede comprenderse.

Fué, vino, buscó recomendaciones y puso, en fin, en juego cuantos recursos son imaginables.

¿Cómo decirle á Isabel que no podia ver más que pedazos del cuerpo de su marido?

Esta idea redobló las fuerzas del noble jóven, y á las dos de la tarde vió por fin conseguidos sus deseos.

El cadáver se traeria inmediatamente á Madrid en un tren especial, pagado por Raimundo, para hacer lo cual tuvo que buscar dinero prestado.

Y en cuanto á la autopsia, nada pudo conseguir y hubo de contentarse con poner todos los medios para que Isabel ignorase semejante cosa.

Cuando triunfó, porque aquello fué un verdadero triunfo, pensó que no habia tomado alimento desde el dia anterior, y entonces lo hizo, poniéndose en seguida en camino para Carabanchel, adonde llegó á las tres y media de la tarde.

Isabel lo aguardaba con ansiedad, no porque dudase del éxito de la pretension que, á ella, con su ignorancia en semejantes asuntos, le parecia más fácil aun que á él, sino porque sentia la más viva impaciencia por cumplir aquel deseo de su corazon y que tenia por un sagrado deber.

—Gracias,—dijo con expresion de profunda gratitud al ver á Raimundo.

—Señora,—respondió este, que no queria permitirse la más ligera franqueza en aquellos momentos,—he cumplido un deber y nada más.

—Para mí ha sido el mayor de los favores que pudiera usted haberme hecho.

—Dentro de hora y media...

—¿Estará en Madrid?

—Sí, señora; pero,—añadió Raimundo con algun embarazo,—tal vez...

—¿No me permitirán que lo vea?... ¡Ah!... Sí, porque á mis súplicas, á mis lágrimas, á mi dolor...

—No es eso,—interrumpió el jóven, profundamente conmovido.

—¿Entonces?...

—La justicia es dueña del cuerpo de don Juan...

—¿Y quieren tal vez estorbarme que yo le dé sepultura con el decoro que debo?

—De eso me encargaré yo, si usted cree que puedo comprender sus deseos...

—Los tiene usted adivinados.

—Lo que quiero decirle á usted es que el cadáver de don Juan no puede ir á su casa.

—¿Pues adónde?

—A un lugar donde será respetado, donde estará como pudiera estar en su aposento; pero que podrá desagradarle á usted, porque... todos tenemos preocupaciones...

—Pero ese sitio...

—Es... el hospital...

—¡Ah!—exclamó la infeliz.

Y se oprimió el pecho con ambas manos, y elevó al cielo una mirada de intenso dolor.

—Todo,—dijo Raimundo, más bien para tranquilizarse que para dar una satisfaccion á Isabel, que no podia dudar,—todo lo imaginable, todo lo posible se ha hecho...

—Lo sé.

—Mis súplicas, con recomendaciones de personas de mucha importancia, han llegado hasta el ministro...

—No, no necesito saber nada: yo tambien adivino...

—He hecho venir un carruaje además del que me ha traido...

—¡Ah!...

—En el hospital estaré cuando usted llegue.

Esta última delicadeza acababa de probar lo que era Raimundo Mendoza.

A toda costa queria, no solamente respetar el justo dolor de Isabel, sino evitar el más leve motivo de murmuracion.

No eran menester más explicaciones, y el jóven se despidió y se fué.

Isabel llamó á su doncella, le mandó vestirse para que la acompa-

ñase, y pocos minutos despues entraban las dos en el coche que las esperaba.

Habrá pocos corazones como el de Isabel, pocas conciencias como la suya; pero ello es que las hay.

No neguemos la existencia de las virtudes en su último grado; no neguemos la existencia de esas almas delicadísimas, sublimes, capaces de todo lo grande, de todo lo heróico, porque eso seria muy triste, muy desconsolador.

No es el mundo tan malo como se cree, á pesar de representarse en él una comedia que quisiéramos ver concluir.

El mundo es más bien un infeliz necio y presuntuoso, digno de lástima, que un criminal merecedor de un terrible castigo.

Por fortuna existen almas virtuosas hasta lo que nuestra juventud llamaria tal vez la exageracion.

Hay conciencias escrupulosas hasta lo que se calificaria quizás de extravío del entendimiento ó debilidad de espíritu.

Isabel, además de su dolor como buena esposa, estaba atormentada por los remordimientos.

¡Remordimientos ella tan pura!

¡Remordimientos la mujer que todo, hasta su honra, lo habia sacrificado por un marido que la odiaba, que habia intentado asesinarla y que fundaba su dicha en la muerte de su hijo, á quien debia heredar!

Sí, aquella mujer tan buena, tan virtuosa, tan noble, tan pura, que tanto habia sufrido, sentia remordimientos porque su amor, su corazon era de Raimundo, por más que fuese contra su voluntad, por más que aquel corazon hubiese sido rechazado y despreciado por el criminal esposo.

Amaba á un homhre, cuando sus deberes le prohibian amarlo.

Aquella pasion no habia sido más que ideal, no habia salido del pensamiento.

Empero el pensamiento se habia entregado á un amor vedado... ¡el pensamiento se habia prostituido!

¿Era ella la responsable?

Tal vez no, si habia hecho todo lo posible para evitarlo.

Pero ¿lo habia hecho?

Hé ahí su duda, y por cierto no descabellada.

Apenas comprendió Isabel que amaba á Raimundo, debió no volver á verlo y sufrir.

No tuvo valor para hacer esto y su conciencia la acusaba y la atormentaba.

Tenia Isabel demasiado entendimiento, habia en ella sobrada delicadeza de sentimientos para no examinar y apreciar su conducta como lo hacemos nosotros.

Lo que esto le hacia sufrir, puede comprenderse.

Hubo momentos en que consideró á su desgraciado esposo como una víctima suya, y aun llegó á creer que si él no la habia amado habia sido porque instintivamente comprendió que ella no lo amaba.

Bajo el dominio de estas ideas llegó al hospital y salió del carruaje, mandando á su doncella que la siguiese como un testigo que podria responder al mundo.

Isabel iba enlutada y llevaba cubierto el rostro por el espeso velo de su negro manto de lana.

Raimundo la esperaba y la siguió como pudiera hacerlo un criado.

El noble jóven lo habia previsto todo, porque comprendia los sufrimientos de la desdichada, habia adivinado los tormentos de aquella conciencia, y el cadáver de don Juan, en vez de estar colocado en la fria losa de la mesa de diseccion, estaba en un costoso ataud, sobre una tarima enlutada y entre dos hileras de cirios que ardian, esparciendo los rayos de su rojiza luz.

El juez, el médico que debia hacia la autopsia y un jefe del hospital, se reunieron á Raimundo.

Isabel caminó con paso firme hasta llegar á la puerta del aposento mortuorio.

Allí se detuvo.

Levantó el velo y fijó una mirada profunda en el cadáver.

Un ligero estremecimiento fué la única señal de la impresion que habia recibido.

¡Qué esfuerzo tan prodigioso debió hacer su voluntad!

Lo que en aquel terrible momento debió sufrir era bastante para expiar el pecado de su pensamiento.

Solo el chisporroteo de las luces interrumpia el silencio religioso, imponente, que allí reinaba.

Pasado un segundo, avanzó la infeliz hasta llegar al ataud.

Raimundo y los que le acompañaban no se movieron, porque no se atrevieron á interrumpir el dolor de aquella mujer sublime, creian cometer una profanacion si entraban entonces allí.

Ni una lágrima salia de los ojos de Isabel.

Su rostro estaba tan pálido y sus miembros tan rígidos como los del cadáver.

—Sé que me has perdonado,—dijo con acento breve;—yo, si tengo de qué, tambien te perdono con toda mi alma. No he podido cerrar tus ojos; pero no será de labios impuros el último beso que lleves á la tierra, será de los labios de tu esposa, no tocados más que por tí... Juan, esposo mio... Dios te habrá perdonado, porque has muerto contrito... Ruega á Dios por tu hijo y por mí, por tu hijo que nació sin mancha de liviandades, por mí que lo llevé en las entrañas; ruega, que yo rogaré por tí toda mi vida... Adios, esposo mio; delante de mí no habrá nadie que se atreva á ofender tu memoria, y el mundo me oirá siempre pronunciar tu nombre con respeto y con orgullo... Esposo mio, si nuestro hijo vive, el primer amor que haré brotar en su alma, será el amor á su padre; el primer nombre que pronunciarán sus labios, será el tuyo... Adios...

Sus negros ojos se humedecieron.

Inclinóse, acercó sus abrasados labios á los labios helados de don Juan, los tuvo allí un segundo y estampó un beso.

Luego se enderezó, dejando dos lágrimas en el rostro del cadáver.

Volvió á cubrir su semblante con el espeso velo y salió, diciendo al pasar:

—Gracias, señores.

Ante una reina no se hubieran inclinado con tanto respeto como se inclinaron Raimundo y los otros al pasar Isabel.

Cuando esta entró en el carruaje, Raimundo se acercó á la portezuela y dijo:

—Señora, mañana recibirá usted una llave... Yo no volveré á verla á usted hasta que pase un año.

—Toda falta,—respondió Isabel con voz ahogada,—exige una pena: cuando uno no se la impone, Dios nos envia el castigo...

Mendoza cerró la portezuela y dijo al cochero:

—A Carabanchel.

El carruaje partió.

Raimundo, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, quedó inmóvil como una estátua.

Los demás hicieron con él lo que él habia hecho con la viuda: respetaron su dolor y lo dejaron.

Al cabo de algunos minutos, como quien despierta de un pesado sueño, levantó la cabeza y miró á su alrededor.

Acercóse al coche que lo esperaba; pero se detuvo.

Parecióle que allí dentro le faltaria aire que respirar.

Pagó al cochero, y á pesar de que empezaban á extenderse las tinieblas de la noche y de que el frio era bastante intenso, se dirigió al Prado.

CAPITULO LII.

De cómo Luisa supo que Rosina era su hija.

Hacia pocos minutos que el reloj habia dado las nueve.

Luisa, sola en su gabinete, esperaba con impaciencia á que fuese Alejandro, por si le llevaba noticias de los asesinos de don Juan.

Empero en vez de Alejandro, entró la doncella, anunciándole que acababa de llegar la muchacha que habia servido á Rosina.

Luisa reflexionó.

—Que entre,—dijo.

Y cuando estuvo sola, añadió:

—¿Quién sabe si ella habrá escuchado alguna conversacion y podrá decirme más que nadie?

Entró la doncella de Rosa.

Ya la conocemos desde que en Carabanchel la vimos aceptar el diamante que le ofreció Alejandro.

Luisa la recibió cariñosamente, con su acostumbrada sonrisa y sus palabras dulces y atentas.

—¿Qué ha conseguido usted, hija mia?—le preguntó.

—Nada, señora,—respondió la traviesa, alegre y habladora muchacha.—Despues de esperar dos horas pude ver al juez; pero no conseguí más sino que me dijera que me haria justicia y que no tuviese cuidado por mi ropa. Es claro, con el descuido comeré mientras el

poco dinero que tengo está guardado en el cofre. Le aseguro á usted que siendo cosa de justicia, vale más perderlo todo.

—Buscaré una recomendacion para el juez...

—Muchas gracias... Ya sé que si usted me favorece, me despacharán en seguida, sin hacerme pasar más bochornos; porque la verdad, cuando ven una mujer sola y jóven... vamos, le aseguro á usted...

—¿Pero el juez?...

—Es un caballero muy formal; no tiene más sino que da miedo el mirarlo; pero el escribano... Ya se vé, dicen que los escribanos todo lo arreglan, y fuí á verlo para no incomodarla á usted. Es un viejo con una barriga que asusta, y así que le dije lo que queria, se quitó las gafas y empezó á echarme requiebros...

—Descuide usted, que todo se arreglará.

—¿Y qué he de hacer, señorita?

—¿Ha averiguado usted cómo se llama el juez?

—Es lo primerito que he preguntado: le dicen don Julio...

—¡Julio!—repitió Luisa, estremeciéndose convulsivamente y palideciendo como un cadáver.—¡Julio!...

—Sí, señora...

—Pero el apellido...

—Durango.

—¡Ah!—exclamó la desdichada con sorda voz y clavando las uñas en el terciopelo de los brazos del sillon que ocupaba.—¡Es él!...

—¿Lo conoce usted?—preguntó alegremente la doncella.—Entonces...

—No... no lo conozco... pero...

—Algun amigo de usted...

—Sí... sí... descuide usted...

Como no sabia qué decir ni qué hacer, tiró del cordon de la campanilla, pidió un vaso de agua, que bebió con avidez, reanudando luego la conversacion.

Aquellos momentos le habian servido, no para serenarse, sino para desaturdirse y poder disimular su turbacion.

—¿Pero es posible,—dijo,—que su señorita de usted sea ni siquiera cómplice en el crímen de que se la acusa?

—Todo puede ser, no por ella, que es buena, sino por el señor Paco, que es un bribon. No sé cómo ella lo queria; ¡y de qué manera!... estaba loca por él, no tenia más voluntad que la de ese tunante. Por algunas palabras que he cogido al vuelo, supe que se conocian desde niños y que ella era una pobre infeliz como él.

—Es raro... Tiene un aire tan distinguido...

—Si la hubiera usted conocido cuando yo... En fin, á usted, que es tan buena, se le pueden decir estas cosas...

—Puede usted hablarme con toda franqueza y descuido. No quiero satisfacer una curiosidad; deseo saber cuanto se refiere á esa jóven, porque me interesa á pesar del crímen de que se la acusa. Creo que no es mala, sino desgraciada...

—No se equivoca usted.

—Y si mis relaciones y mi influencia pueden servirle...

—¡Cuánto me alegraria!... Yo, francamente, la quiero, porque ha sido muy buena conmigo.

—Siéntese usted, hija mia.

Esta muestra de benevolencia y distincion halagó la vanidad de la doncella, que ya no supo negar nada á Luisa.

—¿Con que,—dijo esta,—usted la conoció?...

—Cuando no sabia siquiera dar los buenos dias, ni ponerse un guante, ni comer... ¡No parece la misma!... A mí me buscaron para servir á una señorita, me ofrecieron doble salario del que yo ganaba y me llevaron á una casa de campo de un señor muy viejo y muy rico. Al dia siguiente se presentó la señorita Rosa con una vieja... ¡Dios mio!... ¡qué bruja!... Se quedó allí...

—Comprendo,—dijo Luisa, que apenas podia respirar.—¿Y luego?

—No sabia leer, y el viejo le puso maestro, y cuando aprendió se pasaba las horas con un libro en el jardin. Solamente cuando el viejo estaba, ella se reia; pero cuando no, estaba triste y muchas veces la ví llorar.

—¿Y no pudo usted averiguar la procedencia de la infeliz criatura?

—Ya sabe usted lo que pasa donde hay muchos criados: lo que el uno ignora lo sabe el otro; lo que calla el uno, el otro lo dice, y se contaba que la señorita Rosa no tenia padres conocidos...

—¡Oh!...

—Que la habia criado la pícara bruja que la llevó allí...

—¡Dios mio!...

—Y... en fin... aquello fué una venta...

—¡Ah!—exclamó Luisa, cubriéndose el rostro con las manos.

—Tiene usted razon, es para horrorizarse. Mi pobre señorita, si la hubieran criado bien, no seria lo que es ahora, porque ha nacido buena, tiene un corazon de oro, créalo usted; pero ¿qué habia de hacer ella?

—¿Y siguió en aquella casa?...

—Hasta que el viejo se murió un dia de repente, es decir, en pocas horas. Entonces se presentó el señor Paco como llovido del cielo: se la llevó y yo la seguí...

—Usted,—dijo Luisa con voz agitada y con tanto afan como miedo,—usted habrá visto desnuda á su señorita.

—¡Desnuda!

—Sí...

—Eso no.

—¿Quién la lavaba y la vestia?

—Vestirla, yo; pero lavarla... ¡Oh!... La señorita se bañaba ó se lavaba todos los dias... Yo le quitaba las botas, las medias, el vestido, las enaguas... Nada más, porque en seguida me mandaba salir, y cuando me llamaba ya habia vuelto á ponerse el corsé... Lo mismo sucedia por las noches y por las mañanas.

La agitacion de Luisa se aumentaba por instantes: habia empezado á ver á su hija en la desdichada que estaba presa; la adivinaba en la niña abandonada, criada en la miseria, vendida, prostituida, esclava de un hombre miserable, acusada de un crímen horrible y sentenciada por su mismo padre á morir á manos del verdugo.

Queria preguntar más y no se atrevia...

Empero era preciso apurar el dolor...

¿No habia delinquido?

El castigo era justo.

—Usted,—dijo despues de algunos momentos de vacilacion,—me oculta lo más importante...

—Señora...

—Sí, porque no es posible que dejase de llamar la atencion de usted el cuidado que su señorita ponia en ocultar el cuerpo...

—Sí me chocó...

—Lo que es la curiosidad en las mujeres, lo sé, y no creo que usted dejase de satisfacer la suya. Su señorita de usted no queria que se la viese un costado...

—Es verdad...

—Y usted, mientras ella dormia...

—Pues bien, ya que usted ha adivinado...

—Quiero saber la verdad,—dijo Luisa con febril exaltacion y oprimiéndose el pecho.

—La verdad es que la señorita se tapaba porque tiene una señal...

—¿Una letra?

—Sí...

—¿Y una cruz?

—Sí...

—¿Y la letra es una R?

—¿Cómo lo sabe usted?—preguntó aturdida la doncella.

Luisa se puso de pié como puede hacerlo un autómata.

Sus ojos, desencajados y relumbrantes, fijaron una mirada profunda, irresistible, en la doncella.

Dió un paso.

Sus crispadas manos asieron las de la doncella, que temblaba de miedo.

—¿Y Alejandro,—dijo con voz apagada, que no hubiera podido oirse á seis pasos,—ha sido tambien amante de Rosa?

—Eso quiso él; pero no lo consiguió.

—¡Ah!...

Luisa soltó las manos de la sirviente, se oprimió el pecho, abrió la boca como para exhalar un grito, su cuerpo vaciló un instante, y cayó sin sentido.

—¡Dios santo!—exclamó la doncella.—¡Socorro!

A sus gritos acudieron todos los criados.

—¿Qué es esto?—preguntaron.

—No sé... se ha desmayado...

—A la cama...

—Quitémosla el corsé...

—Trae vinagre...

—El éter...

Luisa fué conducida á su lecho...

La doncella de Rosa se fué: habia creido primero que aquella señora estaba loca; pero luego comprendió la verdad y temió una segunda escena.

Cinco minutos permaneció la criminal y desgraciada madre sin dar señales de vida, y al fin abrió los ojos y exhaló un suspiro cuando sus criados se disponian á llamar á un médico.

Apenas respiró algunos instantes, se sentó en la cama.

—No se mueva usted,—le dijo su doncella.

—Ya estoy bien,—replicó Luisa, pasándose las manos por la frente.

—Pero...

—Que me busquen inmediatamente un coche.

—¿Vá usted á salir?

—Sí, dame un abrigo.

—Señorita...

—No necesito observaciones, sino obediencia,—replicó Luisa, que parecia haber recobrado las fuerzas instantáneamente.

Y saltó de la cama y salió al gabinete.

La doncella no se atrevió á replicar.

Dispuso que fuesen á buscar el coche y presentó el abrigo á su señora, que se lo puso apresuradamente.

Sus movimientos eran rápidos, puramente nerviosos.

—Déjame,—dijo á la doncella.

Esta obedeció.

Luisa se dejó caer en un sillon.

En aquel momento se levantó la cortina de la puerta y apareció Alejandro.

CAPITULO LIII.

La fortuna sigue enojada con el hombre feliz.

Alejandro iba decidido á revelar á Luisa el fatal secreto que habia guardado hasta entonces, luchando entre su codicia y su pasion.

Habia meditado bien, todo lo que él podia meditar, y se habia convencido de que no tenia objeto el seguir callando.

Rosina no podia ser ya suya, ni él tampoco deseaba ya que lo fuese: su amor no habia sido más que un deseo puramente brutal y habia desaparecido fácilmente.

¿Qué le convenia?

Tomar los treinta mil duros ofrecidos, á los cuales tenia un indisputable derecho, puesto que él no se habia comprometido á encontrar á Rosa honrada, sino á encontrarla y nada más.

De esta manera quedaba á cubierto de todas las eventualidades, no tenia necesidad de sacrificar su libertad de soltero por el dote de la hija de Schunoop, y seria un hombre verdaderamente feliz, como lo es todo el que tiene mucho dinero y ningun corazon.

Entonces se separaria de Luisa, que no podia servirle sino de estorbo.

Tales eran sus propósitos, sin que sus lisonjeras esperanzas de dicha las turbase la desdicha de los demás.

Pero el hombre propone y Dios dispone, ó lo que es lo mismo en el presente caso, Alejandro habia propuesto sin contar con que habia de disponer la doncella de Rosina con su indiscrecion.

—A tiempo llegas,—le dijo Luisa.

—Me han dicho que te has puesto mala...

—Ya estoy bien...

—Y que vas á salir...

—Sí.

—Supongo que podrás perder algunos minutos...

—Los que tarde en venir el coche que he mandado buscar.

—Tengo que decirte cosas interesantes...

—Ninguna lo es tanto para mí como lo que voy á hacer.

—Te equivocas.

—¿Vas á hablarme de mi hija?—preguntó la desdichada, sonriendo con amargura.

—Sí.

—¿Has averiguado dónde está?

—Sí.

—Guarda el secreto.

—¡Luisa!

—Eres un miserable...

—¡Oh!...

—Ya sé que mi hija es esa infeliz que está en la cárcel, acusada de haber asesinado á su amante.

Alejandro no acertó á responder.

Miró á Luisa con espantados ojos.

—Tú,—añadió esta,—has pretendido tambien ser el amante de mi hija... ¡Oh!... Basta, eres un miserable.

—Pero...

—¿Y sabes dónde está el padre de Rosa?

—¡Su padre!

—Sí, su padre es el juez...

—¡Oh!

Alejandro quedó anonadado.

No era la gravedad de la situacion de Luisa ni el peligro de Rosa lo que le importaba, sino los treinta mil duros, que podia considerar perdidos, porque no siendo él quien habia descubierto el paradero de la hija buscada, no tenia derecho á la recompensa de la madre.

El golpe era terrible para un hombre como él.

No le quedaba más esperanza que el dote de Consuelo, esperanza que podia desvanecerse con algunas palabras de Luisa.

Esta permaneció inmóvil y silenciosa.

Aunque su rostro estaba pálido y descompuesto y brillaba en sus ojos el fuego de la fiebre, nadie hubiera adivinado sino que sufria; pero no hasta qué punto era horrible, mortal su sufrimiento.

Su conciencia se habia levantado enérgica, terrible como nunca.

Las ligeras indicaciones de la sirviente fueron bastante para que aquella madre desdichada adivinase toda la historia de su hija y comprendiese todos sus dolores.

Trascurrieron algunos minutos de silencio, que Alejandro iba á romper cuando llegó la doncella y dijo:

—El coche espera.

Luisa se puso de pié y salió del gabinete sin pronunciar una palabra.

Alejandro no pensó en decirla siquiera que la acompañaria.

—¡Ah!—exclamó despues de algunos momentos.—¡Treinta mil duros perdidos!... ¿Es posible que la fortuna me haya vuelto las espaldas y que yo no haya de ser siempre feliz? No, no es posible: yo he nacido para ser el hombre más dichoso del mundo... pero no para ser muy rico, y por eso la fortuna no quiere concederme más que los seis mil duros de Consuelo, que no dejaré escapar con vacilaciones y dudas.

Alejandro empezó á consolarse, porque para esto tenia gran facilidad.

Lo dejaremos para seguir á Luisa.

CAPITULO LIV.

De la entrevista que tuvieron los antiguos amantes.

Luisa tenia que perder algun tiempo en averiguar dónde vivia su antiguo amante; pero esto lo consiguió bien pronto, y media hora despues de haber salido de su casa entraba en la de Julio.

Este trabajaba en su despacho y recibió con disgusto la visita que á tales horas iba á interrumpirle, sin más títulos que los de ser una señora que lleva un asunto urgentísimo.

La lámpara que habia sobre la mesa tenia una pantalla grande, de color verde muy oscuro, de manera que la luz reflejaba toda sobre una parte de la mesa, quedando casi á oscuras la habitacion.

Esta circunstancia, el llevar Luisa un sombrero con espeso velo, que habia dejado caer sobre el rostro, y el no haberse visto aquellas dos personas en el espacio de veintidos años, era bastante para que Durango no reconociese á la mujer á quien habia maldecido.

Al ver Luisa á su antiguo amante, quedó inmóvil: no pudo respirar por algunos instantes, y á no tener cerca una silla, en cuyo respaldo se apoyó, hubiera caido al suelo, porque le faltaron las fuerzas para sostenerse.

Empero se acordó de su hija, recurrió á todo su antiguo valor y pudo recobrar en breve la energía.

Durango se puso de pié, murmuró un frio saludo y volvió á sentarse cuando ella se dejó caer en una silla.

—Señora,—dijo,—siento no poder ofrecer á usted mucho tiempo para escucharla, porque me lo impide el cumplimiento de mis graves deberes...

—Caballero, seré breve.

El estampido de un cañon no hubiera producido en el juez el efecto que la voz de Luisa.

Estremecióse, su frente se contrajo, y en medio de la sombra proyectada por la pantalla, se vieron dilatarse y brillar sus pupilas como dos luciérnagas.

Su mirada se fijó con avidez en Luisa, no porque sospechase que fuera ella, sino porque queria ver si aquel rostro le recordaba lo mismo que la voz; pero el espeso velo y la escasez de la luz le impidieron reconocerla.

Desde aquel instante, la conversacion no pudo serle indiferente.

—Tengo el gusto de escucharla á usted, señora,—dijo sin apartar la mirada de Luisa.

—Necesito ver á la infeliz acusada de haber asesinado á don Juan Hurtado...

—¡A Rosa!—exclamó el juez sorprendido.

—Sí.

—Señora, mañana quedará la acusada en comunicacion y podrá usted cumplir su deseo.

—Es preciso que sea esta noche...

—Imposible.

—Ahora mismo...

—¡Señora!...

—Me lo permitirá usted, estoy segura.

Durango no supo qué responder.

—Necesito más,—añadió Luisa.

—¡Más aun!...

—Si mi entrevista con esa mujer tiene el resultado que espero, es preciso que salga de la cárcel...

—¡Oh!—exclamó Julio, empezando á creer que Luisa estaba loca.

—No,—dijo esta como si adivinara el pensamiento de su amante,—no he perdido el juicio.

—Pero, señora...

—¿Sabe usted quién es la infeliz acusada?

—Una criminal para quien no hay salvacion posible...

—Ella no es responsable del crímen, sino su madre que la abandonó.

—Por desgracia eso es demasiado cierto; pero la justicia de los hombres no puede ir tan lejos, y yo, á pesar del interés que me inspira esa desgraciada criatura, tendré que entregarla al verdugo.

—¡Al verdugo!—exclamó Luisa con horror.—¡Dios mio!... No, eso no puede ser, no será...

—Si hay un indulto...

—¡Y será usted quien la entregue al verdugo!...

—Sí, yo, señora: yo, que en pocos minutos he conocido el corazon noble de esa infeliz; yo, que la he visto desgarrarse el alma al luchar su conciencia con la pasion fatal que la ha perdido; yo, que la he oido llamar á su madre con toda la amargura de que es capaz quien, como ella, es una víctima de la injusticia del mundo; yo, que la he visto á mis piés, que he derramado lágrimas por ella; yo, señora, la sentenciaré á morir...

—¡Ah!...

—Y la he llamado hija, porque nunca le habian dado este nombre; y me ha llamado padre, porque estaba ansiosa de tenerlo...

—Basta, basta,—interrumpió Luisa con el acento de su febril exaltacion.—La madre de esa infeliz está horriblemente atormentada por la conciencia; sufre lo que no es concebible... ¡Oh!... No sabe usted lo que es la conciencia... Aunque su hija se salve, morirá desesperada...

—Esa madre sufre tambien su castigo...

—Sí, lo sufre, no se queja, se resigna; pero al encontrar á su hija en tan horrible situacion, despues de haberla buscado con tanto afan, no puede abandonarla, dejarla ir al patíbulo sin salvarla...

—Es imposible...

—¡Ah!—exclamó la desdichada Luisa con desgarrador acento.—Esa madre soy yo...

—¡Oh!...

—Sí, yo soy la mujer criminal, miserable, que abandonó á su hija...

—Basta,—dijo á su vez Durango,—basta...

—No, no saldré de aquí sin saber que ha de salvarse... Lo que no pueda hacer el juez que lo haga el hombre...

—Señora...

—Una fuga...

—Ella no acepta la salvacion si no se salva tambien el hombre á quien ama; quiere morir si él muere...

—Pues sálvense los dos...

—Imposible...

—Pues bien,—dijo Luisa, poniéndose de pié y extendiendo un brazo hácia la lámpara,—ya que es preciso herir un corazon más para salvarla, lo haré, porque soy su madre...

Quitó la pantalla y levantó su velo.

Su rostro, lívido y descompuesto, se iluminó repentinamente.

—¡Mira!—exclamó.

Los ojos de Durango se abrieron como si fuesen á salir de sus órbitas.

Púsose tambien de pié, retrocedió un paso y dijo con voz sorda y reconcentrada:

—¡Luisa!...

—Sí, Luisa... Huyes de mí... me miras con horror... Haces bien... Estoy maldita por tí, maldita por un padre... pero... Rosa...

—¡Mi hija!...

—Sí, tu hija... Entrégala al verdugo...

—¡Dios mio!—exclamó el infeliz padre, oprimiéndose las sienes con fuerza convulsiva.

—Ven, Julio; nuestra hija espera... Vamos á salvarla...

—Sí... ¡Oh!... ¡No puedo!...

—Es tu hija...

—Soy su juez...

—Antes eres su padre...

—¡Oh!... Maldita, cien veces maldita seas...

—¿Para qué me maldices otra vez? Mi hija tambien me habrá maldecido...

—Y Dios...

—¿No es bastante? Vamos, vamos á salvar á nuestra hija; quiero verla para oirla cómo me acusa, cómo me maldice, porque necesito apurar los sufrimientos para expiar mi horrible crímen... Julio, te espera tu hija...

—Vamos,—dijo Durango, tomando maquinalmente su sombrero.

Y salió seguido de Luisa.

En aquel momento dieron las diez y media.

¿Llegarian tarde?

Pronto lo sabremos.

Mientras se dirigen á la cárcel, referiremos la escena que allí acababa de tener lugar, retrocediendo media hora, puesto que comenzó á las diez.

CAPITULO LV.

La fuga.

A las diez en punto se abrió la puerta del encierro de Rosina, presentándose don Andrés aun más pálido y agitado que nunca.

Ella, por el contrario, habia cambiado completamente, era la misma mujer seductora que el dia en que la conocimos, excepto las ligeras señales que el insomnio y los últimos sufrimientos habian dejado en su rostro.

La idea de que Paco iba á salvarse habia operado aquel cambio maravilloso.

Para que don Andrés no perdiese el valor en los momentos críticos, ó lo que es igual, para sostener su trastorno, su locura, Rosina necesitaba seducir, encantar, arrebatar, y lo habia conseguido, porque quizás nunca habia sido su belleza tan tentadora, tan provocativa, tan irresistible.

Su ardiente mirada pareció abrasar el pecho de don Andrés, que sintió hervir su sangre.

—Vamos,—dijo el desgraciado con voz destemplada y mientras todos sus miembros temblaban convulsivamente,—no hay que perder tiempo...

—¡Tiempo!—murmuró Rosina con acento dulcísimo y desplegando una sonrisa encantadora.—El tiempo es nuestro lo mismo que la dicha... ¿No podremos salir tambien dentro de una hora?

—Sí; pero...

—Ven á mi lado... ¿No anhelabas mis caricias?... Si es verdad que me amas...

—Rosa,—dijo don Andrés, cuya profunda conmocion apenas le permitia respirar ni hablar,—el amor es el sentimiento más egoista y más generoso. Por una de tus caricias, veria yo perecer el universo con la indiferencia de Sardanápalo; pero renunciaria á tu amor, que es más que mi vida, por librarte del más leve daño. Ese es el amor, ó por lo menos, el amor como el mio...

—Pero ¿por qué no hemos de ser dichosos con la más incomparable de las dichas en estos momentos que nos concede la fortuna?... Ven...

—Rosa... ¡Ah!... No acabes de enloquecerme... No sabemos lo que puede suceder...

—¿Qué me importa?

—El hombre á quien amas...

—¡Ah!—exclamó Rosina.—El hombre á quien amo... ¿quién sabe si eres tú?

—Rosa...

—La grandeza de tu alma...

—¡Rosa, Rosa!... Podemos perdernos...

—Ven, ven... Quiero ver cómo palpita ese corazon grande y noble, ese corazon que es todo fuego, todo amor y...

—¡Todo tuyo!...

—Andrés... yo acabaré por amarte... yo te amo... ¿Quieres que no vuelva á ver á ese hombre? No lo veré... ¿Quieres que muera contigo?... Moriré... Andrés, te amo, ahora lo comprendo... Ven, aunque todo se pierda...

Ya lo vemos: Rosina volvió á ser la gran cómica, la gran maestra en el arte de engañar...

Don Andrés no pudo dominar su pasion...

¿Qué le importaba morir si exhalaba el último suspiro en los brazos de Rosa?

Los minutos pasaron velozmente.

Entre tanto Luisa y Julio se contemplaban poseidos de terror...

Pasó un cuarto de hora, luego otro...

Dieron las diez y media...

—Sálvate, Rosa,—dijo don Andrés.

—¿Estás seguro de poderte reunir conmigo?

—Sí, todo lo tengo preparado...

—¿Cuánto tiempo tardarás?

—Quince minutos.

—De manera que si dentro de media hora no has salido...

—Saldré.

—Pero si no sucediese así...

—¡Oh!... Si dentro de media hora no hubiese salido... huye, sálvate y espérame, porque...

—Bien,—replicó Rosina, envolviéndose en su abrigo.

Y su frente se contrajo.

—Vamos...

—Sí, vamos.

Salieron de la prision.

Algunos minutos más y la infeliz podria abrazar á su padre, conocer á la madre que la abandonó.

Un silencio sepulcral reinaba en todos los departamentos del edificio.

Unas veces á oscuras y otras guiados por alguna moribunda luz, atravesaron pasillos y habitaciones, subieron y bajaron escaleras sin encontrar á nadie.

A los diez minutos Rosina habia recobrado la libertad, y don Andrés, con un farol, se internaba por otros pasillos más estrechos y lóbregos.

Otros diez minutos pasaron.

La rojiza luz del farol que llevaba don Andrés, iluminó el sitio en que se cruzaban dos galerías.

Ya no iba solo el alcaide: lo acompañaba Paco, embozado en su capa.

Allí se detuvieron.

—Desde ahora,—dijo á media voz don Andrés,—más cuidado que nunca para andar, porque estamos muy cerca de los carceleros.

—Lo sé,—respondió el maton, que conocia la cárcel mejor que su casa.

En aquel momento sonó ruido de pasos precipitados y brilló una luz en el extremo de una galería.

—¡Oh!— exclamó el alcaide con acento de desesperacion.—¡Estamos perdidos!...

—Sé el camino... seguiré mientras tú despachas á esa gente...

—Sí...

Paco desapareció por el lado opuesto al en que sonaban los pasos.

El alcaide creyó que serian sus dependientes que lo buscaban para avisarle la llegada de algun preso, y en vez de huir con el maton salió al encuentro de los otros.

Cuando pudo distinguirlos se detuvo como herido por un rayo.

Sus espantados ojos se fijaron en direccion del grupo que avanzaba, y el farol se escapó de sus manos.

Habia reconocido al juez en una de las tres personas que llegaban.

No le importaba su perdicion; pero sí la de Rosina, que seria inmediatamente buscada y encontrada á pocos pasos de la cárcel.

El infeliz no pensó más que en salvarla á ella.

Hizo un esfuerzo sobrenatural para aparecer un poco tranquilo y recogió el farol en el momento que Julio, Luisa y un carcelero llegaban hasta él.

—Corriendo,—le dijo el juez,—á la prision de la acusada.

Don Andrés no se movió.

Su intento era dar tiempo para que Rosina perdiese la esperanza y se alejase de aquellos alrededores.

¡No sabia que lo que él hacia para salvarla era acabar de perderla!

—¿No oye usted?—dijo Durango con impaciencia.

—Sí, señor; pero...

—¿Qué aguarda usted?

—Señor,—repuso el alcaide, hablando todo lo despacio que le era posible,—aguardo á que usía tenga la bondad de explicarse...

—He dicho que quiero entrar en la prision de la acusada.

—Bien, señor, entrará usía...

—Vamos, pues...

—Pero usía sabe muy bien...

—¡Oh!... ¿Se burla usted?...

—¡Burlarme, señor!... Dios me libre...

—Entonces ¿qué necesita usted para abrir la puerta del encierro donde quiero entrar?

—Nada más que la órden de usía.

—La he dado y la reitero.

—Pero, señor, en la cárcel hay muchas mujeres acusadas y...

—Rosa, la llamada Rosina...

—¡Ah!... Vamos, señor,—dijo el alcaide.

Y echó á andar, seguido de Julio y Luisa y decidido á rodear cuanto pudiese.

Por más que, obedeciendo al juez, apresurase el paso, tardó más de cinco minutos en llegar á la puerta de la prision.

Era preciso ganar algunos minutos más, siquiera los que faltaban para las once.

—¡Ah!—exclamó, dándose una palmada en la frente.—Perdone usía...

—¿Qué otro inconveniente ocurre?

—No he tomado la llave...

—¡Oh!... Pronto, pronto...

—Corriendo, señor.

Efectivamente, el alcaide corrió cuanto pudo.

Durango y Luisa quedaron con el carcelero, que alumbraba con su farol.

El primer impulso de la desdichada madre fué acercarse á la puerta y llamar á su hija; pero Julio lo adivinó y la detuvo con una mirada, haciéndole comprender que la menor imprudencia podria perderlos á todos.

Agitada, convulsa y abrasada por la fiebre, tuvo la infeliz que apoyarse en la pared.

Durango sufria tambien horriblemente.

Su rostro lívido y descompuesto parecia más sombrío, tenia una expresion más imponente iluminado por los resplandores que se escapaban á través de los sucios vidrios del farol.

Dieron las once...

¡Ya era tarde!...

Pasaron tres minutos, que fueron de mortal angustia para Luisa y Julio.

Don Andrés no volvia con la llave.

—¿Qué hace ese hombre?—dijo Durango.—¡Oh!... Esto es demasiado... Corra usted,—añadió dirigiéndose al carcelero.

Este dejó en el suelo el farol y obedeció.

Apenas desapareció, Luisa se acercó á la puerta, pegó los labios al ojo de la cerradura y dijo:

—Rosa, hija mia, aquí está tu madre... ¡Ah!... Sin duda duerme... ¡Rosa, Rosa!...

Nadie respondió.

—Silencio,—dijo el juez.

Pero Luisa repitió cien veces su llamamiento, y no calló hasta que volvió el carcelero para decir:

—El alcaide no está...

—¡Que no está!...

—No, señor, se ha ido...

—¡Ah!...

—Lo buscaba por todas partes cuando me han dicho que habia salido...

—¿Y la llave?

—No parece...

—Lo que sucede es incomprensible... Ese hombre parecia resistirse á abrir la prision... Quiero salir de dudas.

Y Durango, con toda la fuerza de su desesperacion,quiso probar á violentar la cerradura; pero no fué menester, porque no estaba echada la llave y la puerta cedió al primer empuje.

Precipitáronse en el interior del aposento y resonó un grito, que no hubiera podido decirse si era de alegría, de sorpresa ó de coraje.

—Se ha fugado,—dijo el carcelero.—Esto es cosa del alcaide, y por eso no queria abrir...

—Inmediatamente,—dijo el juez, que se esforzaba para ocultar lo que sentia,—que se avise al escribano... y luego... es preciso perseguirlos...

El carcelero salió.

—¡Se ha salvado!—exclamó Luisa.

—¡Salvado!—murmuró con voz ronca Julio.—Su salvacion única estaba en encontrar á su padre... Ha acabado de perderse, porque se lanzará otra vez por el camino de los crímenes...

—¡Dios mio!

Julio asió de un brazo á Luisa, y sacudiéndola rudamente, exclamó:

—¡Maldita cien veces, madre despiadada! ¿Y mi hija? ¿Con qué derecho la has perdido para siempre y has desgarrado mi corazon de padre?... ¡Oh!... ¡Maldita seas!...

Luisa exhaló un grito de horror.

No pudo resistir la ardiente y terrible mirada de Julio y dobló la cabeza, quedando inmóvil.

Pocos momentos despues entró el carcelero y otros tres ó cuatro hombres más.

—Señora,—dijo el juez,—ya ve usted que la acusada se ha fugado y ha sido inútil que yo le conceda á usted permiso para verla... Adios, pues.

Y dirigiéndose al carcelero, añadió:

—Acompañe usted á esa señora hasta su carruaje.

Luisa no se atrevió á mirar á Julio.

Inclinada la cabeza sobre el pecho, salió de la prision con vacilantes pasos.

Durango necesitaba representar su papel.

Dió muchas órdenes, que era imposible cumplir á la vez, y aunque todos fueron y vinieron apresuradamente, pasó aun más de un cuarto de hora sin que se empezasen á reconocer las calles vecinas en busca de los fugitivos.

En cuanto á Paco, nadie lo echó de menos hasta las cuatro de la madrugada.

¡Cuánto debió sufrir aquella terrible noche el desdichado padre!

Luisa habia vuelto á su casa en el estado más lastimoso: una violenta fiebre nerviosa la devoraba.

Media hora despues de estar en su lecho, deliraba y el nombre de su hija salia repetidas veces de sus labios.

Nadie más que Alejandro comprendia el valor de aquellas palabras.

El médico dijo que en aquellos momentos no podia responder de la vida de la enferma.

Veamos lo que habia sido de Rosina.

CAPITULO LVI.

Donde se trata del inesperado encuentro que tuvo Rosina.

Cuando la desgraciada hija de Luisa se encontró fuera de la cárcel, fué á situarse á la entrada de la calle de Hortaleza para aguardar allí á Paco y don Andrés.

Parada junto á la esquina, con la mirada fija en el sombrío edificio que encerraba á su amante, ni sentia el aire húmedo y frio que corria, ni se apercibia de los transeuntes, que al pasar por su lado la miraban con curiosidad.

Mientras aguardaba pensaba sobre su situacion.

¿Qué deberia hacer si un incidente cualquiera impedia la fuga de Paco?

Volver á la cárcel, segun su deseo, para morir con él; pero segun aconsejaba la prudencia, le convenia huir, pues por poco que libre pudiera favorecer á Paco, siempre podria hacer más por él que estando encerrada.

Esta idea era lo único que á Rosina le daba valor para separarse de allí si su amante no recobraba la libertad.

Pero ¿adónde iria?

Esta era la grave dificultad de su situacion.

No conocia á nadie que pudiera ampararla, ni podia recurrir al tráfico criminal de su belleza, porque tenia que permanecer oculta.

Unicamente podia contar con el valor de lo que llevaba encima: al dejar su casa echó en sus bolsillos cuatro mil reales en oro que tenia y un aderezo de brillantes, y esto, á más del reloj, lo conservaba porque su prision no se habia parecido á ninguna y el alcaide no habia dispuesto que se la registrara.

Todo ello, mal vendido, que es como puede venderse lo robado, podia producir unos dos mil duros, cantidad suficiente para comer algun tiempo y atender á las necesidades de Paco.

Cuando hubieron pasado los quince minutos que fijó don Andrés, Rosina empezó á desconfiar.

A través de la bruma de la noche, miró más afanosamente hácia la plazuela de Santa Bárbara.

No transitaba una sola persona ni se percibia el más leve ruido.

Silencio, soledad y oscuridad casi absoluta, porque la luz de los faroles no iluminaba más que pequeños espacios.

Un coche de alquiler atravesó rápidamente.

Sus ruedas rozaron y llenaron de lodo la ropa de Rosina.

¡Su padre y su madre iban allí!

Cuando la desdichada vió que el carruaje se detenia á la puerta del Saladero, estremecióse.

—¿Qué quiere decir esto?—se preguntó.—¿Quién puede venir á estas horas á la cárcel? ¿Para qué?

No era posible que viese quién salia del coche: solamente oyó el ruido de la portezuela.

Aumentóse su intranquilidad y su desconfianza.

A los pocos minutos temblaba convulsivamente.

—Tengo frio,—murmuró.

Era el frio de la fiebre.

Tapóse cuanto pudo con su abrigo, sin conseguir volver el calor á sus miembros.

Sus fuerzas disminuian considerablemente.

¡Con cuánta lentitud pasaba el tiempo para la infeliz!

El silencio de aquella horrible noche fué interrumpido al fin por el vibrante sonido de una campana.

Daban las once.

Con el último de aquellos sonidos se perdió la última esperanza de Rosina.

Sus ojos, que brillaban en la oscuridad como dos luces fosfóricas, se revolvieron desconcertadamente en todas direcciones sin que su mirada encontrase un ser viviente.

—¡Adios!—exclamó.—Yo te salvaré, y si no, iré á buscarte para morir contigo...

Y al concluir estas palabras, impulsada por la desesperacion y por las fuerzas ficticias de la fiebre, se lanzó al acaso.

No hubiera podido decir por qué calle iba.

No se la ocurrió pensar dónde pasaria la noche.

Al cabo de cinco minutos se detuvo.

Le faltaba el aliento.

Su cuerpo estaba helado y su cabeza abrasada.

Echó á la espalda la capucha de su abrigo y recibió un gran consuelo al sentir en su cabeza el aire frio que soplaba del Norte.

Se habia colocado precisamente debajo de un farol, cuya luz daba de lleno en su rostro pálido y desfigurado.

—¡Ah!—murmuró, levantando al cielo los ojos.—No puedo más... ¡Dios mio!... ¡Cuánto sufro!... ¿Y adónde voy? ¿De qué me sirve el dinero que poseo?... Necesito una persona que me oculte...

En aquel momento se oyó el ruido leve, muy leve, de unos pasos.

Rosina volvió la cabeza y vió á una mujercilla vieja, desarrapada, horrible, que se detuvo á su lado y la miró, sin duda sorprendida al encontrar una señora en tal sitio, á semejante hora, con la cabeza descubierta y apoyada en la pared.

No pasó más que un instante y los ojuelos de la vieja relumbraron como los de un tigre.

Luego entreabrió el mugriento pañolon en que iba rebozada, y acercando su rostro repugnante al rostro bellísimo de Rosa, dijo como sorprendida y con acento entre burlon y compasivo:

—¡Calle!... ¿Qué es esto, pichona?

Rosina contempló á la vejezuela con espanto, exhaló un grito, se cubrió el rostro con las manos y murmuró:

—¡Ella!... ¡Ah!... ¡Ella!...

F. Carrera, sucr. y cía. Lit. J. Donon, Madrid.

—¡Calle!—¿Qué es esto, pichona?

—Sí, yo soy, buena alhaja... ¿Te has asustado?... ¿Eres todavia sensible?... ¡Ya lo creo! Desde que te volviste señora... No tengas cuidado, que no te comeré... ¿Pero no estabas en chirona?

Estas últimas palabras recordaron á la infeliz Rosa su situacion.

Necesitaba una persona, y la señora Blasa era la única que podia protegerla y ayudarle á salvar á Paco.

¿A quién se acercaria si volvia la espalda á la infame mujer que la habia criado y perdido?

La vieja haria todo lo que fuese menester cuando viese el aderezo de brillantes, el reloj y las monedas de oro.

Todo esto lo pensó Rosina, y como el náufrago que se abraza al leño salvador, resolvió ponerse nuevamente bajo el amparo de la señora Blasa, único recurso, única esperanza en su horrible situacion.

No podia tampoco hacer otra cosa.

Ante todo, necesitaba un asilo, que nadie le hubiera dado sino la vieja.

—¿Qué te sucede?—añadió esta despues de algunos momentos.—Pues no parece sino que yo sea algun polizonte. ¿Es que tienes á menos hablar conmigo?

—Es,—respondió al fin Rosina,—que estoy desesperada; que sufro una agonía lenta y horrible que no acaba de matarme; que...

—Déjate de dibujos,—interrumpió la señora Blasa,—y dime sin rodeos, si me equivoco al pensar que te has escapado de la cárcel...

—No se equivoca usted.

—¿De manera que vas huyendo?

—Sí.

—¿Y te paras aquí, debajito de un farol para que no puedan verte?

—Me faltaron las fuerzas...

—¿No has cenado?

—Ni quiero: no siento más que frio y sed, mucha sed y mucho frio...

—Mira, Rosa, aunque me has dado muchos disgustos, te quiero,

porque al fin, ya ves, te he criado, así como tú debes quererme porque te he hecho tu fortuna... ¿Tienes donde esconderte?

—No.

—Pues bien, vente conmigo: me expongo á que te atrapen en mi casa, y entonces ¡pobre de mí! pero no quiero que digas que no te saco del apuro. Por supuesto, que has de portarte bien, porque yo de alguna manera he de ser recompensada...

—Sí, sí... ocúlteme usted, ayúdeme á salvar á Paco y será de usted, no solo mi voluntad, sino cuanto poseo.

—¿Y qué posees tú, que sales de la cárcel?

—Tengo dinero, algunas alhajas...

—¿Te las han dejado?

—Sí.

—Hablaremos de eso,—repuso la vieja, cuyos ojuelos brillaron otra vez.—Aquí estamos mal.

—Sí, vamos... ¡Oh!... Este frio...

—Pronto te calentarás: podemos ir á sitio seguro, entre amigos de confianza: beberás una copita de refinado y te se quitará el frio y la sed. Tápate, porque andarán buscándote...

—Se me abrasa la cabeza.

—No importa: lo primero es lo primero. Andaremos poco... ¿No sabes que dejé los barrios bajos? Claro es que no lo sabrás. Aquello se puso que no se podia vivir y me vine á Maravillas. Ahora estoy solita, porque se me ha desgraciado una chica que criaba. Ya tenia cinco años y era una rosa; pero empezaron á salirle unos bultos en el cuello, se le reventaron y se puso que no podia mirársela; de manera que he tenido que llevarla al hospital para que hagan lo que quieran de ella: no podia servir más que para comer.

Así hablando siguieron calle de San Mateo arriba, atravesaron la de Fuencarral y San Joaquin y siguieron por la Corredera de San Pablo hasta entrar en la calle de la Palma.

Allí se detuvieron á la puertecilla de una casa que no tenia más que el piso bajo.

—Esta no es mi casa,—dijo la vieja;—es la taberna de *Lagartijo*, donde no viene más que gente como corresponde. Podremos estar

descuidados, cenar y hablar, porque es menester que tratemos despacio lo que ha de hacerse.

Rosa siguió guardando silencio.

La señora Blasa dió algunos golpecitos en la puerta.

—¿Quién es?—preguntaron desde adentro.

—Soy yo, hijo mio,—respondió la vieja.—Abre, que tenemos frio, hambre y sed.

Pocos momentos despues se abrió la puerta y apareció un hombre que apenas tendria treinta y cinco años, alto, robusto, moreno y de mirada aviesa.

—Adelante,—dijo.

Entraron en la taberna.

No es posible hacer comprender la impresion que á Rosina le hizo aquella atmósfera nauseabunda.

A pesar de que los primeros años de su juventud los habia pasado en la miseria, educada despues en casa del viejo, habia adquirido los hábitos de las personas delicadas, no quedándole de sus antiguas y groseras costumbres ni de sus gustos más que su pasion por el hombre soez que la habia perdido, pasion que podriamos llamar reminiscencia de su primera educacion, porque algo queda siempre en el alma de la criatura de sus primeras impresiones, de la primera enseñanza que recibe.

Una mala educacion deja siempre una huella que con nada se borra, ni con el tiempo; suelen corregirse muchos vicios, á veces casi todos; pero ha de quedar siquiera uno, por el cual se adivina que han existido los demás.

—¿Quién hay?—preguntó la vieja.

—Nadie,—respondió *Lagartijo*,—ni tampoco creo que me hagan abrir la puerta hasta la madrugada.

—Mejor, así estaremos más anchos. Mira, hijo, tengo hambre ¿lo entiendes? y esta paloma está un poco mala. Dame salchicha, huevos, sardinas, vino y aguardiente de ese refinado que resucita á los muertos. Entraremos en esa otra pieza. Te advierto que ajustaremos cuentas esta noche.

—Bien, señora Blasa: entren ustedes, que serán bien servidas.

Rosa y la vieja pasaron á otro aposento y se sentaron junto á una mesa, donde el tabernero dejó una vela de sebo.

Ya era tiempo, porque la desdichada hija de Luisa no podia sostenerse.

Apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

—Ahora verás,—dijo la señora Blasa,—cómo tomas fuerzas.

Rosina permaneció inmóvil.

Su respiracion era trabajosa y precipitada.

La vieja, cuyo retrato excusamos hacer, porque la conocemos desde que habló de ella Rosina, clavaba su mirada de serpiente en la desgraciada jóven y esperaba con ansia el momento en que poder abordar la cuestion que le interesaba.

La luz rojiza, opaca y vacilante de la vela esparcia perezosamente sus rayos sobre la mesa, dejando á oscuras la habitacion y dando un tinte sombrío á aquellas dos figuras.

Al cabo de algunos minutos se presentó el tabernero, puso sobre la mesa lo que le habian pedido y se fué.

La señora Blasa sacó un mugriento pañuelo de algodon, limpió los ángulos de su boca y los rojizos párpados de sus ojuelos de lechuza, y aspirando con avidez las emanaciones que exhalaba su opípara cena, dijo:

—Esto es otra cosa... Ahora vengan penas... Vamos, Rosa, no hagas melindres... Cuanto más te aflijas, peor para tí: tras del buen tiempo viene siempre el malo; pero tras del malo viene el bueno. Ya estás libre...

—¿Qué me importa la libertad?

—Apuesto á que no estás contenta mientras tu Paco no salga de la cárcel... Te dije que ese hombre habia de ser tu perdicion, y ya lo ves... Pero en fin, no tengas cuidado por él, que es muy afortunado y de seguro saldrá bien de este lance...

—Sufro mucho...

—Y sufrirás siempre: si hubieras tomado mis consejos, otro gallo te cantaría; pero te empeñastes en ser melindrosa y sensible y ahí tienes el resultado... En fin, sea lo que Dios quiera,—añadió la señora Blasa, llenando una copa de aguardiente y ofreciéndola á Rosa.—

Bebe, que esto mata las penas... Anda, hija, verás cómo te pones buena, porque no tienes más que debilidad, y estás mareada. Mira que sin fuerzas no podremos hacer nada.

Rosa cogió maquinalmente la copa, y de un solo trago apuró el aguardiente que contenia.

—¡Bien!—exclamó la señora Blasa.—¿No te parece que ya eres otra?

—Sí sí,—dijo la desdichada jóven, cuya mirada adquirió mayor brillo,—vuelve el calor á mis miembros y... Hablemos, señora Blasa...

—Y tanto como hablaremos,—repuso esta, empezando á comer con muestras del mejor apetito;—pero descansa, bebe otra copita, y si quieres tomar mi consejo, come algo: esta salchicha está muy buena.

Rosa llenó otra vez la copa y bebió con avidez.

—¿Qué puede suceder?—dijo.—Nada más que morirme... ¡Ah!... No querrá Dios hacerme tan feliz... Ya estoy bien: no tengo frio, puedo pensar y hablar... ¡Aun seré feliz!

Una sonrisa amarga vagó en sus labios pálidos y secos.

Esparcióse su mirada por el lóbrego aposento y luego añadió:

—Vida nueva... Vuelvo á mi centro... En todas las situaciones puede una ser feliz, porque en todas hay goces... Ayer hubiera mirado con repugnancia este aguardiente y hoy lo bebo con delicia... Quiero embriagarme para no sufrir... Mañana pensaremos en Paco...

—Empiezas bien,—dijo alegremente la vieja:—es menester sacar de este mundo lo que se pueda, porque el mejor dia viene el diablo por nosotros, y lo que no hemos disfrutado hemos perdido.

Rosina dejó caer el abrigo sobre el banco en que estaba sentada, porque empezaba á sentir un calor insoportable.

Oyéronse nuevos golpes, dados á la puerta de la taberna.

—¿Quién puede ser?—dijo la señora Blasa.—*Lagartijo* no esperaba visitas...

—¡Oh!... Nos interrumpirán...

—No tengas cuidado, aquí estás segura y...

—Pero no podremos hablar con tanta libertad.

—Sí: ya te he dicho que la gente que viene aquí es como debe

ser, y que ninguno se mete en los negocios de otro. Si decimos que estamos ocupadas, no nos mirarán siquiera.

La puerta de la casa crugió al abrirse y cerrarse y en seguida se oyó decir á *Lagartijo*:

—¿Tú por aquí?

Le contestaron en voz tan baja que no se oyó más que un murmullo sordo.

Así continuaron la conversacion por espacio de algunos segundos el tabernero y la persona que debia haber llegado.

Luego sonaron pisadas que parecian ser de un hombre que se dirigia al aposento en que estaban Rosina y la vieja, y pocos instantes despues vieron estas entrar á un embozado.

CAPITULO LVII.

Otro encuentro inesperado.

Rosina, al ver entrar al embozado, no pudo contener un grito de sorpresa y de alegría.

La señora Blasa hizo un gesto horrible de profundo disgusto.

El hombre que acababa de entrar era Paco.

La hija de Luisa, como una loca, se levantó y se arrojó al cuello de su amante.

—¡Paco!—exclamó.—¡Te has salvado!... ¡Ah!... ¡Soy feliz!...

—Que me ahogas,—replicó el maton.

—¡Paco, Paco!...

—Calma, paloma, que todavia no estamos seguros, porque á estas horas nos andan buscando... Siéntate y déjame sentarme y cenar, porque tengo un hambre que no veo... Señora Blasa, aunque usted no quiera... Ya sabe usted que yo la estimo... Vamos, Rosa, te digo que te sientes...

La hija de Luisa parecia haber recobrado instantáneamente las fuerzas y la alegría.

Su mirada ardiente se fijaba afanosamente en su amante, que apenas se ocupaba de ella.

—Pero ¿qué es esto?—dijo la señora Blasa, dirigiéndose á Paco.—Ahora mismo se lo estaba diciendo á Rosa: eres el hombre más afortunado del mundo.

—¿Y don Andrés?—preguntó Rosina.—¿Cómo es que no vie-

ne contigo? ¿Y cómo has sabido que yo me encontraba aquí?

—He venido y te he encontrado por casualidad. ¿A quién habia de preguntarle? Don Andrés ha pagado por todos...

—¡Dios mio!...

—Sí, nos atraparon; pero yo me escurrí y él se quedó, y á estas horas estará encerrado...

—¡Yo soy la causa de su perdicion!...

—Ha sido él. ¿Quién le mandaba ser tan generoso?

—Preciso es que hagamos en su favor...

—Nada: ¡pues estamos nosotros para favorecer!... Al menos yo, te aseguro que no doy un paso por él.

—Es una ingratitud...

—¿Ha hecho algo por mí? Todo ha sido por tí, y supongo que con su cuenta y razon.

—Paco...

—Rosa, dejemos eso y hablemos de lo que nos interesa... ¿Quieres cenar?

—No.

—Lo siento.

—Beberé, estaré alegre...

—Eso quiero, porque... ya sabes que tú eres la que reinas en mi corazon y...

—¡Paco mio!...

—Ya tengo aquí la cena.

El tabernero entró y puso sobre la mesa un plato con jamon y otro jarro de vino.

Paco llenó un vaso, bebió un sorbo y se lo ofreció á Rosina, diciéndole:

—Ese por mí.

—¡Por nuestro amor, Paco mio!—exclamó ella.—Por nuestro amor, que solo con la muerte puede extinguirse...

Y apuró el vino.

—Así te quiero...

—Estamos libres, tenemos dinero... ¡Aun podemos ser felices!... ¿No es verdad?

—¿Quién lo duda? Se nos ha desbaratado un buen negocio; pero andando el tiempo...

—Haré cuanto quieras... Dame más vino, Paco: tengo sed, mucha sed... ¡Es que mi pasion me quema el pecho!

Puede decirse que la infeliz habia perdido completamente el juicio.

Su fiebre aumentaba.

Sus ojos, más brillantes cada vez, empezaban á moverse con desconcierto y á mirar vagamente.

A su febril exaltacion iba á unirse el extravío de la embriaguez.

Paco empezó á mostrarse más cariñoso y animaba á beber y hablar á la infeliz, que loca de contento no sabia qué hacer para corresponder á la ternura de su amante.

La señora Blasa parecia no ocuparse más que de su cena: lanzaba de vez en cuando miradas oblícuas á Paco y guardaba silencio.

Continuó la cena.

Rosina no comia; pero bebia con frecuencia.

Al cabo de un cuarto de hora la infeliz reia, hablaba sin cesar y cantaba, y Paco, riendo y hablando tambien, se expresaba cada vez con más ternura en su lenguaje grosero; pero que á ella le parecia encantador.

¿Quién hubiera reconocido á Rosa?

Habíase trasformado, hablaba lo mismo que Paco, y sus gestos, sus maneras, sus movimientos eran los de una mujer soez, animada, exaltada, trastornada por el fuego lúbrico de una repugnante pasion.

Algunos brindis más acabaron de ponerla en el más lastimoso estado.

Hablaba trabajosamente.

Sus ideas eran confusas.

Apenas podia sostener la cabeza y en vano se esforzaba para que no se cerrasen sus ojos.

—De ese,—dijo extendiendo un brazo y cogiendo el vaso en que su amante empezaba á beber,—de ese, que... lo ha tocado tu boca... Dame... Paco mio...

Y acabó de apurar el vino, y sin poder ya sostenerse, apoyó en la mesa los brazos y en estos la cabeza, empezando á cantar con soñolienta voz:

«Dame con tu boquita
de lo que comes,
como las palomitas
á sus pichones».

No pudo concluir.

Sus ojos se cerraron y quedó inmóvil y como aletargada.

Entonces dejó la señora Blasa de comer.

Paco hizo lo mismo.

Trascurrieron algunos minutos de silencio, interrumpido solamente por el ruido de la agitada y fatigosa respiracion de Rosina.

La vieja fué la primera que habló.

—Vamos á cuentas,—le dijo á Paco.

—En eso mismo pensaba,—respondió el maton.

—¿Qué has pensado hacer?

—Lo primero esconderme, porque si me atrapan, de esta no me libra nadie del *buchí* (1).

—¿Y Rosa?

—Se vendrá conmigo ó yo me iré con ella, lo mismo tiene: ya vé usted que esta pobre muchacha...

—Me ha dicho que tiene alhajas y dinero, y mientras pueda darte...

—¿Ya sabia usted?...

—Sí, lo sé todo.

—Entonces...

—Mira, Paco,—interrumpió la señora Blasa,—yo he criado á esta chica, y lo que tiene me lo debe á mí.

—¿Quién lo niega?

—Ella estaba conforme en venirse conmigo, y para mí hubiera sido lo que tiene y lo que puede ganar si tú no te hubieras presentado.

—Mire usted, señora Blasa, ya sabe usted que á mí me gusta el pan, pan, y el vino, vino.

(1) Verdugo.

—Pues hablemos claro, porque esta vez no has de pegármela como la otra, hijo mio.

—Ya sé que ahora tengo que callar; pero usted conoce tambien lo que pasa: Rosa dice que no puede vivir sin mí...

—Rosa es un estorbo para tí: un hombre solo en cualquier parte se mete; pero con una mujer...

—Es verdad.

—Por consiguiente, lo que te trae cuenta es largarte y arreglarte como mejor puedas. Yo me quedaré con Rosa, porque me conviene. Tú puedes pasar sin ella, porque ni la quieres ni la has querido...

—Sí la he querido; pero... es tan celosa...

—Ella pateará; pero acabará por consolarse.

—Todo eso está bien; pero no me conviene por ahora...

—Entiendo,—replicó la vieja, sonriendo con ironía.—No te conviene perder el dinero...

—Eso es, clarito.

—Pues claro tambien te digo que no te la llevarás.

—¿Y si ella dice que sí?

—Yo diré que no.

—Si se empeña...

—Entonces ni tú ni yo, porque daré cuatro voces, os echarán el guante, os volverán á encerrar y dentro de un par de meses iré al Campo de Guardias á ver cómo os aprietan el pescuezo.

—Usted no hará eso, madrecita.

—Ya sabes, hijo, que tengo alma para eso y mucho más.

Paco quedó pensativo.

—Si usted grita,—dijo despues de algunos segundos,—nos encerrarán á los tres, porque yo le mandaré á Rosa que diga lo que usted ha hecho con ella, y que ademas tiene usted alguna parte en el último negocio. Ya sabe usted lo que es la justicia: no necesitará más que eso y alguna otra cosa que pueden sacar á relucir, porque la conciencia de usted no está limpia y...

—No necesitas decirme lo que me sucederia.

—Ya lo vé usted, á los dos nos conviene callar y arreglarnos.

—¿Dejarás á Rosa?

—La dejaré; pero lo que no haré será irme con las manos vacías.

—¿Qué quieres, llevarte lo que tiene y que no me quede más que con su persona?

—Me parece...

—Paco, voy á ponerme en la razon.

—No paso de lo dicho.

—Entonces nada haremos.

—¿Te empeñas en cargar con todo? Pues bien, los dos nos quedaremos sin nada.

—Señora Blasa...

—No,—replicó esta resueltamente.

—Espere usted,—repuso el maton.

Y se acercó á Rosa, le sacó de un bolsillo una cajita forrada de piel negra y un puñado de monedas de oro. Luego le quitó el reloj.

Ella no se apercibió de nada.

—¿Qué haremos con eso?—preguntó la vieja.

—Partirlo como buenos hermanos. Aquí hay un aderezo: vale bastante, pero es difícil venderle... Me lo llevaré...

—Y yo el dinero y el reloj.

—El reloj...

—Sí, mira,—dijo la vieja, abriendo la cajita,—por mal que vendas esto vale mucho más que todo esto... Son diamantes...

—Pelillos á la mar,—repuso el maton guardando el aderezo.

—Ea,—dijo la señora Blasa, haciendo lo mismo con el dinero y el reloj.—Ahora vete... Yo fingiré que duermo...

—Y ella creerá que yo la he robado...

—Creerá la verdad.

—Pero...

—Adios, Paco.

Este se puso de pié, contempló un momento á Rosina y salió, diciendo:

—No puedo hacer otra cosa: esta pícara vieja me obliga...

¡Pobre Rosa!

La señora Blasa dejó caer tambien la cabeza sobre los brazos y se puso á roncar.

CAPITULO LVIII.

¡Pobre Rosina!

La señora Blasa tuvo la paciencia del gato cuando acecha al raton, porque no hizo el menor movimiento ni dejó de roncar un solo instante, á pesar de que pasó una y otra hora sin que despertase Rosina.

¡Cuánto debia sufrir esta al volver de su sueño y encontrarse con un nuevo y terrible desengaño del hombre á quien tanto amaba y por quien lo habia sacrificado todo!

La luz se hundia en la concavidad del candelero, porque la vela se habia consumido.

Empero la aurora no debia tardar en dejar ver sus dulces resplandores: pronto el sol iluminaria aquel recinto, y una nueva y más horrible realidad se presentaria á los ojos de Rosa.

El silencio era profundo, y si la oscuridad no era completa, más que las tinieblas eran amedrentadoras las vagas tintas que daba á los objetos la luz vacilante y moribunda de la vela.

Rosa, más que dormida por la embriaguez, estaba aletargada por la fiebre y no podia durar muchas horas su estado de aparente reposo.

Antes que la aurora resplandeciese, la hija de Luisa se movió y exhaló un gemido.

Luego abrió los ojos.

—Paco,—murmuró.

Y levantó la cabeza, se pasó las manos por la frente y dijo:

—Tengo sed.

Nadie le respondió.

Entonces miró á todos lados.

Su afanosa mirada buscó al objeto de su pasion, y al ver que solo estaba la vieja, la sacudió, diciéndole:

—¿Y Paco?

—¿Quién es?—murmuró la señora Blasa sin abrir los ojos.

—¿Y Paco? ¿Dónde está Paco?

—¡Ah!... ¿Eres tú?... ¡Jesus, y qué sueño!... ¿Qué quieres?—respondió la vieja, abriendo al fin los ojos y enderezando el cuerpo.—Debo haber dormido mucho, porque la vela se ha consumido...

—Quiero saber dónde está Paco...

—¡Paco!...

—Sí.

—¡Calla!... Es verdad... se ha ido...

—¿Pero usted?...

—No sé cuándo: ya ves que yo dormia como un liron... ¿Qué apuestas á que nos la ha pegado, yéndose sin pagar su cena?... Cuando te digo que es un bribon... Pero deja, que pronto lo sabremos.

La señora Blasa llamó al tabernero y este dijo que Paco le habia pagado su cena y se habia ido hacia tres horas, sin hablar más palabras que las precisas para dar las buenas noches.

—¡Ah!—exclamó Rosina con acento desgarrador.—¡Me abandona!...

—Te digo que Paco no te quiere, y por consiguiente, no podias servirle sino de estorbo...

—Quiero buscarlo: la vida sin él me es insoportable, es una carga horrible... ¡Pobre corazon mio!

La infeliz dejó caer la cabeza entre las manos y quedó inmóvil.

—Lo buscaremos,—dijo la vieja;—pero es menester para eso que no caigas en manos de la justicia...

—Si Paco no estuviera libre, yo misma me volveria á la cárcel; pero ahora no quiero que me encierren...

—Pues bien, hija mia, si no por tí, por amor á ese tunante, sosiégate y vámonos antes que amanezca... Debe ser tarde...

—Sí, tendré calma; de todo soy capaz por él... Veremos la hora... ¿Y mi reloj?... ¡Ah!... No lo tengo... ¿Cómo lo he perdido? Estaba bien sujeto...

—Yo te lo he visto cuando te sentastes...

—Entonces estará en el suelo.

Rosina y la vieja se pusieron de pié y buscaron tan inútilmente como puede comprenderse.

—No hay que romperse la cabeza cavilando cómo se ha perdido... Te lo han robado...

—¿Quién?

—Tu Paco...

—¡Robarme para abandonarme!... ¡Imposible, imposible!

—¿No decias que llevabas dinero?

—Sí... ¡Ah!—exclamó Rosina al registrar su bolsillo y encontrarlo vacío.—¡Me ha robado!

Y se dejó caer en el banco, como si aquel nuevo golpe hubiese agotado sus pocas fuerzas.

—Vamos, no te pongas así...

—Es verdad... ¿Qué me importa un puñado de oro vil?... El alma ¡ah! el alma, que siento desgarrada; el alma, que él se ha llevado... Y sufro la más espantosa, la más cruel de las agonías, una agonía lenta; pero sin que venga la muerte... ¡Oh!... ¡La muerte!... ¡Cómo sonreiria yo al ver su guadaña, cómo acariciaria su frio esqueleto!...

—¿Estás loca?

—¡Loca!—murmuró Rosina, dejando escapar una risa nerviosa. —Los que aman como yo, no sienten ni piensan como los demás y... ¡Somos locos!...

—Rosa, dentro de poco amanecerá y no podrás librarte de los que te buscan: y si te encierran ¿qué harás para volver á ver á Paco?

—Mi amor es capaz de todo,—dijo la infeliz jóven, poniéndose de pié como impulsada por un resorte.—Ya estoy bien, vamos...

La señora Blasa aprovechó aquel momento, hizo que Rosina se apoyase en su brazo y salieron de la taberna.

Apenas podia sostenerse; pero como su voluntad era su amor, este le dió fuerzas.

Por fortuna debian andar poco.

Las tinieblas eran aun dueñas del espacio.

Despues de algunos minutos de penosa marcha, llegaron á la calle de Velarde.

La vieja sacó una llave y abrió la puerta de una casa pequeña, que no tenia más que la planta baja, como muchas que aun se conservan en aquel barrio.

Luego encendió un fósforo y con este una vela.

—Estás en tu casa, hija mia: ya ves que he cambiado enteramente de modo de vivir: no quiero más vecinos.

El mueblaje, aunque muy pobre, estaba limpio.

Entraron en una alcoba, donde habia una cama bastante decente.

Rosa no hablaba.

Su rostro, pálido y desfigurado, revelaba su intenso dolor.

Se dejó desnudar por la vieja, cayó en el lecho, exhaló un penoso suspiro y quedó como aletargada.

CAPITULO LX.

Planes de Rosina.

Una semana permaneció Rosina en el lecho, abandonándolo apenas se sintió libre de la fiebre.

En otra, la convalecencia hubiera sido larga y delicada, porque realmente lo exigia su estado; pero en ella no sucedió así: ni habia médico que hiciese prudentes prohibiciones, ni ella queria dilatar por más tiempo la ejecucion de sus planes, que no consistian en otra cosa que en buscar á Paco para no separarse de él, para morir con él, aunque estaba convencida de que no la amaba.

El amor de Rosa habia llegado á ser una verdadera monomanía, imposible de curar, un vértigo que la arrastraba á su pesar hácia el hombre que la habia perdido.

La desdichada se habia olvidado otra vez de su madre, estaba decidida á lanzarse en un nuevo camino, á vivir entre los criminales, entregada á todos los vicios en el fondo del lodo social, puesto que solo así podria encontrar á Paco.

Cuando dejó la cama le presentó la vieja el nuevo traje que debia usar y que consistia en un vestido de percal, un pañuelo de talle, de crespon amarillo, bordado, y otro de seda de vivos colores para la cabeza.

Con semejante ropa se encontró Rosina trasformada, desconocida,

y pudo lanzarse á la calle al oscurecer para comenzar sus correrías por bodegones y tabernas.

—Hija,—le dijo la señora Blasa,—tienes quince dias para reponerte, comiendo, paseando y dirvirtiéndote, porque es preciso que recobres las carnes perdidas y el color. Despues veremos lo que hay que hacer. Entre tanto yo supliré gastos, aunque no me sobra el dinero; pero tengo confianza en tu buen proceder y estoy segura de que todo se arreglará sin que yo me arruine.

Efectivamente, Rosina estaba más delgada y muy pálida, aunque no por esto habia perdido su singular belleza.

Desde aquel dia, en cuanto se ocultaba el sol, Rosa salia con la vieja para no recogerse hasta el amanecer, y pasaban la noche recorriendo los lugares donde el crímen y el vicio tenian las expansiones de sus repugnantes orgías.

Rosa parecia haber olvidado su segunda educacion, sus costumbres, sus gustos, sus maneras y hasta su lenguaje.

Hubiérase dicho que no habia interrumpido la vida de sus primeros años, y que sin separarse de la señora Blasa no habia llegado ni á tener idea de nada delicado ni aun decente.

Como si hubiera querido ahogar sus dolores entre el ruido y la embriaguez, se la veia bailar, cantar y beber con frenesí, yendo cada dia más allá en la exageracion de sus desórdenes.

Pasaron ocho dias.

Rosa parecia haber recobrado la salud, las fuerzas, y lo que es más, la alegría de sus tiempos más felices.

No habia vuelto á asomar una lágrima á sus magníficos ojos negros.

Ni un instante habia dejado de entreabrirse su hechicera boca con la sonrisa más alegre.

No se escapaba de sus labios una sola palabra que diese á conocer su sufrimiento, y á tal punto llegó, que la misma señora Blasa acabó por creer que Rosa, desengañada, habia dejado de amar á Paco, lo habia olvidado enteramente.

¡Ah! la infeliz sufria como nunca, su vida era un tormento tan horrible, que no se comprende cómo eran bastante á soportarlo las fuerzas de una criatura.

No habia olvidado ni era posible que olvidase.

Cuando el primer desengaño no entibia una pasion, con nada se extingue.

¿Vivia Rosa? Pues amaba, porque su amor era lo único que sostenia su existencia.

Fingia para engañar y se embriagaba para aturdirse y no sentir.

La embriaguez es el único consuelo de la desesperacion.

Un borracho puede ser un hombre vicioso ó un hombre desesperado.

¡Cuántas veces la embriaguez ha evitado el suicidio!

Hé ahí una causa que produce distintos efectos, así como ya hemos visto efectos iguales de distintas causas.

¿Es esto absurdo?

Tal vez; pero debe aceptarse por el mundo, que tambien acepta como causas lo que muchas veces no son más que medios ó accidentes.

Rosina representaba su papel; pero no abandonaba su empresa.

Preguntaba, averiguaba, inquiria.

Todo en vano.

Paco debia haber huido de Madrid, porque no daban razon de él los que debian conocerlo y tratarlo.

¿Qué hacer?

Rosina pensó dejar trascurrir el plazo fijado por la señora Blasa y tomar luego una determinacion que pusiese fin á sus dolores.

Si no obtenia resultado, si los sucesos le probaban que era inútil toda tentativa, que debia renunciar para siempre á su amante, apelaria al último recurso de la desesperacion, cometeria el último crímen que le faltaba cometer, la última cobardia del corazon humano, el suicidio.

Ya que no podia morir en brazos de Paco, moriria pensando en él.

Al fin le dijeron una noche:

—Paco lo entiende, y sobre todo es el hombre más afortunado del mundo. Segun dicen ha encontrado un nido donde no le echarán el guante, y además tiene una moza...

—Imposible,—interrumpió la infeliz sin poder contenerse.

Y sus mejillas se pusieron rojas como si fuese á brotar la sangre, y sus miembros, dolorosamente contraidos, temblaron convulsivamente.

—¿Y por qué es imposible?—replicó el que daba la noticia.—No parece sino que Paco sea tonto para no aprovechar la ocasion de estar bien comido y bien cuidado. Yo no lo he visto; pero lo creo.

Rosa hizo mil preguntas; pero no pudieron decirle más sino que era seguro que su amante no habia salido de Madrid ni tampoco saldria, porque en ninguna parte podria ocultarse mejor que aquí ni tener al mismo tiempo más elementos de vida.

Aquella noche bebió Rosa más que nunca y su alegría rayó en locura.

El tormento de los celos, único que le quedaba que sufrir, empezaba á desgarrar su alma.

Desechó la idea del suicidio y acarició la de matar á su rival.

¡Paco en brazos de otra mujer!

Eso, jamás.

Los dias pasaban, acercábase el término del plazo y la señora Blasa empezó á quejarse de falta de recursos para vivir.

Rosina tembló á la idea de esclavizarse y quiso buscar un medio de satisfacer la codicia de la vieja sin perder su libertad.

Esto era muy difícil, casi imposible; pero confiada en su imaginacion fecunda, no abandonó Rosa el proyecto y una noche, en vez de salir, pretextó un fuerte dolor de cabeza, se metió en la cama y empezó á pensar cómo lograria su objeto.

Tres horas pasaron.

Las tinieblas que la rodeaban parecian haber invadido su mente, impidiéndole ver el rayo de luz que buscaba con tanto afan.

Ya empezaba á desesperarse...

El recuerdo de Alejandro brotó en su memoria.

—¡Ah!—exclamó.

En aquel momento crujió al abrirse la puerta de la casa.

Rosina se sentó en el lecho.

La señora Blasa se presentó con una luz.

—¿Ibas á levantarte?—preguntó.

—Tenemos que hablar, siéntese usted.

—¿Qué te ocurre á estas horas? ¿No has dormido?

—He cavilado mucho.

—Buen remedio para el dolor de cabeza.

—El mejor, porque he combinado un plan que puede darnos dinero, bastante dinero.

—Falta hace, hija mia,—repuso la vieja, dejando la luz y sentándose junto á la cama.—Hace dos dias que vivimos de fiado, y esta noche el bribon de Lagartijo parece como que ponia mala cara cuando le pedí de cenar. Verdad es que la cuenta que tengo con él importa ya más de cinco duros y... En fin, dime lo que has pensado.

—Pocos dias antes de mi última desgracia,—dijo Rosina,—conocí á un hombre, que si no es rico, puede disponer de mucho dinero.

—Lo mismo da. ¿Y ese hombre?...

—Está perdidamente enamorado de mí, hasta el punto de que ponia á mi disposicion quince mil duros...

—¡Quince mil duros!...

—Sí.

—¿Y crees que todavia?...

—No, ahora no podria ofrecer esa cantidad; pero mil ó dos mil duros...

—¡Ay, Rosa!... No sé lo que me da al oirte... Mira, no hables mucho si tienes dolor de cabeza; pero acaba de explicarme eso... Dices que dos mil duros...

—Y además le impondria yo condiciones que él aceptaria, porque está tan ciego por mí como yo lo estuve por Paco.

—Espera, hija, espera, que me confundo... Vamos por partes. Tú tienes que estar escondida...

—Seguiremos lo mismo que ahora.

—Pero ese hombre tendrá que saber tu paradero.

—No importa; guardará el secreto, estoy de eso segura.

—¿Y se contentará con verte aquí?...

—Se contentará con lo que yo quiera.

—¿Y dará los dos mil duros?...

—Los dará.

—Bien, Rosa, bien,—dijo la vieja, cuyos ojuelos relumbraron con el fuego de la codicia.—Ahora falta saber cómo hemos de arreglarnos para tratar con ese hombre. No conviene que te vea ni sepa dónde estás hasta que acepte el trato; porque no hay necesidad de descubrir el bulto si nada ha de hacerse.

—No temo nada de él; sin embargo...

—Hija, los hombres dan muchas vueltas, y á saber lo que ahora pensará.

—Evitaremos todo peligro.

—¿Te parece bien que yo vaya á verlo? Ya sabes que no soy tonta.

—Á él puede engañársele fácilmente...

—No me fio de los tontos: iré prevenida... ¿Qué clase de persona es?

—Un hombre cualquiera, un usurero, ó mejor dicho, el que sirve de pantalla á una mujer que vive de la usura.

—¿Y dices que se le engaña?

—Sí, es un necio.

—Hablaré á solas con él... La única dificultad que encuentro es la de que quiera recibirme: no puedo dar tu nombre...

—Bastará el de usted.

—¿Me conoce?

—Le he referido mi historia.

—Entiendo,—repuso la señora Blasa, desplegando una sonrisa:—me mirará como quien mira al diablo y... En fin, eso no importa.

—¿Qué más dificultades le ocurren á usted?...

—Ahora ninguna.

—Entonces, mañana...

—Me dirás dónde vive, á qué hora he de verlo y cómo he de explicarme con él.

—Será más seguro y conveniente que vaya usted de noche.

—Bien.

—Yo me quedaré en la taberna, esperando el resultado, y en cuan-

to á lo que ha de decirle usted... lo pensaré: aun tenemos un dia. Ahora déjeme usted.

—Querrás dormir...

—Sí, necesito descansar.

—Vaya, hija mia, pues que pases buena noche.

La señora Blasa salió del aposento, llevándose la luz.

Rosa volvió á entregarse á sus meditaciones hasta que el sueño cerró sus ojos al despuntar la aurora.

Iba á acercarse otra vez á su madre, y Alejandro iba otra vez á encontrarse en camino de tomar los treinta mil duros.

¿Se presentaria para lo uno y lo otro algun nuevo obstáculo?

CAPITULO LXI.

Alejandro vuelve á tener la esperanza de los treinta mil duros.

Hacia seis dias que Luisa habia dejado tambien la cama.

Eran las diez de la noche.

La desdichada y criminal madre se hallaba en su gabinete, acompañada de Consuelo y Alejandro.

Entre estos dos se cruzaban algunas miradas de ternura; pero la conversacion sostenida entre los tres, versaba sobre asuntos indiferentes.

La cortina de la puerta se levantó, entrando un criado, que dijo:

—Señorito, lo buscan á usted.

—¡A mí!—respondió Alejandro, con extrañeza.—No sé quién pueda ser á estas horas... ¿Y ha dicho usted que estoy?

—Sí, señor...

—Lo siento.

—Es una mujer.

Consuelo palideció.

—Pero su nombre...

—Dice que se llama la señora Blasa...

—¡Ah!—exclamó Alejandro.—Es una vieja horrible...

—Sí, señor.

—Voy al momento.

CAPITULO LIX.

¡Pobre Consuelo!

Al dia siguiente los periódicos referian los sucesos de aquella noche con todos sus detalles, elogiando muchos la actividad desplegada por el juez para buscar á los criminales que se habian fugado de tan extraña manera; pero sin que nadie sospechara el secreto horrible de los lazos que unian á los principales actores del drama, ni viesen en Rosina más que una mujer vulgar, un criminal cualquiera.

La infeliz hija de Durango no habia podido moverse del lecho, estaba gravemente enferma; pero la señora Blasa no se cuidó de avisar á un médico ni dió importancia á la enfermedad: decia que aquello no era más que una *enritacion* del *tragin* que la muchacha habia traido y de los *sofoquines* que habia tomado, y que se pondria buena con un par de dias de quietud y tomando agua de malvas.

Ello es que en fuerza de dieta absoluta y el cocimiento preparado por la vieja y tomado continuamente, la fiebre empezó á bajar y Rosina debia recuperar la salud.

Luisa seguia en el lecho, y apenas Consuelo tuvo noticia de la enfermedad de su amiga y protectora, fué á verla y se quedó á su lado, con intencion de cuidarla hasta que estuviese restablecida.

Nadie conocia el secreto de aquella madre tan digna de castigo como de compasion; el mundo seguia teniéndola en opinion de santa, ó poco menos, y todos sus amigos acudieron á visitarla y á ofrecerle sus servicios.

Eran las doce de la noche.

Reinaba en toda la casa el silencio más profundo.

Consuelo, sentada junto á la chimenea, escuchaba el leve ruido de la respiracion trabajosa de la enferma, que estaba en la alcoba inmediata, y de vez en cuando miraba al reloj para ver si era hora de administrar alguno de los medicamentos.

La gruesa cortina que cubria la puerta del gabinete se levantó, y Alejandro entró, acercándose á la jóven y diciéndole:

—¿No hay novedad?

—Ninguna mala, porque desde hace un cuarto de hora me parece que respira con más libertad y que está su cabeza más despejada. Espero á las doce y media para darle el cocimiento.

—El médico dijo que si para estas horas empezaba á mejorar, mañana habria cesado el peligro.

—Así lo espero.

—¡Pobre Luisa!—murmuró Alejandro, sentándose cerca de Consuelo.—Ha sufrido mucho: desde hace algunos años es un martirio su vida... A usted, á quien tanto quiere, en quien tiene tanta confianza, puedo hablarle así.

—Gracias,—respondió la hija del capitan, bajando los ojos como si no se atreviese á mirar á Alejandro.—No me sorprende lo que me dice usted, porque en la mirada de esta buena señora he creido ver un no sé qué de dolor, de esos dolores callados, profundos, que son una agonía y que el mundo no adivina ni comprende.

—Eso es,—repuso Alejandro con acento de tristeza,—una verdadera agonía, no se ha equivocado usted. Algun dia conocerá usted su desgracia, porque la quiere á usted demasiado para que le oculte mucho tiempo el secreto de su dolor...

—Me basta saber que sufre...

—Y que ya es imposible que sea feliz: su tormento no puede acabar sino con su vida.

—Respetaré ese secreto...

—Pero ella lo depositará en el corazon de usted. Los dolores, lo mismo que las alegrías, necesitan desahogo.

—Sin embargo,—dijo Consuelo, mirando el reloj que habia so-

bre la chimenea, porque no sabia adónde mirar,—hay secretos que á nadie se confian.

—Pues yo,—repuso Alejandro, acercándose más á la chimenea, y por consiguiente á la jóven,—opino que cuanto más importante es un secreto, no siendo ajeno, se entiende, menos tiempo puede uno callarlo si encuentra un pecho verdaderamente amigo. Usted, Consuelo, que tiene un gran corazon, que es en extremo sensible, puede comprender esto mejor que nadie. Pongamos un ejemplo.

Las mejillas de la hija de Schunoop se tiñeron de un vivo carmin.

—¿Podria usted,—añadió Alejandro,—callar mucho tiempo con una verdadera amiga si guardase usted el secreto de un amor desgraciado? Y digo desgraciado, porque ignorase usted si era ó habia de ser correspondido. Semejante dolor se aliviaria comunicando el secreto. ¿No es verdad?

—Sí,—respondió Consuelo turbada,—se aliviaria; pero yo lo sufriria, moriria con él...

—No sabe usted lo que es ese sufrimiento. ¡Ah!—exclamó Alejandro, dirigiendo una ardiente mirada á la jóven y exhalando un suspiro.—¡Un secreto de amor!... Es el que más pesa: si uno lo guardara mucho, creo que romperia el corazon para escaparse. No, Consuelo, no, usted no conoce eso. ¡Si usted amara!... ¿Quiere usted una prueba de que es imposible guardar semejante secreto? Pues bien, un hombre que ama, aun con la seguridad de no ser correspondido, no puede callar mucho tiempo.

—Eso significa un rayo de esperanza ó el último esfuerzo; pero...

—Veo,—replicó tristemente Alejandro,—que no quiere usted comprenderme.

Consuelo no acertó á contestar.

—¡Ah!—añadió el amante de Luisa.—En ciertas ocasiones no hay nada más elocuente que el silencio... Casi pudiera decirse que acaba usted de darme una leccion...

—Pero...

—No me quejo, señorita. Yo he debido comprender que un corazon como el de usted tiene derecho á exigir mucho.

Al que está enamorado le parece muy bello y muy interesante cuanto dice la persona amada.

Alejandro no podia manifestar su amor de una manera más estúpida; pero á Consuelo, á pesar de su clara inteligencia, le parecieron aquellas frases la expresion más sublime de una pasion intensa.

No se nos pregunte cómo se habia enamorado la hija del capitan, cómo una mujer de sentimientos tan delicados, de inteligencia tan elevada, pudo amar á un hombre sin corazon y de tan escaso entendimiento.

Ya lo hemos dicho: la misma persona enamorada no podria decir cómo tuvo principio su pasion, por qué se enamoró.

¿Por qué amaba Rosina á Paco? ¿Por qué su amor se aumentaba precisamente cuando debiera haberse extinguido?

Si en Rosa hemos enseñado uno de esos desconocidos y misteriosos pliegues del corazon de la mujer, en Consuelo encontramos otro no menos extraño.

Examinarlo y conocerlo no ha de hacernos adelantar un solo paso en el estudio de la mujer; al contrario, nos convenceremos más y más de que semejante estudio es completamente inútil y no ha de conducirnos jamás á la resolucion del problema.

Filósofos y moralistas han trabajado en vano: todo lo que han conseguido es probarnos que hay tinieblas en la region que era objeto de sus investigaciones; pero ninguno ha conseguido encender una luz que las disipe.

¿De qué sirve el microscopio en la oscuridad?

Dentro del terreno puramente psicológico, nos falta la luz para poder ver con el microscopio de nuestra razon.

En el terreno fisiológico encontraremos luz; pero nos faltan los medios, porque la ciencia no ha conseguido aun perfeccionar el microscopio con que hemos de mirar.

De esto deducimos que es no solamente enojoso, sino inútil, querer examinar lo que no podemos ver, y que despues de haber vagado á nuestro antojo por el campo de las conjeturas para buscar la causa del amor de Consuelo, no encontrariamos más que el efecto de la causa buscada, es decir, su amor, para lo cual no nece-

sitamos tomarnos semejante molestia, pues nos basta aceptar el hecho, ó lo que es lo mismo, decirte, lector, que por cualquiera razon que fuese, Consuelo estaba enamorada de Alejandro, locamente enamorada.

Apenas se levantó la cortina de la puerta y asomó el rostro blanco, encubridor de la conciencia negra de aquel hombre feliz, la jóven se estremeció, sintiendo abrasadas sus mejillas y palpitar con violencia su corazon.

A las pocas frases que cruzó con Alejandro, comprendió que este iba á hacer una declaracion de amor, y á pesar de que no deseaba ella otra cosa, tuvo miedo y se sintió en extremo turbada.

A las últimas palabras de Alejandro no pudo tampoco responder Consuelo, porque no encontraba nada que decir que no fuese una confesion de lo que sentia, y su pudoroso recato le mandaba callar.

Siguió, pues, un silencio más embarazoso aun que la conversacion.

Alejandro estaba decidido á fingir lo mejor que pudiese su papel de hombre sensible, tierno, enamorado.

Era para esto muy torpe; pero en cambio la jóven estaba enamorada y no podia ver la torpeza, no podia conocer el fingimiento.

No se percibió más ruido que el acompasado del tic tac del reloj y algun suspiro del amante de Luisa, que contemplaba tristemente las movibles llamas del fuego de la chimenea.

Ella sufria, porque temia haberlo herido, porque creia de buena fé que él estaba sufriendo.

Alejandro se impacientaba, porque desde la pérdida de los treinta mil duros, habia empezado á desconfiar de su fortuna.

—Perdone usted,—dijo al fin,—si la he desagradado; pero considere usted bien que en mi situacion es imposible no cometer la torpeza que he cometido. El corazon no obedece siempre á la razon; suele rebelarse y hacer locuras como un niño irreflexivo. ¡Dichosa usted que no tiene un enemigo que la domine!

—Me reconviene usted...

—No tengo motivo ni derecho para hacerlo.

—¡Ah!—exclamó la joven sin poder contenerse.—Las palabras de usted no significan otra cosa sino que no tengo corazon...

—Significan,—replicó Alejandro arrebatadamente, como exaltado por la violencia de su pasion,—significan que su corazon de usted no siente lo que el mio, ó que no siente por mí como yo siento por usted... ¡Ah!... Puesto que es preciso, lo diré de una vez: así la obligaré á usted á explicarse; y por más que el desengaño haya de ser horrible, al menos no me atormentarán las dudas. La amo á usted, Consuelo, la amo á usted con toda mi alma, y este amor puede ser lo mismo mi única felicidad que mi más espantoso tormento. Sé que es imposible que usted me corresponda; sé que usted ambicionará el cariño de un hombre, no rico ni de posicion elevada, sino de prendas morales como yo no las tengo; pero por más que esté convencido de que usted no aceptará mi amor, no puedo callar, no puedo someterme á este fallo de mi sola presuncion, necesito que usted me lo diga, que una terrible palabra de usted disipe el rayo de esperanza loca que tiene todo el que desea con el afan que yo deseo... ¡Ah! con esa sinceridad, con esa franqueza propia del alma noble de usted, dígame usted, Consuelo, no si me ama, porque tanta dicha es imposible, sino solamente si debo esperar que algun dia tome usted en consideracion mi amor.

—Pues bien,—respondió la jóven, haciendo un esfuerzo,—yo diré á usted cuál es el estado de mi corazon...

—¡Ah!...

—Jamás diré á un hombre que espere, porque esto seria lo mismo que aceptar su amor sin corresponderlo...

—Para mí seria mucha dicha...

—Y para mi conciencia un engaño miserable...

—¡Alma sublime!

—Amar á medias es peor que no amar, porque es engañar, mentir, fingir...

—¡Consuelo, Consuelo!...

—Podemos considerarnos felices,—murmuró la jóven con acento de profunda conmocion.

—¡Ah!—exclamó Alejandro.—¡Noche inolvidable!...

—Si no peligrase la vida de nuestra mejor amiga...

—Es verdad... Si no fuera tan santo el fin de mi anhelo, me

acusaria mi conciencia, que es por desgracia demasiado exigente.

—No creo que ha faltado usted á las consideraciones que debe á Luisa...

—Pero quiero sobre este punto explicarme para evitar toda duda... Seguro de que soy correspondido por la ternura de usted, feliz y tranquilo porque mi porvenir es el más risueño, necesito hacer algunas observaciones, entrar en explicaciones que creo precisas para que mi conducta se aprecie con exactitud. Mi situacion ha cambiado completamente, lo mismo que la de esa desgraciada que está en el lecho. Hasta ayer he consagrado todos mis afanes á cumplir el deber que me imponia la promesa hecha á Luisa de ayudarla en su difícil situacion. Ella en cambio habia pagado generosamente mi ayuda: yo era pobre, lo confieso sin rubor, y ahora soy rico.

—¡Y yo la he acusado tantas veces!...

—No diré á usted si se ha equivocado...

—Quiero creer que sí.

—Sea como fuere, ello es que en la historia de Luisa hay sucesos gravísimos, y que su completa felicidad ó su más horrible desgracia dependian de otro suceso esperado con afan y con miedo hace bastantes años. Nuestro trabajo constante ha sido inútil para aclarar nuestras dudas, y ayer una casualidad lo puso en claro.

—¡Dios mio!—exclamó Consuelo con acento de la más dolorosa angustia.—¡Ha perdido la esperanza de ser feliz!...

—Sí, desde anoche sufre el más horrible de los tormentos, sin esperanza de otro alivio que la muerte. Por eso he dicho que nuestra situacion ha cambiado: ella no tiene ya nada que esperar, ni yo puedo prestarle ninguna ayuda: por consiguiente, mi vida cambiará lo mismo que la suya; pero no me parece conveniente que en estos momentos se conozca nuestro amor: será una delicadeza mal entendida ó exagerada, no lo niego; pero decir á Luisa que nos ocupamos de nuestra felicidad en los momentos en que el destino la sentencia á morir desesperada...

—No, no,—dijo vivamente Consuelo.

—Me alegro que la opinion de usted esté conforme con la mia.

—Guardemos por ahora el secreto de nuestro amor.

—No mucho tiempo, porque...

—¡Ah!—interrumpió la jóven, mirando el reloj.—Es la hora...

—Sí, ella primero,—dijo hipócritamente Alejandro.

Consuelo entró en la alcoba para dar á Luisa el medicamento que le tenia preparado.

La enferma parecia encontrarse mejor.

Un cuarto de hora despues los nuevos amantes reanudaron su conversacion.

¿A qué hemos de repetirla?

Hasta las cuatro de la madrugada estuvieron formando planes y cambiando palabras de ternura.

Alejandro se consideraba feliz, porque creia haber asegurado seis mil duros, que podria multiplicar con su gran sistema de usura, lo mismo que habia cuadruplicado en poco tiempo el capital de Luisa.

Consuelo tambien se consideraba feliz...

¡Pobre Consuelo!

Y salió, mientras la frente de Luisa se oscurecia y las mejillas de Consuelo se ponian rojas como el carmin.

Efectivamente Alejandro encontró á la señora Blasa, la llevó á su despacho, cerró la puerta y le preguntó:

—¿Viene usted á hablarme de Rosina?

—Perdone usted, señor,—dijo la vieja;—pero antes de responder creo que debo advertirle una cosa: el asunto es grave, pueden escucharnos, y lo más seguro es que la puerta esté abierta.

—Tiene usted razon,—repuso Alejandro, abriendo de par en par. —Ahora explíquese usted.

—Pues, señor, yo vengo á decirle á usted que la pobrecita de mi ahijada está que da compasion.

—¿Dónde se encuentra? Desde que supe que consiguió escapar de la cárcel, la he buscado con afan; pero inútilmente.

—Hace pocos dias que ha salido de la cama. Ya se ve, los disgustos...

—¿Está con ella Paco?

—No, señor: el tal Paco es un bribon, que bien merece que lo ahorquen. La misma noche que salieron de la cárcel, la robó y la dejó abandonada, de manera que si yo no la hubiera recogido, se muere como un perro.

—Pero ¿dónde se encuentra?

—A eso voy; pero antes necesito explicarme, porque... en fin, estas son cosas muy delicadas...

—Bien, bien,—dijo Alejandro con impaciencia, porque le interesaba mucho conocer el paradero de Rosina:—explíquese usted.

—Mire usted, Rosa está desamparada, pues aunque yo tengo buena voluntad, en fin, usted conoce que ella tiene que ganarse la vida; pero no hace más que decir: «Ahora conozco que hice muy mal en no haberlos dejado á todos por don Alejandro». Es claro, no se veria como se ve. Yo le he dicho que todos pecamos en este mundo, y que más vale tarde que nunca, ¡pues! y que le enviara á usted un recado, porque al fin usted se portaria como un caballero; pero ella tenia cortedad y...

—Sí, yo soy el mismo: mi amor por Rosa no se ha entibiado y

estoy dispuesto á sacrificarlo todo por ella. ¿Está decidida á corresponderme?

—¡Ya lo creo!

—Pues bien, dígame usted dónde puedo verla... Usted será tambien recompensada por haberla amparado, largamente recompensada...

—¡Ay, señor! no lo he hecho por interés; pero estan los tiempos tan perdidos...

—Dígame usted dónde está Rosina...

—Sí, señor.

—Y aparte de lo que ella necesite, para usted, solamente para usted, habrá mil duros...

—¡Mil duros!—exclamó la señora Blasa, temblando de alegría.

—Si no es bastante la daré á usted dos mil...

—¡Dos mil!

—Cuanto usted pida; pero que sepa yo dónde está Rosa...

—No conviene que venga usted conmigo, porque...

—Iré solo y llevaré lo prometido...

—Entonces, dentro de un cuarto de hora, para que yo tenga tiempo de avisarle, puede usted irse á la calle de la Palma, y entrando, en la primera taberna que encuentre usted á la derecha...

—Comprendo.

—Yo estaré á la puerta aguardando, para que no tenga usted que meterse allí.

—Pues no se detenga usted...

—Vaya, pues que sea para bien y de aquí á un año que todos tengamos salud.

—Adios, adios...

—Quede usted con la Vírgen... Queria decir, los dos mil duros, si puede ser, en oro, porque ya se vé, una no entiende de papeles...

—Sí, sí.

—Pues hasta luego... calle de la Palma...

—No tardaré.

La vieja salió.

—¡Ah!—exclamó Alejandro.—Lo que es ahora no se me escapa-

rán los treinta mil duros... ¿Y qué haré de Consuelo? No me conviene casarme... Veamos.

Iba á salir; pero se detuvo al ver que Luisa se presentó á la puerta.

—¿Ibas á buscarme?—dijo con acento breve.

—Sí.

—No te molestes, pues...

—Tenemos que hablar...

—No puedo detenerme.

—Es muy interesante lo que tengo que decirte...

—Es más interesante lo que tengo que hacer.

—Si supieras...

—Voy á ver á mi hija que es primero que todo...

—¡A tu hija!...

—Sí, ya sé que en estos momentos se encuentra en una taberna en la calle de la Palma.

—¡Has escuchado la conversacion!

—Sí, toda.

—Supongo,—repuso Alejandro,—que esta vez no te negarás...

—¿Quieres los treinta mil duros?

—Yo he descubierto...

—Por tí, miserable, ha acabado de perderse mi hija...

—¡Luisa!...

—Basta... Hablaremos despues... Tendrás dinero, corazon ruin... Vamos...

—Bien, hablaremos...

Alejandro empezó á desconfiar.

Los momentos no eran oportunos para tratar de semejante cosa; pero treinta mil duros eran para él un asunto demasiado interesante y no se resignaba á dejarlos escapar.

¿Qué podria sucederle si insistia?

Luisa volveria á llamarle miserable y ruin; pero esto se lo habia dicho cien veces, y á él no le importaba si á costa de oir semejantes calificativos ganaba la cantidad ofrecida.

—Puesto que has escuchado la conversacion,—dijo Alejandro,—sabrás que no podemos ir en seguida...

—No esperaré más tiempo que el que tarden en traerme el coche, que he mandado buscar. Llegaré antes que esa mujer y entraré en la taberna...

—Bien, sea como quieres, iremos en seguida; pero habremos de esperar el coche, y mientras podemos hablar. Dime que no tengo corazon, que soy un miserable...

—Sé que nada te importa.

—Es que se trata de mi fortuna y esto merece la pena...

—Basta,—interrumpió Luisa, cuya agitacion iba en aumento:—he oido algo más que la conversacion que has tenido con esa mujer...

—No comprendo...

—Tus últimas palabras, las que has pronunciado despues que ella salió...

—¡Oh!—murmuró Alejandro, palideciendo.

—Sí,—repuso Luisa, fijando en su amante una mirada terrible,—eres un miserable, un infame... Intentabas sacrificar á esa niña infeliz... Pero no, no sucederá, yo lo estorbaré: esa criatura virtuosa está bajo mi proteccion, y no será tu víctima, porque yo le diré quién eres, el papel que has representado y el que estás dispuesto á representar...

—¡Luisa!—exclamó Alejandro aterrado.

—Consuelo te ama, porque cree que tienes un corazon como el suyo, solamente por eso, es decir, que te ama por equivocacion; pero el dia en que le hagan conocer su error, no solamente dejará de amarte, sino que te despreciará. Lo que intentas es un crímen... No, no lo consentiré... Yo he querido hacer la fortuna de esa jóven admirable y no he de permitir que precisamente sea causa de su desgracia mayor lo mismo que debe ser su dicha... ¡Oh!... Se acabó tu fortuna...

—Pues bien, Consuelo me ama y...

—Le recogeré el dote...

—Te has vuelto loca...

—Veremos si te casas con ella cuando vuelva á ser pobre.

Alejandro se dejó caer en una silla con desaliento.

—Renunciaré á esa boda,—dijo;—pero nuestro convenio...

—Me has engañado: sabias que Rosa era mi hija y me lo ocultabas para dar tiempo á satisfacer una pasion la más criminal.

—De manera,—dijo Alejandro,—que te niegas á darme los treinta mil duros...

—Sí, todos debemos estar castigados.

—Pues bien, replicó Alejandro, poniéndose de pié,—quedaremos bien castigados: el mundo te conocerá, porque yo te arrancaré la máscara...

—¿Qué me importa el mundo? Yo no temo ya nada más que mi conciencia. ¡El mundo!... No ha de volver á verme, porque huiré con mi hija adonde nadie me conozca.

—Huirás si os dejan...

—¿Quién ha de estorbármelo?

—Yo.

—¡Tú!

—Sí: Rosa está perseguida por la justicia, y me bastará una palabra...

—¡Miserable!...

—Golpe por golpe.

—¡Oh!—exclamó Luisa, oprimiéndose las sienes.—¡Dios mio!...

—Esta noche volverá tu hija á la cárcel...

—Eres...

—Todo cuanto quieras,—replicó Alejandro, sonriendo otra vez con la mayor tranquilidad.—Soy un infame; pero... ¿Y los treinta mil duros?

—Basta... tendrás el dinero.

—Ahora estás en el terreno de la razon y de la justicia... ¿Cuándo terminaremos el asunto para separarnos para siempre?

—Esta misma noche, cuando vuelva con mi hija.

—Piensa que no puedes engañarme, porque ya no me separaré de tí y á todas horas podré cumplir mi amenaza.

—Lo sé.

Un criado se presentó, diciendo que esperaba el coche.

Luisa se envolvió en un abrigo.

—Dentro de media hora,—le dijo á Consuelo con una agitacion

que le era imposible ocultar,—volveré... Espéreme usted, hija mia, porque tengo necesidad de hablarle... Entre tanto, ruegue usted á Dios que tenga misericordia de mí.

Y salió con Alejandro antes que la jóven acertara á contestarle.

CAPITULO LXII.

Donde se sabrá lo que habia sido de Paco.

Mientras la señora Blasa se encaminaba á casa de Luisa para hablar con Alejandro, en un bodegon de la calle de Embajadores tenia lugar una escena, que debemos referir para que puedan comprenderse los demás sucesos.

Dos personas acababan de cenar y sostenian una conversacion bastante animada mientras apuraban sorbo tras sorbo el vino que quedaba en los vasos.

Una de aquellas dos personas era Paco, en quien no se advertia el cambio más leve.

La otra era una mujer, que podria tener treinta años, morena, de mediana estatura, de formas redondas y abultadas, de regulares facciones y ojos pardos.

Nada expresaba su fisonomía más que atrevimiento, desvergüenza y malicia, y por sus maneras, sus gestos y sus palabras se comprendia que era una de esas desdichadas que se han criado en el lodo de los vicios, entregándose á ellos para siempre, porque han llegado á un punto en su fatal carrera, en que la regeneracion es casi imposible.

Paco debia estar entusiasmado con semejante mujer, porque nunca la veia llorar como á Rosa, ni como esta, tenia conciencia ni corazon.

Si la desdichada hija de Luisa se habia sometido á la voluntad de Paco, llegando á ser su esclava, á él le tocó su vez de ser esclavo de otra, no porque la amase como habia sido amado, sino porque lo sujetaban la conveniencia y el miedo.

Ella tampoco lo amaba; pero era exigente y caprichosa por vanidad, y sus exigencias las habia llevado hasta el punto de que él no era dueño de sus acciones ni aun de sus pensamientos.

La conversacion habia llegado á un punto bastante interesante, y Paco empezaba á mostrar disgusto, diciendo:

—¿Para qué hemos de tener desazones? Dejemos esto, Manuela. Todo lo que puedes pedirme es que te quiera, y eso...

—Eso,—interrumpió ella,—es música celestial. ¿Qué te has figurado? ¡Bah! no me conoces todavia. Pues bonita soy yo...

—Pero ¿de qué puedes quejarte?

—De nada.

—Yo no he querido nunca á esa mujer...

—Ella te quiere á tí.

—¿Tengo yo la culpa?

—Sí, porque no la has desengañado de una vez.

—Lo que me pides...

—Ha de hacerse.

—Pero...

—Ea,—replicó Manuela, mirando á Paco con aire de amenaza,—¿quieres que esto se acabe? No me tientes mucho la ropa, porque...

—Oye...

—Tú eres el que tiene que oirme.

—Bien,—dijo Paco con forzada resignacion,—te oiré... Empieza.

Y sacó un cigarro, encendiéndolo con afectada calma.

—De esta noche,—repuso Manuela,—no pasa que quedemos dentro ó fuera: escoge, Paco: ella ó yo. No tengo por qué esconderme, ¿lo entiendes?

—¿Y quién te dice que te escondas?

—La otra noche te dije que tenia capricho de andar por Maravillas...

—Y me opuse, porque sé que me buscan por allí, y...

—Lo que sabes es que ella anda por allí siempre.

—Y que me comprometeria...

—¿Tienes miedo?

—Sí, tengo miedo de volver á la cárcel, porque ya sé lo que habria de sucederme.

—Pues mira, el hombre que no es capaz de ponerse en peligro por una mujer...

—Manuela...

—Hemos concluido,—replicó ella, poniéndose de pié.—Esto se hace así...

—¿Adónde vas?

—A Maravillas, porque me ha dado el capricho por ahí, y porque puedo, ¿lo entiendes? Y si encuentro alguna real moza que quiera decirme algo, nos veremos las caras. Tú no te comprometas, que es lástima. Búscate la vida por donde puedas, que yo no necesito á nadie. Con que, adios, y hasta el valle Josafat.

Manuela habia tocado la cuerda sensible, amenazando á Paco con no volver á verlo, ó lo que es lo mismo, con no seguir manteniéndolo, como hacia.

El maton no pudo resistir á semejante amenaza y temió además que Manuela, mujer de conciencia nada escrupulosa, llevase más allá su venganza, descubriéndolo á la justicia.

Juzgando su corazon por el ajeno, temia Paco que Rosina tuviese un nuevo amante, con quien en caso necesario tendria que habérselas, lo cual le desagradaba en extremo, porque ya sabemos que era muy cobarde.

Sin embargo, decidióse á arrostrar estos peligros, hasta cierto punto imaginarios, ó por lo menos dudosos, antes que arrostrar los que tan cerca tenia y eran tan positivos.

—Hay que hacer de tripas corazon,—dijo para sí.

Y levantándose, añadió en voz alta:

—Mientras yo viva, donde tú estés no ha de reinar nadie, ¿lo entiendes? Te quiero, porque me da la gana y porque nadie manda en mi corazon. ¿Te estorba la Rosilla? Dime que sí y la confundo. Va-

mos allá: entraremos de bracero en casa de Lagartijo, y si tan solamente te mira con malos ojos...

—Yo soy bastante para ponerle los cinco mandamientos en la cara.

—Bueno, ya lo sé; pero que no te levante la mano, porque entonces...

—Sí, entonces, si no le rompes el pellejo, haz cuenta que no te vuelvo á mirar y esta noche dormís los dos en el Saladero.

—Vamos, corazon,—repuso Paco, embozándose y ofreciendo el brazo á Manuela:—así... ¿Quién es capaz de ponérseme ahora delante?

—Veremos si todo es jarabe de pico...

—Lo veremos.

—Ya sabes la sentencia...

Salieron del bodegon, y ella orgullosa con el triunfo que pensaba alcanzar, y él con bastante miedo por lo que podria suceder, dejaron atrás calles y calles y llegaron al fin á la de la Palma.

Manuela se detuvo cerca de la taberna.

—Oye,—dijo,—que no te se olvide.

—¿Qué, paloma?

—Que tienes que escoger entre ir esta noche á la cárcel ó dar una puñalada si es menester.

La eleccion no era dudosa.

Una puñalada le dejaba el recurso de la huida y la proteccion de Manuela; en la cárcel no tenia salvacion.

—Pero,—dijo Paco,—¿serias capaz de dar un soplo?

—De todo soy capaz antes que quedar por debajo de esa mujer,—respondió ella, cuyos ojos relumbraron.—Sé que te quiere, que te busca...

—Tambien sabes que yo no la quiero ni la busco.

—Si ella volviera á tener mucho dinero, me dejarias y...

—¡Manuela!

—Te conozco, y por eso quiero que esa mujer te aborrezca.

—Si ha de aborrecerme por pegarla...

—Te odiará cuando lo hagas delante de otra mujer, cuando la humilles...

—Creo que te equivocas...

—Pues bien, lo quiero...

—Será.

—Vamos... Tienen jaleo... Mejor, porque así será más fácil armar camorra.

Efectivamente, en el interior de la taberna sonaban guitarras, castañuelas, y roncas voces de los que cantaban ó gritaban en el entusiasmo de su alegría.

—Muy temprano ha principiado la fiesta,—dijo Paco.

—Señal que tienen muchas ganas de divertirse... Entremos.

Paco hubo de resignarse y entró con Manuela, dirigiéndose á la habitacion conocida de nuestros lectores.

Los seguiremos para ver si se encontraba allí Rosa y el efecto que produjo en ella la llegada de los dos amantes.

CAPITULO LXIII.

Las dos rivales.

Diez ó doce personas habia en el que podemos llamar aposento reservado de la taberna, puesto que en él no entraban más que ciertos parroquianos amigos.

Los acordados sones de la guitarra, el monótono repiqueteo de las castañuelas, el ruido de las palmadas y los vasos, que hacian chocar al compás de la música, el canto y las roncas voces de todos ellos, producian un estrepitoso conjunto verdaderamente infernal, que era imposible resistir sin sentirse aturdidos.

Ya se habian vaciado los jarros una y otra vez.

Los vapores del vino habian empezado á trastornar las cabezas, si bien no habian producido aun más que esa alegre exaltacion precursora de la embriaguez.

Excusamos decir que no habia en aquella reunion un solo hombre que no fuese ladron y asesino, ni una sola mujer que no hubiese llegado á la última degradacion moral.

Rosina se encontraba entre aquellas desgraciadas, y como ellas, cantaba, gritaba y bebia.

Al escuchar sus palabras soeces, al ver sus groseros ademanes, nadie hubiera dicho que aquella era la mujer elegante, de lenguaje y maneras tan distinguidas como las de una aristocrática dama, que un mes antes, recostada indolentemente en su carretela, se presen-

taba en los paseos y teatros como una reina de la moda, de la belleza y del lujo, viéndose envidiada por muchas mujeres y adulada por los hombres.

No conservaba más que su belleza, y aun esto, alterada, pues como ya hemos dicho, habia enflaquecido bastante y una palidez cadavérica cubria su rostro.

De las otras no se distinguia más que en la mirada, en la expresion del semblante, que á su pesar revelaba una profunda melancolía, una amargura que rayaba en sarcasmo.

Cantaba de vez en cuando, y en el momento en que Paco y Manuela se presentaron, con un acento que indicaba bien claramente que sentia lo mismo que expresaba la copla, entonaba la siguiente:

«Antes que mis ojos vean
que en otra pones tu amor,
pégame una puñalada
que me parta el corazon».

—¡Bien, salero!—dijo uno de los bebedores.—Eso se llama querer.

—Pues ahí lo tienes,—añadió otro, señalando á los que llegaban.

La infeliz Rosina miró á Paco, y sus negros ojos, iluminados repentinamente, brillaron como dos centellas.

Luego, como impulsada por un resorte, se puso de pié.

Su corazon palpitó con tal violencia, que no pudo respirar.

Su rostro, antes pálido, enrojeció como si fuese á brotar la sangre.

Quedó inmóvil.

Solamente pudo llevar las manos al pecho y oprimírselo con fuerza convulsiva.

Todos sus miembros se contrajeron dolorosamente.

Es imposible expresar lo que en aquellos momentos sufrió.

Sintióse trastornada, loca, como si se hubiera apoderado de su ser un vértigo horrible.

De todo se olvidó.

Nada vió más que á su rival y á Paco.

Sus ojos, relumbrantes, abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas, lanzaron á Manuela una mirada de tigre.

Entreabrióse su boca.

Sus labios titilaron como los del chacal cuando olfatea la sangre. Rechinaron sus dientes.

Sintió en el interior de su cabeza un zumbido horrible y como si ardiese un volcan en su pecho.

Eran los celos ¡ah! los celos, ese roedor del alma que trastorna, que enloquece, que hace hervir el odio y la ira y enciende la desesperacion.

Manuela, que se habia parado en medio de la habitacion, sonrió con expresion burlona y sostuvo aquella mirada con otra provocativa, insolente y desvergonzada.

Paco volvió á otro lado la cabeza como si no se hubiese apercibido de aquel reto á muerte, y con toda la calma que le fué posible aparentar, dijo:

—A la paz de Dios, caballeros.

Nadie habia tenido tiempo de observar lo bastante para dar importancia al fatal encuentro de aquellas dos mujeres, ni aun despues de advertidos hubieran pensado que pudiera tener otras consecuencias que las de cruzarse algunas palabras ofensivas y vanas amenazas.

El saludo de Paco fué, por consiguiente, contestado en el mismo tono que habia sido hecho, y siguió la música y las voces, sin que se interrumpiese la alegría.

Las dos rivales se contemplaron por algunos segundos.

—¿Y qué?—dijo al fin Manuela, contoneándose y apoyando las manos en las caderas.

En el interior del pecho de la hija de Luisa resonó una especie de rujido sordo y apagado; pero tampoco se movió.

—Diga usted, señora,—añadió Manuela,—¿tengo en la cara alguna danza de monos? Porque como me mira usted así... Dí, Paco mio, ¿conoces tú á esa mujer?

Ya no quedó duda á los bebedores de que habria camorra, y como era preciso que la cuestion terminase antes de que tomara mayores proporciones y aguara la fiesta, suspendieron la música con ánimo de mediar y que no pasase adelante la disputa.

Trascurrió un segundo de silencio.

Rosina hizo un movimiento como si fuera á lanzarse sobre su rival; pero se detuvo, contempló un momento á su antiguo amante, y acercándose luego á él, exclamó con voz ronca y breve acento:

—¡Paco, Paco!...

—¿No oyes?—dijo Manuela en tono burlon,—¿no oyes que te habla la señora?

—¿Y qué tengo yo que ver con ella?—dijo al fin el maton.—Nos quisimos, es verdad; pero ella se fué por su lado, yo por el mio, y si te ví no me acuerdo.

—¡Paco!—volvió á gritar la infeliz Rosina.—Por última vez... Que estoy desesperada, loca...

—Si estás loca, á Leganés.

—Dime si me amas...

—Nunca te he querido.

—¡Oh!...

—Déjame en paz,—dijo Paco, que apenas se atrevia á mirar á su víctima.

—¡Paco, Paco!... No me amas... ¡oh!... pero tampoco amas á otra... tu corazon no es de ninguna mujer... ¿no es verdad?... Dime si hay alguna á quien yo pueda envidiar ser amada por tí, dímelo, Paco... ¡Ah!—continuó la desdichada en el colmo de la desesperacion.—Dímelo, Paco; es preciso que yo lo sepa...

—Pues bien, sí quiero, ¿lo entiendes? Así acabaremos de una vez; y déjame, porque ya sabes que se me calienta la sangre muy pronto...

—¿Me matarias?—preguntó afanosamente Rosina.—¿Serias capaz de matarme si te persigo y estorbo?

—Tanto puedes hacer...

—Pues bien, seré tu sombra, ya no me separaré de tí, y si no tengo otro medio de conseguirlo, haré que la justicia se apodere de nosotros y te veré y estaré á tu lado en el último momento de tu vida; moriré feliz, porque tendré la seguridad de que tu amor no puede ser para otra mujer... ¡Oh!... No me rechaces, Paco, no, porque gritaré... Tú eres mio, solamente mio... ¿Quién me separará de tí? Nadie, porque no hay quien sea capaz de lo que yo, que todo lo he

sacrificado por tí, todo, mi fortuna, mi honra y... ¡hasta mi conciencia!

Y en su delirio asió con la fuerza de su desesperacion las manos de Paco y acercó sus labios secos y ardientes á los labios de él.

—¡Se acabó!—gritó Manuela.

Y empujó tan brutalmente á Rosina que la hizo caer al suelo.

La infeliz rujió como una pantera, se levantó con los ojos inyectados en sangre y se arrojó furiosa sobre su rival.

Esta retrocedió diciendo:

—Paco, escoge.

Paco sacó la navaja y se colocó entre ellas.

Levantáronse algunos con ánimo de restablecer la tranquilidad.

Empero Rosa, veloz como un rayo, arrolló á su antiguo amante y volvió á lanzarse hácia Manuela.

—Mátala,—gritó esta,—mátala ó irás á la cárcel...

Paco echó una mirada á la puerta como para asegurarse de que tenia libre la huida, volvió á ponerse de un salto delante de Rosa y le dijo:

—Quieta ó te mato.

¡Amenazaba con la muerte á quien la deseaba como su única dicha!

Nada escuchó la infeliz, nada podia detenerla.

Sin ver más que á su rival, avanzó nuevamente con todo el ímpetu del vértigo que la dominaba...

El brazo de Paco la detuvo.

El cuerpo de la desdichada vaciló un momento y cayó pesadamente.

Estaba mortalmente herida, y de su pecho brotó la sangre en abundancia.

Resonó un grito de terror, no porque nadie se horrorizase, sino por miedo á la justicia.

La confusion fué grande.

Todos se lanzaron hácia la puerta.

Lagartijo pidió socorro mientras lo atropellaban para huir.

Las mujeres gritaron con toda la fuerza de sus pulmones.

Dos ó tres minutos despues algunos guardias civiles entraban en la taberna y detenian á dos de aquellas desdichadas y á un hombre que no habian tenido tiempo de salir.

Paco y Manuela habian desaparecido.

—¡Muerta por él!—murmuraba Rosa.—¡Ah!... ¡Qué felicidad!... Pero ella vive... y se amarán... ¡Oh!... ¡Dios mio!... ¿Y mi madre, dónde está mi madre?

Su madre salia en aquel momento de su casa en busca de su hija...

¡Ya era tarde!

CAPITULO LXIV.

La madre y la hija.

No necesitaremos decir que la noticia del triste suceso cundió con rapidez en toda la calle y que á los pocos minutos una multitud de curiosos se agrupaba á la puerta de la taberna.

Nunca anduvieron tan deprisa los agentes de la autoridad.

Al cabo de un cuarto de hora un médico habia restañado la sangre de la herida de Rosa, declarando que era mortal, y pocos minutos despues, colocada en una camilla, fué conducida la infeliz al hospital.

Cuando llegó Luisa se habian retirado los curiosos y la taberna estaba desierta.

—Espera,—le dijo Alejandro,—yo entraré...

—¿Qué me importa que me vean? No quiero perder un instante.

Y la desdichada madre salió del coche y entró en la taberna, seguida de Alejandro.

A nadie vió más que á Lagartijo, que la miró con sorpresa, y sin preguntar ni detenerse penetró en la habitacion donde habia tenido lugar el suceso.

Aun estaba en el suelo la sangre de Rosa, sangre que manchó los piés y el vestido de Luisa, porque se detuvo precisamente en el mismo sitio en que habia caido su hija.

Una rápida ojeada le bastó para convencerse de que tampoco habia nadie allí.

El tabernero entró tambien y le dijo:

—Señora, me parece que busca usted á alguien y...

—Sí,—respondió Luisa con voz agitada,—busco á una mujer...

—Hace media hora que habia seis ó siete aquí; pero dudo que ninguna de ellas...

—Una jóven...

—Jóvenes eran todas.

—Se llama... Rosa...

—¡Ah!...

—¿La conoce usted?

—Supongo que una con ojos muy grandes, negros, pálida...

—Sí, sí...

—Que hace pocos dias está en compañía de una vieja...

—La señora Blasa,—dijo Alejandro.

—La misma.

—¿Y no ha venido esta noche?...

—Vino; pero...

—¿Con quién se fué?

—No se ha ido, se la han llevado...

—¡Dios mio!... ¡Presa otra vez!...

—Sí, presa, porque ella ha querido decir quién es. ¿Qué le importa?

—No comprendo...

—Yo tampoco sé más que lo sucedido esta noche, porque de lo demás que dicen...

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Ella estaba cantando y bailando, y entró con otra mujer un hombre que le llaman Paco...

—Su amante.

—Así debe ser.

—¿Y luego?

—Las dos riñeron y se pegaron, y él, por defender á la que acompañaba, le pegó á Rosa una puñalada...

Un grito destemplado, desgarrador, horrible, se escapó del pecho de Luisa.

Su mirada se fijó con expresion de espanto en el tabernero, que añadió friamente:

—Ahí mismo cayó... se está usted manchando con su sangre...

—¡Su sangre!—murmuró Luisa con voz apagada.—¡La sangre de mi hija!...

—¡Su hija!—dijo el tabernero.

—Vamos, vamos,—continuó Alejandro, que empezó á temer otra vez por sus treinta mil duros.—Vamos, Luisa...

Pero esta no lo escuchó.

Dejóse caer de rodillas, besó repetidas veces el suelo, y con los labios teñidos en la sangre de Rosa, que era su misma sangre, se levantó, diciendo:

—¡Dios mio!... ¡Ah!... No puedo más... Matadme... ¡Qué implacable y qué cruel es la conciencia!

Y llevó al pecho las manos, oprimiéndolo con toda la fuerza de su desesperacion, y su mirada, que empezaba á presentar las señales del extravío, se fijó en Alejandro.

—Ya lo ves,—dijo con acento breve,—ya lo ves, miserable... Han asesinado á mi hija... su sangre ha caido sobre mí...

Alejandro, aturdido, se dirigió al tabernero, preguntándole:

—¿Qué han hecho de Rosa?

—La han llevado al hospital.

—¿Muerta?

—No, señor; pero...

—Necesito su perdon,—dijo Luisa.—Quiero verla, abrazarla, aunque me maldiga como su padre...

Y salió precipitadamente.

—Si no está loca,—dijo Alejandro para sí,—muy poco le falta... ¿Y mi dinero? Se negará á darmelo... y no puedo ya amenazarla con delatar á Rosa... Tambien desbaratará mi proyecto de boda... Esto vá mal.

Entraron en el coche y se alejaron.

Veinte minutos despues entraban en el hospital.

No habian contado con las dificultades que debian encontrar para que les permitiesen á semejante hora ver á la paciente.

Empero Luisa no retrocedió ante ningun inconveniente.

El título respetable de madre y su dolor triunfaron al fin y Luisa obtuvo permiso para ver á su hija.

Preparábase una escena tristísima y dolorosa.

Luisa apenas podia respirar.

Sus negros ojos brillaban como dos luces y sus miembros temblaban convulsivamente.

Cuando llegó á la cama donde estaba Rosa moribunda fijó en esta una mirada ardiente, profunda, de mortal avidez, quedando inmóvil y muda como una estátua.

Rosina la contempló con sorpresa, la reconoció y se acordó de la historia de aquella mujer, referida por Alejandro.

Se contrajo la frente de la infeliz jóven, hizo un movimiento para incorporarse, no pudo y exhaló un gemido de dolor, murmurando luego:

—¡Una madre como la mia!

Luisa no pudo contener un grito al oir estas palabras, que le probaron que sus faltas eran conocidas.

Mirarla Rosa con horror y compararla á su madre, era acusar á esta.

—Señora,—dijo la moribunda con débil voz y despues de algunos instantes,—¿por qué se me presenta usted en los momentos de mi agonía?... ¡Oh!... Sí, lo comprendo, querrá usted conocer mi historia para apreciar todo el horror del crímen que comete una madre al abandonar á un hijo...

Luisa se oprimió el pecho, como si quisiera contener las violentas palpitaciones de su corazon.

Tampoco entonces se movió del sitio en que estaba: tenia miedo de convencerse de que aquella era su hija.

Su sufrimiento era horrible, incomparable.

Se encontraba en un estado de agitacion, de trastorno tan completo, que le era imposible coordinar sus ideas ni darse cuenta de lo que le sucedia.

Sus ojos, siempre fijos en Rosa, pero extremadamente abiertos, como si fuesen á saltar de sus órbitas, adquirian cada vez mayor

brillo, tenian una expresion más sombría, verdaderamente aterradora.

La contraccion de sus músculos habia desfigurado su rostro de tal manera, que no parecia la misma mujer.

Por primera vez en su vida perdió el dominio sobre sí.

Muchas veces la habia amedrentado su conciencia; pero nunca se habia sentido tan aterrada como entonces.

Las palabras de su hija habian sido bien extrañas, pero su respuesta lo fué más.

En vez de apresurarse á buscar la marca que Rosina tenia en el costado, dijo con voz reconcentrada y nerviosa:

—Sí, á eso vengo... Quiero conocer tu historia para atormentarme, porque necesito expiar mi crímen... Tú habrás maldecido á tu madre...

—No,—respondió Rosina,—no la he maldecido, pero no la he amado...

—¡Oh!...

—Mi madre me habrá olvidado y...

—Yo tambien olvidé á mi hija; pero luego, la conciencia... ¡Oh!... No sabes lo que es la conciencia cuando despierta despues de ennegrecida por los crímenes.

—Sé lo que es la mano de Dios,—repuso la infeliz Rosina empezando á hablar con exaltacion febril,—sé lo que es la mano de Dios, porque la he visto, la he palpado...

—¡Oh!... Yo tambien,—dijo Luisa arrebatadamente,—yo tambien... ahora mismo la siento pesar sobre mí... Tu historia, tu historia: ha llegado la hora de la expiacion... Sufro mucho; pero quiero sufrir más, mucho más, para que Dios me perdone... ¡Ah!... Si pudieras comprender lo que sufro, tendrias lástima de mí... Pero no, no la tengas, ódiame; así será mayor mi tormento; será tan espantoso, que no tenga igual, que no alcance á concebirlo el entendimiento humano, que yo misma no comprenda cómo puede sufrirse tanto...

Y la infeliz se dejó caer sobre una silla que habia junto á la cama, y se inclinó sobre esta, como el sediento sobre el arroyo.

Y Rosina, como si hubiese recobrado repentinamente las fuerzas,

E. Zarza, dib° y lit°

Lit. J. Donon Madrid

—¡Es mi hija!.....

y sin cuidarse tampoco de averiguar si aquella era su madre, empezó á contar su historia, no con los detalles que la refirió á Alejandro, pero sin omitir nada de lo que podia dar idea cabal de su horrible vida.

Su voz tenia en aquellos momentos un timbre particular, grave, solemne, imponente.

Luisa recogia con avidez una á una aquellas palabras, que iban torturando, desgarrando lenta y cruelmente su alma, harto angustiada y transida.

Parecíale escuchar una segunda voz, que iba repitiendo y comentando todas aquellas palabras.

Llegó un momento en que nada vió ni oyó más que á su hija.

Así trascurrió un cuarto de hora.

La desdichada madre no se habia movido.

Sus ojos estaban siempre extremadamente abiertos, sus pupilas dilatadas y relumbrantes, sus miembros rígidos, su boca entreabierta y contraidos y titilantes sus secos y ardientes labios.

Apenas Rosina concluyó su triste relato se arrojó sobre la cama, levantó las ropas y descubrió el costado de la moribunda...

—¡Es mi hija!—exclamó con desgarrador acento.

—¡Mi madre!—dijo Rosa.—Mi madre, la causa de todas mis desdichas!... ¡Pero es mi madre y sufre, me da el nombre de hija en estos momentos solemnes!... ¡Madre mia!... ¡Dios te perdone como yo te perdono!...

Y de sus ojos se escapó un torrente de lágrimas.

Y sus débiles brazos asieron el cuello de su madre.

Y la besó con inmensa ternura y recibió frenéticos besos.

—¿Y mi padre?

—¡Tu padre!—murmuró Luisa, de cuyos ojos no habia salido una lágrima.—Si vives, tu padre debe condenarte, debe entregarte al verdugo...

—¡Ah!... Es el juez...

—Sí.

—¡Dios mio!...

—La mano de Dios... Todo eso es obra mia,—añadió Luisa con un acento que infundia terror,—obra mia... Míralo... tu padre...

La infeliz extendió los brazos y señaló hácia la puerta, donde Durango acababa de aparecer.

Y luego echó atrás la cabeza, abrió la boca y soltó una carcajada nerviosa, estridente, espantable...

¡Estaba loca!

Julio llegó sin aliento, inclinóse sobre Rosa, la abrazó, y mientras la besaba con todo el dolor y con toda la ternura de que era susceptible su paternal cariño, exclamó:

—¡Hija mia, desdichada hija mia!...

—¡Padre mio!... Perdon... la bendicion... ¡Padre de mi alma!...

Entonces lloraron los dos.

Luisa dejó escapar una segunda carcajada.

—¡Maldita!—decia.—¡Me ha maldecido él!... Esa es mi obra, la obra de una madre... ¡Ah!... La mano de Dios, miradla... Y mirad mi conciencia... ¿La veis?... ¡Qué negra!... ¿No es verdad?... ¡Y el mundo me tiene por una santa!...

Sucedió lo que era consiguiente: los gritos de Luisa llamaron la atencion y acudieron algunas hermanas de la Caridad y dos ó tres empleados que se encontraban en la inmediata habitacion.

Durango limpió apresuradamente sus ojos, hizo un supremo esfuerzo para dominar en cuanto le fuese posible su profunda conmocion, y dijo á los que llegaban:

—Socorred á esta infeliz... Ha perdido la razon... Llevadla á otro aposento y que le presten los primeros auxilios mientras yo termino aquí.

Luisa no opuso resistencia.

Se dejó conducir, mientras reia y hablaba sin concierto de su conciencia y de su hija.

Alejandro, que tambien habia acudido, la siguió.

Entre tanto Julio, despues de llamar al médico que habia hecho la primera cura á Rosa, le preguntó:

—¿Puede salvarse á la enferma?

—Imposible.

—¿Ni aun gastando mucho dinero para apelar á todos los recursos imaginables?

—No vivirá seis horas.

—¡Oh!...

—Y si ha de atenderse á su alma, es preciso que la justicia no robe mucho tiempo al sacerdote.

Ya que no podia salvar á su hija, no debia Durango comprometer su reputacion como hombre de ley: llamó al escribano, hizo extende runa declaracion y volvió á quedar solo con la infeliz jóven.

—Padre mio,—dijo esta,—voy á morir, no necesito que me lo digan, porque lo comprendo...

—¡Hija mia!...

—No quiero que se pierda mi alma como mi cuerpo se ha perdido...

—Vendrá un sacerdote...

—Sí, quiero confesar mis pecados y perdonar á mis enemigos; pero no es esto bastante para morir tranquila, necesito pedir gracia para los mismos que han sido causa de mi perdicion...

—¡Pobre hija mia!—murmuró Durango con voz ahogada.—¡Noble corazon!...

—Hay un hombre...

—Rosa, hija mia, en estos momentos solemnes, tu fatal pasion...

—No, padre mio,—replicó la jóven con voz que iba debilitándose por momentos,—no habla mi amor desdichado, sino mi deber de cristiana.

—Si ese hombre cae en manos de la justicia, será imposible salvarlo...

—Pero no se acuerde usted de que es la causa de mis males y mi asesino... Y en cuanto á mi madre... ¡Ah!...

—Rosa, hija mia...

—Mi madre,—repuso la infeliz con voz que se debilitaba por momentos,—mi madre habrá delinquido; pero yo no puedo juzgarla... Padre mio... mi pobre madre ha sufrido mucho, muchísimo... perdon para ella... Dios es más grande que nosotros... ha sido más ofendido y la perdonará, porque está arrepentida...

—Si su estado lo permite,—dijo Durango,—tu madre será mi esposa...

—Mi madre es rica...

—Lo sé.

—Un hombre, que se llama Alejandro Muñoz, que no tiene corazon ni conciencia, vive con ella, la explota... pero él no es dueño de nada...

Rosina no pudo proseguir: le faltaban las fuerzas y quiso aprovechar los momentos para salvar su alma.

Avisaron á un sacerdote, y cuando este llegó, Durango se separó de su hija, para volver despues.

Entre tanto se hizo conducir al aposento donde estaba Luisa.

Su intencion era poner los intereses de esta á cubierto de cualquiera abuso que pudiera cometer el hombre de quien le habia hablado Rosina, y además prestar á la pobre loca cuantos auxilios necesitase.

Decididamente la fortuna habia vuelto la espalda á su protegido Alejandro.

Sin embargo, ya veremos que él no se daba por vencido.

CAPITULO LXV.

De cómo Alejandro concibió y vió desvanecida una nueva esperanza.

Julio encontró á Luisa en un estado el más lastimoso. Los médicos habian prestado á la desdichada prontos auxilios; pero no esperaban conseguir buen resultado.

La presencia de su antiguo amante, lo mismo que la de Alejandro, acrecentaba la exaltacion de la pobre loca, y por esta razon uno y otro hubieron de separarse de su lado.

Pero los momentos eran preciosos, y Durango quiso aprovecharlos, ocupándose de los intereses de Luisa.

Fácil le habia sido comprender que el hombre mencionado por Rosina era aquel que exacerbaba el delirio de la loca, y acercándosele, despues de llamar al escribano y dar algunas órdenes, le dijo:

—Caballero, ¿es usted don Alejandro Muñoz?

—Sí, señor,—respondió este, empezando á temer que fracasase el proyecto que habia concebido.

—Usted vive en la misma casa de esa señora que ha perdido la razon...

—Soy su apoderado.

—Bien; pues tendrá usted la bondad de decirme...

—Perdone usted,—replicó Alejandro;—pero antes de hacerme ninguna pregunta deberia usted...

—¿Ignora usted que soy un juez?

—No; pero como yo nada tengo que ver con la herida...

—Se necesitan informes de usted, porque va á procederse á inventariar y depositar cuanto posee esa señora...

—¡Depositar!—murmuró Alejandro palideciendo.—He tenido el honor de decir á usted que soy su apoderado...

—Presentará usted sus cuentas cuando se las pidan. Ahora voy á interrogarle á usted.

El hombre feliz se estremeció.

Luisa tenia todo su capital en el Banco de España en cuenta corriente, y los talones que expedia, cuando necesitaba alguna cantidad para sus negocios ó gastos, los firmaba ella ó Alejandro, en virtud de poder.

El libro talonario lo guardaba Luisa; pero Alejandro, dueño absoluto de la casa mientras estuviera loca, podia coger el libro y sacar del Banco los fondos, sin más que firmar un talon.

Este proyecto, perfectamente concebido, hubiera tenido éxito el más completo si Rosina no hubiera hecho ninguna advertencia á su padre; pero este, sobradamente experto, comprendió en seguida que la posicion del hombre aquel daba lugar á toda clase de abusos, y acudió á evitarlos con la presteza que hemos visto.

No hizo, sin embargo, más preguntas que las indispensables para saber qué personas habian quedado en la casa y dónde tenia Luisa el dinero, lo cual confesó Alejandro, puesto que de todas maneras el juez habia de saberlo al reconocer los efectos y papeles y encontrar el libro talonario y los resguardos de la cuenta.

Si no le permitian ir á la casa antes que la autoridad, el proyecto era cosa perdida.

Terminado el interrogatorio, Durango dijo algunas palabras á uno de los alguaciles que le habian acompañado y salió para volver al lado de su hija.

Alejandro respiró con más libertad y quiso aprovechar la ocasion, dirigiéndose hácia la puerta.

—Caballero,—le dijo el alguacil,—no puede usted salir...

—¡Que no puedo salir!... ¿Quién me lo estorba?

—Yo, de órden de su señoría.

—¿Acaso soy algun criminal?

—Nada sé más que lo que me mandan.

Alejandro se dejó caer en una silla con muestras del más profundo abatimiento.

Cuando Julio llegó á la sala donde se encontraba Rosa, le salió al paso un sacerdote, diciéndole:

—Caballero, soy el confesor y nada ignoro...

—¡Mi hija!...

—Su alma está ya ante el tribunal de la eterna justicia...

—¡Ah!—exclamó Durango con voz ahogada.

Y se oprimió las sienes y luego levantó al cielo los ojos, húmedos por dos lágrimas de intenso dolor.

—Ha muerto contrita,—repuso el sacerdote,—implorando la misericordia de Dios y bendiciendo á sus padres... Sí, Dios la habrá perdonado, porque su arrepentimiento era sincero.

El desgraciado padre, que por su autoridad tenia abiertas todas las puertas en aquel asilo de la pobreza y la desgracia, se retiró á un aposento, donde pudo sin testigos desahogar en lágrimas su dolor.

Una hora despues, pálido y desfigurado, pero al parecer tranquilo, volvió adonde estaba Luisa.

Esta seguia en el mismo lastimoso estado.

Los médicos opinaban que no se la sacase de allí, á menos que en su casa tuviese personas que se interesaran mucho por ella y la cuidaran con esmero.

Así lo comprendió tambien Julio, porque la enfermedad de Luisa exigia cierto tratamiento especial, y quedó determinado que la infeliz quedase en el hospital.

Alejandro se acercó al juez.

—Caballero,—le dijo,—¿puedo saber lo que ha de hacerse? Se me tiene detenido como á un criminal y...

—Bien pronto quedará usted libre.

—Pero...

—A esta señora se le nombrará un tutor y entre tanto quedará

aquí depositada. Ahora, en presencia de usted, se hará el inventario.

Alejandro exhaló un suspiro.

Y siguió al juez, con el escribano y los alguaciles, encaminándose todos á la morada de Luisa.

La risueña esperanza del hombre feliz se habia desvanecido.

CAPITULO LXVI.

De cómo Schunoop habia visto la conciencia negra de Alejandro tras su rostro de inocente.

Fácil es comprender la sorpresa con que recibiria Consuelo la noticia de la desgracia de su amiga y bienhechora y el dolor que le produciria.

El juez, que hacia todos los esfuerzos imaginables para ocultar su conmocion, procedió al reconocimiento de la casa y á la formacion del inventario, poniendo sellos en todos los armarios y cajones para abrirlos otro dia.

Para evitar que se sospechase que procedia con prevencion ó parcialidad, respetó lo que, segun declaracion de todos los criados, pertenecia á Alejandro y se encontraba en el aposento de este, y cuando á las tres de la madrugada terminó su enojosa operacion, retiróse para buscar el descanso de que tanto necesitaba su espíritu y su cuerpo, dejando dos alguaciles que custodiasen los efectos inventariados, y permitiendo que quedasen allí hasta el siguiente dia los criados y Alejandro en sus respectivos dormitorios.

Consuelo, que ante todo miraba por su reputacion, habia rogado al juez pusiese á su disposicion persona que la acompañase á su casa, pues no podia quedarse allí sin mengua de su decoro.

La peticion fué otorgada y un alguacil siguió á la jóven, que ya no tuvo inconveniente en aceptar la compañía de Alejandro.

Para este habia llegado el momento de dar el golpe decisivo, de perder la última esperanza ó de salvar el último resto de su fortuna.

La expresion triste de su rostro fué para Consuelo la manifestacion sincera del dolor causado por la repentina desgracia de Luisa, y precisamente de esta desgracia se ocupó Alejandro al principiar la conversacion mientras seguian calle de Atocha arriba.

Empero no habian pasado cinco minutos cuando el fingido enamorado empezó á ocuparse de su propia situacion, y como consecuencia inmediata, de su amor y de sus proyectos de boda.

Para Consuelo, enamorada, la transicion no podia parecer violenta, sino muy natural y agradable, y contestando en el mismo sentido, acabaron por no ocuparse de otra cosa.

Y con tal entusiasmo hablaron, y tanto adelantaron en la conversacion, que al entrar en la calle de Cabestreros, Alejandro decia:

—Dentro de quince dias seremos las criaturas más felices del mundo. Tu padre no ha de poner ningun inconveniente, porque es desinteresado, y mi pobreza...

—Mi padre,—replicó la jóven,—tiene sobrado corazon para ambicionar otra cosa que mi dicha.

—Hoy mismo...

—Le hablaré de nuestro amor.

—Y algunas horas despues haré yo lo mismo; de manera que en pocos dias...

—¡Ah!—murmuró Consuelo tristemente.—¡Y no puede presenciar nuestra dicha mi protectora!...

—Y lo peor de todo es que, segun aseguran los médicos, no curará la infeliz.

—¡Loca!... ¡Dios mio!... Esto es horrible, mucho peor que la muerte.

Consuelo no contaba con el inconveniente de que no le abriesen la puerta, porque su padre no la esperaba; pero afortunadamente el capitan se habia recogido bastante tarde y aun no se habia acostado.

Los amantes se despidieron despues de hacerse nuevas promesas,

y la jóven quedó con su padre, á quien la vuelta de su hija tenia sorprendido.

A pesar de la hora, Schunoop quiso satisfacer su curiosidad, con mayor motivo cuando las primeras palabras de Consuelo fueron para decirle que habia sucedido una horrible desgracia.

—¡Una desgracia!... Explícate... Aun no es muy tarde y podemos hablar.

La jóven tenia poco que contar, porque no sabia más que lo que le habian dicho. El motivo de la desgracia lo ignoraba completamente: Alejandro le habia prometido aclarar aquel misterio; pero nada más.

Schunoop quedó pensativo.

—Hé ahí,—dijo despues de algunos segundos,—una cosa que no se comprende. Nadie se vuelve loco sin motivo.

—Sí,—respondió Consuelo,—hay un motivo; pero ignoro cuál sea. No tardaré en conocerlo, porque me dará explicaciones...

La jóven se interrumpió.

—¿Quién?—preguntó el capitan.—No creo que nadie más que una persona pueda aclarar el misterio.

—Pues bien, esa persona...

—¿Alejandrito?—replicó Schunoop sonriendo irónicamente.

—Sí,—murmuró la jóven, bajando los ojos.

—Es posible que él sea la causa de la locura de esa pobre señora.

—¡Él!

—Sí; el tal don Alejandro debe tener una conciencia más negra que la pez, si es que conciencia tiene: ha manejado los intereses de doña Luisa, ha entendido en sus asuntos, y aparte de lo que entre ellos pudiera haber, que no seria nada bueno...

—No, padre mio,—se apresuró á decir Consuelo;—yo puedo juzgar con más conocimiento que usted: he visto, he oido, he observado...

—¿Y qué opinas?

—Sé que él ha prestado importantes servicios en aquella casa, y que no solamente no es un hombre sin conciencia, sin corazon, sino que ha hecho sacrificios que otro no haria.

—Hija mia, tengo poco talento; pero mucha experiencia.

—Se ha equivocado usted: don Alejandro es honrado...

—Tal vez...

—Otro en su lugar seria rico...

—¿Qué sabes lo que le sucede?

—Tengo una prueba.

—Sepamos: me picas la curiosidad, y sobre todo quisiera convencerme de que es un hombre de corazon.

Enrojecieron las mejillas de la jóven, se estremeció, y sin atreverse á mirar á su padre, repuso:

—Don Alejandro quiere casarse...

—Tengo lástima de la que sea su mujer.

—¿Por qué?—preguntó Consuelo, temblando y con voz ahogada.

—Ya te lo diré... Prosigue.

—A la mujer á quien pretende le ha confesado que es pobre, que no puede ofrecerle más que el producto de su trabajo...

—Será ella rica...

—¡Rica!... Es pobre, muy pobre...

—Te han engañado, Consuelo.

—Supongamos que es verdad: ¿qué diria usted de él?

—Lo mismo que siempre.

—Eso...

—¿Te parece injusto?

—Por lo menos, algo caprichoso.

—Pues no me convencerás de lo contrario. Ese hombre se casará por cualquiera cosa, menos por amor. Lo repito, no tiene corazon ni conciencia.

La opinion que el capitan tenia de Alejandro no favorecia la proyectada boda.

Consuelo amaba todo lo que podia amar, y las palabras de su padre le hicieron sufrir horriblemente.

Su primera idea fué la de suspender la conversacion para entablarla en ocasion más propicia; pero luego pensó que el peligro seria siempre el mismo, porque su padre no cambiaria de opinion tan fácilmente.

¿Qué haria la infeliz si su padre se negaba á permitirle que se casase con Alejandro?

¿Se rebelaria contra su padre?

¿Renunciaria á ser esposa del hombre á quien tanto amaba?

Para comprender el sufrimiento de la jóven no hay que tener en cuenta que Alejandro era el hombre más despreciable: ella lo amaba como si fuera el más digno, el más perfecto.

Si no tenia corazon, ella, por una equivocacion fatal, le suponia el más grande y más noble: si su conciencia estaba ennegrecida, ella la creia limpia de toda mancha.

La mayor desdicha de Consuelo debia ser su casamiento con Alejandro; pero esto era para ella su mayor dicha, su felicidad única.

Renunciar á su amor era peor para ella que renunciar á la vida.

Hubo algunos momentos de silencio.

Schunoop se puso de pié para despedirse de su hija y acostarse.

La jóven hizo un esfuerzo.

—Padre mio,—dijo con marcada turbacion,—no he concluido...

—¿Qué te sucede?—preguntó sorprendido el capitan.—Estás agitada y...

—Sufro...

—¡Que sufres!... ¿Por qué, hija mia?

—Porque soy muy desgraciada.

—¡Desgraciada cuando ha mejorado nuestra situacion y te amo más que nunca!

—¡Ah!—exclamó la jóven, llorando y arrojándose al cuello de su padre.

—¡Consuelo, hija mia!...

—¡Padre mio!

—¿Qué significa esto?... Tú, que has mostrado siempre tanto valor en las desgracias... ¡Oh! ¿Qué te sucede? ¿Quién ha turbado tu dicha?

—Mi corazon...

—¡Vive el cielo!... ¡Estás enamorada!...

—¡Perdon!...

—Basta... Me ahogo... ¡Voto á!... ¿Por qué me pides perdon?... No

has cometido ningun crímen con amar... Siéntate... Conseguirás hacerme llorar...

Los ojos del capitan estaban húmedos por el llanto.

Consuelo se dejó caer en una silla.

El veterano, segun costumbre, metió las manos en los bolsillos del pantalon, y mientras se paseaba á lo largo del aposento, dijo:

—Vamos á ver: explícate, porque no comprendo tus lágrimas. Se ama y se llora cuando es un amor desgraciado. ¿Estás enamorada? ¿Es digno de tí el hombre por quien se interesa tu corazon? Pues bien, te casas, lo cual veré yo con alegría, porque la idea de que no te quedarás sola en el mundo, compensa sobradamente mi pena por separarme de tí. Si yo fuera egoista, haria todo lo posible para que no te casases, porque eres mi única esperanza, mi única afeccion, mi única felicidad; pero antes miro tu bienestar que el mio. Una mujer sola y pobre... ¡oh!... eso es horrible, hija mia, muy horrible en nuestra sociedad... Cásate, Consuelo, cásate.

—Padre mio,—dijo la jóven, creí que era digno de mí el hombre á quien amo con todo mi corazon...

—¿Te ha dado un desengaño?

—No; pero usted lo juzga...

—¡Consuelo!—exclamó el capitan, deteniéndose frente á su hija. —¿Qué dices?

—¡Ah!...

—Explícate; yo debo haber entendido mal...

—No.

—¡Don Alejandro!...

—Sí...

—¡Oh!... ¡Ese hombre tu marido!... ¡Un hombre sin corazon, sin conciencia!...

—Padre mio...

—Llora, sí, llora... Eres digna de compasion, eres muy desgraciada...

Schunoop, agitado y sombrío, volvió á pasear.

Consuelo ocultó el rostro con las manos y dejó correr sus lágrimas.

Trascurrieron algunos minutos, durante los cuales el capitan murmuró sin cesar palabras que no pudieron entenderse.

Al fin se detuvo.

—Hablemos,—dijo:—así no nos entenderemos jamás. ¿Estás segura de amar á ese hombre tanto como dices?

—Sí.

—¿Y crees que él te ama lo mismo?

—Lo creo.

—¿Quiere él casarse?

—Sí.

—Bien: Voy á hacer una suposicion y me contestarás. ¿Qué harias si yo te negase mi permiso para esa boda?

—Obedeceria á mi padre,—respondió Consuelo sin vacilar.

—¿Y qué sucederia despues? ¿Crees que serias muy desgraciada? ¿Sufririas mucho?

—Sí; pero no me quejaria.

—Te casarás.

—¡Ah!...

—Nada más te digo, porque te sobra entendimiento. Seria inútil que yo intentara convencerte de que ese hombre no es capaz de amar á nadie, y de que si se decide á casarse contigo, que no tienes más que tu belleza y virtud, será por alguna razon de conveniencia que no adivinamos. Estás enamorada y tienes la fé del amor... Contra la fé no hay razones... Quiera Dios que me equivoque; pero si acierto... En fin, cásate... Supongo que me hablará de esto don Alejandro... No llores... Dame un abrazo y... ¡Dios te haga feliz!...

—¡Padre mio!—exclamó la jóven.

No pronunciaron una palabra más.

Despues de algunos segundos se separaron.

A pesar de haber conseguido lo que tanto deseaba, Consuelo no era completamente feliz, porque sabia que su padre debia sufrir mucho; pero como los enamorados, para todo lo que no sean contrariedades de su amor, encuentran fácilmente consuelo, ella abrigó la esperanza de que muy pronto dejaria de sufrir su padre, porque se convenceria de que era equivocado su juicio con respecto á Alejandro.

Debia suceder precisamente lo contrario.

Consuelo estaba ya sentenciada á ser la mujer más infeliz, y esto lo comprendia el capitan más por instinto que por inteligencia.

—En último caso,—decia Schunoop mientras daba vueltas en la cama sin poder coger el sueño,—en último caso, siempre será tiempo para que yo le rompa la cabeza á ese miserable. Todas las ofensas, todos los males que me hagan estoy dispuesto á perdonarlos; pero no perdonaré á quien haga sufrir á mi hija, ¡oh! eso no, como tampoco he tenido valor para perdonar á los caribes que profanaron la tumba de mi pobre María, el santuario de mis recuerdos... ¡Oh!... Que me arranquen el corazon; pero que no toquen á lo que mi corazon ama.

El capitan se levantó lo mismo que se habia acostado, es decir, sin haber podido dormir ni haber logrado calmar su dolor.

CAPITULO LXVII.

Del discurso pronunciado por Schunoop.

A las once de aquella mañana, Alejandro se presentó en casa del capitan para pedir la mano de Consuelo.

Esta los dejó solos, aunque no sin intencion de escuchar lo que hablasen, con lo cual no creia cometer ninguna grave falta, puesto que no era para ella un secreto el asunto de que iban á tratar.

Schunoop, que no gastaba cumplimientos y que tenia por inútiles y hasta enojosas ciertas formas del trato social, abordó la cuestion inmediatamente, principiando por decir:

—Bien venido... Siéntese usted... Presumo á lo que viene usted, porque he hablado con mi hija... Está bien... Me explicaré.

Y Alejandro se sentó mientras el veterano, metiendo las manos en sus bolsillos, emprendió su paseo por la sala.

—Sí,—respondió el hombre feliz,—supongo que no le sorprenderá á usted mi visita.

—Pueden ustedes casarse...

—¡Ah!... Mi querido Schunoop, ó más bien mi respetable padre...

—Espere usted,—interrumpió el capitan,—aun no debe usted entusiasmarse... primeramente, diré á usted que yo no soy padre más que de mi hija; seré suegro de usted y usted será mi yerno, á quien pediré cuentas de su conducta de una manera que no lo haria con

un hijo. Además he de hacer á usted alguna advertencia desagradable, que moderará su entusiasmo.

—Todo lo aceptaré de usted...

—No me interrumpa usted, amigo mio: quiero explicarme.

—Escucho.

—Yo,—repuso el veterano sin detenerse á meditar,—quiero á mi hija como sé querer, primero, porque es mi hija, y luego, porque es en todo el vivo retrato de su madre. El que toque á mi hija, me toca en un sitio del corazon que me duele hasta el punto de hacerme perder el juicio. Mi hija es un ángel, y por consiguiente, merece que la adoren. Mi hija le ama á usted con frenesí, y esto pide en justicia mucho amor. Mi hija tiene un gran corazon, es capaz de hacer sacrificios heróicos por usted y es preciso que usted esté dispuesto á lo mismo. En cuanto á lo que usted vale y de usted espero, hablaré con franqueza. Para mí, no tiene usted corazon, ni conciencia, es usted egoista y cobarde... No me interrumpa usted... No creo en el amor de usted... ¿Por qué quiere usted casarse con mi hija, que es pobre? Por algo será: usted no es capaz de casarse por amor: usted quiere hacer un negocio... No me pregunte usted qué clase de negocio puede hacerse casándose con una mujer que no tiene un real. No lo acierto; pero estoy seguro de que es negocio. Pronto tendremos la prueba. Mi hija quiere casarse... No la contrarío, que se case. Ahora bien, don Alejandro, si usted no hace con mi hija lo que ella merece, lo amonestaré á usted; si mi amonestacion no sirviese de nada... entonces... ¡oh!... entonces, por primera vez, le romperé á usted un hueso, y si esto no fuese bastante, le buscaré el corazon. Ya sabe usted, pues, lo que le aguarda, y si usted me conoce estará convencido de que yo no amenazo en balde. Ahora usted hará lo que le convenga, y no podrá decir que le han engañado. ¿Comprende usted bien lo que significan mis palabras? Si mi hija no es feliz casada, quedará viuda. He concluido. Pueden ustedes casarse cuando quieran.

Alejandro quedó tan aturdido que no acertó á contestar. Conocia bien á Schunoop y tuvo miedo, si bien le tranquilizaba la idea de que este, siquiera por amor á su hija, no realizaria sus amenazas.

El capitan siguió paseando.

Trascurrieron algunos minutos de silencio.

—Señor Schunoop,—dijo al fin Alejandro,—las palabras de usted...

—¿Le han ofendido?

—No, porque usted no ha tenido la intencion de ofenderme, sino el deseo de hacer feliz á su hija...

—Bien, pues no hablemos más de ello: procure usted no olvidarlo... ¿Cómo está doña Luisa?

—Vengo del hospital, donde se encuentra en el mismo estado que anoche. ¡Pobre señora!

—¿Y por qué se ha vuelto loca?

Alejandro se movió en la silla como un hombre que no se encuentra bien.

—Supongo,—añadió Schunoop,—que por algo habrá sido: la cabeza no se pierde así como quiera, y mucho menos quien la tenia tan bien organizada.

—El motivo de su locura es precisamente el secreto que pensaba confiar á ustedes, segun á Consuelo prometí.

—No quiero saberlo...

—¿Por qué?

—Porque no soy curioso ni usted deberá revelarlo...

—Por desgracia,—repuso Alejandro,—no ha podido permanecer oculto... Anoche, en el hospital, presenciaron la escena muchas personas. La desgraciada señora, en su juventud, tuvo una hija; la abandonó al nacer y... ¡Qué clara se ha mostrado la justicia de Dios!.

Alejandro bajó los ojos y exhaló un suspiro.

—¡Una hija abandonada!—murmuró el capitan, cuya frente se contrajo.

—Sí, una pobre niña con un gran corazon; pero que criada entre criminales llegó á ser tambien criminal. Hace tres ó cuatro años le remordió á su madre la conciencia: buscó á su hija, no la encontró y empezó á sufrir horriblemente... Al fin supo de ella... era ya tarde para salvarla... Yo le ayudé á buscarla y la descubrí; pero ¿dónde? En la cárcel...

—Debió usted callar...

—Callé; pero una casualidad le reveló el secreto. Su hija era la misma que habia vivido en el cuarto contiguo al suyo, y que en union de su amante, asesinó en el ferrocarril á don Juan Hurtado...

—¡Ah!...

—Cuando doña Luisa llegó á la cárcel, se habian fugado los presos y... el amante la ha matado de una pañalada, y la madre ha reconocido á la hija cuando esta agonizaba en el hospital...

—Eso es horrible...

—Muy horrible ¡ah!—repuso Alejandro exhalando otro suspiro;—pero aun le parecerá á usted más espantoso cuando sepa quién es el padre de la infeliz que ha muerto...

—¿Tambien ha conocido la suerte de su hija?

—¡Ya lo creo!... Es el mismo juez que ha formado la causa...

—La mano de Dios, la mano de Dios; está clara...

—Por eso antes he dicho...

—Sí, sí... ¡Oh!... Pobre madre... porque al fin, en esos tres ó cuatro años...

—Ha sufrido mucho, tanto que ha concluido por perder la razon. ¿Comprende usted ahora esa mezcla de bueno y malo que han debido ustedes encontrar en doña Luisa, sin poder explicársela?

—Se arrepintió, quiso hacer beneficios para compensar sus pecados...

—Precisamente, y con la circunstancia de que cuando hacia una obra de caridad se ocultaba de todo el mundo, hasta de mí, pues no me decia nada como no le fuese indispensable mi ayuda; así que, no sé otra cosa sino que en menos de tres meses ha gastado más de diez mil duros, además de haber perdonado la mayor parte de los créditos que tenia á su favor. ¿A quién ha dado esas cantidades? Esto nadie lo sabe, amigo Schunoop.

Largo rato hablaron de este asunto, mostrando Alejandro una pena que estaba muy lejos de sentir, pues á pesar del discurso amenazador que habia escuchado, se consideraba feliz por la adquisicion del dote de seis mil duros que acababa de hacer.

La visita terminó muy cordialmente en la apariencia; pero el ca-

pitan se consideró desde aquel momento el hombre más desgraciado del mundo, y Alejandro salió deseando que su futuro suegro desapareciese de la haz de la tierra para que no pudiese cumplir su amenaza, puesto que habia de llegar un dia en que hubiera motivos poderosos para que la cumpliese.

CAPITULO LXVIII.

Donde se empieza á ver á qué se reduce la felicidad humana.

Mientras tenian lugar los sucesos que acabamos de referir en los tres capítulos anteriores, Isabel lloraba noche y dia la pérdida de su tierno hijo, que habia espirado en sus brazos, haciéndole experimentar el dolor, tal vez único, que desconocia.

Preciso es ser madre para comprender este horrible sufrimiento, y cómo el alma se desgarra lentamente al ver extinguirse la vida del inocente ser, pedazo de sus entrañas, y que exhala el último suspiro sonriendo con la tranquila alegría de un alma pura que vá á volar al cielo.

¡Cómo recoge en su boca una madre aquel último suspiro y lo guarda en el alma!

Y cuando entregada á su dolor lloraba en la soledad de su retiro, una mañana le entregaron un papel, que desdobló temblando, y en el cual una mano amiga habia trazado estos renglones:

«Para una madre que pierde un hijo, no hay más consuelo que su fé en Dios y la dulce esperanza de otra vida, donde la felicidad no es perecedera y falsa como en esta.

Prometí hacer por su hijo de usted todo lo que puede hacer un padre, y siempre lo hubiera seguido mi mirada, en cualquiera ocasion me hubiera encontrado pronto á sacrificarme por él; pero ya

no me necesita y puedo alejarme sin temor de faltar al deber que me impuse.

Esta noche saldré de Madrid, y dentro de cuatro dias, en medio del Océano, admiraré la grandeza de la obra del Omnipotente.

No debemos vernos en un año. ¿Qué hago en esta tierra, sin corazones amigos que comprendan el mio? Estoy en medio del bullicio del mundo y vivo en la soledad.

Mi ausencia durará más de ese año, quizás esta despedida es eterna, porque no volveré de Asia, adonde me dirijo, sino con una respetable fortuna. Ahora soy ambicioso, necesito ser rico, porque de otra manera no podré ser feliz.

Adios, Isabel... No me voy solo, llevo en mi alma un recuerdo, que no puede borrarle más que la muerte.—RAIMUNDO.»

Isabel levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Gracias, Dios mio!

No pronució una palabra más.

¿Quién sabe lo que pasó en su corazon en aquellos momentos?

Conociendo á Raimundo, se comprende su determinacion.

No hay duda que aspiraba á ser esposo de Isabel; pero esta era rica y él pobre.

Por eso se lanzaba á un viaje peligroso en busca de una fortuna, decidido, si no la encontraba, á sufrir y morir sin volver á Europa.

¿Se cumplirian sus deseos?

¿Vendrian nuevas y tal vez mayores desgracias á poner á prueba la fortaleza de aquellos dos espíritus sublimes?

Hé ahí lo que no podemos decir en este capítulo, que es el último de esta historia, porque se necesita escribir un libro; solamente podemos responder, que cuando concluye esta novela tiene principio la parte más interesante de los amores de Isabel y de Raimundo.

¿Quieres conocerla, querido lector?

Fácil te será, porque pienso escribir más apuntes para la comedia social, bajo otro punto de vista no menos interesante y trascendental que el que he tomado en la presente obra.

Aun quedan muchos misterios que descubrir, muchos errores que atacar, muchos vicios que corregir.

Por más que los hombres se llenen de orgullo por los adelantos hechos en los últimos siglos y crean que hemos llegado al apogeo de la grandeza y la cultura, nuestra sociedad está en la infancia. La verdadera civilizacion no tuvo principio hasta que el hijo de Dios nos trajo la luz divina con su doctrina sublime y santa y nos dió el más grande, admirable y bellísimo ejemplo de amor y caridad, muriendo por nosotros en la cruz.

Nada somos, nada es la sociedad con todos sus grandes adelantos sin la perfeccion moral.

No, nada somos, nada seremos, aunque la ciencia logre arrancar todos sus secretos á la naturaleza, mientras no practiquemos sinceramente el gran precepto que Jesucristo nos enseñó con estas sencillas, pero sublimes palabras:

Amaos los unos á los otros.

Hé aquí el gran cimiento, el único cimiento de la sociedad: el dia en que cada criatura ame á las demás como á sí misma, la sociedad habrá llegado á su perfeccion.

Empero, repetimos, la sociedad está en su infancia, porque diez y nueve siglos son diez y nueve dias para los pueblos.

Es preciso arrancar el egoismo del corazon humano, porque el egoismo es la fuente de casi todos los males que nos afligen, y el dia en que los hombres nos amemos, habrá desaparecido ese mal de los males, porque el egoismo es imposible con el amor.

Amaos los unos á los otros.

Mientras esto no se practique, la sociedad, con todos sus adelantos, con lo que llama su grandeza, no será más que lo que es, un rebaño de ovejas devoradas contínuamente por una manada de lobos; el mundo no será más que un campo de batalla, regado con lágrimas y sangre.

Y aquí tienes explicado, lector querido, el por qué á la obra que te prometo, contando con la ayuda de Dios y tu benevolencia, y que puedes considerar como una segunda parte de la presente, le pondré el título de *Lobos y ovejas*, dándola á la estampa como *más apuntes para la comedia social.*

Y vuelvo á los sucesos que me quedan por referir ahora y que

pueden considerarse como el prólogo de los que he de escribir en la segunda parte.

Raimundo Mendoza, con su fiel amigo Antonio, partió aquella noche en busca de la fortuna que habia de probar al mundo que su amor era puro y desinteresado.

Quince dias despues, á las siete de la mañana, el feliz Alejandro se casó con la infeliz Consuelo.

Cuando de la iglesia fueron á la modesta habitacion que tenian preparada en la calle de Embajadores y los dejaron las pocas personas que los habian acompañado, el capitan dijo á su hija:

—Doña Luisa te entregó un pliego cerrado, encargándote que lo abrieses el dia que ella se muriese ó que tú te casaras. Prometistes hacerlo así; cumple tu promesa sin perder un minuto.

Alejandro palideció.

—¡Un pliego cerrado!—dijo con fingida sorpresa.—Nada me habias dicho...

—Prometí guardar el secreto...

—Eso no me ofende; al contrario, me agrada, porque prueba que sabes cumplir escrupulosamente lo que ofreces.

Consuelo sacó el pliego, lo abrió y leyó el documento que contenia, entregándolo con mano trémula á su padre.

Este leyó tambien, sonrió irónicamente y lo dió á Alejandro, diciéndole:

—La fortuna te persigue sin que tú la busques: sin querer has hecho un buen negocio... Tú has visto hace pocos dias la mano de Dios; hoy veo yo la del diablo... Por si lo ignoras, te diré que la mano del diablo suele tentar para que se vea luego la de Dios.

Consuelo no pronunció una palabra.

Alejandro no supo qué decir.

El capitan abrazó á su hija y salió, entonando una cancion polaca, en tanto que dos gruesas lágrimas se escapaban de sus ojos.

La desdichada Consuelo acababa de comprender que se le habia convertido en objeto de una miserable especulacion.

Puede comprenderse lo que esto haria sufrir á un alma tan sensi-

ble y grande como la suya: sintió herida su dignidad y la hiel del desengaño envenenó su corazon.

¡Pobre Consuelo!

¿Acabaria aquel golpe con su amor?

Ella misma no hubiera podido decir si en aquellos momentos amaba á su esposo.

Empero no derramó una lágrima ni exhaló una queja.

Comprendió su situacion y quiso mantenerse á toda la altura que reclamaba su dignidad.

Una semana despues, Alejandro, á quien su esposa le habia dicho que hiciese del dinero aquello que se le antojase, lo retiró de la Caja de Depósitos, con intento de emplearlo de la misma criminal manera que habia empleado el capital de Luisa.

La noche del mismo dia en que llevó á su casa el dinero, dos hombres y una mujer bebian y hablaban en una taberna de la calle del Meson de Paredes.

La mujer era Manuela.

Uno de los hombres era Paco.

En Madrid hay muchos criminales que se pasean dia y noche descaradamente entre la gente honrada: no se extrañe, pues, que el amante de Rosina se paseara tambien.

De los gatos se dice que hacen más daño en una hora que todos los ratones de la casa en un año.

Una cosa parecida pudiera decirse de la policía de España: cada criminal que descubre cuesta al Estado una suma enorme.

—Es malo,—decia Paco,—mucho más malo que nosotros. De seguro el dinero es de la pobre loca, y como él era su apoderado, habrá aprovechado la ocasion.

—Por eso,—replicó el otro,—no debemos tener escrúpulos de conciencia. Ya sabes que el que roba á un ladron tiene cien años de perdon.

—No es la conciencia lo que me detiene, sino...

—El miedo,—dijo Manuela:—siempre eres el mismo.

—Como que me va el pescuezo si me echan el guante, y como todavia pienso divertirme en este mundo...

—Vamos al negocio...

—Vamos.

—De la muchacha estoy seguro.

—¿Saldrá si ellos salen?

—Saldrá, nos subiremos hasta el café del *Vapor*, la convidaré y tendrás por tuya hora y media.

—Es que no sabemos dónde guarda el dinero y tendré que detenerme á buscar...

—En un cuarto de hora puedes abrir todos los cajones y armarios de la casa...

—¡Oh!...

—Hay pocos muebles.

—Segun sean.

—Endebles todos, muebles de pobre: no encontrarás ninguna caja de hierro.

—¿Y quién me guardará las espaldas?

—¿No hemos quedado en que yo?—dijo Manuela.

—Sí; pero...

—Eres muy melindroso, Paco: todo se presenta á pedir de boca y todavia quieres más.

—Bien, bien...

—En el portal hay luz; pero no hay portero. Los vecinos son pocos, y por consiguiente menos riesgo de que suba ni baje nadie mientras tú abres la puerta. Las llaves que te he dado no faltarán, te lo aseguro. ¿Tienes más que pedir?

—No hay que hablar más.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—Andando.

Salieron de la taberna, tomaron por la calle de los Abades, y cuando llegaron á la de Embajadores se detuvieron á la puerta de una casa, en cuyo estrecho portal brillaba una moribunda luz.

Paco y Manuela se separaron de allí, poniéndose á hablar á algunos pasos de distancia del otro, que permaneció junto á la puerta.

Pocos minutos despues salieron Consuelo y Alejandro, alejándose calle arriba.

Al cabo de otros cinco minutos salió una mujer jóven, que parecia ser una sirviente.

El compañero de Paco se le acercó, hablaron algunos momentos, y paso entre paso, mientras reian y seguian la conversacion, se alejaron tambien hasta perderse de vista.

Entonces Paco, recatando el rostro, entró en la casa.

Manuela se quedó junto á la puerta y sonrió maliciosamente al ver dos guardias veteranos que pasaron por su lado sin mirarla siquiera.

Trascurrió media hora.

La casualidad protegia á los criminales, porque nadie entró ni salió en la casa.

Manuela habia cambiado veinte veces de sitio para no llamar la atencion; pero sin perder de vista la puerta de la casa.

Paco salió al fin, tomó calle abajo, y Manuela lo siguió, reuniéndosele poco despues.

—¿Qué has hecho?—preguntó ella.

—¡Oh!... ¡Buen golpe!...

—¿Dinero?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Más de seis mil duros.

—¿Y qué más?

—No he querido detenerme, porque todo podia llevárselo el diablo por la avaricia de coger algun cubierto, que es cuanto hubiese podido encontrarse allí.

—Ahora te quiero más...

—¿Porque tengo dinero?

—Porque te has portado bien.

—¡Ya lo creo!

—En cuanto al dinero, como no es para tí solo...

—¡Pero qué llaves!

—¿Buenas?

—Las mejores que he visto en mi vida, y eso que he visto muchas.

—Perico lo entiende.

—¡Y qué acierto el mio!... No he tenido que forzar más que un cajon.

Llegaron á la taberna donde habian estado antes.

Media hora despues se encontraba con ellos el que habia entretenido á la criada.

Schunoop habia dicho bien.

La mano del diablo habia tentado á los criminales para que se viese más clara la mano de Dios.

Alejandro se encontró casado y sin dote.

Su felicidad habia empezado á turbarse, porque era como la felicidad de los demás personajes que hemos dado á conocer.

¡Dicha en este mundo!

No la busqueis en el dinero ni en los goces, porque no la encontrareis.

La verdadera felicidad es la virtud.

Y si se os ocurre la idea de que los personajes más virtuosos que os he presentado son los más infelices, os advertiré que la virtud ha de pasar por rudas pruebas, no es virtud sin las luchas y los sacrificios.

En medio de las más horribles desgracias tienen siempre los virtuosos para lo porvenir, su dia de felicidad, y en lo presente un consuelo que no encuentran las conciencias impuras, el consuelo de la esperanza y de la fé.

Alejandro quedó pobre.

Consuelo se ofreció á trabajar, y como si la fortuna se empeñase aun en favorecer á Alejandro, la jóven encontró lo que no habia encontrado nunca, quizás porque su padre no lo buscó como su marido, encontró discípulas á quienes dar lecciones de aleman y francés, lo cual le producia para vivir con holgura.

La justicia tuvo que contentarse con descargar todo su rigor sobre la criada, porque los verdaderos criminales no fueron encontrados.

En cuanto á Luisa, se la nombró un tutor y fué conducida al manicomio de Leganés.

Unos médicos opinaron que curaria y otros que moriria loca dentro de algunos meses.

Quién se equivocaba lo hemos ver en los prometidos apuntes titulados *Lobos y ovejas.*

¿Y Durango?

Pidió un empleo en Filipinas y se le concedieron.

Querido lector, no me preguntes por don Andrés, porque no tengo noticia de su paradero; pero sí la esperanza de encontrarlo, y entonces podré decirte si despues de lo sucedido fué ovèja ó lobo.

FIN.

ÍNDICE.

		Páginas.
CAPITULO	I.—Donde empezaremos al revés, viendo de algunos personajes, antes que la cara, el alma..	5
—	II.—La declaracion..	23
—	III.—Donde conoceremos otro de los extraños pliegues del corazon de la mujer.	33
—	IV.—Dos amigos de la niñez.	46
—	V.—Un rostro negro y una conciencia blanca.	61
—	VI.—Un personaje importante para Schunoop.	82
—	VII.—Un rostro blanco y una conciencia negra.	89
—	VIII.—Una historia como muchas.	99
—	IX.—De cómo Alejandro y Luisa reformaron el contrato que tenian hecho.	155
—	X.—De cómo Antonio venció heróicamente la tentacion de Baco..	159
—	XI.—Nuevos planes.	167
—	XII.—Donde se verá que no basta resistir la tentacion, sino que es menester huir de ella.	186
—	XIII.—Despues del banquete.	201
—	XIV.—De cómo demostró don Juan Hurtado toda su refinada astucia, y Raimundo toda la imprudencia de un enamorado.	208
—	XV.—Siguen las maquinaciones..	216
—	XVI.—Donde se verá el estado en que se encontraban los corazones de Isabel y de Raimundo.	227
—	XVII.—De cómo don Juan empezó á temer que la fortuna le volviese la espalda.	232
—	XVIII.—Donde se verá por qué don Juan palidecia cuando le hablaban de Carabanchel	237
—	XIX.—De cómo Isabel y Raimundo principiaron á meter el pié en el lazo tendido por don Juan.	244
—	XX.—Lo que Antonio descubrió.	260

CAPITULO XXI.—Donde se verá si Antonio llegó á tiempo. 268
— XXII.—Más descubrimientos. 279
— XXIII.—Cómo terminó aquella situacion. 289
— XXIV.—En el que yo sé lo que me digo, aunque muchos no lo entiendan. 303
— XXV.—Donde principia otra historia en que figuran muchas conciencias negras. 314
— XXVI.—Una mirada. 398
— XXVII.—Donde Rosina prosigue su historia. 404
— XXVIII.—Cómo terminó la conversacion entre Rosina y Alejandro. . 470
— XXIX.—Donde volveremos á ver al capitan Schunoop y á su hija. . 473
— XXX.—El resultado que dió la entrevista de Luisa y de Consuelo. . 479
— XXXI.—La conciencia de Luisa es cada dia más exigente. 487
— XXXII.—Rosina es feliz. 491
— XXXIII.—Donde sabremos lo que amenazaba á Isabel y Raimundo. . 495
— XXXIV.—El primer golpe contra Raimundo y un detalle que se escapa á don Juan. 501
— XXXV.—De cómo Alejandro se dió tambien á pensar en lo porvenir. 505
— XXXVI.—Una visita inesperada. 509
— XXXVII.—Isabel y Antonio piensan lo mismo. 518
— XXXVIII.—De cómo se realizó el presentimiento de Isabel. 526
— XXXIX.—Don Juan empieza á encontrar uno tras otro peligros que no habia previsto. 530
— XL.—Preparativos. 535
— XLI.—Donde se verá que Raimundo es siempre el mismo. 542
— XLII.—La penitencia en el pecado. 549
— XLIII.—Donde veremos lo que sucedió á don Juan. 554
— XLIV.—Donde Rosina se muestra por su amor tan grande como Isabel por su generosidad. 560
— XLV.—Empieza á cumplirse la prediccion de don Andrés. 564
— XLVI.—Donde haremos el descubrimiento de otro personaje. . . . 569
— XLVII.—Dos grandes corazones, que lloran cuando principian á ser felices. 573
— XLVIII.—De cómo Alejandro por primera vez en su vida se puso amarillo, colorado y hasta verde. 579
— XLIX.—El padre y la hija. 586
— L.—Donde se verá que Rosa habia nacido para la perdicion de don Andrés, así como Paco para la de Rosa. 593
— LI.—El último beso. 601
— LII.—De cómo Luisa supo que Rosina era su hija. 608
— LIII.—La fortuna sigue enojada con el hombre feliz. 614
— LIV.—De la entrevista que tuvieron los antiguos amantes. . . . 617
— LV.—La fuga. 622
— LVI.—Donde se trata del inesperado encuentro que tuvo Rosina. . . 630

CAPITULO LVII.—Otro encuentro inesperado. 639
— LVIII.—¡Pobre Rosina!. 645
— LIX.—¡Pobre Consuelo!. 649
— LX.—Planes de Rosina. 657
— LXI.—Alejandro vuelve á tener la esperanza de los treinta mil duros. 664
— LXII.—Donde se sabrá lo que habia sido de Paco. 671
— LXIII.—Las dos rivales. 676
— LXIV.—La madre y la hija.. 682
— LXV.—De cómo Alejandro concibió y vió desvanecida una nueva esperanza. 691
— LXVI.—De cómo Schunoop habia visto la conciencia negra de Alejandro tras su rostro de inocente. 695
— LXVII.—Del discurso pronunciado por Schunoop. 703
— LXVIII.—Donde se empieza á ver á qué se reduce la felicidad humana. 708

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	Páginas.
Portada.	1
La desgraciada víctima no daba señales de vida..	11
—Basta, Consuelo, no quiero que trabajes más.	77
¡Julio... Julio!...	123
Vino... ven...ga vino.	200
—Toma, mi amor, bebe, aquí, en mi misma copa.	243
Yo era completamente feliz.	350
En sus labios retozaba una sonrisa que produjo en mí el efecto mismo que el gesto de un mono.	409
—Aquí está la cartera.	503
—Ahora no puedo dar á V. explicaciones.	560
—¡Calle!... ¿Qué es esto, pichona?..	632
—¡Es mi hija!...	687

LS
O773r

257177

Author Ortega y Frias, Ramón

Title Rostros blancos y conciencias negras.

NAME OF BORROWER.

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU